Roberto Pinotti

# ATLÁNTIDA

## EL MISTERIO DEL CONTINENTE PERDIDO




OCULTURA

BIBLIOTECA DIRIGIDA POR JAVIER SIERRA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
Introducción
1. La Atlántida de Platón
2. Consideraciones sobre los textos platónicos
3. Atlántida: otras fuentes clásicas y coincidencias inquietantes
4. Atlántida: datos geológicos y oceanográficos
5. Atlántida: datos biológicos y antropológicos
6. Atlántida: hacia los datos históricos
7. Atlántida: hacia su redescubrimiento
8. Las otras Atlántidas: de la tradición clásica sobre Merópide y Tirrénida a la oriental
9. Las otras Atlántidas: de Lemuria a Mu
10. El enigma del Pacífico: Hiva
11. Continentes perdidos y esoterismo: perspectivas tradicionales más allá del mito
Apéndice
Ilustraciones
Cronología
Bibliografía
Notas
Créditos

SINOPSIS

La mítica Atlántida, que ha inspirado a filósofos y poetas de todas las épocas, ¿existió realmente o es solo una leyenda? El enigma de los continentes perdidos, sumergidos junto a sus avanzadas civilizaciones, hoy está más vivo que nunca. En este ensayo Roberto Pinotti devuelve la leyenda al ámbito de la realidad histórica y científica más allá de las reductivas hipótesis mitológicas y analiza el tema confrontando distintas fuentes, valiéndose de las aportaciones de numerosas disciplinas como geografía, oceanografía, geología, biología, antropología e historia. Sobre la base de investigaciones recientes, el autor avanza una tesis revolucionaria e inquietante: la avanzadísima civilización antediluviana, vivida en la Edad de Oro y sumergida por un probable cataclismo cósmico, también podría ser originaria de otros mundos. Tal vez el hombre vivió ya en el pasado más remoto su futuro más evolucionado.

Roberto Pinotti

# ATLÁNTIDA

## EL MISTERIO DEL CONTINENTE PERDIDO

*A Leonardo Bettini, un amigo*
*ciudadano del mundo*
*que buscaba al hombre del futuro*
*en los orígenes de la humanidad.*

# Prólogo

Puede decirse con razón que no existe ninguna persona culta que no haya oído hablar alguna vez de la Atlántida, la enorme isla en el océano Atlántico, desaparecida con todos sus habitantes a raíz de una tremenda catástrofe geológica en los albores de la historia de la humanidad.

Las primeras noticias de la Atlántida proceden de los textos del célebre filósofo griego Platón, que vivió en el siglo IV a. C. Por eso el problema de la Atlántida tiene a sus espaldas más de dos mil años de historia. Durante este período se han acumulado un gran número de trabajos científicos y de obras literarias. Actualmente el número de volúmenes dedicados a este tema supera los dos mil, teniendo en cuenta que el índice bibliográfico de J. Gattefossé y C. Roux,[1] de 1926, ya registraba unos mil setecientos. La plurisecular historia de este problema y la rica literatura al respecto permiten con razón describirlo como *atlantología*.

Si escritores y literatos bien conocidos por el público (desde Arthur Conan Doyle a Pierre Benoît, desde Jules Verne a Alexei Tolstoi y otros) se sintieron atraídos por este tema, los científicos, desde la Antigüedad, han tenido una actitud muy contradictoria respecto a la Atlántida: algunos (la minoría) creyeron, sin discutir, a Platón; otros, en cambio, con mucho escepticismo, se han referido a la existencia de este enigmático continente o isla y han considerado la Atlántida como una fantasía del filósofo griego, concebida expresamente por él para apoyar y propagar sus opiniones político-sociales en una especie de novela.

Los defensores de tales puntos de vista extremos son muy numerosos, especialmente entre los comentaristas de las obras de Platón y entre los historiadores de la literatura antigua. En la mayoría de los casos estas opiniones se basan en los aspectos filosóficos y estilísticos de sus textos. En general dichas posturas soslayan el análisis de la posible existencia de unos hechos reales que podrían estar en la base de la leyenda. Esto puede explicarse por el hecho de que el análisis en esta dirección excede los límites de competencias de los literatos y de los críticos literarios, rozando sectores de ciencias totalmente diferentes,

donde los juicios sobre las cuestiones concretas suelen ser discutibles y los datos efectivos insuficientes. Tales son las opiniones de T. H. Martin, Riveau Chassan y muy especialmente las de E. Rohde.[2]

En el intento de sortear las numerosas dificultades, muchos han situado la Atlántida en los puntos más dispares del globo terráqueo, utilizando para ello, según la aguda observación de T. H. Martin, solo el compás de su propia imaginación. Por tanto, se encuentran hipótesis sobre la localización de la Atlántida en todos los lugares posibles, desde un polo al otro. Pero, como se verá más adelante, Platón indicó con bastante exactitud la posición de la Atlántida.

En general el problema de la Atlántida se caracteriza por el hecho de que los elementos susceptibles de servir para demostrar su pasada existencia, como dijo E. F. Khaghemeister, representan un conjunto de una gran cantidad de pequeños hechos y observaciones, cada uno de los cuales, considerado por separado, no tiene mucho significado y no puede considerarse un elemento probatorio indiscutible. El problema de la Atlántida es una especie de problema estadístico, constituido por un gran número de hechos minúsculos junto a los que se pasa sin reparar en ellos.

En consecuencia, un conocimiento unilateral de los materiales del problema conduce fácilmente al hipercriticismo. Pueden servir de ejemplo las afirmaciones de numerosos científicos eminentes que han abordado el problema desde el punto de vista de su especialización. Así, el conocido estudioso inglés de problemas de geografía histórica J. Thompson[3] afirma: «Los antiguos aceptaban las mistificaciones de los autores de utopías con mucha más naturalidad que nosotros».

Un investigador alemán de antiguas leyendas y tradiciones en tierras enigmáticamente desaparecidas, Richard Hennig,[4] dice a propósito de la Atlántida de Platón: «Hay que admitir que la información de Platón es totalmente gratuita y no se sustenta sobre hechos positivos». El conocido historiador y lingüista soviético Yuri V. Knorozov afirma escuetamente: «En efecto, nunca ha existido ninguna Atlántida».

Estas conclusiones demuestran una vez más que el problema de la Atlántida no puede resolverse simplemente en base a una sola ciencia y sin una amplia referencia a los datos contemporáneos.

«La *atlantología* —observa el investigador italiano Leonardo Bettini—, solo puede fundarse en una investigación *interdisciplinaria*.»

La característica peculiar de la mayoría de los ensayos sobre la Atlántida,

también de los más recientes, es su carácter étnicohistórico. Debido a la ausencia de restos concretos de la cultura de los atlantes, todos estos trabajos se basan fundamentalmente en lo que escribió Platón y en algunas leyendas que se refieren con mayor o menor fundamento a hipótesis a veces muy interesantes. Por tanto, el fundamento de dichos trabajos a criterio de científicos más bien escépticos es muy escaso. También porque al estudio de los problemas de la Atlántida en los países capitalistas se han dedicado ocultistas de todo pelaje, aportando elementos seudocientíficos y fantásticos.

La base principal del escepticismo respecto a la Atlántida, y especialmente a la leyenda de Platón, son dos circunstancias que atribuyen al problema un aspecto fantástico:

1. La localización de la Atlántida en el océano Atlántico, donde, según la opinión común, desde los tiempos más remotos solo ha habido océano.

2. La existencia en ella de una humanidad civilizada en un período en el que el resto del mundo se encontraba todavía como mínimo en el estado mesolítico, lo que no tiene precedentes en la historia de la humanidad ni encaja en ningún canon.

Así se explica también por qué la mayoría de los atlantólogos ha preferido soslayar las dificultades rechazando la esencia de la leyenda, la localización de la Atlántida en el océano Atlántico, situándola en su lugar en lugares diversos, y especialmente en las regiones mediterráneas.

En cambio, el problema de la Atlántida es en primer lugar un problema geológico, no étnico-histórico, y solo la definición de la historia geológica del océano Atlántico, junto a investigaciones oceanográficas en profundidad, puede resolver este enigma plurisecular. La tarea de los atlantólogos es mostrar lo que hay de verdad en las distintas fuentes, y entre ellas también la leyenda de Platón, y encontrar hechos y conjeturas convincentes a la luz de las distintas disciplinas científicas. No se puede definir como método científico exacto y objetivo el practicado a menudo por historiadores, literatos y lingüistas, ya que niega todo lo que se refiere a la Atlántida solo sobre la base del estudio unilateral de los textos de Platón.

El hundimiento de la Atlántida puede considerarse como un caso particular de variación del nivel del océano.

Si se descarta del examen en cuestión la hipótesis según la cual la elevación del nivel de las aguas se debió a fenómenos cósmicos (por ejemplo, la hipótesis del hielo cósmico, basada en la posibilidad de que hubieran caído sobre la Tierra

satélites de hielo que antes giraban en torno a ella), entre las causas de variación del nivel del océano originario podrían enumerarse las siguientes:

a) El relleno de las cuencas oceánicas por sedimentación.
b) La variación cuantitativa de las cavidades oceánicas debido al alzamiento de las profundidades de la Tierra, o bien, al contrario, al hundimiento de rocas montañosas.
c) La variación en la capacidad de las cuencas oceánicas a causa de variaciones tectónicas, es decir, de la elevación y el descenso del fondo del océano.

Al examinar estas posibilidades, V. V. Belousov escribe: «Debemos excluir el relleno de las cuencas oceánicas por sedimentación, porque el fenómeno tiene escaso significado, en cuanto el relleno en cuestión se produce simultáneamente a la flexión de la corteza terrestre con pequeñas variaciones de las profundidades marinas. También cabe atribuir un significado relativamente escaso, en los límites de los períodos geológicos próximos, a la variación cuantitativa de las aguas en los océanos. Subsiste la posibilidad de fenómenos tectónicos, es decir, de una variación general de la capacidad de las fosas oceánicas como resultado de movimientos verticales de la corteza terrestre». Así pues, la causa más verosímil de variación del nivel oceánico en un punto determinado del globo terráqueo serían los movimientos tectónicos. Y como los actuales descubrimientos de variación del nivel oceánico corresponden a la línea de contorno de casi todos los continentes, se puede hablar con razón de variaciones tectónicas generales que han provocado estos cambios, ya que las más recientes de estas variaciones tienen el carácter de hundimientos acaecidos en época relativamente reciente.

El conocido geólogo y oceanógrafo francés J. Bourcart[5] escribe: «Todo nos lleva a concluir que el océano Glacial Ártico, el Atlántico y al menos una parte del Índico surgieron en un período muy “reciente” (en el sentido geológico de este adjetivo) y que siguen extendiéndose hasta ahora.

»El más antiguo de todos es sin duda el océano Pacífico, pero solo en su parte central […]. La zona del arco de islas y hasta la plataforma de las Carolinas representan antiguas regiones continentales. Lo mismo puede decirse probablemente de la isla de Pascua. Pero también la parte central del océano Pacífico, aparentemente, sigue ensanchándose y hundiéndose actualmente».

Sin embargo, el reconocimiento de la posibilidad de cambios sustanciales respecto a la relación entre tierra firme y mar contrasta con las opiniones de una serie de geólogos sobre la naturaleza de las cavidades oceánicas, que son consideradas por ellos como los rasgos característicos, que siempre han existido, de la Tierra. Los representantes de esta escuela consideran que los cambios de los contornos oceánicos producidos a lo largo de los períodos geológicos, al ser insignificantes en general, solo se refieren a los detalles. Uno de los fundadores de esta escuela, B. Willis, dice: «Las grandes cuencas oceánicas son características permanentes de la superficie terrestre y existen tal como están hoy, con insignificantes variaciones de sus contornos, desde el primer momento en que surgieron las aguas».

Y, sin embargo, numerosos hechos contradicen estas opiniones, y su número aumenta cada año. Los geólogos soviéticos dan una valoración negativa a la teoría sobre la inmutabilidad de los océanos. «Esta hipótesis es antihistórica, niega cualquier desarrollo de la corteza terrestre y de sus relieves, y para nosotros es totalmente extraña e inaceptable. Entre los geólogos rusos no hay defensores de esta hipótesis metafísica —dice A. N. Mazarovic y, además, afirma—: La teoría de la inmutabilidad de los océanos es una teoría puramente estadística, profundamente antidialéctica, que no responde a los datos efectivos actualmente presentes.»

K. K. Panov escribe al respecto: «La extensión del fondo oceánico no puede considerarse una característica de la superficie terrestre que ha permanecido inmutable estructural y morfológicamente desde sus orígenes y que solo ha cambiado en relación con los continentes, respecto al curso geológico del tiempo».

K. K. Markov resumió en dos breves frases el punto de vista de los estudiosos soviéticos sobre el problema del desarrollo de la corteza terrestre: «El aspecto de la Tierra se ha formado en un proceso de incesante desarrollo. No existen rasgos permanentes en él».

En los últimos años P. N. Kropotkin ha modernizado la hipótesis de la inmutabilidad de los océanos a través de elementos geofísicos nuevos. De hecho, formula la hipótesis de que, junto a las plataformas continentales y las regiones geosinclinales, también sean elementos de la tectónica de la corteza terrestre los fondos oceánicos con una profundidad de inmersión del orden de 5.000 m; según él las llanuras abisales estuvieron cubiertas de agua desde el principio y no sufrieron cambios. A la luz de esta nueva interpretación, se negaba a aceptar que

las configuraciones actuales de los océanos hayan existido siempre, salvo en lo que concierne a las llanuras abisales (que probablemente verán reducidas sus ya modestas dimensiones actuales a raíz de la consideración de datos efectivos). En cualquier caso, también Kropotkin les atribuye hasta el 40 % de la superficie terrestre, cifra evidentemente excesiva. Así, por ejemplo, en el océano Atlántico las profundidades superiores a 5.000 m (las llanuras abisales de Kropotkin) no ocupan más del 30 % de su superficie (*Gran Enciclopedia Soviética,* vol. III, voz «Océano Atlántico») y las superficies cubiertas por sedimentos de origen terrestre no superan el 25 %. Pero desde el punto de vista de la hipótesis de las llanuras abisales no se excluye la posibilidad de que en el pasado existiera tierra firme donde hoy hay océanos.

La hipótesis de Kropotkin fue seriamente criticada por Belousov, que afirma que solo es admisible en el caso del océano Pacífico (y ni siquiera en toda su superficie actual), pero que está en contradicción con los acontecimientos de la historia de los océanos Atlántico e Índico.

En contra de la hipótesis que considera los océanos como una entidad permanente y citando datos gravimétricos y sísmicos, intervino más tarde el geólogo inglés G. M. Lees,[6] con una obra sobre la que vale la pena detenerse un poco. Lees afirma que la representación geofísica de la inmutabilidad de los océanos se halla en contradicción con las observaciones de la geología. Así, en muchos casos, las zonas de formación de pliegues de los continentes se advierten exactamente igual en los océanos, y sistemas complejos fruto de fases repetidas de compresión hacen improbable el hecho de que el fondo oceánico y los continentes en principio puedan experimentar procesos diferentes. Además, existen numerosos datos sobre las características de la corteza terrestre, tanto en el interior de los océanos como en sus bordes. Cerca de los sectores continentales se conocen gruesos sedimentos formados desde el período Cretácico, cuyo grosor a veces roza los 10 km, mientras que la anchura de dicha zona en varios casos alcanza los 100 km. El confín entre el continente y el océano se encuentra a una distancia desconocida en las profundidades del propio océano, por lo que cualquier intento de suposición y de delimitación de una diferencia entre los dos carece de base real.

Las representaciones geofísicas sobre las capas de la estructura de las partes más externas de la corteza terrestre están en neta contradicción con las observaciones de la estructura geológica, por lo que el concepto de *demarcación de Mohorovicic* debe ser revisado. En conclusión, Lees observa que hasta ahora

tienden a imponerse las ideas desarrolladas en los años de las primeras creaciones del pensamiento geológico y geofísico. La opinión de la inmutabilidad de los océanos fue aceptada acríticamente y las conclusiones geofísicas influyeron excesivamente en las representaciones geológicas, en gran parte porque estaban refrendadas por autoridades cuya opinión se consideraba indiscutible.

Otro grupo de teorías de orden geológico está vinculado a la hipótesis de Wegener, muy popular en los años treinta y cuarenta del siglo XX, sobre los movimientos horizontales de los continentes. Según esta hipótesis, para la Atlántida simplemente no hay espacio entre Europa y la América que se aleja. Pero los geólogos soviéticos dan una valoración decididamente negativa. N. S. Sciatsky dice al respecto: «El estudio de este problema me lleva a rechazar categóricamente todas las hipótesis de movilidad, y en primer lugar la de Wegener. Las hipótesis movilistas están muy alejadas de los elementos geológicos concretos; y en cuanto a estos últimos, estas hipótesis no les dedican una particular atención y no los verifican con métodos precisos».

Otro conocido geólogo soviético, V. V. Belousov, llega a escribir: «Solo se puede expresar un profundo asombro por el hecho de que una hipótesis semejante, basada a propósito en una actitud formal hacia los grandes problemas y en la completa y consiguiente ignorancia de todos los datos fundamentales de la geotectónica (e incapaz de aclarar, como ya se ha dicho, lo que es indispensable aclarar antes de nada), haya podido no solo ser estudiada en la literatura científica, sino tener un considerable éxito y atraer a las filas de sus defensores a investigadores de prestigio. Estos científicos, evidentemente, fueron hipnotizados por el atrevimiento de la idea y por el estilo literario de Wegener».

De todas maneras, muchos hechos a los que se refieren los defensores de la hipótesis de Wegener, botánicos y zoólogos especialmente, pueden explicarse perfectamente por la presencia en el pasado de masas continentales y cadenas de islas ahora sumergidas, entre ellas la Atlántida.

Belousov observa incluso[7] en este sentido: «Ciertamente ha existido un nexo directo entre algunos continentes que ha asegurado la posibilidad de intercambio de la fauna y la flora, pero no es necesario que se haya producido pasando a nado de un continente a otro. Ya se ha dicho que en los océanos Atlántico e Índico pudieron existir anteriormente continentes y pequeños mares. Dichos *puentes* nos parecen más verosímiles que la idea de Wegener».

La existencia anterior de condiciones continentales en lugar de los actuales

océanos está testimoniada por una serie de hechos, entre los que merecen especial atención los siguientes:

a) El descubrimiento de completos sistemas montañosos sumergidos, a veces de estructura muy compleja, cuyo origen submarino es dudoso.
b) La detección de la existencia de valles fluviales que se prolongan durante decenas y cientos de kilómetros o cañones submarinos. Estos cañones submarinos a veces alcanzan una profundidad de varios miles de metros.
c) El hallazgo a gran distancia de las orillas continentales de materiales de origen claramente terrestre (arenas cuarcíferas, gravas y otros), cuya existencia no puede justificarse por aportaciones de hielos flotantes a la deriva (icebergs).

Los defensores de la hipótesis de la inmutabilidad de los océanos intentaron conciliar los hechos expuestos más arriba con la hipótesis defendida por ellos, creando nuevas y a veces fantasiosas teorías. Vale la pena detenerse un poco sobre una de estas teorías actualmente de moda.

Se trata de la hipótesis de las llamadas corrientes turbulentas *(turbidity currents)* propuesta por Kuenen[8] y desarrollada en varias direcciones por sus seguidores. La hipótesis consiste en considerar la existencia de corrientes en las profundidades oceánicas capaces de llevar de las orillas continentales, a través de largas distancias y en grandes cantidades, arena, grava y también trozos más grandes de rocas montañosas. Hasta ahora no se ha conseguido demostrar claramente la existencia de tales corrientes, pero mientras tanto con ayuda de esta hipótesis se ha intentado explicar también el origen de los cañones submarinos. Sin embargo, si los cañones submarinos fueran el resultado de la acción de las corrientes turbulentas, no tendrían una forma en V tan profunda, sino más plana, en abanico, y contornos más redondeados, lo que no se observa en la realidad. Otros intentos de servirse de estas hipotéticas corrientes para explicar otros hechos tampoco han resistido a la crítica. Todos estos hechos pueden explicarse bastante bien con los movimientos debidos a desplazamientos tectónicos.

V. N. Saks comunicó que, en una serie de fondos del Atlántico se encontraron arenas a gran profundidad, cuyas partículas medían de 0,3 a 0,6 mm. Y también a distinta profundidad, desde 2.900 a 7.200 m en las partes centrales y

meridionales del Atlántico y en las partes sudoccidentales del océano Índico. La composición de estas arenas indica su origen terrestre y aportaciones de tierra firme.

Por eso Saks llega a la conclusión de que hay que admitir el alzamiento durante un breve tiempo de las partes donde existen arenas en aguas profundas y con una amplitud de 2-3 km. En conclusión, escribe: «Si se admite un origen en superficie de los cañones, habrá que revisar necesariamente las opiniones sobre la paleogeografía del período Cuaternario, sobre el desarrollo de los glaciares y de otras cosas». En fin, los cañones submarinos aparecen como el producto de erosión subaérea y en un período no muy lejano estuvieron en territorios continentales emergidos.

Esta idea ha sido expresada por muchos científicos soviéticos, por ejemplo, por el académico L. S. Berg, por Gh. U. Lindberg y por otros. Boucart, por su parte, dice: «La hipótesis del origen de los cañones por erosión (fluvial) ahora mismo es la única capaz de explicar suficientemente todos los hechos que conocemos». Y también: «Los valles submarinos representan el lecho del curso de antiguos ríos creados por las corrientes durante tres períodos de regresiones desde el último ciclo de historia de la Tierra». Respecto al período de descenso, una gran cantidad de datos hablan de dataciones relativamente recientes, en cualquier caso no antes del final del Pleistoceno.

La ausencia de catástrofes geológicas significativas en los últimos cinco mil años ha llevado a creer que la nuestra es una época de estabilización de los procesos de variación del aspecto de la Tierra. Sin embargo, en la escala geológica estos cinco mil años solo constituyen el 0,5 % del actual período geológico, llamado Antropozoico. Por tanto, considerar, a partir de los datos de esta insignificante fracción de tiempo, que todos los grandes movimientos tectónicos han concluido, carece de fundamento.

Así, el académico V. A. Obruciov dice: «El relieve actual de la superficie terrestre, sus altas montañas y las depresiones oceánicas en medida significativa se han formado a lo largo del período Antropozoico y todavía siguen cambiando», y en la adenda a un artículo de E. F. Khaghemeister[9] escribe: «Ahora muchas cosas han cambiado en los puntos de vista sobre los procesos de formación de las montañas. Los científicos atribuyen cada vez mayor significado a los movimientos verticales, incluidos los actuales. Los recientes terremotos en las islas griegas, en Turquía, en Indonesia, demuestran la actividad de las profundidades terrestres, actividad que condiciona todos los fenómenos

neotectónicos». En el mismo sentido se expresan otros muchos representantes eminentes de la ciencia geológica soviética. Belousov en efecto escribe: «Hay que rechazar la idea del cese de la actividad tectónica de la Tierra». A. D. Arkhanghelsky suponía en general que el período presente corresponde a un retorno de regímenes geosinclinales con inmersión tectónica de altas montañas surgidas de orogénesis alpina. Consideraba recientes desmoronamientos el mar Tirreno y el mar Negro en Europa, y en Extremo Oriente los periféricos mar del Japón y mar de Ojotsk (o de la Caza), y escribía al respecto: «La segunda mitad del Terciario y el Cuaternario se caracterizan por un desarrollo extraordinariamente amplio de los movimientos verticales». B. L. Lickov demuestra muy convincentemente que la época contemporánea posglacial (Holoceno) forma parte de un todo con la época de los movimientos tectónicos del período glacial (Pleistoceno) y que siguen produciéndose significativos movimientos de la corteza terrestre, poniendo como ejemplo de nuestra época el alzamiento del Everest en el Himalaya. Lickov considera nuestra época muy «agitada».

D. I. Muscketov[10] aporta como ejemplos los recientes movimientos tectónicos de elevación de unos cientos de metros de Nueva Zembla (Nueva Tierra) en el Ártico: hasta 400 m, lo que ocurrió entre los años 1770 y 1820.

Los movimientos geotectónicos actuales normalmente se anuncian con un aumento de la actividad volcánica. En este aspecto vale la pena recordar, por ejemplo, la actividad simultánea de veinticinco grandes volcanes de los Andes, que se produjo el 10 de abril de 1932, en una extensión de 800 km; después aparecieron nueve pequeñas islas cerca de los arrecifes de São Paulo en el océano Atlántico cerca del ecuador, el nuevo volcán en las islas Revillagigedo cerca de la costa mexicana, etc. Tras más de un siglo de silencio recomenzó, en 1947, la erupción del Ghekld.

Y en 1957, en la zona de las islas Azores, a raíz de erupciones volcánicas, apareció un nuevo islote, que más tarde se unió a la isla Fayal.

El estudio batimétrico de los océanos demostró la existencia de poderosos sistemas montañosos ahora sumergidos. Actualmente se conocen cadenas montañosas en todos los océanos. Concretamente:

– *Océano Ártico.* A lo largo de todo el océano se desarrollan las cadenas Lomonosov y Mendeleyev. Muy probablemente se trata de los restos de antiguas cadenas de pliegues rocosos que unían la Siberia septentrional con

las islas del archipiélago ártico canadiense y que continuaban más allá, en el continente.

– *Océano Atlántico*. Casi en el centro del océano se despliega la gigantesca cadena montañosa submarina Mesoatlántica, dividida cerca del ecuador por la profunda zona de fractura Romanche. Por este motivo la cadena puede considerarse dividida en dos partes: la cadena del Atlántico norte, con la correspondiente meseta submarina de las Azores a occidente (donde es posible que estuviese situada la Atlántida, como se analizará más detalladamente en las siguientes páginas de este libro) y la cadena del Atlántico sur, con la correspondiente meseta del Río Grande a occidente.
– *Océano Índico*. Como en el océano Atlántico, también en el Índico existe, desde Oriente a África, una cadena Medio Índica. Al norte se extiende hasta orillas de Arabia, con otra rama hasta el Indostán, y al sur, rodeando África, va a unirse a la Mesoatlántica, con lo que forma una única y gigantesca cadena montañosa que bordea Eurasia y África.
– *Océano Pacífico*. Este es el océano más rico en cadenas montañosas medias. Entre ellas, sin embargo, solo la cadena central del Pacífico está realmente en el centro, atravesando el océano en sentido transversal. Las otras cadenas submarinas están dispuestas a lo largo de los márgenes del océano. Algunas, por ejemplo, la de las Hawái o la Oriental, siguen en general la dirección de los arrecifes adyacentes a los continentes.

Así, la del Pacífico Oriental se desarrolla paralelamente a los Andes y tiene a oriente la meseta submarina Albatros. En una de sus elevaciones se halla dispuesta la isla de Pascua con su misteriosa cultura, cuyo origen, a pesar de las brillantes investigaciones de Thor Heyerdahl, sigue siendo muy oscuro.

Cerca de las islas Carolinas, formando el zócalo submarino de estas islas, se halla la cadena de las Carolinas, más a la derecha de la meseta.

Como es sabido, en las islas Carolinas se hallaron restos de una enigmática sociedad que dejó, en la isla de Ponape, las ruinas de un gran puerto marítimo excavado en rocas basálticas. Se ignora quienes fueron sus constructores y en qué período se construyó.

Como indica justamente B. C. Heezen,[11] las cadenas montañosas oceánicas son el tercer elemento, en orden de importancia, de la superficie terrestre, y ocupan una tercera parte, al igual que los continentes y los océanos. Se trata de formaciones muy recientes surgidas en el período Terciario no antes del

Mioceno, como se ha demostrado por la edad de las rocas que componen estas cadenas. Hay otros muchos elementos que demuestran que en determinados momentos de su existencia estas cadenas salieron a la superficie de los océanos y formaron vastas zonas de tierra firme, comparables, por su grandiosidad, a verdaderos continentes, como por ejemplo Australia.

Evidentemente, una parte de dichas cadenas ha existido en la superficie desde el período Posglacial. Pero considerar, como hace Heezen, que todas y cada una de las cadenas mediooceánicas representan una parte de una única cadena mundial oceánica, es todavía prematuro. Los datos son insuficientes para confirmar estas hipótesis; las investigaciones realizadas demuestran que las cadenas mediooceánicas se originaron por varias causas, y no siempre tienen orígenes y características comunes. Boucart escribe al respecto: «A partir de todo lo que sabemos sobre las cadenas oceánicas, las depresiones oceánicas, los eslabones que tal vez las unían a los continentes y los movimientos capaces de crear los atolones, se puede concluir que las cadenas y las crestas actualmente descienden y los espacios oceánicos aumentan».

Más allá de cualquier tradición, por tanto, la existencia de estas cadenas y mesetas montañosas hundidas lleva a pensar en la precedente existencia de continentes perdidos: la Atlántida en el océano Atlántico, Mu en el océano Pacífico y Lemuria en el océano Índico, por citar las diferentes hipótesis avanzadas a lo largo del tiempo.

De estos hipotéticos continentes el más extenso sería la Atlántida, dispuesto a lo largo del ecuador en dos enormes islas: Atlántida septentrional y Atlántida meridional.

Evidentemente, los restos de la Atlántida del Norte (o simplemente la Atlántida, como se la denomina normalmente) resistieron más tiempo que los otros, puesto que llegó hasta nosotros la leyenda de Platón sobre la existencia en ellos de una humanidad bastante culta y sobre su desaparición bajo las aguas oceánicas. Probablemente, en torno a aquel período, un poco antes o un poco después, se produjo la desaparición del continente Mu en el océano Pacífico, sobre la base de la meseta submarina Albatros.

Menos conocida es Lemuria, el continente desaparecido del océano Índico, cuyos restos podrían ser la dorsal Mesoíndica que se levanta sobre los restos del primigenio y enorme continente del hemisferio meridional, Gondwana. Algunos estudiosos consideran que este continente fue la cuna de la humanidad.

Respecto a esto, conviene recordar que los restos más antiguos del

antepasado del hombre fueron encontrados, no hace mucho tiempo, en África oriental y meridional. Y entre África oriental y la cadena Medio Índica se encuentran algunas islas de origen claramente continental, que habrían podido ser *puentes* en el pasado; por no hablar de Madagascar, patria de los primates lémures.

Resumiendo, más allá de la escéptica superficialidad de los no documentados, el enigma de los continentes perdidos está hoy más vivo que nunca; este libro pretende presentar al público un cuadro de conjunto sobre el tema serio y honesto, con objetividad y precisión, capaz de reconducir el mito al ámbito de la realidad histórica y científica.

Con dichas premisas, las conclusiones corresponden al lector inteligente.

NIKOLAI F. JIROV

# Introducción

El 25 y 26 de marzo de 2000, con el apoyo y bajo los auspicios del gobierno de aquella antigua república, se desarrolló en San Marino el primer simposio mundial sobre los orígenes perdidos de la civilización y los anacronismos histórico-arqueológicos, desde entonces organizado y coordinado por nosotros a fin de estimular un amplio debate internacional sobre las crecientes evidencias de anacronismos que historia y arqueología han evidenciado a los ojos de todos, pese al conservadurismo de ambientes académicos demasiado a menudo instalados en supuestas certezas no suficientemente verificadas.

¿Cómo surgió nuestra civilización? ¿Por efecto de una lenta evolución desprovista de violentas convulsiones? ¿O más bien con uno o más «retornos a los orígenes» por parte de nuestros progenitores, a causa de acontecimientos catastróficos de alcance global que «pusieron a cero» el progreso humano? ¿Y tal vez con acontecimientos o tensiones ajenos al hábitat planetario terrestre?

Lo cierto es que los crecientes interrogantes suscitados por descubrimientos o elementos que cada vez encajan menos en el estrecho mosaico concebido por una visión histórico-científica poco acorde con los tiempos exigen respuesta. Aunque tiendan a socavar concepciones hasta ahora incontrovertibles e intangibles.

La arqueología durante mucho tiempo consideró la *Ilíada* una pura construcción mítica; luego, un buen día, la realidad de los hechos se impuso sobre algunas masturbaciones académicas. De la misma forma, la Biblia y la narración del Génesis fueron juzgadas por la ciencia como un cuento piadoso para un pueblo de pastores. Y hoy se ha comprobado, al contrario, que el Pentateuco es un texto absolutamente histórico y exacto en sus diversas afirmaciones. Tal vez mañana se logre demostrar del mismo modo que Platón, cuando hablaba del hundimiento de la Atlántida, no se refería a una utopía política.

Consideremos, bajo esta óptica, el problema del Diluvio bíblico, presente por otra parte en toda el área cultural de Oriente Medio en múltiples tradiciones, y el Arca de Noé, que —detenida en las faldas del monte Ararat— ha visto un

creciente número de expediciones lanzarse en su busca. Al margen de los resultados específicos, hoy sabemos de todas formas —con William Ryan y Walter Pitman— que el cataclismo bíblico ocurrió realmente, con la inmersión de vastas extensiones de tierra, entonces en condiciones subaéreas y hoy en el fondo del mar Negro, y catastróficas inundaciones en el Oriente Medio mesopotámico. Como reza el título de un afortunado *bestseller* de Werner Keller de la posguerra, «la Biblia tenía razón». Porque en la base de la leyenda y del mito siempre hay hechos reales. Y muchos, hoy, ya lo han entendido.

Pero a algunos académicos todo esto no les gusta. Y así vemos a periódicos italianos como *La Repubblica* o el *Corriere della Sera* dar cabida a los gritos de alarma de lamentables abanderados del conservadurismo científico contra los falsos enigmas y la oleada irracional que habría invadido la arqueología, un fenómeno declaradamente visto con creciente inquietud por los operadores tradicionales del sector. Y también se habla con desprecio de una *fantarqueología* que programas televisivos como *Misterios* y *El hilo de Ariadna* (conducidos por Lorenza Foschini para la Rai), *La máquina del tiempo* (conducido por Alessandro Cecchi Paone para Mediaset) y *Stargate* (conducido por Roberto Giacobbo para Tmc) habrían contribuido a divulgar en detrimento de la realidad y la corrección científicas.

Pero estas acusaciones solo denuncian el temor a lo nuevo en un campo tradicionalmente momificado por esquemas rancios y superados. En realidad, no es posible ocultar e ignorar los nuevos datos que van emergiendo poco a poco y que revolucionan algunas visiones dadas por descontado de nuestro pasado.

En 1999, durante un congreso de paleoarqueología celebrado en Santa Fe, los antropólogos Dennis Stanford y Bruce Bradley, miembros de la Smithsonian Institution de Washington, presentaron una teoría revolucionaria sobre los orígenes de los primeros americanos, según la cual estos habrían llegado hace dieciocho mil años procedentes de Europa, probablemente a través del Atlántico helado, sostienen los dos científicos.

Hasta entonces, según la teoría dominante, se creía que la primera migración se había producido hace trece mil quinientos años por parte de poblaciones asiáticas, las cuales, persiguiendo los rebaños de ganado salvaje, habrían llegado al continente americano a través del estrecho de Bering, para difundirse por toda América septentrional y dar vida a la llamada cultura clovis.

Ahora, según Stanford y Bradley, objetos humanos hallados a lo largo de la costa oriental, desde la América septentrional a la América meridional,

demostrarían que hubo una migración europea anterior a la asiática. Hallazgos líticos y óseos en Pensilvania, en Virginia y en Carolina del Sur presentan semejanzas extraordinarias con objetos europeos pertenecientes a la cultura solutrense, es decir, la cultura paleolítica superior que se desarrolló en España y en Francia, cerca de la población de Solutré, hace diecinueve mil años. Los dos investigadores no excluyen que las dos culturas paleolíticas —clovis y solutrense— hayan convivido en el continente americano, absoluta y completamente diferenciadas una de otra durante milenios.

Una teoría completamente revolucionaria —podría pensarse— que, sin embargo, no hace más que confirmar las creencias tradicionales expresadas por muchos nativos de América. En el *Popol Vuh*, por ejemplo, el llamado libro sagrado de los mayas quiché, que recoge antiguas tradiciones de este pueblo, se hace referencia continuamente a los propios antepasados diciendo explícitamente que procedían de Oriente. En el capítulo sexto del libro tercero, en efecto, está escrito, en referencia a los antepasados: «Luego se marcharon, quitaron los palos y abandonaron Oriente. Esta no es nuestra patria; vamos a buscar el lugar donde deberemos establecernos […]. Todas las tribus siguieron observando la estrella que era el heraldo del Sol. Llevaban en sus corazones esta señal del alba cuando llegaron de Oriente, y con la misma esperanza partieron, desde lejanas distancias, como hoy nos dicen sus cantos». Y más adelante, en el capítulo séptimo: «No está claro, sin embargo, cómo cruzaron el mar; lo atravesaron y llegaron a esta parte, como si el mar no hubiese sido mar; pasaron sobre piedras alineadas en la arena. Por esta razón fueron llamados Piedras en Fila, Arena bajo el Mar, nombres que se les dio cuando cruzaron el mar, dividiéndose las aguas a su paso».

Hace unos años, proponer un escenario semejante habría expuesto a quien lo hubiese hecho al ostracismo de la comunidad científica y al ridículo. Pero hoy la situación es distinta, y la revolucionaria teoría de Stanford y Bradley revaloriza implícitamente la hipótesis de un «puente cultural» euroamericano que no estuviera constituido por el océano helado, sino por tierras en el Atlántico septentrional posteriormente sumergidas. ¿La mítica Atlántida?

Frente a este nombre, los representantes académicos solo saben arrugar la nariz y rasgarse las vestiduras, naturalmente. Lo que, dicho sea de paso, no resuelve el problema. Y la gente ya se ha dado cuenta. Y por eso —guste o no guste— la última década ha visto crecer, desde el vasto horizonte de la industria editorial anglosajona (con su repercusión en todo el mundo), un amenazador

tsunami contra el ideal dique de abrigo de la arqueología tradicional, que luego se ha abatido con violencia sobre las arrogantes certezas de la cultura clásica que desde hace siglos han constituido la mejor defensa de una visión conservadora de la historia y de la realidad.

Y así, en la estela de las intuiciones sobre la ciencia sagrada de los antiguos egipcios de estudiosos del calibre de R. A. Schwaller de Lubicz (ya divulgadas por sir Anthony West), autores como Robert Bauval y Graham Hancock han resquebrajado primero y después demolido, con los brillantes contenidos de sus *bestsellers*, los esquemas cada vez más inactuales y superados de un marco histórico y científico viejo y rancio que hace agua por todas partes.

Y con los mismos esquemas superados, todo aquel vasto filón reduccionista que, en los años setenta, buscó y sigue buscando en vano racionalizar determinadas tradiciones incómodas y las designó como mitos o acontecimientos en buena parte mitificados. Más que a las recientes interpretaciones de J. M. Allen, que la sitúan en Tiahuanaco sobre los Andes, nos referimos a las interpretaciones (decididamente inspiradas en un mal disimulado chauvinismo panhelénico) de Spyridion Marinatos, divulgadas por J. V. Luce y por su *claca* más reciente (James Mavor, Richard Ellis, Charles Pellegrino y Rodney Castleden). En esta última investigación, como es sabido, el continente perdido de Platón coincidiría con Thera (Santorini), la isla griega de las Cícladas parcialmente destruida por erupciones volcánicas y maremotos (que ciertamente marcaron, simultáneamente, la crisis y el declive de la civilización cretense-minoica). Nada nuevo bajo el sol, en cualquier caso. Se trata del mismo mecanismo perverso ya aplicado en su momento a la tradición homérica por estudiosos esclerotizados y empapados del peor clasicismo, que consideraron Troya como un mito y nada más. Al menos hasta que —sin pedir permiso— Schliemann hizo justicia. Con la Atlántida, que tantas veces se ha intentado colocar en otra parte respecto a donde la señaló Platón y siempre en una dimensión mítica, nos encontramos seguramente en una situación del todo y en todo análoga.

Sí, porque la pretensión de reconducir el relato platónico a una realidad mediterránea o andina mucho más banal no resiste en absoluto a un análisis serio y profundo de todos los términos del problema, por lo que Bauval y Hancock solo han dado el golpe de gracia a hipótesis forzadas que nacieron ya muertas. Y ya lo había demostrado con hechos, en los años sesenta, el norteamericano Charles Hapgood con sus estudios sobre los mapas de Piri Reis, el almirante

otomano que en la segunda mitad del siglo XVI dibujó cartas náuticas *imposibles*, que mostraban al detalle las costas de la América central y meridional y de la Antártida, y estas últimas tal como aparecían, sin los hielos polares, ¡hace trece mil años!

No. La Atlántida, si de verdad existió, se encontraba realmente, como dice la tradición, en el Atlántico, y eso porque antes del X milenio a. C., una civilización tan avanzada como desconocida había trazado los mapas de las costas atlánticas, realizado detalladísimas cartas náuticas de un mundo distinto (donde la Antártida no está bajo el casco polar) y perdido, en una realidad oceánica y antediluviana de alcance planetario. Esto es lo que puso de manifiesto en 1974, en términos totalmente pioneros, adelantándose más de dos décadas al más reciente *bestseller* anglosajón del matrimonio Rand y Rose Flem-Ath, el almirante italiano Flavio Barbiero, precursor de la nueva visión histórica y arqueológica que se perfila en el horizonte, la de una civilización madre olvidada, nexo cultural entre prehistoria y protohistoria, arrasada por cataclismos geológicos de escala planetaria y de probable origen cósmico. Mientras algunas momias depositarias del saber académico siguen vociferando ex cátedra contra este escenario supuestamente absurdo, de forma más realista —aunque con matices distintos— autores como el inglés John Michell, el francés Jean Deruelle y el italiano Vittorio Castellani configuran hoy en las culturas megalíticas euroafricanas el indicio de un origen atlántico de la civilización a través del «puente» continental de las islas británicas, originariamente más extendidas hacia el océano: una perspectiva nada irreal.

Pero eso no es todo. En efecto, con la arqueología protohistórica también la egiptología ha entrado en crisis frente a una serie de nuevos elementos. Sin medias tintas, y en términos sumamente convincentes, Bauval, Hancock y otros —con el permiso de las objeciones conservadoras de Zahi Hawass en Egipto— han afirmado que el país del Nilo solo sería el depositario de una cultura anterior sumamente avanzada, y que algunos sorprendentes conocimientos astronómicos y científicos egipcios solo se pueden explicar admitiendo la realidad de una civilización antediluviana desaparecida y olvidada. Así, la función funeraria de las pirámides de Guiza evidentemente también debe ser revisada, frente a su precisa disposición respecto a la posición de las estrellas de la constelación de Orión y a una insospechada visión astronómica de los grandes monumentos de la antigüedad protohistórica. De la misma forma, la esfinge de Guiza (el guardián del Génesis) resulta ser un colosal simulacro leonino preegipcio (que los

faraones restauraron y modelaron a su imagen esculpiéndola sobre la cabeza felina original), de desconocida y antiquísima factura, como indican los restos de evacuación pluvial presentes en su estructura lítica; y totalmente en sintonía con ancestrales monumentos rupestres esculpidos por mano desconocida (como los descubiertos por Daniel Ruzo en América meridional).

En este escenario revolucionario siguen apareciendo nuevos OOPARTS (siglas inglesas de Out Of Place Artefacts, 'artefactos fuera de lugar' o 'imposibles'). Van desde los controvertidos hallazgos de Glozel con su alfabeto *ante litteram*, pasando por las desconcertantes piedras de Ica o las asombrosas figuritas de Acámbaro en América meridional, hasta las posibles conexiones entre el Indo de Mohenjo Daro y la isla de Pascua, y otros más. ¿Verdadero? ¿Falso? En cualquier caso, el cuadro simplista trazado por la casta de pelucas empolvadas que tantos límites ha impuesto al progreso científico sobre lo desconocido de nuestros orígenes parece destinado cada vez más a ser desbancado por la llamada *arqueología prohibida*, que ya se está imponiendo tanto entre el público como entre la comunidad científica. Una nueva arqueología que hace retroceder la fecha de la civilización y los orígenes del hombre mucho más de lo que cabría suponer, y que ve en el catastrofismo geológico y cósmico el hilo conductor del desarrollo de la vida y de la civilización en la Tierra.

Nuestro mundo, en efecto, ha estado varias veces en el centro de catástrofes o emergencias planetarias, es decir, acontecimientos dramáticos de alcance global: terremotos, maremotos, erupciones volcánicas, diluvios, hundimientos tectónicos, desertificaciones, glaciaciones, impactos de cometas, de asteroides o de meteoritos que han jalonado el curso de la evolución (pensemos en la extinción de los dinosaurios provocada por la caída de un asteroide hace sesenta y cinco millones de años) y de la historia humana (basta considerar el mito del Diluvio Universal, común a todos los pueblos de la Tierra). Más allá del carácter forzado de algunas de sus afirmaciones, tiene razón —a pesar de la indecorosa marginación de la que ha sido objeto por parte de los científicos más conservadores— el genial Immanuel Velikovsky, el *profeta del catastrofismo* amigo de Albert Einstein. Sí, la Tierra ha sido devastada varias veces por fenómenos cósmicos y geológicos, y el mito de los continentes perdidos y de las civilizaciones preadamitas está vinculado a dichos acontecimientos, que han impuesto periódicos retornos a los orígenes a la civilización humana, varias veces en el centro de experiencias apocalípticas.

Más aún. En el cosmos y a través del cosmos, en particular, podrían descubrirse los lazos, sutiles y remotos, entre nuestros orígenes, la evolución de la civilización y nuestro futuro.

Hoy, por ejemplo, se considera con razón que el planeta Marte resultó materialmente dañado por impactos de asteroides múltiples que habrían modificado sustancialmente su atmósfera, la hidrosfera y el ambiente originales. ¿Fue su causa la supuesta explosión del quinto planeta, previsto por la ley de Titius-Bode, que en un tiempo gravitaba entre Marte y Júpiter y luego se fragmentó en el actual cinturón de asteroides? Nada excluye, por tanto, que la Tierra pueda haber sufrido —y varias veces— un destino análogo, con varios efectos catastróficos: inmersión repentina de áreas continentales enteras, efecto invernadero, glaciaciones, deslizamiento del eje terrestre y consiguientes desastres ecológicos de distinta naturaleza y extensión. Desde esta perspectiva, nada irreal, hoy se discute cada vez más sobre emergencias planetarias, al valorar también el riesgo amenazador de la posible caída de un cuerpo celeste sobre la Tierra: un acontecimiento que podría marcar el fin de nuestra civilización. Pues bien, hay que tener presente que eso ya podría haber ocurrido. Y que algunas tradiciones pueden contener, con mucha probabilidad, la memoria de acontecimientos reales y dramáticos para la historia humana. Sí, los continentes perdidos no son un simple mito. Es más, algunos estudios pioneros tienden incluso a relacionar las cosmogonías y las teogonías de la antigüedad con catastróficos acontecimientos cósmicos. Es el caso de Alan F. Alford, que en sus volúmenes recientes *The Phoenix Solution: Secrets of a Lost Civilization* y *When the Goods Came Down* relaciona un acontecimiento astronómico concreto —la explosión del quinto planeta— con la génesis de las teogonías protomediterráneas, de Oriente Medio y del antiguo Egipto. Desde esta óptica, pues, el mismo mito de la destrucción de la Atlántida (o de un civilizado y avanzado mundo primigenio propio de una fabulosa «edad de oro» arrasada por cataclismos) podría proyectarse al espacio extraterrestre, con la posibilidad de hacer asumir a algunas divinidades antiguas valores insospechados más allá de los puramente religiosos, claramente reductivos. ¿Simples teorías y nada más? Quizá.

Está claro que una cantidad creciente de anacronismos arqueológicos está ahora a la vista de todos, lo que hace reaparecer en concreto un pasado remoto desconocido y sorprendentemente avanzado (o a lo mejor un verdadero y propio «futuro anterior») de los abismos del tiempo. Y con él también la constatación de

que la historia y la arqueología que nos han enseñado hasta ahora son inexactas y engañosas, al menos por lo que respecta a la realidad de nuestros orígenes. Este libro pretende, por tanto, mirar en otras direcciones. Es decir, hacia el mínimo que cualquier estudioso con un grado suficiente de honradez intelectual debería plantearse hoy, en el umbral del tercer milenio.

Para terminar, un afectuoso y merecido reconocimiento. Estamos profundamente agradecidos a nuestra queridísima amiga Cristina Aldea de Colonia, dedicada desde hace años en Alemania a una activa revisión crítica del marco tradicional de la protohistoria, por habernos transmitido toda su pasión y estimulado hasta el punto de realizar la presente edición, revisada y ampliada, de este libro.

ROBERTO PINOTTI
*Florencia, 30 de enero de 2001*

# 1

# La Atlántida de Platón

## Premisa

Como observa justamente René Thévenin, la paleontología, entre otras ciencias, no llega a explicar la presencia o la sucesión de numerosos seres en diversas partes del mundo, actualmente separadas por vastos espacios marinos, sin admitir que estas partes estuvieron un tiempo en directa comunicación entre sí. A veces consigue obtener las pruebas, más o menos fácilmente verificables. En otros casos debe recurrir a la hipótesis y esforzarse en demostrarla con pruebas igualmente tangibles. Wegener, por ejemplo, propone admitir que originariamente los continentes formaban una única masa, que de alguna forma se ha roto y que los trozos se han separado como se separan los dedos de una mano. Y los argumentos con los que la paleontología sostiene esta teoría, aunque discutidos, poseen una solidez innegable. Solo recordaremos uno de los más relevantes y más frecuentemente citados: la concordancia del contorno de la costa oriental del Nuevo Mundo con el de la costa occidental del Antiguo.

Otros escritores, a los que Buffon había precedido, supusieron que existían puentes de un continente a otro, y llegaron a darles nombres: puente del Atlántico norte boreal o Eria, que unía Canadá con Groenlandia y acababa a las puertas de Europa, entonces inexistente; puente del Atlántico sur tropical o Gondwana (nombre derivado de una región de la India actual), que unía Brasil con África y con la India, y durante un cierto tiempo también con Australia; puente austral o Archielenis… En ellos, vastos subcontinentes, desde el siberiano de la Angara hasta el indo-malgache de Lemuria, y mediterráneos inmensos, desde el europeo al etíope.

Estas posiciones, naturalmente, se han modificado con el paso del tiempo. Algunos continentes han desaparecido, fragmentándose; otros han emergido. La investigación de sus diversas ubicaciones en distintos momentos de la historia afecta y ocupa a un gran número de ciencias. En el curso de esta investigación las propias ciencias se han encontrado con la Atlántida.

Este nombre tan evocador, que tiene a sus espaldas veinticinco siglos, hoy es más sugestivo que nunca. Pensemos que la ciudad de Riccione, durante las celebraciones de la 70.ª edición de la perla verde del Adriático, meta del turismo elitista en la Riviera Romagnola, se inspiró en el mítico continente perdido para crear los itinerarios escénicos de las manifestaciones conmemorativas de 1992 (con instalaciones, luces y músicas). Y en 1991, la Lucasfilm Ltd. realizó el videojuego de éxito *Indiana Jones and the Fate of Atlantis*, donde el popular personaje de las películas de Steven Spielberg va en busca de una protocivilización madre sumergida, surgida del contacto del hombre con antiguos visitantes extraterrestres.

Como destacan los escritores L. Sprague de Camp y Willy Ley, el simple sonido del nombre *Atlántida* suscita la visión de algo maravilloso, dorado y brillante sobre la azul inmensidad del mar, lejos de aquella realidad de la vida cotidiana en la que todo el mundo participa, pero de la que tantos tratan de huir.

Y, contrariamente a lo que ha ocurrido con otras complejas y confusas leyendas, también objeto de acaloradas discusiones, la de la Atlántida tiene un origen muy definido.

Se remonta, por línea directa e ininterrumpida, a las obras de un filósofo griego del siglo IV a. C., cuyo verdadero nombre —extremo del que solo están al corriente algunos especialistas— era Aristocles, pero que el público conoce como Platón, apodo que le pusieron sus amigos, o tal vez eligió él mismo, y que significa ‘de anchos hombros’. Un físico a lo Schwarzenegger, vaya.

Aquí, de Platón nos interesan los dos diálogos titulados respectivamente *Timeo* y *Critias*, cuyos nombres provienen de dos personajes que toman parte en las discusiones. Los dos son obras de la edad madura, aunque no las últimas: el diálogo *Leyes* fue compuesto o al menos terminado después de que Platón interrumpiese, para no volver a tocarla, la redacción de *Critias*. Los dos diálogos de los que vamos a hablar, el completo (y pulido) *Timeo* y el inconcluso (o mejor no pulido) *Critias*, constituyen la fuente original de la leyenda de la Atlántida.

Veamos, en lo que nos interesa, el preciso contenido textual en la versión de Francisco Lisi (*Diálogos. Obra completa. Volumen VI: Filebo. Timeo. Critias*, Gredos, Madrid 1992, pp. 161-296). En él se basan las noticias sobre la Atlántida transmitidas a través de Platón, y es a él al que debemos remitirnos.

## La Atlántida en *Timeo*

*Critias* Escucha, entonces, Sócrates, un relato muy extraño, pero absolutamente verdadero, tal como en una ocasión lo relataba Solón, el más sabio de los siete, que era pariente y muy amigo de mi bisabuelo Drópida, como él mismo afirma en muchos pasajes de su obra poética. Le contó a Critias, nuestro abuelo, que de viejo nos lo relataba a nosotros, que grandes y admirables hazañas antiguas de esta ciudad habían desaparecido a causa del tiempo transcurrido y la destrucción de sus habitantes, y, de todas, una, la más extraordinaria, convendría que ahora a través del recuerdo te la ofreciéramos como presente, para elevar al mismo tiempo loas a la diosa con justicia y verdad en el día de su fiesta nacional, como si le cantáramos un himno.

*Sócrates* Bien dices. Pero, por cierto, ¿no explicaba Critias cuál era esa hazaña que, según la historia de Solón, no era una mera fábula, sino que esta ciudad la realizó efectivamente en tiempos remotos?

*Critias* Te la diré, aunque escuchada como un relato antiguo de un hombre no precisamente joven. Pues entonces Critias, así decía, tenía ya casi noventa años y yo, a lo sumo diez. Era, casualmente, la Kureotis, el tercer día de los Apaturia.[1] A los muchachos les sucedió lo que es siempre habitual en esa fiesta y lo era también entonces. Nuestros padres hicieron certámenes de recitación. Se declamaron poemas de muchos poetas y, como en aquella época los de Solón eran recientes, muchos niños los cantamos. Uno de los miembros de la fratría, sea que lo creía realmente o por hacerle un cumplido a Critias, dijo que, si bien Solón le parecía muy sabio en todos los otros campos, en la poesía lo tenía por el más libre de todos los poetas. El anciano, entonces —me acuerdo con gran claridad— se puso muy contento y sonriendo dijo: «¡Ay, Aminandro!, ¡ojalá la poesía no hubiera sido para él una actividad secundaria! Si se hubiera esforzado como los otros y hubiera terminado el argumento que trajo de Egipto y, si, al llegar aquí, las contiendas civiles y otros males no lo hubieran obligado a descuidar todo lo que descubrió allí, ni Hesíodo ni Homero en mi opinión, ni ningún otro poeta jamás habría llegado a tener una fama mayor que la suya». «¿Qué historia era, Critias?», preguntó el otro. «La historia de la hazaña más importante y, con justicia, la más renombrada de todas las realizadas por nuestra ciudad, pero que no llegó hasta nosotros por el tiempo transcurrido

y por la desaparición de los que la llevaron a cabo», dijo el anciano. «Cuenta desde el comienzo», exclamó el otro, «qué decía Solón, y cómo y de quiénes la había escuchado como algo verdadero».

»En Egipto —comenzó Critias—, donde la corriente del Nilo se divide en dos en el extremo inferior del delta, hay una región llamada Saítica, cuya ciudad más importante, Sais —de donde, por cierto, también era el rey Amasis—, tiene por patrona una diosa cuyo nombre en egipcio es Neith y en griego, según la versión de aquellos, Atenea. Afirman que aprecian mucho a Atenas y sostienen que en cierta forma están emparentados con los de esta ciudad. Solón contaba que cuando llegó allí recibió de ellos muchos honores y que, al consultar sobre las antigüedades a los sacerdotes que más conocían el tema, descubrió que ni él mismo ni ningún otro griego sabía, por decir así, prácticamente nada acerca de esos asuntos. En una ocasión, para entablar conversación con ellos sobre esto, se puso a contar los hechos más antiguos de esta ciudad, la historia de Foroneo, del que se dice que es el primer hombre, y de Níobe, y narró cómo Deucalión y Pirras sobrevivieron después del Diluvio e hizo la genealogía de sus descendientes y quiso calcular el tiempo transcurrido desde entonces recordando cuántos años había vivido cada uno. En ese instante, un sacerdote muy anciano exclamó: “¡Ay!, Solón, Solón, ¡los griegos seréis siempre niños!, ¡no existe el griego viejo!”. Al escuchar esto, Solón le preguntó: “¿Por qué lo dices?”. “Todos —replicó aquel—, tenéis almas de jóvenes, sin creencias antiguas transmitidas por una larga tradición y carecéis de conocimientos encanecidos por el tiempo. Esto se debe a que tuvieron y tendrán lugar muchas destrucciones de hombres, las más grandes por fuego y agua, pero también otras menores provocadas por otras innumerables causas. Tomemos un ejemplo, lo que se cuenta entre vosotros de que una vez Faetón, el hijo del Sol, montó en el carro de su padre y, por no ser capaz de marchar por el sendero paterno, quemó lo que estaba sobre la tierra y murió alcanzado por un rayo. La historia, aunque relatada como una leyenda, se refiere, en realidad, a una desviación de los cuerpos que en el cielo giran alrededor de la Tierra y a la destrucción, a grandes intervalos, de lo que cubre la superficie terrestre por un gran fuego. Entonces, el número de habitantes de las montañas y de lugares altos y secos que muere es mayor que el de los que viven cerca de los ríos y el mar. El Nilo, salvador nuestro en otras ocasiones, también nos salva entonces de esa desgracia. Pero

cuando los dioses purifican la tierra con aguas y la inundan, se salvan los habitantes de las montañas, pastores de bueyes y cabras, y los que viven en vuestras ciudades son arrastrados al mar por los ríos. En esta región, ni entonces ni nunca fluye el agua de arriba sobre los campos, sino que, por el contrario, es natural que suba, en su totalidad, desde el interior de la tierra. Por ello se dice que lo que aquí se conserva es lo más antiguo. En realidad, sin embargo, en todas las regiones en las que no se da un invierno riguroso y un calor extremo, la raza humana, en mayor o menor número, está siempre presente. Desde antiguo registramos y conservamos en nuestros templos todo aquello que llega a nuestros oídos acerca de lo que pasa entre vosotros, aquí o en cualquier otro lugar, si sucedió algo bello, importante o con otra peculiaridad. Contrariamente, siempre que vosotros, o los demás, os acabáis de proveer de escritura y de todo lo que necesita una ciudad, después del período habitual de años, os vuelve a caer, como una enfermedad, un torrente celestial que deja solo a los iletrados e incultos, de modo que nacéis de nuevo, como niños, desde el principio, sin saber nada ni de nuestra ciudad ni de lo que ha sucedido entre vosotros durante las épocas antiguas. Por ejemplo, Solón, las genealogías de los vuestros que acabas de exponer poco se diferencian de los cuentos de niños, porque, primero, recordáis un diluvio sobre la tierra, mientras que antes de él habían sucedido muchos y, en segundo lugar, no sabéis ya que la raza mejor y más bella de entre los hombres nació en vuestra región, de la que tú y toda la ciudad vuestra descendéis ahora, al quedar una vez un poco de simiente. Lo habéis olvidado porque los que sobrevivieron ignoraron la escritura durante muchas generaciones. En efecto, antes de la gran destrucción por el agua, la que es ahora la ciudad de los atenienses era la mejor en la guerra y la más absolutamente obediente de las leyes. Cuentan que tuvieron lugar las hazañas más hermosas y que se dio la mejor organización política de todas cuantas hemos recibido noticia bajo el cielo.” Solón solía decir que al escucharlo se sorprendió y tuvo muchas ganas de conocer más, de modo que pidió que le contara con exactitud todo lo que los sacerdotes conservaban de los antiguos atenienses. El sacerdote replicó: “Sin ninguna reticencia, oh, Solón, lo contaré por ti y por vuestra ciudad, pero sobre todo por la diosa a la que tocó en suerte vuestra patria y también la nuestra y las crio y educó, primero aquella, mil años antes, después de recibir simiente de Gea y Hefesto, y, más tarde, esta. Los escritos sagrados establecen la

cantidad de ocho mil años para el orden imperante entre nosotros. Ahora, te haré un resumen de las leyes de los ciudadanos de hace nueve mil años y de la hazaña más heroica que realizaron. Más tarde, tomaremos con tranquilidad los escritos mismos y discurriremos en detalle y ordenadamente acerca de todo. En cuanto a las leyes, observa las nuestras, pues descubrirás ahora aquí muchos ejemplos de las que existían entonces entre vosotros. En primer lugar, el que la casta de los sacerdotes esté separada de las otras; después, la de los artesanos, el que cada oficio trabaje individualmente sin mezclarse con el otro, ni tampoco los pastores, los cazadores ni los agricultores. En particular, supongo que habrás notado que aquí el estamento de los guerreros se encuentra separado de los restantes y que solo tiene las ocupaciones guerreras que la ley le ordena. Además, la manera en que se arman con escudos y espadas, que fuimos los primeros en utilizar en Asia tal como la diosa los dio a conocer por primera vez en aquellas regiones entre vosotros. También, ves, creo, cuánto se preocupó nuestra ley desde sus inicios por la sabiduría, pues, tras descubrirlo todo acerca del universo, incluidas la adivinación y la medicina, lo trasladó de estos seres divinos al ámbito humano para salud de este y adquirió el resto de los conocimientos que están relacionados con ellos. En aquel tiempo, pues, la diosa os impuso a vosotros en primer lugar todo este orden y disposición y fundó vuestra ciudad después de elegir la región en que nacisteis porque vio que la buena mezcla de estaciones que se daba en ella podría llegar a producir los hombres más prudentes. Como es amiga de la guerra y de la sabiduría, eligió primero el sitio que daría los hombres más adecuados a ella y lo pobló. Vivíais, pues, bajo estas leyes y, lo que es más importante aún, las respetabais y superabais en virtud de todos los hombres, como es lógico, ya que erais hijos y alumnos de dioses. Admiramos muchas y grandes hazañas de vuestra ciudad registradas aquí, pero una de entre todas se destaca por importancia y excelencia. En efecto, nuestros escritos refieren cómo vuestra ciudad detuvo en una ocasión la marcha insolente de un gran imperio, que avanzaba del exterior, desde el océano Atlántico, sobre toda Europa y Asia. En aquella época, se podía atravesar aquel océano dado que había una isla delante de la desembocadura que vosotros, así decís, llamáis Columnas de Heracles. Esta isla era mayor que Libia y Asia juntas y de ella los de entonces podían pasar a las otras islas y de las islas a toda la tierra firme que se encontraba frente a ellas y rodeaba el

> océano auténtico, puesto que lo que quedaba dentro de la desembocadura que mencionamos parecía una bahía con un ingreso estrecho. En realidad, era mar y la región que lo rodeaba totalmente podría ser llamada con absoluta corrección tierra firme. En dicha isla, Atlántida, había surgido una confederación de reyes grande y maravillosa que gobernaba sobre ella y muchas otras islas, así como partes de la tierra firme. En este continente, dominaban también los pueblos de Libia, hasta Egipto, y Europa hasta Tirrenia. Toda esta potencia unida intentó una vez esclavizar en un ataque a toda vuestra región, la nuestra y el interior de la desembocadura. Entonces, Solón, el poderío de vuestra ciudad se hizo famoso entre todos los hombres por su excelencia y fuerza, pues superó a todos en valentía y en artes guerreras, condujo en un momento de la lucha a los griegos, luego se vio obligada a combatir sola cuando los otros se separaron, corrió los peligros más extremos y dominó a los que nos atacaban. Alcanzó así una gran victoria e impidió que los que todavía no habían sido esclavizados lo fueran, y al resto, cuantos habitábamos más acá de los confines heráclidas, nos liberó generosamente. Posteriormente, tras un violento terremoto y un diluvio extraordinario, en un día y una noche terribles, la clase guerrera vuestra se hundió toda a la vez bajo la tierra y la isla de Atlántida desapareció de la misma manera, hundiéndose en el mar. Por ello, aún ahora el océano es allí intransitable e inescrutable, porque lo impide la arcilla que produjo la isla asentada en ese lugar y que se encuentra a muy poca profundidad”.» (20e-25d)

## La Atlántida en *Critias* (o *Atlántico*)

Ante todo, recordemos que el total de años transcurridos desde que se dice que estalló la guerra entre los que habitaban más allá de las Columnas de Heracles y todos los que poblaban las zonas interiores es de nueve mil; ahora debemos narrarla en detalle. Se decía que esta ciudad mandaba a estos últimos y que luchó toda la guerra. A la cabeza de los otros estaban los reyes de la isla de Atlántida, de la que dijimos que era en un tiempo mayor que Libia y Asia, pero que ahora, hundida por terremotos, impide el paso, como una ciénaga intransitable, a los que navegan de allí al océano, de modo que ya no la pueden atravesar. En su desarrollo, la exposición del relato mostrará singularmente en cada caso lo que

corresponde a los muchos pueblos bárbaros y a las razas helenas de entonces. Pero es necesario exponer al principio, en primer lugar, lo concerniente a los atenienses de aquel entonces y a los enemigos con los que lucharon, las fuerzas de guerra de cada uno y sus formas de organización política. De estas, hay que preferir hablar antes de las de esta ciudad.

En una ocasión, los dioses distribuyeron entre sí las regiones de toda la Tierra por medio de la suerte —sin disputa—; pues no sería correcto afirmar que ignoraban lo que convenía a cada uno ni, tampoco, que a pesar de saberlo, intentaban apropiarse unos y otros de lo más conveniente a los restantes por medio de rencillas. Una vez que cada uno obtuvo lo que le agradaba a través de las suertes de la justicia, poblaron las regiones y, después de poblarlas, nos criaban como sus rebaños y animales, como los pastores hacen con el ganado, solo que no violentaban cuerpos con cuerpos, como los pastores apacientan las manadas a golpes, sino como es más fácil de manejar un animal: dirigían desde la proa. Actuaban sobre el alma por medio de la convicción como si fuera un timón, según su propia intención, y así conducían y gobernaban a todo ser mortal. Mientras los otros dioses recibieron en suerte las restantes regiones y las ordenaron, Hefesto y Atenea, por su naturaleza común —su hermana por provenir del mismo padre y porque por amor a la sabiduría y a la ciencia se dedicaban a lo mismo—, recibieron ambos esta región como única parcela, apropiada y útil a la virtud y a la inteligencia por naturaleza, implantaron hombres buenos, aborígenes, e introdujeron el orden constitucional en su raciocinio. De estos se conservan los nombres, pero sus obras y hazañas desaparecieron a causa de las destrucciones que sufrieron los que las heredaron y por la gran cantidad de tiempo transcurrido desde entonces. En efecto, los que en cada ocasión sobrevivían, como ya fue dicho anteriormente, eran cerriles y analfabetos, de modo que solo se habían enterado de los nombres de los gobernantes del país y, además de estos, de muy pocas hazañas. A sus hijos les pusieron los nombres porque les agradaban, aunque no conocían las excelencias y las leyes de los anteriores, con excepción de algunos oscuros relatos sobre individuos particulares. Al carecer de lo necesario durante muchas generaciones, ellos y sus hijos se fueron despreocupando de lo acontecido una vez en el pasado porque prestaban atención y hablaban solo de aquello de lo que carecían. En efecto, la mitología y la investigación de las antigüedades llegan a las ciudades al mismo tiempo que el ocio, cuando ambas observan que algunos ya están provistos de lo necesario para la vida, no antes. De esta manera, pues, se

conservaron los nombres de los antiguos sin sus hechos. Afirmo esto sobre la base del testimonio de Solón, que decía que los sacerdotes al relatar la guerra de entonces mencionaban los nombre de Cécrope, Erecteo, Erictonio, Erisictón y la mayoría de los restantes anteriores a Teseo de los que hay recuerdo. Lo mismo sucedía en el caso de las mujeres. Además, el aspecto de la estatua de la diosa: que los de entonces la representaran con una imagen armada según aquella costumbre que hacía cumplir las mismas funciones en la guerra a las mujeres y a los hombres es una demostración de que todos los miembros de un rebaño, hembras y machos, están en condiciones, por naturaleza, de practicar en común la virtud correspondiente a cada clase.

En aquel tiempo los restantes ciudadanos habitaban en esta región dedicados a la artesanía y al cultivo de la tierra, y los guerreros, a los que desde el comienzo habían considerado hombres divinos, vivían aparte, con todo lo necesario para la alimentación y la educación, sin que ninguno poseyera nada propio, ya que consideraban que todo era común a todos y no pretendían que debieran recibir de los otros ciudadanos más que la alimentación necesaria, dedicados a la práctica de todas las costumbres e instituciones que ayer mencionamos con relación a los guardianes que habíamos supuesto teóricamente. También se contaba de manera fidedigna y verdadera lo relativo a nuestra región: en primer lugar, que entonces tenía unas fronteras que se extendían hasta el Itsmo y, en el resto de la tierra firme, hasta las cimas del Citerón y el Parnes, y que el límite bajaba con la Oropía a la derecha y a la izquierda bordeando el Asopo desde el mar y que esta región superaba en calidad a toda la tierra. Por ello entonces era también capaz de alimentar a un gran ejército exento de las actividades agrícolas. Una prueba contundente de su calidad: lo que ahora queda de ella puede competir con cualquier otra región por la variedad y bondad de su producción agrícola y por poseer buenos pastos para todo tipo de animales. Entonces, además de la calidad, también producía todo esto en abundancia. ¿Cómo puede ser esto plausible y en qué sentido podría afirmarse con razón que es un resto el suelo de entonces? Toda la región que se interna profundamente en el mar a partir de la tierra firme es como un cabo. El mar que la rodea es profundo cerca de la costa en todas partes. Como se produjeron muchas y grandes inundaciones en los nueve mil años —pues todos estos años transcurrieron desde esa época hasta hoy—, lo que se desliza desde las alturas en los procesos que tienen lugar en estos tiempos no se apila, como en otros lugares, en un montículo digno de mención, sino que fluye siempre en

círculo y desaparece en la profundidad. En comparación con lo que había entonces, lo de ahora ha quedado —tal como sucede en las pequeñas islas— semejante a los huesos de un cuerpo enfermo, ya que se ha erosionado la parte gorda y débil de la Tierra y ha quedado solo el cuerpo pelado de la región. Entonces, cuando aún no se había desgastado, tenía montañas coronadas de tierra y las llanuras que ahora se dice de suelo rocoso estaban cubiertas de tierra fértil.[2] En sus montañas había grandes bosques de los que persisten signos visibles, pues en las montañas que ahora solo tienen alimento para las abejas se talaban árboles no hace mucho tiempo para techar las construcciones más importantes cuyos techos todavía se conservan. Había otros muchos árboles altos y útiles y la zona producía muchísimo pienso para el ganado. Además, gozaba anualmente del agua de Zeus, sin perderla, como sucede en el presente que fluye del suelo desnudo al mar; ya que, al tener mucha tierra y albergar el agua en ella, almacenándola en diversos lugares con la tierra arcillosa que servía de retén y enviando el agua absorbida de las alturas a las cavidades, proporcionaba abundantes fuentes de manantiales y ríos, de las que los lugares sagrados que perduran hoy en las fuentes de antaño son signos de que nuestras afirmaciones actuales son verdaderas.

Tal era entonces por naturaleza el resto del país, al que cultivaban, como es probable, verdaderos agricultores, que hacían solo eso, amantes de lo bello y de buena naturaleza y que disponían del mejor suelo, de agua en abundancia y de estaciones templadas de la mejor manera sobre la tierra. En esta época, la ciudad estaba establecida de la siguiente manera. En primer lugar, la acrópolis no era entonces como es ahora, pues una noche de lluvia torrencial erosionó toda la tierra que la rodeaba y la dejó desnuda, pues hubo terremotos unidos a un gran diluvio, el tercero antes de la destrucción en época de Deucalión. En cuanto a su tamaño anterior en otra época, alcanzaba hasta el Erídeno y el Iliso e incluía en su interior el Pnix con Licabeto como límite del lado opuesto del Pnix. Estaba toda cubierta de tierra y era llana en su parte superior, salvo en unos pocos lugares. Los artesanos y los campesinos que labraban los campos de las cercanías habitaban el exterior a los pies de sus laderas. El estamento de los guerreros ocupaba, independiente y aislado, el sitio superior alrededor del templo de Atenea y Hefesto, circundado por una valla como el jardín de una casa. Habitaban la parte norte de la acrópolis, donde habían construido habitaciones comunes y comedores para el invierno y todas las construcciones de ellos y los templos de los dioses que convenía que tuviera la república común,

sin oro ni plata —pues no los usaban nunca para nada, sino que buscaban el término medio entre la prepotencia y la pusilanimidad y habitaban en casas ordenadas, en las que ellos y los hijos de sus hijos envejecían y traspasaban siempre en el mismo estado a otros semejantes—. Usaban la parte sur, que habían dejado como instalaciones de verano para jardines, gimnasios y lugares de comida en común, con esa finalidad. En el lugar que ocupa en el presente la acrópolis había una fuente de la que quedaron los pequeños manantiales actuales en círculo cuando los terremotos la cerraron. A todos los de entonces les proporcionaba una corriente abundante, templada en invierno y en verano. Con esta configuración habitaban el lugar, guardianes de sus conciudadanos y caudillos de los otros griegos por la voluntad de estos, y cuidaban de que el número de hombres y mujeres, el de los que ya eran capaces de luchar y el de los que todavía no lo eran, permaneciera siempre constante, alrededor de veinte mil.

Puesto que estos eran así y de una manera semejante gobernaban siempre con justicia su ciudad y el resto de Grecia, en toda Europa y Asia eran famosos por la belleza de los cuerpos y la completa excelencia de las almas y eran los más renombrados de todos los de aquel tiempo. Ahora, si nos quedamos despojados del recuerdo de lo que escuchamos cuando aún éramos niños, os expondremos cuáles eran las cualidades de los que lucharon contra ellos y cómo nacieron en un principio, para que estos mismos relatos os sean comunes a los amigos.

Antes de la narración todavía es necesario llamar la atención sobre un detalle, para que no os maravilléis si encontráis nombres griegos de hombres bárbaros. Conoceréis la razón de dichos nombres. Puesto que Solón quería utilizar el relato para su poesía, investigó el significado de los nombres y descubrió que aquellos primeros egipcios los tradujeron a su propia lengua al escribirlos, y él, a su vez, tras captar el sentido de cada uno, los vertió a la nuestra cuando los escribió. Estos documentos se encontraban en casa de mi abuelo, y, actualmente, están todavía en mi poder y me ocupé diligentemente de ellos cuando era niño. Por tanto, no os admire si escucháis nombres como los de aquí, pues ya conocéis la razón. El siguiente era entonces el comienzo de un largo relato.

Tal como he dicho antes acerca del sorteo de los dioses —que se distribuyeron toda la tierra, aquí en parcelas mayores, allí en menores e instauraron templos y sacrificios para sí—, cuando a Poseidón le tocó en suerte la isla de la Atlántida la pobló con sus descendientes, nacidos de una mujer

mortal en un lugar de las siguientes características. El centro de la isla estaba ocupado por una llanura en dirección al mar, de la que se dice que era la más bella de todas, y de buena calidad, y en cuyo centro, a su vez, había una montaña baja por todas partes, que distaba unos cincuenta estadios del mar.

En dicha montaña habitaba uno de los hombres que en esa región habían nacido de la tierra, Evenor de nombre, que convivía con su mujer, Leucipe. Tuvieron una única hija, Clito, y cuando la muchacha alcanza la edad de tener un marido, mueren su padre y su madre. Poseidón la desea y se une a ella, y, para defender bien la colina en la que habitaba, la aísla por medio de anillos alternos de tierra y mar de mayor y menor dimensión: dos de tierra y tres de mar en total, cavados a partir del centro de la isla, todos a la misma distancia por todas partes, de modo que la colina fuera inaccesible a los hombres.

Entonces todavía no había barcos ni navegación. Él mismo, puesto que era un dios, ordenó fácilmente la isla que se encontraba en el centro: hizo subir dos fuentes de aguas subterráneas a la superficie —una fluía caliente del manantial y la otra, fría— e hizo surgir de la tierra alimentación variada y suficiente. Engendró y crio cinco generaciones de gemelos varones, y dividió toda la isla de Atlántida en diez partes, y entregó la casa materna y la parte que estaba alrededor, la mayor y mejor, al primogénito de los mayores y lo nombró rey de los otros. A los otros los hizo gobernantes y encargó a cada uno el gobierno de muchos hombres y una región de grandes dimensiones.

A todos les dio nombres: el mayor y rey, aquel del cual la isla y todo el océano llamado Atlántico tienen un nombre derivado; porque el primero que reinaba entonces llevaba el nombre de Atlante. Al gemelo que nació después de él, al que tocó en suerte la parte externa de la isla, desde las Columnas de Heracles hasta la zona denominada ahora en aquel lugar Gadirica, le dio en griego el nombre de Eumelo, pero en la lengua de la región, Gadiro. Su nombre fue probablemente el origen del de esa región. A uno de los que nacieron en segundo lugar lo llamó Anferes, al otro, Evemo. Al que nació primero de los terceros le puso el nombre de Mneseo y al segundo, Autóctono. Al primero del cuarto par le dio el nombre de Elasipo, y el de Méstor al posterior. Al mayor del quinto par de gemelos le puso el nombre de Azaes y al segundo, el de Diáprepes. Todos estos y sus descendientes vivieron allí durante muchas generaciones y gobernaron muchas otras islas en el océano y también dominaron las regiones interiores hacia aquí, como ya se dijo antes, hasta Egipto y Etruria.

La estirpe de Atlas llega a ser numerosa y distinguida. El rey más anciano

transmitía siempre al mayor de sus descendientes la monarquía, y la conservaron a lo largo de muchas generaciones. Poseían tan gran cantidad de riquezas como no tuvo nunca antes una dinastía de reyes ni es fácil que llegue a tener en el futuro y estaban provistos de todo lo que era necesario proveerse en la ciudad y en el resto del país. En efecto, aunque importaban mucho del exterior a causa de su imperio, la mayoría de las cosas necesarias para vivir las proporcionaba la isla; en primer lugar, todo lo que, extraído por la minería, era sólido o fusible, y lo que ahora solo nombramos —entonces era más que un nombre la especie del oricalco que se extraía de la tierra en muchos lugares de la isla, el más valioso de todos los metales entre los de entonces, con la excepción del oro—, y todo lo que proporcionaba el bosque para los trabajos de los carpinteros, ya que todo lo producían de manera abundante, y alimentaba, además, suficientes animales domésticos y salvajes. En especial, la raza de los elefantes era muy numerosa en ella. También tenían comida el resto de los animales que se alimenta en los pantanos, lagunas y ríos, y los que pacen en las montañas y en las llanuras, para todos había en abundancia y así también para este animal que es por naturaleza el mayor y el que más come. Además, producía y criaba bien todo lo fragante que hoy da la tierra en cualquier lugar, raíces, follaje, madera y jugos, destilados, sea de flores o frutos. Pero también el fruto cultivado, el seco, que utilizamos para alimentarnos y cuanto usamos para comida —denominamos legumbres a todas sus clases— y todo lo que es de árboles y nos da bebidas, comidas y aceites, y el que usamos por solaz y placer y llega a ser difícil de almacenar, el fruto de los árboles frutales, y cuantos presentamos como postres agradables al enfermo para estímulo de su apetito; la isla divina que estaba entonces bajo el sol producía todas estas cosas bellas y admirables y en una cantidad ilimitada. Como recibían todas estas cosas de la tierra, construyeron los templos, los palacios reales, los puertos, los astilleros y todo el resto de la región, y lo dispusieron de la manera siguiente.

En primer lugar, levantaron puentes en los anillos de mar que rodeaban la antigua metrópoli para abrir una vía hacia el exterior y hacia el palacio real. Instalaron directamente desde el principio el palacio real en el edificio del dios y de sus progenitores y, como cada uno, al recibirlo del otro, mejoraba lo que ya estaba bien, superaba en lo posible a lo anterior, hasta que lo hicieron asombroso por la grandeza y belleza de las obras. A partir del mar, cavaron un canal de trescientos pies de ancho, cien de profundidad y una extensión de cincuenta estadios hasta el anillo exterior y allí hicieron el acceso del mar al canal como a

un puerto, y abrieron una desembocadura para que pudieran entrar las naves más grandes. También abrieron, siguiendo la dirección de los puentes, los círculos de tierra que separaban los de mar, lo necesario para que los atravesara un trirreme, y cubrieron la parte superior de modo que el pasaje estuviera debajo, pues los bordes de los anillos de tierra tenían una altura que superaba suficientemente al mar. El anillo mayor, en el que habían vertido el mar por medio de un canal, tenía tres estadios de ancho. El siguiente de tierra era igual a aquel. De los segundos, el líquido tenía un ancho de dos estadios y el seco era, otra vez, igual al líquido anterior. De un estadio era el que corría alrededor de la isla que se encontraba en el centro. La isla, en la que estaba el palacio real, tenía un diámetro de cinco estadios. Rodearon esta, las zonas circulares y el puente, que tenía una anchura de cien pies, con una muralla de piedras y colocaron sobre los puentes, en los pasajes del mar, torres y puertas a cada lado. Extrajeron la piedra de debajo de la isla central y de debajo de cada una de las zonas circulares exteriores e interiores; las piedras eran de color blanco, negro y rojo. Cuando los extranjeros construyeron dársenas huecas dobles en el interior, las techaron con la misma piedra. Unas casas eran simples, otras mezclaban las piedras y las combinaban de manera variada para su solaz, lo que las hacía naturalmente placenteras. Recubrieron de hierro, que usaban como si fuera pintura, todo el recorrido de la muralla que circundaba el anillo exterior, fundieron casiterita sobre la muralla de la zona interior, y oricalco, que poseía unos resplandores de fuego, sobre la que se encontraba alrededor de la acrópolis

El palacio dentro de la acrópolis estaba dispuesto de la siguiente manera. En el centro habían consagrado un templo inaccesible a Clito y Poseidón, rodeado de una valla de oro: ese era el lugar en el que al principio concibieron y engendraron la estirpe de las diez familias reales. De las diez regiones enviaban cada año hacia allí frutos de la estación como ofrendas para cada uno de ellos. Había un templo de Poseidón de un estadio de longitud y trescientos pies de ancho. Su altura parecía proporcional a estas medidas, puesto que tenía una forma algo bárbara. Recubrieron todo el exterior del templo de plata, excepto las cúpulas, que revistieron de oro. En el interior, el techo de marfil, entremezclado con oro, plata y oricalco, tenía una apariencia multicolor. Revistieron las paredes, columnas y pavimento de oricalco. Dentro del templo colocaron imágenes de oro: el dios, de pie sobre un carro, llevaba las riendas de seis caballos alados y tocaba, a causa de su altura, el techo con la cabeza; lo rodeaban cien nereidas sobre delfines —pues los de aquel entonces creían que eran tantas

—. En el interior había muchas otras estatuas que eran exvotos de particulares. Fuera, alrededor del templo, había estatuas de oro de todos, de las mujeres y de los hombres que habían pertenecido a la familia de los diez reyes, así como muchos otros exvotos grandes de los reyes y de particulares de la ciudad y de todas las regiones exteriores que dominaron. Había un altar que concordaba en su grandeza y su manufactura con esta construcción. El palacio, igualmente, se adecuaba a la grandeza del Imperio, así como al orden alrededor del templo. Para utilizar las fuentes de agua fría y caliente que por naturaleza tenían una abundante cantidad de agua sabrosa y eran de una calidad excelente para el uso, construyeron alrededor edificios, hicieron plantaciones de árboles adecuadas a las aguas, levantaron cisternas al aire libre e invernales cubiertas para los baños calientes —aparte de las reales, las públicas y las privadas, además de otras para mujeres y otras para caballos y el resto de los animales de tiro— y ordenaron convenientemente cada una de ellas. Dirigieron la corriente de agua hacia el bosque sagrado de Poseidón —múltiples y variados árboles de belleza y altura sobrenatural por la calidad de la tierra— y hacia los círculos exteriores por medio de canales que seguían la dirección de los puentes. Habían construido en aquel lugar muchos templos para muchos dioses, muchos jardines y muchos gimnasios, unos de hombres, otros, separados, de caballos, en las dos islas de los anillos. Además, en el centro de la isla más grande había un hipódromo de un estadio de ancho colocado aparte, cuya extensión permitía que los caballos compitiesen libremente por todo el perímetro. Alrededor de este había, aquí y allí, casas de guardia para la mayoría de los guardianes. La guardia de los más fieles estaba dispuesta en el anillo más pequeño y más cercano a la acrópolis y a los que más se distinguían en su fidelidad les habían dado casas dentro de la acrópolis en torno a los reyes. Los astilleros estaban llenos de trirremes y de todos los artefactos correspondientes, todo adecuadamente preparado. Los alrededores de la casa de los reyes estaban arreglados de la siguiente manera: cuando se atravesaban los puertos desde fuera —que eran tres— una muralla se extendía en círculo, a partir del mar —a cincuenta estadios por todas partes del anillo mayor y de su puerto— y se cerraba en la desembocadura del canal en el mar. Muchas casas poblaban densamente toda esta zona; la entrada del mar y el puerto mayor estaban llenos de barcos y comerciantes llegados de todas partes que, por su multitud, ocasionaban vocerío, ruido y bullicio variado de día y de noche.

Ahora ya tenemos casi recordados la ciudad y los alrededores de la antigua

edificación, tal y como se describieron entonces. Debemos intentar recordar el resto de la región, cómo era su naturaleza y cómo se ordenaba. En primer lugar, se decía que todo el lugar era muy alto y escarpado desde el mar, pero que los alrededores de la ciudad eran llanos, suaves y planos, circundados a su vez de montañas que llegaban hasta el mar. Esta llanura era de forma oblonga y tenía por un lado tres mil estadios y dos mil en el centro desde el mar hacia arriba. Esta zona de la isla estaba de cara al viento sur, de espaldas a la constelación de la Osa y protegida por el viento del norte. Entonces se loaba que las montañas que la rodeaban superaban por su número, grandeza y belleza a todas las que hay ahora y que tenían en ellas muchas aldeas ricas de vecinos, ríos, lagos y prados que daban alimento suficiente a todos los animales, domésticos y salvajes, bosques variados en cantidad y especies que proveían con abundancia a todas y cada una de las obras. La naturaleza y muchos reyes, con su largo esfuerzo, habían conformado la llanura de la siguiente manera. En su mayor parte era un cuadrilátero rectangular, y lo que faltaba para formarlo se había corregido por medio de una fosa cavada a su alrededor. Aunque la profundidad, ancho y longitud que le atribuyeron eran tan grandes, sin contar con las otras obras, que resultaba increíble para algo hecho por las manos del hombre, debemos decir lo que escuchamos. Habían cavado una profundidad de cien pies; el ancho era en todos lados de un estadio y, como había sido cavada alrededor de toda la llanura, llegaba a la ciudad por ambos lados y allí dejaba fluir el agua al mar. Desde su parte superior habían abierto canales rectos de cien pies de ancho que corrían a lo ancho de la llanura hasta desembocar nuevamente en la fosa que daba al mar y distaban entre sí cien estadios de distancia. Así bajaban a la ciudad la madera de las montañas y proveían con barcos el resto de los productos estacionales, ya que habían abierto comunicaciones transversales de unos canales a otros y hacia la ciudad. Cosechaban la tierra dos veces por año, en invierno con las aguas provenientes de Zeus, y en verano conducían desde los canales las corrientes que produce la tierra.

En cuanto a números, estaba dispuesto que cada distrito de la llanura con hombres útiles para la guerra proveyera un jefe. La extensión del distrito era de diez veces diez estadios y los distritos eran sesenta mil. Se decía que la cantidad de hombres de la montaña y del resto de la región era innumerable; todos estaban distribuidos en estos distritos y asignados a jefes según las zonas y las aldeas. Estaba reglamentado que cada jefe proveyera en caso de guerra la sexta parte de un carro de guerra hasta diez mil carros, dos caballos y jinetes, además

de un par de caballos sin carro, un infante con escudo pequeño y el guerrero que lucha sobre el carro y conduce los dos caballos, dos hoplitas, arqueros y honderos, también dos cada uno, lanzadores de piedras y lanceros con armamento ligero, tres cada uno, y cuatro marineros para cubrir la tripulación de mil doscientas naves. Así estaba dispuesto lo concerniente a la guerra en la ciudad real, lo de las nueve restantes lo estaba de otra manera que llevaría mucho tiempo relatar.

Lo relativo a los puestos de gobierno y los honores estuvo ordenado desde el principio de la siguiente manera. Cada uno de los diez reyes imperaba sobre los hombres y sobre la mayoría de las leyes en su parte y en su ciudad, y castigaba y mataba a quien quería. El gobierno y la comunidad de los reyes se regían por las disposiciones de Poseidón tal como se las transmitía la constitución y las leyes escritas por los primeros reyes en una columna de oricalco que se encontraba en el centro de la isla en el templo de Poseidón, donde se reunían, bien cada lustro, bien, de manera alternativa, cada seis años, para honrar igualmente lo par y lo impar. En las reuniones, deliberaban sobre los asuntos comunes e investigaban si alguno había infringido algo y lo sometían a juicio. Cuando iban a dar veredicto se daban primero las siguientes garantías unos a otros. Rogaban a Poseidón que tomara la ofrenda sacrificial que le agradara de entre los toros sueltos en su templo, y ellos, que eran solo diez, lo cazaban sin hierro, con maderas y redes. Al que atrapaban lo conducían hacia la columna y lo degollaban encima de ella haciendo votos por las leyes escritas. En la columna, junto a las leyes, había un juramento que proclamaba grandes maldiciones para los que las desobedecieran. Tras hacer el sacrificio según sus leyes y ofrecer todos los miembros del toro, llenaban una crátera y vertían en ella un coágulo de sangre por cada uno. El resto lo arrojaban al fuego una vez que habían limpiado la columna. Luego, mientras extraían sangre de la crátera con fuentes doradas y hacían una libación sobre el fuego, juraban juzgar según las leyes de la columna y castigar si alguien hubiera infringido algo antes, y, además, no infringir intencionalmente en el futuro ninguna de las leyes escritas, ni gobernar ni obedecer a ningún gobernante, excepto aquel que ordenara según las leyes del padre. Una vez que cada uno de ellos hubo prometido esto de sí y de su estirpe, bebido y dedicado la fuente como exvoto en el templo del dios y se hubo ocupado de la comida y de las otras necesidades, cuando llegaba la oscuridad y se había enfriado el fuego sacrificial se vestían con un bellísimo vestido púrpura y se sentaban en el suelo junto a las ascuas del juramento sacrificial. Durante la noche, tras apagar el fuego que se

encontraba alrededor del templo, eran juzgados y juzgaban si alguien acusaba a alguno de ellos de haber infringido alguna ley. Cuando terminaban de juzgar, al hacerse de día, escribían los juicios en una tablilla de oro y la ofrendaban como recuerdo junto con las vestimentas. Había muchas otras leyes especiales acerca de los honores de cada uno de los reyes; lo más importante: no atacarse nunca unos a otros y ayudarse todos en caso de que alguien intentara destruir la estirpe real en alguna de sus ciudades, y tomar en común, como antes, las determinaciones concernientes a la guerra y a otras actividades, bajo la conducción de la estirpe de Atlante. Ningún rey podía matar a ninguno de sus parientes si no contaba con la aprobación de más de la mitad de los diez.

Según el relato, tan gran potencia y de tales características existentes entonces en aquellas zonas ordenó y envió el dios contra nuestras tierras por la siguiente razón. Durante muchas generaciones, mientras la naturaleza del dios era suficientemente fuerte, obedecían las leyes y estaban bien dispuestas hacia lo divino emparentado con ellos. Poseían pensamientos verdaderos y grandes en todo sentido, ya que aplicaban la suavidad junto con la prudencia a los avatares que siempre ocurren y unos a otros, por lo que excepto la virtud, despreciaban todo lo demás, tenían en poco las circunstancias presentes y soportaban con facilidad, como una molestia, el peso del oro y de las otras posiciones. No se equivocaban, embriagados por la vida licenciosa, ni perdían el dominio de sí a causa de la riqueza, sino que, sobrios, reconocían con claridad que todas estas cosas crecen de la amistad unida a la virtud común, pero que con la persecución y la honra de los bienes exteriores, estos decaen y se destruye la virtud con ellos. Sobre la base de tal razonamiento y mientras permanecía la naturaleza divina, prosperaron todos sus bienes, que describimos antes. Mas cuando se agotó en ellos la parte divina porque se había mezclado muchas veces con muchos mortales y predominó el carácter humano, ya no pudieron soportar las circunstancias que los rodeaban y se pervirtieron, y al que los podía observar le parecían desvergonzados, ya que habían destruido lo más bello de entre lo más valioso, y los que no pudieron observar la vida verdadera respecto de la felicidad, creían entonces que eran los más perfectos y felices, porque estaban llenos de injusta soberbia y de poder. El dios de dioses, Zeus, que reina por medio de leyes puesto que puede ver tales cosas, se dio cuenta de que una estirpe buena estaba dispuesta de manera indigna y decidió aplicarles un castigo para

que se hicieran más ordenados y alcanzaran la prudencia. Reunió a todos los dioses en su mansión más importante, la que, instalada en el centro del universo, tiene vista a todo lo que participa de la generación y, tras reunirlos, dijo...

Y aquí la narración de Platón se interrumpe tan brusca como inexplicablemente.

# 2

## Consideraciones sobre los textos platónicos

Como observa uno de los más prestigiosos comentaristas y traductores de Platón, el italiano Enrico Turolla,[1] en la Antigüedad clásica, no muy lejos del mundo helénico, estaba Egipto, país de grande y remotísima civilización. Recluido entre el desierto y el mar, unido a las otras tierras por un delgado istmo, este país, aislado de esta forma y bastante protegido de las invasiones de otros pueblos, contenía en sí mismo al artífice de su riqueza. Y este artífice era el Nilo. Por otra parte, ese pueblo tenía un sentido muy acusado de la trascendencia; era muy religioso; un pueblo grave y austero. Además, poseía templos y edificios soberbios construidos más de dos mil años antes de Homero. Las pirámides, por ejemplo. Y junto a las pirámides, construcciones inmensas de proporciones matemáticas perfectas, había una inmensa figura: la esfinge. Parece que los egipcios ya encontraron la esfinge antigua cuando llegaron a aquel lugar del río desbordante sin ser nocivo, sino portador de bendición, aquel lugar que luego sería Egipto. Esos egipcios, por tanto, sabían muchas cosas muy profundas sobre lo que hoy se llama trascendencia, y sobre la historia de la humanidad.

Sin embargo, los egipcios no difundían ese profundo conocimiento a todo el mundo; es más, celosamente, lo mantenían oculto.

Todavía no había llegado la época en la que el hombre pudiera participar colectivamente en determinadas verdades. Se requerían ceremonias especiales, difíciles y secretas; todo ello se llamaba *iniciación*, e *iniciados* se llamaban los hombres que sabían, recuerda Turolla.

Y de la sabiduría tradicional egipcia extrajo preciosa linfa, en los orígenes de la cultura griega, Orfeo. Después de él Tales, Pitágoras, Solón, Heródoto, Platón, para recordar solo a los más conocidos, fueron a Egipto, y la escena que aquí Platón atribuye a Solón seguramente se ha repetido en otros muchos casos, igual y no obstante distinta en cada contingencia.

La revelación del pasado olvidado de la Atlántida referida por Platón forma parte de un periódico intercambio cultural entre pueblos, efectuado a través de la transmisión de un saber esotérico a un intelectual y estudioso de la época como

era Solón, el legislador ateniense.

Pero volvamos a la Atlántida.

La exposición de Platón es en realidad un tratado detallado y al mismo tiempo sobrio y conciso, dirigido a destacar las características del país de la Atlántida, con una serie de indicaciones precisas sobre la posición de la isla desaparecida, definida textualmente como «el paso a un gran continente opuesto»: América, desconocida para los pueblos mediterráneos. Indicaciones, por tanto, que ni el mismo Platón podía saber si respondían a la verdad.[2] Ni Platón ni tampoco Sonchis (tal era según Plutarco, en *Isis y Osidis*, el nombre del sacerdote de Sais relator de la noticia; Proclo, en cambio, dice que se llamaba Pateneit); los dos, tanto uno como otro, solo son fieles ecos que transmiten una noticia procedente de la más remota antigüedad; su gran mérito no es solo haber creído, sino haber sido fieles en la transmisión de algo que no acaban de comprender del todo. Como Platón, justamente.

Aquí Turolla nos recuerda que entre los griegos, según la tradición histórico-mítica egipcia completamente aceptada por Platón, existía desde el principio de los tiempos una teocracia propiamente dicha, en el sentido de que el hombre en aquellos siglos primigenios estuvo gobernado por los dioses. Dioses-pastores del rebaño humano, del mismo modo en que puede serlo el hombre con criaturas inferiores (ovejas, cabras y similares). A tal fin los dioses se dividieron toda la tierra y se iniciaron estas dinastías divinas de las que hablan las historias de los egipcios y de otros pueblos. El dios-pastor de la tierra atlántica es Poseidón y de él proceden especiales providencias y proceden también los hombres que dieron origen a la dinastía Atlante. Los nombres son griegos; Platón, sin embargo, nos explica que los nombres de los personajes, ya en la fuente egipcia, habían sido traducidos al egipcio y que el propio Solón, con la intención de hacer un poema con este tema, ya los había traducido al griego. Ahora bien, el segundo gemelo de la primera pareja tiene el nombre griego Eumelos, pero junto a él aparece el nombre indígena Gadiros. Y este nombre no parece inventado, si realmente existían dos localidades así llamadas en la región que debía de estar frente a las islas atlánticas, y precisamente en la parte de ellas que del rey de este nombre había recibido el suyo. En definitiva, el nombre de Gadir no aparece por azar en el texto platónico, y detrás del mito podría hallarse de nuevo la historia. Ciertamente, la transformación mítica, que indudablemente existe, no se debe a Platón; también aquí es portador de una voz que viene de más lejos.

No solo eso: la isla con una montaña rodeada de anillos concéntricos de

murallas y de canales, semejante a la acrópolis en la capital de los atlantes, también está representada en los dibujos aztecas de Aztlán, la original y perdida patria de los aztecas. Y no se puede pasar por alto la consonancia entre Aztlán y Atlantis, nombre griego del continente sumergido. ¿Juegos del azar? Sí, mientras se trata de una casualidad. Pero —se pregunta Turolla— ¿qué decir cuando las casualidades se alinean en serie?

Tras referirse genéricamente a la riqueza de aquel imperio, Platón enumera los productos del suelo. En primer lugar, los minerales. La noticia más importante es que en la Atlántida existía un metal del que hoy se desconoce el nombre: el oricalco; metal ciertamente existente y luego desaparecido, porque la naturaleza del espíritu platónico, como ya se ha dicho, es distinta (por su configuración y por la misma época en que vivió) de la naturaleza de Luciano, por ejemplo, que inventa por el gusto novelesco de inventar. Por otra parte, el oricalco es citado por otros autores, que, sin embargo (recordemos, por ejemplo, el escudo de Hércules mencionado por Hesíodo, pero también por Aristóteles y otros), parecerían hablar de un metal distinto del de la Atlántida; este es un metal simple, mientras que el de los otros autores sería, en cambio, un metal compuesto. Persiste el hecho de que ignoramos y el mismo Platón ignoraba cuál era el objeto designado por este nombre. Así, cuando Platón refería la noticia de un continente que se extendía más allá de las islas de Occidente, no podía saber por experiencia hasta qué punto era cierta y exacta aquella noticia. Han pasado siglos, y hoy podemos calibrar su correspondencia con los hechos; respecto al oricalco, en cambio, de momento y quizá para siempre, seguiremos en la duda.

Porque el oricalco constituye un enigma. Algunos comentaristas han querido identificarlo con el ámbar, al considerar sobre todo su alto valor, aunque la mayoría considera que se refería a una aleación. Pero es difícil decir de qué se trata en realidad, y tampoco puede ayudarnos la traducción del término griego que significa ‘montaña de bronce’ *(oreichalkon)*. El mundo antiguo conocía dos aleaciones metálicas: el bronce y el elektron, o electro. El bronce es una aleación de cobre y estaño, el electro es una aleación de oro y plata. El oricalco podría haber sido una aleación de cobre y plata, apto para varios usos, lo que hoy nosotros llamaríamos bronce plateado. Pero es solo una suposición: la verdad es que los antiguos utilizaban la nomenclatura técnica con incorregible desenvoltura. Recordemos, para cerrar el tema, que el latón es una aleación de cobre y zinc, pero el zinc fue desconocido hasta el Renacimiento. La aleación

más parecida al latón que los antiguos consiguieron obtener fue un compuesto de cobre y cadmía, es decir una mezcla de los óxidos de varios metales, incluido el zinc.

Pero volvamos al texto platónico, donde a continuación vienen los productos de la fauna y de la flora. La fauna no registra nada excepcional, salvo el detalle, que en cualquier caso dice poco, del elefante, «en especial, la raza de los elefantes era muy numerosa en ella». La flora, en cambio, es sumamente rica. Es extraña la forma enigmática con la que Platón nos habla de algunas frutas. Rivaud deja en la duda de si se trata de la aceituna, la granada y el limón, o si más bien se trata de frutas exóticas como, por ejemplo, la nuez de coco, las algarrobas y los dátiles. Quizá cabe observar que la forma en que Platón nombra las tres frutas hace más probable la identificación con la segunda serie de objetos. En el caso de los primeros, conocidos en el mundo griego, bastaba solo el nombre sin tener que recurrir a una designación ulterior. Los otros tres, en cambio, eran poco conocidos y debían ser designados a través de sus propiedades.

También en la descripción de las obras construidas por los soberanos que se sucedieron rivalizando por embellecer la región y su morada, la precisión de los detalles solo permite dos soluciones: o una actitud novelesca en Platón, que, repetimos, es contraria a la naturaleza del filósofo y de la época; o bien la correspondencia con una verdad que llegó a Platón de una forma u otra, que difícilmente difiere de lo que él mismo está exponiendo.

¿Qué significado tendrían todos estos detalles tan minuciosos? ¿Estas medidas tan precisas? Evidentemente, si se admite el origen fantástico del relato, se dirá que Platón quería dar concreción a su discurso; lo cual es cierto, pero también lo es que el minucioso inventario es excesivo, aquí y en todas partes, subraya Turolla.

El texto se remite a aquella estructura concéntrica de canales separados por zonas secas que rodean el núcleo de la isla madre, estructura que Platón hace remontar a Poseidón y que, por su extrañeza y por su particularísima lógica, y, por otra parte, por su coincidencia con construcciones paleoamericanas que Platón no había visto nunca, muy difícilmente puede atribuirse a la fantasía.

Indicaremos ahora las dimensiones de las obras mencionadas en este capítulo del texto platónico.

El canal rectilíneo que comunica el mar con el canal circular exterior (los canales circulares fueron excavados por Poseidón) tiene 8.880 m (50 estadios) de

largo; 88 m de ancho y una profundidad de 29 m. Este canal cumple casi la función de puerto para las embarcaciones procedentes del mar. Cabe señalar al respecto la anchura exagerada. Casi 100 m es una anchura inusitada para un canal. Si Platón se lo hubiese inventado, podemos estar seguros de que no hubiera atribuido esta dimensión a sus canales. En cambio, la cosa cambia si lo único que hace es repetir fielmente unas cifras que responden a una realidad muy particular. De hecho, estos canales no tienen un objetivo comercial de navegabilidad. Las cifras y las dimensiones, como, por ejemplo, las dimensiones de las pirámides, tienen todas una significación particular que se nos escapa, pero que sin duda existe.[3] De hecho, los canales con finalidades, digámoslo así, prácticas, son bastante más estrechos, observa Turolla.

Platón también nos proporciona las medidas de otras partes del núcleo. Por ejemplo, las zonas en forma de rueda tienen dimensiones precisas. Empezando por las más anchas, se tienen las siguientes medidas:

– Zona en canal más exterior, anchura 3 estadios (532,80 m).
– Zona adyacente formada de tierra, anchura 3 estadios (532,80 m).
– Zona en canal media, anchura 2 estadios (355,20 m).
– Zona adyacente formada de tierra, anchura 2 estadios (355,20 m).
– Zona en canal más interior, anchura 1 estadio (177,60 m).
– El núcleo más en el centro, anchura 5 estadios (888 m).

A su vez la zona exterior en canal (la rueda más grande) se encuentra, por lo que se acaba de decir a propósito del canal rectilíneo de obra humana, a 50 estadios de distancia del mar; es decir, como ya se ha indicado, a 8.880 m. Este sistema de ruedas concéntricas encierra la montaña y el templo de Poseidón.

Ahora que tal vez está más clara en el lector la idea de la estructura singular de la capital de la Atlántida, conviene repetir que los manuscritos paleomexicanos y las mismas noticias de los españoles invasores hablan en América de ciudades construidas de forma idéntica. ¿Casualidad? Puede ser, pero recordemos que habría que admitir otras muchas casualidades para otras coincidencias, observa Turolla, considerando que, por ejemplo, a propósito de los tres colores de la piedra que usaban los atlantes en sus construcciones, dice Merejkowski: «Se empleaban piedras de tres colores, blanco, negro, rojo en la construcción de las casas de la capital de los atlantes». Los actuales brazos

mecánicos de los buques oceanográficos recogen del fondo del océano la cal blanca, la lava negra y roja, como las piedras tricolores de las casas de la Atlántida, como veremos. ¿Simple coincidencia?

A continuación se completa la descripción de la zona central que constituía el santuario religioso y nacional de los atlantes.

Daremos algunas indicaciones sobre las medidas de las que habla el texto.

Había dos templos: uno consagrado a Poseidón y a Clito, es decir, a los dos progenitores de los atlantes; Platón no da sus dimensiones, solo proporciona algunos detalles sobre la decoración y sobre el uso al que estaba destinado el edificio; pero había otro templo dedicado a Poseidón. Este templo tenía la longitud de un estadio (177,60 m) y la anchura de tres pletros (88,60 m). Siguen algunos detalles sobre su decoración, sobre las estatuas en el interior y sobre las estatuas que adornaban el recinto sagrado en torno al templo. Las del interior eran estatuas de divinidades; las del exterior, estatuas de descendientes de los dioses, es decir, de los diversos reyes que se habían sucedido en el trono. No faltaban estatuas de otros personajes.

Siguen indicaciones sobre las fuentes y los lavaderos, así como otras construcciones (gimnasios, hipódromos, cuarteles). Concluye con la alusión a una ciudad en los márgenes de la ciudad sagrada que, como ya se ha dicho, no servía como residencia, sino solo como lugar de culto y de celebraciones civiles. Conservaba las reliquias, podríamos decir, de la prehistoria de los atlantes.[4]

Se ha señalado que las dimensiones del templo dedicado a Poseidón son aproximadamente las mismas de un templo griego. No creemos que eso tenga mucha importancia, por dos razones. Se dice que en este y en otros detalles Platón deja traslucir su propia experiencia de griego. Dejemos de lado el detalle del templo; en cuanto a los otros, parece difícil describir una imagen más distinta de la que ofrece el mundo griego, observa Turolla.

Además, era imposible que Platón no se diese cuenta de que las medidas que daba coincidían más o menos con las medidas de los templos griegos. Admitiendo que Platón se lo inventara todo de sana planta, no le costaba nada aumentar desmesuradamente las dimensiones, alterarlas, en fin. Y a ello debía llevarle la natural escrupulosidad, si se lo hubiese inventado, de describirlo con detalles nuevos y distintos de los de su vida ordinaria. En fin, la razón de que las medidas sean las mismas que las griegas impresiona un poco en un primer momento; observada con calma, se reduce a una prueba más del hecho de que Platón ha conservado las medidas que le suministraba su fuente, pese a ser fácil

darse cuenta de que coincidían con las medidas griegas. Y en quien inventa, el primer escrúpulo es evitar todo lo que de alguna forma pueda menoscabar la propia ficción, recuerda Turolla.

Una vez concluida meticulosamente la exposición relativa al centro de la isla, Platón pasa entonces a dar noticias igualmente precisas sobre la región que rodeaba el núcleo sagrado y político de todo el imperio.

La isla de Poseidón estaba bordeada por una alta y larga cadena montañosa que descendía hasta el mar. Solo en la parte meridional, donde se halla la zona sagrada, de canales y zonas concéntricas, hay una interrupción de las montañas y el acceso a las zonas internas de la isla parece más fácil. Ceñida por la cadena montañosa, en el centro de la isla se extiende una gran llanura. De esta manera, como observa expresamente el texto, la llanura está protegida de los vientos del norte y abierta a los vientos cálidos. Hecho que confiere dulzura al clima. La forma de esta llanura es oblonga, presenta un lado de 3.000 estadios y un lado de unos 2.000 (en medidas modernas 533 km × 359 km).

Hay muchas informaciones sobre el sistema de canalización.

Toda la llanura está rodeada por un gran canal, cuyas medidas exactas se dan con la habitual precisión: profundidad, un pletro (29,60 m); anchura, un estadio (177,60 m). Este canal se interrumpe cerca de la capital y se lanza al mar a los dos lados opuestos de la propia ciudad, lo que rompe el sistema concéntrico de anillos de tierra y de agua. Su longitud total era de 177 km, es decir 10.000 estadios. Además de este gran canal hay treinta canales rectilíneos, uno paralelo al otro. La finalidad de estos canales es asegurar la irrigación de la llanura; la distancia de uno a otro es de 100 estadios, es decir, casi 2 km (1.770 m cada uno); luego hay canales oblicuos y convergentes hacia la capital. Sirven para hacer llegar a los habitantes de la ciudad los productos de la llanura y de la montaña.

En cuanto a la llanura (se calcula fácilmente en 191.381 $km^2$; para hacer una comparación, Islandia tiene 102.850 $km^2$, e Inglaterra 243.411 $km^2$), ha sido dividida en 60.000 distritos de unos 3 $km^2$ cada uno. Estos distritos son sobre todo organizaciones militares para hacer posible la leva en caso de guerra. Platón también da el número exacto de las formaciones militares: 10.000 carros de combate, 240.000 caballos, 1.200.000 combatientes, 240.000 marinos capaces de organizar una flota de 1.200 embarcaciones.

El conjunto de los distritos forma a su vez diez provincias que son gobernadas por los diez reyes. Como las cifras proporcionadas solo

corresponden a los distritos de la llanura, a sus dimensiones hay que añadir las zonas montañosas, muy ricas y muy pobladas, de las que Platón no indica su número; sin embargo, formaban parte de los distritos de la llanura.

Luego se hace una alusión al sistema con el que es gobernado este imperio federal. Cada rey es el amo de su propio territorio. Sin embargo, hay disposiciones que regulan las relaciones mutuas de los diez soberanos; están grabadas en una columna de oricalco, situada en el corazón de la ciudad de centros concéntricos.

Y hasta aquí todo son noticias, por decirlo así, normales. Lo que viene a continuación, en cambio, es un relato lleno de luz misteriosa, un rayo de luz que revela ritos y prácticas religiosas no solo muy remotas, sino también llenas de significado. Se trata del momento más solemne para los diez reyes: el juramento de reinar con justicia, y también de aplicarla contra aquel de entre ellos que hubiera infringido el espíritu de la tradición.

Aquí todo se hace misterioso, pero con una impresionante concreción. Dice Merejkowski:

> Bebían la sangre de la víctima inmolada: lo que eso significaba, lo entenderían todos los iniciados en los misterios de Dionisos. En ellos lo esencial es la homofagia, la ingestión de carne cruda sacrificada, como carne y sangre divina, ya que la fuerza teúrgica del misterio consiste en la transmutación de la víctima inmolada en carne y sangre del mismo dios. Al comerla, los báquicos aspiraban a «compenetrarse con dios», a convertirse en «poseídos por el dios», *entheoi*. La homofagia es *teofagia*, 'ingestión de Dios'.
>
> Esto también lo entenderían todos los iniciados en los misterios de Osiris, de Tammuz, de Adonis, de Atis, de Mitra, de todos los dioses mártires. *El más reciente sacramento cristiano de la comunión, en el fondo, también es teofagia*.

¿Invención de Platón? También podría ser.

Pero es indudable que, a través de Platón, tenemos sobre la Atlántida indicaciones demasiado precisas, con una exactitud de detalles que solo en nuestros días, tras el descubrimiento de América, puede ser plenamente apreciada. Ciertamente —repetimos— nadie (y tal vez ni siquiera el propio Platón que lo escribía) pudo apreciar durante muchos siglos las verdades contenidas en *Timeo* y en *Critias*:

> En aquellos tiempos lejanos era posible cruzar aquel inmenso mar [el Atlántico], porque en él había una isla; y esta isla estaba delante de aquella estrecha desembocadura que lleva por nombre, como decía, Columnas de Hércules. Y era, esta isla, más grande que la Libia y Asia juntas. Y quien venía de ella, se abría paso a otras islas, y de estas islas a un gran continente opuesto, en torno a lo que realmente es mar [abierto].

> En aquella época, se podía atravesar aquel océano [el Atlántico] dado que había una isla delante de la desembocadura que vosotros, así decís, llamáis Columnas de Heracles. Esta isla era mayor que Libia y Asia juntas y de ella los de entonces podían pasar a las otras islas y de las islas a toda la tierra firme que se encontraba frente a ellas y rodeaba el océano auténtico.

Como es fácil comprobar, «la tierra firme que se encontraba frente a ellas» es América, y «el océano auténtico» es la parte restante del Atlántico más allá de las islas Atlantes, más próximas a Europa que a América. Y en nuestra opinión bastarían estas pocas líneas para eliminar cualquier posibilidad de discusión. Aquí no se trata de fantasía y, por otra parte, nadie, en la época de Platón, podía saberlo. ¿Entonces? ¿Cómo no llegar a la conclusión de que, si son verdad (como lo son) las noticias sobre América, también tienen que serlo, y con más razón, todos los detalles sobre la Atlántida?

¿Qué finalidad y qué significado tendrían, si fueran un puro juego de fantasía, algunos detalles tan nítidos y precisos? ¿Los canales concéntricos,[5] el sistema de canalización, el característico rito de sangre? ¿Y otros detalles minúsculos, del todo inútiles si no se correspondieran con la verdad? El texto presenta, pues, como evidente este núcleo descriptivo, al que se le añade (y es la aportación personal de Platón) el otro núcleo, de carácter narrativo. Un acontecimiento histórico en el que se encontró implicado aquel imperio del que se describen las características geográficas y políticas. Platón ha querido convertir en narración histórica lo que era descripción geográfica.

Pero la parte histórica no se ha desarrollado, simplemente ha sido enunciada. Una vez terminada la descripción de la Atlántida, cuando debería empezar la narración de la guerra, el diálogo se interrumpe bruscamente.

Parece —subraya Turolla— que no se haya prestado la suficiente atención a este hecho. En realidad, es una prueba muy importante, que asegura la veracidad de todo el núcleo descriptivo. Platón ha preparado el relato de la guerra, pero lo ha hecho mientras mantenía vivo el deseo de exponer la parte procedente de la fuente sacerdotal egipcia. Una vez llevada a cabo la exposición, Platón, a quien no podían interesar vagas fantasías, ha truncado repentinamente la narración. Al faltarle el apoyo de la fuente, se desvanecía el interés, y el diálogo y la propia trilogía (el *Timeo*, el interrumpido *Critias*, y el nunca escrito *Hermócrates*), definida significativamente como «atlántica» como prueba del peso atribuido por el autor a las noticias sobre la Atlántida, quedarían para siempre inconclusos. Por otra parte, lo que se había dicho tenía su concreción y su verdad. Platón no solo no destruyó el fragmento, sino que lo corrigió y le dio la redacción final, lo que

es muy significativo y, pensándolo bien, probablemente no habría sido así si solo hubieran tenido importancia las razones que lo llevaron a descuidar el desarrollo ulterior del escrito, deduce Turolla.

En fin, la moral histórica y político-filosófica del texto de Platón procede del hecho de que los atlantes «obedecían las leyes y estaban bien dispuestos hacia lo divino emparentado con ellos». He ahí los efectos de estar cerca de la fuente divina. Vivían según el espíritu, nos dice Platón, «con manso corazón junto a espiritual visión». Y así «poseían pensamientos verdaderos y grandes en todo sentido».

Y esto fue así «mientras la naturaleza del dios era suficientemente fuerte», es decir, hasta que la semilla divina de aquella estirpe (semilla de Poseidón) tuvo la fuerza de resistir contra el movimiento que poco a poco la alejaba de la fuente en la que adquiría vida y grandeza. En esta observación se incluye una verdad profunda e ignorada por los hombres de nuestra época: la repetición de acontecimientos históricos a veces no significa evolución, sino involución para la humanidad. Así los atlantes fueron grandes por un germen que era divino, pero luego con el tiempo el poder de aquel germen se corrompió, justamente porque se alejaba del origen celeste. Y llegó la inevitable involución, el declive, la caída y la destrucción.

La historia está llena de ejemplos parecidos. Y la historia es maestra de vida. Esto nos hace recordar las hermosas palabras de Diodoro Sículo:

> El hombre pasa y el tiempo permanece. Mientras los demás monumentos se convierten en víctimas del tiempo, la historia encadena, con su omnipotencia, este tiempo que tantas cosas desgasta, y lo obliga, de una u otra forma, a transmitir sus testimonios a la posteridad.

Dejemos pues la narración platónica, y pasemos a hablar de otros testimonios y fuentes antiguas: históricas, geográficas y literarias, que ciertamente no faltan.

# 3

## Atlántida: otras fuentes clásicas y coincidencias inquietantes

Como señala justamente Eduard Schuré, pese a su brevedad, el fragmento platónico es infinitamente sugestivo, porque proyecta un poco de luz sobre un pasado lejano, que los largos siglos transcurridos y el silencio de los anales han ocultado a la mirada de la historia. A través de las formas helenizadas de esta pintura, impresiona el extraño calor de aquellas costumbres, de aquellos ritos, en los que la simplicidad patriarcal se funde con el fasto de Babilonia y la majestad de los faraones. Platón cuenta que la isla de Poseidón, último resto del gran continente de la Atlántida, fue destruida y sumergida por un cataclismo que tuvo lugar nueve mil años antes de la época de Solón. Estrabón y Proclo relatan los mismos hechos.

Y como recuerda Demetrio Merejkowski, el historiador griego Marcelo *(Aethiopiaka)* —mencionado por el comentarista de *Timeo*, Proclo— cuenta, remitiéndose a historiadores más antiguos, que en el océano exterior (Atlántico) se encuentran siete islas menores, consagradas a Proserpina (quizá, el archipiélago de las Canarias), y tres grandes; una de ellas, de 1.000 estadios de longitud, estaba dedicada al dios Poseidón. «Los habitantes de esta isla han conservado el recuerdo, llegado hasta ellos a través de sus progenitores, de la Atlántida, una enorme isla que había existido en aquellos lugares y había dominado durante muchos siglos todas las islas del océano exterior, y que también estaba consagrada a Poseidón.»

Esta información es más antigua que Platón, por consiguiente, es independiente de él y le da la razón.

El mismo Proclo refiere que, trescientos años después de Solón, los sacerdotes saítas mostraron a Crantor, neoplatónico alejandrino, las columnas con la historia jeroglífica de la Atlántida (Moreux). Quiere decir que Crantor vio aquello de lo que Solón solo había oído hablar.

En los siglos III-IV d. C. el poeta latino Avieno recuerda una «pequeña localidad», *oppidum*, Gaddir, en África septentrional. *Gaddir,* en fenicio, significa ‘muralla’, ‘fortaleza’. «Al norte de Gibraltar, de las Columnas de

Hércules, se encuentra otra fortaleza fenicia del mismo nombre», refiere Avieno. El nombre de uno de los diez emperadores atlantes en Platón es Gadiro o Gadir *(Gadeiros)*; gemelo del primer emperador de la Atlántida, de Atlante, había recibido en asignación la «región de Gadir *[epichôrion Gadeiron]*, en la punta de la isla orientada hacia las Columnas de Hércules», comunica Platón. Quiere decir que el nombre de *Gadir* no lo había puesto al azar: detrás del mito está la historia, concluye Merejkowski.

Pero veamos algunos fragmentos concretos de varios textos clásicos sobre la Atlántida y el «mar Atlántico».

Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*

Pero ya que hemos mencionado a los atlantes,[1] creemos que es justo referir aquí lo que dicen sus mitos acerca de la génesis de los dioses […].

Después de la muerte de Hiperión, narra el mito, el reino fue dividido entre los hijos de Urano, entre los cuales los más famosos eran Atlas y Crono. De estos, Atlas recibió como parte la región costera del gran verde, y no solo dio el nombre de atlantes a sus habitantes, sino que llamó Atlas a la montaña más grande de aquella tierra. Dijo además que él perfeccionó la ciencia de la astrología y fue el primero en dar a conocer a la humanidad la doctrina de la esfera; fue por esta razón que se cree que todo el cielo se sostiene sobre las espaldas de Atlas […].

Atlante, refiere después el mito, también tuvo siete hijas, que se llamaron atlantes por el nombre del padre, pero cuyos nombres eran Maya, Electra, Táigete, Estérope, Merope, Alcíone y, la última, Celeno. Estas hijas yacieron con los héroes y los dioses más famosos, con lo que se convirtieron en las antepasadas de la mayor parte de la raza humana […]. Estas hijas también se distinguían por su castidad, y después de su muerte merecieron honores inmortales entre los hombres, que las colocaron en los cielos y las llamaron Pléyades […].

Pero ahora que hemos discutido sobre la isla situada entre las Columnas de Hércules, hablaremos de aquella que está en el gran verde. Porque mucho más lejos, más allá de Libia, existe hacia occidente una isla de tamaño considerable: su tierra es fecunda y muy montañosa, pero con una gran llanura de mucha belleza. En ella corren ríos navegables que son usados para el riego, y la isla tiene muchos jardines llenos de la más alta variedad de árboles y plantas, y numerosos huertos atravesados por cursos de agua dulce; también hay lujosas villas privadas en medio de las flores. Es allí donde los habitantes pasan la temporada de verano […]. La caza les proporciona muchos animales diferentes y les ofrece comidas suculentas y suntuosas […].

Finalmente, el aire es tan templado que los frutos de los árboles y otros productos crecen en abundancia durante la mayor parte del año. En una palabra, esta isla es tan hermosa que parece más bien la feliz estancia de algunos dioses que la de los hombres. (III, 56; III, 60; V, 19)

Estrabón, *Geografía*

Por otra parte, Posidonio justamente recuerda en su obra el hecho de que a veces la tierra se levanta y se asienta, y sufre cambios causados por los terremotos y otros fenómenos similares, que ya he enumerado más arriba. Y a este respecto cita justamente la afirmación de Platón, que es posible que la historia de la isla de Atlántida no sea una invención. A propósito de la Atlántida, Platón cuenta que Solón, después de haber interrogado a los sacerdotes egipcios, refirió que la Atlántida existía, pero desapareció […] una isla del tamaño de un continente; y Posidonio considera que es mejor ver las cosas de este modo que decir de la Atlántida: «Su inventor la ha hecho desaparecer, como hizo el poeta

con el muro de los aqueos». Y Posidonio conjetura que la migración de los cimbros y de las poblaciones afines de sus países natales se produjo a resultas de una inundación del mar, acaecida de repente.

Consignó Polibio que Cerne se encuentra al fin de Mauritania, frente al monte Atlas, distante ocho estadios de tierra; y Cornelio Nepote que está en el punto más opuesto de Cartago, a una distancia de diez millas de tierra firme, y que no tiene más de dos millas de circunferencia. También se dice que hay otra isla situada frente al monte Atlas, conocida con el nombre de Atlántida. A cinco días de navegación hay desiertos, hasta las Hesperias etíopes y el promontorio, que hemos recordado con el nombre de Hesperu Ceras, un punto en que la tierra empieza a doblarse hacia occidente y el mar Atlántico. Frente a este promontorio también se dice que hay unas islas llamadas Górgades, moradas de las Gorgonas, a dos días de navegación de tierra firme, según Jenofonte de Lámpsaco […]. Más allá de estas, se dice que están las dos islas de las Hespérides. (II, 3, 6; VI, 21)

Pomponio Mela, *Descripción del mundo*

Del promontorio desde el que hablamos empieza la costa que, en dirección a occidente, está bañada por el mar Atlántico. Las primeras partes están habitadas por los etíopes; las de en medio son inhabitables, porque son ardientes, o están recubiertas de arena, o infestadas de serpientes. Frente a estas partes quemadas por el sol están las islas que se dice estaban habitadas por las Hespérides. En medio de la región arenosa está el monte Atlas, que eleva su enorme masa, escarpado e inaccesible por las rocas puntiagudas que lo rodeaban por todas partes; y cuanto más se eleva, más disminuye su tamaño. Su cima es más alta que lo que puede alcanzar la mirada, se pierde entre las nubes, y se dice que no solo con la cima toca el cielo y las estrellas, sino que los sostiene.

Enfrente están las islas Afortunadas,[2] donde el suelo espontáneamente produce abundante cantidad de frutos que vuelven a crecer incesantemente, por lo que los indígenas pasan sus días sin preocupaciones y más felices que los que viven en las magníficas ciudades. Este lugar es extraordinario por la presencia de dos fuentes caracterizadas por una propiedad singular: el agua de una hace que quien la beba ría hasta morirse, mientras que la otra cura todos los males. (III,10)

Hannón cartaginés, *Periplo de Hannón*

De aquí, navegando rápidamente, pasamos por delante de una tierra encendida y cubierta de humo, de la que algunos ríos de fuego caían al mar, mientras que en tierra firme, por el ardiente calor, no se podía caminar. Por tanto, asustados, nos alejamos rápidamente de allí. Y en alta mar, después de cuatro días, veíamos la tierra toda llena de llamas, y en el medio un fuego altísimo, mayor que todos los demás, que parecía que tocase las estrellas. Pero este fuego después, de día, se veía que era un monte altísimo, y fue llamado por nosotros[3] *Teônochema*, es decir, ‘carro de los dioses’. Pero, después de navegar tres días cerca de aquellos ríos de fuego, llegamos a un golfo que se llama Notuceras, es decir, ‘cuerno del Noto’.

Heródoto, *Historias*

[…] y levando ancla deseosos de llegar a Egipto, partiéronse de la isla, por más que soplaba el viento de Levante, el cual, como no quisiese amainar, los obligó a pasar más allá de las Columnas de Hércules y aportar por su buena suerte a Tartessos. Era entonces Tartessos para los griegos un imperio virgen y reciente que acababan de descubrir. (IV, 152)

Filón de Alejandría, *De la incorruptibilidad del mundo*

Imaginad cuantos distritos en tierra firme, no solo los que estaban cerca de la costa, sino los que se hallaban tierra adentro, fueron tragados por las aguas; y considerad qué gran proporción de tierra se ha convertido en mar, y sobre ella ahora navegan innumerables embarcaciones. ¿Quién ignora el sagrado

estrecho de Sicilia, que antiguamente unía la isla al continente, con Italia? Y allí donde vastos mares, a ambos lados, agitados por violentas tempestades chocaron, movidos por direcciones opuestas, la tierra en medio fue arrollada y se rompió […] y en consecuencia Sicilia, que antes formaba parte del continente, se convirtió en una isla.

Y también se dice que han desaparecido otras muchas ciudades, tragadas por el mar que las ha arrasado; porque hablan de tres en el Peloponeso […]

> Egira y las murallas de la bella Bura,
> y los palacios majestuosos de Hélice,
> y muchas ciudades que fueron famosas
> yacen cubiertas de ruinas y algas

porque, al ser antiguamente prósperas, ahora han sido arrasadas por la violenta afluencia del mar. Y la isla de Atlante, que era más grande que África y Asia, como dijo Platón en *Timeo*, en un día y una noche se hundió bajo el mar, como consecuencia de un extraordinario terremoto y de la inundación, y de repente desapareció, convirtiéndose en mar no navegable, sino lleno de simas y de bajíos. (21)

Cayo Plinio Segundo (Plinio *el Joven*), *Historia Natural*

Casos de tierra completamente engullida por el mar son, en primer lugar (si aceptamos la historia de Platón), la inmensa área cubierta por el Atlántico y después, también en el mar Interior, las áreas cubiertas en el presente, la Acarnasia cubierta por el golfo de Ambracia. (II, 92)

Tertuliano, *De la capa de los ascetas*

Todavía hoy la forma de la tierra sufre cambios locales, cuando algún lugar es dañado; cuando entre sus islas Delos ya no existe. Samos es un montón de arena, y la Sibila por eso no mintió; cuando en la Atlántida se buscó en vano la isla que igualaba en tamaño a Libia o Asia; cuando el costado de Italia, roto en el centro por el choque del mar Adriático y el Tirreno, deja Sicilia como reliquia. (2)

Tucídides, *La guerra del Peloponeso*

El mar, retirándose de lo que hasta entonces había sido la línea de costa y levantándose en una ola gigantesca, cubrió gran parte de la ciudad de Orobias, en Eubea, y luego en parte se retiró. Pero en otros lugares la inundación fue permanente, y donde antes era tierra, ahora es mar. La gente que no consiguió huir a las montañas pereció. Igual que en los tiempos de la Atlántida.

Eliano, *Historia de los animales*

Los pobladores de las orillas del océano relatan la leyenda de que los reyes de la antigua Atlántida, vástagos de Poseidón, llevaban sobre la cabeza franjas blancas de los carneros machos como distintivo de autoridad, mientras que sus esposas, las reinas, llevaban los bucles de las hembras, como símbolo de dignidad. (XV, 2)

Arnobio de Sicca, *Siete libros contra los paganos*

¿Fuimos acaso nosotros [cristianos] culpables de que hace diez mil años escaparan una gran cantidad de hombres de una isla llamada la Atlántida de Neptuno, como nos dice Platón, y arruinaran y aniquilaran a innumerables tribus? (I, 5)

Amiano Marcelino, *Historias*

Pues bien, los temblores de tierra se producen de cuatro modos: pueden ser *brasmatiae* que, levantando el suelo como por un impulso producido en el interior, elevan enormes masas de tierra. Así es como emergió Delos en Asia, y Hiera […]. O bien, terremotos *climatiae*, que recorren territorios en

línea recta y oblicua, arrasando ciudades, edificios y montes. O *chiasmatiae* que, con un fortísimo temblor, hacen que se abran súbitamente las profundidades de la tierra y absorban algunas zonas, tal como sucedió en el océano Atlántico con una isla de mayor superficie que toda Europa. (XVII, 6, 13)

Ateneo, *Dipnosofistas*

Platón en su descripción de la Atlántida llama a los dulces *metadorpia* con estas palabras: [sigue una cita de *Critias*]. (XVI, 640d)

Plutarco, *Vidas paralelas*

[Sertorio] se salvó con dificultad y habiendo por fin cedido el viento, aportó a unas islas, entre sí muy próximas, desprovistas de agua, de las que hubo de partir; y pasando por el estrecho Gaditano, dobló a la derecha y tocó en la parte exterior de España, poco más arriba de la desembocadura del Betis, que desagua en el mar Atlántico, dando nombre a la parte que baña de esa región. Diéronle allí noticia unos marineros con quienes habló de ciertas islas del Atlántico, de las que entonces venían. Estas son dos, separadas por un breve estrecho, las cuales distan de África diez mil estadios, y se llaman Afortunadas. Las lluvias en ellas son moderadas y raras, pero los vientos, apacibles y provistos de rocío, hacen que aquella tierra, muelle y crasa, no solo se preste al arado y a las plantaciones, sino que espontáneamente produzca frutos que por su abundancia y buen sabor basten para alimentar sin trabajo y afán a aquel pueblo descansado. Un aire sano, por el que las estaciones casi se confunden, sin que haya sensibles mudanzas […] de manera que hasta entre aquellos bárbaros es opinión común haber estado allí los Campos Elíseos, la morada de los bienaventurados celebrada por Homero. (*Sertorio*, IV, 8)

Dirigiose primero a Egipto, y allí se detuvo, como lo dijo él mismo:
«En la anchurosa embocadura del Nilo, junto a la ribera de Canopo».

Allí gastó cierto tiempo en filosofar con Psenofis de Heliópolis, y con Sonquis de Sais, los más sabios e instruidos de aquellos sacerdotes, y allí tuvo noticias de la narración de la Atlántida, como escribe Platón, y se propuso contarla en versos griegos. (*Solón*, XXVI)

Solón, habiendo entonces emprendido la relación sobre la Atlántida, de la que había oído hablar a los sabios de Sais, obra ingente y conveniente a los atenienses, hubo de abandonar aquel trabajo, no por sus ocupaciones, como dice Platón, sino impedido por la vejez y lo grande de la empresa. Que no estaba del todo ocioso lo dice este verso:

Me hago anciano aprendiendo cada día.
Y estos dos:
Ahora me complazco en las obras de Afrodita y de Baco,
pero también de las Musas, que alegran la vida.
(*Solón*, XXXI)

Platón, tras tomar el argumento de la Atlántida, como tierra feraz de buenos frutos, pero abandonada, y creyéndose apto para tratarlo como pariente de Solón,[4] quiso discurrir ampliamente sobre ella, y adornarla magníficamente con portales, vestíbulos, murallas y atrios de los que antes no se había hablado nunca en ningún otro relato o poema; pero al emprenderla tarde, le sorprendió la muerte antes de haberla terminado, dejándonos con la satisfacción de lo que alcanzó a escribir, pero con la tristeza que nos da el pensar que no la haya concluido.

Porque así como la ciudad de Atenas, entre sus grandes obras, solo dejó imperfecto el templo de Zeus Olímpico, de la misma manera la sabiduría de Platón solo dejó sin acabar la obra de la Atlántida.

(*Solón*, XXXII)

Proclo, *Comentarios sobre el* Timeo *de Platón*

Para retomar el discurso sobre la política, y la narración relativa a la isla atlántica, revela a través de imágenes la teoría del mundo […]. Allí, por eso, el conciso relato de una política, anterior a la fisiología, irónicamente nos coloca en la fabricación del universo; pero la historia de los atlantes hace esto simbólicamente […]. Hay quienes afirman que el relato completo sobre los atlantes es una historia sin añadidos, como Crantor, el primer comentarista de Platón. Dice que sus contemporáneos se burlaban de él por no haber sido el inventor de su sistema de la *República*, sino que lo copió de las costumbres egipcias. Tal era la burla por haber hecho el relato que asignó a los egipcios la historia sobre los atenienses y atlantes, pues los atenienses vivieron en una ocasión conforme a ese sistema de gobierno; los sacerdotes egipcios también dan testimonio de ello al decir que esos asuntos están escritos en las columnas que aún se conservan. Otros dicen que la narración es una fábula, un cuento ficticio de algo que no ha existido nunca […]. Algunos de estos también proyectan la solución en las estrellas y los planetas, y por ello comparan a los atenienses con las estrellas y a los atlantes con los planetas […]. De esta opinión es el ilustre Amelio, que con vehemencia afirma que así debe ser porque está claramente dicho en *Critias* que la isla atlántica estaba dividida en siete círculos […]. Otros todavía, como Orígenes, se remiten a la oposición de algunos démones, algunos de los cuales son más excelentes y otros, menos […]. Pero otros lo refieren a la discordia de las almas […] y esta es la interpretación de Numenio. Sin embargo, antes de que las almas desciendan a los cuerpos, estos teólogos y Platón describen la guerra de algunos contra démones materiales que son adecuados para Occidente, porque el Occidente, como dicen los egipcios, es el lugar de los démones dañinos. De esta opinión es el filósofo Porfirio […]. Sin embargo, en mi opinión todos ellos son corregidos de forma excelente por el divino Jámblico.

Según él, y también según nuestro preceptor Siriano, esta contrariedad y oposición no son introducidas a fin de rechazar el relato, ya que al contrario se reconoce que este es el resumen de hechos realmente ocurridos.

Longino duda de que estuviese en la intención de Platón incorporar esta narración. Porque no la introduce para dar un respiro a sus oyentes, ni tiene necesidad. Y él resuelve la duda, piensa, diciendo que Platón la escribió antes de la fisiología, para atraer al lector y dulcificar la severidad de aquel tipo de escrito. Pero Orígenes dice que la narración es en realidad una invención, y hasta aquí concuerda con Numancio y sus seguidores, pero no concuerda con Longino en que fuese concebida para deleitar.

Así pues, que existió una isla así y de estas características lo ponen de manifiesto los historiadores que han hablado de las cosas del mar exterior. Pues había en sus tiempos siete islas en aquel piélago, consagradas a Perséfone, y otras tres muy grandes, una consagrada a Plutón, otra a Amón y otra, en medio de estas dos, a Poseidón, de unos mil estadios de extensión. Los que la habitaban conservaban el recuerdo de sus antepasados sobre la Atlántida como una isla verdaderamente inmensa, que realmente había existido allí, la cual, consagrada también ella misma a Poseidón, había gobernado durante muchos períodos de tiempo a todas las demás islas del mar Atlántico. Esto lo escribió Marcelo en sus *Etiópicas*. Si a pesar de todo es así, y si dicha isla existió en un tiempo, es posible aceptar lo que se dice de ella como historia, y también como una imagen de una cierta naturaleza […].

Y así, respecto a mucho de lo que se ha dicho del gran tamaño de la isla Atlántica, para mostrar que no es justo no creer en lo que dijo Platón, y que debe ser aceptada como historia verdadera. (I)

Por lo que sabemos, ningún griego había llegado nunca al extremo norte hasta que, en tiempos de Platón, la ciudad de Massalia (Marsella) envió a Piteas a explorar la Europa septentrional, para descubrir de dónde procedían ciertas mercancías. Piteas costeó el continente hasta la desembocadura del Rin, vio

Britania y oyó hablar de una isla lejana, en el norte, llamada Thule. Probablemente se trataba de Shetland o de las Orcadas, aunque algunos sostienen que fuera Noruega o Islandia. Más allá de Thule, le dijeron a Piteas, no se podía ir. Y Piteas tomó acta de ello.

Sin embargo, el concepto de última Thule expresado por el mundo clásico contenía en sí mismo la esperanza de poderlo superar algún día, rompiendo los vínculos tradicionalmente impuestos por el confín mítico de las Columnas de Hércules.

De hecho, el filósofo romano Séneca escribe significativamente:

> Años vendrán en el transcurso de los tiempos,
> donde el océano aflojará los lazos de las cosas,
> y aparecerá el mundo en toda su grandeza.
> Tetis descubrirá nuevos orbes,
> y ya no será Thule la última tierra.

Parecería que Platón o el sacerdote saíta, en efecto, supieran algo de la existencia del continente al que llamamos América. «Los navegantes, entonces, podían pasar de esta isla (que era la principal del archipiélago de la Atlántida) a las otras, y más allá, a todo el continente opuesto *[katantikru pasan epeiron]*, ya que la tierra rodeada por aquel océano era, en el sentido literal de la palabra, un continente.»

Estas palabras de Platón permanecieron oscuras durante dieciocho siglos; solo después de Colón brilló en ellas la luz del Nuevo Mundo, señala Demetrio Merejkowski. Pues bien, el historiador griego del siglo IV a. C. Teopompo de Quíos, para nosotros casi perdido, habla de una fábula prodigiosa, susurrada por el sabio Sileno al rey Midas de Frigia: «Más allá de las partes conocidas del mundo —Europa, Asia y Libia (África)— hay otra, desconocida, de tamaño inverosímil, donde prados y pastos ilimitadamente floridos alimentan manadas de toda clase de enormes y poderosos animales; sus hombres superan dos veces en estatura y longevidad a los de aquí».

Estos «pastos ilimitadamente floridos» ¿son tal vez las praderas americanas?, y las «manadas de… poderosos animales», ¿los búfalos y los bisontes?

Como señala René Thévenin, entre los defensores más racionalistas de la Atlántida platónica se ha difundido una tendencia —tan reductiva como simplista— que identifica esta región con América, y donde los más entusiastas sitúan incluso la cuna de los pueblos y de las civilizaciones. Y para esta

identificación llaman en su auxilio a la etimología. La raíz *atl* que se encuentra en Atlante, Atlántida, etc., significa ‘agua’ no solo entre los aztecas, sino también en numerosas tribus de Utah, de Nevada, de Colorado, del sur de California, del norte de México y también de Guatemala y Nicaragua. De hecho, todas estas poblaciones se atribuyen un origen común y una patria lejana, «donde surge el alba», que llaman Aztlán. La Atlántida sería ‘el país en medio del agua’. Esta analogía no demuestra gran cosa, pero nuestros autores la refuerzan y siguen buscando vocablos a través de los léxicos de todos los países hasta encontrar lo que les interesa. *Teotl*, ‘dios’ en náhuatl (dialecto americano) y *theos*, ‘dios’ en griego; *Al*, ‘hijo’ en quiché (dialecto guatemalteco) y *aule*, ‘engendrar’ en danés; *ram*, ‘pedazo de madera’ en cakchiquel (dialecto guatemalteco) y *ramo* en italiano… y así sucesivamente. «De esta manera se puede llegar muy lejos», comenta con escepticismo Thévenin.

Y de hecho se llega lejos. Como se han encontrado palabras mayas que se parecen a palabras griegas y como el lingüista que ha hecho el descubrimiento ve en él una «invención del diablo», uno de sus colegas, en cambio, considera muy natural la confrontación. La Atlántida es la clave del pretendido misterio. Es la cepa de una doble rama, de la que una llega directamente al maya y la otra al griego, a través del egipcio y el hebreo. ¿Hay algo más claro y más sencillo? Solo había que pensar un poco, dicen.

«Una vez que hemos tomado este camino, haríamos mal en dejarlo», observa Thévenin.[5] «Pero no lo seguiremos hasta el final, porque nos llevaría demasiado lejos», dice. Y elige un ejemplo al respecto, solo uno, al azar, tan emblemático como provocador.

«Como parece que Enn era el dios supremo de los atlantes, a través de él llegaremos a los turanios, pueblo de Enn (Tur-enn); la Cirenaica (Hir-enna), centro de Enn; el país de Canaán, tierra de los pueblos de Enn. Luego, de ahí, el Sena, residencia de Enn; los tiranos, soldados de Enn, etc. Por último, prodigiosa flor de este árbol etimológico de raíces maravillosas, llegamos al “mariscal Turenne, es decir, el lugarteniente de Enn” —bromea con sarcasmo Thévenin—. Tomemos nota de que los que revelan estas verdades no son humoristas ni mistificadores, sino estudiosos cuya buena fe está fuera de duda y que hacen todo lo posible para convencernos con pruebas, que ellos con gran esfuerzo tratan de establecer», concluye finalmente Thévenin, con excesiva dosis de superficialidad, incluso demasiado evidente.

Sí, porque no es lícito liquidar algunas argumentaciones etimológicas y

glotológicas con una simple *boutade*, por muy brillante e ingeniosa que sea.

En efecto, realmente en las costas orientales y en las regiones interiores de las Américas podemos descubrir singulares semejanzas entre palabras amerindias y vocablos todavía hoy de uso común en lenguas europeas, asiáticas y africanas. Dichas semejanzas también fueron observadas por los conquistadores españoles, maravillados al oír que los amerindios utilizaban palabras aparentemente idénticas a vocablos del Viejo Mundo, recuerda Charles Berlitz.

Algunos ejemplos sorprendentes están constituidos por la palabra de los aztecas náhuatl *teocali* (‘casa de los dioses’), que recuerda al griego *theou kalia* (‘casa del dios’), y también por el vocablo griego *potamos* (‘río’) y del indio *potomac*, así como la denominación de cierto número de ríos en la parte oriental de América septentrional que empiezan por *poti*. La palabra *tepec*, que significa ‘colina’ en dialecto náhuatl, encuentra un correspondiente casi idéntico, *tepe* (‘colina’) en los dialectos turcos de Asia central. Otras semejanzas lingüísticas entre ultramar y su correspondiente amerindia parecen demasiado afines para resultar pura coincidencia:[6]

| *Lenguas amerindias* | *Lenguas europeas, asiáticas y africanas* |
|---|---|
| Aimara: *malku* (‘rey’) | Árabe: *melek* (‘rey’) |
| Maya: *balaam* (‘sacerdote’) | Hebreo: *melekh* (‘rey’) |
| Guaraní: *oko* (‘casa’) | Hebreo: *bileam* (‘mago’) |
| Náhuatl: *papalo-tl* (‘mariposa’) | Griego: *oika* (‘casa’) |
| Náhuatl: *mixtli* (‘nube’) | Latín: *papillo* (‘mariposa’) |

| *Lenguas amerindias y polinesias* | *Lenguas europeas, asiáticas y africanas* |
|---|---|
| Klamath: *pniw* (‘soplar’) | Francés: *papillon* (‘mariposa’) |
| Quechua: *andi* (‘alta montaña’) | Griego: *omichtli* (‘nube’) |
| Quechua: *llake llake* (‘cometa’) | Griego: *neu* (‘raíz’) (‘soplar’) |
| Quechua: *llu llu* (‘mentira’) | Egipcio antiguo: *andi* (‘alta montaña’) |
| Araucano*: anta* (‘sol’) | Sumerio: *lak lak* (‘cometa’) |
| Araucano: *bal* (‘hacha’) | Sumerio: *lul* (‘mentira’) |
| | Egipcio antiguo: *anta* (‘sol’) |
| | Sumerio: *bal* (‘hacha’) |

Un ejemplo realmente inusual de vocablo con la misma pronunciación y el mismo significado en varios lenguajes del Viejo y el Nuevo Mundo está constituido por la palabra *padre*, *ath, tata, ata* (inglés, *father*) salvo

modificaciones fonéticas de poca importancia. Lo que sorprende es que no se trata de un sonido natural, espontáneo, comparable a las variantes *ma*, *mama*, *mu*, *um*, etcétera para ‘madre’. Cabe preguntarse si las variantes citadas más arriba de lo que es, básicamente, el mismo sonido para la palabra *padre* representan el eco de una de las primeras lenguas del mundo.

| *Lenguas amerindias y polinesias* | *Lenguas europeas, asiáticas y africanas* |
|---|---|
| Quechua: *taita* | Vasco: *aita* |
| Dakota: *atey* | Húngaro: *atya* |
| Zuni: *tatchu* | Tagalog: *tatay* |
| Seminala: *tatí* | Ruso: *aht-yets* |
| Esquimal: *atatak* | Egipcio antiguo: *aht* |
| Náhuatl: (azteca): *tatli* | Turco y dialectos turcos: *ata* |
| Dialectos indios de México central: *tata* | Gótico (variante): *atta* |
| Islas Fiyi: *tata* | Latín (coloquial): *tata* |
| Islas Samoa: *tata* | Rumano: *tata* |
| | Eslovaco: *tata* |
| | Maltés: *tata* |
| | Cingalés: *tata* |
| | Yiddish: *tatale* |
| | Galés: *tad* |

Sin embargo, subraya Berlitz, una de las semejanzas glotológicas más fascinantes y sugerentes es la del fonema *atl* (Atlántida), que en la lengua náhuatl del antiguo México y en el dialecto berebere de África septentrional tiene el mismo significado: ‘agua’. Repetido dos veces *(atl-atl)* se convertía en la palabra usada por los aztecas para indicar el artefacto empleado para disparar lanzas: un dispositivo de madera, hueco, liso y largo, que fijaba el asta con un gancho y permitía propulsar la lanza mucho más lejos y con más fuerza y precisión que el simple lanzamiento manual. Esta antigua palabra, que los aztecas derivaron de preexistentes poblaciones de México que, a su vez, quizá la hubieran aprendido de los legendarios señores llegados del mar Oriental, también fue adoptada por el inglés contemporáneo para indicar artefactos para propulsar lanzas, utilizados todavía hoy por algunas tribus salvajes en diferentes partes del mundo.

La presencia de palabras del Viejo Mundo en las lenguas de las Américas, miles de años antes de su redescubrimiento, es especialmente interesante en relación con algunas referencias contenidas en el antiguo libro de los mayas

*Popol Vuh*, que parece casi un eco de la bíblica confusión de las lenguas: «Los que miraban la salida del sol […] hablaban una sola lengua antes de ir a occidente. Aquí la lengua de las tribus había cambiado. Y su habla se hizo diferente. Todo lo que habían escuchado y comprendido saliendo de Tulan se convirtió para ellos en incomprensible […]. ¡Ay, hemos abandonado nuestra antigua habla! Hablábamos una sola lengua, cuando partimos de Tulan, hablábamos una sola habla en el país donde nacimos». La torre de Babel también en América, pues.

Como en Egipto, la lengua maya escrita era fundamentalmente ideográfica: es decir, cada palabra estaba representada por su imagen estilizada, y aunque el sistema maya esté basado en principios muy similares a los de los jeroglíficos egipcios, los signos y la lengua son completamente distintos. Por eso nuestro conocimiento de la escritura egipcia no ha servido en absoluto para descifrar la maya. En contrapartida los mayas, como los antiguos galos, utilizaban un sistema numérico vigesimal, es decir, con una base de 20 en lugar de 10. Tenían dos sistemas para escribir estos números. Uno era ideográfico como nuestro sistema árabe; el otro sistema de numerales maya, como el romano, utilizaba elementos simples repetidos. Pero el mayor mérito de los mayas fue haber inventado símbolos para el cero varios siglos antes de que los hindúes hicieran lo mismo en el Viejo Mundo. Prueba evidente de su efectiva y hoy reconocida superioridad en el campo matemático-astronómico, solo parcialmente compartida con Egipto. En todo caso hay que tener presente que, más allá de las afinidades de palabras y de lenguaje, las dos orillas del Atlántico tienen otros muchos recuerdos en común. La tradición platónica, *mutatis mutandis*, se detecta en todas las culturas precolombinas.

Como recordaba lúcidamente Vittorio Mariani hace cincuenta años en las prestigiosas páginas de una importante revista cultural italiana,[7] son importantísimas las conclusiones a las que ha llegado el príncipe Ypsilanti, residente en Tegucigalpa, en Honduras, sobre la existencia en tiempos muy remotos de un continente o de dos grandísimas islas, donde hoy se extiende el océano Atlántico. El príncipe Ypsilanti ha recogido elementos legendarios entre las tribus indígenas de América central, y ha realizado una profunda exégesis de todo lo que se ha dicho, escrito y demostrado científicamente sobre las tierras sumergidas del Atlántico, que un tiempo estaban a la luz del sol.

Todos los renovadores de la antigua civilización precolombina de América llegaron del este, respecto a los países en los que después ejercieron su

influencia: este es el caso de los kukulkán de México, los zama del Yucatán, los bochica de Colombia, y los aztecas y los toltecas, que no eran oriundos de América central ni de los países limítrofes al norte y al sur de ella, sino que procedían de un misterioso lugar oriental al otro lado del mar llamado Aztlan. Según Clavigero, los olmecas de México fueron los últimos en trasladarse de la tierra oriental al otro lado del mar, a América central.

Orozco de Vera afirma que la Atlántida debió de existir, si no como una única extensión de tierra, como una serie de tierras separadas por zonas de mar fácilmente franqueables por navegantes primitivos, gracias a los cuales hubo un intercambio entre el África antigua y las regiones de América central y meridional.

¿Es casual —se pregunta Demetrio Merejkowski—[8] la semejanza de la arquitectura paleoamericana y la babilónico-egipcia? ¿De las gigantescas, piramidales «casas de los dioses», en el altiplano del Anahuac, en México, de los *teocali*, de los sarcófagos peruanos *(huacas)* por una parte, y de las pirámides egipcias, de las torres babilónicas troncocónicas, de los zigurat por otra?

La torre de cinco plantas en Teothihuacan recuerda a la pirámide, con los mismos rellanos, del faraón Zoser, de la tercera dinastía, en Saqqara. La construcción de las pirámides escalonadas también está allí. En el Egipto más antiguo está por todas partes. El terraplén, la base artificial, sirve de fundamento a la pirámide de Meidum en el Egipto inferior, como también a los *teocalli* paleomexicanos de América central, de la que podría denominarse la «tierra de las pirámides»: el conquistador Cortés contabilizó cuatrocientas solo en Holula.

En la tierra de Sumer-Akkad prebabilónica, así como en el antiguo México, el número cinco era sagrado, recuerda Merejkowski, antes del siete: cinco dioses-planetas, cinco cielos- eones. Por eso las torres de Sumer-Akkad, los zigurat y los *teocalli* paleomexicanos tienen cinco pisos.

Las principales semejanzas entre la arquitectura piramidal egipcia y la de América central son siete: la elección del lugar, la disposición de los cuatro lados de los fundamentos según los cuatro puntos cardinales, el paso del meridiano astronómico a través del centro de la pirámide, la construcción en pisos, la consagración al Sol, la entrada a través de la calle de los muertos, la estructura interior. Tal vez todas estas similitudes sean casuales, pero una casualidad se suma a otra, una inverosimilitud a otra, en una progresión que aumenta geométricamente, observa Merejkowski, enumerando toda una serie de desconcertantes analogías. Veámoslas.

En un dibujo de la isla de Aztlán, la antigua patria de los aztecas, hombres arrodillados rezan en torno a la pirámide. Si «Aztlán» es «Atlante», la montaña-columna de Atlante que sostiene el cielo y el monte de la acrópolis en la capital de la Atlántida, según la descripción de Platón, entonces tal vez en la construcción piramidal se ha conservado el recuerdo de la antigua patria de toda la humanidad.

Una semejanza en el calendario: los cinco días añadidos al ciclo de los 360 del año paleomexicano son también los epagómenos, los días suplementarios de Menfis. La rueda del zodíaco se divide en doce signos animales en Egipto y en Babilonia, así como en el antiguo México.

Semejanzas en el atuendo: el mismo pañuelo con las dos bandas que enmarcan el rostro, las mismas gargantillas de perlas variopintas, dispuestas en amplios rayos, se encuentran en las diosas egipcias y en las paleomexicanas.

Semejanzas en las pinturas murales: el color de los rostros masculinos es rojo ladrillo; el de los rostros femeninos, amarillo oro.

Semejanzas en las grandes y en las pequeñas cosas: la teocracia de Perú es parecida a la egipcia. El rey peruano, Inca, es el encarnado dios Sol, como el faraón; *koya*, la consorte de Inca, es su hermana de sangre o hermanastra, como la consorte del faraón; en ambos reinos se observa rigurosamente la ley de las divinas mezclas de la sangre, para conservar la pureza de la sangre solar.

Las momias peruanas son muy parecidas a las egipcias: casi los mismos cortes en los mismos puntos para la extracción de las vísceras; son tratadas con las mismas sales desinfectantes, untadas con las resinas perfumadas; son envueltas en las mismas vendas de lino. En Cuzco, en la capital de Perú, en el templo del Sol, los compañeros de Pizarro encontraron treinta momias de rey, de Inca, sentadas en torno a un ara de oro, y en el contiguo templo de la Luna, otras tantas reinas.

Los estudiosos contemporáneos llaman «Libro de los Muertos» al códice azteca *Vaticanus A*, por su gran parecido con el *Libro de los Muertos* egipcio.

En el reino de los mayas, como en Egipto, las vísceras de los cuerpos mortales se conservan en cuatro recipientes de barro o de piedra en las cuatro esquinas del ataúd (*canope*, como los llamaban los griegos), con tapas que en Egipto representaban las cabezas de los cuatro sostenedores del cielo, «atlantes», en los cuatro extremos del mundo. Antes de introducirlas en los recipientes, los embalsamadores egipcios pintaban las vísceras con cuatro colores: con el nórdico (rojo) los pulmones; con el meridional (blanco) el hígado; con el oriental

(amarillo) el estómago; con el occidental (negro) los intestinos. En el reino de los mayas hay una correspondencia algo distinta, pero los colores son los mismos: blanco, negro, amarillo y rojo.

Si también esto es casualidad, entonces hay que preguntarse si existe en general una «ley de probabilidades», y si toda la historia no es más que un juego del azar, se pregunta Merejkowski. Pero hay más. «La raza de los guanches *(huantsch)* en las islas Canarias, en la última ruina del hundido puente continental entre América y África, en el anillo central superviviente de la cadena rota, prepara de la misma forma las momias, *chacho* —y, subraya Merejkowski—, también las entierra en sepulcros piramidales, como en Egipto y en Perú, las dos cabezas opuestas de los puentes, en los anillos extremos de la cadena.» Recogiendo simples tradiciones sobre dichos sepulcros, Merejkowski se adelanta sesenta años al descubrimiento de insospechadas estructuras piramidales (hoy enterradas) en las Canarias, a principios de los años noventa de la mano del noruego Thor Heyerdahl.

Como refiere al respecto[9] Massimo Cappon:

> La ciudad perdida se hallaba a la vista de los arqueólogos y de los turistas. Bastó un enérgico trabajo de machete para hacerla resaltar de nuevo contra el azul del Atlántico y los perfiles ásperos y volcánicos de la isla de Tenerife, en el archipiélago de las Canarias. Siete pirámides escalonadas de 15 m de altura, del mismo estilo que los zigurat mesopotámicos, construidas sobre sólidas terrazas escuadradas de piedra volcánica rellenadas por una capa más delgada de lapilli. Y luego una ancha calle procesional y una plaza que recuerda las de Yucatán, con los lados orientados hacia los solsticios de verano y de invierno. El conjunto de templos de Guimar tiene todos los papeles en regla para representar un nuevo enigma arqueológico.
>
> El descubrimiento fue realizado por Thor Heyerdhal, el explorador noruego protagonista de las audaces travesías oceánicas a bordo de la Kon-Tiki, del Ra, del Tigris. Con embarcaciones construidas como las de hace cinco mil años, Heyerdhal buscaba pruebas para sus discutidas, a la vez que fascinantes, teorías sobre la posibilidad de grandes migraciones en época protohistórica.
>
> Pero ¿quiénes fueron sus constructores? Sobre estos templos, concentrados alrededor del pueblo de Guimar, en la costa oriental de Tenerife, carecemos de dataciones fiables. Solo sabemos que estaban en la isla antes del primer desembarco de los europeos, en torno a 1400. Podían haber sido utilizados por los guanches, la antigua población de la isla que se extinguió poco después de la llegada de los europeos. De estos indígenas «de barba rubia y ojos azules» solo quedan algunas momias ocultas en las cuevas de las islas y los fantasiosos retratos de los primeros cronistas portugueses.

Hasta aquí Cappon. Pero eso no es todo.

Atlante fue el primogénito de Poseidón y de Clito. Poseidón engendró parejas de gemelos y, como dice Platón:

> Dividió toda la isla de Atlántida en diez partes, y entregó la casa materna y la parte que estaba alrededor, la mayor y mejor, al primogénito de los mayores y lo nombró rey de los otros. A los otros los hizo gobernantes y encargó a cada uno el gobierno de muchos hombres y una región de grandes dimensiones.

Cuando las islas Canarias fueron redescubiertas y exploradas en el tardío Medioevo, entre los nativos, los guanches, todavía se transmitía la leyenda de los Diez Reyes. Y también los mayas de México meridional, al otro lado del Atlántico, habían conservado la misma tradición.

Las Canarias salen del mito con Plinio el Viejo, que refiere una expedición al archipiélago del rey mauritano Juba, en el año 25 a. C.: «Luego está Canaria, que debe su nombre a los perros de grandes dimensiones, dos de los cuales fueron enviados a Juba…». La expedición atracó en las islas Purpurarias (Mogador), luego se dirigió más al sur. En una isla más pequeña, quizá Graciosa, Juba señaló la presencia de un templete que podía relacionarse con el culto fenicio a la diosa Tanit. Y de Gran Canaria, además de los grandes perros que dieron nombre a la isla, describió unas no mejor identificadas *vestigia aedificiorum*, que hacen pensar en restos de época clásica o quizá —muy probablemente— en edificios mucho más antiguos. ¿Construidos por quién? Desde luego no por los guanches, que, indiscutiblemente, eran gentes que los españoles encontraron detenidos en la Edad de Piedra, y, sin embargo, querían y sabían conservar a sus muertos como otras civilizaciones mucho más avanzadas, la egipcia e inca, momificándolos.

«Son muchas las cosas que nos sorprenden de los guanches —explica el conservador del museo arqueológico de Santa Cruz de Tenerife, Conrado Rodríguez, especializado en paleopatología y antropología física en la local Universidad de La Laguna—. Creían en un ser supremo y tenían una estructura política articulada. Vivían mucho para ser primitivos: una media de 50 años. Y, además —añade, indicando los agujeros en algunos cráneos—, practicaban con éxito la trepanación, y sin instrumentos de metal.»

Pero ¿de dónde venían? ¿Cuándo llegaron al archipiélago? ¿Y de qué manera? De momento las respuestas son hipótesis sobre las que los estudiosos no se ponen de acuerdo. La mayoría presume que llegaron de África septentrional o también de Europa oleadas sucesivas de gente de tipos diversos (cromañón y mediterranoide), que presumiblemente se establecieron en las islas antes de la era cristiana. Pero si eran gentes libio-bereberes, queda por explicar cómo, a diferencia de estas, los antiguos canarios no conocían el pan, la rueda, el

telar. Y, sobre todo, no tuvieran la menor familiaridad con el mar, que, sin embargo, deberían haber sido capaces de cruzar. De hecho, los guanches son isleños, pero ignoran la navegación, como si alguna vez el mar los hubiera asustado para siempre, como si todavía recordasen la catástrofe del primer mundo, el Diluvio. También los aztecas ignoran la navegación, en el otro extremo del puente atlántico; y de la misma forma recuerdan el final en el agua de su primera patria, del Aztlán. *Amargo* llaman al océano los hijos de la antigua Maya, de la «Madre Tierra».

Todas estas estirpes marinas recuerdan la amenazadora consonancia de las raíces *tla-atl,* 'sufrimiento'-'agua'.

*Guanche* significa simplemente 'hombres'. Los guanches se maravillaron indeciblemente ante la primera aparición de los viajeros españoles y portugueses del siglo XVI: creían que el mundo había quedado desierto después del Diluvio, ¡y que nadie, excepto ellos, se había salvado!

Utilizan sellos de arcilla con mango *(pintaderas)* para el tatuaje, en general con decoraciones geométricas: podrían ser pobres avances de la geometría, de la agrimensura, de la sabiduría terrenal, del principio de la astronomía, del conocimiento estelar de Atlante. Idénticos sellos con mango y con la misma ornamentación geométrica se encontraron en los yacimientos de Yucatán, en México, y en muchos lugares neolíticos de Liguria, de Apulia, de Tracia, a lo largo de toda la vía mediterránea, atlántica, hacia Oriente.

Como observa Merejkowski, si los guanches son una de las ramas de la raza afro-atlántica, la otra rama son los bereberes, los libios, los libu de los monumentos egipcios, habitantes de la gran «vía de Tebas a las Columnas de Hércules» (Heródoto) y, tal vez, más lejos, hacia la Atlántida. El historiador Diodoro Sículo refiere que los bereberes vivían en África septentrional, a los pies de los montes atlantes, en torno al lago-mar Tritonis o laguna Tritónida, posteriormente destruido por un cataclismo, y los define como *Atlantioi,* lo que da a entender que tenían que ver con la Atlántida. Esto es considerado verosímil por algunos geógrafos contemporáneos, como por ejemplo Berlioux. Pero, por norma general, donde los antiguos y los modernos geógrafos encuentran la Atlántida fuera del Atlántico, probablemente se trata solo de una colonia de los atlantes, y así también aquí, en la Berbería. Su vinculación con la Atlántida está confirmada también por lo que dice Diodoro: un delgado istmo que antes

separaba el lago Tritonis del océano fue roto por el terremoto, las aguas del lago se derramaron en el océano y el fondo seco se convirtió en un desierto arenoso, quizá, parte del actual Sahara.

*Atl*, en la lengua de los bereberes, como en la paleoamericana quiché-náhuatl, significa ‘agua’. Si aquel terremoto, del que habla Diodoro Sículo, está relacionado con el final de la Atlántida, entonces tal vez también los bereberes, atlantes, como los antiguos americanos, comprendían el sentido de la fatal consonancia *tla-atl*, ‘sufrimiento’-‘agua’, señala Merejkowski.

«Los hombres se volverán peces» se dice en una descripción paleomexicana del Diluvio *(Codex Vaticanus B)*; y en otra paleobabilónica: «Los hombres, como caviar, llenaron las aguas» *(Ghilgamesh)*.

El mismo temible olor de las aguas del Diluvio —del «caviar humano»— se desprende de la tablilla de arcilla de Nínive y de la hoja de pita del papiro paleomexicano. Que dos narradores en dos extremos del mundo hayan podido tener casualmente una imagen tan exacta y extraña, como «hombres-peces» y «caviar humano», sería más inverosímil que si una misma llave pudiera abrir dos cerraduras distintas. Pero si la coincidencia no es fortuita, quiere decir que, desde Mesopotamia a México, se ha extendido entre estos dos relatos como una tela de araña impalpable, un hilo invisible, opina Merejkowski.

La tradición más frecuente y antigua de casi toda la América precolombina ha conservado el recuerdo de la gran migración de los pueblos que huían de una terrible calamidad en el mar.

La *Tira de la Peregrinación*, indudablemente precolombino, un códice muy antiguo de los toltecas, habla de ocho razas llegadas a orillas del océano Pacífico. La inscripción del templo de Palenque habla de una migración similar de la raza náhuatl quiché: «Con un espantoso huracán el amargo océano, siempre domado por los hombres, rompió los diques, destruyó las casas, los hogares, las embarcaciones. Al verlo, el consorcio de los hombres huyó, buscando la salvación en tierra firme… lejos muy lejos… Nos guiaron los nómadas cazadores de fieras a través de desiertos, pantanos y bosques impenetrables».

La patria de los aztecas, Aztlán, era una «tierra sobre las grandes aguas», una isla. Esta palabra está casi siempre asociada al signo jeroglífico del agua. Aztlán-Atlántida, observa Merejkowski: esta consonancia tal vez no sea casual. La isla con una montaña rodeada de anillos concéntricos de murallas y de canales, análoga a la acrópolis en la capital de los atlantes en Platón, también está representada en los dibujos aztecas de Aztlán.

Con el mismo esquema fue construida también la antigua capital de México, como se ve por el dibujo de la época del último rey de los aztecas, Moctezuma. Clara y significativamente la esencia de todos estos planos es un complejo entramado de agua y tierra en anillos concéntricos, una especie de laberinto terráqueo.

El recuerdo del Diluvio parece haberse conservado en todos los pueblos del Nuevo y del Viejo Mundo: es, podríamos decir, el primero y el único recuerdo común de toda la humanidad. Pero en América central se ha conservado más vivo que en cualquier otro lugar (salvo tal vez en la antigua Babilonia, en Sumer-Akkad). Aquí es más que un recuerdo, es una especie de delirio febril, siempre el mismo, insistentemente tormentoso: «Una vez cada cuatro años, un ayuno de ocho días, para recordar que el mundo sufrió tres catástrofes» se dice en el códice paleomexicano *Telleriano Remensis*, en la nota al pie del calendario de las festividades del año, el 30 de enero, 12 *yzcatli*. Y ni una palabra más, el silencio se resuelve en la oración: «Oh, Tlalok, dios del Agua, ten piedad de nosotros, ¡no nos pierdas!», cita Merejkowski.

La inscripción del templo de Palenque, en el reino de los mayas, habla de «un horrible terremoto que levantaba la tierra a oleadas, como el mar», de cráteres abiertos, nubes de humo y ríos de lava, de la explosión catastrófica de los vapores al contacto de las aguas subterráneas con los metales incandescentes. «Todo esto ocurrió, y el recuerdo se conserva en estas Sagradas Escrituras —concluye la inscripción—. Susurro de las piedras arrastradas por la marea, rumor de las conchas rodantes, ruido de la ola que se disuelve en espuma a lo largo de la orilla, fundid vuestra voz con la voz de las Sagradas Escrituras, porque la misma sabiduría, la misma memoria está también en vosotros.»

«El cielo descendió hacia el agua [el océano] y en un día desapareció todo. Todo lo que era carne, lo exterminó aquel día». Así, en el códice-calendario *Chimalpopoca*, la «Leyenda de los soles», parece repetir a Platón: «En un día y una noche terribles […] la isla de Atlántida desapareció de la misma manera, hundiéndose en el mar». En la concisión de ambos se ve que los dos narradores están igualmente consternados, observa Merejkowski.

Un poco más largo es el relato en un texto posterior, del siglo XVII d. C., pero que registra las tradiciones más antiguas de la América precolombina, en el códice de Guatemala *Popol Vuh*: «Las aguas, levantadas por el Corazón del Cielo *[Hurakan]* hirvieron, y cayó un gran diluvio sobre todas las criaturas […]. Caía del cielo brea ardiente, la cara de la tierra se oscureció, la negra lluvia caía

noche y día, y en el cielo había un ruido como de fuego que arreciase. Los hombres corrían de aquí para allá, chocando entre ellos, trepaban a los tejados de las casas, pero las casas se derrumbaban bajo ellos; trepaban a los árboles, pero los árboles se los sacudían de encima; se escondían en las cuevas, pero las cuevas los aplastaban. El agua y el fuego lo exterminaban todo».

En el Génesis solo está el Diluvio; aquí, como en Platón, el incendio y el Diluvio juntos; lo que, naturalmente, concuerda más con la memoria de la tierra, la geología.

# 4

# Atlántida: datos geológicos y oceanográficos

La Atlántida existió, dicen geólogos y mineralogistas. Y estas son las pruebas.

Las islas que ocupan aquí y allá su supuesta colocación entre África y América son islas volcánicas, y en esa zona del planeta se han producido varias veces erupciones con manifestaciones sísmicas. En efecto, en el Atlántico septentrional, arriba de todo, hacia las tierras árticas, tenemos los volcanes de Bird Island y de Jan Mayen, directamente relacionados con los de Islandia, la tierra por excelencia de las manifestaciones plutonianas. Los volcanes de esta isla, donde todavía abundan los géiseres, forman siete grupos importantes, el más conocido de los cuales es el de Hecla. La erupción de 1845 es famosa en los anales modernos. Duró siete meses, durante los cuales las cenizas que vomitó el volcán llegaron hasta Europa. Y, sin embargo, esta manifestación no fue nada comparada con la de 1783: aquel año las lavas salieron por una grieta gigante de 20 km de longitud y sembrada de más de quinientos cráteres de todas las dimensiones. El valle entero de Skapta quedó sepultado por el derramamiento de lava, que alcanzó nada menos que 27 $km^3$. Desde el paralelo 50 llegamos a la meseta submarina de las Azores, cuya parte media hace asomar por encima del agua nueve islas volcánicas. Al contemplar sus cinco volcanes con sus laderas cubiertas de vegetación, se diría que están extinguidos para siempre y, sin embargo, en los tiempos pasados y aún en los históricos, han tenido más de un despertar funesto. En estos parajes el fondo submarino es de una terrible inestabilidad: ¡cuántas veces los navegantes han visto islotes que desaparecían apenas surgidos!

En junio de 1867, la isla de Terceira sufrió un terremoto que destruyó el pueblo de Saneta, mientras surgía un cono volcánico mar adentro, para desaparecer poco después. Descendiendo hasta los 30 grados de latitud norte, encontramos las islas Canarias en el cruce de la gran fractura atlántica con la depresión mediterránea. El vulcanismo surgió en las primeras edades de la Tierra y, aunque parece que sus manifestaciones se escalonan con grandes intervalos, la actividad interna solo está dormida. Pudo comprobarse en noviembre de 1909,

cuando el pico del Teide (Tenerife) entró en erupción tras un reposo de ciento once años, seguramente como respuesta a los grandes terremotos de Mesina y Provenza. Una antigua tradición sitúa al oeste de las Canarias otra isla más pequeña llamada de San Brandán, cuyas orillas habrían sido visibles desde la isla de La Palma. Se cuenta que un obispo habría llevado allí a una colonia de cristianos en la época de la invasión de los árabes en España. Luego, la isla habría desaparecido. No dejaremos estos parajes sin echar una ojeada sobre Madeira y sus grupos de islotes eruptivos. Más al sur, por debajo del paralelo 20, están las islas de Cabo Verde, diez en total y todas volcánicas. El cráter de la isla de Fuego no está apagado. Sigamos la costa africana: al fondo del golfo de Guinea hay todo un rosario volcánico en los montes de Camerún y Mongoma-loba, la caldera volcánica de la isla de Fernando Poo, que continúa en Santo Tomé y Annob'on. Más abajo, aparecen las rocas basálticas de las islas de Ascensión y Santa Elena, la isla que hizo famosa Napoleón.

A 40 grados de latitud sur, los tres islotes de Tristán de Acuña, y los de Diego Álvarez y de Gough señalan el extremo de la cadena volcánica Atlántica que, tras algunos resaltes más o menos bruscos, va a reunirse con la del Pacífico a través de las islas Sandwich del sur, las Orcadas, las Shetland, bordeando fosas de 5.000 m de profundidad.

La conclusión es clara: la gran vertiente que rodea por el este la arruga atlántica es una línea de fractura del globo terrestre de la misma calidad que el círculo de Fuego del Pacífico; a lo largo de la pendiente que mira a nuestras costas son frecuentes los temblores de tierra, y la actividad interna, siempre latente, dista mucho de haber pronunciado su última palabra.

Si consideramos ahora la parte que nos interesa más especialmente, es decir, la que mira a Portugal y a Marruecos, las Azores constituyen picos de cordilleras montañosas sumergidas. ¿Se trataba de zonas antes en la superficie, engullidas por el océano por un deslizamiento del suelo a raíz de un terremoto más violento que los demás? Habría que demostrar, en este caso, que tal deslizamiento se había producido. Ahora bien, a finales del siglo pasado, con motivo del tendido de un cable submarino, en un dragado practicado a un centenar de kilómetros al norte de las Azores, se repescaron algunos fragmentos agudos y angulosos de rocas basálticas. Esta calidad de roca, afirma el profesor Termier, que los examinó, no puede solidificarse de aquel modo bajo el agua y solo ha podido

hacerlo al aire libre. Por otra parte, la calidad rugosa de fractura neta de los fragmentos demuestra que ni la erosión atmosférica ni la marina pueden haber tenido una larga acción sobre ellos. Pero demos la palabra al profesor P. Termier:

> En el verano de 1898, un barco trabajaba en el tendido del cable telegráfico submarino que une Brest con el cabo Cod. El cable se había roto y los marinos intentaban repescarlo por medio de garfios. El hecho ocurría a 47 grados de latitud norte y 29 40’ de longitud al oeste del meridiano de París, o sea, a unas 500 millas al norte de las Azores. La profundidad media era de 1.700 brazas, es decir, 3.100 metros. La pesca del cable se presentaba muy dificultosa y hubo que pasear los garfios por el fondo del mar durante muchos días. He aquí lo que se observó: el fondo del mar ofrecía en aquellos parajes todas las características de un país montañoso con cimas elevadas, pendientes pronunciadas y valles profundos. Los picos eran rocosos y no había fango más que en lo profundo de los valles. Al recorrer aquel terreno tan accidentado, los garfios se enganchaban constantemente en las rocas puntiagudas y de aristas vivas: casi siempre volvían a la superficie rotos y torcidos y los trozos de cable presentaban largas y profundas estrías. En varias ocasiones venían entre las púas de los garfios pequeñas esquirlas minerales con superficies que brillaban como si se hubieran roto recientemente. Todas estas esquirlas pertenecían al mismo género de rocas. La opinión unánime de los ingenieros que asistían al dragado fue que las esquirlas pertenecieron a una roca desnuda y habían sido arrancadas de un afloramiento acerado y anguloso. Además, en aquella región era precisamente donde los sondeos habían acusado las más altas cumbres submarinas y la casi total ausencia de capas de légamo. Las esquirlas eran de una lava vidriosa de la misma composición química que las rocas basálticas y conocida por los mineralogistas por el nombre de *taquilita*. En el museo de la escuela de Minas de París se conservan algunos de estos preciosos fragmentos. La Academia de Ciencias tuvo conocimiento oficial del hecho en 1899. Hasta ahora pocos son los geólogos que han comprendido su inmensa importancia. Esa lava, completamente vítrea, semejante a algunos vidrios basálticos de los volcanes de las islas Sandwich, no ha podido consolidarse en ese estado más que bajo la influencia de la presión atmosférica. Sometida a una presión de varias atmósferas, y más aún, bajo 3.000 m de agua, se hubiera cristalizado indudablemente. Se nos presenta formada de cristales enmarañados en vez de ser de una materia coloidal. Los estudios recientes disipan hasta la última duda; por ahora citaré solamente las observaciones realizadas por Lacroix en las lavas del monte Pelado, en Martinica: cuando se fijan al aire libre, estas lavas afectan la estructura vítrea, mientras que si se enfrían bajo una capa, por pequeña que sea, de rocas solidificadas anteriormente, se llenan de cristales. Por consiguiente, el terreno que hoy constituye el fondo del Atlántico a 900 km al norte de las Azores fue cubierto por torrentes de lava cuando sobresalía aún de las aguas. Hay que admitir, pues, que estos terrenos se han desfondado, se han hundido a 3.000 m, y como la superficie de las rocas ha conservado la configuración accidentada, las asperezas rudas, las aristas vivas de oleadas más recientes de materias volcánicas, forzoso es reconocer que el hundimiento ha seguido muy de cerca a la salida de la lava, y que este hundimiento ha sido brusco. En caso contrario, la erosión atmosférica habría nivelado las desigualdades achatando toda la superficie. Prosigamos el razonamiento: estamos sobre la línea que une Irlanda con las Azores, en plena zona volcánica atlántica, en plena zona de movilidad, de inestabilidad y de plutonismo actuales. Consecuencia lógica: ha habido una región al norte de las Azores que comprendía probablemente a estas (las cuales, en este caso, no serían más que ruinas visibles) y que se ha hundido recientemente, acaso en esta época que los geólogos llaman actual y que para nosotros, los que hoy vivimos, es algo parecido al ayer. [Conferencia de P. Termier en el Instituto Oceanográfico de París, el 30 de mayo de 1912.]

Resumiendo, la estructura cristalina de esta lava repescada a 500 millas al norte de las Azores, a una profundidad de 3.100 m, mostraba que se había enfriado en condiciones atmosféricas. El volcán que eructó aquella lava debía estar muy por encima de la superficie del océano en el momento de la erupción, porque el enfriamiento se había producido sobre la tierra. Además, los geólogos afirman que la lava, expuesta al agua marina, se desintegra de forma apreciable en unos quince mil años. La lava encontrada en el océano todavía no estaba descompuesta: lo que indicaba que la erupción debió de producirse hace menos de quince mil años, ¡en condiciones subaéreas!

Todo lleva a pensar que en esta zona ahora sumergida a 3.000 m bajo el agua se haya producido un hundimiento del suelo; hundimiento muy rápido y reciente. Habría que concluir, pues, que precisamente en el lugar indicado en *Timeo*, en una época relativamente reciente, hacia finales del Cuaternario, una vasta región continental (o formada por grandes islas) se hundió al oeste del estrecho de Gibraltar y los vestigios de este cataclismo todavía permanecen visibles para el geólogo. Profundas fosas longitudinales marcan todavía las dos orillas este y oeste del océano Atlántico, como si en ambas partes se hubieran producido formidables hundimientos. De las islas Gough hasta el islote de Jan Mayen, una serie de volcanes, hermanos de los engullidos en la época del cataclismo, indican todavía, en sentido de la longitud de África, el flanco oriental de la fosa oceánica.

Durante el siglo pasado los sondeos en profundidad efectuados en el Atlántico revelaron la existencia de una gran cadena montañosa que, empezando cerca de las costas de Irlanda, se dirige hacia el sur, abraza las Azores y atraviesa el océano en dirección sureste hasta alcanzar las costas de América meridional, cerca del río Amazonas. El nivel medio de esta gran cadena es unos 2.700 m más alto que el fondo del océano. Estos sondeos también han revelado que hay vestigios de erupciones volcánicas a grandísima escala. A unas 150 millas del estrecho de Gibraltar, donde Platón indicaba la antigua posición de la Atlántida, se observó que el nivel del fondo se elevaba en el curso de pocos kilómetros de 4.900 a 2.900 m.

Aquel gran movimiento telúrico se produjo en el lecho del océano y todavía continúa, y nadie puede ponerlo en duda. En agosto de 1923 se envió un barco en busca de un cable perdido, que se había colocado hacía veinticinco años. Los sondeos efectuados en el lugar exacto revelaron que en aquel breve período el fondo del océano ¡se había elevado casi 4.000 m!

A partir de estos hechos parece más que justificada la hipótesis de que en el pasado hubieran existido vastos territorios en el Atlántico. Que luego estos territorios se abismaron poco a poco en el océano, a raíz de actividades volcánicas, y dejaron aquí y allá algunos restos de lo que antes era un todo único es una opinión compartida por eminentes científicos. Además, consideran que en tiempos relativamente recientes gran parte de estos territorios se encontraban todavía sobre el nivel del mar y formaban una cadena de archipiélagos como la descrita por Platón.

Más aún, *Critias* contiene una descripción geológica de la Atlántida que se corresponde exactamente con la estructura actual del suelo de los archipiélagos del océano Atlántico: «Un zócalo de rocas antiguas que soporta, con restos de caliza de color blanco, algunas montañas volcánicas apagadas y coladas de lavas negras y rojas enfriadas desde hace mucho tiempo», observa Albert Rivaud. Y eso no es todo. Significativa y precisamente son «piedras de tres colores (blanco, negro y rojo) las utilizadas en la construcción de las casas en la capital de los atlantes, como refiere Platón. Las púas de los garfios también levantan del fondo del océano la cal blanca, la lava negra y roja, como las piedras tricolores de las casas atlánticas», observa Merejkowski. ¿Coincidencias?

Ya hemos visto que los análisis microscópicos de las lavas de la Martinica muestran una diferencia esencial entre la estructura cristalina de la lava que se enfría lentamente al aire y la que se solidifica de repente en el agua. También sabemos que tras un determinado período de tiempo —unos quince mil años— los cristales lávicos, sometidos a la acción del agua marina, se disgregan. La taquilita pescada cerca de las Azores todavía no se ha disgregado y, por tanto, procede de una lava que se enfrió hace menos de quince mil años, lo que coincide con el final de la Atlántida, según el cómputo de Platón: 9600 a. C., concluye Merejkowski.

La deducción es inevitable: la tierra firme que se encontraba inicialmente en la superficie, al norte de las Azores (y que quizá comprendiese también estas islas), fue engullida por el mar en una época relativamente tan reciente que, de hecho, geológicamente, es la contemporánea.

Hace unos cuarenta años surgió otra teoría sobre la ubicación de la Atlántida, cuando se descubrieron protuberancias emergentes del fondo de los océanos: grandes bancos sumergidos que tal vez se separaron de los continentes formando mesetas sumergidas. La mayoría de estas mesetas están localizadas a lo largo de las costas australianas y de Nueva Zelanda, pero la más conocida de todas se

encuentra en el océano Atlántico. Se trata del banco de Galicia, de considerable extensión y de cima plana, situado a 750 m de profundidad a lo largo de la península ibérica. Su localización hizo surgir la hipótesis de que finalmente la ciencia moderna hubiera descubierto el mítico continente perdido de Atlántida.

El barco oceanográfico *Discovery II* exploró el banco en 1958 y efectuó numerosas fotografías, pero sin descubrir nada interesante desde un punto de vista científico. No se hallaron construcciones en piedra, ni objetos manufacturados, ni se encontraron señales de la presencia humana.

La existencia de la isla-continente de Atlántida en el presunto banco de Galicia no pudo demostrarse.

Pero la mayor aportación al estudio geológico y oceanográfico del problema de la Atlántida llegaría en la segunda posguerra de la mano de los rusos. En 1962 una famosa geóloga rusa, la doctora María Klenova, refirió a la Academia de las Ciencias de la Unión Soviética que se habían dragado una cierta cantidad de rocas a una profundidad de 2.000 m, 60 millas al norte de las Azores, y las rocas mostraban haber estado expuestas a la atmósfera quince mil años antes de nuestra era. El dato confirmaba básicamente el aflorado a raíz del dragado de un fragmento de taquilita durante la recuperación del cable telefónico Europa-América que se había roto en la zona de la «meseta del Telégrafo» en 1898. El área de las Azores que linda con la misma zona proporciona otros datos: allí se encuentra una zona de bajos fondos de laderas en picado sobre el mar, con riscos y grietas todavía intactos, sin ningún signo de que un tiempo hubiese estado cubierto de tierra. Si esta parte se hubiera encontrado alguna vez bajo el nivel del mar, el agua salada habría erosionado la lava y habría redondeado todos los perfiles cortantes. A esto se habrían añadido la abrasión, la erosión y el efecto rompiente. Todo lo cual constituye otra prueba del repentino hundimiento de esta porción de tierra, de la que hoy son visibles las islas Azores, en su momento las cimas más altas.

Como observa el mayor experto ruso en el tema de la Atlántida, Nikolai F. Jirov,[1] la mayoría de los estudiosos de todas las épocas y de todos los países siempre han considerado con incredulidad la leyenda referida por Platón. En efecto, la descripción demasiado detallada de la capital de la Atlántida, de sus dimensiones, de las murallas recubiertas de estaño, cobre y plata, de la flota de guerra y de sus embarcaciones extraordinariamente parecidas a las griegas, difícilmente puede ser aceptada como verdadera. Por otra parte, no hay que olvidar que Platón era un hombre de su época y de su pueblo, y que todo era

percibido y reelaborado por él a través del prisma del helenismo. No podía representar los templos de la Atlántida distintos de los griegos, ni tampoco los barcos.

Partiendo del principio de que cualquier narración históricogeográfico-literaria puede contener un grano de realidad, puede llegarse a la conclusión de que el recuerdo de la Atlántida es verosímil. Pero hay dos hechos que lo contradicen. El primero es que en el océano Atlántico no ha habido tierra firme desde que el hombre existe. El segundo es que, en la época de la desaparición de la Atlántida, en ningún lugar del globo terrestre había una civilización tan avanzada, capaz de trabajar los metales, construir ciudades, etc. Ni la historia ni la arqueología conocen la existencia de una civilización semejante hace doce milenios, aunque hoy se conozcan centros habitados de tipo ciudadano (Palestina) que se remontan al período entre el VII y el VIII milenio antes de nuestra era, recuerda Jirov.

Sin embargo, un detenido análisis crítico de la Atlántida de Platón revela que sus habitantes todavía se encontraban en un estadio típico del período de transformación entre el Neolítico y la Edad de los Metales, es decir, en el Calcolítico. Dicho estadio se caracteriza por el conocimiento de los metales en estado natural, que se trabajan en frío. Recordaremos que la torbernita más antigua, fechada con precisión gracias al método del radiocarbono, es decir, el Oconto encontrado en Estados Unidos, se remonta al siglo VIII a. C. La civilización de la Atlántida de Platón se halla más próxima a la cultura de los aztecas y de los mayas de América central y al llamado Egipto predinástico (siglo V a. C.). Pero incluso así, para aceptar la visión de Platón hay que reconocer que por la razón que sea la civilización de la Atlántida se había desarrollado más deprisa que en otros lugares. Dicha suposición no es inverosímil, aunque parece más real que Platón, utilizando fuentes desconocidas para nosotros (como consideran varios estudiosos), haya descrito la cultura tardía de la Atlántida, que tal vez podría remontarse a los siglos V-VII a. C. De hecho, desconocemos cuándo se hundieron definitivamente en el océano los últimos restos del misterioso continente. Según el conocido biogeógrafo sueco René Malaise podría haber ocurrido en el siglo XII a. C., subraya Jirov.

La cuestión del tipo de cultura de la Atlántida es puramente especulativa y, quizá, secundaria. Solo podrá tener una respuesta segura cuando se hayan descubierto los restos de esta civilización. Ninguna investigación histórica, étnica, filológica o de otro tipo ha dado ni podrá dar una solución positiva o

negativa al problema. En primer lugar, hay que demostrar la realidad de la Atlántida como objeto geológico-geográfico. Solo averiguando la historia geológica del océano Atlántico, especialmente del período Glacial y Posglacial, junto a investigaciones oceanográficas en el Atlántico septentrional, se podrá desvelar realmente este secular misterio. Si la geología y la oceanología responden definitiva y categóricamente que no, el problema de la Atlántida dejará de existir y habrá que considerarlo como perteneciente al campo de la pura fantasía. Pero, como veremos, la ciencia dispone ya de muchos datos a favor de la existencia de la Atlántida, señala Jirov.

Entre los geólogos y los oceanógrafos existen dos escuelas, con posturas diametralmente opuestas respecto a la naturaleza y al origen de los océanos. Hoy, en el presunto lugar de la Atlántida se halla el océano con varios kilómetros de profundidad. Si la Atlántida hubiera estado allí, en una época geológica no remota, una cierta parte del océano habría estado ocupada por tierra firme, lo que contrasta con el carácter permanente de los océanos sostenido por los estudiosos americanos en sus diversas variantes, incluida la hipótesis de la expansión de la Tierra. Según esta hipótesis los océanos existirían desde siempre en los mismos lugares y casi con las mismas dimensiones de hoy. Está claro que en este caso no se puede hablar de la existencia de la Atlántida. Muchos estudiosos rusos consideran, en cambio, que donde hoy se encuentran los océanos podría haber habido en el pasado importantes macizos de tierra firme posteriormente sumergidos. Y desde este punto de vista la existencia de la Atlántida es plenamente posible. El más joven de todos los océanos parecería ser el Atlántico, que ha sido teatro de una impetuosa actividad geológica y volcánica. Ahora bien, suponiendo que la Atlántida se encontrara en el océano Atlántico, ¿dónde estaba exactamente? Muchos, entre ellos Nicolai F. Jirov y E. F. Khaghemeister, han avanzado la hipótesis de que podría estar unida de alguna forma a la meseta submarina sobre la que hoy se encuentran las islas Azores. Los datos de las investigaciones oceanográficas de la última década presentan efectivamente muchas similitudes entre la topografía de estos lugares y la Atlántida descrita por Platón.

Según las indicaciones de Platón, la Atlántida era un país montañoso. Por consiguiente, en el océano Atlántico debería haber una vasta región montañosa sumergida en el agua. Y, efectivamente, las expediciones oceanográficas de los siglos XIX y XX establecieron con certeza la existencia de un gigantesco sistema montañoso que se extiende desde un círculo polar al otro, pasando casi por el

centro del Atlántico. Dicho sistema tiene una solución de continuidad cerca del Ecuador, por lo que se puede hablar de dos cadenas: la del Atlántico norte en el hemisferio septentrional y la del Atlántico sur en el meridional. Jirov relaciona la existencia de la Atlántida de Platón con la primera cadena.

El sistema del Atlántico sur está compuesto por dos cadenas montañosas paralelas, separadas por una estrecha y profundísima llanura. Con esta llanura se puede relacionar la indicación de Platón sobre la existencia, en el reino principal de la Atlántida, de un grandioso canal de irrigación que discurría por la periferia de la meseta en la que se encontraba el reino, rodeado al norte, oeste y sur por poderosas cadenas montañosas. Dicho canal era absolutamente indispensable ya sea como instalación de mejora, ya sea para regular la evacuación de las aguas que se acumulaban en la llanura central. Jirov señala que la cadena del Atlántico norte tiene una altura media de 4.000 m. Sus laderas orientales y occidentales presentan una serie de escalones en terraza recubiertos por una gruesa capa de sedimentos, señal de que el hundimiento de la Atlántida habría sido gradual, por fases, y que en un primer momento la inmersión no habría sido muy profunda. Algo parecido dice Platón cuando precisa que tras el hundimiento de la Atlántida el mar se había quedado impracticable a causa de la gran cantidad de fango y cieno.

En la segunda posguerra las expediciones oceanográficas recogieron materiales que demuestran que el final de la glaciación en Europa y América septentrional fue provocado por el hundimiento de la cadena montañosa, es decir, por la desaparición de la Atlántida. Esta idea fue avanzada casi al mismo tiempo y autónomamente por los estudiosos rusos Vladimir Obruciov y Ekaterina Khaghemeister y por el atlantólogo sueco René Malaise. Estos estudiosos relacionaron la causa del inicio y del final del último período glacial con la dirección de la corriente del Golfo y con la Atlántida. Cuando todavía existía, según ellos, la masa continental de la Atlántida (sobre la base de la cadena del Atlántico norte y de la meseta, o plataforma, de las Azores), esta impedía que las aguas calientes llegaran a las costas de Europa. Cuando se hundió, la corriente del Golfo se abrió camino hasta Europa y llevó con ella el calor que poco a poco fundiría los hielos. Las prospecciones del hidrólogo ruso Yermolayev revelan que el régimen actual de las aguas del Ártico se estableció hace unos doce mil años. Esta fecha es también la del final del período glacial en

Europa y en América septentrional, lo que ha sido confirmado por numerosas investigaciones efectuadas con el método isotópico de la cronología absoluta, señala Jirov.

En cualquier caso, exista o no una dependencia directa entre la existencia de los territorios de la Atlántida y la pasada glaciación, no deja de ser sintomático que las islas de la Atlántida habrían existido mientras duraba la glaciación, y habrían desaparecido con el cese de esta.

¿Por qué?

Tal vez nos proporcione la respuesta la propia naturaleza del fenómeno de la glaciación, sugiere el químico italiano Silvio Valeri, según el cual el inicio del fenómeno determinó la ruptura del equilibrio de la humedad en la atmósfera, lo que cambió sensiblemente, durante un período de unos ochenta mil años, la relación entre el vapor perdido anualmente por los océanos y el agua que retornaba a ellos.

Las bajas temperaturas del período glacial retenían en efecto, año tras año, una conspicua parte de agua bajo forma de hielo en los territorios continentales, lo que creó —a lo largo de milenios— un extensísimo, impresionante sistema montañoso formado por una inmensa masa de agua helada, de entre 2.000 y 3.000 m de altura. Este inmenso conglomerado de agua solidificada se extendía y gravitaba con todo su peso sobre los territorios de Europa y de América septentrional, recuerda Valeri.

Paralelamente, con el tiempo, la forzada retención de esta agua sobre los continentes provocó un gradual descenso del nivel de los mares, que, al final, según las estimaciones avanzadas por los expertos, alcanzó el valor aproximado de 140 m por debajo del nivel inicial. A esta enorme disminución de peso de la masa de agua en el océano Atlántico se añadió la acción simultánea de los inmensos conglomerados de hielo que presionaban sobre las masas continentales circundantes de Europa, de América y de Groenlandia.

Bajo la acción continua de la inmensa presión ejercida por la acumulación de hielos, las plataformas continentales descendieron gradualmente y el fondo oceánico a su vez fue obligado a elevarse en la zona de convergencia de las fuerzas resultantes.

Las partes más altas alcanzaron el nivel del mar y formaron, en la zona mesoatlántica, un extenso archipiélago, del que la Atlántida representaba la isla más grande, sugiere Valeri:

> El hecho de que los territorios de la Atlántida hayan representado una realidad geográfica vinculada al equilibrio isostático existente, durante el último período glacial, entre las masas continentales de Europa, de América y de Groenlandia por una parte y el área de la cuenca del Atlántico por otra, puede ser confirmado por la particular conformación actual del fondo del propio Atlántico, que presenta —a lo largo de toda su parte media— una dorsal que se extiende durante miles de kilómetros de norte a sur, un verdadero relieve submarino que actúa como un balancín, un contrapeso surgido para equilibrar a través de su movilidad las diferentes fuerzas de presión ejercidas por las masas continentales y por la cuenca oceánica sobre la capa fluida inferior; y fue precisamente el alzamiento de esta dorsal el que hizo aflorar los infortunados territorios de la Atlántida, cuyos últimos restos pueden reconocerse en los cuerpos insulares de las Azores y de las islas Canarias, que en aquellos tiempos constituían las partes más altas de todo el archipiélago.

Está claro que si la Atlántida representaba una realidad geológica vinculada al particular equilibrio isostático derivado de las modificadas condiciones generadas por el período glacial, su existencia debía necesariamente desaparecer con el cese de la propia glaciación. Por lo tanto, concluye Silvio Valeri:

> La desaparición de las enormes masas de hielo acumuladas sobre los territorios de Europa y de América septentrional provocó, como consecuencia directa, el hundimiento de las islas de la Atlántida por la ruptura del equilibrio tectónico existente entre la zona oceánica atlántica y las dos masas continentales de Europa y de América, ambas sujetas, durante el último período glacial, a las enormes presiones ejercidas por el peso de la inmensa acumulación de hielo que se había depositado sobre los dos continentes durante aproximadamente setenta mil años, un inmenso conglomerado cuya altura oscilaba entre los 2.000 y los 3.000 metros: un verdadero e impresionante sistema montañoso que se extendía desde el polo Ártico a lo largo de miles de kilómetros en dirección sur hasta latitudes que rondaban los valores medios de 50 grados.

Existen otras pruebas a favor del nexo entre el final del período glacial y los movimientos tectónicos en la región del Atlántico septentrional. Ya en 1912 el geólogo francés Pierre Termier había expresado la opinión de que un fragmento de lava vitriforme de taquilita, hallado en el fondo del océano al norte de las Azores, solo habría podido solidificarse en condiciones subaéreas. El biogeógrafo sueco René Malaise y el geólogo francés J. Boucart observaron que dos muestras de terreno extraídas del fondo del océano al oeste y al este de la cadena del Atlántico norte tenían orígenes distintos. Mientras la muestra de la vertiente occidental estaba constituida por lodo oceánico, la de la vertiente oriental reveló ser de origen glacial, evidentemente transportada por los icebergs. Por consiguiente, en el período de expansión de los hielos la cadena emergía del agua y marcaba el límite entre la corriente caliente del Golfo, que desde el sur ascendía a lo largo de las laderas occidentales, y la corriente oriental que discurría a lo largo de las costas de la Atlántida, fría y portadora de icebergs. En la cima de uno de los montes submarinos, llamado *Atlantis* en honor del

homónimo buque oceanográfico americano, se pescó una tonelada de extraños discos calcáreos con una draga. Su diámetro es de unos 15 cm, el grueso de unos 4 cm. Por una cara son bastante lisos, por la otra rugosos y con una depresión en el centro, como si fueran platos. El extraño aspecto de estos discos, en efecto, sugiere un origen artificial más que natural. Ahora bien, nos recuerda Jirov, los análisis con radiocarbono han puesto de manifiesto que hace doce mil años los discos se hallaban en condiciones subaéreas. Por consiguiente, la montaña submarina Atlantis en aquella época era una isla.

En cualquier caso, la tradición nos habla de «Siete Islas» (¿las Canarias?) situadas en el «mar Occidental», y de «otras tres grandes» (Marcelo), que como tales no pueden referirse ciertamente a las muy pequeñas de las Azores, Cabo Verde y Madeira. Y, según Jirov, la Atlántida, en efecto, debía de componerse geológicamente de tres partes principales: la isla septentrional de Poseidón, la mayor, sobre la base del altiplano de las Azores; la estrecha isla central de Antilia, situada más al sur, y el archipiélago ecuatorial, que llegaba casi al ecuador, en la región de las actuales rocas de San Pablo. Algunos hechos indican que también la parte meridional de la dorsal Atlántica hasta no hace mucho tiempo era subaérea. La expedición oceanográfica sueca del Albatros realizó prospecciones en una elevación submarina entre la cadena del Atlántico norte y Sierra Leona. Dicha elevación es un contrafuerte de la cadena. Como veremos más adelante, en una muestra de terreno extraída del fondo del océano se encontraron diatomeas, que son algas de agua dulce, en estado puro, no mezcladas con otras especies marinas. Malaise considera razonablemente que las algas proceden de lo que en otros tiempos era un lago de agua dulce, ahora hundido más de 3 km.

Tal vez, el navegante cartaginés Hannón (siglo VI a. C.) fue testigo de los últimos restos de la Atlántida del sur, ya que, según cuenta, sus barcos se debatieron no menos de una semana cerca de las orillas de un país que yacía al oeste de África, más al sur de Senegal, y del que ríos de fuego descendían al mar. Teniendo en cuenta la velocidad de las antiguas embarcaciones, Hannón y sus compañeros se debatieron entre los ríos de fuego ¡a no menos de 1.000 km de distancia!

> Por tanto, no se trataba solo de la erupción de un volcán, sino de un verdadero cataclismo de vasta extensión y alcance,

observa Jirov. Y subraya:

> Hemos comparado más de cincuenta fechas cronológicas, astronómicas, climáticas, geológicas e histórico-culturales, a fin de establecer un nexo entre ellas y la supuesta desaparición de la Atlántida. Esto ha permitido establecer la fecha de la catástrofe con la mayor aproximación posible. A nuestro parecer, entre los siglos XII y VIII a. C. en la historia del Atlántico septentrional y de los pueblos costeros acaecieron hechos de importancia excepcional. Fueron provocados por un grandioso cataclismo volcánico y geológico, y encontraron un eco en la memoria de la humanidad. Se puede suponer que todos estos hechos estén en relación con la desaparición de la Atlántida. De momento la fecha de la desaparición de la Atlántida puede establecerse aproximadamente hacia 9.500 años a. C., lo que coincide con la fecha tradicional de la leyenda de Platón sobre la guerra entre los habitantes de la Atlántida y los antepasados de los atenienses. También hay razones para creer que el propio hundimiento de la Atlántida se produjera en dos etapas. La primera, probablemente, ocurrió entre el 13000 y el 10000 a. C.; la segunda, mucho más importante, entre el 9000 y el 8000 a. C. Pero incluso después siguieron siendo visibles pequeños restos de tierra firme sobre el lugar del antiguo continente (Poseidón).

Y ahora, unas palabras sobre las causas de la desaparición de la Atlántida. ¿Su final era inevitable o se trató solamente de una «casualidad geológica»? Jirov cree que la Atlántida, en cualquier caso, estaba destinada a desaparecer debido a las propiedades específicas de sus rocas. Estudios especializados sobre la cadena del Atlántico norte, realizados midiendo la velocidad del paso de las olas en caso de terremotos o explosiones artificiales, han revelado que la base de la cadena y sus profundas «raíces» se componen muy probablemente de basalto, que presenta tres peculiaridades curiosas. En primer lugar, el basalto sólido es más denso que el líquido y, por tanto, se hunde en él. En segundo lugar, si el basalto se somete a una presión elevada, su punto de fusión desciende y se transforma en eclogita, que es un mineral más denso. En tercer lugar, un componente del basalto, el olivino, al sufrir la acción del agua y perder calor, se transforma en serpentina, un mineral menos denso. Todas estas peculiaridades hacen que las construcciones de basalto en las proximidades del océano, en los primeros estadios de su existencia, puedan elevarse sobre el nivel del mar. A partir de ahí, en la medida en que se funde la base basáltica de la construcción, esta empieza a descender hasta desaparecer bajo las olas del océano.

Geológicamente, la Atlántida fue un continente tardío, compuesto principalmente de basalto. En esto se distinguía de otros continentes, cuyos estratos superiores se componían de granito. El granito generalmente se deriva de una transformación de las antiguas rocas sedimentarias bajo la acción del calor interno de la Tierra y de la presión a grandes profundidades. Por eso existe en cantidades limitadas, y en los estadios más tardíos de la historia geológica de

la Tierra ha sido progresivamente sustituido por el basalto, que constituye la masa principal de los estratos más profundos del globo terrestre. Como puso de manifiesto el estudioso Belousov, si en el pasado remoto de la Tierra prevalecieron los procesos de granitización, en los estadios más tardíos predominó la basaltización. Se ha comprobado, dice Belousov, el «diluvio de basalto». El proceso de basaltización va acompañado del asalto de los océanos a la tierra firme, de la oceanización y de la formación de construcciones y continentes basálticos, geológicamente de no muy larga duración. La Atlántida fue justamente uno de estos continentes basálticos. Actualmente se ha comprobado que el nacimiento de la cadena del Atlántico norte no se remonta a más de diez millones de años. Recordemos que la historia geológica de la Tierra no tiene menos de cinco mil millones de años.

Por tanto, en la desaparición de la Atlántida no hay nada fantástico. «Para explicarla no haría falta recurrir, como han hecho algunos, a la no infundada suposición de que el continente habría sido destruido a raíz de alguna catástrofe cósmica: el choque con un cometa o más probablemente con algún asteroide», observa Jirov. Ciertamente, los cálculos indican que tras un choque con un asteroide, incluso de dimensiones relativamente limitadas, se desarrollaría una temperatura tan elevada y la potencia de la explosión sería tan grande que en la Tierra quedarían destruidas con toda seguridad muchas formas de vida. Lo que no parece haber ocurrido con frecuencia en nuestro planeta, observa Jirov. Pero de esto hablaremos más adelante.

En todo caso, recapitulando, muchos estudiosos rusos opinan que la Atlántida de Platón existió realmente, y que la leyenda no está en contradicción con los datos de la ciencia moderna. El problema de la Atlántida empieza pues a salir del terreno de los misterios para recibir una solución positiva. Pero los datos de que disponemos son todavía insuficientes para vencer plenamente a un escepticismo secular. «Para convencer definitivamente a los escépticos harán falta todavía, sin duda, muchas pruebas», subrayaba N. Jirov en los años sesenta.

Llegamos así a 1968, cuando una noticia procedente de las islas Bahamas dio la vuelta al mundo. El naturalista americano Manson Valentine descubrió que «bajo algunos metros de agua a la altura de la isla de North Bimini afloraban grandes piedras planas y alineadas, una especie de pavimentación misteriosa que constituye un verdadero enigma arqueológico». North y South Bimini, separadas por un estrecho pasaje, Entrance Point, se encuentran en el extremo noroccidental de la larga guirnalda de islas que, junto a las Bahamas y a las

Pequeñas y Grandes Antillas, separan el Atlántico del golfo de México y del mar Caribe. Una estrecha entrada, los bajos fondos, el acceso a otras muchas islas y después a un grande, verdadero continente… Había más que suficiente para volver a despertar todo el interés en torno a la Atlántida. Y, en efecto, en 1970 ya había una expedición científica in situ que llegó un poco demasiado deprisa a la conclusión de que, seguramente, aquellas grandes piedras planas eran fragmentos naturales de un estrato calcáreo igualmente natural, y que el cemento de algunas pilastras que se habían encontrado en el mismo lugar era del siglo pasado. Estas últimas «columnas» se encuentran en aguas poco profundas frente a una playa blanca, a unas dos millas de la zona del «muro». En el fondo arenoso y rocoso de roca, formada de arena compactada, se abren numerosas bocas circulares y en cada una de ellas hay dos o tres troncos de columna, acanalados, como de mármol corroído por la acción del mar y de la arena, manchado de incrustaciones de esponjas y de algas. Y, junto a las columnas, algunas largas placas de mármol, también acanaladas.

En *Nature*, la prestigiosa revista científica británica, hace ya algunos años W. Harrison había explicado a su manera el misterio de las columnas y los mármoles: las primeras eran molduras de cemento transportadas en barriles de madera caídos o arrojados al mar por un barco de carga en apuros; lentamente, a medida que el agua penetraba en los barriles, el cemento se había solidificado, reteniendo en la superficie las señales de las duelas y de los barriles que lo contenían; con los años la madera se había disuelto, y habían quedado las columnas clasicizantes, similares al mármol por la mezcla con la arena del fondo. Y los mármoles también habrían caído al agua desde algún carguero con problemas.

¿Bimini, pues, fue solo una nueva gran ilusión? Sobre la controvertida cuestión, en realidad, todavía no se ha dicho la última palabra, como veremos detalladamente más adelante. Al contrario. Pero volvamos a las Azores. Allí un grupo de técnicos de la Universidad de Halifax, que dirigía una investigación sobre la energía geotérmica, al efectuar entre 1973-1974 una serie de perforaciones bajo el nivel del mar, constató que los primeros 700 m de material perforado se habían formado sobre el nivel marino; lo que demuestra una vez más que alrededor de las islas Azores en el pasado hubo grandes porciones de tierra fuera del agua. De hecho, en torno a las Azores se encuentran grandes bancos de arena sobre mesetas submarinas, lo que sugiere que grandes partes del

Atlántico occidental debieron de estar en la superficie, porque la arena no se forma en el fondo del océano, sino por el movimiento de las olas contra las orillas de las costas.

Mientras tanto los rusos no se habían quedado de brazos cruzados. Aunque los miembros de la expedición soviética en alta mar efectuada a bordo del buque de investigaciones oceanográficas *Akademik Petrovsky*, en un primer momento, no se dieron cuenta, algunas de las muchas fotografías submarinas tomadas por sus máquinas fotográficas acuáticas no solo mostraban la conformación de los fondos, sino también vestigios arqueológicos, en los mismos lugares donde se suponía que estaba localizada la legendaria Atlántida. Como recuerda Charles Berlitz,[2] los objetivos y los resultados de la expedición, que tuvo lugar los primeros meses de 1974, fueron resumidos por Barinov y aparecieron en el número 8 de la publicación soviética *Znanie-Sila* (1979), en la época en que se publicaban numerosos artículos sobre el descubrimiento en diversas revistas del mundo.

> La finalidad de la expedición era el estudio de los bancos de arena en las aguas poco profundas del mar Mediterráneo y del océano Atlántico en las inmediaciones de África noroccidental. Entre otros científicos, también iban a bordo geólogos y biólogos. El origen, la conformación de la flora y la fauna de los bancos de arena, las cumbres de las montañas submarinas, las mesetas y las crestas bajo la superficie del agua, todo ello era objeto de estudio prioritario de los especialistas. Entre ellos también había un investigador del Instituto de Oceanografía de la URSS, Vladimir Ivanovich Marakuiev, especialista en filmaciones y fotografías submarinas.

Cuando el buque cruzó las aguas comprendidas en las coordenadas preestablecidas para fotografiar los fondos, refiere la revista:

> Se lanzaron al agua antorchas subacuáticas y cámaras de vídeo y máquinas fotográficas especiales hasta una profundidad de 3,5 m del fondo; luego se encendieron las luces y, mediante un sencillo dispositivo automático, se hicieron las fotografías. Cada serie de fotos requería una hora o una hora y media de tiempo; mientras tanto, otros miembros de la expedición realizaban experimentos y una serie de pruebas con otros aparatos. El agua del Atlántico, cerca de Gibraltar, era excepcionalmente límpida y, en la práctica, el programa de trabajo dependía exclusivamente de las condiciones atmosféricas. Durante las tormentas invernales, cuando el buque empezaba a cabecear demasiado, teníamos que interrumpir el trabajo y, en algunas ocasiones, buscar un refugio.

A la luz de las informaciones sucesivas, resulta claro, observa Charles Berlitz, que los investigadores, los estudiosos y la tripulación ¡esperaban cualquier cosa menos encontrar las ruinas de la Atlántida! Y, sin embargo, lo que descubrieron representa tal vez las primeras fotografías jamás tomadas de los vestigios sumergidos del continente perdido.

El *Akademik Petrovsky* empezó a tomar fotografías subacuáticas del archipiélago de las Horseshoe, 450 km al oeste de Gibraltar, en enero de 1974. Se hicieron muchas fotografías de los fondos a cientos de metros de profundidad, aproximadamente en la misma zona donde había aparecido y luego desaparecido la misteriosa isla señalada por el capitán Robson. Esta cadena de islas sumergidas fue descrita por Heezen, Thorpe y Young en *The Atlantic Floor*:

> Un importante grupo de montañas submarinas dispuestas en forma de herradura *(horseshoe)*; algunas de ellas, como los montes Ampere y Josephine, se elevan desde el fondo hasta unos 180 m de la superficie […]. Las fotos tomadas de estas montañas muestran escollos y acantilados, ondulaciones y bancos de coral aislados. Las montañas submarinas de la parte norte del Horseshoe, que todavía no han sido estudiadas completamente, se extienden de este a oeste; mientras la cadena meridional de la «herradura» parece tener abundantes cráteres volcánicos, en la mitad septentrional han jugado un papel importante los cambios tectónicos.

Una precedente expedición americana, organizada por Lamont Geological Observatory, había estudiado cuidadosamente la misma zona tomando fotografías, sondeando el fondo y recogiendo muestras. Aunque naturalmente la finalidad principal de esta expedición no era la búsqueda de restos de antiguas civilizaciones, no se descubrió ningún rastro de la legendaria presencia humana en aquella zona (Atlántida). Y, a este respecto, Berlitz cita las palabras del doctor Maurice Ewing, que dijo haber pasado casi trece años explorando la dorsal Mesoatlántica, sin encontrar el menor vestigio de ciudades sumergidas.

Evidentemente, la expedición soviética había sido más afortunada. Cuando las fotografías del *Akademik Petrovsky* fueron reveladas, estudiadas y catalogadas, Marakuiev, el especialista en fotografía submarina, observó que las cimas de la montaña submarina Ampere —una especie de gran meseta que, desde más de 3.000 m de profundidad, se eleva hasta casi 60 m de la superficie — mostraban una insólita conformación de la meseta sumergida, o al menos de algunos rasgos de ella. Marakuiev describió así su inicial asombro ante los sorprendentes objetos que aparecían en las fotografías:

> Cuando la expedición estaba todavía en curso, después de haber revelado las fotografías y haberlas impreso, me di cuenta de que nunca había visto nada parecido. El Instituto de Oceanografía de la URSS dispone de un archivo enorme de fotografías tomadas por innumerables expediciones en todos los mares del mundo a lo largo de muchos años. Y también tenemos copias de los millares de fotos hechas por nuestros colegas americanos. Pues bien, nunca había visto huellas tan evidentes de una presencia humana en lugares que, evidentemente, en tiempos remotos debían ser tierras emergidas.

El siguiente pasaje de la *Znanie-Sila* subraya los principales rasgos de estos descubrimientos submarinos:

> En la primera fotografía podemos ver esta muralla, a la izquierda de la foto. Bloques de piedra en la parte superior del muro son claramente visibles […]. Considerando y examinando atentamente el ángulo de la foto y la altura de la muralla, es curioso estudiar más de cerca una sección vertical de la construcción. Aunque el objetivo se encontrase, en este caso, en posición casi vertical respecto al fondo, podemos ver perfectamente parte de las líneas o de los pisos de construcción de la muralla. Así pues, pueden contarse cinco hileras superpuestas de bloques de piedra y, teniendo en cuenta que la perspectiva y la escala real de la imagen han sido deformadas por la proximidad del objetivo fotográfico, podemos suponer razonablemente que cada bloque tenga 1,5 m de alto y otro tanto de largo. La segunda fotografía, en cambio, reproduce directamente la muralla, en un escorzo desde arriba: el objetivo está casi encima; la muralla atraviesa la imagen en diagonal y, en el centro, puede verse el disco de la sonda. No es difícil, ahora, calcular la amplitud de la construcción: unos 75 cm. Los bloques de piedra que constituyen la muralla son claramente visibles, junto a algas rojas, parduzcas, tupidas, que, por otra parte, aparecen en todas las fotografías […].
>
> La tercera fotografía forma parte de otra serie realizada sobre la cima del monte submarino Ampere. Vemos claramente una zona cubierta de lava solidificada que oculta parcialmente tres escalones. Mirando atentamente la parte superior y los bordes inferiores claramente visibles, se pueden contar cinco escalones en total. Están rotos y desportillados, naturalmente, y en parte cubiertos de esponjas.

El artículo termina con una sentida y vibrante exhortación a proseguir la exploración soviética en pos del continente perdido:

> La ciencia de la oceanografía ha dado pasos de gigante en los últimos diez o doce años, y las técnicas de investigación se han refinado extraordinariamente: basta pensar en los aparatos subacuáticos automatizados que pueden alcanzar considerables profundidades. Estos minisubmarinos pueden sumergirse a kilómetros de profundidad, desplazarse en todas direcciones, están provistos de potentes reflectores, de brazos «mecánicos» con los que extraer muestras de roca, de arena o de cualquier otro objeto que pueda encontrarse en el fondo del mar. Dado que el *Akademik Petrovsky* ya posee semejante equipo a bordo (es uno de nuestros buques adaptados al estudio de las grandes profundidades), y, más o menos, está estacionado permanentemente en el Atlántico, cruzando al menos cada año las aguas de la zona de la «herradura», no podemos dejar de repetir: «¿A qué estamos esperando?».

No habría que esperar mucho. Como contó detalladamente[3] en Italia el periodista y escritor Gianfranco de Turris, entre finales de 1976 y comienzos de 1977 el buque laboratorio soviético *Moskovski Universitet* se hallaba en aguas territoriales portuguesas desarrollando un programa de investigación sobre las corrientes oceánicas a fin de comprender si existe una relación entre estas y las variaciones del tiempo. A mitad de camino entre la isla de Madeira y el puerto de Sares en el continente, en una zona a unas 40 millas al oeste de Gibraltar, el buque tropezó con una serie de relieves submarinos a 100-200 m bajo el nivel del mar: el llamado archipiélago submarino de Ampere. Marakuiev, fotógrafo de

la expedición y colaborador del Instituto de Oceanografía, hizo algunas fotografías con los aparatos electrónicos que se estaban experimentando a bordo en aquel momento.

Las fotografías, a su vez, fueron declaradas de «mala calidad, oscuras y con manchas». Pero permitieron distinguir entre las algas «grandes piedras aparentemente labradas», estructuras rectangulares divididas en bloques regulares. Los arqueólogos que las examinaron formularon la hipótesis del origen artificial de dichas estructuras, que recuerdan las ruinas de las antiguas construcciones en piedra. En estas primeras imágenes, posteriormente difundidas por la agencia *Novosti*, junto al peso blanco de veinte centímetros de diámetro de la sonda apoyada en el fondo, se ve una pared de piedras rectangulares, del espesor de un metro, que hacen pensar en muros artificiales con un relleno interior.

Cuando el buque laboratorio regresó a Portugal, se armó un pequeño revuelo. Durante un cóctel en la embajada rusa de Lisboa donde se encontraba para una nueva misión, el profesor Andrei Aksionov, vicedirector del Instituto de Oceanografía de la Academia de Ciencias de la URSS, reveló a algunos periodistas que la expedición soviética había fotografiado las «ruinas de la Atlántida». La noticia enseguida dio la vuelta al mundo, pero desde Moscú llegó a toda prisa un desmentido parcial: se había tratado de un malentendido, surgido del hecho de que Aksionov no conocía el portugués, los periodistas no conocían el ruso y el intérprete no había conseguido exponer con la necesaria claridad el pensamiento del científico.

«No excluimos que las piezas encontradas puedan esconder huellas de la Atlántida —afirmaba desde Moscú Valeri Shevil, secretario de la comisión sobre los problemas de los océanos de la Academia de Ciencias soviética—. Pero de ahí a decir que tenemos razones para afirmar que se trata del fabuloso mundo desaparecido, hay la misma diferencia que separa la ciencia de la fantasía.»

Sin embargo, en un artículo publicado poco después por la revista *Uce*, Aksionov hizo afirmaciones muy precisas: en su opinión las fotografías de Marakuiev representaban la cumbre del monte submarino Ampere y mostraban netamente unas líneas de murallas de ladrillos o de piedra y fragmentos de amplios escalones. Todo el conjunto estaría situado sobre un grupo de elevaciones de cima plana, dispuestas en herradura entre 100 y 200 m bajo la

superficie del agua. «Los geólogos consideran perfectamente posible —escribe el oceanógrafo— que esta “herradura” fuera un archipiélago bastante grande y que hubiera desaparecido por un movimiento geológico.»

Según el artículo, ocho fotografías subacuáticas tomadas por los especialistas representan la cumbre del monte submarino Ampere y muestran «de forma muy precisa las líneas de murallas de ladrillos o de piedra y fragmentos de amplios escalones».

Según Aksionov, «el problema de la Atlántida pertenece a la categoría de los enigmas seculares que muy pronto podrán ser desvelados gracias a los rápidos avances de la oceanología, y es totalmente posible su solución de forma afirmativa».

En marzo de 1978 los soviéticos intentaron volver al lugar. La embajada soviética en Lisboa solicitó el permiso para que el buque de investigación *Zaira* efectuara algunas operaciones en las aguas occidentales de Madeira. Pero el gobierno regional de la isla rechazó la solicitud y negó el permiso por razones políticas, aduciendo que «la presencia de semejantes barcos cubre siempre las maniobras expansionistas del imperialismo soviético», y que «dichas actividades ponen en peligro la seguridad de Madeira y de la OTAN».

Más tarde, según un comunicado de la Associated Press de Moscú, de abril de 1979, Aleksander Nesterenko, director del Departamento de la Flota del Instituto de Oceanografía, había confirmado la noticia de que un buque oceanográfico soviético había tomado fotografías de «lo que podían ser ruinas», pero negó tajantemente que otro buque soviético, el *Vitjaz*, se encontrara en aquella zona, porque estaba «ocupado en otros asuntos»: dicho de otra forma, la localización de emplazamientos subacuáticos donde poder colocar los submarinos soviéticos ante la eventualidad de un conflicto nuclear.

Unos meses después, sin embargo, con motivo de la trigésima misión del buque científico *Akademik Kurchatov* (diciembre 1979-marzo 1980) se añadió el plan de exploración del archipiélago y del monte submarino Ampere. El buque del Instituto de Oceanografía de Moscú está equipado con los medios más modernos.

El 10 de diciembre de 1979, cuando el *Kurchatov* llegó a la zona, se caló el batiscafo *Paisis II* equipado con videocámaras, cámaras de cine y máquinas fotográficas y dotado de un manipulador para recoger muestras del fondo marino. Pilotado por el comandante Sagalevic y por el ingeniero de a bordo Kuzin, el *Paisis II* observa primero la cima del monte Ampere a 60 m de

profundidad, luego baja por una hendidura hasta 90 m y explora una zona al noroeste de la cumbre, hace fotos, graba un vídeo y recoge muestras. Pero no se encuentran estructuras parecidas a construcciones artificiales de piedra.

Se decide pues hacer una grabación fototelevisiva más detallada con ayuda del aparato remolcado Zvuk 4-m, dotado de un radar acústico y observación lateral, de un potente faro, de un sistema estereofotográfico y de un *view-finder* televisivo. El 4 y el 5 de marzo de 1980 el aparato fue remolcado según un recorrido que va desde la zona noroccidental a la nororiental del monte Ampere durante 3,5 km y a profundidades comprendidas entre los 70 y los 130 m. Hace 460 fotografías y graba un vídeo de 115 minutos de duración.

En estas imágenes del Zvuk 4-m, facilitadas por la agencia Novosti, se observan estructuras rectangulares en el archipiélago submarino.

Un artículo publicado en marzo de 1981 en la prestigiosa revista *Zemlja i Uselennaya* (‘Tierra y Universo’) y escrito por Andrei Monin, jefe de la expedición y director del Instituto de Oceanografía, con la participación de V. Jatrebov, colaborador del mismo Instituto, llevaba el emblemático título «¿Los oceanógrafos soviéticos han descubierto la Atlántida?»

Como el científico soviético refería textualmente en el artículo, cada vez que nos enfrentamos a hechos históricos, cuya autenticidad no puede ser establecida con pruebas concretas, deben buscarse pruebas indirectas a favor o en contra de su verosimilitud. La detallada descripción de Platón del relieve de uno de los diez reinos de la Atlántida corresponde bastante bien a la configuración del relieve submarino en la zona de las Azores, cuyos detalles solo se han conocido sobre la base de las modernas investigaciones oceanográficas, sostiene Monin.

Un fenómeno tectónico tan poderoso como el brusco hundimiento de una gran isla (según Platón el reino principal tenía una superficie de unos 200.000 $km^2$, y todo el país podía alcanzar el millón de $km^2$) tenía que suscitar necesariamente en el océano Atlántico un gigantesco maremoto. Mitos de un gran diluvio, distinto del de la leyenda bíblica, se encuentran entre los aborígenes de las dos Américas y entre los habitantes más antiguos de Europa, los vascos. Desde el punto de vista de la oceanografía física, la desaparición de una vasta superficie de tierras emergidas y el aumento de la superficie del Atlántico en el hemisferio boreal debía provocar un fortalecimiento de la circulación de las corrientes oceánicas y la instauración de un clima más benigno

en Europa septentrional. Este último hecho puede considerarse comprobado, ya que esta época coincide con el final del período glacial en Europa, afirma Monin.

Desde el punto de vista de la actual tectónica de placas, la supuesta posición de la Atlántida se encuentra en la zona lindante con las tres grandes placas tectónicas (americana, africana y euroasiática), donde el estado inestable de la corteza terrestre no excluye la posibilidad de grandes terremotos y hundimientos. En la ciencia la verdad se basa en datos experimentales y en hechos comprobados. Por eso solo las investigaciones científicas pueden proporcionarnos una conclusión definitiva sobre el pasado histórico de la Atlántida, subraya Monin.

El desarrollo de la oceanografía soviética ha permitido organizar el estudio del fondo oceánico con ayuda de los modernos medios técnicos. Ello ha propiciado un estudio ordenado de las huellas de una civilización desaparecida, recuerda Monin. Así, en 1979 el estudio del monte submarino de Ampere fue incluido en el plan de la expedición del buque científico *Akademik Kurchatov* del Instituto de Oceanografía. El 4 y el 5 de marzo de1980 se llevó a cabo una pormenorizada grabación fototelevisiva del monte Ampere con la ayuda del aparato remolcado Zvuk 4-m. Varias fotografías tomadas por el Zvuk 4-m revelan estructuras rectangulares en el monte Ampere. En las fotos se observan diagonalmente dos paredes paralelas de unos 20 cm de ancho cada una, formadas por bloques rectangulares y separadas por una zona sin bloques, algunos centímetros más baja, así como una estructura rectangular de un metro de ancho que se levanta sobre el fondo, a juzgar por la sombra, unos 40 cm. Su superficie está articulada por hendiduras rectilíneas, rellenas de fango. Monin concluye con las siguientes palabras, más bien realistas y nada escépticas: «La disposición de las estructuras y de los pequeños bloques que la componen y las dimensiones iguales de estas estructuras y de las paredes pueden testimoniar a favor de su origen artificial. Pero es difícil extraer una conclusión unívoca solo de las imágenes obtenidas. Para llegar a conclusiones definitivas parece necesario estudiar la parte nororiental del monte Ampere con batiscafos pilotados y recoger muestras de los componentes de estas estructuras y paredes. Así pues, la verdad científica debe seguir esperando su hora».

Jirov, mientras tanto desaparecido, vería confirmadas sus opiniones por ulteriores elementos. Como recuerda siempre Gianfranco de Turris,[4] hay una zona en el océano Atlántico que casi por tradición se asocia al nombre de

Atlántida. Son las islas Canarias (Lanzarote, Fuerteventura, Gran Canaria, Tenerife, La Palma, Gomera y El Hierro), un archipiélago de origen volcánico cerca de África, en la frontera entre Marruecos y el Sáhara español. Conocidas ya en la antigüedad como las islas Afortunadas, en la Edad Media se perdió su recuerdo. Fueron redescubiertas por el genovés Lanzarotto Meloncello (de quien procede el nombre de una de ellas, Lanzarote) entre 1310 y 1339. Pasaron al dominio de España, de la que hoy son una provincia, en 1476-1479. Desde un punto de vista étnico la población está formada por españoles y por el antiguo elemento indígena, los guanches, a su vez exterminados por los invasores españoles dirigidos por Jean de Béthencourt tras una denodada resistencia que duró varios años.

Los autóctonos se consideran los descendientes directos de los atlantes y hablan de su archipiélago como de la cumbre todavía emergida del continente hundido de Platón, y así se puede leer en cualquier guía dedicada hoy a las diversas islas, publicada *in loco* con gran abundancia de citas y de memorias históricas, subraya De Turris. Y así lo hemos podido constatar nosotros[5] también. Pues bien, al archipiélago, y precisamente a Lanzarote, llega a mediados de enero de 1981 el *Aylan*, de casi 14 m de longitud y otros tantos de eslora, salido de Fiumicino el 13 de diciembre de 1980 llevando a bordo a la expedición organizada por la revista italiana *Mondo Sommerso*, que tiene como objetivo el conocido y misterioso Triángulo de las Bermudas. Un huracán con ráfagas de 150 km por hora lo bloquea en el archipiélago. A la espera de que el tiempo mejore para poder reanudar la navegación hacia el mar del Caribe, Pippo Cappellano, el jefe de la expedición, conocido explorador y periodista, realiza algunas inmersiones en torno a la isla. Se trata de ejercicios rutinarios.

Hay un lugar en particular que atrae a la tripulación del *Aylan*: un túnel lávico que parte de tierra firme y se adentra en el mar hasta desaparecer. Un corredor excavado antiguamente por las erupciones del volcán Corona. Quién sabe por qué, los habitantes de la zona lo llaman «Atlántida». Anteriormente, submarinistas españoles, franceses e ingleses lo recorrieron a lo largo de unos 400 m, sin encontrar nada excepcional, observa De Turris.

Cappellano y compañía deciden observarlo con atención. Se sumergen. El conducto se hunde en el agua. Los italianos recorren algo más de medio kilómetro, 520 m, y llegan casi a 30 m de profundidad. Pero la sorpresa la encontraron mucho antes, escapada a las precedentes observaciones, a menos de 15 m y a 220 m de la entrada: huesos de cabra, cantos rodados como se

encuentran en las playas batidas por el mar, oxidaciones en las paredes. Y, además, sorprendentes variaciones del campo magnético que hacen enloquecer las brújulas que los buzos llevan en la muñeca para orientarse en el túnel submarino.

Un primer misterio, pues. ¿Cómo se explica? Dice Pippo Cappellano: «Los campos magnéticos tal vez se derivan de un magma lávico en movimiento justamente en el lugar en el que estábamos. Las brújulas pueden volverse locas por movimientos a grandes profundidades de masas magmáticas que transportan magnetitas y otros metales ferrosos».

¿Y los restos animales, los cantos rodados? «Estos hallazgos me hicieron reflexionar sobre la posibilidad de que en época intermedia de las últimas glaciaciones el nivel del océano hubiera estado 15 m más bajo. Considerando además que el suelo sobre el que nos encontrábamos, de origen volcánico todavía activo, está sometido a fenómenos de bradisismo, pensé que más o menos a aquella misma cota, pero en el mar, habría encontrado algo que testimoniase un posible asentamiento humano», dice Cappellano.

Pero el túnel ¿qué podía ser? Sigue diciendo Cappellano: «Pensamos que aquella larguísima cueva de lava solidificada, emergida en época remota, probablemente había sido elegida por los guanches, los troglodítas habitantes de las Canarias antes de la llegada de los españoles, como lugar de culto, de sacrificio a los dioses».

Se busca entonces la segunda prueba. Como subraya De Turris, los del *Aylan*, sobre todo Pippo Cappellano y Salvatore Braca, efectúan numerosas inmersiones: en una ocasión descubren «formas de naturaleza petrográfica, placas cuadradas que dejan entrever claramente rocas labradas por el hombre». Son grandes placas de basalto de 80 cm × 1,5 m. Una especie de pavimentación, en otras palabras. Y también extraños dibujos, grafitos. Cuando se proyectan las diapositivas en color en el Club Almacén de Lanzarote, cuenta Cappellano, «el público que asiste curioso a la proyección se inquieta, quiere saber: ¿podría tratarse realmente de los restos sumergidos de una civilización? Pero ¿de qué civilización?». Los guanches, cuando llegaron los europeos, todavía se hallaban en la Edad de Piedra, se dedicaban al pastoreo, no trabajaban los metales, no poseían medios ni conocimientos para llevar a cabo semejantes obras constructivas y arquitectónicas, recuerda De Turris. Y tampoco sabían navegar. También pertenecen al misterio muchos restos arqueológicos reunidos en los

distintos museos de las islas Canarias y especialmente en el de Arrecife: cerámica encontrada en las islas y misteriosos círculos concéntricos esculpidos en las rocas. Si no son obra de los guanches, ¿de quién entonces?

Procedente de España llega un equipo de televisión dirigido por el periodista Augusto Rey. Quiere filmar la «ciudad sumergida». Cappellano los lleva a las inmediaciones de Punta Papagayo, una zona todavía no explorada, pero en línea con el túnel y los hallazgos precedentes. Y esto es lo que cuenta el buzo italiano: «Bajamos lentamente hacia el fondo, la cita es junto a nuestra ancla. Nadamos juntos sobre un fondo de grandes rocas de lava, intercaladas por manchas de arena. Tengo a Salvatore a mi izquierda y al cámara español un poco detrás de mí, cuando justo delante vemos signos geométricos, triángulos, flechas, diseminados un poco por todas partes. No ha sido el ancla del *Aylan*. Tampoco pueden haber sido las redes de arrastre de los pescadores, porque en esta zona rocosa no se pesca así. ¿De qué se trata, pues? Estas rayas que al tacto no están esculpidas ni en relieve son perfectamente geométricas y solo pueden estar hechas por la mano del hombre, pensé entonces. Pero ¿por qué y por quién? Intentamos rascar con la mano, pero aquellos dibujos, que parecen hechos con una extraña pintura, no se borran. Habíamos bajado en busca de las placas que habíamos fotografiado unos días antes y ahora algo realmente inexplicable se ofrecía a nuestra vista».

Otras inmersiones, en los días sucesivos, revelan nuevas maravillas sumergidas, siempre a la misma cota: entre otras, monolitos de basalto que hacen pensar en enormes escalones esculpidos por el hombre, de 4 m de ancho y perfectamente cuadrados, subraya De Turris. ¿Cómo no pensar entonces, evidentemente, en los restos de un antiquísimo puerto hundido hace miles de años —¿cuántos? Hay quien dice cinco o seis mil—, obra de una civilización preexistente a la de los guanches? ¿Y cuál? Cappellano, justamente, va con pies de plomo. «Podría ser la Atlántida, o quizá no. Pero lo que hemos visto debe ser por fuerza el testimonio de una gran ciudad sumergida —dice—. No es imposible que miles de años antes que los guanches, por tanto, otros hombres hubieran construido una ciudad, excavado canales y equipado puertos. Pero se necesitan pruebas.»

El jefe de la expedición de *Mondo Sommerso*, por su parte, también es muy realista. Dice: «En Roma consulté a Lamberto Ferri-Ricchi, geólogo y submarinista famoso. Y Ferri-Ricchi me recordó que el basalto a veces adopta

formas que parecen modeladas por el hombre más que caprichos de la naturaleza, y que por tanto los signos y los grafitos identificados en el fondo del mar pueden ser formaciones de cristales, aunque de naturaleza desconocida».

¿Eso es todo? Las placas, que ocupan una superficie de casi un kilómetro cuadrado, parecen colocadas con gran precisión, y amplios escalones, partiendo de la vasta pavimentación central, conducen hacia abajo como si hubieran sido construidos expresamente para llevar a una gran cuenca. Además, algunos signos excavados en la roca parecían símbolos que recordaban letras grabadas en la piedra sobre tierra firme.

Solo futuros descubrimientos podrán decirnos si dichos signos forman parte de un común alfabeto indígena o si son la herencia de otras razas que habitaron las islas en tiempos remotos. Podría tratarse de la lengua púnica, llegada hasta aquí con las flotas cartaginesas, o del griego arcaico hablado por los navegantes minoicos, o del antiguo libanés de África septentrional y hasta del *tifinagh*, la lengua escrita de las tribus tuaregs de Marruecos y del Sáhara.[6] O de símbolos atlantes.

De vez en cuando España envía expediciones a las Canarias en busca de vestigios todavía no descubiertos de la cultura aborigen de los guanches o incluso, a decir de algunos, de guanches supervivientes, en los poblados y en las cuevas de estas islas montañosas. Paralelamente, se identificó una muralla sumergida a la altura de Marruecos, de varios kilómetros de longitud: fue descubierta hace unos veinte años por un pescador submarinista. Desde entonces ha sido estudiada y fotografiada varias veces, sin que la arqueología se haya interesado por ella, al igual que los descubrimientos de Cappellano en Lanzarote y de los rusos en los archipiélagos atlánticos portugueses, los últimos de los cuales han tenido ulteriores consecuencias.

Como en su momento refirió la prensa italiana, una expedición soviética, en 1982, llevó a Moscú algunos fragmentos de basalto negros recuperados del fondo del océano Atlántico entre Madeira y la península ibérica. Complejos y largos análisis de laboratorio deberán establecer después si aquellas estructuras de forma regular ya identificadas unos meses antes por otros estudiosos rusos son un fenómeno natural o si representan en cambio las primeras indicaciones de una civilización engullida por el océano, tal vez de la legendaria Atlántida. La recuperación fue efectuada por el buque oceanográfico *Vitjaz*, unidad dotada de

equipos científicos muy avanzados, que echó el ancla cerca del pico submarino de Ampere, una montaña submarina situada al noreste de Madeira, en la dorsal volcánica Azores-Gibraltar.

Los científicos soviéticos dicen que es un monte submarino de gran interés, tanto desde el punto de vista geológico, como por las perspectivas arqueológicas que puede ofrecer. El buque oceanográfico *Vitjaz* desarrolló las complejas operaciones de investigación en condiciones de tiempo y de mar pésimas, como afirmó el comandante de la expedición V. Jastrebov en *Pravda*; condiciones que llegaron a hacer necesario el recurso a una campana de aire alimentada con una mezcla de oxígeno y helio. Los buzos eran tres: dos rusos, Antipov y Reznikov, acompañados por un tercero, el búlgaro Juri Dulsky.

A poco más de 60 m el fondo puso enseguida en evidencia una cadena de arrecifes geométricamente perfecta.

Reznikov consiguió desprender un pedazo de aquellos arrecifes, que en realidad podrían ser antiguos muros sumergidos por un cataclismo natural, quizá un espantoso terremoto. La cumbre de aquel monte sumergido es plana, cubierta de basalto; las pendientes son suaves. Admitiendo la hipótesis de una isla que emergiese del Atlántico hace miles de años, puede afirmarse que aquella llanura submarina era un lugar favorable para ser habitado por seres humanos. Los laboratorios tendrán que establecer si aquellas rocas han estado en contacto con la luz del sol o con el aire, y por tanto se trata de una isla sumergida. En una segunda fase se buscarán huellas de objetos manufacturados, para descubrir si aquellas rocas cuadradas representan la obra de una antigua civilización.

Pero volvamos a Bimini. Como observa Charles Berlitz, en aquella parte del Atlántico occidental conocida como Triángulo de las Bermudas se hallan diseminadas una serie de singulares estructuras arquitectónicas que yacen sobre ciertos fondos de los «Bancos de las Bermudas» *(Bermuda Banks)*. Desde finales de la Segunda Guerra Mundial, algunas de estas extrañas ruinas sumergidas fueron divisadas por pilotos que sobrevolaban las islas y las aguas circundantes, buscando restos de los barcos y los aviones que habían desaparecido misteriosamente en el «Triángulo». Algunos pilotos anotaron regularmente en sus tablas y programas de vuelo las localizaciones de lo que parecían calles o murallas sumergidas; otros, volando a cotas todavía más bajas, sugirieron que se trataba de los tejados de edificios hundidos bajo el agua, o incluso bajo el lecho marino.

Muchas personas han examinado y estudiado estos vestigios más que

convincentes de antiquísimas construcciones en los Bancos de Bahamas; uno de ellos, en particular, ha sido el doctor Manson Valentine, paleontólogo, geólogo y arqueólogo subacuático de Miami. Valentine ha estudiado durante más de veinticinco años la zona submarina de los Bancos de Bahamas. Como él mismo revela:

> [...] toda la zona de los Bancos de Bahamas durante la última glaciación se encontraba sobre el nivel del mar y quedó sumergida por el posterior derretimiento de los hielos […]. La calzada de piedra de Bimini *no* sigue la línea curva de la cercana escollera de la playa —que, a su vez, sigue la forma de la isla–, sino que discurre recta bajo el mar. Está constituida por enormes bloques lisos y escuadrados, sujetos en los ángulos por bloques de piedra más grandes y más largos, a modo de columnas de apoyo, que se parecen a los dólmenes de las costas occidentales de Europa. Todo esto no es obra de la naturaleza, como no lo son los rectángulos perfectos y regulares, los ángulos rectos, las configuraciones rectilíneas de otros complejos. Un extremo de la construcción titánica realiza una curva sumamente armoniosa antes de desaparecer bajo la arena […]. Estoy convencido de que se trata de una «calle ceremonial» que conduce a algún lugar especial. Después de la curva de la que te hablaba, las dos hileras de bloques que componen la calle parecen disponerse en tres órdenes. Una parte de la calle ceremonial maya, el *sacbé*, prosigue bajo el agua en Yucatán y continúa durante casi 400 m hacia alta mar antes de desaparecer. Como el *sacbé* era una calle elevada, creo que, excavando por debajo y a lo largo de la construcción de Bimini, saldrían a la luz otras estructuras […]. Estoy convencido de que el motivo por el que muchos científicos dudan (o incluso rechazan) en visitar estos y otros misteriosos y enigmáticos vestigios hay que buscarlo en el hecho de que temen tener que poner en cuestión sus teorías, sus explicaciones simplistas. Este prejuicio está muy enraizado y tiene que ver con una especie de movimiento «anticataclismo», que piensa que quien cree en la pasada existencia de la Atlántida es «filocatastrofista», en sentido etimológico, naturalmente. Por eso, estos estudiosos o pensadores no quieren descubrir nada que pueda confirmar un antiguo y repentino cataclismo. Prefieren seguir considerando muchas ruinas y estatuas como caprichos de la naturaleza.

Como recuerda Charles Berlitz, después del descubrimiento de Valentine un cierto número de pilotos, entre ellos Bob Brush, Trig Adams, Jim Richardson y el piloto y explorador submarinista francés Dimitri Rebikoff, empezaron a estudiar de cerca los Bancos de Bimini, sobrevolando repetidas veces esta localidad y, en 1969, declararon haber realizado una nueva serie de avistamientos a la altura de Anfros, de las islas Berry y de Bimini.

El doctor David Zink, historiador, submarinista y ensayista (autor de *The Stones of Atlantis*) dirigió dos expediciones al emplazamiento de Bimini; echaron el ancla y permanecieron en la zona durante meses, sobre la muralla o la calle de Bimini, para poder estudiar y examinar a fondo los grandes bloques de piedra y los alrededores inmediatos. Zink es de la opinión de que las grandes piedras no son fragmentos del arrecife cercano, no solo por su composición (véase también la observación de Valentine), sino también porque una fractura en el fondo calcáreo rompió y alteró la posición de este cerca de la muralla y

debajo de ella, sin modificar la alineación de la propia muralla, que por tanto no es parte del fondo como tampoco lo es del arrecife. Durante aquellos meses, Zink y sus hombres recuperaron también un bloque de construcción, en parte ya escuadrado, así como una «cabeza estilizada» de un peso aproximado de 100-140 kg, tal vez una cabeza de animal, un gran felino, probablemente un jaguar.

En otros casos, señala Berlitz, fueron avistadas pirámides sumergidas por aviones que sobrevolaban aquellas aguas, así como por personas que examinaban algunas zonas del Triángulo de las Bermudas con motivo de particulares e insólitas turbulencias del mar.

Una de estas misteriosas turbulencias había modificado el nivel del agua, lo que dejó al descubierto una sorprendente vista del fondo del océano: era el 7 de junio de 1948 y fue observada por Ed Wilson (candidato al cargo de alcalde en Orlando, Florida). Pilotaba un *Waco* abierto, con motor Continental y una autonomía de vuelo de doce horas, y estaba inspeccionando los fondos marinos, a la busca de tesoros desde el aire. Dice Wilson:

> De repente me di cuenta de que lo que estaba mirando no era el resto de una embarcación como había creído, sino una especie de enorme edificio en el mar. El agua parecía poco profunda en torno a él y podía ver el lado inclinado de un edificio que parecía una montaña. Volaba a 15 m de la superficie y lo veía claramente; durante un minuto y medio seguí dando vueltas sobre él. Conseguía distinguir percebes y el agua que discurría sobre el tejado; desde la posición en la que me encontraba vi sin posibilidad de error que se trataba de un monstruoso edificio. Y los rayos del sol caían sobre el agua con una inclinación que hacía destacar nítidamente la ciclópea construcción sumergida. Me pareció entrever otras construcciones a su alrededor, pero no puedo estar seguro, porque no pude verlas bien. Pero la que estaba mirando, según mis cálculos aproximados, podía medir entre 30 y 75 m de altura.

En 1977, refiere Berlitz, circuló la noticia de que una enorme pirámide había aparecido en la ecosonda de una embarcación, al suroeste del Banco del Placer de los Roques, durante una expedición de pesca submarina. Desde entonces se han llevado a cabo innumerables inmersiones y prospecciones en la zona, por lo demás sin éxito, en el intento de localizar estas formaciones piramidales situadas en aguas profundas. Eugene Shinn, geólogo de la United States Geological Servey, habría declarado a la prensa que la *pirámide* cerca del Placer de los Roques no era más que una formación natural, a pesar de su regular perfil geométrico. Algunos buzos dicen haber observado fracturas o hendiduras regulares a lo largo de los contornos de una pirámide sumergida, lo que se explicaría admitiendo que la pirámide estuviera constituida por grandes bloques de piedra. La cuestión se hace más compleja teniendo en cuenta que se trataría

de diversas formaciones piramidales diseminadas en esta zona marítima, junto a un cierto número —cincuenta o sesenta— de murallas, calles y estructuras circulares hasta hoy inexplicables, que yacen sumergidas en el Atlántico occidental entre el Caribe y las Bermudas.

En 1978, Ari Marshall, un industrial griego apasionado por la antigua leyenda de la Atlántida, organizó una expedición de investigación en el área del Placer de los Roques, para descubrir eventualmente estas pirámides. Y, en efecto, los aparatos de la expedición señalaron un montículo piramidal cerca del Banco del Placer de los Roques, a una profundidad de unos 230 m.

Una interesante inmersión en las aguas de las Bahamas, relatada por el doctor Ray Brown, buzo y conferenciante de Mesa (Arizona), ayuda a comprender —subraya Berlitz— cómo puede cambiar el fondo del mar después de una violenta tempestad. En el Triángulo de las Bermudas, como hemos dicho, las turbulencias marinas pueden dejar al descubierto, temporalmente, vestigios de antiguos edificios y ruinas de construcciones que luego son nuevamente engullidas por el fondo del mar. Dice Brown:

> Mientras nadábamos, el agua empezó a hacerse más límpida. Me encontraba cerca del fondo, a poco más de 40 m de profundidad, tratando de no perder al submarinista que me precedía. Me giré para mirar el sol a través del agua turbia y entonces vi la forma de una pirámide que brillaba como un espejo. A unos 12 o 13 m de la cumbre, había una abertura. Confieso que era reacio a entrar en ella… pero de todas formas decidí dirigirme a aquella bóveda. La abertura era una especie de pozo que llevaba a una cámara interna. Vi algo que brillaba. Era un cristal, sujeto por dos manos metálicas. Llevaba los guantes de submarinista, por lo que aferré el cristal hasta que conseguí arrancarlo. Cuando lo tuve en mis manos, sentí que era el momento de salir de allí, sin volver atrás.
>
> No soy la única persona que ha visto estas ruinas, otros las han observado desde el aire, desde el avión, y dicen que tienen una anchura de 7 km y su longitud es todavía mayor.

Lamentablemente, comenta Berlitz, ya no es posible escuchar los testimonios de los demás submarinistas que acompañaban al doctor Brown, porque tres de ellos murieron o desaparecieron en el Triángulo de las Bermudas durante las inmersiones. El doctor Brown todavía conserva el cristal, que a veces muestra al público durante sus conferencias. Dentro del cristal redondo pueden observarse una serie de formas piramidales y, al sostenerlo con la mano, a veces se advierte una especie de pulsación, de vibración: es difícil decir si es una peculiaridad del cristal o si se trata de autosugestión.

El doctor Brown no se pronuncia sobre la identidad del lugar que ha descubierto y visitado: se limita a decir que se trataba de una pirámide sumergida, rodeada por otros edificios en ruinas. Sin embargo, está convencido

de que aquellos vestigios se extendían mucho más lejos bajo el fondo del mar y que la pirámide y las demás construcciones que llegó a ver solo eran una pequeña parte de un conjunto más vasto. Brown no quiere revelar las coordenadas de la pirámide que, de localizarse en las inmediaciones de las islas Berry, demostraría que el descubrimiento efectuado por Ari Marshall no es el único en aquella zona, concluye Berlitz.

Finalmente, en 1982, otra expedición dirigida por Herbert Sawinski, explorador, buzo y presidente del Museo de la Ciencia y de la Arqueología de Fort Lauderdale, exploró otra zona poco conocida del Triángulo de las Bermudas: una serie de bancos sumergidos, salpicados de escollos y de islotes sobre el nivel del mar, en varias zonas comprendidas entre los 23º 50’ y los 23º 30’ de latitud norte, y los 80º 30’ y 79º 40’ de longitud oeste. Se localizaron y fotografiaron amplias pavimentaciones de piedra a una profundidad de 8 m, junto a murallas o calles distintas de las primeras y también parcialmente cubiertas de placas de piedra. La muralla principal continúa hacia el mar abierto durante unos 400 m, y luego desaparece bruscamente en un abismo de un kilómetro de profundidad.

El otro extremo de esta muralla, o calle elevada, se bifurca cerca de la orilla y prosigue parcialmente costeando el litoral, a lo largo de algunos escollos a flor de agua: todo lo que queda de una isla mucho más grande desaparecida bajo el océano. En otro punto de esta meseta submarina los buzos, siguiendo un túnel bajo unas grandes rocas sumergidas, descubrieron una verdadera cantera submarina y pudieron observar bloques ya trabajados que todavía yacían en el fondo. Todos los intentos de fotografiar el lugar fracasaron debido a la mar gruesa y a la fuerte corriente, así como a la escasa visibilidad, refiere Berlitz.

Así pues, existen datos suficientes para concluir que efectivamente, cerca del continente americano, el océano esconde estructuras sumergidas que cada vez más reflejan las características de obras manufacturadas en tiempos remotos bajo la luz del sol.

Al margen de toda consideración específica, también las investigaciones oceanográficas más recientes realizadas en el Atlántico parecen proporcionar nuevos elementos a favor de la hipótesis de que toda la dorsal Atlántica esté caracterizada por una naturaleza antes insospechada. Concretamente, una investigación conjunta italo-rusa llegó a conclusiones interesantes, recientemente aparecidas en una prestigiosa publicación científica.[7] Todo ello en el marco del programa PRIMAR (Proyecto Ruso-Italiano sobre el Mid-Atlantic Ridge)

codirigido por el Instituto de Geología Marina del CNR de Bolonia y el Instituto de Geología de la Academia de Ciencias de Moscú (con la participación del Instituto Geomare de Nápoles y del Departamento de Ciencias de la Tierra de la Universidad de Pisa). Entre noviembre de 1991 y mediados de enero de 1992 el buque oceanográfico ruso *Akademik Nicolai Strakhov*, zarpado de Le Havre con la bandera roja de la URSS y retornado de la misión con el estandarte tricolor rojo, blanco y azul de Rusia, efectuó una serie de sondeos en el Atlántico que mostraron inequívocamente, desde el punto de vista geológico y vulcanológico, la intensa dinámica de la región atlántica, caracterizada por la migración de grandes fallas transformes, movimientos verticales de bloques tectónicos, emergencia y posterior hundimiento de islas: es decir, el cuadro en que desde siempre ha sido colocado por la tradición el drama de la Atlántida, que adquiere cada vez menos los contornos del mito y cada vez más los de una realidad geológica e histórica.

# 5

# Atlántida: datos biológicos y antropológicos

La Atlántida existió, dicen zoólogos y paleontólogos. Entre la fauna de las Azores, de Madeira, de las Canarias, de Cabo Verde, de las Antillas y de América central, se observan desde siempre unas analogías que solo pueden explicarse a través de una relación continental de estos territorios en una época determinada. Hay que señalar que si estuvieron unidos a América hasta una época relativamente reciente, antes se separaron de África, aunque esta se halle mucho más cerca, porque las concordancias entre estos territorios y África son mucho más antiguas. Se cree que en el Mioceno existía este espacio marino entre África y lo que podemos llamar la Atlántida. Antes de esta época, los cuatro archipiélagos mencionados más arriba formaban una sola tierra, unida al norte con España, al sur con Mauritania, mientras que al oeste se prolongaba hasta las Bermudas y las Antillas.

Los testimonios de la paleontología confirman y completan los de los geólogos. «Sumamente interesantes» son definidas al respecto por Giacinto Perrone[1] las conclusiones a las que llegó, hace más de ochenta años, el naturalista francés Louis Germain, que dedicó atentos estudios a la fauna y la flora de las Azores, de Madeira, de las Canarias y de Cabo Verde. Sus observaciones concluyeron (C. R. Acadèmie des Siences, 20 de septiembre de 1911) que, efectivamente, hacia mediados de la era Terciaria, los cuatro archipiélagos formaban una sola tierra, unida al norte con la península ibérica, al sur con Mauritania, al oeste con las Bermudas y con las Antillas. Al final del Terciario, como consecuencia de vastos movimientos orogénicos, se produjo el desmembramiento: primero una amplia fractura occidental aísla definitivamente el antiguo y el nuevo continente; después una profunda depresión lo separa del África actual. Lo que quedó habría formado la Atlántida de la que habla Platón. Pero durante el Terciario y hasta el Plioceno, el continente que abrazaba los archipiélagos había permanecido unido, como se ha dicho, a la península ibérica: así lo demuestra la supervivencia de los moluscos o de los vegetales del Plioceno en las Canarias y en las Azores.

También sir C. Wyville Thompson observó que algunos ejemplares de la fauna de la costa de Brasil, recogidos con su draga del fondo del mar, se parecen a los de la costa lusitana. Repetimos que el continente terciario del Atlántico tuvo que comprender al menos una parte de las Antillas, ya que no puede explicarse de otro modo la singular distribución de los moluscos *Oleacinidae*, que solo viven en América central, en las Antillas, en las Canarias, en las Azores y en una parte de la cuenca del Mediterráneo. Además, quince variedades de moluscos marinos viven solo en las Antillas y en las costas portuguesas; no se encuentran en ningún otro lugar, ni esta coexistencia puede explicarse mediante el desplazamiento de los embriones por las corrientes marinas. Por eso los zoólogos, al reunir todas estas observaciones, se han visto obligados a admitir la existencia de un gran continente miocénico, que primero se rompe por el lado de las Antillas, y después, en el Plioceno, por el lado de África, lo que originoó la isla de Poseidón.

La fauna actual de los cuatro archipiélagos de las Azores, de Madeira, de las Canarias y de Cabo Verde no es insular, sino continental. En particular, su fauna de moluscos es afín a la del Mediterráneo y distinta de la ecuatorial africana. La misma afinidad se observa también con la fauna de la era Cuaternaria. Como subraya Merejkowski, las formaciones cuaternarias de las Canarias son semejantes a las de Mauritania, comprendiendo en su seno las mismas especies de moluscos. Los gusanos de tierra, los oligoquetos *(Oligochaeta)* en las islas Canarias, también son de la familia de los de Europa meridional, según Germain.

Las lombrices que se encuentran en Europa y en África septentrional son idénticas a las de las islas del Atlántico. La deducción de estas dos observaciones es que en una época próxima a la nuestra —por lo menos, al final de la era glacial— las islas de los cuatro archipiélagos atlánticos estaban unidas al continente africano.

Pero eso no es todo: entre los moluscos actuales en las mismas islas existen supervivencias de las especies fósiles de la era glacial europea. Idénticas supervivencias se han conservado también en el reino vegetal: el adianto *(Adiantum reniforme)*, ahora desaparecido en Europa, pero conocido en Portugal, en la era del Plioceno, y que sigue viviendo en las islas Canarias y en las Azores. De lo que se infiere que el continente, que tiempo atrás abrazaba estos archipiélagos y estaba unido a la península ibérica hasta el Plioceno, se separó después.

Dos observaciones más: solo en las Antillas y en el litoral senegalés de

África viven quince especies de moluscos, lo que no puede explicarse a través del desplazamiento de los embriones, y la fauna coralina de la isla de Santo Tomé comprende seis especies, de las que una, además de en estas islas, solo se encuentra en las rocas submarinas de Florida, y cuatro solo en las islas Bermudas, lo que de nuevo no puede ser explicado por el desplazamiento de los embriones, porque su vida acuática es demasiado breve para ser transportada por las corrientes marinas.

Como señala Germain, «algunos aspectos de los insectos —por ejemplo, la mariposa *Setomorpha discipunctel*, conocida en las islas Canarias— se encuentran también en África y en América». Algunas especies de hormigas de las Azores también están en América. Del mismo modo muchas polillas y mariposas de las Canarias son idénticas a las americanas. Pero hormigas, polillas, mariposas y lombrices no pueden haber atravesado el océano. La única explicación posible es que en tiempos remotos hubiera tierra donde hoy reina soberano el mar.

Y todavía hay más. La foca de vientre blanco *(Monachus albiventer)* permanece próxima a la tierra y no frecuenta el mar abierto. Hay una especie en el Mediterráneo, otra en las Indias Occidentales; las dos especies están separadas por miles de millas del Atlántico, en el que tanto una como otra son desconocidas. La gran distancia que separa a estos mamíferos marinos parece indicar que sus antepasados hayan seguido una costa que hoy, en gran parte, ya no existe. Pero eso no es todo.

Los defensores de la Atlántida añaden: releamos a Platón. Entre los animales que Platón sitúa en el reino de los atlantes figuran los elefantes. Los elefantes surgieron en América bajo forma de *Pyrotheridae*, mientras que nada parecido existía en el mundo antiguo. Para llegar hasta él y dar a África los descendientes de su familia, hicieron falta puentes que los llevaran. Lo mismo puede decirse de los caballos, cuya estirpe tiene origen en el Nuevo Mundo, después cambia de hemisferio para acabar desapareciendo completamente de su país natal, hasta que sus últimos representantes serán devueltos por el hombre al país de origen. Y ocurre lo mismo con los puercoespines, con algunos mamíferos de agua dulce y otros, por no hablar de las numerosas formas inferiores, reptiles, moluscos, crustáceos, gusanos, etc., mientras que otros grupos, entre ellos, por ejemplo, muchos antílopes, hicieron el viaje en sentido inverso y pasaron —¿por dónde, si no por la Atlántida?— del monte bajo sudanés a las mesetas de Sierra Nevada. ¿Y entonces? Manzi sigue diciendo:

El desarrollo de la ley de evolución supone la existencia de progenitores. Por lo tanto, según este principio, nuestras razas actuales tuvieron antepasados menos evolucionados, y con rasgos muy claros de inferioridad física. Así, nuestro caballo es el descendiente evolucionado del prototipo, y la evolución se nota en el pie que poco a poco se ha modificado y ha perdido los dedos primitivos e inútiles para correr, y ha dejado subsistir un solo dedo cuya uña se ha convertido en pezuña. Es significativo que no se haya encontrado nunca en Europa, en Asia y en África un gran número de progenitores de nuestras especies actuales, que en cambio se han encontrado en estado fósil en las tierras americanas, aunque, sorprendentemente, los descendientes de estos progenitores no se hubieran encontrado en América en la época de su descubrimiento. Así, el progenitor del caballo, el prototipo, es un fósil americano. Tampoco se ha encontrado en Europa ni en África. Una de sus formas más evolucionadas es sin duda la encontrada en la región del Tíbet, pero la verdadera cuna del prototipo fue América. Ahora bien, el caballo, su descendiente, no existía en América en la época del descubrimiento, ni se ha encontrado en estado fósil, cuando en cambio ya pululaba en Europa, en Asia y en África. Necesariamente, pues, el caballo debió de migrar de América a Europa en una época muy lejana. Esta migración no pudo producirse a nado. Fue necesario, ciertamente, que hubiera un continente intermedio, en el que las formas prototípicas vivieron en vías de evolución, y del que se trasladaron, a través de este puente natural, a Europa y África. Pero, se dirá, ¿cómo explicar que el prototipo no haya evolucionado también en tierras americanas? Ello se deriva del hecho de que los terrenos donde se encontraron los fósiles del prototipo pertenecían a la Atlántida y fueron sumergidos varias veces. Los caballos se retiraron ante el agua invasora, y a través de la Atlántida ganaron las nuevas tierras que surgían del océano; después, cuando América a su vez resurgió de las aguas, no pudieron volver atrás, por la simple razón de que en aquel momento la Atlántida ya no existía o por lo menos solo existía en estado de isla. Así pues, América fue la cuna del caballo, del elefante, del camello, del rinoceronte, del alce irlandés, del gamo, del bisonte, del ciervo, del león. Todas estas especies se encuentran en estado fósil en tierras americanas y migraron poco a poco hacia Europa, África y Asia a través de este continente intermedio. Por consiguiente, hay que admitir forzosamente la Atlántida para explicar las migraciones de animales originarios de América, que no subsistían allí en la época de su descubrimiento.

Volviendo a los elefantes, animales que Platón nos dice que están presentes en la Atlántida, algunas representaciones controvertidas en dos monumentos mayas distintos siguen siendo hasta hoy motivo de discusión. La primera se refiere a la llamada «Estela B» de Copán, donde se encuentran esculpidos dos seres que parecen elefantes con los correspondientes *mahout* sobre el lomo. El monumento, dado a conocer por el fiel dibujo de sir Alfred P. Maudslay, fue dañado por desconocidos vándalos hace varios años. De ahí las acusaciones de Mitchel, en su libro sobre los mayas, a los arqueólogos contrarios a la idea de la Atlántida, de haber mutilado a propósito las estelas para eliminar pruebas contrarias a sus teorías. El escéptico L. Sprague de Camp[2] señala que los elefantes de la estela presentarían supuestas narices no en la punta de su supuesta trompa, sino en la raíz de este órgano (pero ¿lo son en realidad?), y que los ojos

de los animales serían demasiado redondos y rodeados por «plumas»; de ahí su explicación de que en realidad se trate de dos aves (dos papagayos) estilizados: una interpretación que, sin embargo, no pone a todos de acuerdo.

Igualmente desconcertante es la imagen aparecida en 1924 en el *Illustrated London News* acompañando el ensayo «Elefantes y etnólogos» de Grafton Elliot Smith, donde se ve un friso maya que representa un elefante con unos grandes colmillos (rotos) y trompa levantada (solo parcialmente rota), flanqueado por dos papagayos (esta vez no estilizados). Este bajorrelieve de piedra, que se encuentra en Palenque,[3] ha inducido a los arqueólogos tradicionalistas, muy conscientes del hecho de que el elefante no estaba presente en América, a sugerir que podríamos hallarnos ante la imagen estilizada de un tapir, animal existente en el Nuevo Mundo y primo lejano, a escala reducida, del rinoceronte. Como es evidente, los autores de las distintas interpretaciones tienen sus diferentes «claves de lectura». Un diálogo de sordos.

La Atlántida existió, dicen los oceanógrafos. Si se estudian las corrientes atlánticas a aquellas latitudes, resulta evidente que marcan el contorno de una cresta submarina para llegar al mar de los Sargazos, el mar abarrotado de algas señalado por muchos navegantes de la Antigüedad. Pero, prosiguiendo la investigación en aquellos lugares, se llega a resultados todavía más sorprendentes. Sabemos de hecho que las anguilas de la actual Europa realizan un viaje largo y peligroso hasta esta misma zona para depositar sus huevas. ¿Cómo explicar este alejamiento de los ríos, donde tienen la costumbre de vivir y donde regresan sus larvas después de una lamentable deriva que dura varios años? Es porque estos peces son los descendientes de los que poblaban los ríos y los estuarios de la costa noroeste de la Atlántida, concretamente en los parajes donde hoy se encuentran las Bermudas. Luego la Atlántida empezó a hundirse por la parte oeste. Las anguilas siguieron frecuentando los mismos lugares para depositar sus huevas, siguiendo, como hacen todas estas especies migratorias, el lecho de los ríos, ahora en parte submarinos. El hundimiento no ha cesado y las anguilas lo han seguido, siglo tras siglo. Evidentemente, es imposible comprender las costumbres de estos peces si no se tiene en cuenta este hecho.

La Atlántida existió, dicen los botánicos. Y las pruebas no faltan. Lo que es cierto para la fauna también lo es para la flora. Los botánicos se han visto llevados, por las mismas razones, a las mismas hipótesis. Ungeer y Osvaldo Heer, especialmente, han defendido la existencia de un continente terciario, que podría proporcionar la única explicación posible de la analogía entre la flora

miocénica de Europa central y la actual de América oriental. Algunas plantas migraron de América a Europa. Y, además, está la famosa cuestión del plátano. Esta planta paradójica solo resulta fácilmente explicable con la hipótesis de la Atlántida. Es una planta, no un árbol, una especie de lirio monstruoso, compuesto de hojas, sin partes leñosas, que sostiene racimos de 25 o 30 kg, lo que está en desacuerdo con las leyes naturales, e implica un cultivo inconmensurablemente antiguo. Por otra parte, si el plátano se encuentra en estado silvestre en el Extremo Oriente, las especies cultivadas son casi siempre estériles, y sabemos que la esterilidad es el resultado de una larga selección, de cara a un aprovechamiento utilitario, es decir, a la obtención de una masa hipertrófica de frutos carnosos que exige grandes cuidados de abono e irrigación. Sin embargo, el «árbol del paraíso, el árbol de los sabios» —observemos estos nombres— es conocido en toda la Antigüedad con sus virtudes actuales. ¿Es entonces la primera de las plantas cultivadas, anterior al mismo trigo? Pero ¿qué significa entonces su presencia entre los pueblos de Perú y de México cuando llegaron los españoles, mientras que en América no existe en ningún otro lugar en estado silvestre? Significa que ha sido importada. Si los testimonios más antiguos señalan la presencia del alimenticio plátano, abundante y autóctono, en todas las islas tropicales del mundo antiguo y del nuevo, ¿cómo es posible negarse a admitir que estos archipiélagos solo pueden ser las cumbres sobresalientes de un gran continente desaparecido, centro de una civilización avanzada?

El plátano —observa Manzi— no es más que una planta herbácea evolucionada a través del cultivo; solo se reproduce por barbados y se transporta con mucha dificultad. Son necesarios todos los cuidados que la ciencia moderna pone en sus experiencias para realizar el transporte de plantas de plátanos. Ahora el plátano se encuentra en África y América. Por tanto, ha sido necesario que este producto de una civilización fuese llevado de un país a otro, y, como no puede ser transportado, ha tenido que haber entremedio un continente, que le ha permitido migrar poco a poco y a través de sucesivos barbados. O ha migrado naturalmente a través de barbados, o ha sido transportado por hombres de una avanzada civilización y en una época muy remota, ya que el plátano es conocido desde hace muchísimo tiempo. Estos hombres no pueden ser ni los pueblos antiguos que conocemos, ni los pieles rojas, ya que ni unos ni otros tenían los medios para realizar un transporte tan delicado.

Además, añade el mismo autor, está demostrado que en el País Vasco existe

una flora local que no se parece en absoluto a la europea y parece haber sido importada de América. La *Helix quimperiana* y la *Helix constricta* son productos de la flora americana y, curiosamente, la *Helix quimperiana* en Francia solo se encuentra en el País Vasco francés y en los alrededores de Quimper, dos tierras que según la tradición pertenecieron a la Atlántida.

Según el doctor René Malaise, del Museo de Historia Natural de Estocolmo, el análisis de las muestras de sedimentos recogidos en el fondo del océano Atlántico, al oeste de la costa africana, por una expedición oceanográfica sueca, puede contribuir a resolver el misterio de la Atlántida. En la revista geográfica sueca *Ymer*, Malaise ilustra los resultados obtenidos por el doctor P. W. Kolbe, del mismo instituto, en el curso de sus estudios realizados sobre análogas muestras de sedimentos. Estos contenían diatomeas, formas de algas microscópicas que existen en el agua dulce y en la salada. En la parte inferior de una de estas muestras, las diatomeas eran solo de agua dulce. Según el autor, esto demuestra que los sedimentos en otros tiempos formaban parte de un lago, y que también la parte meridional de la cadena Mesoatlántica en otros tiempos emergía del océano. La botánica lo confirma, pues, de forma definitiva. La entomología, por su parte, presenta idénticos resultados.

Por último, desde el punto de vista científico-naturalista, solo admitiendo la existencia de la Atlántida puede explicarse que la fauna y la flora fósiles de América hayan podido trasladarse a Europa y alcanzar allí un grado de evolución que en América no conocieron. Esta Atlántida, inmensa, como hemos dicho, en los albores del Terciario, fue disgregándose poco a poco como consecuencia de tremendos movimientos telúricos hasta reducirse esencialmente a la isla que Platón llama Poseidón.

Termier se pregunta:

> ¿Cómo no sorprenderse por la casi perfecta concordancia de estas deducciones zoológicas con la geología?

Y concluye:

> ¿Y quién, ante la coincidencia de pruebas tan distintas, podría seguir dudando de la existencia, hasta un tiempo relativamente próximo al nuestro, de vastas tierras en aquella parte del Atlántico que se encuentra a occidente de las Columnas de Hércules? No sabemos más, pero esto es suficiente para considerar verosímil la subsistencia, durante mucho tiempo después de la apertura del estrecho de Gibraltar, de algunas de aquellas tierras y, entre ellas, de la maravillosa isla que Platón llamó *Atlántida*.

> Queda una cosa por demostrar: que la catástrofe de la isla fue precedida por la transmigración de pueblos en la parte occidental de Europa. El cataclismo está fuera de toda duda. Pero ¿existió un hombre que lo vio y lo pudo recordar? Todo el problema está aquí, problema del futuro […]. Pienso en el último día de la Atlántida: ¿no será muy parecido el último día de la humanidad?

Sea como sea, según Edward Hull «la flora y la fauna de los dos hemisferios confirman la hipótesis de los geólogos de un centro común, situado en el Atlántico, donde se originó la vida orgánica, y también la hipótesis de la existencia de grandes puentes continentales que unían las orillas del océano al sur y al norte, antes y durante la glaciación».

«¿Podemos concretar un poco más? —se preguntaba a su vez Moreux—. ¿En qué momento esta Atlántida habría descendido bajo las aguas, sin dejar aflorar sobre la superficie marina más que los islotes volcánicos de las Azores, Madeira y las Canarias? Si el hombre vivió al final del Terciario, la respuesta importa poco: los primeros representantes de la humanidad pudieron asistir al hundimiento.» Y más adelante: «Científicamente, creo yo, no debería estar permitido dudar. Sí, la Atlántida existió y estaba ciertamente, en los albores del Cuaternario, allí donde Platón la había colocado, en aquella región donde se observan las dos grandes fracturas atlántica y mediterránea, y que es una de las partes más inestables de todo el planeta».

Todas estas pruebas biológicas parecen confirmar, pues, la teoría de la Atlántida. Pero hay más. La Atlántida existió, dicen los antropólogos y los etnólogos. En efecto, también los estudios antropológicos llevan a pensar que en otros tiempos hubo tierras habitadas por el hombre en el Atlántico. Los arqueólogos saben que hace muchos miles de años Europa fue visitada por una raza nómada, a la que se ha llamado cromañón. A juzgar por los esqueletos de los cromañones (descubiertos en una cueva cerca del pueblo de Crô-Magnon, en Francia), la estatura media de los hombres de esta especie era considerablemente superior a un metro ochenta. Los hombros eran muy anchos y los brazos cortos en comparación con las piernas, lo que indica un alto grado de desarrollo, muy lejos de los restos de semiantropoides encontrados en otros lugares. Las tumbas de los cromañones revelan un arte muy avanzado en varios campos. Las paredes de sus cuevas estaban adornadas con dibujos y pinturas y muchas veces con bajorrelieves, representando hombres y animales en sus justas proporciones y con tal gracia, técnica y fidelidad a la realidad que revelan un gusto estético muy

desarrollado, en muchos aspectos igual al de los tiempos modernos. Un pueblo que producía dichas obras de arte no puede considerarse un pueblo de salvajes, sostiene justamente René Malaise.[4]

Pues bien, ni en la Europa central, ni en la oriental, se han encontrado huellas de esta civilización de los hombres de cromañón. Su centro está en la Europa suroccidental, y debió de aparecer cuando el resto del continente todavía estaba habitado por una especie no muy lejana del tipo semiantropoide hoy conocida como hombre de neandertal. Una civilización tan avanzada no puede haberse formado en pocos siglos: ciertamente era el resultado de una progresiva evolución acaecida en otra parte a lo largo de muchos milenios. Pero ¿dónde? ¿Y cómo había llegado a Europa? Desde luego no de un Edén en Oriente —donde, según la tradición, nació la raza humana— por lo que hemos dicho más arriba, y desde luego no del norte. La raza que introdujo aquella civilización en Europa tuvo que llegar forzosamente del oeste o del suroeste. Y tuvo que llegar por tierra, porque entre los vestigios de esta raza no se ha encontrado ni una sola embarcación, ni un solo dibujo que la represente.

Otros dos elementos nos demuestran que muy probablemente esta es la verdad: el primero es que la lengua vasca no tiene afinidades lingüísticas con ninguna otra lengua europea, pero su estructura gramatical se parece mucho a las lenguas indígenas del vasto continente americano. El segundo es que el parecido entre las calaveras de cromañones en Europa y las calaveras prehistóricas de Lagoa Santa en Brasil hace pensar en un tipo humano similar: aquel del que desciende el hombre moderno.

Etnológicamente hablando, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, también las antiguas creencias religiosas muestran muchas afinidades que parecen indicar un origen común. Bochica, el héroe de los indios chibcha de Colombia que lleva el mundo sobre sus hombros, es solo una servil variación del mito de Atlante de la Grecia antigua. El titán que se rebeló contra Zeus (e hijo de Jápeto y de Asia) es homónimo del hijo de Poseidón, primer rey de la Atlántida:

> Una vez era conocido
> un dios cargado de cadenas:
> el titán Atlante, encorvado
> y oprimido, que sostiene
> sobre sus hombros poderosos
> el infinito arco del cielo.
>
> ESQUILO

Hay pirámides tanto en Egipto como en América. La maya de Palenque, ha sido confirmado, tenía para el monarca Pacal, en Yucatán, la misma función funeraria que las edificadas para los faraones egipcios. Estas culturas compartían un interés común por la astronomía (determinadas torres, estructuras piramidales y otros edificios eran utilizados específicamente como observatorios), y desarrollaron un refinado conocimiento de las estrellas, de los planetas y del cómputo del tiempo. Sus pirámides en terrazas o escalonadas testimonian todavía hoy el antiguo esplendor, desde Saqqara a Chichén Itzá, de Teotihuacán a Guiza: monumentos sin tiempo de los que aflora una tradición y cultura común, hoy también extendida a las civilizaciones andinas.

El 30 de diciembre de 1975, Landsat II, un satélite ERTS, durante sus operaciones normales, hizo una serie de fotografías a unos 13º de latitud sur y 71º 30’ de longitud oeste, sobre las junglas del Perú suroriental, desde una distancia comprendida entre las 550 y las 480 millas marítimas (1.020/1.075 km). Ahora bien, una de estas fotografías mostraba una serie de ocho misteriosos puntos que posteriormente resultaron ser protuberancias en parte sombreadas, dispuestas en dos filas paralelas y equidistantes una de otra. En las fotografías infrarrojas las alturas resultaban blancas, como montañas, señal de que estaban hechas de piedra. Se encontraban en plena jungla, a pocos kilómetros de un relieve rocoso que marcaba el límite del altiplano andino. Precisos cálculos realizados por el Instituto de Arqueología Andina de Lima, basados en las fotos del Landsat II, establecieron que cada punto representaba un objeto un poco menos alto que la gran pirámide de Keops, en Egipto.

Se hicieron entonces reconocimientos aéreos a cotas bajas sobre la zona fotografiada por el satélite; de esta forma fue posible comprobar que se trataba, presumiblemente, de pirámides cubiertas por la tupida vegetación de la jungla, y que no eran ocho, sino doce, porque las fotos del Landsat II mostraban otras cuatro pirámides más pequeñas, también dispuestas a lo largo de dos filas paralelas. Se llevaron a cabo varios intentos para alcanzar esa zona vía tierra, intentos comprometidos por la terrible e impenetrable jungla, tanto que algunos exploradores murieron en el intento y otros se perdieron. La jungla oculta peligros mortales: serpientes venenosas, insectos e indios claramente poco sociables, dados a recibir a los intrusos con silenciosas cerbatanas y largas flechas, y que están convencidos de que la zona es una ciudad sagrada de los «Grandes Antiguos».

Astronomía, matemáticas y arquitectura aparte, los «Grandes Antiguos»

también han dejado sus huellas en una visión común de ultratumba, a ambos lados del Atlántico. En efecto, la momificación de los muertos que se hacía en Egipto se encuentra también en México y en Perú, y entre los guanches.

No puede ser una simple coincidencia que pueblos divididos por un inmenso océano hayan tenido tantas cosas en común, en una época en que atravesar aquel océano debía de ser imposible. Además, muchos arqueólogos opinan que buena parte de lo que se llama egipcio tuvo origen en otro lugar y llegó a Egipto desde occidente, como nos dicen las tradiciones. ¿De dónde? Una solución lógica sería pues que la Atlántida haya existido y allí surgiera aquella civilización que luego se difundió a oriente y occidente, cuando aquel continente empezó a desintegrarse.

El escritor Jean Carrère, en su libro *El final de Atlantis*, narra un supuesto éxodo de los supervivientes atlantes hacia la desembocadura del Adour para ir a vivir al País Vasco. Y es que el misterioso idioma euskera, según algunos filólogos y glotólogos, fue salvado del naufragio de la Atlántida, en las cimas de los Pirineos, por los vascos. Por ejemplo, Clemente Markham, en la introducción de un libro sobre sus viajes a la Amazonia, cita a los tupíes o guaraníes, a los omaguas y a los panos, y en Perú a los quechuas: pueblos divididos en tribus, que hablan idiomas diferentes pero inteligibles en buena parte a través de la nueva lengua transmitida por los jesuitas. Los kaingang, por ejemplo, son tribus dispersas de la gran nación tupí, cuyo idioma actual (alterado) tiene sus raíces en el tupí. En algunas palabras de este idioma, que tiende a desaparecer, se encuentran semejanzas con el vasco, recuerda Emanuele Portal.[5] Este idioma fue estudiado por Ambrosetti en *Los indios Kaingangues de San Pedro* (Buenos Aires, 1895) y en *Lenguas del grupo Kaingangue* (1897).

Entre los ejemplos citados para demostrar la afinidad del euskera con los idiomas americanos, vale la pena recordar alguno a título indicativo:

*a) Uga* o *iga* en guaraní significa ‘lo que flota’ y se aplica especialmente a las canoas. En euskera, *igas* significa ‘ir’. La canoa, que practica la pesca con fuego, se llama (de ahí la italianización piroga) *piruga* = ‘piragua’ alterado. La raíz *pir*, en efecto, equivale a *fuego* en los idiomas americanos y también europeos (*cfr*. el italiano *pira*). *Pir-enia* (Pirineos) en euskera significa ‘fuego admirable’, símbolo del sol, como *pir* en griego (de ahí el topónimo helénico Pireo, porque un fuego nocturno indicaba la entrada del puerto de Atenas).

*Pir* en *pirámide* se refiere al hecho de que aquellos monumentos fueron levantados en honor del Sol representando la forma de la llama, que es piramidal, como es piramidal el signo con el que los brahmanes en la India marcaban la frente de los adoradores del fuego: un triángulo estilizado.

*b)* Los pueblos de la tribu tupí o guaraní fueron grandes navegantes y con *ugaruga* indicaron el jergón, el lecho, el asiento. Esta palabra, *uga* = 'canoa', si se contrae se convierte en *garupa, gurupa, grupa* (grupa de caballo), observa Portal.

c) *Naboria* = 'esclavitud' en indio. En euskera *nabu* = 'señor', y *aboria* = 'trabajar'; por tanto 'trabajar para el señor', 'ser siervo'.

Siempre en el campo de las hipótesis sobre las similitudes entre el vasco y las lenguas americanas, Whitney opina que estas se derivan de una sola y única madre, de cuyo tronco se han ido alejando lentamente a lo largo de los siglos. Y Vaitz expresa la misma idea así: «Las lenguas de los indígenas de América tienen una serie de rasgos comunes en sus estructuras, que las diferencian de las lenguas del resto del mundo». Algunos de estos rasgos se encuentran en el euskera. Wilhelm von Humboldt señaló la analogía entre el vasco y los dialectos americanos: especialmente de los delaware y de los chippewa.

De Charencay, en su obra *Des affinités de la langue basque avec des idiomes du Nouveau Monde* (1867) dice: «Sin duda las lenguas de América se diferenciaron del vasco, pero en algunos casos tienen muchos puntos de contacto».

Baudrimont, en su *Histoire des Basques ou Escualdunais primitifs*, sostiene la misma tesis y cita varias palabras comunes a los idiomas americanos y al euskera. El profesor Gaffarel, en las *Relations d'Amérique avec le Monde Nouveau*, resume estas opiniones y establece que la conjugación del vasco es casi calcada a la conjugación de los verbos de las lenguas amerindias del norte. Portal recuerda también: Broca, *Sur l'origine et la repartition de la langue basque*; Winson, *Le Basque et les langues americaines*; Duvoisin, *Étude sur la langue basque*; Van Eys, *Grammaire comparée des dialectes basques*.

Y en las islas Azores encontramos otra sugerente curiosidad lingüística. Como nos recuerda Charles Berlitz, cuando los portugueses pisaron por primera vez las Azores, no encontraron ningún rastro de las antiguas poblaciones autóctonas que habían vivido allí mucho tiempo antes, como se desprendía de señales evidentes: por ejemplo, en la isla de Corvo todavía se erigía la estatua de

un guerrero a caballo orientada a occidente. Desgraciadamente, mientras la estaban desplazando para enviarla al rey de Portugal, la estatua se rompió y sus pedazos, enviados igualmente al rey, al final se perdieron. Una singular leyenda relativa a esta estatua cuenta que era llamada *Caté* o *Catés*. Esta palabra no recuerda al vocablo de una lengua europea, sino del Nuevo Mundo: el quechua, es decir, el idioma hablado por los incas de la América meridional. En el lenguaje quechua *catí* significa 'aquel camino', en otras palabras, 'la vía hacia las Américas'. ¿O hacia la Atlántida?

Los datos tradicionales de base inexplicablemente comunes a culturas que en cambio habrían debido resultar incomunicables (en cuando divididas por un océano insuperable en aquellos tiempos) no solo comprenden aspectos lingüísticos, módulos artísticos, pirámides, leyendas de un gran diluvio, cómputo de los días, de las fases lunares y de festividades particulares (el día de los muertos, el Halloween anglosajón, se celebraba tanto en México y Perú precolombinos como entre los druidas celtas de las islas británicas y de Europa occidental). Incluso algunas carreras y algunos juegos eran casi los mismos: así el parchís de Persia y de la India se jugaba también en el antiguo México bajo el nombre de *patolli*. Y los enigmáticos vascos, considerados por muchos, como hemos visto, posibles descendientes de los atlantes, compartían con los aztecas y los mayas una verdadera pasión por el «juego de la pelota» y otras competiciones con la pelota, con la alarmante diferencia de que, en América, quien resultaba derrotado perdía la vida además del partido. Los vascos, los mayas y los osetos del Cáucaso tenían además una singular y extraña característica en común: el factor Rh negativo en la sangre. Y si bien es cierto que una minoría de estas características comunes puede ser la consecuencia de esporádicos viajes transoceánicos, contactos aislados e integraciones fortuitas, es mucho más lógico suponer que tantas similitudes y analogías hayan sido fruto, en cambio, de pasajes continuados de oriente a occidente y viceversa, a través de una zona central del Atlántico: la isla de la Atlántida, como tantas leyendas comunes a pueblos tan lejanos sugieren, concluye Charles Berlitz.

Ignatius Donnelly, miembro del Congreso, vicegobernador de Minnesota y candidato a la vicepresidencia de Estados Unidos (que en 1882 publicó un potente ensayo sobre la Atlántida considerando que efectivamente había existido, *Atlantis: Myths of the Antediluvian World*), quizá no estaba tan lejos de la verdad cuando afirmaba que «los dioses y las diosas de los antiguos griegos,

de los fenicios, de los hindúes y de los escandinavos, solo eran reyes, reinas y héroes de la Atlántida, y las empresas que la mitología les atribuye son un confuso reflejo de hechos y acontecimientos históricos».

# 6

## Atlántida: hacia los datos históricos

Aunque los ambientes científicos y académicos todavía no se hayan dado cuenta, en líneas generales la fecha proporcionada por Platón para el final de la Atlántida —considerada un cuento durante mucho tiempo— ha sido «tocada» por los recientes descubrimientos geológicos, oceanográficos, biológicos y antropológicos atribuibles a aquel período. Pero no disponemos de ningún documento escrito de los pueblos de hace doce mil años y tampoco estamos en condiciones de reconstruir su historia según un criterio tradicional. Y, sin embargo, debemos intentar hacerlo igual, entre mito e historia.

Según la tradición platónica, los atlantes habían llegado hasta Europa y África. Como nos recuerda Demetrio Merejkowski, justo en la embocadura de Gibraltar, cerca de la actual Cádiz, en la antigua Gades o Gadir *(Gadeiros)* que recibió su nombre de la región de Gadir situada en la orilla opuesta *[epihorion Gadeiron]*, parte de la Atlántida según el mito de Platón, se encontraba la ciudad inmemorablemente antigua de Tartessos: *Tartessos* de los itálicos y de los griegos, *Tarsis (Tarshish)* de los judíos, *Tursha* de los egipcios. No faltan estudiosos contemporáneos que sitúan allí la Atlántida de Platón (desde Schulten a Hennig). Pero probablemente Tartessos, en su origen, no era más que una colonia de los atlantes, la gran capital mediterránea de la Edad del Bronce: la vía desde el reino del Bronce, desde la Atlántida, hacia el reino de la Piedra, Europa-Asia, tal vez comienza aquí, en Tartessos. Para nosotros aquí comienza la historia, porque todo el sentido histórico de lo que llamamos «Atlántida» no es más que el paso de la Piedra al Bronce, dice Merejkowski.

Y como el Egipto de Sais se remonta a una antigüedad de seis mil años, a una época anterior a las pirámides, también «los turdetanos [los de Tartessos] tienen libros, leyes y poemas que se remontarían a hace seis mil años», dice Estrabón. De tres mil a seis mil no hay tanta diferencia para un cómputo de los tiempos de este orden. Si se recuerda lo ocurrido hace seis mil años, también se puede recordar lo que ocurrió hace nueve mil seiscientos años: es decir, el final de la Atlántida.

Quizá también el profeta Isaías, prediciendo el futuro a *Tarsis*, a Tartessos, recuerda el pasado: «Aullad, naves de Tarsis, porque destruida es Tiro […]. Jehová de los ejércitos lo decretó, para envilecer la soberbia de toda gloria [recordemos la "soberbia", *hybris*, de los atlantes en el mito platónico], de todas las altas montañas […] y de todas las excelsas torres […] y de todos los sólidos muros y de todas las naves de *Tarsis*», como antaño las de la Atlántida, observa Merejkowski.

Si bien, según Schulten, Tartessos se remonta al Neolítico, adquirió una rival en los tiempos históricos. En torno a 1100 a. C. los fenicios fundaron una colonia en otra isla, luego convertida en península, 32 km al suroeste de Tartessos, en la desembocadura del Guadalete. Llamaron a esta colonia *Ha-gadir*, 'el seto' o 'la empalizada', de la que derivan la clásica Gades y la moderna Cádiz. De la misma raíz proceden también los nombres de la actual Agadir en Marruecos, y de Gadiro, uno de los hijos de Poseidón en la historia de Platón.

Tartessos y Gades coexistieron hasta la llegada del Imperio cartaginés. Entre 533 y 500 a. C., los cartagineses estuvieron muy activos en las Columnas de Hércules: mandaron a Hannón a lo largo de la costa occidental africana, sometieron a Gades y en el año 509 a. C. arrancaron a Roma un tratado que confirmaba su monopolio en occidente. Al mismo tiempo, mandaron a otro general, Imilcon, a explorar las costas externas de Europa.

¿Y Tartessos? Nadie sabe qué fue de ella, pero después del viaje de Imilcon no volvió a oírse hablar de la ciudad, y se sospecha que, durante su viaje, el general cartaginés podría haber liquidado a la competencia. Los geógrafos más tardíos confundieron tal vez Tartessos con Gades, o con las pequeñas ciudades de Calpe y Carteia cerca de Gibraltar, nos recuerdan L. Sprague de Camp y W. Ley. Tartessos ha sido indicada varias veces como una colonia originaria —o, si se prefiere, una base naval— de la Atlántida en Europa. Y hay más. También ha sido asociada a la mítica Esqueria descrita por Homero en la *Odisea*.

Las semejanzas entre la Tartessos histórica, la homérica Esqueria y la platónica Atlántida han sido relacionadas por el geógrafo alemán Richard Hennig, y el cuadro que reproducimos más adelante es un resumen de su esfuerzo. La principal diferencia entre las tres ciudades consiste en el hecho —y no es poco— de que, respecto a las otras dos, la Atlántida debería haber surgido sobre una isla. En cuanto a la Esqueria de Homero, no se especifica si está situada en una isla, sino solo que surgía cerca de un gran río, lo que hace pensar más bien en un continente. Ahora bien, considerando que en Platón la

descripción del palacio real de la Atlántida es muy parecida a la descripción de Esqueria, la ciudad de los feacios, que hace Homero en la *Odisea*, en este poema Esqueria es una ciudad realmente existente, en el extremo occidente. ¿Tartessos? Es posible. Sobre la colocación de Esqueria, Homero en la *Odisea* nos dice que los feacios, sus fundadores, «habitaron en la espaciosa Hiperea»:

> Mientras así dormía el paciente y divino Odiseo rendido de sueño y de cansancio, Atenea se fue al pueblo y a la ciudad de los feacios, los cuales habitaron antiguamente en la espaciosa Hiperea, junto a los cíclopes, varones soberbios que les causaban daño porque eran más robustos. De allí los sacó Nausitoo, semejante a un dios: condújolos a Esqueria, lejos de los hombres industriosos, donde hicieron morada.

Por otra parte, Tartessos no se encontraba en una isla, todo lo más podría haber surgido en una isla formada por varios ramales del Guadalquivir, y en cualquier caso habría que demostrarlo. ¿Tartessos entonces no era la Atlántida, sino una fortaleza en el Mediterráneo? Ciertamente es significativo que Tartessos remita a la Atlántida, isla-continente, así como la homérica Esqueria remite a la «espaciosa Hiperea» no mejor identificada. Pero veamos otros puntos de contacto.

| *Tartessos* | *Atlántida* | *Esqueria* |
|---|---|---|
| Situada en el extremo occidental de Europa. Ciudad riquísima. | Isla a occidente de Gibraltar. País antiguo y rico. | En el extremo oeste, «en los confines del mundo», próspera. |
| Cerca de la desembocadura de un gran río, pero no directamente en la costa. | Ciudad principal no en la costa, sino junto a un canal. | Esqueria se encuentra cerca de la desembocadura de un gran río, pero no es visible desde el mar. |
| Actividades comerciales que implican muchos viajes por mar. No se sabe si sus habitantes construían. | Puerto y astilleros llenos de trirremes. | Por antonomasia, sus habitantes eran los mejores marinos del mundo; poseían las naves más veloces y «no se preocupaban directamente sus naves de arcos ni de flechas». |
| Se ignora el aspecto de la ciudad, que conoció un largo período de prosperidad. | Altos muros y torres, ningún enemigo amenazó nunca a la Atlántida. | Aunque «Muros excelsos […] admirables de ver», aunque «ningún enemigo se atreve a turbar nuestra paz». |
| Se ignoran los detalles de la construcción principal, que se dice «dominante»(¿sobre una colina?). | Castillo de estructura compleja y de barbárico esplendor. | El castillo tiene paredes de cobre, puertas de plata con tiradores de oro y umbrales de bronce. |
| Decir Tartessos y Gades era lo mismo que decir «templo de Hércules». | Espléndido templo de Poseidón. | Templo de Poseidón, en una explanada cuadrada. |

| | | |
|---|---|---|
| | | «Pavimentada con adoquines extraídos de las canteras y profundamente incrustados»; en la época, una calle pavimentada era el máximo del lujo. |
| A este templo se le atribuyen fuentes, una caliente y una fría. | Templo de Poseidón con dos fuentes, una caliente y otra fría. | Dos fuentes en el jardín del castillo. |
| Tartessos y Gades, dos ciudades a escasa distancia una de otra. | Atlante y Gadiro, hijos gemelos de Poseidón; Atlante, soberano de otros nueve reyes. | Alcinoo, nieto de Poseidón, soberano de otros doce reyes. |
| Aparentemente no existían relaciones comerciales directas entre Tartessos y la *oikoumene* mediterránea. | Ninguna relación comercial entre los atlantes y los griegos. | Los esquerianos «viven aislados […] y nunca nos visitan a los mortales». |
| Amplia llanura a espaldas de la ciudad; montañas al norte. | Montañas al norte; al sur de estas, una extensa llanura. | Esqueria surge cerca de una llanura transitable para carros y otros vehículos. |
| Marea de tres metros en la desembocadura del Guadalquivir. | | Cuando Ulises llega a Esqueria, la corriente del río está contenida por el flujo de la marea. |

Semejanzas, evidentemente, las hay. Se cierne la sombra de la Atlántida. Pero solo la sombra. Algunos detalles, en efecto, no encajan en el cuadro de Hennig. Entonces ¿el modelo de la Atlántida de Platón era realmente Tartessos, con algunos añadidos extraídos de Homero? ¿O, en cambio, no es más probable que sea lo contrario? A nosotros nos parece bastante más lógico suponer que la Tartessos antigua fuera si acaso una cabeza de puente —estratégica, económica y quizá cultural— de la Atlántida, madre patria perdida o potencia amiga y aliada. No sería el único ejemplo, por otra parte, como veremos.

El historiador Diodoro Sículo, en la *Biblioteca histórica*, refiere una serie de noticias relativas a las relaciones de los *atlánticos*, poblaciones de África septentrional unidas a la Atlántida, con la ciudad de las amazonas en el lago Tritónida:

> Afirman que había en las regiones del oeste de Libia, junto a los límites del mundo habitado, un pueblo gobernado por mujeres y celoso de una vida distante de la nuestra. Era costumbre de las mujeres trabajar en los asuntos de la guerra […].

> Cuenta el mito que habitaban una isla llamada Héspera por hallarse hacia poniente, situada en el lago Tritónida. Este se halla cerca del océano que circunda la tierra y es llamado a partir de cierto río Tritón, que desemboca en él; aquel lago está situado cerca de Etiopía y del monte a orillas del océano, que constituye el más grande de esos lugares, precipitándose hacia el océano, y es denominado Atlas por los griegos. La isla antes citada es de buen tamaño y está llena de árboles frutales de toda clase […]. Vencieron a muchos libios y nómadas vecinos y fundaron una ciudad grande dentro del lago Tritónida, a la cual denominaron Quersoneso [‘península’] por su forma. (III, 53)
>
> Extendiéndose desde esa ciudad [continúa el relato], las amazonas acometieron grandes empresas, pues les invadía el deseo de atacar muchas partes del mundo habitado. Se dice que marcharon primero contra los atlantes, los varones más civilizados de aquellos lugares, y que ocupaban un territorio próspero y de grandes ciudades; entre los cuales, afirman que se cuenta en el mito, se produjo el nacimiento de los dioses, en los lugares a orillas del océano, de acuerdo con los mitólogos griegos, sobre lo cual trataremos parte por parte un poco después.
>
> Se dice, pues, que Mirina, que reinaba entre las amazonas, constituyó un ejército de treinta mil infantes y de tres mil jinetes […]. Después de atacar el territorio de los atlantes que habitaban la llamada Cerne, vencieron en el combate […], los atlantes entregaron aterrorizados las ciudades mediante un tratado y proclamaron que harían todo lo que se les ordenase y la reina Mirina, comportándose benévolamente con ellos, les concertó su amistad y fundó una ciudad homónima de sí misma en lugar de la arrasada; estableció en ella a los prisioneros y a los nativos que quisieron […]. Hostigados muchas veces los nativos por las denominadas gorgonas, que eran sus vecinas, y teniendo por lo general al acecho a este pueblo, afirman que Mirina invadió el territorio de las antes citadas, al ser solicitada por los atlantes. Cuando las gorgonas se le opusieron, se produjo una dura batalla y las amazonas, tras conseguir la victoria, aniquilaron a muchísimas de sus oponentes y capturaron no menos de tres mil; huidas las otras a cierto lugar boscoso, Mirina se dedicó a incendiar la selva, en un esfuerzo por eliminar absolutamente a este pueblo, pero, como no pudo lograr su propósito, regresó hacia los límites de su territorio. (III, 54)
>
> Y las gorgonas, tras prosperar de nuevo en tiempos posteriores, fueron vencidas por Perseo, el hijo de Zeus, en la ocasión en que reinaba sobre ellas; al final, fueron totalmente eliminadas por Heracles, ellas y también el pueblo de las Amazonas, en la ocasión en que, tras su llegada a los lugares de hacia el ocaso, levantó las Estelas de Libia […]. Y se dice que el lago Tritónida desapareció, al producirse unos seísmos, y se quebraron sus partes orientadas al océano. (III, 55)

La ciudad del lago Tritónida, destruida por un seísmo (o mejor dicho, por un verdadero maremoto) tal vez coincidiendo con la destrucción catastrófica, en el océano, de la misma Atlántida, era pues aliada de los *atlantioi*, pueblo de estirpe atlante, como probablemente también la de Tartessos. La Atlántida, evidentemente, era tal potencia que condicionaba también a distancia de espacio y de tiempo el tablero geopolítico euro-africano del momento. Y también el del África negra en sus regiones atlánticas.

Los primeros viajeros, españoles y portugueses de los siglos XV y XVI, también encontraron en la Costa de Oro de Guinea prodigios casi idénticos de una antigua cultura, como en Perú y en México, llevados quién sabe cuándo y de dónde a aquellas intransitables selvas tropicales y pantanos, en una región de salvajes caníbales.

El principal dios en la actual Guinea, la antigua Ufa, es el dios del mar Olokun. Allí, en la tierra de los yorubas y de los yabadan, en la ciudad sagrada de Ife, cerca de la desembocadura del Níger, se encontró una cabeza de Olokun, fundida en bronce, de maravillosa factura, del siglo I a. C., de la misma época que Salomón, nos dice Frobenius. Con la diadema real —un simple aro entre dos hileras de perlas, con una estrella celeste o marina de la que sobresale la estaca fálica—, he ahí a un Poseidón negro de pómulos y nariz anchos y de labios gruesos, carbonizado por el sol de África y envuelto en la frescura del Atlántico: casi gemelo del paleomexicano Tlaloc, que encontramos en la orilla americana del océano, y de las ciclópeas cabezas monolíticas olmecas de evidentes rasgos negroides. Todo eso desaparece después sin dejar rastro, como por ensalmo, al primer contacto con los europeos, con nuestro aguardiente y el látigo. Solo se ha conservado un confuso recuerdo en los diarios de viaje de los primeros exploradores, comenta Merejkowski.

¿Qué había allí, en el reino de Ufa? La Atlántida, supone seguro un atento explorador de aquellos lugares, el científico alemán Leo Frobenius. ¿Es así? ¿O más bien también allí, como en Tartessos en España y en África septentrional en la costera laguna Tritonis, había entonces una colonia de los atlantes? Es mucho más probable, en efecto.

Si es así, entonces se comprende por qué cargaban el oro de Ufa en las naves de Tartessos (que eran también las de los atlantes) en la navegación trienal del reino de Ufa al reino de Hiram, y por qué no solo el rey Salomón en su gloria, sino los mismos ángeles del dios de Israel acabaron vestidos del oro *atlante* importado del África negra (como en la visión del profeta Daniel): «He aquí un varón vestido de lino, y ceñidos sus lomos de oro de Ufa —dice la Biblia—. Tenía el rey [Salomón] en el mar una flota de naves de Tarsis, con la flota de Hiram. Una vez cada tres años venía la flota de Tarsis y traía oro, plata, marfil, monos y pavos reales», y también etíopes (o sea, esclavos negros), según la interpretación de Giuseppe Flavio. Y hoy ya sabemos de dónde procedía el oro de Tartessos: de la antigua Ufa en las costas de Guinea (la actual Costa de Oro), otro probable destacamento de la perdida Atlántida.

¿Destacamentos y colonias de la Atlántida? ¿Y por qué no? En el mundo antiguo, en efecto, se hablaba de ello. Berlitz señala justamente que los guanches, en la época en que los descubrieron los españoles, representaban un ejemplo significativo de disgregación cultural, característica bastante difusa entre los supervivientes de civilizaciones bruscamente truncadas. Todavía

poseían inscripciones en piedra que eran incapaces de leer y comprender, casas antiquísimas, paramentos de piedra, que no se habían tomado la molestia de reparar o readaptar durante mucho tiempo y, hecho sorprendente en unos isleños, no disponían de barcas ni sabían navegar, a causa del terror comprensible hacia aquel mar que en otros tiempos quizá había engullido gran parte de las tierras de sus antepasados. El término *atalaya* es un topónimo presente en las Canarias.

Si los guanches no hubieran sido rápidamente exterminados sin piedad como *salvajes* en la sucesiva guerra contra los invasores españoles, hoy dispondríamos de muchas más noticias sobre sus leyendas y sus orígenes. En cualquier caso, en las islas Canarias se conservan los restos de edificios y construcciones de piedra que se parecen mucho a ruinas circulares que hay en otros sitios prehistóricos del mundo. Concretamente, construcciones de planimetría análoga se encuentran en el archipiélago maltés en el contexto de los vastos complejos megalíticos allí presentes, como también en las excavaciones de Jericó, en Cisjordania, que podrían remontarse a hace doce mil años. Además, como recuerda Berlitz, restos submarinos, de contornos similares a estos ejemplos de arquitecturas circulares, fueron avistados y fotografiados en el océano Atlántico por pilotos que volaban sobre zonas donde la meseta submarina y las plataformas continentales se elevan hasta unos 30 m de la superficie.

Pero, volviendo a los guanches, se dice que eran hombres de elevada estatura, de pelo rubio, piel blanca, ojos claros, de un tipo que no se corresponde en absoluto con el de las razas africanas de las mismas latitudes, pero que, si se examinan sus huesos, se acerca mucho, en cambio, por el cráneo alargado, la frente alta, la cara plana y triangular, al de nuestros antepasados cromañones, bruscamente aparecidos en Europa occidental hace unos treinta y cinco mil años. El Sáhara fue tal vez —desde la Atlántida a través de las Canarias— el camino que los llevó a Francia, de atenernos a las recientes investigaciones realizadas en el Hoggar, donde, excavando la supuesta tumba de la misteriosa reina Tin-Hinan, venerada por los tuaregs y, se dice, última soberana de los atlantes (la mítica Antinea), junto a un esqueleto femenino y entre numerosas joyas, collares y brazaletes de oro, se encontró una estatuilla de puro estilo auriñaciense. La civilización de Aurignac tiene muchos puntos en común con la de Cromañón.

En efecto, desde las Canarias se pasa fácilmente a África, donde, como refiere Platón, la Atlántida tenía posesiones hasta Libia y Tirrénida. Hoy sabemos que el Sáhara antiguamente estaba caracterizado por vastos mares interiores. En cualquier caso, estas posesiones africanas contemplaban el Hoggar

y la cadena del Atlas, llamada así en referencia a Atlante, hijo de Poseidón, el primero de los diez hijos que tuvo con Clito (y que no hay que confundir con el homónimo Atlante, otro personaje hijo del titán Jápeto y de Asia, al que Zeus había castigado por haberse rebelado contra él a sostener el mundo sobre sus hombros). Existen pruebas de que en la zona del Hoggar vivía Antinea, una de las hijas de Atlante *(Atlas)*, que hacía forjar estatuas de oro de sus amantes después de verter sobre ellos oro fundido, y que inspiró la novela de Pierre Benoit, *L'Atlantide*, escrita en los «locos» años veinte. Recientemente, dos investigadores norteamericanos encontraron precisamente en el Hoggar unas tablillas grabadas con el nombre de *Antiuth*, que tienden a identificar con el nombre correspondiente a Antinea (la local Tin-Hinan, o An-Thin-Hinan). También este personaje, pues, podría dejar de ser leyenda y entrar a formar parte de la historia. Una tumba real de la «diabla» Tin-Hinan fue hallada en Abalessa, en el Hoggar. Y el esqueleto de la mujer allí enterrada presenta, para sorpresa de todos, una altura insólita, no inferior a 1,90 m, antropológicamente atípica. También en África septentrional se encuentra un curioso y antiquísimo símbolo cruciforme encajado en varios círculos concéntricos. Denominado por algunos estudiosos *la cruz* (o *la llave*) *de la Atlántida*, resulta sorprendentemente parecido a una estilización de la planimetría portuaria circular de la capital de la Atlántida tal como la describe Platón, con sus diversos canales comunicados con el océano. ¿Es solo una coincidencia, o se trata del emblema de un poderoso imperio marino perdido?

Llegados a este punto, es presumible que los tuaregs fueran colonizados por los atlantes, que entre otras cosas les enseñaron el culto de Poseidón, a ellos y a los libios. Este último dato está avalado por Heródoto, que en las *Historias* (Libro I) afirma que los libios maxui adoraban a Poseidón. Entonces, ¿los antepasados de los tuaregs realmente eran colonos de la gran isla desaparecida? Como refiere Platón, África septentrional, Libia incluida, era territorio atlante. Las tribus bereberes de África septentrional todavía hablan de un desaparecido reino guerrero situado en aguas de las costas africanas, rico en minas de oro, plata y estaño, y cuyos ejércitos habían llegado al continente: *Attala*.

En el libro *The Ancient Atlantic*, Lucille Taylor Hansen describe las danzas de los apaches de Arizona, que bailaban con un tridente en la cabeza, símbolo y emblema de Poseidón, exactamente igual que en las ceremonias de los tuaregs en las montañas de África septentrional. ¿También los antepasados de los apaches venían de la Atlántida? Siguiendo con la tradición indoamericana, entre

los mayas el *Chilan Balam* ofrece un relato pormenorizado de una gran catástrofe al este, catástrofe que también es mencionada por las tradiciones de las tribus de los delawares, de los iroqueses y de los sioux. Los aztecas, del mismo tronco racial que los mucho menos civilizados apaches, sostenían que sus antepasados, salvados de una gran catástrofe que implicó a una gran isla del *mar Oriental*, o sea, el Atlántico norte, procedían de *Aztlán*, que representaban en sus dibujos como una isla con una montaña rodeada de círculos concéntricos de murallas y de canales, exactamente iguales a los de la ciudad construida por Poseidón y descrita en el *Critias* de Platón. En muchos países se han descubierto documentos que se refieren a la Atlántida, y todos concuerdan con la historia narrada por el filósofo. Las poblaciones celtas de Inglaterra y de Gales se consideraban descendientes de antepasados comunes procedentes de una tierra hundida en el mar Occidental: un paraíso perdido denominado *Avalon*. Y los vikingos hablaban de una tierra maravillosa a occidente llamada *Atli*. Fenicios y cartagineses, por su parte, recordaban una gran isla occidental llamada *Antilla*, y así lo confirma el mismo Aristóteles (que, sin embargo, consideraba la Atlántida un mito inventado por Platón). Pero pasando de las tradiciones a los documentos, en Xochicalco, los jeroglíficos de una pirámide mexicana hablan de una tierra situada en medio del océano Atlántico, destruida y luego desaparecida. En Cobá, entre las ruinas mayas, se encontró una losa esculpida que representa de forma estilizada la huida de una catástrofe provocada por un terremoto o maremoto. Arriba a la izquierda, en el elocuente friso de piedra, se puede observar en efecto un volcán en erupción y el derrumbe de un templo piramidal, y a la izquierda, un maya de «nariz agujereada» que huye en una canoa, mientras flotan en el agua los peces muertos y los cuerpos sin vida de los infortunados que perecieron en la catástrofe. También las leyendas mayas cuentan que sus antepasados habían llegado de una gran tierra situada en el océano Atlántico, tierra que, sacudida por una gran calamidad, había desaparecido bajo el oleaje. Esta tierra es llamada por la tradición indoamericana *Thulan* (nombre que recuerda a la última Thule de las tradiciones mediterráneas) o incluso ahora *Aztlán* o *Atlán*, nombre que ciertamente, como los ya citados y como sugiere la etimología, es fácil identificar con la Atlántida. Los muy civilizados olmecas, que precedieron en la historia a los aztecas y que vivían desde 1300 a. C. en la zona de La Venta y San Lorenzo, también afirmaban ser originarios de una gran isla situada al este del Atlántico. En el continente europeo también los vascos, según sus tradiciones, conservan reminiscencias de la Atlántida y cuentan que sus antepasados

procedían de una isla, cuna de una gran civilización, que se hundió en el mar: *Atlaintika*. Y en la India textos clásicos como los *Purana* y el *Mahabharata* mencionan a *Attala*, la 'isla blanca' de dimensiones continentales situada en el *mar de Occidente* (el océano Atlántico).

A nivel protohistórico, pues, se encuentran huellas y ecos de las colonias —o, si se prefiere, de la presencia cultural— de la Atlántida, como también de la tradición del cataclismo entre los descendientes de quienes se salvaron en las dos orillas del océano. Como la Atlántida era una nación marinera, obviamente en el momento del desastre muchas de sus naves debían de encontrarse en el mar, a la vista de las costas, y al menos algunas de ellas, sin duda, consiguieron resistir a la furia desencadenada por los elementos y poner a salvo quién sabe dónde a sus ocupantes, que luego transmitieron a la posteridad su versión personal de los hechos. Pero algo no encaja, como veremos. En efecto, todo induce a pensar que la Atlántida se habría hundido hace unos doce mil años, en la práctica a finales de la última glaciación. Y la descrita en *Critias* es claramente una civilización de tipo neolítico (o sea, capaz de trabajar los metales y de construir ciudades enteras). En cambio, es evidente que hace doce mil años, el estadio evolutivo-cultural de la humanidad no estaba en condiciones de superar el de la antigua Edad de Piedra (Paleolítico Superior de las cuevas de Altamira, Lascaux, etc.). De todos modos, los atlantes también podrían haber sido, como afirma Spence, un pueblo neolítico, bien organizado pero caracterizado por modestas realizaciones culturales. Pero la hipótesis no es muy convincente. ¿Entonces?

Como señala justamente el estudioso italiano Luciano Lecca,[1] es lógico que muchos arqueólogos no estén de acuerdo sobre la existencia de la Atlántida. En su opinión, una civilización tan avanzada no puede haber existido hace doce mil años. También podría ser que los textos que han llegado hasta nosotros no hayan sido estudiados a fondo y nos hayan llevado a un juicio superficial. ¿Podría haber sido un error de datación, dictado a Solón por los sacerdotes egipcios de Sais y reproducido por el filósofo Platón en el diálogo *Critias*, lo que hizo surgir esta situación que perdura todavía hoy? Al contar la historia del continente desaparecido, los sabios egipcios refirieron a Solón la guerra entre la Atlántida y Atenas, guerra que no aparece en ningún texto de mitología, salvo en los diálogos de *Timeo* y *Critias*, pero que evidentemente estalló por la discordia entre Atenea y Poseidón por el patronazgo de Atenas, como nos dice la mitología griega.

El encargado de dirimir esta controversia fue Cécrope, hijo de Erecteo, el

cual propuso que aquel de los dos que hiciera a la ciudad de Atenas el regalo más útil sería el protector de la ciudad. Como es sabido, Atenea regaló a la ciudad la simiente del olivo, mientras que Poseidón introdujo el caballo. El laudo fue favorable a la diosa, y Poseidón, furioso por la decisión de Cécrope, le declaró la guerra. Como la Atlántida (*cf. Critias*) era una posesión del dios del mar, Poseidón hizo venir de la isla una gran flota al mando de sus diez hijos (los reyes de la Atlántida), que se enfrentó a los atenienses guiados por Atenea (en egipcio, *Neith*). Pero los atlantes fueron derrotados. A propósito de este acontecimiento, los sacerdotes egipcios (*cf. Timeo* y *Critias*) le dijeron a Solón que aquella guerra sucedió nueve mil años antes que él, pero después, como contradicción, dieron los nombres de los reyes que reinaron en aquel tiempo: el nombre de Erecteo, hijo de Pandión y Zeusipe, de Cécrope, hijo de Erecteo y Praxitea, de Erictonio, hijo de Cécrope y Aglauro, personajes que pertenecen, como un árbol genealógico, a la VI, V y IV generación antes de la guerra de Troya, o sea, a la época anterior a Teseo, señala Lecca.

Veamos el esquema genealógico:

Pandión + Zeusipe
↓
Erecteo + Praxitea
↓
Cécrope + Metianusa / Cécrope + Aglauro
↓ ↓
Pandión II + Pilias Erictonio
↓
Egeo + Etra
↓
Teseo + Fedra
↓
Acamante + Demofonte (guerra de Troya, 1217-1207 a. C.).

Como nos dicen los historiadores, la guerra de Troya terminó 454 años antes de la fundación de Roma (21-4-753 a. C.) en el año 1207 a. C., y si duró diez años, se inició en el 1217 a. C. Según estos datos, la guerra entre Atlántida y Atenas no pudo haber ocurrido nueve mil años antes de Solón (570 a. C.), sino en los tiempos de sus mencionados personajes, como mucho ciento cincuenta años antes de la guerra de Troya, en una época a caballo entre la primera y la segunda mitad del siglo XIV a. C., porque seis generaciones de hombres suponen unos ciento cincuenta años. Por lo tanto, algo no encaja, subraya Luciano Lecca con razón.

Otro dato que no cuadra en la datación de la guerra entre la Atlántida y Atenas citada en *Critias* (nueve mil años antes de Solón) se refiere al período en que vivió Poseidón. El diálogo comenta que los dioses se dividieron las tierras por sorteo y a Poseidón le tocó la Atlántida. El dios edificó una ciudad de murallas circulares cerca de una colina que se encontraba al lado de una llanura situada en el centro de la isla; después sentó las bases para el gobierno de la isla, según justicia, y constituyó un ejército y una flota. Como ya se ha dicho esta ciudad estaba formada por tres canales y dos murallas circulares así intercalados: 1.º canal, 533 m de ancho; 1.º muro circular, 355 m de grueso; 2.º canal, 355 m de ancho; 2.º muro circular, 355 m de grueso; 3.º canal, 175 m de ancho. En el centro una isla circular de 888 m de diámetro. Desde el borde de esta isla central hasta el borde del último canal había 1.959 m, y al final del primer muro circular unos 1.417 m. Además, del primer canal exterior salía un canal rectilíneo de 9 km que llegaba hasta un arrecife circular. El primer muro fue cubierto de cobre; el segundo, de estaño. De esta forma Poseidón construyó una ciudad portuaria bien fortificada. En el centro, donde estaba la isla circular de 888 m de diámetro, se edificó un templo rectangular de 177,60 m (1 estadio) de longitud y 3 pletros (88 m) de ancho, donde se hallaba la estatua de oro del rey Poseidón conduciendo sobre un carro a seis descomunales caballos alados. A la derecha y a la izquierda del carro, cincuenta ninfas marinas en parte a caballo sobre otros tantos delfines. El conjunto era todo de oro, como también eran de oro las estatuas que se encontraban dentro y fuera del templo. Se podría pensar que la figura de Poseidón era legendaria, pero las tablillas de arcilla descubiertas en Cnosos y en Pilo, escritas en lineal B, desmienten dicha hipótesis y hablan de él como *Po-seidajo* o *Posidae enosigeo*, es decir, como ‘Poseidón sacudidor de la tierra’ (en efecto, los antiguos creían que los terremotos eran originados por el tridente de Poseidón cuando golpeaba contra la tierra); un atributo claramente asociable a la destrucción de la Atlántida. También encontramos a este personaje histórico en la guerra de Troya (en la *Ilíada*), mientras rechaza, a grandes voces y empuñando la espada, a las tropas troyanas.

Pero ¿cuánto tiempo reinó Poseidón (o, como quizá sea más lógico pensar, su dinastía) si tomamos como cierto el relato de Platón? Si intentamos seguir el trazado de la línea genealógica de los titanes, constatamos que «Poseidón» estuvo presente durante catorce generaciones de hombres, antes y después de la guerra de Troya, durante cerca de trescientos años. Esta cifra no debe hacer pensar en lo imposible, porque si consideramos las edades a las que llegaron los

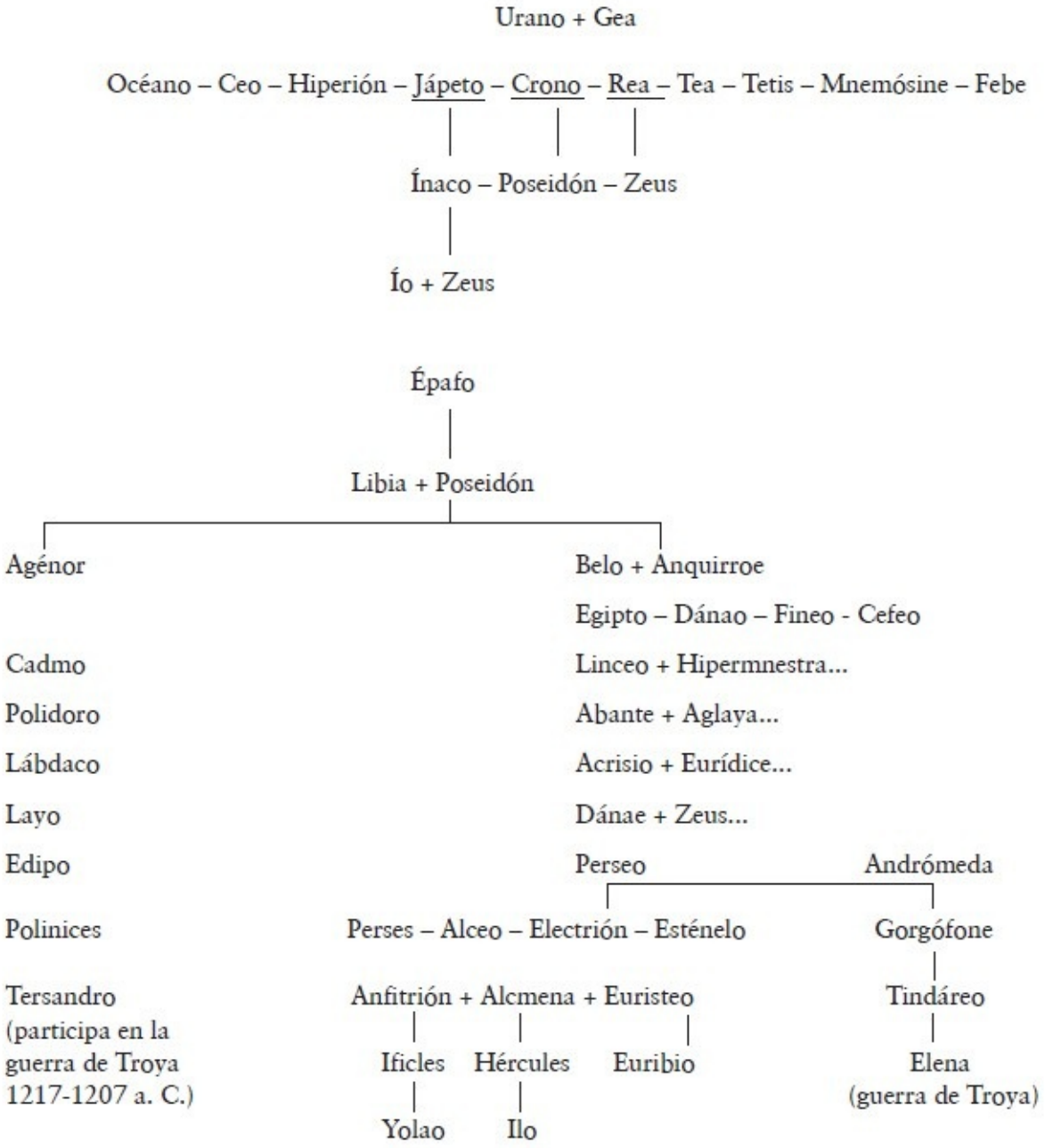
patriarcas (o sus estirpes, si se prefiere), los trescientos años de «Poseidón» casi entran en la normalidad, observa Lecca. De hecho, según la Biblia, Adán vivió novecientos treinta años. Según la tradición hebraica, cayendo poco a poco en la involución, los patriarcas vivieron cada vez menos, especialmente a partir de Noé. Mientras este superó los novecientos años, Sem solo vivió seiscientos años, Eber, 464 años; Peleg, 239 años, y Abraham, 165 años. Ahora bien, en cualquier caso, si Poseidón vivió unos trescientos años entre los siglos XVI y XIII a. C., la datación de *Critias* se convierte en un error clamoroso. Atlántida podría haber existido perfectamente hace doce mil años, pero su gran civilización comienza con la construcción por parte de Poseidón de la ciudad circular en una época que no puede coincidir con el período de existencia del dios del mar. Por tanto, también la guerra entre Atenas y los diez reyes de la Atlántida, hijos de Poseidón y Clito, engendrados después de la construcción de la ciudad, entra en este cómputo, así como el hundimiento de la isla. Los arqueólogos, considerando esta nueva versión, podrían aceptar la existencia de la Atlántida e incluirla en el arco histórico comprendido entre los siglos XVI y XIII a. C., concluye Lecca.

¿Cómo explicar las incongruencias cronológicas detectadas por Lecca? Para obtener una posible respuesta tendremos que dirigirnos a la historia.

Como señala Willy Ley, en la narración platónica, después de algunos preliminares, uno de los interlocutores dice que Solón fue a Egipto en la época en que un rey, al que los griegos llaman Amasis (aludiendo a Aahmes II), gobernaba el país. En realidad, parece que Aahmes II no reinaba cuando Solón fue a Egipto. El viaje debió de tener lugar entre el 593 y el 538 a. C., mientras que Aahmes II probablemente no fue rey hasta una docena de años más tarde: hacia el 570 a. C., se ha objetado, si los cálculos son correctos. En cualquier caso, este es un detalle de poca importancia. Los sacerdotes egipcios le dijeron a Solón que «ella» —la diosa Neith de los egipcios considerada la misma diosa que la Atenea de los griegos— había fundado «esta ciudad» (Sais) hacía ocho mil años y «vuestra ciudad» (Atenas) unos mil años antes.

Naturalmente, ninguna de las dos ciudades había sido fundada en una fecha tan remota. La discrepancia, que los lectores de Platón habrán notado enseguida, se explica con el relato de una serie de recurrentes catástrofes que habrían destruido las ciudades originarias. Pero no convence demasiado.

ESQUEMA GENEALÓGICO DE LOS TITANES




Ateniéndonos al *Timeo*, la diosa fundó la Atenas originaria nueve mil años antes del viaje de Solón a Egipto, lo que, en nuestro sistema de cálculo de las fechas, significa en el 9600 a. C. Pero en *Critias* la destrucción de la Atlántida se establece nueve mil años antes, lo que no da tiempo a los atlantes para ser derrotados por los guerreros de la ciudad recién fundada. O, considerando las cosas desde otro punto de vista, no da tiempo a la nueva ciudad para desarrollarse y crear un ejército capaz de derrotar a tan poderoso invasor.

Por consiguiente, dice Willy Ley, aquellos ocho mil o nueve mil años en torno a los que se mueve Platón históricamente parecen sin sentido. Como dice Eudosio de Cnido (408-355 a. C.), hay que recordar que los egipcios (hasta hace muy poco, con la conquista islámica del país) también calculaban el calendario en períodos de treinta días, basados en las fases de la luna (año lunar).

Ahora bien, si la cifra de ocho mil se refiere a ocho mil de aquellos períodos de treinta días (de lo que un visitante griego podía no ser consciente), entonces debemos considerar que se trataba de 666 años. Si el viaje de Solón se produjo alrededor de 580 a. C., la época de la invasión debería haber sido en torno a 1250 a. C., con una aproximación de algunos años, porque está claro que la cifra de ocho mil estaba redondeada en un sentido o en otro, observa Willy Ley. En este caso la invasión debería de haberse producido bajo el reinado de lo que los griegos llamaban los Sesostris, Ramsés (o, según la pronunciación, Ramsete o Ramesse) II llamado el Grande (que al parecer murió a los noventa años, tras casi sesenta y siete de reinado): el cual vio nuevos pueblos, antes desconocidos, asomarse por primera vez al Mediterráneo, y a los que su sucesor Meneptah se enfrentaría en breve (1230 a. C.). Bajo el reinado de Ramsés III, cuarenta o cincuenta años más tarde, se produjo una gran invasión de Egipto y de los países vecinos, en efecto. ¿Coincidencias? Tal vez. O tal vez no. En cualquier caso, los invasores eran libios (conocidos como *libu* y *meshush*), ayudados por los pueblos del mar de las *islas en medio del Gran Verde* (¿Mediterráneo?). Ramsés III produjo después, como vencedor, los documentos de los que habla Solón. Constituyen un archivo ilustrado y todavía pueden verse en las paredes del templo de Medinet Habu.

No hay duda de que en aquellos tiempos hubo una masiva invasión de pueblos coaligados y también algunas batallas a gran escala, terrestres y navales, hasta el delta del Nilo. Estos «pueblos del mar» presentan para nosotros, si las identificaciones tradicionales son exactas, algunos aspectos más bien familiares. Sus nombres en las inscripciones egipcias son variados: *tursha* o *turshenoi* (‘etruscos’); *danuna* o *denye(n)* (‘danai’); *shekresh* o *shekelesh* o *sikeloi* (‘sículos’); *luka* (‘licios’); *weshesh* o *wasasa* (¿‘corsos’?); *ekwesh* o *aqaiwasa* (‘aqueos’); *sherden* (‘sardos’); *peleset* o *pherest* (‘filisteos’); *sakar*; y otros. ¿Pueblos mediterráneos, entonces? No necesariamente. Si un numeroso grupo de europeos del norte hubiera empezado a moverse en aquella época hacia el sur, el resultado podría muy bien haber sido el que expone Platón de forma sintética, observa Willy Ley. De todos modos, debieron de moverse con relativa lentitud, a

lo largo de muchos años, y posiblemente confraternizando con las poblaciones que encontraban —los libios y los tirrenos de los testimonios egipcios— y al final debieron de atacar a los países ricos: Egipto y el vecino Imperio hitita, que, en cambio, cayó. Y es un hecho histórico que el Imperio hitita cayó justo en aquella época, mientras que Egipto fue amenazado varias veces, pero logró sobrevivir. Los atacantes, como la historia reciente ha demostrado repetidamente, debieron de salir victoriosos durante mucho tiempo, aunque debilitándose en este proceso hasta que la batalla final, que pudo haber sido relativamente menos importante, acabó con ellos. Y también pudo ser Atenas la que los derrotara durante uno de sus ataques a Grecia, como Ramsés III hizo en Egipto, comenta Willy Ley.

Y tiene razón, como veremos.

Pero ¿quiénes eran los «pueblos del mar»?[2] No es fácil responder. En cualquier caso, de entrada, ciertamente no eran pueblos mediterráneos, en el sentido de que se trataba probablemente de gentes que pretendían imponerse por la fuerza a las diferentes poblaciones autóctonas a través del Mediterráneo, desde el Imperio hitita hasta Egipto. Las inscripciones de Medinet Habu nos hablan de *teresh* (‘tirrenos’), *tursha* (‘etruscos’), *shekelesh* (‘sículos’), *sherden* (‘sardos’), *weshesh* (¿‘corsos’?), *libu* y *meshush* (‘libios’ y ‘norteafricanos’); pero también de *sakar* y de *pherest o peleset* (los invasores de Líbano y Palestina): todos coaligados contra Egipto. Y también de *luka* (‘licios’), *ekwesh* (‘aqueos’) *denye(n)* (‘danai’) y *duri* (‘dorios’). Pero no solo eso. Quiénes eran los *seped*, los *meshwesh*, los *theker*, los *pebekh*, los *isi* y los *menesen*, todavía lo ignoramos.

Pero hay un hecho sumamente interesante: con el término *tursha* (en general traducido como ‘etruscos’) los egipcios indicaban también a Tartessos, la supuesta colonia de la Atlántida en las inmediaciones de las Columnas de Hércules. ¿Casualidad? Lo dudamos. De todas formas, Platón nos dice que los atlantes invasores «dominaban las regiones de Libia hasta Egipto y de Europa hasta Tirrenia», lo que confirma que la coalición de los pueblos del mar comprendía, en efecto, a los pueblos de aquellas mismas regiones como aliados.

¿Simples coincidencias en una pura fantasía política? No opina así el famoso arqueólogo Massimo Pallottino, quien rompe una lanza no tanto a favor del mito de la Atlántida, isla o continente, hundido en la vorágine del océano, sino a favor de la historicidad de las invasiones de occidente supuesta por el mito.

Pallottino recuerda que Platón dice haber recogido la tradición sobre la Atlántida de Solón, que a su vez la habría recogido de los sacerdotes egipcios.

Estos habían jurado que dichas memorias se encontraban «escritas y consagradas en las paredes de los templos de los dioses». Observa el arqueólogo italiano: «Justamente en las paredes de los templos egipcios (en Karnak y Medinet Habu) están descritas y representadas en grandiosos bajorrelieves las invasiones de los pueblos bárbaros procedentes del occidente libio y del mar, que intentaban conquistar y sofocar Egipto». Dicho de otra forma, la amenaza de Occidente es histórica. Su recuerdo, según Pallottino, debió de perdurar durante mucho tiempo en los países amenazados.

Y los textos de Medinet Habu lo confirman. Colectivamente, las inscripciones designan a los invasores con el término *haunebu* o *haunebut*: una denominación extranjera tal vez extraída del mismo nombre con el que estos pueblos se autodefinían, totalmente extraña a la lengua egipcia, como también a las de los pueblos mediterráneos de entonces. Pero el término no era desconocido para los egipcios antes de enfrentarse a estos pueblos del mar, y se menciona en los «Textos de las Pirámides» más antiguos. En ellos se lee, en relación con el *Sin Wur* (según los egipcios el océano exterior al Mediterráneo, que consideraban que abrazaba todas las tierras emergidas): «Hete ahí, *Sin Wur*, grande y redondo: hete ahí, circular y redondo como el círculo que rodea a los *haunebut*».[3] Sabemos que una delegación de los *haunebut* llegó a Egipto bajo el reinado de Tutmosis III, al menos tres siglos antes de las invasiones de los pueblos del mar, y que portaron ingentes cantidades de ámbar como regalo para el faraón. La misma sustancia, que desde 2400 a. C. en adelante se encuentra en las tumbas egipcias, era importada de la tierra del Nilo por los *haunebut*. Y como nos dice la lista de pueblos en los jeroglíficos del templo de Edfú, «*haunebut* es el nombre de las islas del Gran Océano *(Sin Wur)* y de las tierras del norte vivificadas por las corrientes».[4] Hallamos una ulterior confirmación en la Columna de Horemheb (o Haremhab), el general que llegó al poder tras la muerte de Amenofis IV (Akenatón), el faraón reformador monoteísta, que restauró el culto de los antiguos dioses y los privilegios de la vieja casta sacerdotal, después definitivamente restaurados por Tutankamón. En sus jeroglíficos puede leerse en efecto: «Los *haunebu* proceden del Gran Mar circular situado al final del mundo»: es decir, del océano Atlántico. Como confirmación definitiva, en una inscripción del templo de File se menciona el «Gran Mar circular, que trae a los *haunebu*»: los atlantes de Platón, por tanto. Y una inscripción del Nuevo Reino cita textualmente «todas las tierras de los *haunebu*, los extranjeros originarios del Gran Océano».[5] El hecho de que en la

famosa piedra multilingüe de Rosetta la palabra *haunebu* se haya traducido por *hellenikos* (griegos) no debe inducir a engaño. La piedra en cuestión se remonta a la época de Cleopatra (69-30 a. C.), que aparece mencionada en ella, y en aquellas fechas buena parte de los invasores *haunebu* se habían incorporado a las propias poblaciones de la Grecia arcaica hacía casi mil doscientos años, asumiendo así a los ojos de los egipcios la denominación de *habitantes del mundo griego (hellenikos)*. El primer enfrentamiento con los *haunebu* se remonta al quinto año del reino del faraón Meneptah, que en la fortificación de Perie, en el delta del Nilo, derrotó a los invasores libios, tirrenos, sículos, aqueos, atlantes y de otros pueblos aliados, después de seis horas de combate. Resultado: más de nueve mil enemigos muertos y un gran botín. Muy probablemente era el año 1227 a. C. y solo un presagio de lo peor. En los cuarenta o cincuenta años siguientes, de hecho, los *haunebu* y sus aliados invadieron el Mediterráneo oriental y se extendieron a varias regiones. La historia nos dice vagamente que entre los siglos XIV y XII a. C. en la cuenca del Mediterráneo tuvo lugar, en varias fases, un movimiento expansionista-migratorio de pueblos de la Europa septentrional y también de occidente, definidos genéricamente y de forma algo simplista como «aqueo-micenos» unos, y «dorios» otros. En este complejo contexto se sitúan pues la desaparición de los etruscos en Italia, las alianzas locales que llevaron a la mítica guerra de Troya, la misteriosa desaparición de la cultura minoica, el éxodo de Israel a Egipto y por último la coalición antiegipcia dirigida por unos «pueblos del mar» no mejor identificados. Como dice Tucídides, «en la Grecia antiquísima había una gran confusión de pueblos: unos iban y otros venían, y los que llegaban eran empujados por la presión de otros pueblos que arribaban cada vez más numerosos».

Pues bien, el segundo y mucho más importante enfrentamiento con los invasores atlánticos y sus aliados se produjo en este clima. Y en el quinto año del reinado de Ramsés III (que, si el faraón había ascendido al trono en 1198 o en 1197 a. C., debería corresponder a una fecha comprendida entre 1194 y 1192 a. C.) hubo la gran invasión. Con una maniobra «de pinza» los ejércitos coaligados de los «pueblos del mar» y de sus aliados atacaron simultáneamente Egipto. Por el oeste los libios *(libu)* y los tirrenos *(teresh)* dirigidos por los *haunebu*; por el este, partiendo de *Amurru* (Amor), es decir, la exprovincia egipcia que comprende la actual Palestina, los *sakar*, los *shekelesh* (‘sículos’), los *denye*(*n*) (‘danai’) y los *meshwesh* se habían unido a los ya desembarcados invasores

*peleset* (o *pherest*) de estirpe *haunebu*, los futuros filisteos bíblicos, que atacaron a los egipcios bajo su guía. Por último, una gran flota, que reunía a otras gentes de los *haunebu*, se dirigió desde el Mediterráneo hacia el delta del Nilo, con una estrategia sumamente lúcida y eficaz. Las fuerzas de la coalición (donde esta vez no figuraban los *ekwesh* ni los *luka*, aqueos y licios) se abatieron simultáneamente sobre la tierra del Nilo, decididas a derribar la defensa egipcia en el delta, considerado la puerta del país. Pero se encontraron frente a un gran monarca, dotado de un considerable carisma, que supo galvanizar a sus súbditos y exaltar a sus soldados para dar lo mejor de sí mismos contra el invasor extranjero que amenazaba a su patria y a sus familias. Y el éxito sonrió a los egipcios: al día siguiente de la batalla se contaron más de veinticinco mil enemigos muertos, y varios miles de prisioneros. Las naves enemigas, largas y rápidas, pero menos ágiles que las egipcias, en gran parte fueron asaltadas bajo una granizada de flechas quemadas y a menudo volcadas con atrevidas maniobras. Los prisioneros, encadenados, fueron deportados a campos de internamiento, interrogados y luego esclavizados, tras ser marcados a fuego con el nombre del faraón vencedor. Se trataba de hombres de elevada estatura, rubios y de ojos azules, armados con yelmos rostrados, escudos circulares, lanzas largas y espadas dotadas de empuñadura. Los cascos estaban provistos de cuernos o eran del tipo de corona radiada y ropajes ajustados les cubrían las caderas. Las inscripciones de Medinet Habu precisan que diez de sus reyes fueron hechos prisioneros y conducidos por los oficiales egipcios ante Ramsés III que, tras proceder a su interrogatorio, quiso matarlos personalmente. Los *haunebu* prisioneros fueron utilizados como esclavos y mano de obra en la región del delta. Las inscripciones de Medinet Habu no lo dicen, pero las pérdidas egipcias a raíz del combate fueron sin duda ingentes, lo que comprometió el futuro de la potencia militar de la tierra del Nilo, que a partir de entonces declinó irreversiblemente.

¿Y en Grecia? Heródoto (*Historias* IX, 26) recuerda, por ejemplo, en aquel mismo período, el insólito intento de invasión del Peloponeso por parte de la misteriosa estirpe de los heráclidas conducida por Ilio, hijo de Hércules, muerto en un combate singular a manos del rey de Tegea, Équemo: acontecimiento que tuvo como resultado la retirada de los invasores. ¿Mitos? Quizá. Pero es un hecho que, más o menos a partir de 1200 a. C., una vasta migración afecta también a Grecia: los dorios alcanzan por mar Creta y Asia Menor suroccidental, y por tierra, el Peloponeso, justamente. Esta nueva migración expulsa a los

aqueos (establecidos con anterioridad en Grecia) al mar y a las islas jónicas, mientras que Atenas, Ática, Eubea y las Cícladas permanecen en manos de los jonios, primeros habitantes de la península junto a los aqueos (ahora obligados a instalarse en otro lugar, de ahí su participación en la primera coalición de los pueblos del mar contra el Egipto del faraón Meneptah). Dicho de otra forma, Atenas no se ve afectada por la invasión doria, y no por magnanimidad de los recién llegados, sino por la fuerza de las armas.[6] Como dice Heródoto (*Historias* I, 56), «los atenienses nunca se desplazaron de su país, mientras que los dorios realizaron varias migraciones». Así pues, si consideramos que los dorios también formaban parte de una vasta migración del norte y de occidente inducida por los que Platón llama «atlantes» y los egipcios definen como *haunebu*, hay que concluir que la narración platónica en lo tocante a los pueblos del mar es coherente con el hecho de que ni Atenas ni Egipto sucumbieron a los invasores. *Timeo* y *Critias*, por tanto, contendrían elementos no míticos, sino históricos. Otros datos coherentes con lo que refiere Platón los encontramos en las inscripciones de Medinet Habu, que nos hablan de diez reyes enemigos capturados y ejecutados: Atlántida tenía diez reinos, en efecto, gobernados por los diez hijos de Poseidón. ¿Es una simple coincidencia?

En todo caso, los diversos flujos migratorios de poblaciones indoeuropeas procedentes de la Europa septentrional a través del área balcánica, de Italia y de occidente denotan una causa que los empuja hacia lugares más seguros y atractivos en el Mediterráneo. ¿Cuál? ¿Qué pasó en el norte y en occidente para inducir a estos pueblos a desplazarse en masa hacia el sur y el este? Vayamos por partes. De entrada, es un hecho que en el siglo XIII a. C. la cultura minoico-micénica, afirmada y consolidada en los tres siglos precedentes, se tambalea, y se crea una enorme extensión de palacios-fortaleza de tipo ciclópeo como defensa contra los invasores del norte. En torno a 1150 a. C. se produce la destrucción de las fortalezas micénicas, arrolladas por la última oleada migratoria, pueblos del mar incluidos, y los recién llegados se integran en el área mediterránea e introducen el rito nórdico de la incineración de cadáveres y de la construcción de templos (los aqueos, por ejemplo, no tenían edificios especiales para el culto). Pero ¿a quién adscribir la causa de este vasto movimiento de pueblos? Sin duda, los recién llegados debieron de ser los primeros que impulsaron, y quizá más que otros, la oleada migratoria: y los recién llegados eran los *haunebu*, los pueblos del mar, justamente. Veamos qué nos dicen las fuentes egipcias.

Una inscripción de los templos de Karnak nos dice que en el quinto año del reinado del faraón Meneptah (*c*. 1232-1222 a. C.), es decir, el mismo del primer ataque de los libios-tirrenos y los pueblos del mar a Egipto, «[…] Libia se convirtió en un desierto desolado. Los libios se desplazaron hacia Egipto en busca de sustento para sus cuerpos».[7] Frente a dicha afirmación, se ha intentado justificar este cambio climático con el hundimiento de la Atlántida en aquella misma época. En efecto, mientras había habido un obstáculo que impedía a la corriente del Golfo llegar a Europa, necesariamente una corriente cálida procedente del sur llevaría aire húmedo al África septentrional y a la Europa suroccidental. Pero en el momento en que la corriente del Golfo —como hoy— no encontrara el obstáculo natural constituido por la Atlántida, entonces el brazo meridional de aquella corriente un tanto fría habría hecho cambiar de ruta a la corriente cálida, y el fértil Sáhara se desertizaría en breve tiempo. Por eso —como aventura el sueco René Malaise— parece bastante legítimo deducir necesariamente que, a lo mejor en varias oleadas, las distintas poblaciones ribereñas del África atlántica y de la cuenca sahariana (que entonces seguramente era un vasto mar interior), famélicas por los repentinos cambios de las condiciones climáticas, emigraron en busca de nuevos asentamientos hacia el Mediterráneo, a lo mejor guiadas por gentes originarias de retazos de la Atlántida entonces todavía no hundidos definitivamente. Estos «pueblos del mar» atlánticos avanzaron contra el Egipto rico y fértil, donde fueron derrotados por Ramsés III en el delta. Los relatos de los prisioneros pudieron ser la base de la historia de la Atlántida narrada por Platón. La definitiva desaparición de la Atlántida y la transformación del Sáhara en un desierto debieron de suceder poco antes de 1200 a. C., considera Malaise, que no excluye que algunos supervivientes de la dorsal Mesoatlántica sumergida por el océano pudieran haber emigrado a América central.

A primera vista, la explicación sugerida por Malaise parecería convincente, desde un punto de vista meteorológico. Pero aparentemente contradice a Platón, ya que entonces el acontecimiento catastrófico (el hundimiento de Atlántida) ya no sería posterior, sino anterior (y a la vez causa) a la invasión. Ya hemos visto afirmar al científico soviético Nikolai Jirov, a propósito de la Atlántida, que el continente situado en el Atlántico obstruía el paso de la corriente del Golfo hacia las costas europeas cubiertas de hielo; y, en efecto, unas muestras extraídas recientemente de la vertiente occidental de la dorsal Mesoatlántica han revelado la presencia de fangos oceánicos normales, mientras que las muestras

procedentes de la vertiente oriental son de origen glacial. Después de que la Atlántida se hundiera en el mar, la corriente de agua cálida procedente de la América centromeridional conocida como *Gulf Stream* o corriente del Golfo empezó a bañar el continente europeo. También para la estudiosa rusa E. F. Khaghemeister, el hundimiento de la Atlántida (que se encontraría en la zona de las Azores) habría permitido penetrar a la corriente del Golfo, hace doce mil años, en los mares nórdicos y habría fundido así los hielos del hemisferio boreal y puesto fin a la glaciación. Sin embargo, dicho proceso, cuyo inicio los rusos —en base a argumentaciones geológicas— sitúan cerca de nueve mil años a. C. (mientras que Malaise lo sitúa en el 1200 a. C.), debería haber sido gradual, y en ningún caso ofrece una explicación plausible de la desecación casi inmediata del África septentrional ni del proceso repentino de desertificación sufrido por el actual Sáhara, zona originariamente fértil y caracterizada por ríos y grandes mares internos.

En noviembre de 1981, el transbordador espacial *Columbia*, desde una altura de más de 500 km, estaba realizando una misión sobre Sudán y el Egipto suroccidental, en un área de casi 50 km; las observaciones así obtenidas fueron procesadas por el ordenador y dieron resultados sorprendentes. Mientras las fotografías normales mostraban un desierto ordinario, las fotos tomadas por el *Columbia*, según un complejo sistema que utilizaba un radar especial modernísimo, mostraban los lechos de ríos sepultados, algunos tan anchos como el Nilo, pero no estaba claro si en su momento discurrían hacia el sur o hacia el oeste. Como resultaban ser evidentes vestigios de antiguos torrentes y afluentes de estos ríos, se deducía que hace miles de años la zona en cuestión debía de estar cubierta de bosques y prados, y que, de estar habitada por el hombre, habría proporcionado un terreno ideal para el desarrollo de una agricultura organizada y de una sociedad próspera.

Resulta por tanto evidente que la desviación de la corriente del Golfo no basta para explicar un cambio climático tan total y repentino. Y una vez más la explicación llega de la mano de las inscripciones egipcias de Ramsés III en Medinet Habu. En ellas leemos en efecto: «Libia se ha tornado un desierto; una terrible antorcha lanzó fuego y llamas desde el cielo sobre la tierra, lo que destruyó sus vidas y devastó sus tierras […]. Sus huesos arden y se queman dentro de sus miembros».

Otro texto de Medinet Habu (tablilla 105) refiere también que al mismo tiempo «el Nilo se secó y el país cayó víctima de la sequía». Otros textos del

mismo período describen catástrofes análogas. Entre ellos, recordaremos a Plinio (*Historia natural* 2, 23), que cuenta que «un tremendo cometa fue visto por los pueblos de Etiopía y de Egipto, al que Tifón *[Typhon]*, entonces rey, quiso dar su nombre. Tenía una apariencia llameante y estaba como enroscado en espiral, lo que era espantoso de ver: no se parecía a una estrella más de lo que se parece una bola de fuego». El monarca egipcio Typhon mencionado por Plinio (en el templo de El Arish se le llama Tawi-Thom) es el mismo que reinó durante breve tiempo justo después de Meneptah y murió ahogado en el lago Serbonis (actual Sebchat-Berdawil, al este de Porto Said) mientras perseguía a los *rebeldes* (término con el que se designaba a los israelitas). Las crónicas egipcias, confirmadas por las romanas, nos dicen, pues, que algo tremendo ocurrió en las regiones del África septentrional en el quinto año del reinado de Meneptah (probablemente en 1227 a. C.): un fenómeno celeste tan súbito como inesperado, que por sus efectos destructivos solo puede asimilarse a la caída de un pequeño asteroide sobre la superficie terrestre.

Hoy, los turistas que se aventuren a visitar el interior de Libia pueden tropezar fácilmente, en las regiones desérticas del país, con fragmentos de meteoritos en grandes cantidades. Y esto no es para nada casual.

Todo lo anterior no puede dejar de remitirnos a la tradición mitológica clásica de Faetón, ampliamente recordada por Ovidio en *Las metamorfosis*. En la mitología grecorromana es bastante conocida, en efecto, la leyenda de *Phaeton*, hijo de Helios (el Sol), que después de pedirle permiso a su padre para guiar el carro celeste y de haberlo obtenido, imprudentemente se acercó demasiado a la Tierra, incapaz de controlar el curso del carro. Los caballos del carro de Helios, escribe Ovidio en *Las metamorfosis*:

> por donde su ímpetu les lleva, por allá sin ley se lanzan, y bajo el alto éter se precipitan contra las fijas estrellas y arrebatan por lo inaccesible el carro, y ya lo más alto buscan, ya en pendiente y por rutas vertiginosas a un espacio más cercano a la tierra vanse, y de que más bajo que los suyos corran los fraternos caballos la Luna se admira, y abrasadas las llamas humean.
>
> Se prende en llamas, según lo que está más alto, la tierra, y hendida produce grietas, y de sus jugos privada se deseca. Los pastos canecen, con sus frondas se quema el árbol, y materia presta para su propia perdición el sembrado árido.
>
> De poco me quejo: grandes perecen, con sus murallas, ciudades, y con sus pueblos los incendios a enteras naciones en ceniza tornan; las espesuras con sus montes arden, arde el Atos y el Tauro, el Cílice y el Tmolo y el Oete y, entonces seco, antes abundantísimo de fontanas, el Ide, y el virgíneo Helicón y todavía no de Eagro el Hemo. Arde a lo inmenso con geminados fuegos el Etna y el Parnaso bicéfalo y el Érix y el Cinto y el Otris y, que por fin de nieves carecía, el Ródope, y el Mimas y el

Díndima y el Mícale y nacido para lo sagrado el Citerón, y no le aprovechan a Escitia sus fríos: el Cáucaso arde y el Osa con el Pindo y mayor que ambos el Olimpo, y los aéreos Alpes y el nubífero Apenino.

Entonces en verdad Faetón por todas partes el orbe mira incendiado, y no soporta tan grandes calores, e hirvientes auras, como de una fragua profunda, con la boca atrae, y los carros suyos encandecerse siente; y no ya las cenizas, y de ellas arrojada la brasa, soportar puede, y envuelto está por todos lados de caliente humo, y a donde vaya o donde esté, por una calina como de pez cubierto, no sabe, y al arbitrio de los voladores caballos es arrebatado. De su sangre, entonces, creen, al exterior de sus cuerpos llamada, que los pueblos de los etíopes trajeron su negro color. Entonces se hizo Libia, arrebatados sus humores con ese bullir, árida, entonces las ninfas, con sus sueltos cabellos, a sus fontanas y lagos lloraron: busca Beocia a su Dirce, Argos a Amímone, Éfire a las pirénidas ondas. Y tampoco las corrientes, las agraciadas con riberas distantes de lugar, seguras permanecen: en mitad el Tanais humeaba de sus ondas, y también Peneo el viejo y el teutranteo Caíco y el veloz Ismeno con el fegíaco Erimanto y el que habría de arder de nuevo, el Janto, y el flavo Licormas y el que juega, el Meandro, entre sus recurvadas ondas, y el migdonio Melas y el tenario Eurotas. Ardió también el Éufrates babilonio, ardió el Orontes y el Termodonte raudo y el Ganges y el Fasis y el Histro. Bulle el Alfeo, las riberas del Esperquío arden, y el que en su caudal el Tajo lleva, fluye, por los fuegos, el oro, y las que frecuentaban con su canción las meonias riberas, sus fluviales aves, se caldean en mitad del Caístro. El Nilo al extremo huye, aterrorizado, del orbe, y se tapó la cabeza, que todavía está escondida; sus siete embocaduras, polvorientas, están vacías, siete, sin su corriente, valles. El azar mismo los ismarios Ebro y Estrimón seca, y los Vespertinos caudales del Rin, el Ródano y el Po, y al que fue de todas las cosas prometido el poder, al Tíber.

Saltó en pedazos todo el suelo y penetra en los Tártaros por las grietas la luz, y aterra, con su esposa, al infernal rey; y el mar se contrae, y es un llano de seca arena lo que poco antes ponto era, y, los que alta cubría la superficie, sobresalen esos montes y las esparcidas Cícladas ellos acrecen. Lo profundo buscan los peces y no sobre las superficies, curvos, a elevarse se atreven los delfines hacia sus acostumbradas auras; los cuerpos de las focas, de espaldas sobre lo extremo del profundo, exánimes, nadan; el mismo incluso Nereo, fama es, y Doris y sus nacidas, que se ocultaron bajo tibias cavernas. Tres veces Neptuno, de las aguas, sus brazos con torvo semblante a extraer se atrevió, tres veces no soportó del aire los fuegos. La nutricia Tierra, aun así, como estaba circundada de ponto, entre las aguas del piélago y, contraídas por todos lados, sus fontanas, que se habían escondido en las vísceras de su opaca madre, sostuvo hasta el cuello, árida, su devastado rostro y opuso su mano a su frente, y con gran temblor todo sacudiendo, un poco se asentó y más debajo de lo que suele estar quedó, y así con seca voz habló: «Si te place esto y lo he merecido, ¿a qué, oh, tus rayos cesan, supremo de los dioses? Pueda la que ha de perecer por las fuerzas del fuego, por el fuego perecer tuyo, y su calamidad por su autor aliviar. Apenas yo, ciertamente, mis fauces para estas mismas palabras libero —le oprimía la boca el vapor— quemados, ay, mira mis cabellos, y en mis ojos tanta, tanta sobre mi cara brasa. ¿Estos frutos a mí, este premio de mi fertilidad y de mi servicio me devuelves, porque las heridas del combado arado y de los rastrillos soporto, y todo se me hostiga el año, porque al ganado frondas, y alimentos tiernos, los granos, al humano género, a vosotros también, inciensos, suministro? Pero aun así, este final pon que yo lo he merecido ¿Qué las ondas, qué ha merecido tu hermano? ¿Por qué, a él entregadas en suerte, las superficies decrecen y del éter más lejos se marchan? Y si ni la de tu hermano, ni a ti mi gracia te conmueve, más del cielo compadécete tuyo. Mira a ambos lados: humea uno y otro polo, los cuales si viciara el fuego, los atrios vuestros se desplomarán. Atlante, ay, mismo padece, y apenas en sus hombros candente sostiene el eje. Si los estrechos, si las tierras perecen, si el real del cielo: en el caos antiguo nos confundimos. Arrebata a las llamas cuanto todavía quede y vela por la suma de las cosas». Había dicho esto la Tierra, puesto que ni tolerar el vapor más allá pudo ni decir más, y la boca suya se devolvió a sí misma, y a sus cavernas a los mares más cercanos.

Mas el padre omnipotente, los altísimos poniendo por testigos y a aquel mismo que había dado sus

> carros, de que, si ayuda él no prestara, todas las cosas de un hado desaparecerían grave, acude, arduo, al supremo recinto desde donde suele las nubes congregar sobre las anchas tierras, desde donde mueve los truenos, y sus blandidos rayos lanza. Pero ni las que pudiera sobre las tierras congregar, nubes entonces tuvo, ni las que del cielo mandara, lluvias: truena, y balanceando un rayo desde su diestra oreja lo mandó al áuriga y, al par, de su aliento y de sus ruedas lo expelió, y apacentó con salvajes fuegos los fuegos. Constérnanse los caballos, y un salto dando en contrario sus cuellos del yugo arrebatan, y sus rotas correas abandonan: por allí los frenos yacen, por allí, del timón arrancado, el eje, en esta parte los radios de las quebradas ruedas, y esparcidos quedan anchamente los vestigios del lacerado carro. Mas Faetón, con llama devastándole sus rútilos cabellos, rodando cae en picado, y en un largo trecho por los aires va, como a las veces desde el cielo una estrella, sereno, aunque no ha caído, puede que ha caído parecer. Al cual, lejos de su patria, en el opuesto orbe, el máximo Erídano lo recibió y le lavó, humeante, la cara. Las náyades Vespertinas, por la trífida llama humeante, su cuerpo dan a un túmulo, e inscriben también con esta canción la roca: «Aquí sito queda Faetón del carro auriga paterno que si no lo dominó aun así sucumbió a unas grandes osadías». Pues su padre, cubiertos por su luto afligido, digno de compasión, había escondido sus semblantes, y si es que lo creemos, que un único día pasó sin sol refieren; los incendios de luz prestaban, y algún uso hubo en el mal aquel.

Hasta aquí (en la traducción de Ana Pérez Vega, Barcelona, Bruguera, 1981) el texto de Ovidio, fiel relator de un mito profundamente arraigado y antiquísimo. Montañas en llamas, bosques y ciudades cubiertas de cenizas, grandes ríos desecados, incluso el Nilo, tierras antaño fecundas convertidas en áridas y desiertas como Libia, terremotos y erupciones volcánicas empezando por el Etna, tinieblas de humo y cenizas, mares que se retiran para volver poco después al mismo sitio con olas monstruosas: son los efectos catastróficos causados en la Tierra por Faetón, al que Zeus, para evitar males mayores, tuvo que abatir con uno de sus rayos sobre la Tierra, lo que lo hizo caer envuelto en llamas en las aguas del río Erídano. El Erídano, hijo de Océano y de Tetis, suele considerarse un río de occidente. En otras palabras, el infortunado Faetón habría caído al agua en una localidad imprecisa de occidente.

No hay que ser un lince para concluir que este mito se remite directamente a lo que cuentan los textos egipcios y el propio Plinio. El asteroide Typhon, avistado por Egipto y por Etiopía, se habría desplazado hacia occidente y habría caído al final en la superficie terrestre; no sin antes haber causado, a su paso por las franjas inferiores de la atmósfera a aquellas latitudes, una serie de catastróficas destrucciones en el África septentrional. Y en otros lugares.

Pero ¿cuál habría sido el lugar del impacto? Si nos remontamos a épocas históricas no se encuentran vestigios de cráteres ni en el mundo antiguo ni en el continente americano, por lo que la respuesta en este momento no deja lugar a dudas: dada la dirección del desplazamiento, la zona de caída solo puede haber sido el océano Atlántico centroseptentrional, precisamente la zona oceánica en

que se habría encontrado la Atlántida. O todo lo más, como alternativa, el Pacífico. En cualquier caso, la caída de un pequeño asteroide es coherente con lo que describen el mito griego de Faetón, por una parte, y las fuentes egipcias y romanas, por otra. Y si un pequeño asteroide se estrelló realmente contra nuestra Tierra en aquella zona del planeta en el quinto año del reinado de Meneptah (*c*. 1227 a. C.), entonces también es evidente que la ingente destrucción ocasionada, que incluía maremotos de inaudita violencia, también causó el hundimiento de las zonas continentales que en aquel momento afloraran en el Atlántico: es decir, la Atlántida con todo su archipiélago. Y también está claro que el impacto del cuerpo celeste en el océano —fuera el Atlántico o el Pacífico— habría causado necesariamente una ola de marea espantosa, que al recorrer la hidrosfera terrestre habría tenido consecuencias en todo el planeta.

En realidad la Tierra sufrió repetidos impactos de cuerpos celestes que hirieron profundamente su superficie. Y en las tierras emergidas, como recuerda Charles Berlitz, todavía son visibles algunas cicatrices, como, por ejemplo, el cráter Meteor, en Arizona, o los cráteres Curswell, Deep Bay y Manicouagan en Canadá, este último con un diámetro de más de 65 km. Un cráter todavía más grande, con un diámetro de 125 km, fue localizado por el satélite Landsat, en 1975, en las montañas de la Tortuga, entre Dakota del Norte y Manitoba. Pero hay más, esparcidos por el mundo, entre ellos los cráteres Siljan (Suecia), Ashanti (África occidental), Araguainha (Brasil) y Korla, en Siberia, al norte del círculo polar ártico. Lo que había sido un cráter colosal en el centro de Europa, el Ries Kessel, no es fácilmente reconocible porque se ha llenado de vegetación, bosques, campos y ciudades. En África del Sur, el cráter Vredefort Dome tiene una circunferencia tan dilatada que se tardó mucho tiempo en comprender que había sido provocado por un asteroide gigante. En Australia occidental se estudia atentamente un grupo de probables cráteres para determinar si puede localizarse bajo tierra un núcleo metálico, los restos del asteroide original. Lo que significa que podemos encontrar análogas huellas de impacto en los fondos oceánicos, que constituyen como es sabido más del 70 % de la superficie de nuestro planeta.

Pero volvamos a la caída del asteroide Typhon.

No faltan tradiciones que reflejen un acontecimiento de este tipo; al contrario, son tan abundantes que puede decirse que no hay pueblo sobre la tierra que no recuerde dicho acontecimiento.

Se trata de las crónicas relativas al Diluvio Universal. ¡Pero son mucho más

antiguas que el siglo XII a. C.!

Un dato constante de todas estas tradiciones es que el Diluvio fue provocado principalmente por un fortísimo aumento del nivel del mar. Además de esto, se recuerdan siempre lluvias torrenciales y vientos violentísimos, que, junto a los terremotos espantosos, constituyeron los cuatro flagelos propios de esta catástrofe.

Muchos estudiosos de la Biblia consideran que el Diluvio Universal se refiere a un aluvión de carácter local, limitado únicamente al área mesopotámica. Pero es una hipótesis absurda, si se considera que su recuerdo está profundamente arraigado en la conciencia de todos los pueblos de la tierra, sin excepción. Ciertamente se trató de un fenómeno a escala mundial; y dado que no es posible una crecida simultánea de las aguas en todo el planeta, hay que pensar una vez más en una especie de gigantesca ola de marea, que afectara sucesivamente a todas las costas que se asoman al océano, observa Flavio Barbiero.[8]

Llegados a este punto, no hay razones para dudar que la destrucción de la Atlántida estuviera provocada justamente por aquella antiquísima calamidad, que todos conocemos con el nombre de Diluvio Universal.

En cuanto a los sacerdotes egipcios que proporcionaron estas noticias a los viajeros griegos pretendiendo haberlas recibido a través de una tradición esotérica antiquísima, prácticamente le habían dicho a Solón: «Vosotros, los griegos, habláis de un único Diluvio, mientras que hubo varios». Afirmación plenamente confirmada por la geología moderna, que ha encontrado rastros de varios diluvios en los estratos superpuestos de la Tierra en los últimos milenios. Un dato como mínimo inquietante.

Pero volvamos al *Timeo* de Platón. En su diálogo con los sacerdotes egipcios, muy diligentemente, Solón había empezado diciendo lo que sabían los griegos sobre la más remota antigüedad: desde el primer hombre, Phoroneus, hasta el Diluvio deucalione. Pero había sido interrumpido.

Y uno de los sacerdotes, que era muy viejo, dijo en efecto:

> ¡Ay!, Solón, Solón, ¡los griegos seréis siempre niños! […] Todos tenéis almas de jóvenes, sin creencias antiguas transmitidas por una larga tradición y carecéis de conocimientos encanecidos por el tiempo. Esto se debe a que tuvieron y tendrán lugar muchas destrucciones de hombres, las más grandes por fuego y agua, pero también otras menores provocadas por otras innumerables causas.

Y prosiguió:

> Tomemos un ejemplo, lo que se cuenta entre vosotros de que una vez Faetón, el hijo del Sol, montó en el carro de su padre y, por no ser capaz de marchar por el sendero paterno, quemó lo que estaba sobre la tierra y murió alcanzado por un rayo. La historia, aunque relatada como una leyenda, se refiere, en realidad, a una desviación de los cuerpos que en el cielo giran alrededor de la Tierra y a la destrucción, a grandes intervalos, de lo que cubre la superficie terrestre por un gran fuego. Entonces, el número de habitantes de las montañas y de lugares altos y secos que muere es mayor que el de los que viven cerca de los ríos y el mar. El Nilo, salvador nuestro en otras ocasiones, también nos salva entonces de esa desgracia. Pero cuando los dioses purifican la Tierra con aguas y la inundan, se salvan los habitantes de las montañas, pastores de bueyes y cabras, y los que viven en vuestras ciudades son arrastrados al mar por los ríos. En esta región, ni entonces ni nunca fluye el agua de arriba sobre los campos, sino que, por el contrario, es natural que suba, en su totalidad, desde el interior de la Tierra. Por ello se dice que lo que aquí se conserva es lo más antiguo. (22 b-c)

De esto se deduce que la Atlántida también podría haberse hundido en varias fases, si es cierto —como lo es— que la Tierra conoció varios acontecimientos cataclísmicos sucesivos. «Se salvan los habitantes de las montañas, pastores de bueyes y cabras»: la imagen evoca ciertamente el destino aparentemente brusco de los guanches. Y si la leyenda de Faetón esconde la caída catastrófica de un cuerpo celeste sobre la superficie terrestre, esto no puede dejar de relacionarse con la destrucción de la Atlántida. Pero ¿cómo? ¿Solo por la caída de un pequeño asteroide? ¿O más bien por una lluvia de grandes meteoritos? Como nos recuerda Charles Berlitz,[9] un seguidor contemporáneo de esta historia, el científico especialista en misiles Otto Muck (en *Alles über Atlantis*, 1976)[10] ha intentado exponerla en detalle y sugerir una fecha para esta supuesta catástrofe. La teoría de Muck contempla que un enorme meteorito habría impactado en aquella parte de la Atlántida situada en el Atlántico occidental. Este asteroide, llamado «meteorito Carolina» por los estudiosos de los asteroides y de los meteoritos, estuvo acompañado por un gran número de cuerpos celestes más pequeños; esta lluvia propiamente dicha de meteoritos, decenas de miles, habría formado los numerosos cráteres o bahías características de la costa americana.

El bólido más grande, en palabras de Muck, «se abatió sobre una de las partes más delgadas e inestables de la corteza terrestre», el área de fractura constelada de volcanes a la que llamamos dorsal Mesoatlántica. Y naturalmente destruyó la Atlántida, lo que provocó que se hundiera una parte en el mar y produjo explosiones volcánicas, enormes olas y cambios en el fondo del océano: una consecuencia lógica del terrible impacto que provocaría un asteroide (si su diámetro hubiera sido de solo 10 km, por ejemplo, habría pesado 200.000 megatoneladas) al explotar en contacto con la superficie terrestre. El impacto

múltiple, según la teoría de Muck, provocó «el cráter Carolina, dos profundos agujeros en la zona suroriental del Atlántico norte y la depresión en el mar Caribe oriental».

La incalculable potencia de la colisión activó terremotos y explosiones volcánicas en cadena en todo el mundo y provocó enormes olas que se abatieron sobre las tierras emergidas, lo que dejó a la especie humana el recuerdo imborrable del gran Diluvio.

Hay más de cien mil agujeros, probablemente causados por la caída de meteoritos, en tierra firme y en el mar, concentrados junto a las costas de Georgia y de Carolina, pero también se extienden a lo largo de cientos de kilómetros en dirección norte y sur: esta es una indicación de que quizá una parte de un gran enjambre de meteoritos cayó en esta zona con especial virulencia. Uno de los misterios del Triángulo de las Bermudas es que el mal funcionamiento de las brújulas, de las radios y de otros instrumentos no se produce siempre en la misma zona. La teoría de Muck, al contemplar la caída de un enjambre de meteoritos, parte de los cuales se encontrarían actualmente en el fondo del océano, podría explicar también este fenómeno: los diferentes lugares en que los instrumentos a bordo de barcos y aviones no funcionan corresponderían a diferentes localizaciones submarinas de meteoritos que, justamente, condicionan e influyen en el correcto funcionamiento de los aparatos de a bordo, apenas barcos y aviones pasan por encima.

Muck ha supuesto que una de las posibles fechas iniciales del singularmente exacto calendario maya, es decir, el 8498 a. C., conmemoraba la destrucción de la Atlántida. Tras una serie de cálculos complejos, Muck estableció también la fecha del final de la Atlántida según el actual calendario gregoriano: el 5 de junio, a las 13.00 (hora del Atlántico central o de la Atlántida). Evidentemente, se trata de una época que nos remite plenamente a la tradicional datación platónica, y no ciertamente a la fecha más próxima relacionada con la caída del asteroide Faetón (1227 a. C.). ¿Una contradicción? No, si nos encontráramos ante dos acontecimientos distintos. Retrocedamos un poco.

Como escribe Flavio Barbiero, en la llamada glaciación de Würm, es decir, en el período comprendido entre el 70000 y el 9000 a. C., un enorme casquete de hielo cubría todo el norte de Europa, hasta más allá de la actual posición de Berlín y Leningrado, y la parte oriental de la América septentrional, llegando hasta la latitud de Nueva York. Los Alpes, el Himalaya y prácticamente todas las grandes cadenas montañosas de la Tierra se hallaban inmersas en un mar de

hielo. No obstante, contrariamente a lo que podrían pensar los profanos, el clima no había sufrido un endurecimiento proporcional sobre toda la superficie terrestre. Es más, parece que inmensos territorios actualmente ocupados por la inhóspita tundra ártica debieron de disfrutar entonces de un clima bastante más benigno que el actual. Toda Siberia y Alaska, por ejemplo, estaban totalmente despejadas de hielos y pobladas por grandes manadas de mamuts, rinocerontes lanosos, équidos, cérvidos, tigres de dientes de sable, etc., que llegaban hasta la punta septentrional de la península de Taymir, 10º más allá del círculo polar ártico.

Es más que evidente que un animal de la mole de un mamut, que necesita algunos quintales de forraje al día, no podría sobrevivir en una tundra ártica. Por otra parte, una carcasa de mamut en perfecto estado de conservación, encontrada por los rusos entre los hielos más allá del círculo polar, contenía en su estómago restos sin digerir de vegetales típicos de los climas templados. Esto —argumenta Flavio Barbiero— significa inequívocamente dos cosas: en primer lugar, que cuando el animal estaba vivo, es decir, hace diez mil u once mil años, aquella zona gozaba de un clima templado; de hecho, si el animal hubiera ingerido la comida en un lugar mucho más meridional y hubiera acabado muriendo en el lugar del hallazgo después de una fantástica galopada de miles de kilómetros, sin duda la habría digerido por el camino. En segundo lugar, que la muerte del animal fue repentina y que el clima pasó a ser súbitamente muy riguroso, antes de iniciarse el proceso de putrefacción (la carne, de hecho, fue utilizada con fines alimenticios).

Hay pues un notable desequilibrio en el supuesto frente del frío de la glaciación Würm: hielo y clima polar en la latitud de Nueva York y París; fértiles prados y clima templado en la Siberia más septentrional.

La única explicación posible a una situación climática tan anormal es que el polo Norte se encontrara entonces en una posición muy distinta de la actual, opina Barbiero.

Pero esto no basta para explicar exhaustivamente la situación climática de la época. La cantidad de hielos entonces acumulada sobre tierra firme era más que el doble de la actual, tanto es así que el nivel del mar era 130 m más bajo que el de hoy. ¿Por qué tanto hielo? ¿Y por qué se había formado en cantidades enormes sobre todas las montañas más altas, independientemente de su latitud? La respuesta a estas preguntas es simple. Si el eje de rotación se encontraba en una posición distinta respecto a la Tierra, es muy probable que su inclinación

respecto al plano de la eclíptica también fuera distinta. Como es sabido, esta inclinación es responsable de los ciclos estacionales y una eventual variación comportaría cambios profundos en el clima terrestre, en primer lugar en el proceso de formación de los hielos. Si el eje terrestre estuviera muy inclinado (más de los 30º) respecto a la eclíptica, sería imposible la formación de hielos permanentes incluso en los mismos polos, debido a las altas temperaturas estivales que determinarían su derretimiento, observa Barbiero.

Y, viceversa, si el eje de rotación fuera prácticamente ortogonal, no existirían estaciones, y por tanto habría una enorme acumulación de hielo en todas las regiones que presentan temperaturas medias primaverales inferiores a 0 ºC, es decir, en las altas latitudes y en las cotas altas. Todas las nieves caídas en estas zonas, en efecto, solo podrían fundirse de haber sido transportadas por los glaciares a zonas con temperaturas medias superiores.

La situación climática de la glaciación Würm, por tanto, se explica sencillamente con la hipótesis de que el eje de rotación terrestre estuviera mucho menos inclinado respecto a la eclíptica, y los polos en distinta posición. Menos simple es explicar, en cambio, cómo pudo producirse semejante desplazamiento en un tiempo tan breve. La hipótesis más inmediata, concluye Barbiero, es que el causante hubiera sido «el astro caído del cielo»: ¿tal vez el mismo cuerpo celeste, o los mismos cuerpos celestes, cuyos vestigios (varios cráteres de impacto) identificó Muck en el fondo del Atlántico y cuya caída hace remontar al noveno milenio a. C.? La misma hipótesis ya la había sostenido en 1949 el astrónomo búlgaro N. Bonev.

Por su parte, también M. Kamienski considera que la Tierra chocó con un cuerpo celeste en el noveno milenio a. C.; según él se habría tratado del famoso cometa Halley, y el hecho se remontaría precisamente al 9541 a. C. Lo mismo (la colisión con un cometa) había sostenido en 1883 Ignatius Donnelly en su libro *Ragnarok*, y casi un siglo antes el conde G. R. de Carli. A la misma época, en efecto, se remontaría el hundimiento tradicional del continente-isla de la Atlántida según Platón, en torno al 9600 a. C. Pues bien, observa Barbiero, todos los datos recogidos en las últimas décadas desde diferentes disciplinas científicas demuestran que, a partir de esta época, se produjo en la Tierra una serie de importantísimas transformaciones climáticas, ecológicas, etnográficas y culturales.

Todas ellas de alguna forma son atribuibles al gran acontecimiento que caracteriza este milenio crucial en la historia del planeta: el final del período

glacial llamado de Würm. Como observa Barbiero, tenemos pues tres acontecimientos excepcionales, cuya época se hace remontar, por vías distintas, al mismo período: el Diluvio Universal (con la consiguiente destrucción de la Atlántida), el final de la glaciación de Würm y la caída sobre la Tierra de un cuerpo celeste. ¿Existe un nexo entre estos acontecimientos?

Dada su excepcionalidad y simultaneidad, se tiende naturalmente a sospecharlo. Pero ¿cuál es?

La hipótesis más inmediata que acude a la mente es que la excepcional ola de marea que provocó el Diluvio fuera generada por el impacto en el mar de un cuerpo celeste (de hecho cayó en el Atlántico norte, en aguas de Florida). A él lógicamente habría que atribuir también los terremotos, los vientos huracanados y las lluvias torrenciales.

Eso no es todo. Según Barbiero, la traumatizada memoria colectiva de la humanidad sobre la caída del bólido y la destrucción de la Atlántida parece confirmada por un testimonio tan conocido como insospechado. Se trata del Apocalipsis de san Juan Evangelista, el último y el más oculto de los textos bíblicos. Este libro tremendamente oscuro, considerado en clave profética, se hace más comprensible si se supone que se ha inspirado, como los ya citados *Diálogos* de Platón, en antiguos y ya perdidos documentos relativos a la historia, y en particular a la destrucción de la Atlántida, opina Barbiero. El Apocalipsis de hecho describe «el fin del mundo» por obra de un «castigo celeste», es decir, inminente y procedente del cielo; mundo que es identificado con una única y poderosísima ciudad, una «gran Babilonia», que extiende su poder sobre todas las naciones de la Tierra. Y como observa Barbiero, por el contexto de la obra parece indiscutible que no se trata de la homónima ciudad mesopotámica, ni tampoco de la Roma pagana, como en cambio sostiene la interpretación oficial de la Iglesia. La gran Babilonia, en efecto, se describe sin sombra de duda como una ciudad de mar, claramente visible desde las naves en alta mar. Además, se indica que es la capital de un gran imperio marítimo, aquella «que está sentada sobre muchas aguas […]» (Apocalipsis, 17, 1), «[…] y todos los que tenían naves en el mar se habían enriquecido de sus riquezas» (Apocalipsis, 18, 19).

La descripción de la ingente catástrofe que determinó su final es en todo análoga a la de Platón, pero con un añadido fundamental: aquí los terremotos, las tempestades y el alzamiento del mar están precedidos por la caída al mar de un enorme bólido. El concepto es repetido una y otra vez, con una insistencia típica del estilo bíblico:

Y el ángel tomó el incensario, y lo llenó del fuego del altar, y lo arrojó a la tierra; y hubo truenos, y voces, y relámpagos, y un terremoto (Apocalipsis, 8, 5).

## Y más adelante:

El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra; y la tercera parte de los árboles se quemó, y se quemó toda la hierba verde. El segundo ángel tocó la trompeta, y como una gran montaña ardiendo en fuego fue precipitada en el mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre.

Y murió la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar, y la tercera parte de las naves fue destruida. El tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó sobre la tercera parte de los ríos, y sobre las fuentes de las aguas. Y el nombre de la estrella es Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo; y muchos hombres murieron a causa de esas aguas, porque se hicieron amargas. El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciese la tercera parte de ellos, y no hubiese luz en la tercera parte del día, y asimismo de la noche. Y miré, y oí a un ángel volar por en medio del cielo, diciendo a gran voz: ¡Ay, ay, ay, de los que moran en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta que están para sonar los tres ángeles! El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo.

Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como humo de un gran horno; y se oscureció el sol y el aire por el humo del pozo
(Apocalipsis, 8, 5-13; 9, 1-2).

[…] Entonces hubo relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra. Y la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron; y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira. Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados.

Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo como del peso de un talento; y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande (Apocalipsis, 16, 18-21).

## Prosigue el texto bíblico:

¡Ay, ay, de la gran ciudad, que estaba vestida de lino fino, de púrpura y de escarlata, y estaba adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas! Porque en una hora han sido consumidas tantas riquezas. Y todo piloto, y todos los que viajan en naves, y marineros, y todos los que trabajan en el mar, se pararon lejos; y viendo el humo de su incendio, dieron voces, diciendo: ¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad?

Y echaron polvo sobre sus cabezas, y dieron voces, llorando y lamentando, diciendo: ¡Ay, ay de la gran ciudad, en la cual todos los que tenían naves en el mar se habían enriquecido de sus riquezas; pues en una hora ha sido desolada! (Apocalipsis, 18, 16-19).

## El texto remacha por último:

> Y un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó en el mar, diciendo: Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada (Apocalipsis,18, 21).

Hasta aquí el escenario apocalíptico. ¿Qué decir al respecto? Para Flavio Barbiero, por tanto, la profecía apocalíptica no es más que algo conocido y trágicamente vivido por la humanidad en un lejano pasado: las catastróficas (y quizá repetitivas) destrucciones causadas por la caída de asteroides o por lluvias de meteoritos en un pasado remoto. Un primer acontecimiento cataclísmico de este tipo habría sido la causa del hundimiento al menos parcial de la Atlántida, del Diluvio Universal y de la glaciación de Würm, en torno a nueve mil seiscientos años antes de nuestra era. A esta fecha, en efecto, se remontaría el hundimiento de la mayor parte del archipiélago de la Atlántida, zona de probable impacto según Muck, con la consiguiente posibilidad de que la corriente del Golfo alcanzara Europa. Y los cálculos realizados por Muck para estos acontecimientos encontrarían una confirmación cronológica también entre los mayas, como hemos visto.

Por otro lado —comenta Richard Hennig—,[11] si es cierto, como lo es, que los astrónomos mayas mencionan acontecimientos celestes excepcionales que se remontan justamente al noveno milenio a. C., ¿por qué los sacerdotes egipcios no habrían podido tener tradiciones igual de antiguas para alimentar su esoterismo? El egiptólogo inglés Petrie lo admite y, en un texto reciente, hizo remontar la llegada al trono del primer faraón Menes ¡al año 4326 a. C.! Por último, existe una indicación proporcionada por Heródoto, y que él no se pudo inventar, sobre la antigüedad de los conocimientos astronómicos de los sacerdotes egipcios: «Ellos [los sacerdotes egipcios] afirman que el sol salió dos veces en el punto en que actualmente se pone y se puso dos veces en el punto en que hoy sale». Está claro, se trata del fenómeno llamado «precesión de los equinoccios». En efecto, nuestro planeta recorre, con su eje inclinado, el curso de su órbita, y este eje, desplazándose poco a poco alrededor de una posición central, se encuentra en su punto de partida cada 25.827 años. Si tomamos las palabras de Heródoto al pie de la letra, resultaría que la astronomía egipcia ¡se remonta a hace cincuenta mil años! Aunque la observación del cielo por parte de los sacerdotes egipcios no se remonta a épocas tan remotas, se extiende necesaria y ciertamente a través de muchos milenios; de otra forma, la precesión de los equinoccios no habría podido ser calculada. ¡Los griegos no la descubrieron hasta el 150 a. C.! Pero se sabe que los babilonios la descubrieron

muy pronto, al igual que conocieron un cierto número de fenómenos astronómicos que solo pudieron suceder en la época que se ha dado en llamar *Era de Géminis*, desde el 6500 hasta el 4300 a. C., cuando la constelación de Géminis coincidía con el solsticio de invierno del año solar.

Nada impide creer que también los antiguos egipcios conocieran muy pronto el fenómeno, gracias a una larga observación del mundo celeste, más aún cuando el zodíaco del templo de Dendera, que solo se remonta a los últimos siglos antes de Cristo, indica precisamente a Géminis como signo de la primavera. Única conclusión posible: la ciencia del mundo sideral de los sacerdotes egipcios ¡se remonta también a la Era de Géminis! Y la idea de colocar, por ejemplo, la construcción de la gran pirámide en el siglo XXXIV a. C. no tiene nada de inverosímil ni de sorprendente, concluye Hennig. El interlocutor de Solón, el sacerdote egipcio de *Timeo*, sabía por tanto de qué hablaba cuando decía que «tuvieron y tendrán lugar muchas destrucciones de hombres» (*Timeo*, 22 b-c). El cometa Typhon, casi seguramente un asteroide caído en el Atlántico en 1227 a. C. después de haber causado importantes siniestros, y el último cataclismo cósmico que afectó a la Tierra (insinuado en la leyenda griega de Faetón), parece pues haber tenido al menos un precedente en el siglo IX a. C.; precedente del que nos habla la misma mitología griega —distinguiéndolo netamente del de Faetón — con términos en extremo evocadores en el mucho más sugerente y antiquísimo mito de Tifeo. Como escribió Hesíodo en su *Teogonía*:

> Luego que Zeus expulsó del cielo a los Titanes, la monstruosa Gea concibió su hijo más joven, Tifón, en abrazo amoroso con Tártaro preparado por la dorada Afrodita.
>
> Y tal vez hubiera realizado una hazaña casi imposible aquel día y hubiera reinado entre mortales e inmortales, de no haber sido tan penetrante la inteligencia del padre de hombres y dioses. Tronó reciamente y con fuerza y por todas partes resonó la tierra, el ancho cielo arriba, el ponto, las corrientes del océano y los abismos de la tierra. Se tambaleaba el alto Olimpo bajo sus inmortales pies cuando se levantó el soberano y gemía lastimosamente la tierra. Un ardiente bochorno se apoderó del ponto de azulados reflejos, producido por ambos y por el trueno, el relámpago, el fuego vomitado por el monstruo, los huracanados vientos y el fulminante rayo. Hervía la tierra entera, el cielo y el mar. Enormes olas se precipitaban sobre las costas por todo alrededor bajo el ímpetu de los Inmortales y se originó una conmoción infinita. Temblaba Hades, señor de los muertos que habitan bajo la tierra, y los Titanes que, sumergidos en el Tártaro, rodean a Crono, a causa del incesante estruendo y la horrible batalla. Zeus, después de concentrar toda su fuerza y coger sus armas, el trueno, el relámpago y el flameante rayo, le golpeó saltando desde el Olimpo y envolvió en llamas todas las prodigiosas cabezas del terrible monstruo. Luego que le venció fustigándole con sus golpes, cayó aquel de rodillas y gimió la monstruosa tierra. Fulminado el dios, una violenta llamarada surgió de él cuando cayó entre los oscuros e inaccesibles barrancos de la montaña. Gran parte de la monstruosa tierra ardía con terrible humareda y se fundía igual que el estaño cuando por arte de los hombres se calienta en el bien

horadado crisol o el hierro que es mucho más resistente, cuando se le somete al calor del fuego en los barrancos de las montañas, se funde en el suelo divino por obra de Hefesto; así entonces se fundía la tierra con la llama del ardiente fuego. Y lo hundió, irritado de corazón, en el ancho Tártaro.

El mito ancestral de Tifeo evoca evidentemente una catástrofe planetaria de alcance mucho mayor que la causada por la caída de Faetón, y mucho más antigua. Ningún relato como el de Hesíodo podría describir mejor las destrucciones causadas en los continentes y océanos por un cuerpo celeste.

Como nos recuerda Charles Berlitz, la teoría de que la Tierra fue sacudida por inmensos cataclismos a raíz de la colisión con asteroides se basa esencialmente en la presencia de numerosos cráteres de origen meteorítico sobre la superficie del globo, y también tiene en cuenta la llamada franja o cinturón de asteroides, entre Marte y Júpiter, constituida por un gran número de asteroides, estimado en más de cincuenta mil, de masa desigual y órbitas diferentes. Ahora bien, algunos de estos asteroides se mueven en órbitas que a menudo los llevan peligrosamente cerca de la Tierra. Es lógico suponer, por tanto, que, en determinadas condiciones astronómicas de alineación solar y planetaria, un gran asteroide se acercara tanto a la Tierra que fuera atraído por su campo gravitacional. Una situación de este tipo ya se dio en 1936, cuando el gran asteroide Adonis pasó a 273.000 km de la Tierra, y en 1968, cuando el asteroide Ícaro se acercó todavía más a nuestro planeta. Los asteroides, aunque no presenten los efectos espectaculares de los cometas en el cielo nocturno, en el pasado aterrorizaron en muchas ocasiones a las poblaciones de la Tierra y constituyen todavía hoy un serio peligro para nuestro planeta y sus habitantes. ¿Una confirmación?

En su número de octubre de 1992 la revista mensual científica francesa *Sciences et Avenir* presenta en un estudio una serie de datos que corroborarían la perspectiva de una próxima colisión de nuestro planeta con un asteroide, Tutatis (descubierto en 1989 y llamado así por un dios pagano), destinado a intersecar la órbita terrestre a partir de la fecha del 26 de septiembre de 2000. En caso de colisión, el asteroide (de poco más de un kilómetro de diámetro) causaría un violentísimo impacto contra la superficie terrestre, con una potencia mil veces superior a la bomba atómica de Hiroshima y una destrucción proporcional. Esperemos que no.

¿Fantasías? En absoluto. Como es sabido, la rápida y misteriosa extinción de los dinosaurios según muchos autores estaría relacionada con una lluvia de meteoritos, o con el paso periódico de un supuesto astro muy cerca de la Tierra

(al que incluso se le ha dado el nombre convencional de Némesis). De acontecimientos de este tipo, como los descritos en el mito de Tifeo y en la leyenda de Faetón, procede probablemente, a nivel de inconsciente colectivo, la conocida y popular superstición, arraigada en las más diversas partes del mundo, de que la aparición de algunos astros —empezando, por ejemplo, por los cometas— anuncia grandes calamidades: dicha convicción puede haber nacido justamente a raíz de los desastres provocados por la caída de estos cuerpos sobre la Tierra.

La perspectiva dibujada hace años (mucho antes de las más recientes *Deep Impact* y *Armaggedon*) por la película de ciencia ficción estadounidense *Meteor* (con actores como Henry Fonda, Sean Connery, Natalie Wood, Martin Landau, Karl Malden y Trevor Howard), donde el asteroide Orpheus en ruta de colisión con la Tierra es destruido por los misiles atómicos rusos y americanos, puede considerarse cualquier cosa menos ficción. No es casualidad que en Estados Unidos el popular semanario *Newsweek*, el 23 de noviembre de 1992, dedicara portada y páginas centrales a la perspectiva de colisiones celestes o *Doomsday Science* (ciencia del Apocalipsis). La catástrofe cósmica del siglo IX a. C. de la que habla Muck, coincidente con la inmersión de al menos buena parte de la Atlántida, con el final de la glaciación de Würm y con el Diluvio Universal, ¿fue originada por la caída sobre la Tierra de otro asteroide, esbozada en el mito de Tifeo? Existen numerosos indicios en este sentido, en efecto.

No es fácil comprender que un asteroide, cuya masa no deja de ser insignificante respecto a la de la Tierra, haya podido provocar semejante cataclismo. Para comprenderlo —explica Favio Barbiero— hay que conocer bien el fenómeno giroscópico y especialmente la reacción de un giroscopio libre en presencia de un par perturbador. Está demostrado que un giroscopio libre, sometido a un par de intensidad y dirección oportunas, puede cambiar instantáneamente el propio eje de rotación y, bajo determinadas condiciones, conservar indefinidamente el nuevo eje, aunque no sea coincidente con el eje de figura. Sencillos cálculos muestran que el par perturbador desarrollado por el impacto del cuerpo celeste en cuestión, siempre que se le suponga una velocidad relativa no inferior a 30 km por segundo, fue de sobras suficiente para provocar un desplazamiento de eje de la entidad sugerida.

Según esta teoría, pues, en el momento del choque, la Tierra, que no es más que un enorme giroscopio libre, empezó bruscamente a rotar alrededor del actual eje, desplazado unos 23º respecto al precedente, e inclinado con el mismo valor

sobre el plano de la eclíptica.

Los desastres consiguientes no fueron un efecto directo del choque, sino de los fenómenos de asentamiento del elipsoide terrestre en torno al nuevo eje de rotación, precisa Barbiero. Estos comportaron principalmente los siguientes hechos desastrosos:

– Terremotos de inimaginable intensidad.
– Elevaciones momentáneas pero fortísimas (probablemente de cientos de metros) del nivel marino en todas las costas oceánicas.
– Vientos violentísimos y lluvias torrenciales en toda la Tierra.

Se trata, efectivamente, de los fenómenos mencionados en todas las tradiciones relativas al Diluvio Universal y al hundimiento de la Atlántida. Todo esto es coherente con el descubrimiento de ulteriores indicaciones de importantes cambios en el clima y en la morfología terrestre y marina acaecidos en épocas relativamente recientes. Se ha calculado que justamente en el siglo IX a. C. el clima de Siberia, inicialmente templado, cambió bruscamente al glacial actual, y que la época en que el área fértil del Sáhara —incluidas partes de Libia, del Chad, de Sudán, de Egipto y muy probablemente de Túnez y Argelia— disfrutó de agua y de precipitaciones suficientes para sustentar a las poblaciones humanas y animales se remonta precisamente —antes de una gradual, sucesiva degradación climática ciertamente inducida por una desviación de la corriente del Golfo— al mismo período. Y esta datación también coincide con el mítico inicio de la civilización egipcia que, según leyendas egipcias transmitidas por los coptos, fue heredada por los egipcios de los Dioses de las Tierras de Occidente. Y también coincide, no hace falta decirlo, con la más que probable inmersión de vastas áreas continentales basálticas (geológicamente más jóvenes y «débiles») en el Atlántico centro-septentrional: especialmente de las localizables en la zona de la actual meseta submarina de las Azores. Así pues, tenemos suficientes elementos para concluir y comprender que, *rebus sic stantibus*, a raíz de la inmensa catástrofe (que tuvo como epicentro el Atlántico centro-septentrional) seguramente un flujo migratorio de lo poco que quedaba del archipiélago de la Atlántida se dirigió a Europa, África septentrional y América central y meridional.

Cuenta Platón que en la Atlántida vivían varios pueblos. Tras la desaparición del continente, los que lograron huir con embarcaciones —y solo podían ser marineros expertos— conservaron por tradición a lo largo del tiempo el recuerdo de su procedencia, el orgullo de una estirpe que dominaba los mares. Pero con la catástrofe había desaparecido su mundo y su pasada grandeza; una pasada grandeza que los prófugos, barbarizados, conmocionados y dispersos en las dos orillas del Atlántico se esforzaron no obstante por transmitir; y que en parte sucesivamente también intentaron recrear (aunque sin medios adecuados y a veces en zonas no siempre idóneas) a nivel arquitectónico y monumental.

Así fue, dice Jean Deruelle,[12] como los náufragos inspiraron la sucesiva arquitectura megalítica difundida en Europa (desde Inglaterra y Francia hasta Malta) y en América central y meridional. Los muros «titánicos» preincaicos y las cabezas monolíticas olmecas, como también los dólmenes y los menhires franceses de Carnac (se cuentan 2.934, alineados en hileras de 10 a 13), el famoso *cromlech* inglés de Stonehenge y los templos megalíticos del archipiélago maltés serían todas ellas realizaciones debidas al contacto de los prófugos de la Atlántida con las poblaciones primitivas de Europa y de América: una «cultura de los megalitos» surgida en memoria de una gran civilización-madre perdida.

Una cultura, recuerda Berlitz, que también habría podido desarrollarse sobre estructuras culturales y científicas distintas de las nuestras, tal vez aprovechando fuentes de energía que nos resultan desconocidas. Una de las críticas alegadas con más frecuencia para demoler la idea de una antigua civilización, surgida de la Atlántida, es la ausencia de objetos manufacturados que puedan atribuirse a la supuesta época de la isla-continente, a pesar de quien explica que, a lo largo de miles de años, dichos objetos habrían sido destruidos, y solo materiales de construcción y parte de edificios de piedra habrían podido desafiar el transcurso de los milenios. Y de hecho se han descubierto (y siguen descubriéndose) en todo el mundo. Algunos investigadores han aventurado la hipótesis de que los ciclópeos vestigios de piedra, los túmulos, las murallas, las calles y otras enigmáticas ruinas dispersas por el planeta podrían ser la clave para descubrir una poderosa fuente de energía de la que habría estado en posesión la primera civilización del mundo; una energía que todavía no ha sido redescubierta, subraya Berlitz.

Hoy sabemos que la Tierra es una especie de gigantesco imán, cargado de energía electromagnética. Algunos escritores ingleses pensaron que muchas

ruinas prehistóricas de edificios, murallas, calles y templos de las islas británicas en el pasado habían formado parte de un enorme instrumento planetario del que otras ruinas, en diferentes partes de la Tierra, constituían los distintos mecanismos. Esta idea fue sostenida, por ejemplo, por John Michell (en *The View Over Atlantis*, 1969), que cree que varios monumentos prehistóricos constituyeron aparatos para canalizar y eventualmente aprovechar las corrientes electromagnéticas de la Tierra. Michell sostiene que las distintas ruinas prehistóricas diseminadas en nuestro planeta pertenecían a una misma civilización, a una única «cultura planetaria», y que su finalidad no era solo la de marcar las líneas de fuerza del magnetismo terrestre, sino también aprovecharlas, controlando, en la práctica, el campo magnético terrestre. Escribe Michell: «El hombre prehistórico conocía la fuerza magnética de la Tierra, que le proporcionaba la energía necesaria, y toda la civilización de aquella época estaba, por decirlo así, en sintonía con esta fuerza». Si estas líneas de fuerza magnética corrían sobre toda la superficie terrestre (suposición lógica, dado que la misma Tierra es un enorme imán), no es de extrañar, argumenta Berlitz, que los chinos fueran conscientes de este fenómeno, hecho comprobado por los documentos más antiguos de su civilización. Los chinos llamaban a estas líneas de fuerza *senderos del dragón* y, hasta un pasado reciente, observaban un método geomántico para establecer dónde construir casas, templos, ciudades y hasta las puertas de las murallas ciudadanas: evidentemente se basaban en ciertas vibraciones producidas por las corrientes magnéticas en un determinado lugar. Pero la tradición china iba más lejos, sostenía que estas líneas de fuerza magnética no solo corrían a lo largo de todo el planeta, sino que también atravesaban el cuerpo humano, desde una perspectiva que consideraba el cuerpo vivo de la Tierra y el cuerpo del hombre sujetos a una misma armonía y ley natural. Este concepto, la idea de líneas de fuerza que recorren el cuerpo humano, está en la base de la práctica de la acupuntura, una de las pocas y antiquísimas tradiciones chinas que los actuales gobernantes no han prohibido, principalmente a causa de su utilidad práctica.

La teoría del control y el aprovechamiento de las fuerzas magnéticas terrestres podría explicar las diferentes, y a menudo singulares, localizaciones de muchos monumentos prehistóricos en nuestro planeta, concluye Berlitz.

Pero volvamos a la destrucción de Atlántida en el siglo IX a. C. Sin duda, la hipótesis de un cataclismo cósmico, ya en sí misma, podría acallar a quienes en el pasado objetaron el hecho de que ninguna civilización elevada puede haber

existido en el Atlántico hace diez mil años, porque habría dejado evidentes vestigios en las cercanas orillas de América, de Europa y de África. En realidad, como hemos visto, dichos vestigios existen y pueden apreciarse muy bien por parte de quien quiera verlos.

El escenario que nos encontramos en este punto es un horizonte «del día después»: el mundo antediluviano ha desaparecido de golpe, y las tinieblas de un medioevo protohistórico se han cernido sobre él, y tendrán que pasar milenios para recrear la civilización en otras zonas del planeta sobre la base de las tradiciones de un mundo perdido, común a todos los pueblos.

Pero ¿se había perdido todo?

No acabamos de estar convencidos.

Vamos a reflexionar.

Si el apocalipsis debido a la caída de un asteroide llevó realmente al hundimiento de grandes áreas continentales «críticas» (por ser de naturaleza basáltica) en el Atlántico centro-septentrional, no está dicho que todas estas islas se hundieran entonces y de golpe, en efecto. Al contrario, hay que tener presente que las nuevas condiciones climáticas inducidas por el desplazamiento del eje terrestre (*in primis* el final de la glaciación de Würm con el consiguiente deshielo y aumento del nivel del mar de 130 m) no pueden haber cambiado el perfil definitivo de las tierras emergidas *ex abrupto*. Dicho de otra forma, mientras el nivel de los océanos subía gradualmente (al mismo ritmo que el derretimiento de los hielos), las tierras «críticas» del Atlántico podrían haber sido objeto (especialmente en un área volcánica como la atlántica) de procesos de hundimiento no bruscos, sino de larga duración. Ya nos hemos referido al relato del navegante púnico Hannón, testimonio directo del final de los últimos restos de una tierra en el Atlántico centro-meridional, desaparecida entre erupciones volcánicas en el siglo VI a. C. Pero todavía hay más.

En 1929 se descubría en el palacio Topkapi de Estambul un grupo de mapas geográficos de 1513, dibujados por el navegante turco Piri Reis. Su excepcionalidad radica en el hecho de que los mapas reproducen exactamente el perfil de la Antártida tal como se presentaba hace once mil años, cuando las costas atlánticas estaban libres de hielos y el nivel del mar era más bajo. Como recuerda Flavio Barbiero, destacados estudiosos norteamericanos los examinaron durante años utilizando los medios más modernos, incluido el ordenador, y confirmaron su autenticidad y exactitud. Entre ellos el capitán de navío C. O. Fiske, profesor del Naval War College, de Newport, y el reverendo Daniel

Linehan, del Observatorio de Weston, que realizó personalmente sondeos sismográficos a lo largo de las costas antárticas cubiertas de hielos, para verificar su correspondencia con los mapas de Piri Reis.

Los resultados de estos sondeos son asombrosos y confirman, sin lugar a dudas, que dichos mapas reproducen originales dibujados al menos hace once mil años.

El análisis por ordenador revela además que estos mapas fueron dibujados con una función eminentemente náutica, y con una precisión que presupone el empleo de instrumentos y técnicas al menos equiparables a las modernas, subraya Barbiero.

Es evidente que el corsario turco, que nunca salió del Mediterráneo e ignoraba la existencia de la Antártida, extrajo sus mapas de originales encontrados en alguna antigua biblioteca, probablemente la de Alejandría en Egipto, que fue destruida por los árabes en el siglo VII: todos los libros fueron distribuidos entre los baños públicos de la ciudad para ser usados como combustible. Es cierto, sin embargo, que miles de volúmenes escaparon a las llamas, y entre ellos también las copias de antiguos mapas y cartas náuticas que llegaron con los supervivientes de la Atlántida, concluye Barbiero.

De estos mapas se hicieron numerosas reproducciones, que circularon por la cuenca del Mediterráneo durante todo el Medioevo y el Renacimiento. Parece comprobado que Colón poseía una copia y basaba en ella su seguridad. También Magallanes partió en busca del famoso paso que lleva su nombre gracias a la posesión de un mapa secreto en el que figuraba dicho paso.

Cristóbal Colón, que recibió de la corona española el título de almirante del mar Océano (en contraposición al Mediterráneo), según algunas fuentes, acumuló considerables conocimientos sobre la Atlántida, en previsión de su primer viaje. Al parecer, en el intento de estudiar todo el material que podía revelarse útil para su audaz proyecto, se encontró con un número cada vez mayor de referencias a la Atlántida, diseminadas en los cientos de documentos griegos y de detallados mapas del océano que habían empezado a inundar la Europa occidental después de la caída de Constantinopla en poder de los turcos en 1453, recuerda Charles Berlitz.

Entre ellos se encontraba también el mapa de Benincasa (1482), que mostraba la isla de *Antilia* o *Antilla*, aproximadamente en la misma posición que la legendaria Atlántida, cerca de otra gran isla salvaje. Colón examinó atentamente otros mapas geográficos que también indicaban *Antilla* o *Antilia* o

*Antilha* o *Atlantida* (según las diversas grafías) y la situaban en la parte occidental del Atlántico. Más que suponer, como sugiere el estudioso Ruggero Marino, un anterior (y oculto) viaje a América en 1485, los conocimientos geográficos sobre el Nuevo Mundo de Colón (que Marino considera un hijo secreto del papa Inocencio VIII, en el siglo el genovés Giovanni Battista Cybo, muerto en 1492) pueden explicarse pensando que también disponía de una vetusta copia del mapa de Piri Reis dada a conocer quinientos años después por Charles H. Hapgood[13] y a su vez varias veces copiado de un antiguo mapa griego del mundo, que, entre otros adelantos geográficos, mostraba claramente el contorno oriental de América meridional (en aquella época estaba por descubrir) situado a una distancia correcta y exacta de España y de África; y, como ya se ha dicho, la costa antártica tal como se presentaba, sin hielos, hace once mil años: es decir, antes de que la Antártida, con el desplazamiento de los polos, adoptase un clima polar.

No solo eso.

Durante el largo y profundo estudio del mapa de Piri Reis, Hapgood había observado una singular coincidencia respecto a una isla del Atlántico, que más tarde había desaparecido de los mapas geográficos modernos o de los informes de los pilotos militares que hablaban de ciudades sumergidas. Hapgood, como otros muchos científicos y pilotos de la Segunda Guerra Mundial, había oído que varios pilotos, sobrevolando el océano entre Dakar, Senegal y Recife, habían avistado lo que parecían ser construcciones submarinas, visibles desde el aire especialmente al caer la tarde, cuando el agua estaba calmada y límpida. Debido al estado de guerra y a las órdenes precisas para sus rutas de vuelo, los pilotos no habían tenido tiempo ni el permiso de acercarse a estos sitios en vuelos concéntricos para estudiarlos mejor, pero noticias oficiosas especificaban que estos avistamientos se habían producido cerca de los arrecifes de San Pedro y San Pablo, un puñado de rocas que afloran a unos mil kilómetros al este de Recife.

Pero un detalle del mapa de Piri Reis sorprendió especialmente al profesor Hapgood: mientras otras islas y líneas costeras reproducidas en este mapa se mantenían en su sitio todavía hoy, en la zona donde hoy afloran los arrecifes de San Pedro y San Pablo aparecía una gran isla, como si una porción de Atlántida se encontrara todavía en la superficie en la época en la que fue trazado el original del mapa de Piri Reis, y más tarde se hubiera hundido gradualmente y se hubiera llevado con ella sus ciudades.

Todo ello, pues, confirma que restos del archipiélago atlante probablemente existieron en época histórica y se hundieron también en época histórica, tal vez en épocas diversas. Trasladémonos ahora a 1227 a. C., el año de la segunda invasión de los «pueblos del mar» en el Mediterráneo: un acontecimiento histórico, no mítico.

Ya hemos visto que los egipcios consideraban a estos pueblos —los *haunebut* o *haunebu*— procedentes del otro lado de las Columnas de Hércules: es decir, del océano Atlántico y del Septentrión, o Gran Norte «hiperbóreo».

La mitología griega sitúa diversas islas en el extremo norte. Consideremos la homérica Ogigia, la isla de Calipso, donde fue retenido Ulises, al que la diosa propuso la inmortalidad. Esta hija de Atlante, por tanto hermana de las Hespérides, las «ninfas del atardecer» que viven en las islas Afortunadas, a veces es considerada una pléyade. Por lo que se refiere a Atlante, varios textos lo sitúan en el extremo norte, y así afirma Apolodoro: «Atlante está en pie en el país de los hiperbóreos». Homero llama a Ogigia «ombligo del mundo», un apelativo que se adaptaría perfectamente a la gran civilización-madre de la Atlántida.

Plutarco sitúa la isla de Ogigia «hacia el oeste de Europa, a cinco días de navegación».[14] Estrabón localiza Thule a seis días de navegación de la Bretaña,[15] aproximación que sorprende. Según Plutarco existen otras tres islas, más al oeste, donde durante el verano las noches apenas duran una hora. En una de estas duerme Crono, lo que se correspondería, en la mitología griega, con las cuatro islas al norte del mundo de donde proceden los Tuatha Dé Danann, tribu divina que colonizó Irlanda.

Más al norte, a lo largo de la costa europea, leyendas francesas, británicas e irlandesas se confundieron y mezclaron con las narraciones más antiguas sobre una isla perdida. La leyenda irlandesa de Tir-nan-n’oge habla de una gran ciudad luego sumergida por el océano, mientras que otras leyendas celtas se refieren concretamente a la «ciudad de las puertas de oro», hundida en el Atlántico: tal vez una reminiscencia del gran uso del oro atribuido por Platón a los atlantes. Así, recuerda Charles Berlitz, reminiscencias y recuerdos de un pasado remoto se confunden con concretas leyendas locales, hasta el alto Medioevo. La antigua Avalón fue relacionada con el último destino del rey Arturo y las mareas del océano. El hundimiento de la plataforma continental muy cerca de Bretaña también fue relacionado con la leyenda local del rey Gradlon, soberano de la famosa ciudad de Ys, que fue engullida por las olas del océano porque su hija, la

desobediente princesa Mahu, había dado a su amante la llave del dique erigido contra la furia del mar. Este tipo de leyendas medievales en cierto sentido «ofuscan», observa Berlitz, pero no alteran las tradiciones preexistentes según las cuales las tribus de la Galia occidental procedían de Atlántida, hecho al que aludirían las largas procesiones de gigantescos menhires y dólmenes que todavía hoy descienden hacia las costas occidentales de Bretaña y prosiguen bajo el mar.

La colocación de la patria de los *haunebu* en las tierras septentrionales del océano Atlántico todavía es más significativa si se considera que en la *Edda* nórdica las tierras del norte se denominan *Atalland* (o, según las distintas localidades, *Adalland*, *Aldland* o *Atland*), y el mar abierto *el sendero de Atle*, donde *Atle* o *Atal* es el nombre de la divinidad del Océano. Guignard cree haber encontrado otra referencia directa a la Atlántida en su traducción de una antigua inscripción etrusca: «Rao (un augur, o sacerdote etrusco) está navegando en dirección a *Attar-land-it* (o *Antar-land-it*, la 'tierra de los antepasados'), la isla de las mujeres gigantescas» (¿tal vez las amazonas, en su mito asociadas a la Atlántida?).

El italiano N. Russo, un defensor más de la hipótesis según la cual los etruscos serían descendientes de antiguos colonizadores originarios de la Atlántida, ha basado su opinión en algunos fragmentos de Filocoro, un historiador griego del siglo III a. C poco conocido. También se encuentra una referencia a este hecho en la crónica de los frisones *Oera Linda*, probablemente redactada en 1256 d. C.: «Cuando Atland pereció, ellos se esparcieron por las costas del Mediterráneo», dice el texto nórdico. ¿Qué decir pues del supuesto origen oriental de los etruscos del que nos habla Heródoto? Para este autor, en efecto, el desembarco de los etruscos en Italia estaría relacionado con una carestía que causó una forzada (pero sin duda calculada) migración hacia la futura Tirrenia (región evidentemente ya conocida por estos exiliados para elegirla como destino) de prófugos de Asia Menor dirigidos por Tirreno, hijo de Ati, rey de Lidia. Hay que observar que en este caso la idea de una procedencia extramediterránea de los etruscos podría no ser contradictoria con lo que dice Heródoto. De hecho, en Asia Menor se habían establecido algunos de los pueblos del mar, y concretamente los *luka* (de los que tomó su nombre Licia, región de Lidia), y son sus descendientes, por tanto, los que a partir de 1900 a. C. habrían huido a Italia (lugar probablemente ya visitado por sus antepasados, si procedían del oeste, y por eso conocido). Se trata, en el fondo, de la misma estirpe. Ignoramos si los antepasados *luka* de los pueblos de Lidia pueden o no

asociarse al misterioso pueblo nómada (y caracterizado por una arquitectura ciclópea) de los pelasgos (*Helánico* en *Dionisio de Halicarnaso* I, 28) o si más bien los etruscos se derivan de una inmigración de Tirreno con los pelasgos que ya habían colonizado las islas griegas de Lemnos y de Imbro (*Anticlide* en *Estrabón* V, 2, 4). En cualquier caso, es probable que los antepasados de los etruscos estuvieran relacionados realmente con los «pueblos del mar» procedentes del Atlántico.

Pero eso no es todo. Según la profesora florentina Natalia Rosi de Tariffi, que enseña en Caracas, «los etruscos partieron de los Andes. Llegaron a las vírgenes orillas del Arno desde el continente americano, en el que habían permanecido durante milenios, formando parte de una civilización megalítica cuyos restos arqueológicos llevan nombres de Tiahuanaco, Sacsahuaman, Machu Picchu, Ancón, Pisac, etc.». «El lenguaje —escribe Natalia Rosi— es fruto de la necesidad, preexistente a la organización del trabajo humano planificado y colectivo. Las leyes de la morfología, de la gramática y de la sintaxis son creaciones culturales a posteriori y no son suficientes para la reconstrucción genealógica de una lengua. El lenguaje no es un producto de la cultura: es anterior a ella, y determina sus formas y sus modelos.» La estudiosa sostiene la existencia, desde el Neolítico, de una lengua unitaria en toda Europa, que luego se habría diferenciado en varios idiomas. Su origen, sin embargo, no habría que buscarlo en el llamado *Viejo Mundo*, sino «en el binomio quechua-aymara, denominador común de todas las lenguas del continente americano».

Del cuadro también formaría parte el etrusco, que, según Natalia Rosi, «no desapareció, no se perdió nunca, sino que evolucionó naturalmente al latín, al italiano y a las lenguas romances».

En cuanto al italiano, la estudiosa nos propone una comparación estimulante con el quechua y el aymara, de la que damos una muestra a continuación y remitimos a los lectores interesados en un tratamiento más amplio a su libro *América, Cuarta Dimensión*.

| *Italiano (del etrusco)* | *Quechua-aymara* |
|---|---|
| **Acquistare, Acquisire** | **Haquisitha:** ganar trabajando, encontrar, conquistar |
| **Ala** | **Alari:** volar sin batir las alas |
| **Alpe** | **Allpa:** tierra, suelo |
| **Ammaccare** | **Maqai:** golpear |

| | |
|---|---|
| **Amico** | **Amicusitha:** hacer amistad |
| **Appartarsi** | **Apartatha:** apartarse |
| **Arare** | **Haray, Harani:** trabajar la tierra |
| **bagarino:** que acapara y esconde cosas para revenderlas a precios más altos | **Pacarino:** esconder |
| **Bazzicare:** relacionarse | **Wausachay:** practicar la pederastia con alguien con alguien |
| **Bicchiere** | **Vicchi:** taza, vaso, recipiente para beber |
| **Burrasca** | **Purayashca:** sombrío, turbado por la oscuridad |
| **Canto** | **Kantu:** canto, ángulo, límite |
| **Cassata** | **Qasa:** helado |
| **Cattivo** | **Qaqti:** amargo, ácido, de mal sabor |
| **Chiamare** | **Kallo:** lengua, voz, grito |
| **Concimaia** | **Conchumayo:** aguas sucias, pozo negro |
| **Cucchiaio** | **Huccharatha:** sorber poco a poco |
| **Equipaggiamento** | **Quipu:** nudo; **Pakai**: esconder, empaquetar |
| **Fusciacca** | **Fichuc:** banda de varios colores |
| **Giunta** | **Junta:** lleno; **Juntay:** llenar, reunir |
| **Humus** | **Huumi:** vapor que sale de la tierra |
| **Lussazione** | **Lluqsii:** salir fuera, quitar algo de donde estaba, remover |
| **Magagna** | **Mauka:** depauperado |
| **Malattia** | **Malatha:** encontrarse mal |
| **Mannaia** | **Manyai:** cortar; **Manyana:** objeto cortante |
| **Naso** | **Nasa:** orificio nasal |
| **Onore** | **Hono:** facultad, riqueza, valor |
| **Paio** | **Paya:** dos |
| **Pacco** | **Pakay:** esconder, empaquetar |
| **Piantare** | **Piantatha:** introducir, colocar en profundidad |
| **Pigliare** | **Pillatha:** coger, agarrar |
| **Piroetta** | **Pirurur:** girar |
| **Pittura** | **Pintuy:** cubrir, recubrir |
| **Poco** | **Poque:** poco, cantidad mínima |
| **Reddito, Rendita** | **Rantii:** comprar, vender, realizar un intercambio de valores |
| **Ripulsa, Ripudio** | **Ripuy:** alejar, rechazar |
| **Rio** | **Rii:** andar, moverse, correr |
| **Rocca** | **Ruqqi:** roca |
| **Scacciare, Cacciare** | **Kacharii:** separar, alejar, soltar |
| **Setaccio** | **Sutuy:** dejar caer un líquido a gotas |
| **Stambugio** | **Tambu:** depósito, taberna |
| **Succhiare, Suggere** | **Suksuy:** chupar, absorber |
| **Tappare** | **Tappatha:** cerrar, remendar |
| **Tassa** | **Tassa:** impuesto; **tassatha:** exigir o pagar los impuestos |

| | |
|---|---|
| **Tozzo** | **Tuzu:** estrecho, curvado, parecido a un ovillo |
| **Vanga** | **Vanqa:** palanca |
| **Vate** | **Watu, Huatu:** augurio, presagio; **Watuc:** vate, adivino |

Añadamos, a título de ejemplo, algunas de las muchísimas palabras italianas caídas en desuso que tienen equivalente en las lenguas madres americanas:

| *Italiano (del etrusco)* | *Quechua-aymara* |
|---|---|
| **Balta:** dar un vuelco | **Palta:** encima |
| **Bautta:** disfraz de carnaval, capa con capucha, antifaz | **Wata, Huata:** indumento que tapa envolviendo |
| **Fisciù:** pañuelo | **Fichu, Pichu:** trozo de tela de colores usado como chal |
| **Giucco:** tonto | **Chucuc, Chucucuc:** idiota |
| **Miccino:** parte minúscula de algo | **Micha:** avaro, tacaño |
| **Posca:** agua y vinagre, vino malo | **Posco, pusco:** cosa avinagrada |
| **Usatto:** calzado alto, que cubría la pierna; polaina | **Usuta:** zapatos o sandalias de cuero |

Y no acaba aquí: podríamos compilar un rico diccionario refiriéndonos a términos totalmente desaparecidos del vocabulario italiano y a numerosas expresiones del dialecto toscano todavía frecuentes al otro lado del océano, nos recuerda justamente Peter Kolosimo.

Pero volvamos a los etruscos y a su lengua todavía desconocida.

Natalia Rosi cree poder abrir una rendija fantástica —la delineada más arriba — proponiéndonos una sugestiva comparación entre algunos vocablos etruscos cuyo significado parece comprobado y las correspondientes palabras de los antiguos americanos llegadas hasta nosotros.

Veamos algunos ejemplos, en la interpretación de la estudiosa.

| *Etrusco* | *Quechua-aymara* |
|---|---|
| **Anda:** viento frío del norte | **Anta:** viento frío e impetuoso del norte que flagela las cimas andinas |
| **Andes:** nombre dado a los galos, procedentes del septentrión. **Antiati o Antiates** era llamado un pueblo prelatino, citado por muchos escritores antiguos pero no identificado. El vocablo **Antenati (Antemnati)** en su origen designaría a sus integrantes. | **Andes:** la cordillera de los Andes |
| **Aulla**: antigua ciudad etrusca | **Aulla:** grande, espacioso |
| **Ayta:** divinidad infernal | **Aytha**: gritar de dolor |

| | |
|---|---|
| **Calaris (kalaris)**: antigua ciudad etrusca | **Kala:** piedra |
| **Canopo:** vaso funerario | **Conopa:** dioses protectores de la familia |
| **Catha:** divinidad indefinida | **Qata:** protección, reparo, ayuda |
| **Cillenio (Celene, Selene, Silene):** nombre de la luna | **Quilla, Killa:** diosa de la luna |
| **Cuti:** dios o personaje mitológico | **Cuti:** dios del comercio |
| **Charan:** divinidad infernal (quizá el Caronte griego) | **Charan:** pantano, ciénaga, humedal y, por extensión, lugar de desolación y muerte |
| **Chiton:** túnica corta | **Chiti:** corto, pequeño |
| **Giove:** divinidad suprema | **Jawa:** el que está sobre todas las cosas |
| **Haruspex**: aurúspice | **Aruspichu:** buena o mala noticia |
| **Index**: nombre arcaico del dios Sol | **Inti:** dios del Sol |
| **Mercurio:** dios del comercio | **Marqai:** transportar mercancías |
| **Omen:** presagio, vaticinio | **Omu:** adivino, mago |
| **Orco:** Infierno, dios de los Infiernos | **Orco:** profundo, salvaje, cruel |
| **Pacha:** divinidad | **Pacha:** dios, ser supremo |
| **Pileo:** gorro de piel, fieltro o tela | **Pillu:** adorno de la cabeza, corona |
| **Semo sancu:** dios de la buena fe | **Simi:** ley, juramento |
| **Summano:** dios del cielo | **sumay:** honrar, venerar |
| **Uni:** divinidad femenina | **Unu:** agua; unidad; la primera |
| **Velcgan (velxan, vulcano):** dios del fuego | **Wilca, Wilka:** el dios Sol; calor, ardor, fuego, llama, luz |

¿Coincidencias? Quizá. En cualquier caso, también algunos topónimos de centros megalíticos peruanos como Machu Picchu (es decir, ‘Antiguo Pico’; *pichu* corresponde a nuestro *picco*) o Sacsahuaman (*cf.* en la primera parte de este nombre la raíz recuerda el plural *saxa* del latín *saxum*, ‘piedra’) podrían tener efectivamente esta revolucionaria clave de lectura. ¿Los etruscos procedían entonces de la América meridional? A este respecto, la profesora Rosi es muy cauta. «No es mi labor determinar cómo se llevó a cabo esta migración, ni cuáles fueron los caminos seguidos en estos desplazamientos —escribe—. Los pueblos andinos podrían haber llegado a Italia por muchos caminos, tanto marítimos como terrestres» o bien, la serie más que desconcertante de semejanzas lingüísticas entre el etrusco y el quechua-aymara podría explicarse con un lugar de origen común de los dos idiomas.

¿Dónde? La respuesta más lógica es a medio camino, es decir, entre Europa y Mediterráneo por un lado y el mar Caribe por otro, en un puente continental roto y perdido. Ciertamente no es casual que la misteriosa estatua *Caté* o *Catés* encontrada por los navegantes portugueses en la isla de Corvo en las Azores (ya mencionada por nosotros) hubiera sido orientada hacia occidente por sus

desaparecidos constructores. Y en lengua quechua, recordémoslo, *catí* quiere decir justamente ‘aquel camino’: el camino hacia las Américas; o quizá, más probablemente, hacia la perdida Atlántida, posible origen de los desconocidos escultores.

Volviendo al nórdico *Oera Linda*, la crónica nos dice que, 3.449 años antes de que fuera escrito, *Aldland* o *Atland* (‘la tierra antigua’, una isla en el océano) fue destruida por una convulsión geológica. La fecha en cuestión debería de corresponder a 2193 a. C. El texto dice:

> La tierra empezó a temblar como si su final estuviera próximo. Las montañas se abrieron y escupieron llamas. Algunas se hundieron formando campos, mientras surgían nuevas alturas de la tierra. Aldland o Atlantd, como la tierra antigua era llamada por los navegantes, fue barrida por las olas con sus montañas y sus valles, y todo fue cubierto por el mar. Muchos fueron sepultados por la tierra y otros, huyendo, murieron en el agua. Las montañas exhalaban fuego no solo en la tierra de los finda sino también en Mosland (Twiskaland). Los bosques se convirtieron en cenizas y el viento las esparció cubriendo toda la tierra con ellas. Nuevos ríos adquirieron forma y las arenas de sus estuarios formaron nuevas islas. Durante tres años la tierra gimió y cuando se recobró dejó ver sus heridas. Muchos países habían desaparecido y habían sido fragmentados por las aguas, mientras Mosland (?) había sido cortado en dos. Muchos finda fueron a establecerse en los amplios espacios desiertos de las tierras restantes. Aquellos de los nuestros que no fueron exterminados se convirtieron en aliados de los invasores.

La catástrofe descrita es muy anterior a las invasiones de los pueblos del mar. Constatemos por último otra coincidencia lingüística: para los fenicios *atlath* significaba ‘noche’ o ‘oscuridad’, y *Atlat* era la diosa de la noche; con el mismo término, sin embargo, los fenicios designaban también a los países del oeste. La relación lingüística con palabras como Atlántida o Atlante es evidente. Por último, los soldados del ejército de los «pueblos del mar» hechos prisioneros declararon su origen y el motivo del ataque a la tierra del Nilo a los oficiales egipcios que los interrogaron al día siguiente de la derrota. Basta traducir sus palabras de los jeroglíficos egipcios: «Nuestras islas han sido arrancadas y dispersas […]. La fuerza de Nun [el océano] irrumpió abatiéndose en una gran ola sobre nuestras ciudades y nuestros pueblos […]», refieren las inscripciones de Medinet Habu, que precisan, con una afirmación de fuente egipcia, que «la cabeza de sus ciudades acabó bajo el mar; su tierra ya no existe» (inscripciones 37, 46, 80, 102, 109). Dado que la expresión «la cabeza de sus ciudades» también se denomina *neterto* (‘tierra sagrada’) o *netera* (‘isla sagrada’), nos

encontramos ciertamente ante un relato de la época referido a la inmersión de la «isla sagrada» de los pueblos originarios del Atlántico septentrional: Atlántida, en definitiva.

Otra consideración a propósito de una de las etnias de los *haunebu:* los *peleset* o *pherest*, los invasores de Líbano y Palestina más tarde establecidos en estas regiones y denominados sucesivamente filisteos por los israelitas. Este pueblo también era llamado *kaphthoriti* (del hebreo *kaphthor*, 'columna') o el 'pueblo de las columnas', y tanto si se refiere a las Columnas de Hércules como a las Columnas del Mundo sostenidas por Atlante, una vez más todo nos lleva al océano Atlántico. Si además consideramos que el Antiguo Testamento (Jeremías, 47, 2) los define como «los enemigos procedentes del norte», el cuadro se completa.

Sobre las invasiones de los pueblos del mar y las distintas migraciones de la época hacia el Mediterráneo, Estrabón refiere que por otra parte «Posidonio conjetura que la migración de los cimbros [cimerios] y de las poblaciones afines de su país natal se produjo a consecuencia de una inundación del mar, que llegó de repente».[16] Por tanto, hay que concluir que la narración platónica es real y verdadera, y si lo es respecto a la invasión atlante del Mediterráneo, es muy probable que también lo sea con todas las demás informaciones referidas en *Timeo* y en *Critias*, que de textos filosófico-míticos se convierten así en documentos históricos.

Pero hay más. Simultáneamente a las invasiones del Mediterráneo por parte de libios (norteafricanos), tirrenos y atlantes tenemos una serie de acontecimientos extraordinarios: casi en el mismo período, de hecho, se produce el colapso de la civilización cretense-micénica, el final del Imperio hitita y el éxodo de los israelitas hacia la Tierra prometida. Pero eso no es todo. La arqueología nos dice que en la misma época las excavaciones del nivel 7 de la presunta Troya (Hissarlik), del hitita Hattusas (Bogazköy), de Knosos y Festo (Creta), de Thera (Santorini), de Chipre, de Biblos, Megido y Jericó (Líbano-Palestina) se caracterizan por visibles y prolongados indicios de destrucciones generalizadas que «marcaron» unívocamente, a nivel de estratos, aquel momento histórico particular. Hoy sabemos, como recuerda el astrónomo Hevelius en su *Cometographia* (1688), que «en el año del mundo 2453, según fuentes autorizadas, un cometa fue divisado en Siria, Babilonia, India, en el signo de Io, con forma de disco, mientras al mismo tiempo los israelitas realizaban su viaje desde Egipto en busca de la Tierra prometida». Se trata, como hemos visto, del

asteroide Typhon aludido en el mito de Faetón, que causará tremendas destrucciones: terremotos, erupciones volcánicas, aridez y desertificación de zonas antes fértiles, combustión de bosques y centros habitados, probable hundimiento de áreas continentales, olas de marea de enorme potencia destructiva. En el Mediterráneo, concretamente, explotará el volcán de la isla de Santorini (Thera) y originará un violentísimo maremoto que arrasará la civilización cretense-minoico-micénica. Se ha calculado que en Grecia, frente a los trescientos veinte asentamientos del siglo III a. C., en el siglo XII a. C. ¡solo se mantenían cuarenta asentamientos humanos en aglomeraciones urbanas!

Es un hecho que «un increíble aumento de la actividad volcánica se manifestó hace unos tres mil doscientos años», escribe Suball.[17] En aquella época «la última gran oleada de terremotos y el último pico de la actividad volcánica devastaron la Tierra. Desde Islandia hasta las Canarias, nuestro planeta fue violentamente sacudido por seísmos y erupciones, la peor de las cuales afectó a Thera, que destruyó la civilización cretense con una explosión eruptiva casi dieciocho veces superior a la del Krakatoa de 1883». Las plagas de Egipto mencionadas en el texto bíblico del Éxodo fueron inducidas con toda seguridad por la catástrofe de Thera, donde, desde su miope óptica, el arqueólogo griego Spyridion Marinatos vio la tragedia de la Atlántida.

Textos egipcios de la época de la catástrofe de Thera hablan de inundaciones, truenos, oscuridad. Se ha demostrado que la explosión de Thera, repetimos, superó en mucho la erupción del Krakatoa de 1883, que causó treinta y seis mil víctimas. Sin embargo, según algunos estudiosos, la teoría de Thera plantea un problema: de atenerse a la narración de Platón, la Atlántida (3.000 × 2.000 estadios = 533 × 354 km) era demasiado vasta para adaptarse al Egeo. No obstante, en 1969, un profesor de Dublín, J. V. Luce, avanzó la hipótesis de que la Atlántida debía de encontrarse en el mar Egeo, y también citó a un científico, K. T. Frost, que en 1909 había avanzado la hipótesis de que la mítica Atlántida reflejaba Creta y el reino de Minos. Pero son todas hipótesis reductivas, absolutamente inaceptables. Otra de este tipo es la del pastor alemán Jürgen Spanuth, que en cambio localiza la Atlántida cerca de Helgoland (mar del Norte). Spanuth declaró haber localizado también el lugar donde se erigía un templo, un castillo rodeado por un muro y otros edificios que medían cerca de 6 m de altura. Se pudo medir la distancia exacta entre los dos extremos de las murallas (927 m) y también se hizo una comparación con la distancia entre los dos muros circulares de la Atlántida dictados por Platón, pero la distancia entre

el primer muro circular (533 m) y el segundo muro (354 m) está interrumpida por un canal de 354 m de ancho, por lo que entre el inicio del primer muro y el final del segundo hay una distancia de 533 + + 354 + 354 = 1.241 m, medida netamente superior a la de Spanuth, que creía haber encontrado la ciudad de Atlántida a un paso de Alemania, ¡y que los *pherest* o *peleset,* los *sakar* y los *denye(n)* eran los frisones, los sajones y los daneses! Al margen del carácter claramente forzado de esta interpretación, Spanuth tiene el mérito de haber relacionado las inscripciones de Medinet Habu con la narración platónica y de haber referido a igualmente presentes tradiciones nórdicas tanto el período catastrófico sobre el 1200 a. C., como las tradiciones de la Atlántida, lo que no es poco, evidentemente. Sin embargo, esto no basta para explicar todos los elementos del problema.

Es evidente, por tanto, que todo lo que hemos estado examinando nos lleva a las siguientes conclusiones, aquí resumidas:

1. Entre América y la masa continental euro-africana originariamente surgía, en condiciones subaéreas, una vasta zona insular probablemente fragmentada y de composición predominantemente basáltica (y por tanto crítica), asiento sucesivo de poblaciones evolucionadas y probable asiento de la primera gran civilización aparecida sobre la Tierra.
2. Como consecuencia de varias alteraciones geológicas inducidas por la caída de asteroides sobre la superficie terrestre, esta zona emergida fue hundiéndose progresivamente en varias etapas (actuales áreas oceánicas entre Azores-Madeira-Canarias-Cabo Verde y Caribe) y en un lapso de tiempo comprendido entre *c.* 9600 y 1200 a. C. A este período catastrófico (pese a seguir manteniéndose en la superficie zonas insulares de dimensiones considerables) corresponde (tanto en estas zonas como a ambos lados del Atlántico) la progresiva aparición de una cultura megalítica altamente civilizada a la que siguió, en época histórica, una nueva catástrofe celeste que provocó (por la lluvia de meteoritos o la caída de un asteroide) un ulterior hundimiento en el Atlántico septentrional de tierras emergidas en el siglo XIII a. C. (la Atlántida poseidónica) con algún posible coletazo de tipo volcánico hacia el sur en época posterior, hasta alcanzar la actual configuración geográfica que conocemos.

3. Respecto a la Atlántida primigenia, el período terminado con el súbito final de la glaciación (hasta el noveno milenio a. C.), podríamos definirlo convencionalmente como *edénico*, y más propiamente *atlante*. Y el último acto de este drama geológico sería el referido a la época sucesiva, terminado en el siglo XIII a. C. con el hundimiento de la Atlántida platónica o «poseidónica» y una última migración de los supervivientes tal vez también hacia América y desde luego hacia el Mediterráneo.
4. Platón recogió tradiciones fieles y las refirió con la misma fidelidad. Solo ha relacionado un acontecimiento histórico-militar de pocos siglos antes (la invasión de los pueblos del mar), fase final del hundimiento de la Atlántida poseidónica y de su capital, con la anterior y mucho más antigua, pero igualmente válida, tradición egipcia sobre la catástrofe del noveno milenio a. C. que puso en marcha el proceso de destrucción de la Atlántida primigenia.

Todas estas consideraciones, y en particular la posibilidad de que la Atlántida fuera destruida por una catástrofe cósmica, han sido recientemente consideradas plausibles incluso por el famoso físico nuclear Antonino Zichichi en un artículo científico publicado por una conocida revista italiana (*Oggi*, n.º 40, 27 de septiembre de 1993). Escribe Zichichi:

> Una cosa es segura: la Atlántida, si fue una gran civilización, fue arrasada por el mar. Resulta sorprendente observar que en la costa atlántica de América del norte no se dieron aglomeraciones humanas hasta el siglo IX d. C., cuando llegaron los vikingos y construyeron ciudades y fortalezas a lo largo de aquella costa.

En cambio, observa y argumenta el físico:

> La vida del hombre se ha desarrollado concentrándose esencialmente en las zonas costeras. Nunca se ha llevado a cabo un estudio geológico y arqueológico de las costas oceánicas. El hombre siempre ha estado distraído por la carrera hacia la autodestrucción. Y, sin embargo, a lo largo de las costas de los océanos se encuentra la clave para comprender si es verdad que objetos cósmicos (cometas y asteroides) de un radio entre los cien y los mil metros destruyeron civilizaciones, bruscamente desaparecidas, como la de la Atlántida. Si hubieran existido, su vulnerabilidad frente al impacto de un proyectil cósmico en cualquier punto del océano no habría permitido que quedara rastro de ellas.
>
> Por otra parte, la probabilidad de que objetos cósmicos de estas dimensiones caigan sobre la Tierra ha sido calculada en diez mil años. Justo el tiempo para dar vida a una civilización. Y luego desaparecer.
>
> La superficie líquida de la Tierra es el doble de la sólida. La superficie sólida tiene una ventaja respecto a la líquida. Un proyectil cósmico que acaba en el suelo no puede transmitir sus efectos devastadores hasta zonas muy lejanas. En los océanos es posible.

Zichichi hace una suposición:

> Si un objeto cósmico cayese en pleno océano, una ola gigantesca se abatiría sobre los dos extremos opuestos de las costas oceánicas: de una punta a otra, aunque el proyectil cósmico cayera en medio del océano, a miles de kilómetros de las costas. Veámoslo con un ejemplo concreto obtenido mediante simulaciones con una supercomputadora. Tomemos un objeto cósmico del diámetro de 400 metros que viaja a la velocidad de 70.000 km/h. Hagámoslo caer en pleno océano. La ola producida es de al menos 5 m cuando, después de haber viajado por todo el océano, se asoma a las costas europeas y americanas. Al acercarse a la costa, la profundidad del mar disminuye y la ola aumenta en altura hasta rozar los 200 m. Introduciendo en la supercomputadora oportunas variaciones de profundidades costeras extraídas de estructuras realmente existentes, resulta que la altura de la ola puede superar los 200 m. Una información esencial es la duración de la ola: al menos dos minutos. La ola, al penetrar en tierra firme, lo arrasa todo, antes de detenerse. Holanda y Dinamarca al este y Nueva York en la costa oeste del Atlántico serían arrasadas por un catastrófico *tsunami* (como se llama en Japón).

Y precisa:

> El detalle que no hay que subestimar es que el proyectil cósmico tiene todo el océano a su disposición para borrar las zonas costeras en los dos lados extremos y opuestos (este-Europa, oeste-América). Todo lo que en el pasado afectó al océano *global* (se llama así al conjunto de la superficie líquida de la Tierra) no ha dejado rastro. En el agua no se producen cráteres sino agujeros, que son rellenados en pocos minutos, produciendo olas gigantescas.
>
> La duración de la ola que se abate sobre las costas está determinada por el tiempo necesario para que el agujero producido en el agua del océano pueda volver a llenarse. Cuanto más potente sea el impacto del objeto cósmico, más grande será el «agujero», más larga la duración de la ola que arrasa todo lo que el hombre ha construido en las costas. En los últimos años, en el estado americano de Arizona se han descubierto diez nuevos cráteres producidos por asteroides. Hasta hace pocos años, antes de que comenzaran los estudios para buscar cráteres un poco en todas partes, en Arizona solo se conocía uno […].

Concluye Zichichi:

> Quizá, la leyenda de la Atlántida corresponde a la verdad y fue un proyectil cósmico lo que la arrasó con una ola gigantesca.

¿Conclusiones imprudentes? En absoluto. En realidad, nuestro planeta fue atacado varias veces por cuerpos celestes, con efectos catastróficos. En septiembre de 1965, por ejemplo, se constató que un satélite natural de la Tierra, después de desintegrarse en la atmósfera, hace al menos seis mil años, originó una sucesión de nueve cráteres, dispuestos casi en línea recta a lo largo de más de 16 km, en la región de Campo del Cielo, en Argentina septentrional. Un grupo de científicos norteamericanos y argentinos, dirigidos por el doctor William Cassidy, de la Universidad de Columbia (Nueva York), llegaron a esta

conclusión después de haber efectuado tres expediciones a las provincias semiáridas de Santiago del Estero y del Chaco, a mitad de camino entre Tucumán y Corrientes.

Llegados a este punto se plantea un interrogante lógico y legítimo: es decir, debemos preguntarnos dónde estaba situada la Atlántida, entendida no ya como la remota civilización-madre «edénica» primigenia, destruida por una catástrofe cósmica en el noveno milenio a. C. (que hoy tenemos motivos para considerar florecida en tierras antes emergidas situadas entre las Azores, Madeira, las Canarias y Cabo Verde por un lado, y el Caribe por otro), sino como su heredera más tardía (tal vez menos civilizada, a tenor de algunas tradiciones), ciertamente situada hacia orillas del Atlántico menos templadas, y en la base de la narración platónica: la más próxima a nosotros en el tiempo y, por tanto, quizá, más fácilmente identificable. Hoy —aparentemente ignorando que hace veinte años el italiano Flavio Barbiero había avanzado la misma y original hipótesis, pidiendo investigaciones arqueológicas en el polo Sur—, Rand y Rose Flem-Ath señalan a la actual Antártida (hace más de doce mil años un archipiélago exento de hielos polares) como el epicentro de la civilización-madre «oceánica» de la Atlántida. Esta sugerente identificación, sin embargo, parece geográficamente demasiado remota. Parece más sensato remitirse a las fuentes clásicas, que ciertamente no colocan a semejantes distancias la isla-continente de Platón.

# VII

## Atlántida: hacia su redescubrimiento

Así, recuerda Richard Hennig, leemos en Diodoro Síkulo citando un texto de Hecateo:

> Frente al país de los celtas y en el océano que lo circunda, hay, hacia el norte, una isla que no es menor que Sicilia. Sus habitantes se llaman hiperbóreos, pues viven más allá de donde soplan los vientos del norte […]. En la isla hay una magnífica arboleda dedicada al dios del Sol y un extraño templo de forma circular […]. Cada diecinueve años, cuando el Sol y la Luna vuelven a tener la misma posición entre sí, Apolo llega a la isla […]. Los reyes de aquella isla, que, al mismo tiempo, son los guardianes de la arboleda sagrada, se llaman boréadas al ser descendientes de Bóreas.

Aquí Diodoro hace una alusión evidente a Gran Bretaña. Nilson ya lo señaló en 1866. En cuanto al templo de forma circular, existen muchas posibilidades de que se trate de Stonehenge, ya que el santuario dedicado a Borvon, dios solar de los celtas, parece haber sido el lugar sagrado de todo el pueblo celta, porque es más que probable que en las grandes festividades los celtas de la Galia cruzaran el canal de la Mancha para ir en peregrinaje a Stonehenge.

Respecto al nombre de *hiperbóreos*, sin duda su origen es este: los comerciantes de Massilia, o Marsella, que remontaban el Ródano para dirigirse, a través del canal de la Mancha, o a Cornualles o a las islas Casitérides, patria del precioso estaño, habían observado que el mistral, aquel viento del norte que los atormentaba cruelmente, dejaba de arreciar a medida que se acercaban al canal de la Mancha. Más aún: no había viento en toda la costa meridional de Inglaterra, donde el clima es especialmente suave, sobre todo en los parajes de la isla de Wight y de la ciudad de Bournemouth. La costa suroccidental de Inglaterra, situada en el paralelo 51, tiene inviernos mucho más suaves que la ciudad de Marsella, situada en el 43, y su vegetación es casi subtropical. Se menciona pues la existencia de este pueblo privilegiado que, «más allá del viento del norte» —de ahí el nombre de *hiperbóreos*— disfrutaba de un clima excepcional. No hay que buscar en otra parte el origen de la leyenda de Hiperbórea, que ha dado pie a tantas divagaciones, concluye Hennig.

Pero no es tan sencillo. Hiperbórea no es solo Inglaterra, de hecho. También es lo que los griegos designaron con el nombre genérico de Thule, los toltecas, Tula, y los celtas, Tara; todas ellas son solo diferentes denominaciones que indican el centro primordial de nuestro ciclo cultural. Numerosos autores de la Antigüedad mencionan Hiperbórea o Thule, su capital, y sitúan allí el origen primigenio de nuestro mundo, una especie de paraíso perdido antediluviano del occidente atlántico. Entre los más conocidos: Homero, Aristeas, Esquilo, Píndaro, Heródoto, Hecateo de Abdera, Calímaco, Apolonio de Rodas, Eratóstenes, Pausanias, Diodoro Sículo, Virgilio, Estrabón, Ovidio, Séneca, Plinio *el Viejo*, Plutarco, Ptolomeo, Pomponio Mela, Jámblico, Avieno, etcétera.

En el año 306 d. C. el emperador Constancio Cloro buscó al norte de Gran Bretaña aquella región en la que, según las leyendas, el sol no se pone nunca. En cualquier caso, las leyendas originales relativas a las cuatro islas al norte del mundo parecerían indicar que Hiperbórea no comprendía un único territorio, sin solución de continuidad, sino varias islas. Y los celtas se declaraban originarios de una tierra desaparecida situada al oeste de Hiperbórea, en el noroeste; lo que sitúa su tierra natal cerca de Islandia y Groenlandia. Pero allí ahora solo hay océano. Lo que hace reaparecer la sombra de la Atlántida, que a veces parece confundirse con el mito y la era de Hiperbórea, mítica cuna de la primera civilización humana: el período que, en la conclusión del capítulo anterior, hemos sugerido llamar convencionalmente *edénico*, y referido a la era antediluviana de la glaciación de Würm en la Atlántida; pero que, a lo mejor, a la luz de lo expuesto, sería más oportuno redefinir *período hiperbóreo* de la humanidad en el occidente atlántico.

A lo largo del tiempo, la Atlántida ha sido colocada en las más diversas partes del mundo, como es sabido. Hay para todos los gustos. Suecia, Inglaterra, la isla alemana de Heligoland, Bélgica y Holanda a la vez, Francia, las tierras del Báltico, Andalucía, Castilla, Portugal, la costa tunecina, Cartago, Cataluña, Sicilia, el archipiélago toscano y las islas tirrénicas, las tierras del Mediterráneo oriental, el archipiélago maltés, Creta, Santorini, las zonas de Crimea en el mar de Azov, Ática, el Atlas marroquí, Mauritania, Nigeria, África oriental, las tierras árticas con las islas Spitzbergen, América septentrional, el Mato Grosso y Brasil, el archipiélago canario, las islas Azores, Madeira, el archipiélago de Cabo Verde, las Bermudas, las islas caribeñas y en particular las Bahamas con Bimini, Islandia, Groenlandia, Sudáfrica, el Cáucaso, la Antártida, el México precolombino, Tiahuanaco en Bolivia, Ceilán, el Sáhara, Palestina, la isla de

Pascua, incluso otros planetas, y todo lo que se quiera: decenas y decenas de identificaciones distintas, a veces absurdas y a menudo forzadas. Todas estas identificaciones denotan la evidente tendencia de muchos de los que se han ocupado del tema a considerar la narración platónica lo contrario de lo que es: a saber, según ellos, un relato en gran medida mítico e impreciso, aunque con datos de partida reales. Así pues, la Atlántida, un lugar preciso por definición, sumergido en el océano Atlántico, se ha convertido para muchos en todo y en lo contrario de todo, y se ha desplazado por doquier, lo que incluso le ha hecho llegar a la abstracción. Es el caso de Mario Pincherle y Luigi Palazzini Finetti,[1] que en 1978 la identificaron con el imperio de Sargón ¡comprendido entre el Nilo, el Tigris, el Éufrates y el Indo! La siguiente lista (actualizada por nosotros) elaborada[2] por L. Sprague de Camp puede dar una idea de las múltiples interpretaciones sugeridas por los principales atlantólogos que han tratado la materia.

La última identificación de la Atlántida (claramente influenciada por el misterio de Nerita, más conocida como isla Ferdinandea, emergida del Mediterráneo a 40 millas de Pantelleria en el 10 a. C., engullida por las olas y reaparecida en 1831 para ser nuevamente tragada por el mar) es de 1994 y corresponde al profesor Viaceslav Jurikov, miembro de la Academia de Ciencias Rusa, que en un artículo en *Robociaia Tribuna* sostuvo que el continente perdido era ni más ni menos que la octava (y ahora sumergida) isla del archipiélago siciliano de las Eolias, correspondiente a la plataforma submarina (de 12 km de longitud y 8 km de anchura, con picos situados a solo 177 m de profundidad), presente entre Vulcano, Lipari, Salina y Filicudi, y en tiempos remotos probablemente emergida. Su hundimiento se habría producido por causas volcánicas, naturalmente. Hay que decir al respecto que las islas Eolias, en efecto, han sufrido un lento pero gradual hundimiento: hace pocos años, a 20 m de profundidad, se encontraron restos de asentamientos del siglo I d. C. Todo esto, sin embargo, no sirve para demostrar en términos adecuados la validez de esta última y reductiva hipótesis: como es evidente, la última de tantas o, mejor dicho, de demasiadas, como se puede constatar a continuación.

| *Autor o atlantólogo* | *Fecha* | *Interpretación sugerida* |
|---|---|---|
| Abartiague, William d' estudioso vasco | 1937 | Territorio que unía Europa y América |
| Acosta, José de, misionero | s. XVI | Isla en el Atlántico |
| Adcock, Norman, ocultista | 1937 | Isla en el Atlántico |

| | | |
|---|---|---|
| Albino, historiador | 1598 | América |
| Alford, Alan F., escritor | 1998 | Otro planeta |
| Alí Bey (Domingo Badía | 1814 | África septentrional y Leblich) viajero |
| Allen, J. M., escritor | 1998 | Región andina |
| Amelio, filósofo | s. III | Simbolismo astronómico |
| Amiano Marcelino, historiador | s. IV | Isla en el Atlántico |
| Anónimo citado por Delisle de Sales | 1779 | Ceilán |
| Anville, J. B. B. d', geógrafo | s. XVIII | Fantasía |
| Aristóteles, filósofo | s. IV a. C. | Fantasía |
| Arnobio de Sicca, retórico | s. III | Isla en el Atlántico |
| Atienza, Juan C., escritor | 1976 | Isla en el Atlántico |
| Babcock, W. J., geógrafo | 1922 | Mar de los Sargazos |
| Bacon, Francis, filósofo *c.* | 1600 | América septentrional |
| Baer (o Bähr), C. F., escritor | 1762 | Palestina |
| Baikie, James, egiptólogo | 1900 | Creta |
| Bailly, J. S., astrónomo | s. XVIII | Mongolia y Spitzbergen |
| Balch, E. S., explorador | 1900 | Creta |
| Ballard, G. W., ocultista | 1939 | Isla en el Atlántico |
| Banning, P. W., ocultista | 1924 | Isla en el Atlántico |
| Barbiero, Flavio, oficial e ingeniero | 1974 | Antártida |
| Barelli, Roberto, escritor | 1992 | Otro planeta |
| Bartoli | 1829 | Alegoría política |
| Baudelot de Dairval, C. C. | 1729 | Isla en el Atlántico |
| Bauval, Robert, ingeniero | 1994 | Isla en el Atlántico |
| Becman, J. C. | 1680 | Isla en el Atlántico |
| Bellamy, H. S., escritor | 1948 | Isla en el Atlántico |
| Bérard, Victor, estudioso | 1963 | Cartago y Gades |
| Berlioux, E. F., geógrafo | 1874 | Montes del Atlas |
| Berlitz, Charles, escritor | 1969 | Isla en el Atlántico |
| Besant, Annie W., ocultista | 1897 | Isla en el Atlántico |
| Bettini, Leonardo, estudioso | 1963 | Isla en el Atlántico |
| Bircherod, Jens | 1683 | América |
| Björkman, Edwin, estudioso | 1927 | Tartessos |
| Blake, William, poeta | s. XVIII-XIX | Isla en el Atlántico |
| Blavatsky, H. P., ocultista | 1888 | Isla en el Atlántico |
| Block, J. C. | 1685 | África meridional |
| Bonev, N., astrónomo | 1948 | Isla en el Atlántico |
| Borchardt, Paul | 1925 | Túnez |
| Bory de Saint-Vincent, J. B. G. M., naturalista | 1803 | Isla en el Atlántico |
| Bosco, Joseph, arqueólogo | 1922 | Malta |
| Braghine, A. P., escritor | 1940 | Isla en el Atlántico |
| Bramwell, J. G., estudioso | 1938 | Alegoría |

| | | |
|---|---|---|
| Brosse, R. P. E. | 1892 | Isla en el Atlántico |
| Brosses, Charles de, anticuario | s. XVIII | Isla en el Atlántico |
| Buache, Philippe | 1752 | Isla en el Atlántico |
| Buffault, Pierre | 1936 | Isla en el Atlántico |
| Buffon, G. L. de, naturalista | 1749 | Existencia dudosa |
| Bunbury, E. H., geógrafo | 1883 | Fantasía |
| Butavand, F. | 1925 | Mediterráneo y costas de Túnez |
| Cadet de Gisancourt, L. C., químico | 1787 | Isla en el Atlántico |
| Calahan, H. C., periodista | 1946 | Isla en el Atlántico |
| Carli, G. R. de, estudioso | 1785 | Isla en el Atlántico |
| Casgha, Jean-Yves, escritor | 1981 | Isla en el Atlántico |
| Castellani, Vittorio, astrónomo | 1999 | Extensión de las Islas Británicas |
| Cayce, Edgard, ocultista | 1923-1944 | Isla en el Atlántico |
| Callarius, Christophe, geógrafo | 1787 | Isla en el Atlántico |
| Chatwin, C. P., naturalista | 1940 | Islas en el Atlántico septentrional y meridional |
| Churchward, James, escritor | 1926 | Isla en el Atlántico |
| Clymer, R. S., ocultista | 1920 | Isla en el Atlántico |
| Collins, Andrew, escritor | 1999 | Isla en el Atlántico |
| Cotte, Charles | 1919 | España |
| Courcelle-Seneuil, J. L. | 1907 | Francia central |
| Coussin, Paul, estudioso | 1928 | Fantasía |
| Crantor, filósofo | s. IV-III a. C. | Isla en el Atlántico |
| D'Amato, G., estudioso | 1924 | Isla en el Atlántico |
| Dawes, Charles G., banquero y filósofo | 1919 | Isla en el Atlántico |
| Delisle de Sales (J.-B. C. Izouard) historiador | 1799 | Cáucaso y Mediterráneo occidental |
| Dévigne, Roger, escritor | 1924 | Isla en el Atlántico |
| Diógenes Laercio, biógrafo | s. III | Diálogo ético |
| Domínguez, Manuel, escritor | 1994 | Isla en el Atlántico |
| Donnelly, Ignatius, político | 1881 | Isla en el Atlántico |
| Duvillé, Daniel, especulador | 1936 | Isla en el Atlántico y en Etiopía |
| Elgee, Frank, capitán | 1908 | Nigeria |
| Engel, Samuel | 1767 | Isla en el Atlántico |
| Erain, Jean d' | 1914 | Ártico |
| Estrabón, geógrafo | s. I a. C. | Existencia dudosa |
| Eurenius, Johannes, estudioso | s. XVIII | Palestina |
| Fabre d'Olivet, Antoine, escritor | 1801 | Mediterráneo occidental |
| Fabricius, J. A., estudioso | s. XVII-XVIII | Palestina |
| Fawcett, P. H., explorador | 1925 | Brasil |
| Fessenden, R. A., ingeniero | 1923 | Cáucaso |
| Filón *el Judío*, teólogo | s. I | Isla en el Atlántico |
| | 1995 | Antártida |

| | | |
|---|---|---|
| Flem-Ath, Rand y Rose, escritores | | |
| Fondi, Roberto, geólogo | 1980 | Isla en el Atlántico |
| Forrest, H. E., naturalista | 1993 | Territorio que unía Europa y América |
| Fortier d'Urban, marquis de | 1838 | Isla en el Atlántico |
| Frobenius, Leo, explorador | 1926 | Nigeria |
| Frost, K.T., estudioso | 1909 | Creta |
| Gattefossé, R. M., perfumista | 1919 | Isla en el Atlántico |
| Gentil, E. L., explorador | 1921 | Marruecos y Mediterráneo oriental |
| Georg, Eugen, escritor | 1931 | Isla en el Atlántico |
| Germain, M. L. | 1911 | Isla en el Atlántico |
| Giamblico, filósofo | s. III-IV | Isla en el Atlántico y alegoría |
| Gidon, F., profesor | 1935 | Mar del Norte |
| Gilbert, A. G., escritor | 1995 | Isla en el Atlántico |
| Guinguené, P. L., historiador | s. XVIII-XIX | Existencia dudosa |
| Godron, D. A., botánico | 1868 | Sáhara |
| Gómara, F. L. de, historiador | 1553 | América septentrional |
| Gonzales y Saavedra, F. J. | | Marruecos |
| Gorsleben, Rudolf | 1929 | Ártico |
| Gosselin | s. XIX | Fantasía |
| Grave, C. J., de | 1806 | Holanda |
| Hafer *c*. | 1714 | Prusia oriental y Báltico |
| Hancock, Graham, escritor | 1995 | Isla en el Atlántico/Antártida |
| Harris, T. L., ocultista | 1858 | Isla en el Atlántico |
| Heer, Oscar | 1856 | Isla en el Atlántico |
| Heer, Osvald, paleobotánico | 1835 | Isla en el Atlántico |
| Hennig, Richard, historiador | 1925 | Tartessos |
| Hermann, Albert | 1925 | Túnez |
| Heumann, Fritz, estudioso | s. XVIII | Fantasía |
| Hissman | s. XVIII | Fantasía |
| Hope, Murry, escritora | 1996 | Isla en el Atlántico |
| Hörbiger, Hans, ingeniero | 1913 | Isla en el Atlántico |
| Hosea, L. M. | 1875 | Isla en el Atlántico |
| Houvellique, M. L., geólogo s. XX | Isla en el Atlántico | |
| Humboldt, Alexander von, | 1807 | Tal vez América científico |
| Humboldt, K. W. von, | s. XVIII-XIX | Fantasía con bases históricas |
| Imbelloni, José, antropólogo | 1942 | Mito |
| Jacolliot, Louis, mitólogo | 1879 | Continente en el Pacífico |
| Jessen, Otto, geólogo | 1925 | Tartessos |
| Jirov, Nikolai F., químico | 1964 | Isla en el Atlántico |
| Jolibois, J. F. | 1843 | Isla en el Atlántico |
| Jowett, Benjamin, estudioso | 1871 | Alegoría política |
| Jurikov, Viaceslav, académico | 1994 | Archipiélago de las Eolias |
| Kadner, S. | 1931 | Ártico |

| | | |
|---|---|---|
| Kamienski, M., académico | 1952-1956 | Isla en el Atlántico |
| Karst, Joseph, orientalista | 1930 Á | frica septentrional y océano Índico |
| Khun de Prorok, Byron, explorador | 1925 | Montañas del Hoggar |
| Kircher, Athanasius, científico | 1665 | Isla en el Atlántico |
| Kirhmaier, G. K., estudioso | 1685 | África meridional |
| Klaproth, Heinrich-Julius von, orientalista | 1783-1835 | Isla en el Mediterráneo occidental (Tirrénida) |
| Knötel, A. F. R. | 1893 | Marruecos |
| Kolosimo, Peter, escritor | 1959 | Isla en el Atlántico |
| Kosmas, geógrafo | s. VI | Diluvio bíblico |
| Kruger, Jakob | s. XIX | América |
| Kushi, Michio, macrobiólogo | 1992 | Isla en el Atlántico |
| La Borde, J. B. de | 1791 | Continente en el Pacífico meridional que incluía América meridional y Australia |
| Lagneau, Gustave | 1876 | Marruecos |
| La Motte le Vayer, François de, escritor | s. XVIII | Groenlandia |
| Latreille, P. A., naturalista | 1819 | Alegoría política e Irán |
| Launay, Louis de | 1936 | México |
| Leaf, Walter, estudioso | 1915 | Creta |
| Lecca, Luciano, estudioso | 1987 | Isla en el Atlántico |
| Le Cour, Paul, atlantólogo profesional | 1926 | Isla en el Atlántico |
| Ledru, A. P., viajero | 1810 | Isla en el Atlántico |
| Leet, L. Don, sismólogo | 1948 | Fantasía |
| Leonardi, Evelino, escritor | 1937 | Italia/Tirrenia |
| Le Plongeon, Augustus, médico | 1896 | Isla en el Atlántico |
| Leslie, J. B., ocultista | 1911 | Isla en el Atlántico |
| Letronne, A. J., egiptólogo | s. XIX | Fantasía |
| Luce, J. V., filólogo | 1969 | Thera (Santorini) |
| Lynch, George | 1925 | Brasil |
| MacCulloch, J. R., geógrafo | 1841 | América central |
| Magoffin, R. V. D., arqueólogo | 1929 | Creta |
| Mahoudeau, P. G., antropólogo | 1913 | Mediterráneo oriental |
| Malaise, René, naturalista | 1951 | Isla en el Atlántico |
| Mallinkrot, Bernard de | s. XVIII | Fantasía |
| Manzi, Michel, ocultista | 1922 | Isla en el Atlántico |
| Mariani, G. M. Stelvio, escritor | 1997 | Isla en el Atlántico |
| Marinatos, Spyridion, arqueólogo | 1967 | Thera (Santorini) |
| Marque, Bernard | 1933 | África septentrional |
| Martin, T. H., estudioso | 1841 | Fantasía |
| Martins, Charles | 1864 | Isla en el Atlántico |
| Mather, Cotton, teólogo | 1721 | Isla en el Atlántico |

| | | |
|---|---|---|
| Matthew, W. D., geólogo | 1920 | Fantasía |
| Mavor, James, escritor | 1996 | Thera (Santorini) |
| Mentelle, Edmé | 1787 | Isla en el Atlántico |
| Mercator, Gerardus | s. XVI | América |
| Mercurio Bennici, Elvira, escritora | 1982 | Islandia |
| Merejkowski, D. S., novelista | 1931 | Isla en el Atlántico |
| Miller, R. de W., escritor | 1949 | Isla en el Atlántico |
| Montaigne, M. E. de, filósofo | s. XVI | Existencia dudosa |
| Mortillet, Gabriel de, antropólogo | 1897 | Fantasía |
| Muck, Otto H. | 1954 | Isla en el Atlántico |
| Navarro, L. F. | 1916 | Isla en el Atlántico |
| Négris, Phocion, geólogo | 1924 | Isla en el Atlántico |
| Numenio, filósofo | s. II | Alegoría |
| Olivier, C. M. | 1726 | Palestina |
| Orígenes Adamantius, teólogo | s. III | Alegoría |
| Ortelius, Abraham, cartógrafo | s. XVI | América septentrional |
| Oviedo y Valdez, G. F., historiador | 1525 | Irak y América central |
| Paiagua, André de | 1900 | Crimea |
| Pauw, C. de | 1768 | América central |
| Perrone, G., estudioso | 1928 | Isla en el Atlántico |
| Phelon, W. P., médico | 1903 | Indias Occidentales |
| Pincherle, Mario, ingeniero | 1978 | Imperio de Sargón y abstracción alegórica del Edén |
| Pitoni, Angelo, explorador | 1996 | Isla en el Atlántico |
| Plinio *el Viejo*, | s. I | Existencia dudosa enciclopedista |
| Plutarco, biógrafo | s. I-II | Existencia dudosa |
| Pollet, Marcel | 1923 | Bélgica y Holanda |
| Porfirio, filósofo | s. III | Alegoría |
| Posidonio, filósofo | s. I-II a. C. | Isla en el Atlántico |
| Postel, Guillaume de | s. XVI | América septentrional |
| Proclo, Lisio, filósofo | s. V | América |
| Prutz, R. E., poeta | 1855 | América septentrional |
| Ralinesque, C. S., naturalista | 1863 | América |
| Rayn, C. I., von, ocultista | 1937 | Isla en el Atlántico |
| Raynal, G. T. F., historiador | 1775 | Isla en el Atlántico |
| Reclues, Onésime | 1918 | África septentrional |
| Rienzi, G. L. D. de | 1832 | Isla en el Atlántico |
| Rosny, Léon de | 1875 | América central |
| Roux, Clodius, bibliotecario | 1926 | Sáhara |
| Rudbeck, Olof, estudioso | 1675 | Suecia |
| Russo, N., estudioso toscano | 1929 | Tirrenia (archipiélago) |
| Rutot, A. L., geólogo | 1920 | Marruecos |
| Sanson, Guillaume, | 1689 | América septentrional cartógrafo |

| | | |
|---|---|---|
| Saurat, Denis, escritor | 1954 | Isla en el Atlántico |
| Schliemann, Heinrich, | s. XIX | Existencia dudosa arqueólogo |
| Schliemann, Paul, escritor | 1912 | Isla en el Atlántico |
| Schuchert, Charles, geólogo | 1917 | Fantasía |
| Schulten, Adolf, arqueólogo | 1922 | Tartessos |
| Scott-Elliot, W., ocultista | 1896 | Isla en el Atlántico |
| Serranus (Jean de Serres), estudioso | 1570 | Diluvio bíblico, Palestina |
| Silbermann, Otto | 1930 | África septentrional |
| Sinnett, A. P., ocultista | 1884 | Isla en el Atlántico |
| Siriano, filósofo | s. V | Isla en el Atlántico y alegoría |
| Smith, William, estudioso | 1857 | Fantasía |
| Snider-Pellegrine, Antoine | 1859 | Brasil |
| Spanuth, Jürgen | 1953 | Mar del Norte |
| Spedicato, Emilio, matemático | 1990 | Isla en el Atlántico |
| Spence, Lewis, mitólogo | 1924 | Isla en el Atlántico |
| Sprague, de Camp, L., novelista | 1948 | Fantasía |
| Stacy-Judd, R. B., arquitecto | 1939 | Isla en el Atlántico |
| Steiner, Rudolf, ocultista | 1923 | Isla en el Atlántico |
| Stewart, J. A., estudioso | 1905 | Alegoría política |
| Susemihl, Franz, estudioso *c.* | 1850 | Fantasía |
| Swan, Johm, estudioso | 1644 | Isla en el Atlántico o extensión de América |
| Sykes, Egerton, estudioso | 1949 | Isla en el Atlántico |
| Taylor, A. E., estudioso | 1929 | Fantasía |
| Termier, Pierre, geólogo | 1912 | Isla en el Atlántico |
| Tertuliano, teólogo | s. II-III | Isla en el Atlántico |
| Tiedemann, Dietrich, historiador | s. XVIII | Fantasía |
| Tournefort, J. P. de, botánico | 1717 | Isla en el Atlántico |
| Ukert, F. A., geógrafo | s. XIX | Fantasía |
| Unger, Franz, botánico | 1860 | Isla en el Atlántico |
| Vaillant, G. C., americanista | 1944 | Fantasía |
| Valeri, Silvio, químico | 1989 | Isla en el Atlántico |
| Van-Eys | s. XVIII | Palestina |
| Vangoudy, Robert de, cartógrafo | 1769 | América septentrional |
| Vasse, G. G. de | s. XIX | Malta |
| Verdaguer, Jacinto, poeta | s. XIX | Cataluña |
| Verneau, René, antropólogo | 1888 | Fantasía |
| Vibert, Thédor | 1883 | América |
| Vigers, Daphne, ocultista | 1944 | Isla en el Atlántico |
| Vivarez, Mario | 1925 | Marruecos |
| Voltaire, F. M. Arouet de, filósofo | s. XVIII | Existencia dudosa |

| | | |
|---|---|---|
| Wallace, W. B. | 1899 | Territorio que unía Europa y América |
| Warren, W. F., estudioso | 1885 | Continente en el polo Norte |
| Wegener, A. L., meteorólogo | 1924 | América septentrional |
| Wencker-Wildberg, Friedrich, historiador | 1925 | Isla en el Atlántico |
| Whishaw, E. M., arqueólogo | 1929 | Isla en el Atlántico |
| Wilford, Francis, oficial | 1805 | Archipiélago británico |
| Wilkins, H. T., escritor | 1946 | Isla en el Atlántico |
| Williamson, George H., escritor | 1959 | Isla en el Atlántico |
| Wilson, Colin, escritor | 1996 | Isla en el Atlántico |
| Wilson, Daniel, etnólogo | 1886 | Fantasía |
| Wirth, H. F., escritor | s. XX | Ártico |
| Zichichi, Antonio, físico | 1993 | Isla en el Atlántico |
| Zink, David, explorador | 1978 | Isla en el Atlántico |
| Zschaetzsch, K. C., escritor | 1922 | Isla en el Atlántico |

Esta lista, una selección de más de doscientos cincuenta autores, solo puede proporcionar una vaga idea de la complejidad de las interpretaciones. El tema, naturalmente, también ha sido abordado por autores y estudiosos italianos. Y entre los atlantólogos de Italia del siglo XX, de D'Amato a Perrone y a Russo, merece una mención especial Leonardo Bettini, que con Alf Bajocco dio vida durante breve tiempo en 1963 a la revista *Atlantis*, reseña multilingüe tal vez de modesta factura pero de gran calado cultural, última publicación en Italia dedicada exclusivamente a la atlantología científica. Empapado hasta la médula de cultura clásica, orientalista profundo (había sido monje budista en Sri Lanka), ciudadano del mundo (era un convencido anarco individualista), bibliófilo empedernido y también amigo personal, Bettini había establecido un diálogo a distancia especialmente fecundo y proficuo con el investigador soviético Nikolai F. Jirov, un brillante químico de Moscú con el que también quien esto escribe mantuvo una larga correspondencia sobre diversos temas (entre ellos el problema de la Atlántida) en los años sesenta. Prácticamente fue Jirov, poco antes de morir, quien me puso en contacto con Bettini, poco después de la publicación de su clásico volumen *Atlántida*, editado en Moscú en 1964 y en 1968, y poco tiempo después también en la URSS (con un tiraje limitado) en versión inglesa (1970).

Nuestra relación intelectual sobre el tema se interrumpió a principios de los años ochenta, cuando el constante interés de Bettini por el problema, respaldado por una monstruosa cultura clásica y lingüística, vaciló frente al agotamiento

nervioso que le llevaría —poco después de la trágica muerte de su hijo— a una actitud autodestructiva, desgraciadamente abocada, a pesar de nuestros esfuerzos, al suicidio.

Pero antes de que esto ocurriera, mientras reordenaba mis textos sobre el tema con la idea de convertirlos en un libro —para el que, a partir de algunos extractos y del índice, Nikolai Jirov, poco antes de morir, me hizo llegar una introducción a través del propio Bettini al que tanto apreciaba—, tuve varias veces el placer y el honor de tratar con él el tema de interés que nos unía. Pues bien, el último Bettini, el todavía apasionado por la atlantología, andaba buscando —más allá del mito de la Atlántida considerado en sí mismo—, con un interés siempre creciente, dónde colocar el continente perdido en el océano Atlántico. Y fue él, sobre la base de su profundo conocimiento de los textos clásicos, pero también del atento análisis de los fondos del Atlántico norte, quien expresó, ya al comienzo de los años ochenta, primero la sospecha y después la certeza de que la Atlántida, con su capital descrita por Platón, debía encontrarse en el fondo —relativamente bajo respecto a las abisales profundidades atlánticas— de la parte de océano situada al sur de Islandia y al oeste de Escocia. «Las medidas y las dimensiones son las de Platón», afirmaba. Y yo convine con él en que su hipótesis indiscutiblemente se adaptaba mejor que cualquier otra a la descripción de Platón y de otros autores y, una vez convencido, la hice mía. Después de la trágica desaparición de Bettini, seguí profundizando en el tema con nuevas investigaciones que me convencieron ulteriormente de su acierto.

Mientras tanto, ocupado en la redacción y en la publicación de varios libros sobre otros temas, arrinconé temporalmente el volumen y me propuse publicarlo sin prisas más adelante.

Así llegamos a 1987, cuando recibí una ponencia —publicada en una revista cultural de Montalcino—[3] donde Luciano Lecca, un solitario investigador italiano (totalmente independiente y que ni siquiera me conocía), expresaba por primera vez mis argumentaciones iniciales sobre la ubicación de la Atlántida, sostenidas en la práctica por los mismos elementos que había discutido con Benotti, pero ulteriormente profundizados: una indicación de su efectiva validez, por tanto. Una indicación inédita y sobre cuya formulación formal sería absurdo plantearse problemas de prioridad fuera de lugar, ya que lo que cuenta —independientemente de cómo hayan ido las cosas— es quién la avanza primero en una publicación; lo que yo no hice. Así pues, démosle la palabra.

Como justamente señala el estudioso italiano Luciano Lecca:

> Ignorar autores como Platón, Tácito, Plinio *el Viejo*, Marcelo y Claudio Eliano, que escribieron sobre el continente desaparecido, es harto difícil de argumentar; quizá las indicaciones que nos proporcionan sobre la ubicación de la Atlántida, en lugar de ser tomadas en consideración, ni siquiera han sido valoradas.

Así escribió.[4] Y con razón. Veamos por qué.

Según las informaciones transmitidas por Platón, la Atlántida estaba situada a occidente de las Columnas de Hércules (Gibraltar). Completando este dato, Plinio *el Viejo* afirmaba que el noveno arco (del paralelo 54 al 57) pasaba «por Iperbores y Britanniam». ¿Quiénes eran los hiperbóreos? Sabemos que habitaban una tierra llamada Thule y sabemos que el historiador Tácito dijo a propósito de ella: «Desde la punta extrema de la Britania [paralelo 59] podía verse en la antigüedad Thule; si bien el mar allí arriba sería muy peligroso y difícilmente navegable». Los aztecas sostenían que sus antepasados habían llegado de una tierra situada en el océano Atlántico, tierra que a causa de un gran desastre se había hundido en el océano. Según su tradición bien conocida, esta tierra se llama *Thule* o *Thulan* o *Atlán*. En el antiguo lenguaje azteca, el nahuatl, todavía hoy hablado en México, *Atl* significa ‘agua’ y *An*, ‘en medio’. Las dos palabras juntas quieren decir ‘en medio del agua’, y en medio del agua solo puede ser sinónimo de isla.

Pero como dice Platón en su diálogo *Critias*, la Atlántida era una isla que por sus medidas (3.000 × 2.000 estadios = 533 × 354 km) era al mismo tiempo un continente. Así pues, reuniendo las informaciones de Platón, Plinio *el Viejo* y Tácito, así como las procedentes de la tradición azteca, la Atlántida debía de encontrarse al oeste de Gibraltar, en el noveno arco (entre el paralelo 54 y el 57) y podía verse en lontananza desde la punta extrema de Britania (paralelo 59). Hoy en estas coordenadas sobre la superficie del océano no se ve nada, pero si nos atenemos a las palabras de Platón, que la Atlántida se hundió en un solo día y en una sola noche, tendremos que buscar la isla en el fondo del océano en las mismas coordenadas. La afirmación del filósofo —recuerda Lecca— está respaldada por las prospecciones del explorador del polo ártico Frithjof Nansen, que, en 1898, demostró con sus colaboradores que la cuenca del océano Ártico, la isla de los Osos, Jan Majen, Islandia, las islas Feroe, el banco Louzy y la isla de Rockall eran restos de masas insulares antes mucho más extendidas y luego hundidas.

En efecto, Frithjof Nansen, durante su viaje a bordo del Framm, realizó diversas prospecciones desde la cuenca del Nautilus hasta la isla de Rockall, comprobando así que la isla volcánica de los Osos, la isla Jan Mayen, Islandia, las Feroe, el banco Louzy y la isla de Rockall, al sur de la dorsal Wiville Thompson, eran los restos sobre la superficie de vastas extensiones territoriales ahora sumergidas. En el área entre Islandia y la isla Jan Mayen, Nansen encontró una gran cantidad de conchas de moluscos y restos de otros animales que antes vivían en los bajos fondos marinos, a una profundidad de 1.000 m al norte y 2.000 m al sur. Nansen y sus colaboradores llegaron a la conclusión de que toda esta zona, así como las partes más al sur, se habían hundido bruscamente en un período reciente, geológicamente hablando.

Nansen demostró así el hundimiento de toda la zona al norte de las Azores hasta la cuenca del océano Ártico; pero también en la zona más al sur de las citadas islas se comprobó el hundimiento. En 1900 el buque *Gauss* extrajo una muestra de la fosa Romanche (–7.300 m), muestra que presentó cinco estratos: arcilla roja, tres estratos no calcáreos, fango y globigerina. Este material se encuentra a profundidades entre –2.000 y –4.500 m; dado que el fango hoy se encuentra en la fosa Romanche a –7.300 m de profundidad, puede deducirse que dicha fosa se ha hundido al menos 2.800 m.

Esta zona se conoce también como zona de fractura Romanche, seguida de la zona de fractura de Chain, de la zona de fractura de Ascensión, de la zona de fractura de las Falkland, de la zona de fractura de la isla de Pascua y de la zona de fractura de las islas Galápagos. Al norte de la zona de fractura Romanche volvemos a tener la zona de fractura Vema, seguida de la zona de fractura Kane, de la zona de fractura de los fondos de Corner y Muir, de la zona de fractura del Oceanográfico en el fondo de las islas Azores, de la zona de fractura de Gibbs en la dorsal de Reikiavik (Islandia) y de la zona de fractura de la dorsal de la cuenca del Nautilus, nos recuerda Lecca. Según el estudioso italiano, todas estas fracturas parecen testimoniar probablemente una única catástrofe ocurrida al mismo tiempo: el hundimiento de la dorsal Mesoatlántica que, por su extensión, representa un tercio de las tierras emergidas, cerca de 47 millones de $km^2$ (teoría de Spence).

Desde la isla de los Osos hasta la isla de Rockall (paralelo 57) Nansen calculó una isóbata de 1.000 y 1.500 m, con lo que concluyó que estas zonas habían desaparecido repentinamente por hundimiento del suelo oceánico en época geológica reciente, tal vez a causa de un tremendo terremoto submarino.

Ahora bien, dice Lecca, si observamos el mapa topográfico-batimétrico de esta zona, vemos que entre el paralelo 57 y el 54 (noveno arco de Plinio *el Viejo*) existe en efecto un gigantesco banco sumergido, tal vez el mayor complejo submarino del mundo, denominado banco de Rockall. Se encuentra 260 millas marinas al oeste de Escocia y de él solo aflora al océano Atlántico una pequeña isla: la isla de Rockall. Sin embargo, nunca ha sido explorado ni tomado en consideración por la ciencia, a pesar de que —subraya Lecca— tanto por las medidas (unos 530 × 350 km) como por su peculiar conformación física resulta evidente que estructural y dimensionalmente refleja la descripción de la isla de la Atlántida realizada por Platón en su diálogo *Critias*.

Para quien no lo recuerde, el relato de Platón dice que en el centro de la isla había una llanura; esta llanura estaba unida por el norte a la base de las montañas que rodeaban la isla, cuya forma era rectangular. En su interior y al norte de la llanura central había además una colina. Cerca de esta colina Poseidón construyó la ciudad de murallas circulares y concéntricas, y revistió el primer círculo de cobre y el segundo de estaño. El relato da otros detalles, afirmando que el lado sur de esta meseta (y al mismo tiempo isla) rectangular era oblongo (es decir, largo y ondulado), mientras que el lado más pequeño adyacente (hacia el oeste) estaba abierto. Si se observa la conformación del banco de Rockall, no se puede dejar de notar el efectivo y real parecido con los datos proporcionados por Platón sobre la isla de la Atlántida. El banco presenta de hecho un lado del zócalo continental que es oblongo (ondulado) y mide unos 530 km, está rodeado en el norte por una cadena de montañas, en su centro hay una llanura larga y estrecha de unos 40 km de anchura, 130-150 km de longitud y 150 m de espesor respecto al zócalo; además, al norte y al lado de esta llanura hay una colina de unos 20 km de diámetro y de 200-300 m de altura. La altura de todo el conjunto es de unos 3.000 metros: 1.500 m para el grueso del zócalo continental y otros 1.500 m para la altura máxima de las montañas que lo rodean.

Las montañas que rodean el banco (y al mismo tiempo meseta e isla sumergida) de Rockall tienen una conformación peculiar: se trata de una serie de plataformas semianulares superpuestas de áreas decrecientes y de unos 250 m de espesor o desnivel. La primera plataforma semianular de base, que se encuentra a caballo entre el lado más largo al norte del banco y el adyacente (al oeste) más pequeño, tiene una semicircunferencia de unos 600 km. Las demás plataformas superpuestas oscilan entre los 400 y los 100 km de semicircunferencia; la última de ellas aflora en el Atlántico en una pequeña parte y adquiere el nombre de isla

de Rockall. La estructura del banco de Rockall, pues, se adapta perfectamente a la descripción proporcionada por Platón, lo cual es más que suficiente para justificar una futura orientación de las diversas investigaciones oceanográficas en busca del continente perdido también hacia esta zona del océano Atlántico, que por su propia naturaleza y conformación (independiente de la dorsal Mesoatlántica desde un punto de vista geológico) podría justificar más que otras su eventual hundimiento en un período relativamente reciente: aquel del que nos habla Platón, para entendernos, se corresponde con la última fase (en época histórica) del hundimiento de vastas masas continentales en el océano Atlántico; proceso iniciado catastróficamente —sea cual sea la causa desencadenante— en el siglo IX a. C.

Creemos que el banco de Rockall oculta mucho más de lo que puedan ofrecernos otros puntos de los fondos atlánticos, desde las Azores a la propia Bimini. Pero esto nos lo dirá el futuro. Un futuro que, estamos seguros, no defraudará nuestras expectativas. Como sostiene el geólogo Roberto Fondi, profesor del Instituto de Geología y Paleontología de la Universidad de Siena:

> Es un prejuicio gratuito afirmar que en la prehistoria más remota no hayan podido existir civilizaciones como la descrita por Platón. Por otra parte, los *out-of-place-artifacts* (OOPART) que, de vez en cuando, salen a la luz sugieren de manera casi irresistible la idea de civilizaciones tecnológicamente muy avanzadas, existentes en tiempos remotísimos y después desaparecidas debido a catástrofes naturales o producidas por el hombre.[5] Además, hay que tener presente que Platón era un hombre de su tiempo y de su pueblo, y que todo lo imaginaba y reconstruía a través del prisma del helenismo; por lo que es evidente que no podía representar, por ejemplo, los templos y las naves de la Atlántida de forma muy distinta de los templos y de las naves griegas.

En cuanto a la geología moderna, prosigue Fondi:

> Es cierto que hoy la teoría de la tectónica de placas es la más comúnmente aceptada —también debido al celo casi misionero con el que fue promulgada—. Sin embargo, hay que tener presente que no faltan geólogos que se declaren abiertamente insatisfechos de las capacidades explicativas de esta teoría y que prefieren proponer interpretaciones alternativas, como S. W. Carey, R. W. van Bemmelen, M. L. Keith y, sobre todo, V. V. Belousov.[6]
>
> Según este último, por ejemplo, todos los cambios acaecidos en la fisonomía de la corteza terrestre durante toda su historia encuentran su explicación más sencilla y natural no en desplazamientos horizontales, sino en movimientos verticales producidos en los 100150 km del manto superior. Desde este punto de vista, nada se opone a la posibilidad de que en el océano Atlántico haya podido formarse —en la zona correspondiente a la dorsal submarina y, sobre todo, en la región de las Azores— una gran isla constituida fundamentalmente por rocas basálticas, y que esta última, a raíz de un determinado y repentino acontecimiento catastrófico (Braghine, Bonev y Much apuntan a la caída de un asteroide), haya podido fundirse en su pedestal y, por tanto, descender y sumergirse bajo el nivel del mar muchos cientos de metros.

Como subraya Fondi:

> Lyell, el padre de la geología moderna, se precipitó cuando quiso fundar su doctrina de los cambios imperceptibles. Sostuvo, con toda la razón —pero en esto estaban totalmente de acuerdo con él los geólogos catastrofistas de la época—, que era necesario postular la invariancia, o uniformidad, de las leyes naturales a lo largo del tiempo, si se quería estudiar científicamente la historia pasada de nuestro planeta. Sin embargo, aplicó el mismo término —uniformidad— también al estudio empírico de los fenómenos geológicos, postulando que estos últimos debían desarrollarse necesariamente de forma lenta, continua y gradual, y que incluso los efectos más macroscópicos y grandiosos solo podían derivarse de la progresiva acumulación de pequeños cambios.[7] Pero, en realidad, la uniformidad de las leyes naturales no implica en absoluto que no puedan existir catástrofes naturales, tanto a escala local como planetaria, y hoy, al contrario, cada vez son más numerosos los geólogos dispuestos a tener en cuenta esta espectacular posibilidad.[8] Además, se ha podido demostrar de forma inequívoca que la Tierra en el pasado fue repetida y violentamente bombardeada (exactamente como todos los demás cuerpos planetarios del sistema solar) por grandes meteoritos y asteroides, algunos con un diámetro verdaderamente terrorífico, igual o superior a los 1.000 km.[9]

Es más, confirmando ulteriormente las consideraciones de Fondi, hay que decir que hoy es cada vez más plausible que Marte, en el pasado caracterizado por océanos, ríos y una atmósfera no muy distinta de la nuestra, haya sido ecológicamente destruido por una lluvia de bólidos. Concluye Fondi:

> A la luz de lo expuesto, creemos que la considerada «fábula» de la Atlántida adquiere cada vez más los rasgos de una posible y sombría realidad, y no hay que excluir que, en un futuro, los vestigios de una gigantesca Pompeya, sumergida a unos 3.000 m en las oscuras profundidades de un fondo oceánico, puedan al menos en parte salir a la luz.[10]

Nosotros estamos convencidos de ello. Ya que, además, las crónicas arqueológicas más recientes dejan entrever desarrollos inesperados. Nos lo confirma, en 1996, el sorprendente hallazgo de una colosal estatua o escultura rupestre de 160 m de altura, que representa una figura femenina de rasgos no negroides con una especie de corona en la cabeza y cuerpo estilizado, esculpida en una pared de granito: la «señora de piedra». La descubrió en Guinea Conakri, en una localidad fronteriza con Sierra Leona, el profesor Angelo Pitoni, geólogo, junto al director del Museo Nacional de Guinea, Moussa Kourouma.

«La figura —ha subrayado Pitoni nada más volver a Italia—, representa quizá a una reina y tiene rasgos somáticos no africanos, sino indoeuropeos. La estatua debería remontarse a hace veinticinco mil años. Junto a Moussa Kourouma, desde hace dos años, estamos realizando una investigación en estas regiones, en una zona que comprende Liberia, Sierra Leona y Guinea Conakri, hasta Costa de Marfil. Hace dos años descubrimos una serie de estatuillas de

unos 40 cm de altura que los campesinos locales, los mendes de Sierra Leona y los kissis de Guinea, encontraban en los campos. Las estatuillas son de piedra blanda y los indígenas las atribuyen a un culto de la vegetación; se remontarían a hace doce mil años (datación confirmada por las pruebas de carbono 14 en la Universidad la Sapienza de Roma). [...] La gran escultura —concluye Pitoni— es todavía más antigua y tal vez sea la afirmación de una civilización desarrollada en la zona atlántica.» Por tanto, no se puede excluir, llegados a este punto, que fuera la Atlántida. La estructura podría ser el equivalente prehistórico de los rostros de los presidentes americanos esculpidos en el monte Rushmore, o de la imagen del jefe piel roja Caballo Loco, mucho más reciente. El descubrimiento, en cualquier caso, es de gran interés. La empresa fue filmada por el cineasta Andrea Pasquini, y abre perspectivas imprevisibles.

¿A quién representa esta excepcional escultura rupestre? La fantasía haría pensar en la mítica Antinea, última reina de la Atlántida. Pero ¿dónde termina la fantasía y dónde comienza la realidad?

# VIII

## Las otras Atlántidas: de la tradición clásica sobre Merópide y Tirrénida a la oriental

Entre las obras de Plutarco es de gran importancia el curioso diálogo *De facie in orbe lunae* («Del rostro en el disco de la luna»), cuya autenticidad ya nadie pone en duda.

El personaje más importante, el que conduce el diálogo, es el hermano de Plutarco, Lampria; después del de Lampria, el papel más significativo es el sostenido por el etrusco Lucio, un seguidor de la escuela pitagórica; el cartaginés Sila es otro de los interlocutores. Pues bien, en la última parte del diálogo un extranjero explica a Sila que, desde la tierra firme situada más allá del mar que circunda nuestro continente, había llegado a la isla de Crono, que se encuentra, como otras, a occidente de Britania. En esta isla había servido durante treinta años al dios Crono.

El relato de Sila empieza con una cita homérica:

> «Yace en el vasto mar la isla de Ogigia», que dista de Britania cinco días. Otras tres islas que distan otro tanto entre ellas se encuentran delante de esta isla, en la dirección de la puesta estival del Sol. En una de estas islas, los bárbaros afirman que Crono fue confinado por Júpiter […]. Un gran espacio de tierra firme, que rodea el océano, está menos lejos que las demás islas, pero de la isla de Ogigia dista cerca de 5.000 estadios; el viaje debe ser realizado con barcas de remo, porque el mar es lento de atravesar y fangoso a causa de las numerosas corrientes que allí se abocan […].
>
> En la costa de la tierra firme, viven griegos en torno a un golfo no mucho más pequeño que la Meótide [el mar de Azov] y su embocadura se encuentra a la misma altura que la embocadura del mar Caspio. Estos pueblos se consideran y se llaman continentales y juzgan esta tierra nuestra una isla porque está rodeada de mar por todas partes […].
>
> Ahora bien, cuando, a intervalos de treinta años, la estrella de Crono […] entra en el signo del Toro, después de haber dedicado mucho tiempo a preparar el sacrificio y la expedición, los que habitan en tierra firme, tras echarlo a suertes, mandan a personas a través del mar, con abundante cantidad de provisiones necesarias para hombres que van a irse lejos por mar y deben vivir durante largo tiempo en tierra extranjera. Los que atraviesan el mar no tienen todos la misma suerte; pero los que sobreviven al viaje desembarcan en las islas mencionadas, que están habitadas por griegos, y durante treinta días ven el Sol desaparecer solo durante una hora, a la que llaman noche.

Después de pasar treinta años en la isla de Crono, llegados de su tierra los que debían relevarle —continúa Sila—, el extranjero «tuvo ganas de ver la Gran Isla (porque así llaman, al parecer, a la tierra que habitamos nosotros)» y partió hacia Cartago, donde, en otros tiempos, florecía el culto de Crono (*De facie*, 26).

Probablemente, más que el intrínseco valor del diálogo, ha sido el interés por este marco de carácter geográfico que introduce el mito lo que ha atraído la atención de estudiosos y comentaristas de Plutarco. La tierra firme situada al otro lado del gran mar que circunda nuestro continente (del que, de forma elusiva, habla Plutarco) ha fascinado a geógrafos y a astrónomos. En la obra del gran cartógrafo Abraham Ortelius, *Theatrum Orbis Terrarum*, publicada en Amberes en 1593 (el primer atlas moderno), este pasaje de Plutarco es utilizado, al parecer por primera vez, justamente para demostrar que los antiguos conocían el continente americano, porque el continente descrito en *De facie* sería, precisamente, América.

Pero ¿se trataba realmente del continente americano? ¿O la isla de Crono de Plutarco era, en cambio, un eco tardío de la Atlántida platónica?

La tradición grecorromana ha mencionado varias veces la civilización de la Atlántida, pero este último no es el único continente situado al otro lado del Océano citado por los autores clásicos. Como escribía hace más de veinte años el estudioso Italo Sordi:

> Entre los escritores de la Antigüedad tardía griega y romana estaba de moda un género literario que hoy en día no parece tener equivalente: la antología de extrañezas eruditas. Como si oscuramente sintieran el deber hacia la posteridad de salvar todo lo posible del inmenso saber que se había ido acumulando en las bibliotecas de Grecia y de Roma, en vísperas de una catástrofe que ya estaba en el aire, estos hombres eruditos sin ideas espulgaban los libros más raros, las obras más olvidadas, en busca de aberraciones curiosas, de hechos extravagantes, de tradiciones increíbles, que se apresuraban a volcar, resumiéndolos un poco y a veces sin entender bien el original, en sus libros de pacotilla. Es un hecho, de todos modos, que los originales a los que aquellos eruditos hacían referencia se han perdido en su mayor parte, mientras que sus insensatos florilegios se han conservado en buen número.
>
> A decir verdad, hoy casi nadie lee las *Noches áticas* de Gelio, o el *Banquete de los eruditos* de Ateneo, o las *Saturnales* de Macrobio, y, sin embargo, estas obras, deslavazadas, incoherentes, casuales, contienen una gran cantidad de noticias para quienes se interesan por la historia no ortodoxa de las antiguas civilizaciones. Todos, por ejemplo, han oído hablar de la Atlántida, porque las antiguas tradiciones al respecto han tenido el honor de haber sido recogidas por Platón: pero ¿quién sabe algo de la leyenda de otro continente perdido, la enigmática Merópide, o Tierra de Mérope, cuyo recuerdo está enterrado en las páginas de la *Varia Historia* de Claudio Eliano, que tal vez fuera, además, el más ingenuo de aquellos recopiladores?[1]

La pregunta de Italo Sordi, en efecto, está perfectamente justificada. Vale la pena no pasarla por alto.

Eliano (un romano que tenía la inocente manía de escribir solo en griego) declara haberlo extraído de las *Historias* de Teopompo una vasta obra que ya en su época tenía más de quinientos años, y que, no hace falta decirlo, se ha perdido.

Lástima. Pero vayamos al texto de Eliano:

> Teopompo refiere un encuentro entre Midas, rey de los frigios, y Sileno […]. Entre los muchos temas de los que hablaron, estaba este relato que Sileno hizo a Midas. «Europa, Asia y África son islas, rodeadas por el Océano: solo hay una tierra que se pueda llamar continente, y es Merópide, que se encuentra fuera de nuestro mundo. Su tamaño es enorme. Todos los animales son de gran mole, y también los hombres son el doble de altos, y también la duración de su vida es el doble de la nuestra. Hay grandes y numerosas ciudades, con costumbres peculiares, y con leyes profundamente distintas de las que rigen entre nosotros.» Sileno seguía diciendo que dos ciudades eran más grandes que las demás, y muy distintas una de otra: su nombre es Machimos y Eusebes. «Los habitantes de Eusebes viven en paz y disfrutan de grandes riquezas y recogen los frutos de la tierra sin hacer uso del arado ni de bueyes. Gozan siempre de buena salud y pasan el tiempo en alegría y en placeres. Su justicia es superior a cualquier discusión: también por eso a los dioses les place visitarlos. Los habitantes de Machimos, en cambio, son muy belicosos, están siempre en guerra y tienden a someter las poblaciones fronterizas, por lo que su ciudad ahora domina muchos pueblos distintos. No son menos de dos millones […]. A menudo mueren en la guerra, atacados por piedras o por maderas: el hierro no puede herirlos. Poseen oro y plata en gran abundancia, tanto que el oro entre ellos tiene escaso valor, como entre nosotros el hierro. Una vez decidieron pasar por nuestras islas: atravesado el Océano, con miles y miles de hombres llegaron hasta los hiperbóreos. Pero al saber que estos eran considerados el pueblo más feliz entre nosotros, consideradas sus míseras condiciones de vida, creyeron inútil seguir adelante.»

Hasta aquí el texto de Eliano.

La narración de Teopompo —que evidentemente Eliano resume con torpeza — está expuesta en presente; pero está claro que se refiere a un tiempo muy remoto, observa Italo Sordi.

De hecho, se pone en boca de un interlocutor mítico, Sileno, uno de aquellos seres «prehumanos» que en las convenciones literarias griegas simbolizan la prehistoria, mientras que Midas, rey de los frigios —el del oro y el de las orejas de asno—, es, a pesar de todo, un personaje perfectamente histórico, y sirve para indicar que la tradición procedía de los antiquísimos archivos reales de la ciudad de Frigia, herederos del imperio desaparecido de los hititas. Como señala Italo Sordi, esto nos coloca frente a una vastísima tierra desconocida, más allá de los confines del océano, y aunque el texto no dé ningún detalle sobre la localización geográfica, el tipo de fauna que la habita, caracterizado por animales de gran mole, y la facilidad del cultivo excluyen las regiones polares e indican más bien una zona tropical o templada, opina Italo Sordi.

Llegados a este punto, solo parecen posibles dos hipótesis: o hay que identificar a Merópide con América, o es un continente actualmente desaparecido que surgía en lo que actualmente es el océano Pacífico. Pero parece que en cierto sentido estas dos hipótesis, en lugar de excluirse, se complementen. Veamos por qué.

Examinemos el texto: veremos que nada alude explícitamente a una catástrofe geológica sufrida por Merópide, pero hay un detalle que la hace altamente probable: es la frase «Europa, Asia y África son islas». Esto solo puede significar que existía una tradición, conservada en Asia Menor, según la cual hubo una vez en que los tres «continentes» del mundo antiguo estuvieron separados entre sí por brazos de mar: el istmo de Suez no existía, y las aguas cubrían completamente las actuales llanuras rusas, lo que comunicaba el mar Negro con el océano Ártico. Estas llanuras, por otra parte, son de origen geológico relativamente reciente y algunos mapas antiguos, como, por ejemplo, el rarísimo de Dionisio Periegeta, todavía muestran la unión entre el mar Ártico y el mar Caspio. En definitiva, el nivel general de los mares debe de haber descendido, lo que ha hecho emerger zonas de tierra antes sumergidas a modestas profundidades, y esto podría haber sido la consecuencia del hundimiento —repentino o gradual, no lo sabemos— de la enorme masa emergida de Merópide, aventura Sordi. Y entonces la gigantesca expedición militar de la que habla Teopompo, salida de Merópide hacia «nuestras islas», podría interpretarse en realidad como una huida en masa de una tierra amenazada por un desastre apocalíptico.

En cualquier caso, de las palabras de Sileno resulta evidente que los gigantes habitantes de Merópide pertenecían a dos civilizaciones y tal vez a dos razas profundamente distintas entre sí. Una, la que en el texto se identifica con la gran ciudad de Eusebes, aparece mucho más civilizada y avanzada: bajo las expeditivas palabras del resumen de Eliano se vislumbran, por ejemplo, una agricultura moderna y completamente mecanizada, una organización sanitaria perfecta y una justicia social ejemplar.

Muy distintos aparecen en cambio los rasgos de los habitantes de Machimos; ciertamente de una cultura menos avanzada, tienden a la ostentación de un lujo barbárico y a la conquista «intensiva» de los pueblos circunvecinos. Con la curiosa frase «a menudo mueren en la guerra, atacados por piedras o maderas: el hierro no puede herirlos», Eliano muestra no haber entendido su fuente: Teopompo había querido decir simplemente que los enemigos de Machimos eran

tribus primitivas, que solo poseían armas de piedra y madera, ¡y que ignoraban completamente el uso del hierro! Detalles como este —una civilización urbana riquísima en oro y plata, que tiende a la expansión militar, y está rodeada de poblaciones primitivas— hacen pensar casi involuntariamente, dice Sordi, en alguna gran civilización preincaica de los Andes. Y es sabido que la elevación de esta cadena también es relativamente reciente, de tal forma que hoy se encuentran a grandes alturas centros arqueológicos que en su origen se encontraban en la costa: Tiahuanaco no es el único caso. Ahora bien, la elevación de la cadena Andina podría representar tal vez un fenómeno correlativo y complementario al del hundimiento de Merópide, que en su origen podría estar cerca del continente suramericano.

Las numerosas tradiciones sobre gigantes propias de la América meridional precolombina, por tanto, también podrían relacionarse con Merópide, según Sordi.

Hasta aquí las posibles consideraciones sobre el texto de Eliano. ¿Qué añadir? Claro, también puede sostenerse que en realidad el relato de Eliano sea pura invención, ni más ni menos que el país imaginario de Utopía creado muchos siglos después por Tomás Moro. Pero ¿por qué iba a hacerlo Eliano? No se ve la razón, en efecto.

En cambio, en la tradición atribuida a Teopompo hay una serie de detalles que limitarse a etiquetarlos de fantasías sería como mínimo superficial.

Respecto a la narración platónica, en efecto, tenemos la tradición común de un intento de invasión por parte de tierras situadas más allá del océano; lo que difícilmente puede ser casual, sobre todo si se considera el hecho de que tanto Teopompo de Quíos como Platón eran contemporáneos, ya que ambos vivieron en el siglo IV a. C. ¿La tierra de Mérope y la Atlántida, ambas situadas al otro lado del océano y de Hiperbórea, son pues dos representaciones de la misma realidad?

*Merópide*, recordémoslo, quiere decir ‘de Mérope’, y Mérope era una de las Pléyades, las estrellas en las que fueron convertidas las hijas de Atlante, también llamadas, como tales, *atlantes*. Entonces ¿Merópide equivale en la práctica a Atlántida?

No lo sabemos, pero los puntos de contacto existen. Recordemos que Merópide no solo está caracterizada por las ciudades de Eusebes y Machimos. De hecho, hay muchas otras, como en la Atlántida, y la capital es Anostes. En cuanto a la belicosidad de buena parte de sus habitantes (se especifica que puede

reclutar un ejército de diez millones de hombres), es un rasgo dominante de los últimos atlantes, sin lugar a dudas. También la descripción de Platón de la justicia es totalmente coherente con lo que refiere Teopompo sobre Merópide, cuando afirma que «su justicia es superior a cualquier discusión: también por eso a los dioses les place visitarlos».

La constatación de que la tradición clásica menciona varias tierras situadas más allá del océano —tierras hoy inencontrables o no identificables— ha reforzado no solo la idea de que lo que Platón llama Atlántida pueda haber sido, en efecto, no ya un continente, sino una vasta tierra integrada por varias islas hoy desaparecidas y esparcidas en el Atlántico norte, sino también la hipótesis de que la suerte de la Atlántida pueda haber sido compartida por otros territorios fuera del mundo antiguo. Una vieja cuestión.

Pues bien, un texto reciente —redactado en colaboración con Edward Esko — del japonés Michio Kushi, una autoridad a nivel mundial en el campo de la alimentación en general y de la macrobiótica en particular, vuelve hoy a plantear la cuestión, pero desde la óptica astronómica e histórico-filosófica de las tradiciones de Extremo Oriente. Una investigación insólita e inesperada, pero no por ello menos interesante.

En este libro, *Forgotten Worlds* [«Mundos olvidados»], Michio Kushi explica el significado que se esconde tras lugares como Stonehenge, el santuario de Isis y las pirámides. Kushi presenta una panorámica del mundo antiguo, como un tiempo en el que una humanidad unificada vivía en un solo mundo. Describe los ciclos cósmicos que gobiernan los acontecimientos y las catástrofes planetarias que destruyeron las antiguas civilizaciones.

Según Kushi, los antiguos pensadores eran conscientes de los ciclos que rigen los acontecimientos humanos. En Grecia, filósofos como Pitágoras, Aristóteles y Platón enseñaron que los ciclos de la historia van adelante y atrás entre períodos de crecimiento y de regeneración y períodos de destrucción y decadencia. Se refirieron al ciclo de 25.800 años de la eclíptica polar como al *Gran Año*, y lo consideraron como dotado de una influencia decisiva en el nacimiento y la caída de culturas y civilizaciones. Como el resto de las personas del mundo antiguo, los filósofos griegos creían que estos ciclos cósmicos eran el reflejo del orden eterno del universo.

Llegados a este punto, Kushi explica que

como la Tierra oscila mientras gira, si imaginamos una extensión hacia las estrellas del eje terrestre, vemos que este describe lentamente un gran círculo en el cielo. Con el paso del tiempo, la estrella a la que nosotros llamamos Polar cambia.[2] Un ciclo completo dura 25.800 años. Estamos a punto de llegar a un punto crucial en este ciclo. En 2012 la estrella del Norte, o estrella Polar, estará sobre nuestras cabezas y después empezará a alejarse.

Kushi recuerda que, como un giroscopio en movimiento, también la tierra oscila mientras gira. Con el tiempo, se establece una fuerza centrífuga y, cuando esta fuerza de expansión alcanza su punto álgido, se produce un desplazamiento del eje. Desde que se formó la Tierra, ha habido miles de desplazamientos del eje y habrá más en el futuro. A menos que se encuentre la manera de controlar la velocidad de la rotación terrestre, no podemos hacer nada para evitar estos desplazamientos. Cuando se produce el desplazamiento del eje, bastan pocos días para todo el proceso, ya que el desplazamiento es muy rápido, subraya Kushi.

Desde esta perspectiva, hay quien se ha preguntado si algún pedazo de la Atlántida no yace, a pocos metros bajo el agua, a un paso de la Toscana. Una ciudad primero desconocida, ubicada en un pasado sin tiempo, fue señalada en 1958 por un submarinista en el fondo del Tirreno, entre Argentario y la isla de Giannutri, en el bajío de Mezzo Canal. Se ha dicho que sería anterior a la antiquísima ciudad de Cosa y que se trataría de un pedazo sumergido de aquella antiquísima Tirrénida que era una de las supuestas estribaciones insulares de la propia Atlántida, engullida por el océano en la más remota antigüedad. Pero este hallazgo no es un descubrimiento, sino una confirmación, porque ha sido posible encontrarla gracias a las indicaciones del que primero anunció su existencia: Costantino Cattoi, un especialista en la exhumación de una Italia desconocida, olvidada por el tiempo y perdida en las brumas de la leyenda. Ayudado por su mujer, Maria Mataloni, de excepcionales cualidades rabdománticas, descubrió en 1929 la sepultada ciudad de Capena, cerca de Roma, cuya existencia fue demostrada por excavaciones en 1929-1930, localizó en 1931 la ciudad sumergida de Lilibeo en el Stagnone de Marsala, y en 1934 descubrió cerca de la isla de Linosa, en el canal de Sicilia, una ciudad sumergida que luego sería filmada en 1957 por el buzo Bucher. ¿Y qué decir de otras indicaciones de antiguos centros urbanos sumergidos en el Tirreno, en el Adriático, en el estrecho de Gibraltar, en las Azores, en el Jonio, todas debidas a Cattoi? El Mediterráneo, dice Cattoi, cubre tierras antes emergidas y luego hundidas en sucesivos cataclismos.

La ciudad submarina antes mencionada frente a la antigua Cosa (Cosa II) no sería la única. En realidad, habría otras tres, construidas en períodos diversos y también localizadas por Cattoi en el fondo del mar. «Cosa II» la había descubierto años antes: la noticia fue difundida por la agencia ANSA el 2 de octubre de 1954, en efecto. Conocí a Cattoi en sus últimos años de vida, cuando me acerqué a verlo a su casa de Orbetello, en el monte Argentario. Teniente coronel observador de la aeronáutica, ocho medallas al valor en la Gran Guerra, desde el punto de vista arqueológico Cattoi era un entusiasta y un intuitivo, pero, al margen de algunas interpretaciones extravagantes, sus méritos personales de honesto aficionado siguen en pie.

Y así aflora el mito de Tirrénida, una Atlántida a este lado de las Columnas de Hércules, tal vez constituida por una única tierra que unía Córcega, Cerdeña, el archipiélago toscano y las Baleares, sobre la que a veces se ha fabulado, y a menudo sin ton ni son. Basta mencionar los desvaríos de Pier Paolo Cavallin. Desde una óptica más seria, inspirada en las hipótesis sobre la Atántida-Tirrénida de Von Klaproth, Cattoi por su parte había creado una Libre Academia de Estudios Tirrénidos-Atlantes, con sede en Roma, que no sobrevivió a su muerte.

A finales de los años cincuenta, las interpretaciones de Cattoi alcanzaron gran popularidad. El arqueólogo diletante llamó la atención sobre toda una serie de supuestas esculturas rupestres presentes en la Italia central, y tirrénica en particular, que consideraba restos escultóricos de una civilización primigenia hoy desaparecida.

Esta opinión fue compartida en el mismo período por un investigador estadounidense. En 1958, George Hunt Williamson, antropólogo, habló de todo esto en Roma, en el Círculo de la Prensa, en el Palazzo Marignoli, en presencia de muchos exponentes del mundo cultural y oficial italiano, y de un millar de personas que le escucharon atentamente durante cuatro horas. La conferencia versaba sobre el tema: «Nuevas hipótesis sobre una remotísima civilización común a la América meridional y a Italia, a la luz de las sorprendentes coincidencias entre restos arqueológicos y esculturas rupestres del Perú y de Italia».

Hoy desaparecido, George Hunt Williamson estudió en el Cornell College, y en las universidades de Nuevo México oriental, de Arizona y de Denver. Se dedicó a la antropología, arqueología y etnología, y era una autoridad en el campo del folclore precolombino. Escribió numerosos libros y artículos

aparecidos en varias revistas. Su nombre aparece en *Who's Who in America*, en *Who Knows, and What*, en *Who's Who in the West* y en *American Men of Science*.

Trabajó en colaboración con el arqueólogo peruano Daniel Ruzo y llevó a cabo expediciones en las junglas de Perú, los Andes, Brasil y México. También realizó localizaciones en Italia, donde encontró confirmación a algunas hipótesis de Cattoi. Asimismo, examinó los restos del homínido hallado en la mina de Baccinello y dio conferencias en Roma y en Catania, en el Centro de Estudios Internacionales (SCIE).

Entrevistado en la televisión italiana, posteriormente habló al público de Alemania e Inglaterra, y fue recibido en Balmoral, en Escocia, por la reina Isabel II, que mostró interés por sus teorías.

Y ahora demos la palabra al propio interesado. Él mismo confiesa:

Mi amor por las cosas del pasado nació cuando, siendo niño, leí los libros del coronel Fawcett.

El gran explorador inglés había intuido que, de haber conseguido descubrir en el interior de América del Sur las misteriosas ciudades desaparecidas, habría revolucionado todas las ideas que el hombre se había hecho sobre el propio pasado. Se adentró en el infierno de la jungla, pero nunca regresó. Más tarde leí estas palabras de Mason, el famoso antropólogo: «Cabe pensar que en algún lugar perdido de la selva virgen suramericana, un día se encontrarán los restos de una civilización más avanzada que las posteriores que ya conocemos».

En realidad, los incas fueron precedidos en América del Sur por un pueblo mucho más avanzado que ellos, fundador de un poderoso imperio en el área del río Amazonas. Pero estos predecesores han sido siempre un misterio para los propios incas. Habían desaparecido antes de que los recién llegados se extendieran sobre el territorio. Estos últimos, sin embargo, debieron de tener indicios de la magnificencia de aquella antigua civilización, si conservaron tantas huellas en sus tradiciones orales llegadas hasta nosotros. A lo mejor los recién llegados construyeron sobre las ruinas majestuosas de sus predecesores, que para ellos habían sido los habitantes de *Paititi*.

Pero de la verdadera civilización de Paititi, de la que se decían maravillas, ningún inca supo nunca nada en concreto. Inútilmente uno de sus emperadores organizó una expedición de miles de hombres para encontrar sus restos. La expedición fue engullida por la jungla y nunca más se supo de ella. Más tarde llegaron los españoles con Pizarro, y sometieron a los incas. También los españoles buscaron «el gran Paititi», pero nunca lo encontraron. Hasta que en 1952, un peruano, el arqueólogo Daniele Ruzo, se adentró en el altiplano de Marcahuasi, en el corazón de los Andes peruanos, donde se le presentó una visión desconcertante: una selva de estatuas ciclópeas, a 3.700 m sobre el nivel del mar, se erguía contra el cielo, en el antiguo bosque sagrado, la legendaria morada de los gigantes.

¿Habíais oído decir que en Marcahuasi existen cientos de estatuas ciclópeas, que pueden alcanzar los 200 m de altura, esculpidas antes de los incas, que representan todas las razas humanas, y son similares a las egipcias y a las de la isla de Pascua, y también aparecen camellos, animales jamás existidos en América del Sur? ¿Que según los juegos de sombra del sol revelan imágenes diferentes? ¿Que también hay construcciones gigantescas que los arquitectos modernos no sabrían reconstruir?

El enigma de Paititi empieza a desvelarse solo ahora, y ya parece que aplaste al observador con sus dimensiones que parecen fuera de lo humano. Ruzo pensó enseguida que en Marcahuasi estaba la clave de muchos misterios de la historia de nuestro mundo. Pero no sabía que otra clave, más antigua,

estaba en Italia: Costantino Cottoi ha descubierto en Italia esculturas rupestres exactamente iguales a las halladas por Ruzo en Perú. Solo que en Italia el tiempo ha deteriorado más la piedra: señal de que el perro de Porto Ercole, en Toscana, es mucho más antiguo que su copia de Marcahuasi.

Estas y otras analogías entre Toscana y Perú hacen pensar en una civilización común que de algún modo debió de haber unido, en una remota antigüedad, estas dos tierras, sugería ya en los años cincuenta Williamson, anticipando así las ya citadas hipótesis —basadas en analogías de carácter lingüístico— de la profesora Natalia Rosi de Tariffi. Dice Williamson:

Estoy convencido de que en los futuros descubrimientos de los restos de la antiquísima civilización suramericana se encontrarán elementos destinados a revolucionar la historia del mundo y también a hacernos ver insospechados lazos con el presente. Algunos restos se encuentran sumergidos en el océano, otros se encuentran más allá del llamado «infierno verde» de la jungla suramericana […].

Existen pruebas contundentes que demuestran que este gran imperio Paititi desapareció casi de un día para otro por una gran catástrofe natural.

Un elemento probatorio es la visible concordancia de las leyendas que han sido recogidas entre las poblaciones de la América precolombina. Tanto en América del Sur como en América del Norte encontramos en los relatos tradicionales a los «padres llegados del cielo». Otro elemento común de las leyendas es una gran lluvia de meteoros que destruyó en tiempos remotísimos el gran imperio de los antepasados. Este cataclismo va acompañado de aluviones, terremotos y otros desastres. Ahora bien, es importante constatar que este gran acontecimiento catastrófico también figura en las leyendas de otros muchos pueblos del mundo.

En Italia el geotécnico Cattoi ha descubierto que existe toda una línea de antiguos cráteres formados por meteoritos, lo que demostraría que el mismo cataclismo debe de haberse producido aquí, lo que ha hecho hundirse las tierras que antes ocupaban el mar Tirreno.

Al rastrear todas estas leyendas en los distintos continentes se tropieza a menudo con elementos culturales idénticos que dejan perplejo al investigador: como por ejemplo el típico intervalo de tiempo de 52 años que encontramos entre los aztecas de México y volvemos a encontrar en tierra judía, ¡en las antípodas! El período de 52 años, usado por los aztecas como medida del tiempo, y que también se encuentra en Perú, figura en algunas cronologías judías: profetas hebreos hablan de desastres y calamidades haciendo a menudo referencia a dicho intervalo. Y cada 52 años los aztecas celebraban un sacrificio humano de excepción, un holocausto de miles de hombres, a fin de impedir una especie de fin del mundo, debido a una lluvia meteórica, que habría debido manifestarse al expirar aquel período. Era una tradición derivada evidentemente de dolorosas experiencias de reales retornos periódicos de esta tragedia, en tiempos de los que después se había perdido el recuerdo.

Y Williamson concluía:

El hilo lógico es este: si una civilización avanzadísima existía en Perú antes de la llegada de los incas, y si sus restos presentan analogías con los hallados por Cottoi en Italia, hay un nexo entre las dos culturas. Si luego, más allá de las leyendas, también la arqueología suramericana obtiene pruebas de un gran acontecimiento de origen cósmico que destruyó aquella civilización, y si por otra parte las pruebas análogas encontradas por Cattoi en Italia ponen en evidencia un idéntico cataclismo que debió de devastar estas áreas, muy probablemente aquella grande y única civilización mundial desapareció

> en el mismo momento por la misma causa. Para encontrar los remotos orígenes del hombre ciertamente tendremos que indagar en los tiempos anteriores al cataclismo, es decir, reconstruir idealmente, a partir de los elementos que tenemos, lo que fue destruido

¿Fantasías?

En parte, tal vez. Pero ciertamente, al margen de algunas interpretaciones superficiales e ingenuas propias de la aproximación diletante de un Cattoi, el mito preitálico de una Tirrénida sumergida parece estrechamente relacionado con la misma catástrofe que habría destruido la Atlántida. Una catástrofe planetaria que vuelve a encontrarse mucho más allá de Europa y de América, hasta en Asia oriental.

El desplazamiento del eje crea una catástrofe a escala mundial. El hielo polar se derrite y se produce una gran inundación sobre la corteza terrestre. Los desplazamientos del eje son recordados en la mitología como grandes inundaciones que han destruido civilizaciones enteras. Los indígenas americanos, por ejemplo, tienen mitos y leyendas que hablan de numerosas grandes inundaciones. Una versión está constituida por la leyenda de los indios hopi, al sureste del continente americano (su nombre significa ‘paz’). Para poder comprender cómo era el Viejo Mundo, hay que considerar el estado del mundo tanto antes como después de este desplazamiento del eje. La actual arqueología está descubriendo muchas cosas aquí y allá, en Mesopotamia, en Extremo Oriente y en otros lugares, pero son solo descubrimientos fragmentarios. Los científicos dan nombres a estos vestigios, nombres de hombres, o nombres de las colinas y de los lugares, de manera que cuando leemos sus informes nos quedamos confusos y no conseguimos integrarlos en un marco más amplio. Sin embargo, si tenemos intuición, podemos ver que las personas de los tiempos antiguos tenían el mismo tipo de cultura y vivían más o menos de la misma forma en todo el mundo, concluye Kushi.

Lo que Michio Kushi define como el «mundo unificado» antediluviano empezó hace cerca de veinticinco mil años y continuó hasta hace doce mil años, hasta que los indios de América dejaron de poder ir adelante y atrás desde este continente a Asia. Antes de que eso ocurriera, las Aleutianas eran una región templada que podía ser atravesada con gran facilidad. En el Pacífico había dos continentes que hacían más fácil el ir adelante y atrás. A causa del desplazamiento del eje, estos continentes quedaron sumergidos, la franja del Pacífico septentrional fue envuelta por un clima frío y así se detuvo la inmigración hacia América, afirma Kushi. Precisa que las crónicas de estas

catástrofes son muy remotas y oscuras, y sobreviven sobre todo en las leyendas. Pero en el *Kojiki* japonés (*Kojiki* significa «Libro de los acontecimientos antiguos»), que fue reescrito hace solo mil quinientos años, se puede encontrar una descripción extraída de documentos anteriores, transmitidos de tiempos más antiguos.

Kushi subraya el hecho de que en Japón existe una gran cantidad de documentos antiguos, incluidos mapas que se remontarían a hace miles de años. Estos documentos nos ofrecen un indicio de cómo era la Tierra antes del desplazamiento del eje. Uno de estos mapas muestra un dibujo general de los continentes, donde algunos rasgos aparecen similares a los de nuestros días, mientras otros aparecen completamente distintos.

Se considera que este antiguo mapa tiene más de dieciséis mil años; está trazado de forma sumamente simple, casi infantil, sin muchos detalles, y muestra los siguientes territorios así denominados:

América septentrional: Hiuke Ehirosu (Ebirosu) o ‘País que recibe el Sol’.

América meridional: Hinata Ehirosu (Ebirosu) o ‘País del Sol que brilla’.

Uno de los continentes desaparecidos de Mu: Miyoi Kuni.

Otro de los continentes de Mu: Tamiara Kuni.

China: Ajichi Kuni, o ‘País Ramificado’.

Europa: Yomotsu Kuni o ‘País de las Cuatro Direcciones’ y también ‘País de la Noche’.

Groenlandia: Hitotsu Kuni o ‘País del Uno’.

Cerca de esta última, hacia el sureste, una masa insular de notables dimensiones: ¿la Atlántida?

Otro mapa, en cambio, muestra la Tierra como aparecía miles de años después (hace siete mil años, considera Kushi). Una vez identificadas la América septentrional y la América meridional, Kushi localiza una zona bosquejada, donde la tierra se hunde en el océano, en el Caribe (el antiguo carácter ideográfico colocado originariamente en esta región significa ‘hundir’). Las demás tierras, que se hundieron o quedaron separadas, están identificadas. El mapa también muestra los territorios que «nacieron» o que surgieron de las profundidades del mar. Parece que las masas de tierra bajo Eurasia (en el océano Índico, entre la India y África) se hundieron, mientras que en Europa septentrional algunos territorios se separaron del continente. También aparecen indicados dos continentes en el Pacífico, en esa época ya sumergidos.

Kushi observa que las personas que hicieron los mapas en cuestión tenían

mentes muy simples que captan la totalidad, nada detallistas o analíticas. De ahí su extrema simplicidad, no por ello menos elocuente.

Pero ¿a cuándo se remontaría la última catástrofe planetaria que modificó la faz de la Tierra?

Para Michio Kushi, hace unos doce mil años el eje de la Tierra se desplazó y la Tierra adoptó la posición que tiene ahora. Antes del desplazamiento, las regiones polares y las ecuatoriales estaban en lugares distintos. Australia representaba el polo Sur, mientras que el polo Norte se encontraba en el centro del Atlántico septentrional.

Ahora veamos cómo cambió el clima en cada uno de estos lugares. Europa constituía más o menos la zona polar y luego se convirtió en templada. África septentrional era cálida y sigue siendo cálida, mientras que Asia septentrional pasó de templada a fría. La parte superior del Extremo Oriente de templada pasó a ser fría, mientras que Asia Central de cálida se transformó en templada. La costa occidental de América era templada y así siguió, mientras que Alaska de templada se convirtió en fría. La costa oriental de Estados Unidos pasó de polar a templada, mientras que la mayor parte de la América meridional pasó de templada a cálida, con la punta sur del continente que se convirtió de templada en fría. En cualquier caso, observa Kushi, en cuatro zonas principales, durante un largo período, se dieron los mínimos cambios de la Tierra: el Medio Oriente, el Extremo Oriente, Europa septentrional y la costa occidental de América. La historia del Diluvio de Noé constituye una combinación del recuerdo de la inundación en la época de aquel desplazamiento del eje y de alguna otra inundación que se produjo en el Medio Oriente, hace unos seis mil años. Aquella inundación era mucho más pequeña en comparación con lo que ocurrió con el desplazamiento del eje miles de años antes. Las excavaciones de las culturas sumeria y mesopotámica revelan huellas de repetidos terremotos e inundaciones y de varios intentos de reconstrucción de la civilización.

A raíz de estos cataclismos, observa Kushi, el hombre habría olvidado que hubiera existido alguna vez un mundo unificado. Pero, aquí y allá, las personas que tenían una cierta comprensión dieron vida a comunidades y culturas. Según Kushi, una de las culturas que se inició en aquel período hoy yace sepultada bajo el desierto al oeste de China. Otra estaba representada por Egipto. Otra era la cultura de los sumerios y otra más la de los vedantas, en las montañas del Himalaya. La actual población de la India sigue la tradición del pensamiento vedanta, aunque ahora esté mucho más fragmentado. En torno a los Pirineos

había otras poblaciones similares, que dieron lugar a las poblaciones actuales de la península ibérica, mientras que otras poblaciones llegaron a las islas británicas y, más tarde, se convirtieron en las tribus celtas. También los incas y los mayas eran poblaciones de este tipo. Así surgieron, afirma Kushi, varios reinos e imperios, así como mitologías que hablaban de un paraíso pasado. Aparecieron los mitos griegos, indios y otros, cada uno de los cuales dio vida a una forma de religión. Después, concluye Michio Kushi:

> Estos reinos y estos imperios se hicieron poderosos y se alcanzó un tipo de unidad a medida que se desarrollaban los intercambios y el comercio y se iniciaban las artes. Se desarrollaron la filosofía griega y la china. La historia de la Atlántida reapareció, haciendo estallar en la memoria de la gente el recuerdo del mundo pasado.

Un pasado remoto e indistinto, ciertamente, pero caracterizado por una memoria atávica que no puede ser casual, y que evoca otras Atlántidas en otras zonas y épocas del mundo, más allá de la tradición platónica.

# 9

## Las otras Atlántidas: de Lemuria a Mu

Solo un reducido número de personas, iniciados, teósofos, ocultistas, conocen el nombre de James Churchward, el misterioso coronel que hace más de un siglo se lanzó en busca de los antiguos lugares donde, según él, en el origen de los tiempos debía encontrarse el Paraíso terrestre, y creyó haberlo situado en el mítico continente de Mu.

En tres obras editadas en los años treinta (*The Lost Continent of Mu, The Children of Mu* y *The Sacred Symbols of Mu,* seguidas de una cuarta en dos tomos, *The Cosmic Forces of Mu*), Churchward narra las circunstancias que lo llevaron al descubrimiento de aquel gran continente del océano Pacífico, al que da el nombre de *Mu*, o Tierra Madre.

Todo esto sucedió en la India, en el primer período de la vida de Churchward, hacia 1870. En aquella época, una terrible carestía devastaba la península india y Churchward se había convertido en asistente del sumo sacerdote de un templo-escuela. Un día el joven inglés, mientras estudiaba un bajorrelieve cubierto de signos misteriosos en el patio del templo, fue sorprendido por el sumo sacerdote, también gran aficionado a la arqueología y a los textos antiguos, que se hizo amigo suyo y empezó a darle pruebas de benevolencia cada vez más numerosas.

Durante un par de años, los dos hombres estudiaron los signos misteriosos del bajorrelieve. Según el sumo sacerdote, aquellos signos expresaban la lengua original de la humanidad, lengua solo comprensible para otros dos iniciados hindúes, porque las inscripciones poseían un sentido oculto, dado por los *naacal*, o ‘altos hermanos’, religiosos llegados en época remota de la Tierra Madre para enseñar la lectura de las Sagradas Escrituras.

Fue entonces cuando el gran sacerdote reveló a Churchward la existencia de unas tablillas antiquísimas en los archivos secretos del templo. Según él, las tablillas habían sido escritas por los naacal.

Esto último despertó la curiosidad de Churchward. Trató de convencer al sumo sacerdote para que le mostrara las antiquísimas tablillas, pero el anciano sabio le respondió, con un tono de pesadumbre en la voz: «Hijo mío, me gustaría satisfacer tu deseo, pero no es posible. Se trata de reliquias sagradas que no pueden ser sacadas de sus envoltorios. No me atrevo a complacerte».

Pasaron otros seis meses. Finalmente, el sumo sacerdote, vencido él también por la curiosidad, terminó por dejarse convencer y fue a buscar dos de las tablillas ocultas en los sótanos del templo. Dice Churchward:

> Eran de arcilla secada al sol y extremadamente frágiles. Me puse a trabajar para descifrar los signos, que eran los mismos que había estudiado en el bajorrelieve con mi amigo. Y los dos comprendimos que estábamos delante de inscripciones originales de Mu. Pero la narración se interrumpía bruscamente en el punto más interesante al final de la segunda tablilla. El propio sumo sacerdote no pudo vencer el deseo de saber más.
>
> «No podemos quedarnos aquí, hijo mío —me dijo—. Mañana te traeré las otras tablillas.»
>
> Pasaron algunos meses de intensa concentración durante los cuales nos dedicamos a la traducción de los textos contenidos en las tablillas. Las inscripciones narraban detalladamente la creación de la Tierra y de la humanidad y hablaban del lugar en el que había aparecido el hombre en los albores de la historia.

Churchward, entusiasmado por su descubrimiento, evidentemente no podía detenerse allí. Decidió ir en busca de otras tablillas, que, según el sumo sacerdote, debían de conservarse en los subterráneos de otros templos. Partió, pero recorrió en vano toda la India. Escribe Churchward:

> Estos fracasos me desanimaron mucho. Sin embargo, había obtenido resultados tan relevantes que decidí estudiar todas las lenguas muertas para compararlas con las de la Tierra Madre. Así pude comprobar que las civilizaciones griega, caldea, babilónica, persa, egipcia, hindú y china habían sido precedidas todas ellas por la civilización de Mu.
>
> Continuando mis investigaciones, descubrí que aquel continente desaparecido representaba sin duda alguna el hábitat originario de la humanidad. En aquellas maravillosas regiones había vivido un pueblo que había acabado colonizando toda la Tierra. Pero, de repente, Mu había sido barrida de la faz del planeta por terremotos apocalípticos, seguidos por una invasión de las aguas, hace doce mil años. En un torbellino de fuego y de agua, Mu había desaparecido.

Ahora Churchward tenía casi la certeza de la existencia pasada de un continente situado en el corazón del Pacífico, pero debía buscar las pruebas de esa existencia, a costa de dedicarle la vida entera. Y eso es lo que hizo.

Durante sus viajes, Churchward pudo descubrir numerosos indicios, pero nunca logró descubrir ningún documento, ningún texto que corroborase las afirmaciones contenidas en las tablillas hindúes. Luego, inesperadamente, muchos años después de su primer descubrimiento, llegaron a sus oídos las

aventuras vividas por un geólogo, William Niven, que, durante unas excavaciones en territorio mexicano, también había descubierto unas extrañas tablillas.

Animado una vez más por esta historia, Churchward se puso en contacto con Niven y, tras entrevistarse los dos, el coronel se declaró capaz de descifrar las tablillas mexicanas, dada la semejanza de sus signos con los de las tablillas hindúes. A partir de estas traducciones, Churchward pudo reconstruir la historia y la geografía de Mu, primera tierra del hombre.

Desde sus siete grandes ciudades, la civilización de Mu se expandía en todas direcciones, hasta las colonias más lejanas, situadas al otro lado de los mares.

La más importante de estas colonias era la de los uighur, que reinaba en toda Asia y Europa meridional hace unos diecisiete mil años, donde los uighur habrían dado origen a las denominadas razas arias.

El poderoso imperio de Mu, que extendía su influencia tanto hasta el extremo este como hasta el extremo oeste, debió de haber sido violentamente devastado, en su apogeo, por dos cataclismos terribles, a muchos siglos de distancia uno del otro. Fue el segundo el que hizo hundirse todo el continente bajo las olas del océano Pacífico. Dos gigantescas olas, que recorrieron la extensión del océano como dos altísimas murallas a lo largo de un frente de cientos de kilómetros, se abatieron sobre las islas del archipiélago vasto como un continente y lo cubrieron todo, hombres, ciudades, templos, fortalezas. Solo algunas cimas continuaron a flote, las islas que hoy forman la actual Polinesia.

En la isla Tonga-Tabu, por ejemplo, existe un arca de piedra de 170 toneladas, de origen desconocido para los indígenas. Ninguno de los materiales utilizados para su construcción se encuentra en la isla, por lo que cabe suponer que hayan sido traídos de otros lugares. Pero ¿de dónde? ¿Cómo? Y ¿por qué?

En las islas Carolinas, y especialmente en Ponape, se hallaron ruinas inmensas, con grandes templos, canales subterráneos y terrazas, todo en piedra basáltica. Tampoco aquí los indígenas poseen ninguna tradición que permita remontarse al origen de aquellas obras ciclópeas. Según Churchward, aquellos serían los vestigios de una de las siete grandes ciudades de Mu.

Y la lista puede continuar, larguísima: las murallas de piedra de la isla de Lele, las pirámides de la isla de Kingsmill, la plataforma de piedra rosa de la isla Navigator, columnas de forma troncocónica en las islas Marianas (columnas que, según Larrin Tarr Gill, habrían sido desplazadas por un terrible terremoto), grandiosas ruinas de origen desconocido en Kuki.

Así pues, aunque carecemos de pruebas tangibles, parecerían existir fuertes motivos de presunción a favor de la existencia de un continente del Pacífico donde hubiera florecido en épocas remotas una civilización luminosa.

La idea, en todo caso, no era nueva.

Pero vayamos por partes. Desde hace tiempo —desde el siglo pasado— los paleontólogos habían postulado a su vez la existencia de un continente perdido, llamado *Lemuria*. ¿De dónde viene este nombre?

Los lémures, entre los antiguos romanos, eran los fantasmas que salían de las tumbas para atormentar a los vivos.

¿Es una tierra poblada por estas larvas lo que hoy los científicos pretenden saber recrear? Todavía no llegan a este extremo. Y para inventar un nombre geográfico han utilizado un nombre zoológico.

Mientras la teoría se debía al geólogo austríaco Melchior Neumayr, el nombre había sido acuñado por el zoólogo inglés Philip Sclater y divulgado por el alemán Ernst Haeckel. Esto había ocurrido entre 1860 y 1880, cuando los científicos habían trabajado por primera vez en trazar mapas de la Tierra tal como se mostraba en las antiguas eras geológicas. Pues bien, existe una familia de primates, parientes de los monos, llamados lémures, abundantes en Madagascar hasta el día de hoy, pero presentes en menor cantidad en la India. Como destaca René Thévenin:

> Los lémures son animales bastante extraños, intermedios entre los monos y los insectívoros, que justifican su denominación por la fisionomía espectral de algunos, con sus enormes ojos de animales nocturnos, sus miembros gráciles y alargados, sus actitudes furtivas y sus gestos lentos.
>
> En la historia de la evolución de la especie animal, presentan un gran interés, y al menos uno de ellos, el *Tarsius spectrum*, es colocado por los naturalistas en la base de la rama genealógica que desemboca en el hombre. En el pasado diseminados por casi todo el mundo, hoy los lémures solo tienen algunos representantes en África, y se encuentran en abundancia y muy variados en el archipiélago malayo, sobre todo en Madagascar.
>
> Ahora bien, Madagascar está mucho menos lejos de África que del archipiélago malasio. ¿Por qué su fauna y su flora son tan distintas de las del continente africano y, en cambio, presentan numerosas similitudes con las de las lejanas islas? ¿No hubo a lo mejor una época en la que todas estas tierras, ahora dispersas, formaban un solo territorio, donde las especies podían reproducirse, cruzarse y propagarse sin obstáculos, mientras estaban recluidas por un lado por el insuperable canal de Mozambique, sin que pueda precisarse exactamente cuál era, por el otro lado, el límite de su expansión?
>
> Esta hipótesis está respaldada por otros argumentos que no tenemos tiempo de desarrollar y que ciertamente no carecen de valor. Los lémures, al ser los testimonios más notables de esta parentela geográfica, dieron su nombre a su supuesta patria de origen y han precisado también que, si fue un cataclismo lo que la aniquiló, este se produjo en una época en la que ellos representaban el eslabón más evolucionado de la serie animal, porque las formas superiores, como por ejemplo los monos, no existieron nunca en Lemuria.

Esta hipotética tierra se creía desaparecida en el período cretáceo tardío, es decir, según la datación moderna, hace unos sesenta millones de años. Los geólogos actuales no están tan seguros de la existencia real de la geológica Lemuria, pero durante un tiempo la teoría encontró difusión y crédito incluso en los ambientes científicos.

No vamos a examinar aquí el valor de esta teoría desde el punto de vista biológico. Está basada en argumentos sólidos y ha tenido numerosos defensores entre los científicos más famosos. Luego, en 1999, llegó la confirmación científica de la existencia real de un continente perdido en las profundidades del océano Índico meridional.

Se trata de la meseta de Kerguelen, que es uno de los lugares más remotos de la Tierra y cuyas dimensiones equivalen a un tercio de la actual Australia. Gracias a los datos obtenidos por las perforaciones del *Joides Resolution*, el buque de investigación más grande del mundo, que cruza los mares perforando el fondo para la extracción y análisis de muestras, se ha descubierto que el continente se hundió hace veinte millones de años. Entre las muestras subidas a bordo hay rocas de distinto tipo que demuestran una actividad volcánica de tipo explosivo, así como rocas sedimentarias similares a las existentes en la India y en Australia. «Hemos encontrado abundantes pruebas de que buena parte de la meseta de Kerguelen se formó por encima del nivel del mar», ha dicho el doctor Mike Coffin del Instituto de Geofísica de la Universidad de Texas. «Fragmentos de madera, una semilla, esporas y polen cubiertos de sedimentos de millones de años de edad y procedentes del área central de la meseta de Kerguelen indican que se hallaba por encima del nivel del mar.»

Los científicos creen que empezó a formarse hace ciento diez millones de años, a raíz de una serie de imponentes erupciones volcánicas. La región central se habría formado hace 95-85 millones de años, y las áreas septentrionales hace menos de treinta y cinco millones de años. Hacia los cincuenta millones de años es posible que estuviera cubierto de helechos exuberantes y poblado por pequeños dinosaurios.

También el océano Índico, pues, tuvo su Atlántida (llámese Lemuria o de otra forma), nos dicen los científicos. Pero en la segunda mitad del siglo XIX, frente a dichas hipótesis, estudiosos menos serios, arrastrados por una excesiva convicción, la recogieron y la desarrollaron para ponerla al servicio de sus

sueños inconsistentes y, como aquellos amigos de los que Voltaire pedía a Dios que le librase, hicieron más daño a la causa que pretendían defender que si la hubieran combatido abiertamente.

Unos vieron en Lemuria la cuna de la humanidad y especialmente de las razas negras que se encuentran al este y al oeste de su supuesta ubicación. Otros todavía van más lejos y la convierten en la morada de una humanidad superior, de la que solo seríamos sus degenerados descendientes. Otros, incluso, no satisfechos con haberla situado en el océano Índico, la han estirado hasta la otra punta del Pacífico, colmando todo el espacio libre, desde las Seychelles a las Galápagos.

Especialmente, observan Sprague de Camp y Ley, la hipótesis de Lemuria fue recogida como propia por aquella singular figura de ocultista que fue Helena P. Blavatsky, fundadora —en el siglo pasado— de la teosofía. De atenerse a sus obras y a las de sus discípulos, la Tierra debería alojar en total siete Razas Raíces sucesivas, cada una de ellas a su vez subdividida en siete subrazas. Lemuria era el lugar ideal para alojar a la tercera de estas Razas Raíces; los lemurianos, según la interpretación de Blavatsky de varias fuentes orientales,[1] eran gigantes humanoides simiescos, hermafroditas y ovíparos, que según ella habrían desempeñado, antes de extinguirse, el papel después asumido por el hombre como raza dominante del planeta Tierra en el continente de Atlántida.

Hay que decir, respecto al desarrollo de la teoría, que Lemuria cambió de ubicación. Madame Blavatsky, deseosa de ver respaldadas sus afirmaciones por la literatura geológica contemporánea, había dejado Lemuria en el océano Índico.

Los teósofos que la sucedieron, empezando por W. Scott Elliot, en cambio, debieron de pensar que el Pacífico, mucho más vasto, era capaz de alojar un continente mucho más amplio. Además, así tenían la ocasión de convertir las esculturas de la isla de Pascua en otros tantos bustos a tamaño natural de sus habitantes. Por eso la Lemuria de los ocultistas se encuentra en el Pacífico central, zona en la que, por razones geológicas, es sumamente improbable la existencia de cualquier continente.

Y así asistimos al florecer de un nuevo filón de noticias y leyendas sobre esta renovada versión de la mítica Lemuria, esta vez proyectadas en la costa californiana: una zona continental, en función de la conocida falla de san Andrés, candidata como pocas a hundirse en el océano a causa de actividades sísmico-tectónicas tan repetitivas como extremadamente violentas, y que vive

todavía en el terror de *The Big One*, un próximo «Gran Terremoto» tal vez también destinado, se teme, a engullir en el Pacífico toda la región y a golpearla con la fuerza del seísmo unida a la del maremoto. Como observan Sprague de Camp y Ley, esta última leyenda correspondía al monte Shasta, en la región de Siskiyou, en el extremo septentrional de California: una gran montaña, la segunda más alta de Estados Unidos, que se eleva a más de 4.200 m sobre el nivel del cercano océano Pacífico.

Según esta tradición, que todavía tiene adeptos en algunos ambientes, una extraña raza de hombres viviría en las laderas del monte, dedicada a extraños rituales, y solo en raras ocasiones tendría contactos con el mundo exterior.

Como la leyenda del monte Shasta tiene orígenes tan recientes, no es un problema buscar la fuente. Surgió de una novela ocultista, publicada en 1894, titulada *A Dweller on Two Planets (Un habitante de dos planetas)*. El autor, cuyo verdadero nombre era Frederick Spencer Oliver (que no hay que confundir con el novelista contemporáneo Frederick Scott Oliver), escribía bajo el seudónimo de Phylos *el Tibetano*.

En la novela, el autor cuenta que, mientras deambulaba por los alrededores del monte Shasta, lugares entonces mucho más salvajes que ahora, y por tanto más adecuados a servir de escenario a arcanos misterios, un día se encontró casualmente con un chino llamado Quong. Como muchos californianos de su época, el novelista alimentaba todos los prejuicios del mundo respecto a los chinos, a los que consideraba una raza ignorante, pecaminosa y degenerada. Quong, sin embargo, consigue curarle esta manía y, por si fuera poco, da muestras de poseer poderes sobrenaturales, ya que amansa osos y pumas solo con dirigirles la palabra, como se dice que hizo san Francisco con el lobo. Está claro que Quong no es un simple *coolie*: se trata de uno de los maestros de un grupo de adeptos que conservan la sabiduría de todos los tiempos en su morada del monte Shasta. Estos superhombres admiten al novelista en su cofradía y le llevan a dar una vuelta por el planeta Venus con su cuerpo espiritual: de ahí el título de la novela, a la que le siguió una segunda parte *(An Earth Dweller's Return)*.

Este libro adquirió un lugar preeminente en la historia del ocultismo y de la seudociencia norteamericanos. Como obra narrativa, entra en la categoría de las elucubraciones sobre continentes perdidos, y en cuanto a tedioso desde luego se lleva la palma, comentan Sprague de Camp y Ley. Tanto es así, que durante más de tres décadas nadie le hizo mucho caso, pero de repente algunas personas,

totalmente desconocidas entre sí, empezaron a referirse a él. Entre ellas, Guy Warren Ballard, fundador junto a su mujer del movimiento espiritualista teosofizante I am (Yo soy). Al mismo tiempo, el movimiento rosacruz o AMORC (de Ancient Mystical Order Rosae Crucis) de San José de California publicaba un libro de W. S. Cervé titulado *Lemuria, the Lost Continent of the Pacific*. En su libro, Cervé dejaba caer oscuras alusiones a misteriosas inscripciones existentes en Klamath Falls, así como a inexplicables luces nocturnas y otros prodigios que se producían cerca del monte Shasta, el cual, según él, estaba infestado de seres desconfiados, de largos cabellos y aspecto angelical, que hablaban en inglés. También había máquinas voladoras en forma de barca, que zumbaban alrededor de la montaña, y se oía el eco de místicos ritos. ¡Lemurianos! ¡Y no los gigantescos humanoides simiescos y andróginos prehumanos de Blavatsky!

Una cosa lleva a la otra y en 1931 la leyenda del monte Shasta adquirió forma definitiva en un cuento publicado por el *Times* de Los Ángeles, periódico que suele distinguirse por su celoso conservadurismo político-económico. Su autor era un cierto Edward Langer, que habla de su viaje en un ferrocarril de la Shasta Limited en dirección a Portland. En tren discurría a lo largo de las laderas del monte Shasta y he ahí que,

> mientras estaba admirando la espléndida mole, de pronto me di cuenta de que toda la vertiente meridional de la montaña resplandecía con una extraña luz verde y rosada: una llamarada de luz que palideció para volver a brillar con renovado fulgor.
>
> Al principio pensé que se trataba de un incendio en el bosque, pero la ausencia total de humo me hizo descartar la idea. La luz tenía el resplandor de los fuegos artificiales.
>
> Luego el sol naciente hizo palidecer los colores de la escena, y poco a poco, mientras el convoy continuaba hacia el norte, el mágico fenómeno desapareció de mi vista. Lo ocurrido me dejó perplejo, pero no me atrevía a ponerme a discutir con quién sabe quién sobre lo que había visto […]. Convencido no obstante de que no había sido víctima de un espejismo, me decidí a pedirle explicaciones de los misteriosos fuegos artificiales al revisor del tren. Su respuesta fue concisa, pero me dejó sin respiración:
>
> «¡Lemurianos! —dijo el revisor—. Celebran sus ritos allí arriba.»
>
> ¡Lemurianos!
>
> El hecho de que un grupo humano se entregue a sus ceremonias en la ladera de una montaña, en sí no tiene nada de extraordinario; pero cuando oí decir que esa gente eran los lemurianos, la cosa no pudo dejar de sorprenderme, desde el momento en que el continente de Lemuria, al igual que la perdida Atlántida, desapareció bajo las olas del océano hace miles de años, y que desde hace tiempo se considera a los lemurianos una raza extinguida.[2]

Deseoso de saber más, Langer hace indagaciones en la región del monte Shasta y descubre que

la existencia de un pueblo místico en el monte Shasta era un hecho comúnmente aceptado. Hombres de negocios, exploradores diletantes, funcionarios y agricultores de las zonas cercanas hablaban abiertamente de la comunidad, y todos referían los ritos mágicos que se realizaban en la ladera del Shasta después del crepúsculo, a media noche y al amanecer. Y sin pelos en la lengua se burlaron de mí, cuando declaré que quería penetrar en los sagrados recintos, asegurándome que el acceso estaba prohibido y era tan difícil como en el Tíbet.

Resultó que, aunque la existencia de los últimos descendientes de los antiguos lemurianos era conocida por los habitantes de California del Norte desde hacía más de cincuenta años, solo cuatro o cinco exploradores habían conseguido superar la invisible barrera protectora de la colonia de los lemurianos: pero ninguno de ellos había regresado para contarlo.

En aquella misma ocasión, me enteré de que la presencia de descendientes de los lemurianos en el monte Shasta había sido confirmada unos años antes por una autoridad del calibre del eminente científico y profesor Edgar Lucien Larkin, que durante muchos años había sido director del Observatorio del Monte Lowe, en California meridional.

Dando prueba de mucha sagacidad y decisión, el profesor Larkin se había adentrado hasta donde le había sido posible (o hasta donde se había atrevido a hacerlo) en la salvaje región del monte Shasta, y había tenido la prudencia de proseguir sus observaciones desde lejos, utilizando un potente telescopio colocado en un pico.

Y había visto, por lo que decía, un gran templo que surgía en el corazón del místico poblado: una maravillosa obra de mármol esculpido y de ónix, que en belleza y esplendor arquitectónico rivalizaba con los de Yucatán. El pueblo podía alojar a seiscientas, mil personas: las cuales se le aparecieron ocupadas diligentemente en la elaboración de objetos necesarios para su sustento, o en el cultivo de las laderas y los pequeños valles soleados que rodeaban el pueblo —con resultados prodigiosos, a juzgar por la exhuberancia de la vegetación revelada al profesor Larkin por el ocular de su telescopio—. Según el profesor, se trataba de una comunidad pacífica, feliz de vivir como sus antepasados, antes que Lemuria fuera tragada por el mar.

Durante sus ceremonias nocturnas, los lemurianos conmemoraban el éxodo de Lemuria en dirección a *Gautama*,[3] como llamaban a América. De vez en cuando visitaban las ciudades vecinas: se trataba de «hombres altos, descalzos, de noble aspecto, cabello corto, vestidos con blancas, inmaculadas túnicas», que compraban manteca, azufre y sal, y pagaban con pepitas de oro; también contribuían, con las mismas pepitas, a causas dignas, como la financiación de la Cruz Roja, aunque, al parecer, no habían aprendido el inglés.

Lo verdaderamente increíble es que estos robustos descendientes de aquella raza desaparecida hayan conseguido aislarse en pleno centro de nuestro poblado estado y que, gracias a no sé cuáles admirables conjuros, hayan conseguido mantener alejados de sus sagrados recintos las autopistas, los restaurantes de comida rápida, las estaciones de servicio y otros adefesios que son el reverso de la medalla de nuestra organización turística.

Es un relato que no deja de tener cierta espectral fascinación, y casi es una lástima que probablemente no contenga una palabra de verdad. La zona del monte Shasta, en su mayor parte, está destinada a parque nacional y a zona de

acampada, y campistas y guardias forestales circulan a su antojo, sin tropezar nunca con ningún lemuriano, vestido con túnica o como sea; a menos que no se hayan ido con sus máquinas voladoras en forma de barca, verdaderos ovnis *ante litteram*. Cualquiera puede acampar allí y mirar con sus propios ojos. Y hoy, escriben Sprague de Camp y Ley, en la región de Siskiyou no circula ninguna leyenda del monte Shasta. Edith Mirrielees, directora de *The Pacific Spectator*, persona de gran experiencia, de amplias miras y profunda sagacidad, crecida cerca del monte Shasta, asegura que los habitantes de la región jamás oyeron hablar de una leyenda así.

Larkin, además, lejos de ser un eminente científico, no era más que un viejo ocultista, que dirigió hasta su muerte, ocurrida en 1924, el Observatorio del Monte Lowe, cerca de Los Ángeles. Quien haya oído hablar del Observatorio del Monte Wilson (que ahora opera en concomitancia con el Observatorio del Monte Palomar), se imaginará a Larkin girando los mandos de su telescopio de dos metros y medio, para observar las lejanas galaxias. Pero el Observatorio del Monte Lowe no tenía nada que ver con una institución científica como la del monte Wilson: se trataba de una atracción turística, creada por la Pacific Electric Railway junto a su hotel, el Mount Lowe In. Se llegaba a él a través de un trayecto empinado y tortuoso, cubierto por un tranvía interurbano que salía de Los Ángeles. Larkin (y después su hijo) mostraba las estrellas a los huéspedes del hotel con un pequeño telescopio, hasta que en 1930 el mecanismo del aparato se rompió y el hotel se quemó, por lo que se cerró el establecimiento.

Toda la historia, evidentemente, no es más que una fantasiosa amplificación de las alusiones realizadas por Cervé en su libro, con el probable recurso a algún libro de Larkin, concluyen Sprague de Camps y Ley con toda la razón, aunque tal vez un poco precipitadamente.

Pero dejemos la costa californiana y volvamos a lo que escribió Churchward en los años treinta.

Como señala justamente L. Sprague de Camp, Churchward compartía la obsesión preferida de los ocultistas: una vez hubo un lenguaje universal y esotérico de símbolos, que los antiguos utilizaban para poner por escrito su ciencia secreta, y mirando durante un buen rato los símbolos antiguos, una persona dotada de intuición puede evocar su significado desde su propia conciencia interior, y de esta forma puede recuperar datos históricos olvidados. Ahora bien, los antiguos utilizaban muchísimos símbolos, como hacemos nosotros con las banderas y las marcas de fábrica. Pero, a menos que se conozca

estrechamente una cultura, no se puede decir si un determinado elemento decorativo antiguo simbolizaba algo o solo se había colocado allí para adornar. Si creéis poder interpretar subjetivamente los símbolos, haced una prueba con una página escrita en chino. Un ideograma chino es una imagen convencionalizada… exactamente la clase de cosa que Churchward afirmaba ser capaz de interpretar.

Como hemos dicho, Churchward decía haber basado su teoría en dos series de tablillas. Una de ellas existe: es una colección de objetos hallados en México por un ingeniero norteamericano, un cierto Niven. Los objetos en cuestión, a los ojos de los no iniciados, se parecen a las figuritas planas que los aztecas, los zapotecas y otros pueblos mexicanos fabricaban con fines religiosos; pero para Churchward son tablillas, y sus protuberancias y sus encrespamientos son símbolos muanos cargados de significados esotéricos.

La otra serie es más recóndita: las tablillas de los naacal… escritas en símbolos y caracteres naga, que el sacerdote de un templo mostró a Churchward en la India. Mejor dicho, en un libro dice —observa L. Sprague de Camp— haberlas visto en la India; en otro, haberlas visto en el Tíbet. En cualquier caso, por una afortunada coincidencia, Churchward acababa de estudiar la lengua muerta en la que estaban escritas las tablillas, y por eso pudo leer en ellas la historia de la creación y del hundimiento de Mu.

A través de estas fuentes, Churchward supo que Mu era un gran continente del Pacífico, que se extendía desde las Hawái a las Fiyi y desde la isla de Pascua a las Marianas; era bajo y llano porque las montañas todavía no se habían levantado, y estaba cubierto de una exuberante vegetación tropical. En la época de su fulgor, Mu estaba poblado por sesenta y cuatro millones de almas divididas en diez tribus y gobernadas por un emperador-sacerdote llamado *el Ra*. Aunque los muanos eran de varios colores, los blancos dominaban por encima de todos. No solo poseían una elevada civilización, sino que también practicaban la pura religión aria monoteísta, que más tarde Jesucristo trató de hacer revivir. Nunca tuvieron una fase salvaje, porque Churchward, que no simpatizaba con las teorías darwinistas de la evolución humana a partir de los monos antropoides, sostenía que el hombre había sido creado ya civilizado, durante el Plioceno.

Mu había fundado varias colonias, bajo la guía de sus sacerdotes, los naga o naacal. Algunos de estos emigrantes, según Churchward, llegaron hasta la Atlántida pasando por el mar interior que entonces ocupaba la cuenca del río Amazonas, mientras que otros se establecieron en Asia, donde fundaron,

justamente, un gran imperio uigur hace veinte mil años. L. Sprague de Camp comenta que la historia, por otra parte, conoce un verdadero imperio uigur, aunque surgido en el siglo X d. C. y caído en el XII, y que por tanto no tenía nada que ver con el conjeturado por Churchward.

Como señalan Sprague de Camp y Ley, en efecto Churchward se queda a medio camino entre los atlantistas más fantasiosos, tipo Le Plongeon, y los ocultistas, que mientras tanto se habían introducido en la disputa sobre el continente perdido. No solo Churchward atribuía a su Mu la misma ubicación atribuida por los ocultistas a su Lemuria, sino que también compartía la pretensión de estos últimos de ser capaces de descifrar los símbolos gráficos de un antiguo pueblo con la única ayuda de una intensa concentración mental. Sostenía que en el antiguo alfabeto muano el rectángulo indicaba el sonido de nuestra M; por consiguiente, el rectángulo simbolizaba el nombre de Mu, y su forma era utilizada para indicar toda la civilización muana. ¿No era significativo que el normal ladrillo de construcción tuviera forma de paralelepípedo, a su vez formado por rectángulos, es decir, por otras tantas M muanas? Esto, naturalmente, abría varias perspectivas. Allí donde se encontraba un rectángulo, había algo relacionado con Mu, lo que era claramente excesivo. Elucubraciones teosófico-ocultistas aparte, con Churchward, pues, los continentes perdidos pasan a ser definitivamente dos: Atlántida en el Atlántico y Mu en el Pacífico, lo que desconcierta a los atlantistas de la generación anterior por el insólito uso del nombre de Mu. En cuanto a la desaparición de los dos continentes, muy sencillo: se apoyaban sobre enormes burbujas de gas que en un momento dado se habían disuelto, lo que causó su hundimiento en los océanos.[4]

Una explicación altamente sugestiva, pero a la vez muy poco demostrable desde el punto de vista científico. Según Churchward, hace trece mil años, estas «franjas gaseosas», grandes cavernas que se encontraban bajo buena parte de la tierra firme, se derrumbaron, lo que causó el hundimiento de Mu y la Atlántida, y formó montañas en los demás continentes. Los muanos supervivientes, hacinados en los islotes de la Polinesia, a falta de otro alimento, empezaron a comerse unos a otros, y no solo ellos, casi todas las colonias muanas cayeron en un estado salvaje, se barbarizaron y degeneraron. La remota «isla de las cabezas de piedra», es decir, la isla de Pascua, era naturalmente, con sus moái enigmáticos y gigantescos, uno de los vestigios del continente perdido. *Noblesse oblige*.

Churchward, en realidad, nunca buscó su Mu *in loco* en las islas del Pacífico

yendo personalmente, sino solo en la interpretación de los textos y símbolos de las diversas culturas asociadas según él a la Tierra Madre. Una investigación de escritorio, por tanto. Eran otros tiempos.

En particular, el nombre Mu se deriva de la traducción de un documento maya, el denominado *Códice Troano*, realizada por el sacerdote y estudioso francés Brasseur de Bourboung en la segunda mitad del siglo XIX. Leámosla, en su oscura redacción:

> Amo es el de la tierra subvertida, el amo de la calabaza [tipo de recipiente extraído de una calabaza]; la tierra [es] subvertida por el animal rugiente [en el lugar sumergido por las aguas]; él es el amo de la tierra subvertida, de la tierra hinchada desmesuradamente; él es el amo de la extensión de agua.

Una imagen que sugiere ciertamente un escenario de furia telúrica y marina a la vez.

La traducción del abad Brasseur estaba basada en lo que decía, tres siglos antes, el misionero español (y después obispo de Yucatán) Diego de Landa, uno de los principales destructores de los manuscritos mayas, que tildaba de «supersticiones y diabólicas mentiras» en su tratado *Relación de las cosas de Yucatán*. Mientras escribía su relación, el religioso, como señalan L. Sprague de Camp y W. Ley, se convenció de la necesidad de aprender la escritura de los «paganos» mayas. Y aquí surgió el problema.

Además del español, su lengua materna, de Landa debía de conocer el latín, un poco de hebreo y algún rudimento de griego, lenguas cuyos alfabetos están todos compuestos por letras, cada una de las cuales indica un sonido. Hay que tener presente, en efecto, que donde en latín está la «g», en griego se tiene *gamma* y en hebreo *gimel*, que no son más que símbolos distintos del mismo concepto. De Landa no pensaba ciertamente que pudiera haber otro tipo de escritura.

Las cosas, pues, probablemente fueron así: el obispo buscó un indio maya capaz de leer y escribir, le explicó lo que quería y luego le preguntó a quemarropa: «¿Qué es A?».

La escritura maya era básicamente ideográfica, como la china de hoy, con el añadido de algún elemento fonético. El pobre maya, que esperaba de un momento a otro ser condenado a la hoguera por herejía, pensó que el terrible viejo quería conocer el símbolo utilizado para *aac* (‘tórtola’), y dibujó una cabeza de tórtola.

«¿Qué es B?»

Por desgracia *be* en lengua maya significa ‘calle’, por lo que el consejero del obispo de Landa trazó el ideograma correspondiente: la huella de un pie entre dos líneas paralelas. Después siguieron con el alfabeto español (desde luego no con el maya), hasta que el obispo recogió veintisiete símbolos y algunos compuestos, la mayoría de los cuales no significaban en absoluto lo que él pensaba. Solo acertó los números y el calendario maya. Pero la *Relación* de Diego de Landa se perdió, hasta que en 1864 el abad Brasseur de Bourboung, diligente, aunque poco escrupuloso estudioso francés, encontró un compendio en la Biblioteca de la Sociedad de Historia de Madrid. Al Brasseur le pareció tocar el cielo con un dedo, al estar convencido de haber descubierto otra piedra de Rosetta, la clave para la interpretación de la escritura maya. Se ciñó pues a uno de los pocos libros mayas supervivientes, el *Códice Troano*, utilizando el «alfabeto» del obispo de Landa y una buena dosis de fantasía. Resultado de la empresa: una incoherente descripción de una erupción volcánica.

En el códice en cuestión aparecían recurrentemente dos símbolos gráficos vagamente parecidos a la «M» y a la «U» del alfabeto del misionero español, y Brasseur, incapaz de interpretarlos de otra forma, consideró que se trataba del nombre del país destruido por la erupción volcánica de la que había leído un resumen en el códice. Y este es el verdadero y único origen de la palabra *Mu*, nos recuerdan L. Sprague de Camp y W. Ley.

Muy pronto otros estudiosos descubrieron que cualquier intento de traducir los textos mayas utilizando la clave proporcionada por de Landa desembocaba en un revoltijo de palabras carentes de sentido y, pese a no disponer de las ayudas de las que había podido beneficiarse el misionero, al menos se dieron cuenta de que se hallaban ante ideogramas, no ante letras. Después de un largo período de trabajo, que duró tres cuartos de siglo, descubrieron el significado de algo más de un tercio de los ideogramas mayas. Cuando solo se conocen cuatro palabras sobre diez, la lectura de un texto desde luego no es fácil, pero al menos se logra descifrar el sentido. Así, hoy sabemos sin lugar a dudas que la traducción de Brasseur era errónea de arriba abajo. El *Códice Troano* contiene de hecho una parte de un tratado maya sobre astrología, y no tiene nada que ver con erupciones volcánicas o terremotos. Y menos aún con un país sumergido llamado Mu, desafortunadamente.

Pero Churchward no podía imaginarlo, y así la sucesiva traducción de Le Plongeon del *Códice Troano* constituyó una ulterior confirmación, mucho más sugestiva y explícita, de los elementos recogidos por él en Asia sobre la Tierra

Madre sumergida.

El resultado, aunque científicamente no era más creíble que el de Brasseur, al menos era más inteligible:

> En el año 6 Kan, en el 11.º Muluc del mes Zac, hubo terribles terremotos, que continuaron sin interrupción hasta el 13.º Chuen. El país de las coinas de arcilla, la tierra de Mu fue sacrificada: después de levantarse dos veces, de repente desapareció durante la noche, mientras el mar era constantemente sacudido por las fuerzas volcánicas. Al estar retenidas, estas hicieron hundirse y reaparecer a la tierra varias veces en varios lugares. Finalmente la superficie cedió y diez países fueron resquebrajados y dispersos. Incapaces de resistir a la fuerza de esta convulsión, se hundieron con sus 64 millones de habitantes 8.060 años antes de que se escribiera este libro.

Desgraciadamente, esta traducción altamente evocadora de Le Plongeon también era inexacta, al igual que la realizada con anterioridad por el abad Brasseur. A Churchward, por tanto, quizá le convenía más apostar por las tradiciones recogidas en Asia sobre la Tierra Madre perdida. Aquellas que otros, sin embargo, habían elaborado anteriormente desde una perspectiva análoga. El prolífico pero imprevisible escritor francés Louis Jacolliot (1837-1890) acumuló compulsivamente mitos sánscritos durante su viaje a la India, y los divulgó en sus libros cuando volvió a Francia. Según él, los clásicos hindúes hablan de un antiguo continente llamado Rutas, existente en el océano Índico y posteriormente hundido: una versión literaria del puente continental indo-malgache de Lemuria teorizado por los geólogos. Louis Jacolliot interpretó estos mitos como si correspondieran a un antiguo continente en el Pacífico que había abrazado todas las islas polinesias; en él había nacido la civilización, y la historia platónica de la Atlántida era solo «un eco» de su hundimiento. Cuando Rutas se hundió, surgieron del mar otras tierras, entre ellas la India. Como ya hemos visto, otros ocultistas sacaron a Lemuria del océano Índico y la desplazaron varios miles de kilómetros para colocarla en el Pacífico central, donde Jacolliot había situado su tierra perdida de Rutas. Entre ellos no podemos dejar de mencionar a Rudolf Steiner por toda su producción sobre el tema.

El escritor teosófico cismático Rudolf Steiner añadió varios detalles sobre la psicología de los lemurianos y de los atlantes en su libro *Lemuria and Atlantis*. Steiner, un austríaco de gran carisma con una magnífica colección de diplomas, fue una potencia de la teosofía europea hasta que rompió en 1907 con la organización madre de Madame Blavatsky.

A raíz de la secesión, Steiner se llevó a 2.400 seguidores y fundó un nuevo culto, la Sociedad Antroposófica, con el cuartel general en Dornach, Suiza, donde continuó escribiendo hasta su muerte, ocurrida en 1925.

Según Steiner, los lemurianos poseían facultades mentales tan débiles que, aunque eran capaces de visualizar las cosas, no conseguían ni recordar las imágenes mentales, ni utilizarlas para construir un pensamiento racional. Sin embargo, tenían un poder sobre la naturaleza superior al nuestro, gracias al gran desarrollo de la fuerza de voluntad, mediante la cual conseguían también levantar pesos enormes. La educación lemuriana tendía a aumentar esta fuerza de voluntad y adiestraba a los jóvenes lemurianos para soportar el dolor.

Además de las almas individuales, los lemurianos también desarrollaron unos rudimentos de lenguaje, hacia el final de su historia racial. Cuando la raza prehumana que dominó Lemuria, inicialmente andrógina, desarrolló biológicamente la división de sexos, la relación sexual se consideró no como un placer, sino como un deber sagrado. Las mujeres lemurianas, mucho más espirituales que los hombres y mucho más dadas al éxtasis místico, fueron las primeras en tener una idea del bien y del mal.

Llegados a este punto, hay que precisar que todas estas sugestivas informaciones y precisiones de Steiner estaban sacadas directamente de las *Crónicas de Akasha*.

Según el credo ocultista, *Akasha* es la sustancia básica de la que están formados tanto el espíritu como la materia. Envuelve e impregna todo el universo, como una especie de éter impalpable, y en ella se graban todos los pensamientos y los actos del hombre, que puede sintonizarse espiritualmente en la longitud de onda de dichas grabaciones universales, a disposición de cualquier iniciado deseoso de llegar a ellas *psíquicamente*, en el plano sutil de la existencia. Es un poco como ver un vídeo con los ojos de la mente. Conceptualmente, un discurso de esta clase también tendría derecho a existir. Pero queda el problema de fondo de la no-identidad de quien recibe estas *Crónicas de Akasha*, y del distinto peso de lo que cada uno conoce en realidad o cree en este proceso psíquico de adquisición de datos. Es decir, ¿cuánto es fruto en cada sujeto de su inconsciente, de su fantasía, de su experiencia y de sus opiniones, y cuánto en cambio de una realidad objetiva, presente o pasada? Nadie puede decirlo, como es natural, lo que deprecia irremisiblemente informaciones obtenidas de esta forma.

Otro contemporáneo de Blavatsky, John Ballou Newbourgh, tras una

afortunada carrera como buscador de oro, médico, dentista y médium espiritista, escribió una especie de biblia titulada *Oahspe*, nos recuerda L. Sprague de Camp. Ballou sostenía que su libro tenía un origen angélico, y que él lo había redactado mediante la escritura automática, a través de médiums.

La *Oahspe* incluye un mapa de la Tierra de los tiempos antediluvianos, con un gran continente llamado Pan, que ocupa casi todo el Pacífico septentrional. El autor publicó un diccionario y un alfabeto *pánico;* el alfabeto consistía casi exclusivamente en pequeños círculos con motivos geométricos y figuras. Sus doctrinas fueron explicadas con más detalle por su seguidor Wing Anderson.

Según Newbourgh y Anderson, el hombre apareció hace setenta y dos mil años, cuando los ángeles se materializaron en la Tierra y se aparearon con una especie animal terrestre, lo que dio origen a nuestros antepasados prehumanos. La Tierra Madre Pan o Mu desapareció hace veinticuatro mil años, pero pronto reaflorará del Pacífico y será habitada por la raza kosmon, formada por una amalgama de todas las razas actuales, en un próximo futuro. He aquí a Mu, *mutatis mutandis*, asomar de nuevo la cabeza en escena.

Ninguno de los fervientes creyentes en Mu, al parecer, está dispuesto a renunciar a su propia creencia por amor a la realidad. Por eso los textos seudocientíficos de Churchward han tenido una numerosa prole, en los *pamphlet* publicados por Louis R. Effler, que vuela alrededor del mundo en busca del símbolo en espiral de Mu, y en los cómics de *Alley Oop*, cuyo héroe, inventado en 1932 por el dibujante americano W. T. Hamlin, es un indígena vestido con pieles, originario de una Mu infestada de dinosaurios. Y, en 1947, F. Bruce Russell, presentado como un psicoanalista de Los Ángeles retirado de la profesión, anunció haber encontrado momias de dos metros y setenta centímetros de altura, procedentes del continente perdido de Mu, cerca de Saint George, Utah. Evidentemente, Mu, a pesar de todo lo que nosotros podamos decir, sigue su camino, concluye con escepticismo L. Sprague de Camp. Y con razón.

En 1970, en Estados Unidos, se publicó el volumen (en edición económica popular) *Mu Revealed,* de Tony Earll, que ilustraba el contenido de 69 rollos —que se remontarían según él a un período comprendido entre el 20000 y el 30000 a. C.— encontrados en México (en el interior de un sarcófago incrustado en el pavimento de un pequeño templo) en 1959 por un cierto profesor Reesdon Hurdlop. Este estudioso, un supuesto arqueólogo ya activo en Singapur y en Asia, habría recibido el encargo del Marquina-Jolicoeur Institute londinense, el

mismo año, de emprender una campaña de investigación destinada a aclarar el fundamento de las tesis de James Churchward sobre Mu. El resultado de dichas investigaciones habría llevado al descubrimiento, en México, de estos fantasmagóricos rollos caligrafiados por un sacerdote del continente perdido llamado Kland. Nos enteramos así de que el verdadero nombre del continente era en realidad *Muror*,[5] y que era de menores dimensiones respecto a las atribuidas por Churchward. En particular, las Hawái, las Fiyi y la isla de Pascua habrían constituido parte integrante de tres islas de grandes dimensiones que delimitaban, como los vértices de un triángulo, la zona del océano Pacífico donde se habría encontrado la plana masa continental de Muror, la Tierra Madre.

Los textos incluidos en los 69 rollos del sacerdote muano (o mejor dicho *murorano*) Kland, redactados en los caracteres incomprensibles de la lengua madre, a pesar de todo serían descifrados en 1964, y son ampliamente tratados en el libro de Tony Earll que, por otro lado —no hace falta subrayarlo—, está considerado más bien poco serio; nadie, de hecho, ha podido comprobar todavía las afirmaciones del libro basadas en los hallazgos originales: los famosos rollos muroranos, de los que no existen ni siquiera fotografías. Earll presenta solo, en la p. 84 del libro, una reproducción gráfica y parcial por añadidura del rollo de Muror n.º 64, a título puramente de ejemplo: demasiado poco, sin duda, para convencer. A menos que, por supuesto, no emerjan de toda la historia elementos nuevos y bastante más complejos que este supuesto diario en 69 rollos llevado por el sacerdote-escriba Kland, a partir de su entrada a los doce años en el Colegio Templario (o Seminario) de Muror en el 21050 a. C., y, siguiendo los pasos del amigo de Churchward, William Niven, más tarde afortunadamente hallado en México casi a tambor batiente en 1959 (y en el plazo de solo cinco años traducido no se sabe cómo)…

Bulos o no, el mito de Mu, en cualquier caso, continúa. Y no solo a nivel librero. En 1972 —y es sumamente indicativo— el cantautor italiano Riccardo Cocciante (entonces conocido como *Richard* Cocciante) produjo un *long-play* dedicado enteramente al continente perdido del Pacífico, comercializado por la popular RCA italiana y titulado, justamente, *Mu*. También la alemana Colorsound Library de Múnich publicó el *long-play Lost Continents* («Continentes perdidos») producido por Joel Vandroogenbroeck y dedicado a «imágenes sonoras primitivas que ilustran la vida humana prehistórica y el mito de los continentes desaparecidos como Lemuria, Gondwana, Mu y la Atlántida».

El de Lemuria-Mu ¿es pues solo un mito desvaído, luego diversa y

sugestivamente agigantado por el ocultismo y por la fantasía popular, y no obstante actual todavía hoy por la seriedad de divulgadores como Hans Stephan Santesson y David Hatcher Childress?[6]

No acaba de convencernos.

En marzo de 1966, una noticia difundida por Beaufort (Carolina del Norte) precisaba que el director del programa de investigaciones oceanográficas de la Duke University, Robert Menzies, había anunciado que una reciente expedición científica, conducida por él, podría haber descubierto una ciudad sumergida, en el fondo del Pacífico, a la altura de las costas peruanas, en una fosa que podría alcanzar una profundidad de 6.000 m.

Menzies dijo que los sonares del buque en el que se encontraba la expedición, el *Anton Brunn*, de repente empezaron a registrar señales irregulares en aquella parte de océano, cuyo fondo había estado hasta aquel momento completamente liso. Las cámaras de vídeo, sumergidas en aquel punto, habían fotografiado objetos extraños, parecidos a columnas, algunos de los cuales parecían tener inscripciones. Considerando el hecho de que la zona está especialmente sujeta a terremotos, los científicos consideran que un fenómeno análogo podría haber provocado el hundimiento de la ciudad.

Los arqueólogos han descubierto signos de una civilización que podría remontarse a varios miles de años antes del Imperio inca.

¿Se trata de Mu? Sea como sea, la tradición de una tierra sumergida en el Pacífico está muy presente en Oceanía.

# 10

## El enigma del Pacífico: Hiva

En 1688 un oficial de la marina mercante holandesa, un tal Wafer, publicó un informe de los viajes realizados por él, entre 1686 y 1687, como segundo de a bordo en el barco británico *The Bachelor's Deligth*, bajo el mando del capitán Davis. Wafer declara que a 27º 20' sur, él y Davis avistaron una isla desconocida a gran distancia de la costa occidental de la América meridional.

Al acercarse un poco, el holandés y el inglés divisaron «en dirección a poniente una sucesión de tierras altas sobre el agua, que nos parecieron islas… La costa parecía extenderse durante no menos de catorce o quince leguas de longitud» (unos 60 km).

Posteriormente, el comandante Davis confirmó el informe de Wafer, y el archipiélago recibió el nombre de *Davisland*.

Pero durante toda una generación, a partir de 1688, numerosos barcos que se habían aventurado hasta las remotas aguas del Pacífico centromeridional buscaron en vano el archipiélago de Davisland, que ahora ya estaba marcado en todas las cartas náuticas. El archipiélago se había desvanecido.

Por otra parte, se decía, dos marineros expertos como Davis y Wafer no podían haberse equivocado tan flagrantemente, y el descubrimiento de la isla de Pascua, por obra de otro holandés, en 1722, llenó al mundo de perplejidad y estupor. La isla de Pascua, considerado «el punto más solitario y abandonado del globo», siempre ha sido un enigma apasionante, con sus estatuas colosales, sus misteriosas inscripciones que muestran afinidades con otras indias del siglo III a. C., sus grandes tumbas repletas de huesos.

Wafer y Davis, en 1687, impulsados por los vientos y las corrientes del Pacífico a 500 leguas al oeste de Copiapo, habían avistado una playa arenosa, detrás de la cual se perfilaban altas montañas. Esta Tierra de Davis, que mucho después se quiso identificar con la isla de Pascua, confirmó a los cosmógrafos de la época que en aquellos parajes existía un continente, que de alguna forma hacía de contrapunto a Asia y Europa. Los arrecifes vagamente vislumbrados por Davis arrojaron desde entonces una luz desmesurada sobre los Mares del Sur.

Varias generaciones de navegantes esperaron en vano verlos aparecer en el horizonte, pero las orillas de aquel mundo austral se les resistían irremediablemente. En lugar del continente buscado se descubrieron, diseminadas por el mar, un número infinito de islas, cuyos habitantes negros y morenos parecían ofrecer la imagen de una humanidad en el estadio de la infancia, observa Alfred Métraux.

A los grandes navegantes del siglo XVIII y comienzos del XIX los siguieron las tripulaciones de los balleneros, que, durante más de setenta años, recorrieron en todas direcciones el Pacífico meridional. Tampoco estas tripulaciones, en sus rutas irregulares, tropezaron nunca con la barrera de un continente desconocido.

Así pues, se acabó marcando en azul sobre el mapa aquellos espacios sobre los que antes se extendían los contornos de la *«Terra Australis incognita»*.

Pero ¿cómo resignarse a la pérdida de un continente? Según Alfred Métraux, fueron mentes fantasiosas y ávidas de misterio las que proyectaron la existencia en un pasado fabuloso de un mundo que habría conocido el reino de una humanidad completamente distinta y una civilización milenaria. De esta tierra austral solo habrían quedado las cumbres de las montañas, que hoy forman los archipiélagos y las islas dispersas entre Asia y América. Por una afortunada casualidad, la isla de Pascua habría conservado intactos sus monumentos, testimonios del esplendor de una civilización en otros lugares sumergida por algún gigantesco cataclismo.

Otra hipótesis es la formulada por J. Macmillan Brown. En el pasado la isla de Pascua habría sido el centro de un archipiélago soleado, habitado por una raza industriosa, pero, demasiado árida para ser ocupada de manera permanente, habría servido de cementerio colectivo de las poblaciones de las islas vecinas. A raíz de un movimiento de la corteza terrestre, este reino insular se habría volatilizado y habría dejado como único testimonio de su existencia este yermo islote cubierto de monumentos funerarios.

Escribe el profesor J. Macmillan Brown en su docta obra *The Riddle of the Pacific*:

> La única explicación posible de la cultura de la isla de Pascua es presumir un archipiélago hundido exactamente donde fue avistada *Davisland*. La isla de Pascua es el cementerio sagrado de esta cadena de islas. Si al menos Davis hubiera visitado aquel largo archipiélago que se extendía al noroeste hasta más allá del horizonte, hoy tendríamos algún indicio de la cultura y de la potencia del pueblo que utilizaba la isla de Pascua como cementerio.

Según el profesor Alfred Métraux, dicha hipótesis no tendría ningún fundamento. Macmillan Brown puntualiza bien cuando dice que la Tierra de Davis era propiamente su archipiélago, sumergido entre 1687 y 1722; pero para Alfred Métraux esto parece indicar que Davis hubiera visto visiones, «a menos que no hubiera descubierto Mangareva, al oeste de la isla de Pascua». ¿Por qué, se pregunta, los indígenas (que han conservado cuidadosamente la leyenda de las migraciones ancestrales y de las guerras tribales) habrían olvidado un acontecimiento tan importante, acaecido pocos años antes del descubrimiento de la isla?

En vano los buques sondearon las aguas del Pacífico: solo encontraron profundos abismos. A 10 millas de la isla de Pascua se abre un abismo de 1.145 brazas; ninguna tierra habría podido desaparecer recientemente dejando semejante depresión, se ha observado.

Como Tahití, las islas Marquesas y las islas Hawái, la isla de Pascua, lejos de ser el tejado de un mundo sumergido, nació hace algunas decenas de miles de años, a raíz de erupciones volcánicas. El análisis microscópico de sus rocas no ha revelado la más mínima partícula mineral procedente de una plataforma continental. El suelo y sus volcanes están enteramente compuestos de masas fundidas o pulverizadas por los antiguos cráteres. Todos estos volcanes hoy están apagados y probablemente ya habían dejado de eructar lava y escorias miles de años antes de la aparición del hombre.

Se podrá objetar que las mismas erupciones submarinas que crean las islas luego podrían destruirlas con la misma rapidez. Dicho de otra forma, la isla de Pascua, aunque de formación volcánica, ¿no podría ser el resto de una tierra mucho más vasta, mutilada por la actividad de los volcanes?

Cada año las olas la corroen un poco más, trituran sus arrecifes, llenan sus cráteres y, dentro de unos siglos, de la isla solo quedarán unos escollos batidos por las olas y visitados, como Salas y Gómez, por las aves marinas. Pero nada permite prever un súbito hundimiento, como el que habría caracterizado a la fantasmagórica Davisland y quizá a otras islas del Pacífico. Y, sin embargo...

Cuando, en otros tiempos, los iniciados de la isla de Pascua hablaban, la gente debía de escucharlos en silencio. «Nosotros, los blancos, escribimos *digest* sin haber digerido mínimamente la historia de nuestros orígenes, y yo, por ejemplo, no sé de dónde vengo», admite el etnólogo francés Francis Mazière. Los pascuenses, en cambio, lo saben.

> En dos piraguas, el rey Hotu-Matua llegó a la isla de Pascua. Desembarcó en Hanga-Rau, pero dio a esta bahía el nombre de Anakena porque era el mes de julio.

Pues bien, por una extraña coincidencia, la única posibilidad de encontrar vientos que lleven de la Polinesia a la isla de Pascua es viajar en julio y agosto. Este pequeño detalle es un primer punto importante por lo que se refiere a la tradición. ¿Por qué este rey polinesio va a refugiarse a esta tierra desierta? ¿Quizá a raíz de una de aquellas guerras intestinas de las que está repleta la historia? La tradición dice:

> El país del rey Hotu-Matua se llamaba Maori, en el continente de Hiva. El lugar donde vivía se llamaba Marae-Rena […]. El rey vio que la tierra se hundía lentamente en el mar. Reunió entonces a su gente —hombres, mujeres, niños y ancianos— y los hizo subir a dos grandes piraguas. El rey vio acercarse el cataclismo y cuando las dos embarcaciones llegaron al horizonte se dio cuenta de que la tierra había quedado completamente sumergida, salvo una pequeña parte llamada Maori.

La tradición habla claro: hubo un cataclismo, por tanto, señala Francis Mazière. Parece que este continente se extendía en el inmenso *hinterland* que, desde el noroeste de la isla de Pascua, llega hasta el archipiélago de Tuamotu.

Otra leyenda transmitida por A'ure Auviri Porotu, último sabio de la isla, dice:

> La tierra de la isla de Pascua era una tierra mucho más grande, pero, a causa de los errores cometidos por sus habitantes, el dios Uoke la sacudió y la rompió con una palanca.

También aquí se habla inequívocamente de cataclismo.

Detalle muy significativo, la tradición dice que Sala y Gómez, un islote situado a unas cien millas de la isla de Pascua, antes formaba parte de esta tierra y su nombre, *Motu Motiro Hiva*, significa 'isla cerca de Hiva'.

Por tanto, son tres los indicios que hacen pensar en un cataclismo. La geología oficial, en cambio, no admite que en esta parte del globo, al menos en época humana, pueda haber habido una vasta convulsión. Y, sin embargo, dos recientes indicios hacen plausible la hipótesis del hundimiento de un continente.

Cuando el submarino *Nautilus*, de la Marina estadounidense, dio la vuelta al mundo, cerca de la isla de Pascua señaló la existencia de un pico submarino bastante elevado y todavía no identificado. Y hay más, en el curso de recientes estudios realizados por el profesor H. W. Ménard para el Institute of Marine Resources y para la Universidad de California, el ilustre estudioso no solo señaló en las proximidades de la isla de Pascua una de las más importantes zonas de

fractura, paralela además a la del archipiélago de las Marquesas, sino también un enorme puente o cresta de sedimentos. ¿Qué decir? En este caso las elucubraciones de los teósofos y de los ocultistas sobre Lemuria y las interpretaciones —extraídas de tradiciones ajenas al área del Pacífico— de James Churchward referidas a Mu no tienen nada que ver. La memoria del hundimiento de Hiva está arraigada a nivel autóctono.

Además de conservar el recuerdo de estas convulsiones, la tradición dice que el rey Hotu-Matua venía de Occidente. Pues bien, en la isla de Pascua en el *Ahu A' Tiu* existen siete estatuas, en posición erecta, que —y son las únicas en toda la isla— miran al mar, y concretamente hacia occidente. Su posición exacta situaría el área del cataclismo en la zona comprendida entre el archipiélago de las Marquesas y el de las Gambier.

Parece probable que, a raíz de uno de estos movimientos plutonianos, todavía tan frecuentes en esta zona de la cordillera de los Andes-Nuevas Hébridas, un archipiélago —o un continente— haya sido sumergido o en cualquier caso alterado, concluye Francis Mazière.

Considerando las conclusiones del profesor Métraux, algunos elementos —y concretamente la lengua, el uso de la palabra *Hiva* y numerosas concordancias etnológicas— nos llevan a creer que los hombres del rey Hotu-Matua emigraron de esta zona de las Marquesas hacia finales del siglo XII. Dicha hipótesis estaría corroborada, además, por las genealogías recogidas por Francis Mazière.

Esta migración no excluye en absoluto la posibilidad de otros contactos en épocas muy anteriores, observa Mazière.

La tradición dice que Hotu-Matua había decidido dejar la tierra de sus padres a las primeras señales de movimiento del suelo, pero que anteriormente había enviado a siete exploradores, todos hijos del rey, en busca de aquel ombligo del mundo cuya situación y posición le había sido revelada por el sueño de Hau-Maka, según la tradición.

Este detalle nos inclina a pensar que, si en efecto se produjo el hundimiento de un continente, debió de ocurrir en un período muy anterior, porque la isla de Pascua en la época de Hotu-Matua ya estaba desierta y el rey llegó a ella tras un largo periplo en piragua.

Sin embargo, resulta extraño que las leyendas de las islas Marquesas no hayan conservado ningún recuerdo de un cataclismo de semejantes proporciones.

Todo lleva a creer que el cataclismo estuvo limitado a algunos archipiélagos, lo que no excluye que a los ojos de los hombres de la isla el fenómeno adquiriera

una importancia fundamental, observa Mazière.

Como en la historia de todas las islas del Pacífico, el problema de la población sigue siendo confuso y está sujeto a varias interpretaciones. Es cierto, de todas formas, que otros hombres llegaron a la isla de Pascua antes de Hotu-Matua, y de esto tenemos indicaciones precisas. Los siete exploradores del rey dicen que antes de partir no conocían el origen de Ngata-Vake ni el de Te Ohiro, los primeros en desembarcar en la isla de Pascua. En base a las noticias transmitidas al viejo Veriveri por Hanga A Tuakava A Oviri, «hombres muy grandes, pero no gigantes, vivían en la isla mucho antes de la llegada de Hotu-Matua».

Estos son los únicos documentos de los que disponemos hasta ahora, pero sin duda la eventualidad de habitantes más antiguos no hace más que reforzar el misterio de Matakiterani, la isla de Pascua. Observa René Thévenin:

> Es muy comprensible que muchos hombres sucumban a su atractivo, porque todo concuerda para hacerlo flotar sobre esta triste tierra, alejada de las rutas humanas, y sobre este pueblo de estatuas que, aunque no sean casi sobrenaturales como algunos habrían querido demostrar, todavía no han desvelado el secreto de su origen y asombran siempre al visitante que las contempla, por sus desmesuradas proporciones, su expresión cruel, su rostro hermético. Hasta los científicos que más han contribuido a despojarlas de su halo de leyenda y a describirlas tal como son han sucumbido a su fascinación.

Sobre las estatuas de la isla de Pascua, escribe Enrico Lavachery:

> Las estatuas no me han decepcionado, ennoblecen con una misteriosa grandeza el paisaje desolado donde reinan, fuera del tiempo; antiguas como el mundo, parecen personificar las formas elementales de la creación de la Tierra. Frente a sus rostros secretos y despectivos se explican todos los excesos literarios o seudocientíficos de que han sido objeto. Casi se desea que Lemuria no sea un sueño, hasta tal punto despiertan ese anhelo por lo desconocido y por lo misterioso que todos llevamos en el secreto del corazón.
>
> El final de la civilización antigua se precipitó con la llegada de los europeos. Esto dio a los pascuenses la conciencia de un mundo distinto del suyo. Desde entonces perdieron espontáneamente la tranquilidad y la alegría de vivir. Su espíritu insatisfecho los abocó a las guerras más crueles, donde se destruyeron recíprocamente, arruinando su cultura y sus monumentos. Los trabajos artísticos se abandonaron, las tradiciones se perdieron completamente, hasta que su mismo recuerdo desapareció. Los hombres de los balleneros y los negreros dieron el golpe de gracia a una destrucción ya avanzada. Cristianizados, los pascuenses se avergonzaron de toda una parte de su pasado y se esforzaron, no sin éxito, en borrarla de un espíritu ya de por sí olvidadizo.

Y fue un drama antropológico, que supuso el final de mitos y tradiciones sin tiempo. Lo cierto es que, en último análisis, la tradición de un continente perdido en el Pacífico —aunque reducida— se encuentra en varios elementos y contenidos culturales todavía vivos en Oceanía. Que luego se quieran vincular a

Lemuria, Mu o Hiva importa poco, en el fondo. Y tal vez una relación de Oceanía con la India,[1] recientemente constatada por los lingüistas en la misma isla de Pascua, puede llevar a contemplar los criticados textos de Churchward bajo una luz nueva y mucho más positiva.

En el fondo, y a pesar de todo, pues, tal vez la historia de los naacal llegados a la India desde la «Tierra Madre» referida por Churchward podría tener algún fundamento. Hoy, la evidente analogía entre los símbolos encontrados en la isla de Pascua y los ideogramas de Mohenjo-Daro y Harappa, las ciudades protohistóricas del valle del Indo, está fuera de toda duda. Falta establecer acaso si los primeros son una matriz o una derivación de los segundos. En otras palabras: ¿los pascuenses procedían de la cultura del Indo emigrada hacia el Pacífico en busca de una nueva patria ante las invasiones del norte, o, al contrario, esta última es una consecuencia de una migración forzada de la isla de Pascua hacia Asia? Es difícil decirlo. Ciertamente, la segunda hipótesis solo se podría justificar con un acontecimiento cataclísmico de tal envergadura que obligara a un éxodo masivo de la isla.

Pero como nos recuerda Alfred Métraux:

> La isla de Pascua, lejos de ser el tejado de un mundo hundido, nació hace algunas decenas de miles de años a raíz de erupciones volcánicas. El análisis microscópico de sus rocas no ha revelado la más mínima partícula mineral procedente de una plataforma continental. El suelo y sus volcanes están enteramente compuestos de masas fundidas o pulverizadas por los antiguos cráteres. Todos estos volcanes hoy están apagados y probablemente ya habían dejado de eructar lava y escorias miles de años antes de la aparición del hombre.

¿Ningún continente sumergido, entonces? Sigue diciendo Métraux:

> Se podrá objetar que las mismas erupciones submarinas que crean las islas luego podrían destruirlas con la misma rapidez. Dicho de otra forma, la isla de Pascua, aunque de formación volcánica, ¿no podría ser el resto de una tierra mucho más vasta, mutilada por la actividad de los volcanes?

Geológicamente hablando, Métraux tiende a excluir esta posibilidad. Pero ya hemos visto que las prospecciones del profesor H. W. Ménard no solo localizaron cerca de la isla una importante zona de fractura (paralela a la de las Marquesas), sino también un enorme puente o cresta de sedimentos. Las objeciones geológicas, por tanto, se tambalean. A esto hay que añadirle el hecho de que, durante el Año Geofísico Internacional 1957-1958, se constató que la cantidad de calor emitida por el fondo del océano cerca de la isla de Pascua es siete veces superior a la media registrada en otros lugares. Este calor anormal

estaría motivado por una elevación de masas rocosas en estado líquido emitidas por las entrañas de la Tierra, señal evidente de una formidable convulsión geológica en el fondo del Pacífico. Un fenómeno revelador e inquietante. ¿Cuál podría ser la causa?

Un lingüista brasileño, Vaz de Melo, afirmó haber descifrado en 1973[2] una de las enigmáticas tablillas *rongo rongo* descubiertas en la isla, cuyos símbolos se referirían a la caída de una enorme bola en llamas procedente del cielo: una circunstancia que, de confirmarse, sería totalmente coherente con todo lo que sabemos sobre las tradiciones relativas a la Atlántida. Francis Mazière, tras una estancia en las islas Marquesas, también escribe:

> Las últimas investigaciones americanas permiten vislumbrar la importancia del famoso continente de Mu. Su desaparición habría sido provocada por el choque de un enorme fragmento desprendido de un planeta, en el origen de la inversión de los polos…[3]

En cualquier caso, los fondos del océano Pacífico también permiten vislumbrar algo. En 1964 los miembros de la expedición Byrd afirmaron haber descubierto los vestigios de la Atlántida… ¡en el Pacífico! En efecto, habían tropezado, en el tramo oceánico al oeste de la América meridional, con una especie de plataforma submarina de bloques de piedra de origen aparentemente artificial. La zona correspondería, justamente, al lugar en el que habría podido colocarse el continente de Hiva.

Unos años después, en 1965-1966, el profesor Robert J. Menzie, director del programa oceanográfico de la Universidad de Duke (Estados Unidos), realizó con otros técnicos unas prospecciones oceanográficas a lo largo de las costas de Perú desde el buque *Anton Brunn*. Cuando se encontraban a 80 km al oeste de Callao, sobre la fosa oceánica Milne-Edwards (que se hunde hasta 2.000 m), los científicos estadounidenses efectuaron una serie de fotografías submarinas e identificaron en varias imágenes las aparentes ruinas de una ciudad sumergida, caracterizadas por columnas y varias estructuras arquitectónicas. Los periódicos de la época precisaron que el sonar había indicado la presencia de ulteriores estructuras, identificables como otras ruinas sumergidas.

Pero estos son enigmas recientes. Louis-Claude Vincent, por ejemplo, nos recuerda que el 8 de noviembre de 1938, en Nueva York, se difundió la noticia de que los hermanos Fahrestack, durante una expedición de dos años a la isla de Vanua Levu (archipiélago de las Fiyi), habían descubierto un monolito de 40 toneladas, grabado con signos desconocidos, que constituye un rompecabezas

arqueológico. Pero el verdadero rompecabezas arqueológico está constituido por la difusión de colosales complejos megalíticos en toda el área del Pacífico: desde las estructuras ciclópeas de las Marquesas en Taipivai *(Nuku Hiva)* hasta las increíbles columnatas «Lat'te» compuestas por columnas *(haligi)* y capiteles *(tasa)* de las Marianas en Tinian; desde las murallas megalíticas de Lele en la remota isla de Kusrae en Micronesia (bloques de 30 a 60 toneladas) al bloque monolítico *langi Tauhala* (de 100 a 150 toneladas) de las Tonga, caracterizado por evidentes analogías con los de las murallas andinas preincaicas; desde el gigantesco arco trilítico *Ha'among'a maui* de Tongatabu a la sorprendente calle pavimentada en piedra de Tangaroa en Rarotonga; desde los monolitos alineados de la isla de Babeldaob *(Palaos)* a la plataforma piramidal escalonada en piedra de Mua *(Tongatabu)* a la *(marae)* de Tahití; de las más de cuarenta plataformas escalonadas de la deshabitada isla de Malden (unidas por calles pavimentadas) a las misteriosas elevaciones modeladas por el hombre en forma piramidal en Rapa Iti (en el grupo de las Tubuai). Los ciclópeos moáis de la isla de Pascua están bien acompañados.

Volviendo a la isla de Pascua, Francis Mazière, después de haber escuchado pacientemente las leyendas tradicionales de los habitantes de la isla, generación tras generación, consiguió enterarse de algunos asombrosos relatos relacionados con los misterios que rodean a las estatuas gigantes, en especial las del período arcaico, que son las más numerosas. Las otras datan de una época mucho más reciente y fueron esculpidas como copias muy imperfectas de las primitivas creaciones.

Los indígenas declararon a Mazière: «Los secretos se perdieron y, con ellos, el *mana*». El *mana* es la fuerza mágica vital que los iniciados eran capaces, en otros tiempos, de manejar, controlar y dirigir. Es indiscutible, por tanto, que los hombres que levantaron los moáis dispusieron de técnicas secretas que permitieron, con ayuda de esta misteriosa forma de energía vibrante, o *mana*, desplazar y levantar —venciendo la fuerza de gravedad— las estatuas gigantes. Los moáis, le dijeron a Mazière, se hacían avanzar de pie, rodando con una media vuelta sobre su base. No olvidemos que algunas estatuas fueron transportadas a su emplazamiento definitivo pasando sobre decenas de otras sin dejar el menor rasguño. Esto habría sido inevitable si se hubieran empleado los usuales sistemas de levantamiento. Y, más aún, los extraños sombreros que cubrían la cabeza de las estatuas, y que pesaban más de 100 kilos, fueron colocados después del transporte de los monolitos. Si se considera que los

deslizamientos para dicha operación habrían debido tener por lo menos la longitud de varios cientos de metros —hipótesis sostenida por algunos arqueólogos— ciertamente se habrían encontrado las huellas en toda la isla, lo que no ha ocurrido.

No podemos dejar de mencionar, en este punto, el impresionante complejo de ruinas de Nam Madol en Ponapé *(Pohn-pei)*, en las islas Carolinas. El conjunto aparece como un laberinto, y el apelativo de Venecia ciclópea acude espontáneo a los labios de todo visitante. Pero no se trata en absoluto de una ciudad marina. Las ruinas, en otros tiempos, estaban en tierra firme. Después fueron cubiertas por las aguas del océano Pacífico en una época muy alejada de nosotros. ¿Quiénes fueron los constructores de aquella prodigiosa ciudad?

Todo esto no puede dejar de evocar a Mu, y quizá por esta razón los arqueólogos y los especialistas en Oceanía pasan por alto estos extraordinarios vestigios. Pero el hecho de que sean raramente visitados no puede ser un pretexto para negar su existencia. Además, las islas Carolinas se hallan muy lejos de los itinerarios marítimos y aéreos usuales y, circunstancia agravante, están dispuestas en el centro de una vasta región militar estratégica, donde las autoridades estadounidenses no ven con buenos ojos la afluencia regular de posibles turistas. Los grandes enigmas del Pacífico subsisten.

Las estatuas arcaicas de la isla de Pascua tienen las manos cruzadas sobre el ombligo. Esta posición solo puede haber sido esculpida conscientemente; por si no bastara, en la espalda de estas estatuas, a lo largo de la espina dorsal, se observa el grabado cruzado de aquellos símbolos que indican, en cada caso, la iluminación mágica. Como escribió Francis Mazière: «En esta tierra existen las huellas de un pueblo antediluviano del que empezamos a recuperar la presencia y que pondrá en cuestión todos los conceptos de tiempo y de ética que nuestra ciencia ha querido imponer…». Creemos que el tiempo le dará la razón a este brillante etnólogo francés y desplazará el escepticismo conservador y anticientífico de los miopes catedráticos que siempre quieren embalsamar el conocimiento del hombre.

Y tenemos todas las premisas, hoy más que nunca. En efecto, en 1997, sumergidas en las verdes aguas de la isla Yonaguni (archipiélago de las islas Ryu Kyu), un equipo de oceanógrafos, dirigido por el profesor Misaki Kimura, descubrió las aparentes ruinas de una antigua ciudad. Lo que parecen restos de edificios, escalinatas y pirámides fueron identificados y filmados por cámaras submarinas.

«Para construir semejante complejo, edificado probablemente por un personaje investido de gran poder y autoridad —afirma el profesor Kimura—, habrían sido necesarios entre cien y doscientos años.» Descubiertas por los japoneses en el mar de China, en el tramo oceánico que une las islas niponas con Taiwán (Formosa), las misteriosas estructuras sumergidas representarían la prueba según sus descubridores de la existencia de una civilización desconocida, desaparecida hace al menos diez mil años. Como la Atlántida desde hace un tiempo, ¿ahora quizá también Mu se dispone a salir finalmente de las brumas de la leyenda y a revelar la realidad de su existencia? Era inevitable que muchos lo pensaran.

En realidad, no es tan sencillo. Desde el frente del conservadurismo académico una pesada cortina de fuego ha replicado inmediatamente que nos hallaríamos ante formaciones naturales y nada más: una insólita «geometría lítica» creada por la acción conjunta de la erosión marina y de la actividad sísmica sobre gruesos estratos de piedra arenisca arcillosa, fracturados de tal forma que harían pensar en la mano del hombre. El complejo de la «pirámide» submarina de Yonaguni mide 50 × 20 m y se apoya sobre un fondo, sumergido hace diez mil años, de 25 m de profundidad. La cima se encuentra a 5 m bajo el nivel del mar. La masa rocosa estaría constituida por un cuerpo único sin bloques unidos uno junto a otro, lo que llevaría a no considerarlo fabricado por el hombre. Es bastante común que la arenisca arcillosa se deposite en estratos de varios decímetros de grueso e incluso metros. Dichas masas se rompen luego con facilidad, con planos de fractura a menudo paralelos entre sí. Y dado que el área de Yonaguni es sísmica, la suma de los distintos movimientos del suelo puede dar origen a familias de fracturas perpendiculares a los estratos horizontales y formar seudobloques paralelepípedos como los que se encontrarían en Yonaguni. Análogas formaciones se encontrarían en la tierra emergida, y en cuanto a las copelas (pequeñas cubetas excavadas en la roca) de pocos decímetros de diámetro de aspecto regular, descubiertas en la estructura sumergida y donde hay quien ha visto las bases de antiguos pilotes de madera, también se encontrarían al aire libre, y se deberían a fenómenos de erosión del tipo de los agujeros circulares (como las marmitas de gigantes) que se forman cuando el agua hace rodar una piedra en una fractura de la roca, que con el tiempo adquiere una forma redonda y solo aparentemente artificial.

¿Todo claro, entonces? ¿Tienen razón el investigador alemán Wolf Wishmann (un geólogo que ha realizado varias inmersiones en el mar de

Yonaguni), cuando dice que en las estructuras sumergidas no se ha encontrado «nada que tenga que ver con el hombre», y el geólogo americano Robert Schooch del College of General Studies de la Universidad de Boston, que después de algunas inmersiones ha declarado creer que «Yonaguni es una estructura totalmente natural»? Quizá. Pero todavía no está dicha la última palabra. Al contrario. En la pirámide, en efecto, también se ha encontrado una típica piedra en L, del tipo de las fabricadas para ligar mejor entre sí los muros de edificios en seco en las islas Ryu Kyu. La pieza esculpida, según el profesor Kimura, sería la prueba —haya tenido o no un origen geológico y natural en su estructura— de que sobre el conjunto habría intervenido la mano del hombre cuando aquel se encontraba en condiciones subaéreas, es decir, hace unos diez mil años. Desde el frente escéptico se tuvo la ocurrencia de objetar que con toda probabilidad este incómodo hallazgo lítico —o sea, la piedra en L— habría acabado por azar sobre la estructura sumergida al caer al mar (durante un transporte) desde alguna embarcación. Pero es una objeción muy débil, sin duda. Sea como sea, lo que hoy está fuera de toda duda es que hace al menos ocho mil años una inmensa catástrofe natural sacudió realmente todo el sureste asiático, que entonces constituía un único y enorme puente continental hacia Australia, conocido como Sondalandia o Región de la Sonda. Gran parte de dichos territorios quedó sumergida y el consiguiente éxodo en masa —por tierra y por mar— vio a las poblaciones locales seguir la ruta de los cuatro puntos cardinales: al norte hacia Asia interior, al este hacia el Pacífico, al oeste hacia el océano Índico y al sur hacia Australia. Según los recientes estudios del inglés Stephen Oppenheimer, las tierras invadidas por las aguas habrían sido la cuna primigenia de descubrimientos epocales (como el cultivo del arroz) y de la propia civilización al final de la glaciación, y mientras Australia y Nueva Guinea habrían estado unidas en una única masa continental (el Sahulland), la línea de costa de la región chino-nipona habría estado muy extendida hacia el Pacífico, comprendiendo islas como Hainan, Taiwán y también Yonaguni (el Nanhailand). Es evidente, por tanto, que la presencia de objetos arquitectónicos fabricados por el hombre en zonas (hoy comprendidas entre los 50 y los 100 m de profundidad) antes al aire libre, no solo es plausible sino altamente probable. Y que el complejo de Yonaguni (incluso considerando su génesis de origen natural), con su incómodo ligamento lítico en L, encaja perfectamente en el mencionado

escenario de hundimiento catastrófico que —con el debido respeto de los ambientes académicos más conservadores— no puede ser negado, se saque o no a colación al mítico Mu.

# 11

# Continentes perdidos y esoterismo: perspectivas tradicionales más allá del mito

Como señala Mario Bussagli, profesor de arte de la India y de Asia central en la Universidad de Roma:

> Considerando que Aristóteles, discípulo de Platón, afirmó desde el principio (escépticamente) que «el hombre que soñó la Atlántida la hizo desaparecer», los esfuerzos para hacer coincidir mito y realidad han sido enormes […].
>
> Así tenemos, por ejemplo, la reductiva:
>
> Identificación de la Atlántida con Tartessos, propuesta por un grupo de estudiosos alemanes […].
>
> O la deliberadamente forzada:
>
> Hipótesis de Spyridion Marinatos, que reconducía el tema de Atlántida a la desaparición de un aspecto de la civilización cretense por la tragedia de la isla de Santorini sacudida por un espantoso maremoto. Pero todos son intentos de racionalizar algo que, a medio camino entre historia y leyenda, sigue siendo, para la mayoría de los hombres, fundamentalmente un mito.

Un mito que se ha desarrollado más allá de los hechos y los datos reales. Y así más de un investigador, en esta búsqueda, se ha pertrechado de las preferencias de su propio temperamento y de sus propios prejuicios nacionales. Es el caso de Marinatos, para quien la Atlántida, dada a conocer por un griego, debía estar en Grecia a toda costa. En esto, sin embargo, tal vez se lleve la palma la pesada obra de un *doktor* alemán de nombre impronunciable, Zschaetzsch, para quien, ¡oíd bien!, la Atlántida era la patria originaria de los arios, cuyos únicos representantes puros que habían quedado eran sus compatriotas germánicos, mientras que él mismo descendía, a través de Wotan, del rey de los reyes del Olimpo, su homónimo, o casi: ¡Zeus!

Sin salir de Alemania, vale la pena recordar a H. Hoerbiger, el cosmógrafo austríaco fallecido en 1931, autor de una teoría de la formación del universo solar tan sugestiva como delirante, conocida bajo el nombre de

*Glazialkosmogonie*, que los nazis después utilizaron ampliamente. Hoerbiger, en cualquier caso, relacionaba el Diluvio Universal y la catástrofe de la Atlántida con la caída sobre nuestro planeta de un satélite terrestre hoy desaparecido —una pequeña segunda Luna—. Así pues, según él, la desaparición de la Atlántida no se debió a un hundimiento del suelo, sino a un repentino cambio del nivel del mar; la Atlántida desapareció no porque el continente atlántico se hundiera, sino porque el océano subió. Y también la destrucción de lo que parecerían ciudades portuarias en los Andes, acaecida en época protohistórica, puede explicarse, a la inversa, por un descenso de las aguas. Para Hoerbiger, los dos fenómenos están conectados, lo que, como hemos visto, también podría tener un fondo de verdad. Sin embargo, nunca como en la controvertida cuestión de la Atlántida y de los continentes perdidos, el continuo superponerse de datos correctos y verificados con informaciones erróneas, fantasiosas o falsas ha comprometido una seria investigación sobre el tema. ¿Cómo no mencionar al respecto el famoso fraude de Schliemann?

Como nos recuerda L. Sprague de Camp, el responsable de dicha mistificación fue el doctor Paul Schliemann, nieto del gran Heinrich Schliemann que había sacado a la luz las ruinas de Troya. En 1912, el joven Schliemann, cansado de ser un hombrecito con un gran nombre, proporcionó al *American* de Nueva York una noticia sensacional: en unos documentos secretos que le había dejado su abuelo, le encomendaba a él, Paul Schliemann, romper una vasija en forma de cabeza de búho; él había obedecido, y dentro de la vasija había encontrado algunas piezas arqueológicas importantes, entre ellas monedas cuadradas acuñadas en una aleación de platino, aluminio y plata, y otros objetos con inscripciones en caracteres fenicios: «Del rey Crono de la Atlántida». Schliemann sostenía además haber encontrado la prueba de la pasada existencia de un continente, llamado Atlántida por los griegos y Mu por los mayas, al leer el *Códice Troano* en el British Museum. (Para más inri, el códice nunca había salido de Madrid, y la versión que facilitaba Schliemann era la de Le Plongeon.) También había leído, afirmaba, un manuscrito caldeo que tenía cuatro mil años, conservado en un templo budista de Lhasa, en el Tíbet.

El artículo terminaba con el anuncio de futuras revelaciones. Al parecer, Schliemann pensaba que su nombre bastaría para inducir a cualquiera a creerle inmediata e incondicionalmente. Pero no fue así. La inconsistencia de la teoría era demasiado obvia; las afirmaciones contenidas en el artículo, demasiado brumosas, demasiado evidentes las contradicciones lógicas, por lo que solo los

muy crédulos se la podían tragar. Por si fuera poco, el doctor Dörpfeld, que había sido el brazo derecho del viejo Schliemann, declaró que el célebre arqueólogo nunca había mostrado ningún interés por la Atlántida.

Con la lectura de este artículo que daba cuerpo a sus esperanzas más extravagantes, los atlantómanos se envalentonaron y se lo tomaron mal cuando ocurrió lo que cabía imaginar: la desaparición del supuesto doctor Schliemann, del que nunca más se supo nada, ignorancia total en Londres del manuscrito maya, imposibilidad de localizar el del Tíbet. Pero estas dificultades no los detuvieron. Como los documentos en cuestión no podían leerse directamente con los medios habituales, algunos «obsesionados» quisieron «leerlos» a distancia ¡a través de un médium complaciente! La mistificación se unía así a un esoterismo falso, simplista y de baja estopa, pero con gran poder de seducción. La aproximación de los teósofos a la materia, por otra parte, nos dice que no era la primera vez que se utilizaba un método así.

Otra obra controvertida, el *Libro de Dzyan*, del que existen solo dos copias, una también en el Tíbet y la otra en el Vaticano, desde el siglo pasado nos ha desvelado todo lo que nos interesa saber: los diversos cataclismos que precedieron a la desaparición de la Atlántida, usos, costumbres y religión de los atlantes, su civilización infinitamente superior a la nuestra, su arte inigualable…

Pero veámoslo de cerca, leyendo las últimas *shlokas* (estrofas o versículos) del *Libro de Dzyan* (Estancias X-XII) dado a conocer con *La doctrina secreta* de Madame Blavatsky, fundadora de la teosofía.

### Estancia X[1]

*Shloka* 38.- Así, de dos en dos, en las Siete Zonas, la Tercera Raza dio nacimiento a la Cuarta; los Sura se convirtieron en A-sura.

*Shloka* 39.- La Primera, en todas las Zonas, fue del color de la Luna; la Segunda, amarilla como el oro; la Tercera, roja; la Cuarta, marrón, que se volvió negra por el pecado. Los siete primeros vástagos humanos fueron todos de un color. Los siete siguientes empezaron a mezclarse.

*Shloka* 40.- Entonces la Tercera y la Cuarta crecieron con orgullo. «Somos los reyes; somos los dioses.»

*Shloka* 41.- Tomaron esposas de hermosa apariencia. Esposas procedentes de los sin mente, los de cabeza estrecha.

Engendraron Monstruos. Demonios perversos macho y hembra, también Khado, con mentes limitadas.

*Shloka* 42.- Construyeron templos para el cuerpo humano. Rendían culto a varón y hembra. Entonces el Tercer Ojo dejó de actuar.

### Estancia XI[2]

*Shloka* 43.- Construyeron enormes ciudades. Construían con tierras y metales raros. De los fuegos vomitados, de la piedra blanca de las montañas y de la piedra negra tallaban sus propias imágenes a su tamaño y semejanza, y las adoraban.

*Shloka* 44.- Construyeron grandes imágenes de nueve yatis de alto: el tamaño de sus cuerpos. Fuegos internos habían destruido la tierra de sus padres. El agua amenazaba a la Cuarta.

*Shloka* 45.- Las primeras grandes aguas vinieron. Ellas sumergieron las siete grandes islas.

*Shloka* 46.- Todos los justos se salvaron, los impíos perecieron y, con ellos, la mayor parte de los enormes animales, producidos del sudor de la tierra.

### Estancia XII[3]

*Shloka* 47.- Quedaron pocos: algunos amarillos, algunos de color marrón y algunos rojos. Los del color de la Luna habían desaparecido para siempre.

*Shloka* 48.- Quedó la Quinta, producida del tronco santo; ella fue gobernada por los primeros Reyes Divinos.

*Shloka* 49.- Las Serpientes que volvieron a descender, que hicieron la paz con la Quinta, que la enseñaron e instruyeron.

Extremadamente sugestivo y altamente evocador, aquí se interrumpe el texto. El resto es historia.

Desde la época de Helena Blavatsky, la Atlántida y los demás continentes perdidos se han convertido en elementos fijos de la doctrina oculta occidental, como es sabido. En realidad, como observa justamente el escéptico pero objetivo L. Sprague de Camp, el texto base de la teosofía (incluido el *Libro de Dzyan*), *La doctrina secreta,* de Blavatsky, no es tan antiguo, ni tan erudito, ni tan auténtico como pretende ser. En efecto, cuando salió el libro, el viejo William Emmett Colemann, erudito pero dotado de escaso sentido del humor, indignado por las pretensiones de sabiduría oriental de Madame Blavatsky, se propuso llevar a cabo una exégesis completa de sus obras. Demostró que sus fuentes principales eran las traducciones del *Vishnu Purâna*, de H. H. Wilson; *World Life, or Comparative Geology*, de Alexander Winchell; *Atlantis,* de Donnelly, y otras

obras científicas y ocultas contemporáneas, plagiadas sin citarlas y utilizadas de una forma caótica que mostraba un conocimiento superficial de los temas tratados. Madame Blavatsky había copiado burdamente al menos parte de las estancias del *Libro de Dzyan* de un «Himno de la Creación» contenido en el antiguo *Rigveda* sánscrito, como demuestra fácilmente una comparación entre los dos textos. Colemann prometió escribir un libro en el que habría indicado todas las fuentes de Blavatsky, incluida la de la palabra *Dzyan* (que indicaría la Tierra). Por desgracia, Colemann perdió su biblioteca y todas sus notas en el terremoto de San Francisco y murió tres años después sin haber escrito el libro.

La visión teosófica del problema de la Atlántida propuesta por *La doctrina secreta* fue ulteriormente profundizada a nivel popular: en especial por el inglés W. Scott-Elliot a través de su declarada clarividencia astral, con toda una serie de pintorescos y detallados mapas geográficos (copiados por él de documentos ocultos que le habían mostrado unos maestros espirituales), que quedaban muy bien en sus libros.[4] Todo esto, naturalmente, dejaba las cosas como estaban, y ayer como hoy nunca podrá tener la pretensión de asumir un valor objetivo, dado que la clarividencia de Scott-Elliot constituía para el interesado una experiencia subjetiva, y como tal no generalizable, y mucho menos dotada de un valor absoluto. Sin embargo, las descripciones de Scott-Elliot tuvieron una gran difusión a partir de finales del siglo pasado y connotaron como pocas el desarrollo del mito de la Atlántida.

Como nos recuerda L. Sprague de Camp, según Scott-Elliot la Atlántida era un imperio colectivista parecido al inca, con el poder absoluto del emperador que gobernaba a través de virreyes. Estos reunían las cosechas, asignaban una parte al gobierno, otra al clero y el resto a las masas. El sistema funcionaba tan bien que el imperio no conoció la miseria hasta los tiempos de la decadencia, cuando la clase dominante se volvió egoísta y opresiva, y el sistema se desmoronó.

Los atlantes cultivaban el trigo, que había sido importado de otro planeta por Manu, uno de los supervisores sobrenaturales del universo teosófico, y otros cereales, como la avena, que eran cruces entre el trigo y plantas terrestres. La mayor hazaña de los agrónomos atlantes fue la creación del plátano. Domesticaron animales parecidos al tapir, al leopardo, al lama y al lobo de nuestros tiempos, y para procurarse carne y cuero criaban en parques manadas de alces irlandeses semisalvajes. Comían verduras, pan, leche, carne y pescado. Pero tenían gustos un poco raros, porque preferían —como los romanos con su

*garum*— el pescado podrido, y como carne elegían lo que para nosotros son los órganos más incomestibles. Además, bebían sangre. Sin embargo, los reyes y los sacerdotes, siendo verdaderos iniciados, eran vegetarianos. Llegó un momento en que la embriaguez se hizo tan común que hubo que adoptar el prohibicionismo, ironiza Sprague de Camp, que también nos recuerda que según Scott-Elliot los atlantes practicaban la igualdad entre los sexos, aunque se permitía la bigamia. La educación estaba muy organizada, pero la educación superior estaba reservada solo a la élite. A las masas, en efecto, no se les enseñaba a leer ni a escribir; solo recibían un adiestramiento profesional. La élite escribía en hojas metálicas y reproducía los textos con un sistema bastante parecido al del ciclostil. Como artistas, los atlantes eran pintores mediocres, enamorados de los colores chillones, pero eran buenos escultores y soberbios arquitectos, y construían edificios gigantescos, a los que siempre les añadían un observatorio astronómico. No había tiendas, porque compras y ventas se desarrollaban en las residencias privadas.

Las ciencias estaban muy desarrolladas. Los alquimistas fabricaban los metales preciosos en todas las cantidades deseables; los astrólogos avisaban a los virreyes de los cambios meteorológicos, para poder planificar las actividades agrícolas. En la guerra se combatía con espadas, lanzas, arcos y bombas de gas lanzadas con las catapultas. Sus aviones tenían forma de barca, hechos de contrachapado y de aleaciones ligeras, y movidos por chorros de fuerza *vril*.[5] Estos aviones alcanzaban la cota máxima de 300 m (porque el aire entonces era menos denso que ahora) y una velocidad máxima de 160 km por hora. Solo los ricos poseían aviones privados. El emperador tenía una flota de aviones de guerra, que llevaban entre cincuenta y cien hombres cada uno; en combate se usaban los chorros, hasta que un avión conseguía desequilibrar al enemigo y lo embestía mientras el otro estaba indefenso. También los barcos se movían con la misma energía.

La religión atlante oscilaba entre el culto del Manu y del Sol, y decayó en tiempos degenerados hasta el satanismo, mientras los ricos adoraban estatuas de sí mismos. La ciudad de las puertas de oro se parecía a la capital de la Atlántida de Platón, con el añadido de acueductos, una hospedería donde los extranjeros eran alojados gratuitamente, y una población de dos millones de habitantes.

En conjunto, la vida en la Atlántida teosófica se parece sobre todo a la de Marte, tal como nos la presentan las novelas fantásticas de Edgar Rice Burroughs, observa justamente L. Sprague de Camp, refiriéndose al valor

puramente fabuloso y literario de las distintas obras teosóficas, en cuya estela se colocan también textos ocultistas análogos, como el ya citado *A Dweller on Two Planets* (1894) y su continuación *An Earth Dweller's Return*, escritos por Philos *el Tibetano* (en el siglo Frederick Spencer Oliver), ricos en detalles pintorescos sobre el continente perdido: por ejemplo, las ciudades principales de la Atlántida, o *Poseid*, eran Idosa, Terna, Marzeus, Corosa, Numea y Caiphul; el país prosperaba bajo la guía de una monarquía electa; el *Rai*, o emperador, era elegido por una aristocracia de sacerdotes *(Incala)* y científicos *(Xioqua)*. Los atlantes evidentemente tenían una ciencia muy avanzada, porque poseían aviones *(vailx)* y algo parecido a nuestra televisión *(naima)*.

¿Fantasías? Es muy probable, por no decir seguro. Entonces ya se hablaba de aviones o aeronaves, en efecto. Sin embargo, es bastante curioso que en 1894 se hable, respecto a la Atlántida, de instrumentos capaces de transmitir imágenes a distancia y sin hilos *(naima)*. En realidad, fueron detalles como este los que aseguraron un mínimo de credibilidad a algunas fuentes «ocultas» sobre la Atlántida, y ello a pesar de su carácter contradictorio y absurdo, que tanto han contribuido a desacreditarlas a nivel científico.

Pero en el fondo —han señalado los escépticos— quizá se trate solo de coincidencias, cuya relación con la Atlántida es puramente casual. Y tendrán razón. Pero todavía hay más.

En efecto, mucho más recientemente, el hoy desaparecido Edgar Cayce, un moderno vidente cuyas sensacionales profecías —muchas de las cuales se cumplieron puntualmente— le dieron fama mundial, en 1940 predijo el descubrimiento de ruinas sumergidas vinculadas a la legendaria Atlántida de Poseidón. Su profecía de 1940 decía textualmente: «Y Poseidia estará entre las primeras porciones de la Atlántida en subir de nuevo. Esperad esto en 1968 o en 1969… no está muy lejos». Y añadió: «Una parte del templo [de la Atlántida] ya puede ser descubierta, buscad bajo el lodo secular de las aguas del mar… cerca de un lugar conocido como Bimini, en las costas de Florida».

Pues bien, esta concreta profecía arqueológica se cumplió con los hallazgos en los Bancos de Bahamas, o bien con el descubrimiento de varias estructuras que, por la acción de las mareas y el levantamiento del suelo oceánico, se pusieron en evidencia. Muchos estudiosos, estimulados por las profecías de Cayce veintiocho años atrás, se dedicaron a examinar otras afirmaciones suyas sobre el continente perdido y a estudiar sus informes con renovado interés.

Entre 1923 y 1944, Cayce, en estado de trance, celebró muchísimas sesiones

sobre el continente perdido, refiriéndose a personas que, según él, en una vida anterior habían vivido en la Atlántida. Como hemos dicho, volviendo a sus profecías arqueológicas, Cayce afirmó en una de las innumerables sesiones que el área de Bimini en Florida también se revelaría como punto focal de hallazgos submarinos. En base a esta afirmación e influenciados por la notoriedad cada vez mayor de las previsiones de Cayce, que habían demostrado ser ciertas respecto a los descubrimientos en los Bancos de Bahamas, el arqueólogo J. Manson Valentine y Dimitri Ribikoff —como ya hemos visto— descubrieron lo que de verdad podrían ser los restos de estructuras de una ciudad sumergida a la altura de la isla de Bimini. Según algunos estudiosos de Miami, las supuestas fortificaciones de esta ciudad reflejarían las murallas de una posible ciudad de la Atlántida. Poco tiempo después, Manson Valentine, junto a los buzos Jacques Mayol, Robert Angove y Harold Climo, descubrió otros enormes bloques de piedra uno al lado del otro, que podrían corresponder a obras portuarias, calles o muros derruidos. La edad de las piedras no es segura, como es sabido. Pero la previsión de Cayce persiste, guste o no guste. Y la Atlántida realmente había resurgido en el imaginario colectivo de la humanidad.

En estado de trance (Cayce solía acostarse en un diván), al dar sus interpretaciones sobre la Atlántida, el profeta durmiente también hizo referencia a fuentes de energía asimilables a la nuclear, y según él utilizadas por los atlantes para los mismos fines con los que hoy las utilizamos nosotros. ¿Cómo pudo saber Cayce estas cosas antes de que comenzase la era atómica, hace más de cincuenta años? Sin embargo, dice el vidente, por el mal uso que hicieron los atlantes de las fuerzas naturales, estas acabaron desencadenando fuerzas de la naturaleza totalmente incontrolables, que fueron la causa de su destrucción. Cayce dijo: «El hombre introdujo las fuerzas destructivas que crearon en la naturaleza la peor de las erupciones, surgida de las profundidades de la Tierra, y aquella parte del territorio de los atlantes cerca del mar de los Sargazos fue la primera en hundirse en el océano».

De todas formas, es un hecho que a lo largo de sus lecturas de las vidas y experiencias anteriores de varios individuos, Cayce se refirió a la posesión y al desarrollo de una potente fuente de energía y de destrucción, en la Atlántida, que se concentraba en misteriosos cristales. En un lenguaje bastante claro y comprensible (no científico, de todos modos) describió el funcionamiento de *laser* y *maser* —la potentísima energía de la luz polarizada— muchos años antes de que se inventara el láser.

Así, partiendo de este fondo de historia, leyenda y fenómenos psíquicos hasta ahora inexplicables, se formuló una teoría que sugiere otra explicación para los enigmáticos fenómenos que suceden en el Triángulo de las Bermudas: estos podrían estar provocados por antiguas fuentes de energía, que se preservaron en el interior de pirámides o de otras construcciones de la Atlántida hoy sumergidas y que todavía están parcialmente activas; o sea, todavía serían capaces de emitir suficiente energía electromagnética, o de otro tipo (aunque con intermitencias), para interferir en los aparatos de barcos y aviones que pasan por encima, opina Charles Berlitz.

¿Fantasía? Tal vez. Pero volvamos a Cayce.

El vidente norteamericano, durante el sueño, se revelaba en perfecta sintonía con la «Mente Universal», y era capaz de responder a cualquier pregunta relativa al pasado, al presente y al futuro. Pronunció cientos de profecías, con un porcentaje de exactitud verdaderamente alarmante. Hizo catorce mil «lecturas de vida» a otras tantas personas, a las que respondía sus preguntas y les daba informaciones sobre sus anteriores encarnaciones. Después de su muerte, la documentación fue recogida y coordinada por la Edgar Cayce Foundation en Virginia Beach, y publicada, poco a poco, bajo diversos títulos. El libro que aquí nos interesa es el titulado *Edgar Cayce on Atlantis*, publicado en marzo de 1968 por Paperback Library. Contiene varias noticias sobre la Atlántida (de la que Cayce, despierto, nunca había oído hablar) aparecidas a lo largo de las innumerables «lecturas de vida». Los siguientes extractos tienen una gran importancia respecto a lo que se ha escrito más arriba. Estos, de hecho, describen los cristales no solo como fuente de energía (o de destrucción), sino que confirman que eran controlados y accionados por la sintonización mental de los operadores. Pero cedamos la palabra al propio Cayce, con sus visualizaciones psíquicas sobre la Atlántida:

> En la Atlántida algunos tenían a su cargo el almacenaje de las fuerzas motrices procedentes de los grandes cristales que de tal manera condensaban las luces, las formas de las actividades, como para guiar a los barcos en el mar y en el aire y otros aparatos, como por ejemplo la televisión y la grabación de la voz […].
>
> En la Atlántida, en la época del desarrollo de las fuerzas eléctricas, que proveían al transporte de los vehículos de un lugar a otro, a las fotografías a distancia, a la lectura de inscripciones a través de las paredes también a distancia, a vencer la misma gravedad, el potente y terrible cristal acarreó muchas destrucciones […].
>
> […] A propósito de la piedra de fuego […] las actividades de la entidad [*entidad* significa la persona que en aquel caso se sometía a una lectura de vida] llevaron a aplicaciones relacionadas tanto con las fuerzas constructivas como con las destructivas de aquel período. Estaría bien en este punto dar

una especie de descripción, para que la entidad del presente pueda comprender mejor.

[…] Y en el centro de un edificio que hoy se diría forrado de piedra no conductora […] algo parecido al asbesto […].[6]

El edificio sobre la piedra era ovalado; o bien una cúpula, en la que podía haber […] una parte que se podía enrollar hacia atrás, exponiéndose a la actividad de las estrellas, a la concentración de las energías que emanan de cuerpos que están ellos mismos en llamas, junto a los elementos que se encuentran en la atmósfera de la Tierra y a los que no se encuentran allí.

La concentración a través de los prismas o el vidrio (como se llamaría hoy) era tal que actuaba sobre los instrumentos que estaban relacionados con las distintas maneras de viajar, que tenían un tipo de control bastante parecido al que hoy llamaríamos mando a distancia […] aunque la clase de fuerza emitida por la piedra actuaba sobre las mismas fuerzas motrices de los vehículos […].

El edificio estaba construido de manera que cuando la cúpula estaba enrollada hacia atrás podía haber pocos obstáculos, o ninguno, a la aplicación directa de la energía a los diversos vehículos que debían suspenderse en el espacio […].

[…] Estos estaban movidos por la concentración de los rayos de la piedra que estaba colocada en medio de la central eléctrica, como se la llamaría hoy […].

[…] Dichas energías, no intencionadamente, fueron sintonizadas de forma demasiado alta; y provocaron un segundo período de fuerzas destructivas para el pueblo de aquella tierra […] y rompieron la tierra en aquellas islas, que más tarde fueron escenario de otras fuerzas destructivas […].

En cuanto a la descripción de la construcción de la piedra, sabemos que era un gran vidrio cilíndrico [*cf*. Tuatha Dé Danann, los dioses irlandeses, con sus «torres de vidrio giratorias» en el folclore de Irlanda] cortado con muchas facetas, de manera que el perno de arriba servía para centralizar la energía o fuerza que se concentraba entre el extremo del cilindro y el propio perno. Como se ha indicado, los documentos que enseñan a construir otros iguales están en tres lugares distintos de la Tierra tal como está hoy […]. En la parte hundida de la Atlántida donde una parte de los templos todavía pueden ser descubiertos bajo el fango de los siglos acumulado por las aguas marinas, cerca de lo que hoy se conoce con el nombre de Bimini, a la altura de las costas de Florida. En segundo lugar en los documentos de un templo que estaba en Egipto. Y en tercer lugar en los documentos que fueron llevados a aquella zona que ahora es el Yucatán, en América, donde estas piedras (de las que se sabe tan poco) han sido descubiertas durante estos últimos meses […].

En Yucatán hay un emblema del mismo. Debemos aclararlo, para que pueda ser encontrado más fácilmente. Porque un día serán llevados a América. Una parte, como sabemos, debe ser llevada al Pennsylvania State Museum. Una parte debe ser llevada a Washington, o a Chicago […].

[…] En la Atlántida ha habido períodos de éxodo, como consecuencia de fuerzas destructivas. Entre los que no estaban solo en el Yucatán, sino también en los Pirineos y en Egipto, en virtud de los medios de transporte.

Cayce murió el 3 de enero de 1945, y sus comunicaciones sobre la Atlántida se conservan hasta hoy con comprensible interés y curiosidad, en especial debido a sus peculiares contenidos, tan sugestivos como inquietantes, respecto a todo lo que hemos visto y a lo que todavía veremos.

Una interpretación de Cayce de 1932 contiene una interesante referencia al transporte de materiales y de cargas pesadas «a través del empleo de aquellos gases redescubiertos recientemente y de las formaciones eléctricas y aéreas en la fisión de las fuerzas atómicas, para dar impulso a los medios de transporte o de levantamiento de grandes pesos». En efecto, lo que constituye desde hace tiempo

un misterio arqueológico es el hecho de que algunos supuestos pueblos primitivos hayan levantado enormes bloques de piedra que siguen en su sitio después de milenios y sobre los cuales razas sucesivas construyeron nuevos edificios, pero con piedras mucho más pequeñas. Aquellas enormes piedras ¿fueron dispuestas mediante fuerzas antigravitacionales, o —como dicen algunas leyendas— con la ayuda de fuerzas ocultas que, evocadas, ayudaban a aquellos pueblos a transportarlas haciéndolas volar sin ningún apoyo visible, por levitación espiritual? Los ejemplos de ello incluyen los bloques de 200 toneladas de Ollantaytambo en Perú, transportados sobre montañas y barrancos a lo largo de grandes distancias y colocados sobre las cumbres de riscos de 500 m de alto, y los bloques de 100 toneladas de los fundamentos de Tiahuanaco a 4.000 m sobre el nivel del mar.

Otros ejemplos serían las grandes piedras del complejo de Stonehenge en Inglaterra, los bloques macizos del muro de Bimini, las grandes piedras de los fundamentos del templo de Zeus en Baalbek, en Siria, una de las cuales pesaba 2.000 toneladas, y otros.

También según los teósofos (*cf. El hombre, de dónde y cómo vino. ¿Adónde va?*, escrito en 1913 por A. Besant y C. W. Leadbeater),

> fuerzas de las que se ha perdido conocimiento eran conocidas por la ciencia de aquella época; una de ellas era utilizada como fuerza motriz tanto para los barcos como para las máquinas voladoras; otra servía para cambiar la relación existente entre los cuerpos pesados y la tierra, de manera que esta los rechazaba en lugar de atraerlos, haciendo así sumamente fácil levantar a gran altura piedras gigantescas.

El ya citado James Churchward tuvo la suerte de discutir este problema con el viejo *rishi* indio que había simpatizado con él y que le dijo cosas que no solía discutir con los blancos, empezando por las tradiciones referidas a Mu, la Tierra Madre. Dijo el *rishi*:

> El hombre tiene poder sobre lo que tú llamas gravedad. Puede elevar sus propias vibraciones por encima de la fría fuerza magnética de la Tierra y anular sus efectos. Esta fuerza es lo único que lo atrae y lo mantiene anclado en el suelo. Cuando la fuerza magnética se anula, como el cuerpo humano es materia, y la materia en sí misma carece de peso, esto le permite elevar su cuerpo y flotar en el aire. El hombre puede caminar o flotar sobre el agua y sobre la tierra. El peso representa la medida del grado de atracción que la fuerza magnética consigue ejercer. Sin la atracción magnética, el peso no existe. El mayor de los cuerpos celestes, ya sea una estrella o un sol, carece de peso en el espacio. Jesús, el mayor maestro que existió nunca sobre la Tierra, dio una demostración práctica de esto cuando caminó sobre las aguas, como se dice en vuestra Biblia. Simplemente estaba utilizando una ciencia que conocía bien, sabida y practicada hace años por nuestros grandes antepasados de la primera

> civilización de la Tierra. Hijo mío, aquellas antiguas fuerzas cósmicas deben ser todas reconquistadas, y recuperadas para nosotros antes de que este mundo llegue a su fin, porque sin ellas el hombre no puede ser perfecto. Está escrito que el hombre sea perfecto antes del final.[7]

Volvamos pues a las piedras enormes transportadas a lo largo de cientos de kilómetros para construir antiguos monumentos megalíticos, las piedras druidas irlandesas, que pesan muchas toneladas y que, según los geólogos, solo se encuentran en África: un obelisco egipcio de casi 60 m de alto, que yace en su cantera, de la que ningún número posible de esclavos habría podido extraerlo, de haberse completado; los ya citados grandes bloques de 1.800 toneladas de piedra tallada que se encuentran en Baalbek, tallados con los mismos métodos utilizados en el monolito inacabado de 21 m de la isla de Pascua, en el hemisferio opuesto del globo; las marcas de la sierra sobre los bloques egipcios, que según los cálculos solo puede haberlas dejado una sierra que ejerciera una presión de varias toneladas,[8] recuerda Charles Berlitz.

Entre los árabes circula una antigua leyenda que habla del transporte de las grandes piedras egipcias: «Ponían bajo las piedras hojas de papiro sobre las que estaban escritas muchas cosas secretas, luego las tocaban con una varita, y las piedras se movían en el aire, recorriendo una distancia similar a un tiro de arco. De esta forma alcanzaron finalmente la pirámide».[9]

Para Berlitz el papiro podría haber sido cualquier sustancia aislante que servía para reducir la atracción magnética de la Tierra. El toque de las piedras con la varita podría ser un recuerdo confuso, en las mentes de los indígenas desconcertados y asustados, que vieron aplicar la vibración personal o potencia sónica a las piedras mediante un conductor en forma de vara, quizá una regla de cobre tallada según las características del operador.

Para la mayoría de los biempensantes semejantes perspectivas son absurdas, naturalmente.

¿Fantasías? Quizá.

Pero en verdad «¿podemos suponer haber agotado realmente las inmensas riquezas del gran Museo de la Naturaleza?». «O quizá —se preguntaba ya en el siglo pasado el geólogo Charles Gould (*Mythical Monsters*, p. 19)— no hemos ido más allá de sus antesalas?» Y más adelante:

> La historia escrita del hombre, que apenas comprende unos miles de años, ¿abarca todo el curso de su existencia inteligente? ¿O bien tenemos, en los largos períodos míticos que se extienden durante cientos de miles de años y que están citados en las cronologías de Caldea y de China, algún vago *memento* del hombre prehistórico, transmitido mediante la *tradición* y a lo mejor llevado a algunos

países por algún raro individuo superviviente de otros países que, al igual que la fabulosa Atlántida de Platón, pueden haber sido sumergidos o haber sido escenario de alguna gran catástrofe que los destruyó junto con su civilización?

La aportación de la tradición sobre el mundo antediluviano, o preadamita, en las diferentes culturas ha sido infravalorada y tergiversada de manera sistemática en la mayoría de los casos, y las distintas narraciones están ofuscadas invariablemente en sus realidades por oropeles místicos y míticos adaptados con posterioridad a la casta sacerdotal o por la ignorancia popular. Es conveniente, pues, reexaminarlas bajo una nueva luz.

Es sabido que existen leyendas que hablan de extraordinarios poderes mágicos (o tecnológicos) que habrían estado en posesión de civilizaciones primigenias y antiguas y tribus primitivas, que algunos historiadores modernos creen que existieron antes de los inicios de la historia. Los mayas y otras poblaciones amerindias, por ejemplo, hablaban de guerras aéreas, de grandes ciudades destruidas por explosiones, de continentes hundidos, y de un renacimiento de la civilización después de semejantes catástrofes. Es el caso, nos recuerda Charles Berlitz, de una pequeña y antigua tribu de Arizona, los hopi, cuyas leyendas tribales hacen referencia a catástrofes que en el pasado habrían destruido el mundo. Lo que sorprende en estas tradiciones es la atención prestada a ciertas potencialidades destructivas, que demuestran una conciencia bélica que nos parece anacrónica si se remite a la época en la que surgieron estas leyendas. Estas periódicas destrucciones habrían ocurrido porque los habitantes de la Tierra, de una forma u otra, dejaron de cumplir los proyectos del creador: o porque se declararon la guerra entre ellos, o porque descuidaron los ritos religiosos necesarios para mantener la paz en el mundo y en el universo, o porque, en otros casos, se habían vuelto demasiado ávidos y materialistas. Frank Waters, en colaboración con Oso Blanco, recogió en un libro las leyendas de los hopi: *Book of the Hopi* (1968); según las narraciones fabulosas de esta tribu, después de que los hombres se hubieran procurado lo necesario, «quisieron cada vez más y las guerras recomenzaron otra vez». Los pueblos de la Tierra crearon «grandes ciudades, naciones y civilizaciones», e inventaron los «aeroplanos» *(patuwvotas)* que utilizaron para destruir a gentes y a ciudades. Las guerras solo finalizaron cuando los continentes se hundieron y tierras y mares cambiaron de lugar, hasta que el «tercer mundo» (el anterior al nuestro) yació en el fondo del mar «con todas sus soberbias ciudades, sus máquinas voladoras y sus tesoros infectados por el mal». Pero en las tradiciones hopi también parece haber un

extraño recuerdo de la Atlántida, allí donde Sotuknang, nieto del creador, exhorta a la tribu a mirar atrás para contemplar las islas del mar de las que llegaron al mundo actual: «¡Mirad hacia atrás! Estas son las etapas de vuestro viaje, las cimas de las montañas del tercer mundo hundido en el mar».

Los hopi creen que el «cuarto mundo» (el actual) también está «insidiado por la debilidad del género humano» y acabará muy pronto, destruido por explosiones de potencia cósmica, profecía comprensible, si se piensa que los hopi actuales viven bastante cerca de Alamogordo y White Sands, polígonos nucleares de Nuevo México.

Y entonces ¿por qué, preguntamos, si sabían mucho más que nosotros, desaparecieron tan completamente, y con ellos el arte y los conocimientos maravillosos que habían aprendido? La misma pregunta podría formularse dentro de diez mil años sobre las ruinas de nuestra civilización, y también entonces será válida la misma respuesta. La antigua civilización pereció como deben perecer todos los hombres cuyo poder personal supera su sabiduría. ¿El resultado fue una serie de catástrofes mundiales, una de las cuales probablemente se recuerda en la historia del Diluvio bíblico?

No podemos dar una respuesta definitiva al respecto. Pero queremos subrayar una vez más que hay que saber releer la tradición con otros ojos. Volvamos, por ejemplo, a Madame Blavatsky y a su teosofía, mezcolanza dispersa, confusa y contradictoria, de fuentes orientales (fundamentalmente hindúes), de informaciones obtenidas durante su permanencia en Asia, de sus refritos de autores espiritualistas y de su visión sincretista de la religión y de la filosofía, teñida de espiritismo *fin de siècle*. El resultado de todo ello ha sido justamente contemplado con escepticismo, cuando no con sarcasmo, por cualquiera dotado de un mínimo de sentido crítico; pero sería muy injusto liquidarlo todo *sic et simpliciter*. De hecho, creemos que al menos una parte de la producción de Blavatsky reviste cierto interés para nuestra investigación. En cuanto a los «comentarios» (utilizados, al igual que el fantasmagórico *Libro de Dzyan*, en *La doctrina secreta* por la fundadora de la teosofía), se trata de antiguo material tradicional de fuentes hindúes, lo que ya de por sí merece atención.

Pero volvamos al *Libro de Dzyan* (o *Libro de la Tierra*).

Según C. W. Leadbeater, en el *Theosophist* de agosto de 1909:

> El original del *Libro de Dzyan* está en Shamballa, en manos del augusto jefe de la Jerarquía Oculta, y nadie lo ha visto nunca. Nadie conoce su antigüedad, pero se dice que la primera parte sea incluso anterior a nuestro mundo, y también se dice que no es una historia, sino una serie de indicaciones, una fórmula para crear, más que un relato de la creación.
>
> Una copia del mismo está custodiada en el Museo de la Jerarquía Oculta, y es la copia que Madame Blavatsky y algunos de sus discípulos vieron, y que ella describe tan gráficamente en *La doctrina secreta*: un manuscrito arcaico —una colección de hojas de palma, que mediante algún procedimiento especial desconocido se han hecho impermeables al agua, al fuego y al aire—, se halla ante los ojos de la escritora. En la primera página, en una hoja negra opaca, hay un disco blanco inmaculado. En la página siguiente, el mismo disco, pero con un punto central. El libro, sin embargo, tiene otros detalles que ella pasa por alto. Parece estar, por ejemplo, inmensamente magnetizado, porque si un individuo coge una página con la mano, enseguida ve pasar ante sus ojos una visión de los hechos que el libro se dispone a describir, mientras al mismo tiempo le parece oír una especie de descripción rítmica de estos hechos, en su propia lengua, en la medida en que dicha lengua es capaz de expresar las ideas implicadas.
>
> Las páginas del manuscrito no contienen palabras de ningún tipo, solo símbolos.
>
> En este mismo monasterio se conserva un libro (de Aryâsanga) que es objeto de la máxima veneración; es la escritura que Madame Blavatsky llama el *Libro de los Preceptos Áureos*. Parece que Aryâsanga lo empezó como una recopilación de extractos, una especie de libros en los que escribía todo lo que pensaba que podía ser útil para sus discípulos, y empezó con las estancias del *Libro de Dzyan* —no en símbolos como en el original, sino en palabras escritas.

Blavatsky, al hablar de esta copia, dice de tales palabras que

> están redactadas en versión moderna, porque sería peor que inútil hacer todavía más difícil el argumento introduciendo la fraseología arcaica del original, con su estilo oscuro y sus palabras ambiguas.

La misma fundadora de la teosofía, pues, admite sin rodeos haber reelaborado a su discreción los textos en cuestión. No necesariamente, pues, su interpretación es la más correcta. Y hay más. Hay que señalar que la descripción facilitada por los discípulos de Blavatsky del original (consultado por ella) del famoso *Libro de Dzyan* nos hace pensar no tanto en un libro, sino casi en una grabación magnética (no muy diferente de un moderno CD o un DVD) *ante litteram* de sonidos e imágenes, inconcebible en el siglo pasado. Pero no hoy. Surge pues un problema: si Blavatsky tuvo realmente acceso a informaciones de esta clase, fruto evidente de una remotísima (y tecnológicamente avanzada) cultura primigenia, ¿cuánto ha influido su personal visión espiritualista en la interpretación de estos datos? Seguramente mucho, tal vez en detrimento de una visión más correcta de todo el conjunto.

¿Y entonces? Pues bien, en este punto, olvidémonos de todos los comentarios de carácter espiritualista más o menos extravagantes y brumosos relacionados con dichos párrafos: borremos todos los valores de tipo mágico-

ocultista (espíritus, poderes espirituales, aspectos kármicos, etc.) de los que Blavatsky trufa el texto para apoyar sus ideas sobre las cíclicas y múltiples acciones e interacciones de entidades creadoras superiores desencarnadas y operantes «en el plano sutil», en el contexto de una vasta y perenne batalla evolutiva espiritual entre las fuerzas del Bien y del Mal: ya hay demasiadas iglesias para eso, en el fondo. Volviendo a los diversos «comentarios», limitémonos pues a leer estos textos por lo que nos dicen, tratando de darles una interpretación simplemente literal y si acaso, en la medida de lo posible, histórica.

> Los Señores de la Faz Deslumbrante, los Reyes de la Luz, se han marchado encolerizados. Los pecados de los hombres han llegado a ser tan horrendos que hacen temblar la Tierra en su gran agonía… Los tronos Azules han quedado vacantes. ¿Quién de la Marrón, quién de la Roja, o quién de la Negra [las razas] puede sentarse en los Tronos Benditos, en los Tronos del Saber y de la Misericordia? ¿Quién puede asumir la Flor del Poder, la Planta del Tallo de Oro y de la Flor Azul?

Y más adelante:

> Y el Gran Rey de la Faz Deslumbrante, el jefe de todos los Rostros Claros, estaba triste, viendo los males cometidos por los Rostros Oscuros [sus adversarios, también llamados Señores de la Faz Oscura].
>
> Él mandó sus *vimana* [vehículos aéreos] a todos los cofrades jefes de otras naciones con hombres piadosos en su interior, diciendo:
>
> —¡Prepararos! Surgid, hombres de la Buena Ley, y atravesad el país ahora, mientras está [todavía] seco.
>
> »Los Señores del Huracán se acercan. Sus Carros se aproximan a la Tierra. Los Señores del Rostro Oscuro solo vivirán una noche y dos días en esta tierra paciente. Está condenada y ellos tendrán que hundirse con ella. Los Señores Inferiores de los Fuegos preparan mágicos *Agnystra* [‘armas de fuego destructivas’] […].
>
> »Los Señores del Ojo Oscuro [los Rostros Oscuros] son fuertes y son esclavos de Seres Poderosos. Están versados en *Astra Vidya* [‘el saber científico más alto’; ‘alta tecnología’, por tanto]. Venid y haced uso del vuestro para contrarrestarlos […].
>
> »Que cada Señor de la Faz Deslumbrante haga de manera que el *vimana* de cada Señor de la Faz Oscura caiga en sus manos, para que ni uno solo de ellos escape, gracias a él, a las aguas y evite la vara de los Cuatro Grandes,[10] salvando así a sus malos partidarios o secuaces […].
>
> »Que cada Rostro Claro proyecte el *sueño*, pues, sobre cada Rostro Oscuro. Que ellos mismos les eviten el dolor y el sufrimiento. Que cada hombre fiel a los Dioses Solares paralice así a cada hombre fiel a los Dioses Lunares para que aquel no sufra, pero no escape a su destino […]. Y que cada Rostro Claro dirija su esencia al centinela mágico de cada Rostro Oscuro, para que no despierte su amo.[11]
>
> »Ha sonado la hora, la noche negra está cerca […].
>
> »Que su destino se cumpla. Nosotros somos los servidores de los Cuatro Grandes. ¡Ojalá puedan volver los Dioses de la Luz!
>
> El Gran Rey cayó sobre su Faz Deslumbrante y lloró […].
>
> Cuando los Reyes volvieron a reunirse, el movimiento de las aguas ya había comenzado […].

[Pero] las naciones ya habían pasado por las tierras secas. Se encontraban más allá del nivel de las aguas. Sus reyes las alcanzaron en sus *vimanas* y las llevaron al País del Fuego y del Metal [¿al este y al norte?].

En otro pasaje se vuelve a decir:

Algunas *Estrellas* [¿meteoritos?] cayeron sobre el territorio de los Rostros Oscuros; pero estos dormían […].

Las Bestias Parlantes [los centinelas mágicos] no se movieron […].

Los Señores Inferiores esperaban órdenes pero no llegaron, porque los Jefes [los Rostros Oscuros] dormían […].

Las aguas ascendieron y cubrieron los valles de un extremo a otro de la Tierra. Las tierras altas permanecieron, el fondo de la Tierra [los países situados en las antípodas] se quedó seco; allí habitaron los que habían huido, los hombres del Rostro Claro y del Ojo Derecho […].

Cuando los Señores del Rostro Oscuro se despertaron y enseguida pensaron en sus *vimanas* para escapar de las aguas inminentes, se dieron cuenta de que habían desaparecido.[12]

Es evidente que el texto mostrado más arriba, debidamente expurgado de los valores espiritualistas de orden teosófico, se refiere al catastrófico hundimiento de un continente y a un Diluvio Universal, a la caída simultánea de estrellas (meteoritos o pequeños asteroides), a un éxodo hacia zonas continentales más seguras del planeta, como también a un conflicto entre dos potencias adversas, caracterizado por una técnica avanzadísima que había desarrollado, hablando en términos modernos, medios voladores de gran potencia, en este caso también utilizados para una evacuación preventiva contra el enemigo, y detectores o sensores, gases paralizantes o narcotizantes, armas de fuego destructivas *(agnystra)*, guerra electrónica y alta tecnología: algo completamente extraño a nuestro marco mental, evidentemente, pero que ha permanecido, de todas formas, en la vaga memoria de varias culturas, desde la India hasta América y Europa.

En efecto, los mayas sostenían haber recibido todos los dones de su cultura de Kukulkán, denominación local del «Dios Blanco» (equivalente del Quetzalcóaltl de los aztecas), y ser sus descendientes. Escribe el cronista del siglo XVI Torquemada:

La gente de Yucatán honraba a la Serpiente emplumada, llamándola Kukulkán y asegurando que había llegado hasta ellos desde Nueva España [México], ya que el Yucatán está situado al este respecto a aquella. Se dice que de ella descienden los Reyes de Yucatán.

Por lo que se refiere al Quetzalcóalt azteca, aquí comparado con Kukulkán, el último emperador azteca Moctezuma declaró a Cortés que la Serpiente emplumada venía de un lugar «allí donde surge el sol», es decir, más allá del Atlántico.

Pues bien, en la prehistoria celta encontramos al semidios irlandés Cuchulain (de nombre casi homófono al de Kukulkán) que ataca el vehículo de un rival con su aéreo «carro encantado». Los costados del vehículo del adversario, revestidos de metal, se abren y «las dos grandes piedras blancas engastadas en su interior, grandes como ruedas de molino» caen fuera. Como resultado, el «carro cae al suelo con un ruido de trueno, como bastiones que se derrumban».

Pues bien, la descripción de este carro encantado volador, parecido a los *vimana* indo-arios, la encontramos también en América. Nos estamos refiriendo a un libro de finales de los años treinta, escrito por el coronel A. Braghin, un autor dedicado al estudio del enigma de la Atlántida entre las dos guerras mundiales. En la edición americana de su libro, *The Shadow of Atlantis*, publicado en Estados Unidos en 1940, leemos textualmente:[13]

> Puedo citar, en apoyo de esta opinión, un interesantísimo descubrimiento arqueológico: he visto en San Salvador, en América Central, entre otras piezas de una colección privada, un plato de arcilla decorado con dibujos que representaban hombres que vuelan sobre algunas palmeras en curiosas máquinas que emiten fuego y humo […].
>
> A menos que estas representaciones no ilustren una tradición local, habría que admitir que una raza desconocida de la América prehistórica habría asistido a los primeros intentos realizados por la humanidad para volar.

Lamentablemente, lo que dice Braghin no puede confrontarse materialmente con el objeto de su descripción. A día de hoy, nadie sabe dónde puede encontrarse la pieza arqueológica mesoamericana a la que alude el autor.

En el texto de Braghin hay otro párrafo referido a la misteriosa pieza que acabamos de mencionar. Y nos proporciona más detalles.

> Pero el descubrimiento más interesante, hecho en San Salvador, está constituido sin duda por un plato de arcilla que pertenece actualmente a un arqueólogo aficionado de este país. Los dibujos trazados sobre este plato representan un grupo de palmeras y unos hombres que vuelan sobre ellas en curiosas máquinas, que parecen dejar tras ellas una estela de fuego y de humo. Una conocida americanista, la señora Osborne, opina que este plato se remonta a una antigüedad muy remota, a una época en la que América Central disfrutaba de una civilización sumamente avanzada, y considera que la representación reproduce máquinas voladoras entonces en uso. Esta pintura podría no ser más que la ilustración de un simple mito, pero observándola no se puede dejar de pensar en el alto grado de civilización al que habrían llegado los hipotéticos habitantes de la Atlántida ni de hacer referencia al mito cretense de Ícaro.

En América meridional, en la inmediata posguerra, la observación aérea reveló en el desierto de Perú, en Nazca, la existencia en el suelo de líneas kilométricas y figuras zoomorfas de época preincaica; las líneas geométricas parecen pistas de aterrizaje para medios aéreos: ¿lo son? La hipótesis se remonta a 1958, y el primero en avanzarla fue el antropólogo estadounidense George Hunt Williamson en el volumen *Road in the Sky* («El camino en el cielo»).

¿Mito? Estamos convencidos de que en este caso el mito no tiene nada que ver. Tradiciones referidas al uso específico de máquinas voladoras en época protohistórica, en efecto, no solo se encuentran en América (ya hemos mencionado los *patuwvotas* de los hopi); también las encontramos, más allá de los citados «comentarios» de Blavatsky, en la India antigua, donde transcripciones de leyendas arcaicas transmitidas oralmente a lo largo de miles de años describen aviones y la destrucción de ejércitos enteros por un solo y tremendo rayo cósmico, en términos que, después de las explosiones atómicas de 1945, son perfectamente comprensibles para el lector de hoy. Las bombas atómicas de la Segunda Guerra Mundial sorprendieron a los japoneses, pero no mucho a los estudiosos del *Mahabharata*, a quienes les resultaban familiares las descripciones de una fantástica arma destructiva «larga tres codos y seis pies» (unos 3,30 m) denominada «saeta de acero», capaz de matar a cientos de miles de personas en una sola explosión, o, según las palabras del *Ramayana*, «tan potente que podría destruir toda la Tierra». Según la descripción del *Mahabharata*, el resplandor de su explosión equivalía al de «diez mil soles». La nube de humo y de polvo levantada por la explosión adoptaba la forma de una gigantesca sombrilla, y otros pasajes, siempre expresados en un lenguaje muy poético, hablaban de las uñas y del cabello que se les caía a los supervivientes, de alimentos contaminados por la explosión, y de la necesidad de los soldados que se encontraban en la zona contaminada (¿radiactiva?) de lavarse repetidamente, con sus pertrechos, en ríos y torrentes. Una consigna singularmente moderna, en el *Atharva Veda*, advierte a los ejércitos contrincantes de utilizar semejante arma solo en el caso de que el enemigo «la haya usado primero», norma ética objeto de discusiones todavía hoy, casi ocho mil años después de tomarse en consideración por primera vez, comenta Berlitz.

En cualquier caso, es un hecho que diversos pasajes de la literatura hindú clásica, los *Veda*, los *Purana*, el *Ramayana*, los *Mahavira*, pero sobre todo el *Mahabharata*, contienen no solo repetidas alusiones, expresadas en lenguaje poético, a aeroplanos *(vimana)*, rayos y viajes espaciales, sino también

referencias concretas a los que, claramente, resultan ser combates y bombardeos aéreos, radares y otros artilugios de localización aérea, artillerías, lanzamiento de misiles, balas explosivas, detonadores de minas y bombas de poder destructivo comparables a las actuales cabezas nucleares. Como recuerda Charles Berlitz, V. R. Ramachandra Dikshitar, en su libro sobre las guerras prehistóricas en la India (*Warfare in Ancient India*, 1944), subraya el declive de la artillería en el Medioevo y concluye que, en el remoto pasado, debía de ser más utilizada y sobre todo más destructiva. El estudioso también se posiciona a favor de las detalladas referencias a «aeroplanos más ligeros que el aire» y a batallas navales, escribiendo que «la inmensa literatura de los Purana demuestra de qué forma maravillosa y con cuánta habilidad los antiguos hindúes conquistaron el cielo». Según la tradición, los antiguos indo-arios aprendieron de los dioses la aeronáutica (llamada *vimana vidya*, 'el arte de volar en vehículos aéreos') y el conocimiento de «un conjunto de cosas maravillosas»; el Sabha y el Mayasabha citados en el *Mahabharata*, el regalo que Mayasura hizo a los Pándava.

Como Dikshitar estaba escribiendo su libro durante la Primera Guerra Mundial, él, como algunos oficiales indios y británicos del ejército angloindio, era consciente de que muchas de las «fantasiosas» armas de la antigua India habían aparecido (o reaparecido…) en las dos guerras mundiales. Durante la Primera Guerra Mundial Dikshitar escribió que el *mohanastra*, o 'flecha que provoca el estado de inconsciencia', había sido considerado por lo general una «fantasiosa leyenda, hasta que el otro día tuvimos noticia de las bombas que sueltan gas venenoso»; o bien el actual «gas paralizante». ¿Tal vez se refiera a ellos el citado comentario utilizado por Blavatsky, donde, en vísperas del hundimiento de un continente antediluviano y durante un conflicto, los «Señores de la Faz Oscura» son paralizados por un arma que los duerme con ayuda de los *vimanas*? En cualquier caso, la Atlántida y el mundo preadamita emergen, iluminados por la tradición, bajo una luz inesperada: la de una tecnología sumamente avanzada, y en épocas en la que todo ello parece increíble, por no decir imposible.

Y desde el otro hemisferio, concretamente desde la América meridional, proceden leyendas que hablan de la destrucción de la primera civilización, que puede ser perfectamente la fabulosa Atlántida. Había, dicen las leyendas, un templo de los misterios llamado Casa de la Llama donde los sacerdotes-

científicos custodiaban los secretos de la potencia cósmica, nos recuerda el esoterista Desmond Leslie, sobrino de sir Winston Churchill. Nadie, excepto los iniciados, podía acercarse a la Casa de la Llama sin morir inmediatamente.

Ahora bien, dice la leyenda, un joven príncipe se aventuró en el recinto prohibido y, como un niño que juega con lo que no debe, hizo experimentos con las potencias terribles entonces custodiadas en los grandes túneles y en las grandes criptas subterráneas. Como resultado, la potencia cósmica se desencadenó, las llamas surgieron de la tierra y destruyeron casi todo el país, que después se hundió en el mar.

La griega Pandora había recibido la orden de no abrir cierta ánfora. La abrió, y el mal y los sufrimientos se difundieron por todo el mundo, como todo el mundo sabe por la mitología clásica.

En el Génesis, Adán recibe la orden de no comer el fruto del árbol del Conocimiento. Lo come, y el jardín del Edén, la primera y espléndida civilización, fue destruido. Un querubín con una «espada llameante» lo expulsa, como es sabido.

¿Existe un nexo entre estas leyendas simbólicas? Los secretos de la Casa de la Llama, el ánfora de Pandora, el fruto del conocimiento prohibido: parecen solo formas y símbolos distintos para decir, alegóricamente, la misma cosa: la precedente civilización científica del mundo pereció porque poseía demasiado conocimiento y demasiada poca sabiduría.

Después vino la catástrofe. Pero no todos perecieron.

Concluye el comentario de Blavatsky:

> Así como una serpiente desenrosca lentamente sus espirales, los hijos de los hombres conducidos por los Hijos de la Sabiduría se alejaron cada vez más, y se esparcieron sobre la Tierra como un torrente de agua dulce […]. Muchos de los que tenían un corazón débil murieron durante el trayecto, pero la mayoría se salvó.

Durante varios años, dicen los *Puranas* indios y el suramericano *Popol Vuh*, las estrellas y el Sol y el cielo permanecieron ocultos por nubes volcánicas y por violentas tempestades. Pareció que hubiera llegado el fin del mundo. Y los poderosos gobernantes celestes, dejaron atrás el rebaño humano superviviente y se marcharon desesperados. Hay una frase, en el citado comentario, que suena como el escalofriante tañido fúnebre de la gran civilización antediluviana, observa Leslie:

> Los Tronos Azules quedan vacantes. Los Señores de la Faz Resplandeciente, los Reyes de la Luz, se marcharon encolerizados.

Pero ¿quiénes eran los Señores de la Faz Resplandeciente, los Reyes de la Luz? Eran los gobernantes celestes, según las tradiciones asiáticas, seres superiores no originarios de esta Tierra que la colonizaron en un pasado inmemorial y que velaron por la evolución de la vida en este planeta. ¿Simples mitos? Quizá. Pero vale la pena citar, llegados a este punto, lo que sobre esta tradición expusieron textualmente en su obra divulgativa *El hombre, de dónde y cómo vino. ¿Adónde va?*, los dos teósofos A. Besant y C. W. Leadbeater[14] ya en 1913, cuando una perspectiva de ciencia ficción quedaba todavía muy lejos:

> Un gran acontecimiento astrológico, una agrupación especial de planetas y unas condiciones magnéticas especialmente favorables a la Tierra, marcaron el momento propicio. Esto sucedió hace unos seis millones y medio de años. No quedaba nada por hacer, salvo lo que solo Ellos eran capaces de llevar a cabo.
>
> Entonces, bajo el estruendo impetuoso del rápido descenso, desde alturas incalculables, envuelto en masas deslumbrantes de fuego que llenaban el cielo de enormes lenguas llameantes, se lanzó a través de los espacios aéreos el carro de los Hijos del Fuego, los Señores de la Llama procedentes de Venus; y se detuvo manteniéndose suspendido sobre la «Isla Blanca», que yacía sonriente en el golfo del mar[15] de Gobi; era verde y radiante, cubierta de masas de flores fragantes y multicolores; la Tierra ofrecía todo lo mejor que tenía, y lo más hermoso, para dar la bienvenida a su Rey. Hélo ahí, «el Adolescente de las dieciséis primaveras», Sanat Kumara, «la Eterna Juventud Virginal», el nuevo Rey de la Tierra, que llega a su Reino con Sus tres Discípulos, los tres Kumara, sus Ayudantes que lo rodean. Treinta Seres poderosos, grandes más allá de toda comprensión terrestre, estaban con ellos por orden jerárquico.

Este pasaje describe punto por punto la llegada a la Tierra, antes de la aparición del hombre, de los Señores de la Llama a bordo de un *vimana* particular: no una aeronave, sino una nave espacial extraterrestre. Desde entonces estos seres habrían intervenido[16] sistemáticamente en el desarrollo de las formas de vida terrestres, incluida la humana, y desde su centro oculto subterráneo de Shamballa durante mucho tiempo de ellos habría dependido la gran civilización antediluviana, realizada después por la humanidad primigenia bajo su directa tutela. Más tarde se produce el enfrentamiento entre el poder de los Señores de la Faz Deslumbrante y el de los Señores de la Faz Oscura, lo que desemboca en un conflicto y en la catástrofe final del Diluvio. Pero el cataclismo de la Atlántida (o como se quiera llamar al continente hundido en el océano en el siglo IX a. C., con todos los prolongados efectos y las catastróficas consecuencias de las que ya se ha hablado) iría acompañado también del desinterés y la partida

de los Señores de la Faz Deslumbrante (los Reyes de la Luz), descendientes de los Señores de la Llama, lo que marcaría el final de la colonia terrestre, aniquilada y rebarbarizada: y con ella el final de una época y el inicio de un nuevo ciclo histórico para la Tierra. Ciclo a partir del cual la guerra, la lucha y el caos estarían a la orden del día hasta hoy, en un mundo sin el protectorado directo de entidades celestes y donde la humanidad manifiesta su libre albedrío en el bien y en el mal, sin condicionamientos ni protectorados ajenos.

Así pues, con el final del período Edénico o Hiperbóreo ligado a la destrucción de la Atlántida primigenia en el siglo IX a. C., los Señores del Cielo también habrían regresado materialmente a su lugar de origen y habrían abandonado al rebaño humano que había demostrado ser un mal alumno al dejarse corromper por los Señores de la Faz Oscura. Como dice la tradición hindú, los *vimanas* podían llegar a las Regiones Solares *(Suryamandala)* y de allí hasta las Regiones Estelares *(Naksatramandala)*, o a otros sistemas solares más allá de los espacios interestelares. Y el universo es vasto. *Mutatis mutandis*, en la Biblia (después de su derrota en el Cielo), Satanás (el príncipe de este mundo) y los suyos son abatidos en una tierra antes perfecta y feliz, donde su posterior perversión de la humanidad edénica llevará a la destrucción de esta última con el Diluvio, junto con la mayoría de los gigantes (los titanes de los griegos), progenie terrestre de los Ángeles Caídos: ¿los Señores de la Faz Oscura hindúes?

Evidentemente, todo esto será contemplado por muchos con incredulidad y no poco escepticismo. Somos conscientes de ello. Sin embargo, ante estas tradiciones tan precisas y coherentes en juego —especialmente las indo-arias, tan ricas en detalles— solo caben dos explicaciones: o algunos comentaristas y estudiosos hindúes dieron rienda suelta a su fantasía hace entre seis mil y ocho mil años, imaginando las mismas cosas que curiosamente nuestra tecnología inventó después en realidad (¿o reinventó?) con una capacidad premonitoria rayana en lo increíble, o bien derivaron dichas ideas de una civilización anterior, que había alcanzado tal grado de desarrollo científico que estaba en condiciones de experimentar o de usar, por lo que parece, el poder destructivo del átomo, la aeronáutica y tal vez el vuelo espacial; y que probablemente no era originaria de este mundo, si hay que atenerse hasta el final a estas tradiciones orientales.

La perspectiva es como mínimo desconcertante, y muy difícil de aceptar *tout court*. En cualquier caso, mientras la realidad de una civilización atlante situada por la tradición en la base de las civilizaciones mediterráneas es aceptada incluso

en ámbito masónico, la idea mucho más revolucionaria de que la humanidad haya tenido en su origen instructores extraterrestres no parece escandalizar al esoterismo occidental contemporáneo.

El ocultista Max Heindel escribe en efecto en su clásico *El concepto rosacruz del cosmos o ciencia oculta cristiana*:[17]

> Algunos de los habitantes de cada planeta fueron mandados a la Tierra a ayudar a la humanidad naciente, y son conocidos por los ocultistas como los «Señores de Venus» […].
>
> […] Los Señores de Venus eran los jefes de las masas de nuestro pueblo.

Como escribe Heindel, después de la destrucción de la Atlántida:

> A los hombres más avanzados, al principio de la Época Aria, les fueron concedidas las más altas Iniciaciones, para que pudieran ocupar el puesto de los mensajeros de Dios, o de los Señores de Venus. Estos Iniciados humanos, desde aquel momento, fueron los únicos mediadores entre Dios y el hombre […].
>
> […] Bajo la dirección de una Gran Entidad, la Raza Semítica Original fue llevada hacia el este del continente Atlántico, por Europa, hacia la gran extensión esteparia del Asia Central, que actualmente denomínase el desierto de Gobi. Allí fueron preparados para convertirse en la simiente de las siete Razas de la Época Aria, imbuyéndoles potencialmente las cualidades que debían ser desarrolladas por sus descendientes.
>
> Durante las edades anteriores […] el hombre fue guiado por elevados Seres sin que él pudiera hacer la menor elección. En esos tiempos era incapaz de guiarse por sí mismo, no habiendo aún desarrollado una mente propia; pero, por último, llegó el día en que se hizo necesario, para su futuro desarrollo, que comenzara a guiarse a sí mismo. Debía aprender la independencia y asumir la responsabilidad de sus propios actos. Anteriormente se había visto impulsado a obedecer las órdenes de su Señor; pero ahora sus pensamientos debían separarse de los visibles guías, los Señores de Venus, a quienes había adorado como mensajeros de Dios, y dirigirse a la idea del verdadero Dios, el creador invisible del Sistema. El hombre debía aprender a adorar y obedecer las órdenes de un Dios al que no podía ver.
>
> Su guía llamó, pues, al pueblo, dándole una oración que puede expresarse así:
>
> «Anteriormente habéis visto a Aquellos que os guiaban, pero hay Guías de varios grados de esplendor, superiores a aquellos, a quienes no habéis visto, pero que os guiaron siempre, grado por grado, en la evolución de la conciencia.
>
> »Exaltado por encima de todos estos Seres gloriosos está el Dios invisible, que ha creado el Cielo y la Tierra en la que habitáis. Él ha querido concederos el dominio de esta Tierra para que seáis fecundos y os multipliquéis sobre ella.
>
> »Solo debéis adorar a este Dios invisible; pero debéis adorarlo en Espíritu y en Verdad y no hacer una imagen esculpida de Él, ni utilizar similitudes para imaginarlo, porque Él está presente en cada lugar y por encima de cualquier similitud o parangón.
>
> »Si seguís Sus mandamientos, Él os proveerá abundantemente de toda clase de bienes. Si os desviáis de Su camino, os aguarda el infortunio. Tenéis que elegir. Sois libres; pero tendréis que soportar las consecuencias de vuestros actos».

Como concluye Heindel:

> La educación del hombre se produce a través de cuatro grandes grados. Primero, el hombre es modificado desde fuera, inconscientemente. A continuación, es encomendado a los mensajeros Divinos y Reyes a los que ve, y cuyas órdenes debe obedecer. Después se le enseña a respetar los mandatos de un Dios al que no ve. Por último, aprende a elevarse por encima de las órdenes; a convertirse en una ley en sí mismo y, al conquistarse a sí mismo con su propia voluntad, a vivir en armonía con el orden de la Naturaleza, que es la Ley de Dios.

Pero ¿qué decir de la tradición según la cual la «chispa divina» habría sido entregada en época antediluviana al obtuso salvaje terrestre por seres superiores? En realidad, está presente por doquier; además, *Venus* constituye un interesante hilo conductor, desde la India protohistórica a la civilización maya y hasta Israel, donde está asociado a Lucifer como jefe de los ángeles caídos, versión hebrea de los titanes derrotados,[18] y naturalmente domina todo el escenario del ocultismo.

Ya nos hemos referido a la tradición sobre los Señores de la Llama llegados a la Tierra desde Venus a bordo de sus *vimanas*. Estos seres superiores habrían enseñado muchas cosas útiles a los primitivos habitantes de la zona y estas enseñanzas, místicas y cósmicas, estarían conservadas hasta hoy en galerías secretas en el Tíbet. Conectada a las orillas del lago existía, siempre según esta tradición, una vastísima red de galerías que se extendían en todas direcciones y llegaban al continente americano. ¿Fantasías? A lo mejor no.

Como recuerda Roberto D'Amico,[19] fue Saint-Yves d'Alveydre en *La misión de la India* quien habló por primera vez del misterioso mundo subterráneo del *Agartha* (o *Agarttha*, o también, según la forma mongol, *Agarthi*). Escribió:

> En la superficie y en las entrañas de la Tierra, la real extensión del Agartha es inaccesible a toda mirada profana y a todo atentado. Prescindiendo de América, cuyos subsuelos desconocidos le pertenecieron en tiempos antiquísimos, solo en Asia, cerca de quinientos millones de hombres conocen su existencia y su grandeza.
>
> Las bibliotecas de los ciclos anteriores de la historia del mundo se encuentran incluso bajo los mares que han recubierto el antiguo continente austral, y en las construcciones subterráneas de la antigua América anterior al Diluvio.

Contrariamente a las hipótesis científicas modernas, existirían pues, por debajo de la corteza terrestre, inmensas cuevas subterráneas desconocidas e inaccesibles para la mayoría, habitadas por un pueblo misterioso y poderoso a la cabeza del cual estaría el enigmático rey del mundo, la máxima autoridad de los gobiernos invisibles que dominarían secretamente el planeta: un inmortal no de este mundo, monarca oculto de la Tierra.

Como nos recuerda D'Amico, Heródoto cita en sus *Historias* extrañas leyendas sobre calles y laberintos subterráneos, uno de los cuales existía cerca del lago Moeris y era usado con frecuencia por los faraones, que ya entonces consideraban prehistórica su construcción.

Estrabón describe una ciudad subterránea con cavidades tan espaciosas que podía contener a cuatro mil personas. Esta colectividad subterránea vivía cerca de los montes Itri, entre Terracina y Gaeta.

Onorato Bres, autor del libro *Malta antica*, habla de las cuevas de Ta Bengenna situadas en la colina cerca de Medina; esta colina está excavada a la manera de una ciudad, con calles, placitas y ambientes de distintas formas: respiraderos para el humo y para renovar el aire, pilas para muelas de molino excavadas en la roca y estanques para recoger el agua.

El abad Andierne encontró las mismas construcciones en Francia, en el Périgord, con laberintos y escapatorias en las laderas opuestas del monte. Reineg describe las de Gori en el Cáucaso, llamadas en dialecto local *Uph lis zicche*, que significa 'Ciudad de los Señores'.

También el peñón de Gibraltar es un misterio: es un conjunto de galerías subterráneas a lo largo de kilómetros bajo el nivel del mar que probablemente unían en tiempos remotos África y Europa.

En todo Perú, y sobre todo en Cuzco, donde el gobierno hizo cerrar las entradas de numerosos subterráneos, dada la enorme cantidad de personas que cada año desaparecían en ellos, existen numerosas leyendas sobre galerías construidas por una antiquísima raza preincaica. Una de estas tradiciones cuenta que en las cavidades existentes bajo las ruinas de Tiahuanaco estarían contenidas todavía hoy las mayores construcciones de las que solo una pequeña parte se eleva sobre la superficie.

También los apaches tienen leyendas que hablan de galerías que comunicarían sus territorios con la antigua capital Tiahuanaco y en las que vivieron durante muchos años algunos de sus antepasados, huyendo de las persecuciones de una raza enemiga.

Leyendas parecidas se encuentran en cualquier parte del mundo. En Polinesia habría túneles que unen entre sí las islas del archipiélago, en Martinica y también en Lele, Kuki, Tonga Tabu y Navigator. En la isla de Pascua son muchas las galerías que continúan en el mar, y existen más leyendas en Ecuador, en México y en Estados Unidos.

Oriente también es muy rico en estas tradiciones: existirían mundos

subterráneos un poco en todas partes, bajo el desierto de Gobi, en el Tíbet, en Agra (India) y en Angkor-Vat en Camboya.

La más famosa de las tradiciones orientales arcaicas es la de Agartha y su centro supremo, la capital del reino subterráneo: Shamballa, que nos remite al desembarco de los Señores de la Llama en medio del mar interior posteriormente convertido en el desierto de Gobi.

Una confirmación a lo dicho por Saint-Yves llegó en 1923 de la mano del científico y periodista ruso Ferdinand Ossendowski, que en su libro *Bestias, hombres y dioses*, un itinerario de huida de la Rusia sacudida por la guerra civil, dijo haber tropezado con este misterio:[20]

> Ha sido durante mi viaje a Asia Central cuando he conocido por primera vez el misterio de los misterios, pues no he podido llamarlo de otra manera. Al principio no le concedí mucha atención, pero comprendí después su importancia al analizar y comparar ciertos testimonios esporádicos y frecuentemente sujetos a controversia.
>
> Los ancianos de la ribera del Amyl me refirieron una antigua leyenda, según la cual una tribu mongola, intentando huir de Gengis Kan, se ocultó en una comarca subterránea. Más tarde, un somoto de los alrededores del lago Nogan Kul me mostró, así que se disipó una nube de humo, la puerta que sirve de entrada al reino de Agharti. Antaño penetró por esa puerta en el reino un cazador, y a su vuelta empezó a contar lo que había visto. Los lamas le cortaron la lengua para impedirle hablar del misterio de los misterios. Ya viejo, volvió a la entrada de la caverna y desapareció en el reino subterráneo cuyo recuerdo tanto encantó y regocijó su corazón de nómada.
>
> Obtuve informes más detallados de labios del Hutuktu Jelyl Dyamsrap de Narabanchi Kure. Este me narró la historia de la llegada del poderoso rey del mundo a su salida del reino subterráneo, su aparición, sus milagros y profecías, y entonces solamente empecé a comprender que esta leyenda, esta hipnosis, esta visión colectiva, de cualquier modo como se la interprete, encierra, además de un misterio, una fuerza real y soberana, capaz de influir en el curso de la vida política de Asia. A partir de este momento comencé mis investigaciones.
>
> El lama Gelong, favorito del príncipe Chultun Beyli, y el príncipe mismo, me hicieron la descripción del reino subterráneo.
>
> «En el mundo —dijo Gelong— todo se halla constantemente en estado de transición y de cambio: los pueblos, las religiones, las leyes y las costumbres. ¡Cuántos grandes imperios y brillantes constituciones han perecido! Lo único que no cambia nunca es el mal, el instrumento de los espíritus perversos. Hace más de seis mil años, un hombre santo desapareció con toda una tribu en el interior de la tierra y nunca ha reaparecido en la superficie de ella. Muchos hombres, sin embargo, han visitado después ese reino misterioso: Sakya Muni, Under Gheghen, Paspa, Baber y otros. Nadie sabe dónde se encuentra situado. Dicen unos que en Afganistán, otros que en la India. Todos los miembros de esta religión están protegidos contra el mal, y el crimen no existe en el interior de sus fronteras. La ciencia se ha desarrollado en la tranquilidad y nadie vive amenazado de destrucción. El pueblo subterráneo ha llegado al colmo de la sabiduría. Ahora es un gran reino que cuenta con millones de súbditos regidos por el rey del mundo. Este conoce todas las fuerzas de la naturaleza, lee en todas las almas humanas y en el gran libro del destino. Invisible, reina sobre ochocientos millones de hombres, que están dispuestos a ejecutar sus órdenes».
>
> El príncipe Chultun Beyli agregó: «Este reino es Agharti y se extiende a través de todos los accesos subterráneos del mundo entero. He oído a un sabio lama decir al Bogdo Kan que todas las cavernas subterráneas de América están habitadas por el pueblo antiguo que desapareció de la tierra. Aún se

encuentran vestigios suyos en la superficie del país. Estos pueblos y estos espacios subterráneos dependen de jefes que reconocen la sabiduría del rey del mundo. En ello no hay gran cosa sorprendente. Sabéis que en los dos océanos mayores del este y el oeste había remotamente dos continentes. Las aguas se los tragaron y sus habitantes pasaron al reino subterráneo. Las cavernas profundas están iluminadas por un resplandor particular que permite el crecimiento de cereales y otros vegetales y da a las gentes una larga vida sin enfermedades. Allí existen numerosos pueblos e incontables tribus. Un viejo brahmán budista de Nepal, obedeciendo la voluntad de los dioses, hizo una visita al antiguo reino de Gengis, Siam, y allí encontró a un pescador, quien le ordenó ocupase su barca y bogase con él hacia el mar. Al tercer día arribaron a una isla donde vivía una raza de hombres con dos lenguas, que podían hablar separadamente idiomas distintos. Les enseñaron animales curiosos, tortugas de dieciséis patas y un solo ojo, enormes serpientes de sabrosa carne y pájaros con dientes que cogían los peces del mar para sus amos desconocidos. Estos isleños les dijeron que habían venido del reino subterráneo y les describieron ciertas regiones».

El lama Turgut, que me acompañó en mi viaje de Urga a Pekín, me proporcionó otros informes.

La capital de Agharti está rodeada de villas en las que habitan los grandes sacerdotes y sabios. Recuerda a Lhassa, donde el palacio del Dalai Lama, el Potala, se halla en la cima de un monte cubierto de templos y monasterios. El trono del rey del mundo se alza entre dos millones de dioses encarnados. Estos son los santos panditas. El palacio mismo se halla circundado por la residencia de los goros, quienes poseen todas las fuerzas visibles e invisibles de la tierra, del infierno y del cielo, y pueden disponer a su antojo de la vida y de la muerte de los hombres. Si nuestra loca Humanidad emprendiese la guerra contra ellos, serían capaces de hacer saltar la corteza de nuestro planeta, transformando su superficie en desiertos. Pueden secar los mares, cambiar los continentes en océanos y convertir las montañas en arenales. A su mando, los árboles, las hierbas y las zarzas empiezan a retoñar; los hombres viejos y débiles se rejuvenecen y vigorizan, y los muertos resucitan. En extraños carros, que nosotros no conocemos, recorren a toda velocidad los estrechos pasillos del interior de nuestro planeta. Algunos brahmanes de la India y ciertos Dalai Lamas del Tíbet han conseguido escalar los picos de las cordilleras, nunca holladas hasta entonces por pie humano, y vieron inscripciones grabadas en las rocas, pisadas en la nieve y señales de ruedas de carruajes. El bienaventurado Sakya Muni encontró en la cima de un monte unas tablas de piedra con anotaciones que solo logró descifrar a edad muy avanzada, y penetró luego en el reino de Agharti, del que trajo las migajas del saber sagrado que pudo retener en la memoria. Allí, en palacios maravillosos de cristal, moran los jefes invisibles de los fieles: el rey del mundo, Brahytma, que puede hablar a Dios como yo os hablo, y sus dos auxiliares: Mahaytma, que conoce los acontecimientos futuros, y Mahynga, que dirige y prevé las causas de esos acontecimientos.

Los santos panditas estudian el mundo y sus fuerzas. A veces, los más sabios de ellos se reúnen y envían delegados a los sitios donde jamás llegó la mirada de los hombres. Esto lo describe el Tashi Lama, que vivió hace ochocientos cincuenta años. Los panditas más altos, con una mano en los ojos y la otra en la base del cráneo de los sacerdotes más jóvenes, los adormecen profundamente, lavan sus cuerpos con infusiones de plantas, los inmunizan contra el dolor, los hacen tan duros como una piedra, los envuelven en bandas mágicas y se ponen a rezar al Dios todopoderoso. Los jóvenes petrificados, acostados con los ojos abiertos y oídos atentos, ven, oyen y se acuerdan de todo. Enseguida un goro se acerca y clava en ellos una mirada penetrante. Lentamente, los cuerpos se levantan de la tierra y desaparecen. El goro sigue sentado, con los ojos fijos en el sitio al que los envió. Unos hilos invisibles los sujetan a su voluntad y algunos de ellos viajan por las estrellas, asisten a los acontecimientos y observan los pueblos desconocidos, sus costumbres y condiciones. Escuchan las conversaciones, leen los libros y se percatan de las dichas y las miserias, de la santidad y de los pecados, de la piedad y el vicio… Los hay que se mezclan a la llama, ven la criatura de fuego, ardiente y feroz, combaten sin tregua, derriban y machacan los metales en las entrañas de los planetas, hacen hervir el agua en los géiseres y fuentes termales, funden las rocas y derraman sus materiales en fusión sobre la superficie de la Tierra y en los orificios de las montañas. Otros se lanzan en busca de los seres del aire, infinitamente

pequeños, evanescentes y transparentes, empapándose en sus misterios y descubriendo el objeto de su existencia. Algunos se deslizan hasta los abismos del mar y estudian el reino de las útiles criaturas del agua que transportan y esparcen el calor saludable por toda la Tierra, rigiendo los vientos, las olas y las tempestades. En el monasterio de Erdeni Dzu vivió antaño pandita Hutuktu, que estuvo en Agharti. Al morir habló del tiempo en que moró, por voluntad del goro, en una estrella roja del este, y de cuando voló sobre el océano cubierto de hielos y vagó entre las llamas ondulantes que arden en las profundidades de la Tierra».

Estas son las historias que oí contar en las yurtas de los príncipes y en los monasterios lamaístas. El tono con que me las referían me impedía formular la menor objeción.

Hasta aquí Ossendowski.

¿Qué decir en conclusión del mundo de Agarthi?

Su mismo nombre, que en sánscrito significa ‘el inaprensible’, ‘el inaccesible’, ‘el inviolable’, nos da muy pocas esperanzas de llegar al fondo de este misterio; es probable que Agarthi, Shamballa y el rey del mundo no sean más que una de las muchas representaciones de uno de los centros espirituales en los que estaría conservada la tradición sagrada, escribe René Guénon, «de origen no humano».[21]

¿Dónde están las entradas de este mundo subterráneo?

Existirían algunos puntos de referencia que permitirían alcanzarlo a los iniciados, una especie de itinerarios secretos. Para los profanos, en cambio, esto es imposible, ya que Agarthi está protegido por barreras vibratorias psíquicas invisibles e infranqueables.

Más allá del desierto de Gobi, en Asia los actuales accesos al Agarthi seguirían siendo cuatro, situados respectivamente en Rusia, en la India, en el Tíbet oriental y en Borneo. Y, como observa D’Amico, el discurso podría ampliarse y seguramente los vínculos que el Tercer Reich intentó establecer con oriente, y el Tíbet en particular, serían muy interesantes de analizar. Aquí nos basta saber que Hitler, después de haber exterminado a los miembros de las demás sociedades secretas alemanas, aconsejado por sus magos y por los sacerdotes de cultos teutónicos secretos que había restaurado, intentó varias veces entrar en contacto con el rey del mundo.

Envió tres expediciones al Himalaya, una de las cuales estaba dirigida por el mismo Himmler, pero todas fueron destruidas. Regresaron pocos supervivientes, vencidos por la fatiga, las avalanchas, por la inaccesibilidad de las cumbres y de los glaciares. En su locura, Hitler se convenció entonces de que el rey del mundo había destruido deliberadamente sus expediciones y de que no quería tratar con él. Se tomó los acontecimientos como un desafío en el plano de lo oculto y con

sus magos y sacerdotes organizó rituales y ceremonias a fin de derrotar al adversario. El «nazismo mágico», como nos dice Giorgio Galli, combatió también en este frente oculto. «Evidentemente ganó el rey del mundo», concluye D'Amico.

A Ossendowski, el príncipe Ciultun Bejli también le dijo que una parte de los habitantes de los dos continentes que se hundieron y desaparecieron bajo los actuales océanos Atlántico y Pacífico (Atlántida y Mu) habrían encontrado refugio en Agarthi. Sea como sea, señala Serge Hutin, planteando una hipótesis más moderna:

> Aunque estas inmensas regiones subterráneas de Agarthi se nos presentan como tierras realmente existentes, tangibles y palpables, sin embargo, dan la impresión de ser lugares situados en nuestro mismo plano de existencia, pero a un nivel vibratorio diferente. De esta forma, se llegaría a constituir un territorio privilegiado situado —para usar una terminología muy del gusto de los escritores de ciencia ficción— en un universo paralelo al nuestro, pero que ningún no iniciado podrá alcanzar nunca, debido a las barreras electromagnéticas que protegen su acceso.[22]

Para Ossendowski, este reino subterráneo todavía mantendría una entrada cerca del lago Nogan-Kul y en su momento habría sido visitado por el propio Buda y por el Paspa, el fundador de la secta Amarilla, la más potente del actual lamaísmo, mientras que el rey del mundo habría aparecido varias veces en la India y en Siam, bendiciendo al pueblo con una manzana de oro coronada por un cordero. Su última aparición se remontaría a 1937, durante las fiestas celebradas en Delhi con motivo de la coronación del rey de Inglaterra Jorge IV como emperador de la India.

En buena parte un mito, el de Agharti y el rey del mundo, ciertamente. Pero un mito profundamente antiguo y enraizado, y evidentemente relacionado con el de los continentes perdidos, y como tal de interés específico y pertinente para nosotros, ya que además entronca directamente con el de los Señores de la Llama, precursores de los gobernantes celestes propios de la tradición referida al esplendor de Atlántida y del mundo antediluviano en general. Un mundo ancestral, perdido y remoto, que cela seguramente —más allá del mito— los atávicos y traumáticos recuerdos de lo que no es nada contradictorio definir un «futuro anterior», donde las cimas del saber y de la civilización a las que tendemos ya fueron alcanzadas y a lo mejor superadas, y donde la humanidad ya vivió el Apocalipsis y tal vez también el encuentro con inteligencias superiores no originarias del planeta Tierra.

¿Ilaciones fantásticas?

Una cosa es segura. Los celestes, las diversas divinidades civilizadoras antediluvianas que repetidas veces y con rasgos comunes encontramos en las distintas culturas de la Antigüedad, están invariablemente caracterizados por un nivel de civilización y de tecnología muy superior respecto a la humanidad primigenia: un nivel que por tanto aparece cada vez más extraño al mundo de entonces, primitivo y salvaje.[23] Como observa el ingeniero Felice Vinci, experto apasionado de la mitología clásica, el hecho de que en la misma tradición de la antigua Grecia dicha mítica civilización divina pudiera haber alcanzado un considerable nivel de evolución, tal vez incluso tecnológica, parecería poderse deducir de la singularísima descripción —proporcionada por la *Ilíada* de Homero— de la fragua automatizada de Hefesto, que se encontraba en el monte Olimpo: «Encaminose a los fuelles, los volvió hacia la llama y les mandó que trabajasen. Estos soplaban en veinte hornos, despidiendo un aire que avivaba el fuego y era de varias clases: unas veces fuerte, como lo necesita el que trabaja de prisa, y otras al contrario, según Hefesto lo deseaba y la obra lo requería» (*Ilíada* XVIII, 468-473), así como de los objetos que el dios herrero estaba fabricando: «veinte trípodes que debían permanecer arrimados a la pared del bien construido palacio y tenían ruedas de oro en los pies para que de propio impulso pudieran entrar donde los dioses se congregaban y volver a casa. ¡Cosa admirable!» (*Ilíada*, XVIII, 373-377). Todavía más asombrosa es la descripción de los robots que trabajaban en su taller: «Dos estatuas de oro que eran semejantes a vivientes jóvenes, pues tenían inteligencia, voz y fuerza» (*Ilíada* XVIII, 417-420). ¡Verdaderos androides *ante litteram*!

¿Simples mitos? Lo dudamos, llegados a este punto.

Si pasamos de la mitología clásica a la celta, encontramos en realidad a los fabulosos Tuhata Dé Danann llegados del noroeste a Irlanda «desde el cielo», como nos recuerda T. W. Rolleston.[24] Los divinos y celestes Danann llegaron al país envueltos en una «nube mágica» y con ella descendieron desde el cielo al Connacht occidental. Procedían de cuatro misteriosos lugares situados al otro lado del mar: Falias, Gorias, Finias y Murias (¿topónimos de Atlántida?), en cada uno de los cuales habían aprendido «las ciencias y las artes». Conocimientos superiores que sin embargo no impidieron, más tarde, su derrota por obra de los primitivos a los que tuvieron que enfrentarse.

¿Y qué decir, para quedarnos en la tradición celta, del ya citado héroe Cuchulain (que tanto recuerda al Kukulkán de la mesoamericana) y de su

fabuloso carro, «tirado por un corcel cuyo cuerpo está atravesado por un timón del propio carro; timón cuya punta sale de la frente del caballo, a su vez provisto de una sola pata»? Estas descripciones, que recuerdan incluso demasiado a los ya mencionados *vimana* indo-arios, sugieren (como también en el caso de la *Ilíada*) la idea de automóviles, fruto de una tecnología altamente sofisticada: aspectos de una especie de futuro anterior que la probable existencia de una avanzada civilización en la Atlántida (o en otro lugar) quizá en sí misma no puede justificar, a menos que no se quiera suponer que algunos conocimientos y tecnologías, superiores y extraños, fueran importados a la Tierra antediluviana primitiva, en un pasado olvidado, por seres humanoides procedentes de otros lugares; es decir, no originarios de este planeta. La hipótesis en efecto es más que legítima, dado que múltiples indicios sugieren posibles encuentros entre la humanidad y visitantes alienígenas (precursores de los actuales fenómenos OVNI) en época histórica en varias partes del mundo. A este respecto véase mi libro *Angeli, Dei, Astronavi: Extraterrestri nel passato*, que idealmente debería ser la continuación de este volumen.

¿Fantasías? Todo lo que hemos estado examinando ciertamente no nos permite excluirlo. Probablemente el japonés Michio Kushi tiene razón al afirmar, en base a las tradiciones orientales, que hasta hace doce mil años, o incluso diez mil años antes de esa época, nuestros antepasados vivían en un mundo único, y que este desaparecido y avanzadísimo mundo antiguo también tenía un sistema de transporte global. Nos dice Kushi:

> También en aquel período había máquinas voladoras y otras invenciones maravillosas de la tecnología.
>
> […] Había grandes naves capaces de cruzar el Pacífico de entonces […]. También había aeroplanos, que eran mucho más sencillos que los nuestros y se llamaban «naves flotantes del cielo», o «barcas flotantes del cielo».

Los *vimanas* de las tradiciones indo-arias son un recuerdo sofocado pero indeleble en Asia, y no tienen nada que ver con la ciencia ficción. Observa Kushi:

> Supongamos que en nuestros días se produjese una gran destrucción a escala mundial y que esta causara el derrumbe completo de la civilización moderna. Nuestros descendientes ciertamente empezarían a reconstruir […]. Al mismo tiempo, empezarían a hablar del tiempo pasado, y las historias y las leyendas sobre los vuelos con aviones y los jet se transmitirían así de generación en generación. Cuando más tarde, millones de años después, nuestros descendientes habrían desarrollado una capacidad suficiente para excavar los restos de nuestra civilización, descubrirían que en el pasado hubo grandes cosas, como el Empire State Building, la estatua de la Libertad, etc. Entonces tal vez

> pensarían que estas estructuras gigantescas en realidad eran templos dedicados a algún dios, o lugares de oración. Probablemente pensarían: «Como nuestros antepasados eran primitivos, no pueden haber construido esta clase de cosas. Probablemente los constructores venían de otro planeta».

Y ese es el quid de la cuestión. ¿A quién hacer remontar la ciencia y la tecnología de la remota y avanzadísima civilización superior de la que los mitos sobre la Atlántida y Mu son solo un pálido reflejo? ¿A nuestros progenitores? En realidad, invariablemente, tanto las fuentes clásicas como las orientales asocian aquel mundo perdido y civilizadísimo a diversas divinidades antropomorfas (también en el caso de Merópide, de cuyos habitantes Teopompo de Quíos dice que «a los dioses les place visitarlos»), procedentes del cielo; en cuanto a los reyes y a los héroes, humanos o semidivinos, simplemente han heredado diversos dones y legados sobrehumanos de los celestes, antiguos civilizadores de un mundo virgen. ¿Quiénes eran estos? ¿Dioses o más bien seres extraterrestres, como en los últimos treinta años no ha dejado de afirmar Erich von Däniken en sus numerosos *bestsellers* internacionales? De esta clave de lectura de nuestro pasado más remoto también se han apropiado el movimiento *New Age* (de forma totalmente acrítica) y el de los estudiosos del fenómeno OVNI (en términos mucho más serios y concretos), como es sabido.

Evidentemente sensible a la tradición esotérica asiática, Michio Kushi[25] concluye:

> En tiempos muy antiguos, quizá algunos de nuestros antepasados llegaron de otro planeta. Hay teorías que afirman que los hombres se desarrollaron en la Tierra, otras teorías dicen que procedían de otros planetas y hay quienes aseguran que estos dos grupos se fusionaron. Las personas procedentes del espacio aportaron el conocimiento del cultivo de los cereales y otras tecnologías, incluido el uso del fuego. En aquel período se produjeron grandes migraciones interplanetarias. Sus tecnologías se esparcieron un poco por doquier y, en alguna parte de nuestra memoria, estas tecnologías siguen existiendo. En la época moderna, los hermanos Wright construyeron su modelo de aeroplano; Edison, la bombilla. Sin embargo, sin la memoria, no es posible realizar estos inventos, estas creaciones.

Desde esta perspectiva, cabe preguntarse si la asociación mitológica entre el cielo astronómico y la presencia de una antigua y avanzada civilización es meramente casual. ¿Por qué la Atlántida a veces es asociada, por ejemplo, a las estrellas Pléyades (bautizadas, precisamente, con el nombre de las siete hijas de Atlante y llamadas también atlantes)? ¿Existen otras razones más allá de las de la fantasía y el mito? Creemos que sí. Y eso sin recurrir mínimamente a las más recientes —y todavía menos demostrables— tradiciones esotéricas (como, por

ejemplo, la de supuesta procedencia eleusina sobre hipotéticas relaciones entre la Atlántida y antiguos colonizadores alienígenas originarios del sistema estelar de Tau Ceti, difundida por G. M. Stelvio Mariani).

Quizá, en efecto, solo estamos redescubriendo el recuerdo histórico y tecnológico de un mundo perdido fruto de una colonización procedente del espacio, como sugiere, no por casualidad, el reciente videojuego (inspirado en el guion de una cuarta película de la serie de Indiana Jones, luego no realizada) *Indiana Jones and the Fate of Atlantis*, de la Lucasfilm Ltd.; pero esta vez, no se trata en absoluto de un juego. Como tampoco es un juego el hecho de que todas las grandes religiones del mundo concuerden en considerar al hombre, tradicionalmente, como un ser semidivino desde sus orígenes, en frecuente relación (genéticamente compatible, además) con supremos celestes que lo habrían creado y colocado en la Tierra. ¿La civilización surgió del encuentro de estos últimos con nuestros progenitores, y la Atlántida fue la cuna de la primera cultura avanzada desarrollada por la humanidad en un pasado sin recuerdo?

Se trata de una perspectiva sin tiempo que la crónica más reciente, a la luz de los últimos descubrimientos arqueológicos y científicos, solo puede contribuir a reforzar en términos cada vez más inquietantes.[26]

Y aquí tendremos que detenernos. Pero el peso de la tradición (la *verdadera*) nos sugiere cada vez más con abundancia de datos que, al igual que Troya, considerada solo mítica durante mucho tiempo, la Atlántida y Mu existieron de verdad, más allá de cualquier leyenda y de cualquier escepticismo. Y así como la supuesta Troya de Schliemann reveló en sus excavaciones varios niveles, señal en el tiempo de varias destrucciones y otras tantas reconstrucciones posteriores, tal vez haya que aplicar el mismo concepto a la Atlántida y a las numerosas tradiciones sobre los continentes perdidos. Así como la supuesta Troya[27] de Schliemann (Hissarlik) fue varias veces destruida y reconstruida antes de desaparecer definitivamente en el olvido, probablemente existieron varias Atlántidas en distintas épocas y zonas, así como un día resultarán haber existido —a pesar del legado común de la cultura europea— varias Europas, discordantes y contradictorias, en las investigaciones estratigráficas de los arqueólogos del futuro más remoto.

A nivel sociológico, de todas formas, el mito de la Atlántida ha sido significativamente recibido en estos últimos años con intensidad creciente por el imaginario colectivo de la actual aldea global. Tanto es así que en 2001 una

popularísima productora como Walt Disney ofreció al público —y no solo al más joven— una película dedicada enteramente a este tema.

El último dato sobre el enigma de la Atlántida procede de la misión del buque de investigación *Atlantis* (con científicos de ocho universidades a bordo) que a finales de 2000 zarpó del puerto de Saint George, en las Bermudas, y pasó todo un mes en el océano a fin de establecer las causas que originaron el alzamiento del macizo Atlantis en la dorsal Mesoatlántica (que con sus 3.657 m es casi el doble de alto que los demás fondos submarinos de la zona). El fenómeno, descubierto por Donna Blackman del Instituto Oceanográfico Scripps de La Jolla (California) y Joe Cann de la Universidad de Leeds (Inglaterra) durante el cartografiado más reciente del fondo oceánico, es —más allá de sus específicas causas geológicas— la confirmación de que el Atlántico septentrional ha sido y sigue siendo el centro de fenómenos volcánicos y tectónicos imponentes, del todo coherentes con el escenario catastrófico propio de las tradiciones sobre el continente perdido. Cada vez menos nos parece un mito.

Como la elevación del macizo Atlantis respecto a los fenómenos telúricos que lo causaron, así este libro solo nos ha dejado entrever la punta del iceberg, pero naturalmente debajo hay mucho más. En cualquier caso, esta última —a pesar de sus límites— ha servido y sirve para ampliar no poco nuestra demasiado a menudo simplista y reductiva visión del hombre, de la naturaleza y del universo. Y debemos agradecérselo a Platón, nuestro primer e inconsciente guía espiritual en una investigación que se devana en la historia humana en un arco de veinticinco siglos y más.

Este libro, de todas formas, no podría concluirse sin presentar a los lectores que nos han seguido hasta aquí un cuadro cronológico de los supuestos acontecimientos específicamente referidos a la Atlántida, tal como aparecen en los estudios y en la literatura sobre el tema (véase «Apéndice»). Esperamos que sirva —en la medida de lo posible— para arrojar más luz sobre la cuestión y para ordenar todo lo expuesto hasta ahora.

Recordemos, por último, una vieja estampa popular ochocentista que ilustra una típica escena inspirada en el neoclasicismo, donde un pastor apacienta sus ovejas cerca de los imponentes restos de un templo romano en ruinas, bajo la cual se lee:

> Donde un arco, un trofeo, surgía fastuoso

ahora pasa el zagal zafio, la muda grey.
Mortales, no os ocultéis esta verdad:
de vuestro decaer vendrá el momento.

El final del fabuloso esplendor de la Atlántida y de otros posibles continentes perdidos, al margen de cualquier consideración específica, no puede no ser evocado por esta simple máxima *ad usum populi*; que es, en el fondo, mucho más precisa de lo que se cree, en su fulgurante síntesis de la teoría de los avances y retrocesos de la historia ya sugerida por Giambattista Vico. Hoy más que nunca, en efecto, nuestra civilización —la nueva y más reciente reencarnación del sempiterno mito europeo-atlántico de la «civilización-madre» antediluviana en la Edad de Oro— debería recordarlo, en los umbrales de un tercer milenio pródigo en crecientes incógnitas. O de lo contrario —como la Atlántida— no tendrá ningún futuro.

Y en los umbrales del nuevo milenio, precisamente, se han producido dos hechos que hay que destacar. El primero es de naturaleza puramente científico-cultural, y se refiere al ensayo más reciente sobre la cuestión de la Atlántida (*L'enigma di Atlantide*, Newton & Compton, Roma 2001). En él, su autor, Herbie Brennan, nos presenta en una síntesis divulgativa de gran lucidez y claridad el cuadro reconstruido por él sobre el final de la primera civilización avanzada existida sobre la Tierra que tiene como epicentro la Atlántida, destruida por una catástrofe cósmica causada por la explosión de una lejana supernova en la constelación de Vela, que originó la posterior devastación apocalíptica de buena parte del sistema solar (desde Marte hasta la explosión del quinto planeta entre Marte y Júpiter). El cuadro que surge de ello revoluciona definitivamente las ideas vigentes sobre la prehistoria, superando las visiones dogmáticas de una ciencia miope ya entrada en crisis, y se concilia perfectamente con nuestras conclusiones.

El otro hecho que cabe señalar es de naturaleza astronómica y, además de ser mucho más alarmante, es sumamente significativo.

En septiembre de 2000 los medios de comunicación refirieron que un pequeño cuerpo celeste (denominado 2000 QW7) estuvo a punto de chocar contra la Tierra, que le pasó peligrosamente de refilón (a una distancia de solo 4 millones de kilómetros). Lo comunicaron los astrónomos del Observatorio Radiotelescopio estadounidense de Arecibo, en Puerto Rico, con lo que nos recordaron los persistentes y nada infrecuentes peligros para nuestro mundo de un devastador impacto espacial por parte de numerosos asteroides presentes en

la franja orbital entre Marte y Júpiter. Fue uno de estos «pedruscos» cósmicos (que muchos astrónomos consideran los restos de un planeta explotado) el que se abatió sobre nuestro planeta hace sesenta y cinco millones de años y causó la extinción de los dinosaurios, y más tarde fue también uno de estos pequeños planetas el que se estrelló con toda probabilidad en el Atlántico, lo que provocó el hundimiento del archipiélago de la Atlántida. La historia tiende a repetirse…

# APÉNDICE

## Ilustraciones




**Figura 1.** El archipiélago de la Atlántida según Nicolai F. Jirov.

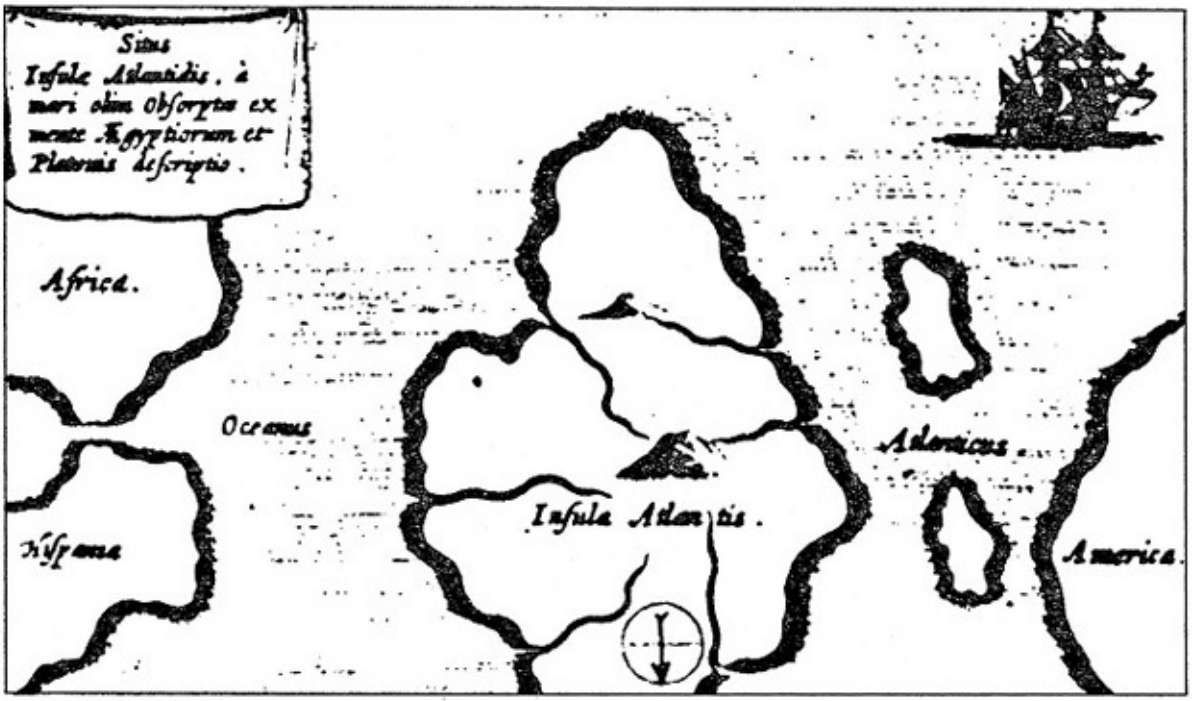



**Figura 2.** Mapa imaginario de la Atlántida dibujado por Athanasius Kircher (1644): el norte está abajo.

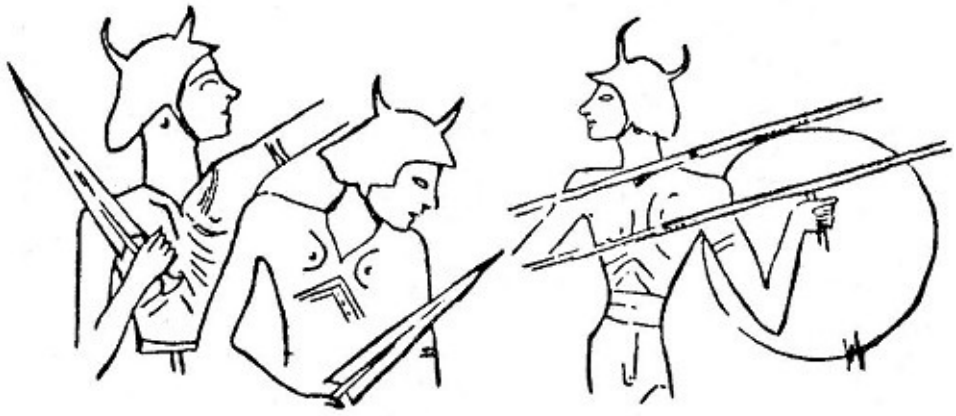


**Figura 3.** Guerreros pertenecientes a los pueblos del mar pintados en el templo de Medinet Habu, Egipto. Obsérvense las espadas y el escudo redondo, de carácter nórdico.

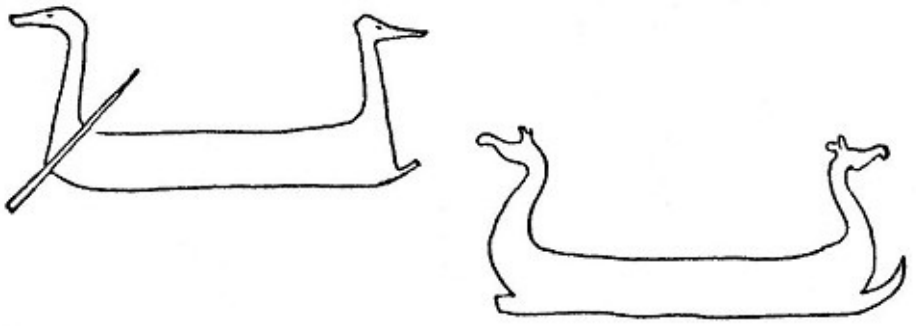


**Figura 4.** (Arriba) Reproducción de una embarcación de los «pueblos del mar» procedente de Medinet Habu. (Abajo) Reproducción de una embarcación procedente de Brandskogen, Suecia, del mismo período.

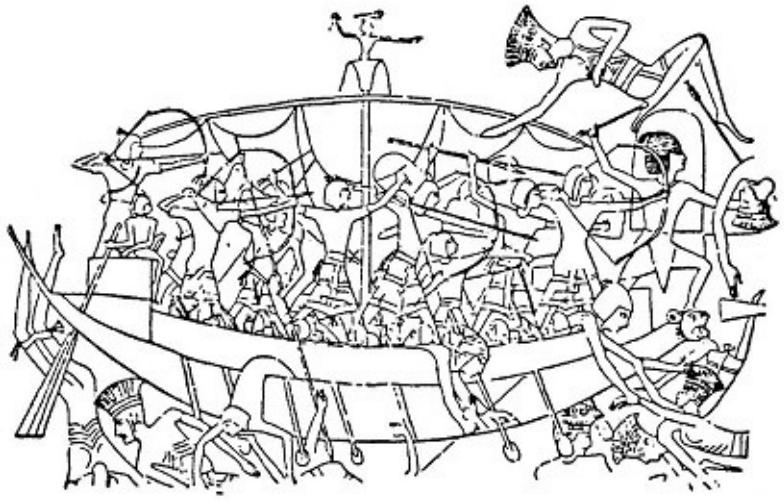


**Figura 5.** La batalla naval entre los egipcios y los «pueblos del mar» (representación de Medinet Habu).

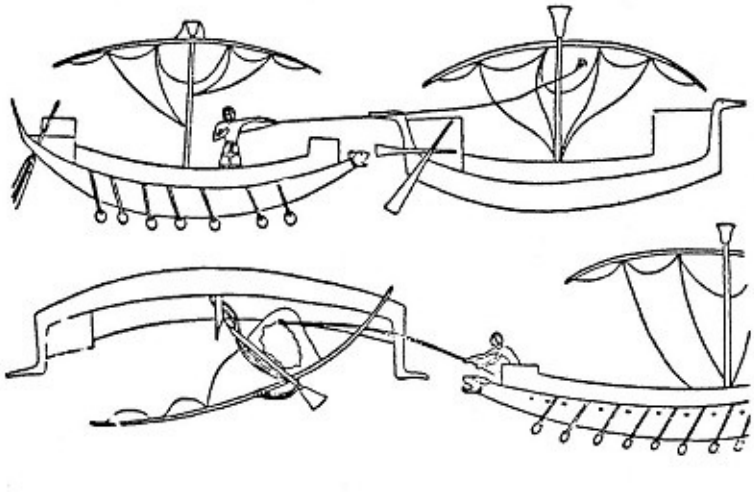


**Figura 6.** Los egipcios arponan y vuelcan con arpeos las naves adversarias (de Medinet Habu).

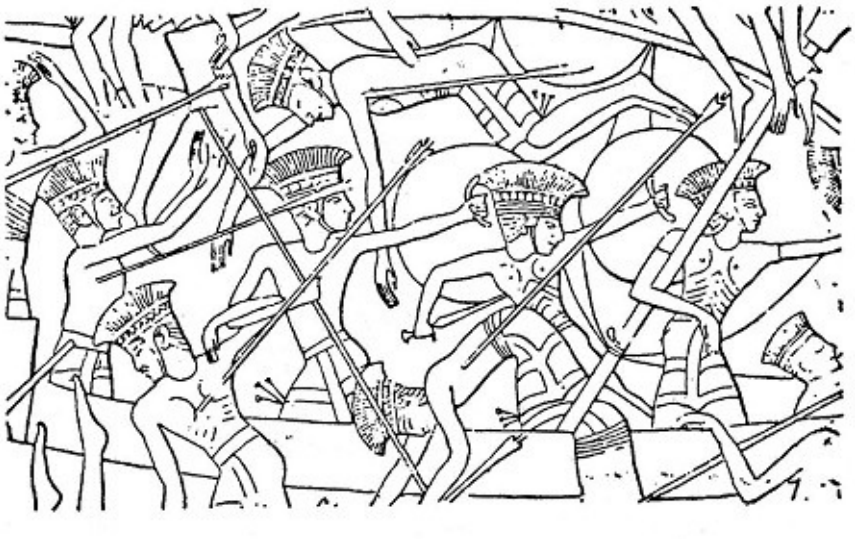


**Figura 7.** Los invasores son arrollados por las flechas de los egipcios (de Medinet Habu).



**Figura 8.** Los invasores capturados son convertidos en esclavos: los egipcios los cuentan, los registran y los marcan a fuego (de Medinet Habu).



**Figura 9.** El faraón vencedor, después del triunfo, mata personalmente ante sus súbditos a uno de los reyes invasores capturado (de Medinet Habu).




**Figura 10.** La isla de Santorini. Hace unos tres mil años la isla explotó, lo que provocó un catastrófico maremoto, que habría destruido la civilización minoico-cretense. Según algunos estudiosos modernos, la Atlántida se identificaría con la minúscula isla egea. Pero la hipótesis se revela forzada.



**Figura 11.** El denominado «elefante maya» en la estela B en Copán, dibujado por sir Alfred P. Maudslay.

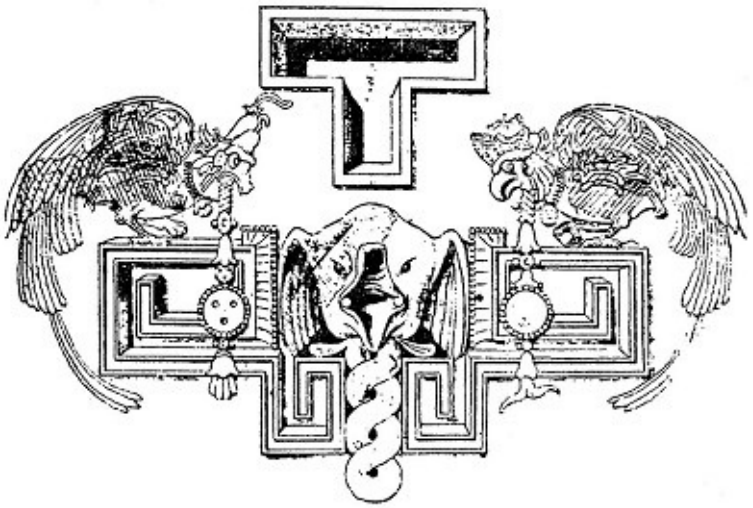


**Figura 12.** Decoración maya de Palenque que representa a un supuesto elefante (*Illustrated London News*, 1924). Los escépticos lo consideran un tapir.

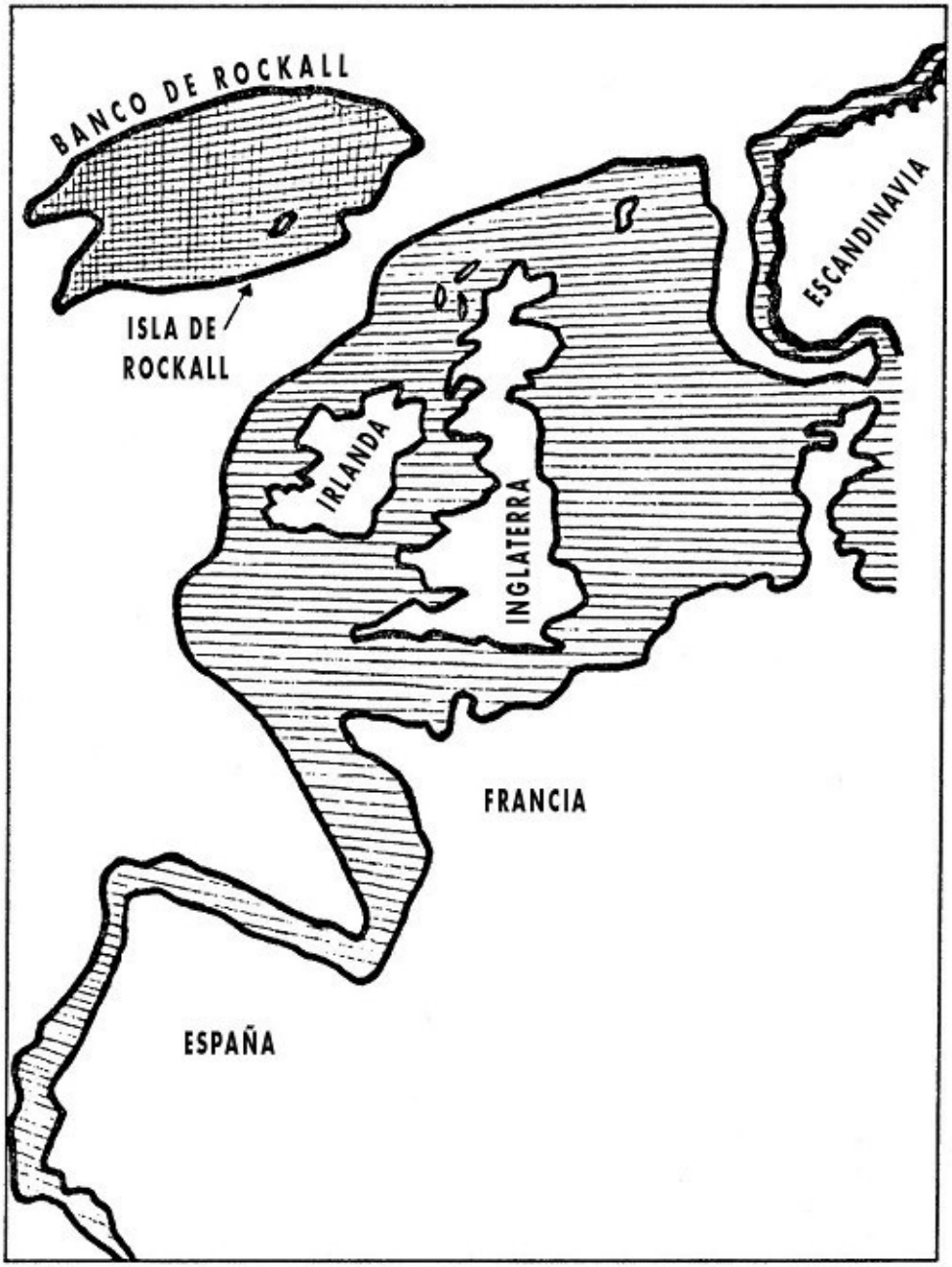



**Figura 13.** Los fondos atlánticos costeros de la Europa occidental: la zona rasgueada es muy poco profunda y a lo mejor en el pasado estaba en la superficie. La zona cuadriculada identifica el banco de Rockall, y corresponde a las dimensiones de la Atlántida platónica (3.000 × 2.000 estadios = 533 × 354 km [1 estadio = 177,60 m]).

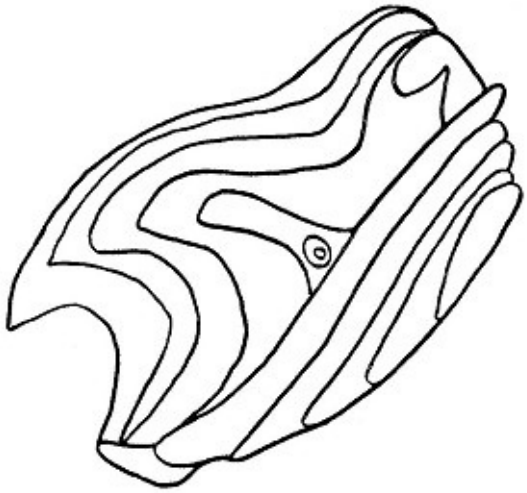


**Figura 14.** El banco de Rockall en su reconstrucción altimétrica realizada por Luciano Lecca.

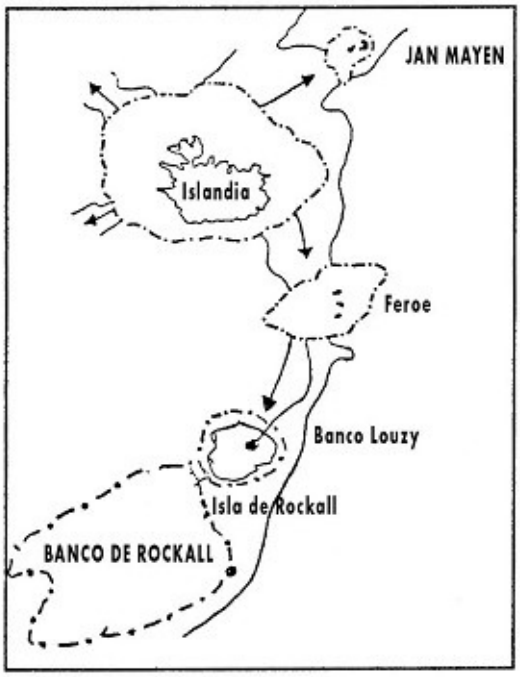



**Figura 15.** Hundimientos en la cuenca del océano Ártico, según Frithjov Nansen. La línea discontinua de la isóbata –1.000 y –1.500 m marca las mesetas de las islas que se encontraban sobre el nivel del océano. La zona del océano Ártico presenta el mismo fenómeno del hundimiento que se da en la zona de las Azores (Luciano Lecca).

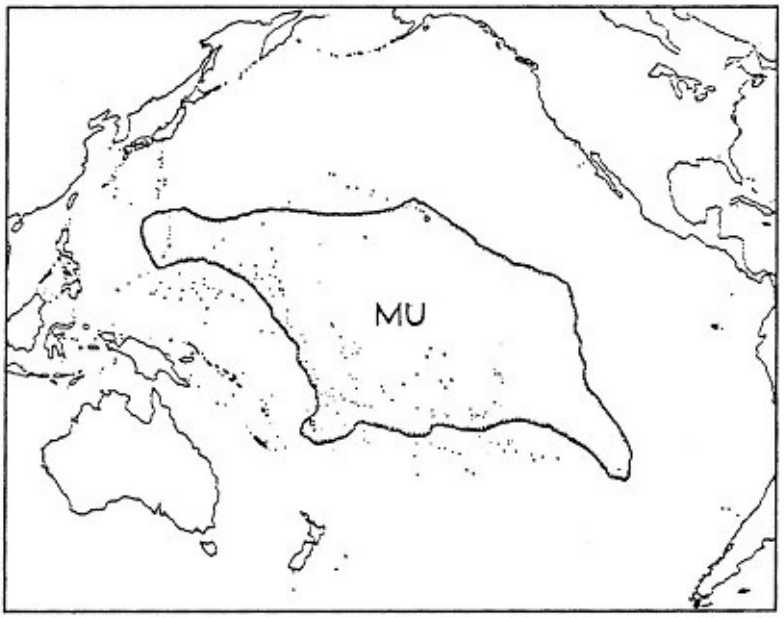



**Figura 16.** Mapa del océano Pacífico que muestra el continente perdido de Mu según Churchward.




**Figura 17.** Este mapa puede explicar el cataclismo que, como dice la tradición, provocó el hundimiento del continente de Hiva.

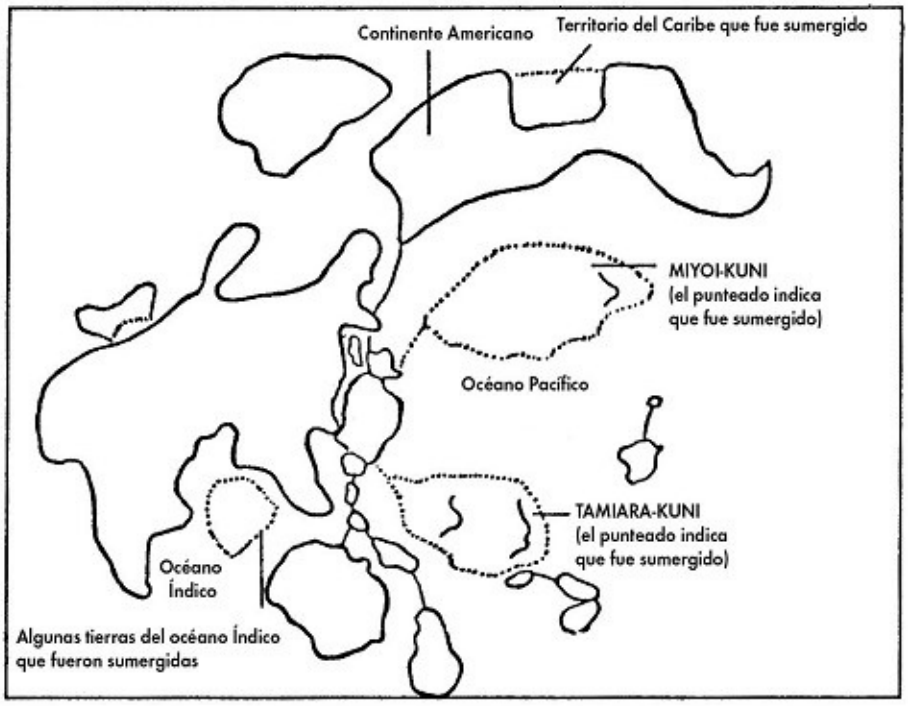



**Figura 18.** El mapa del Mundo Antiguo, hace unos siete mil años. (M. Kushi).

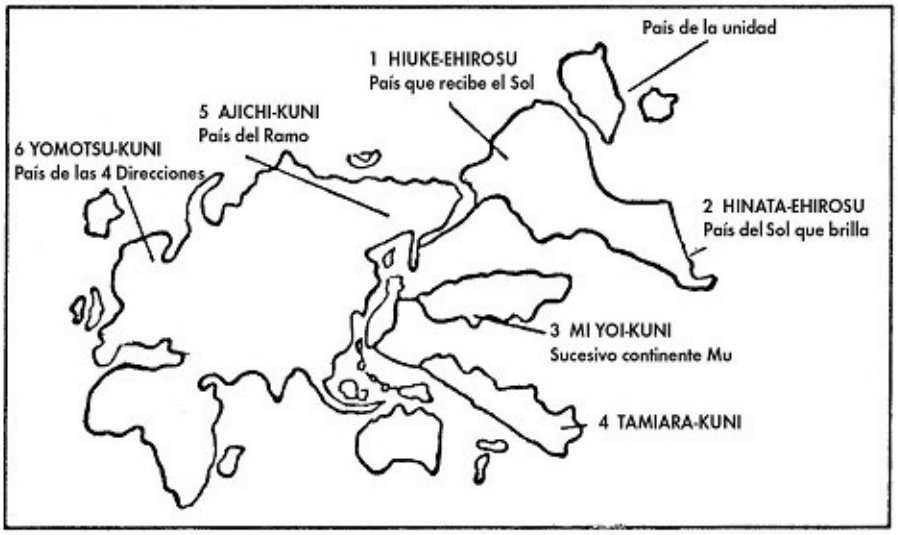



**Figura 19.** El mapa del Mundo Antiguo, hace unos diecisiete mil años. (M. Kushi).




**Figura 20.** Los fondos afro-índicos del océano Índico con sus archipiélagos correspondientes: ¿son los restos de un antiguo «puente continental» de Lemuria en otro tiempo emergida?

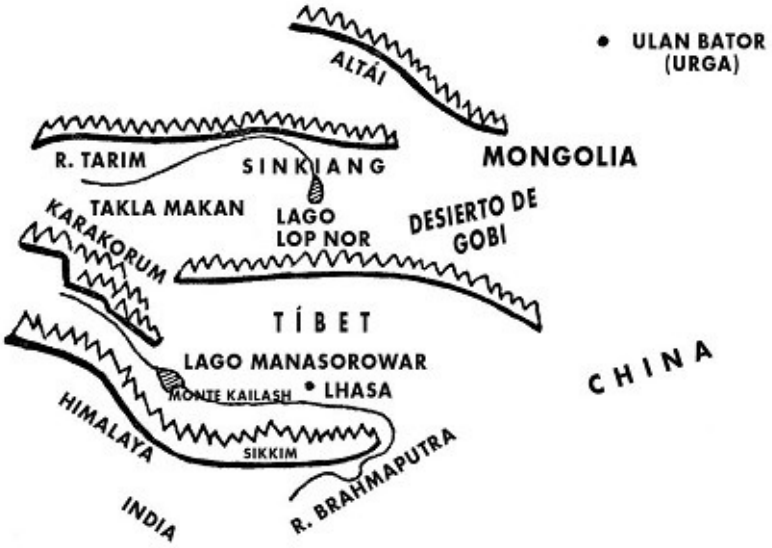



**Figura 21.** El monte Kailash, cerca del lago Manasorowar, está tradicionalmente considerado por los budistas e hinduistas como una «puerta» de Shamballa, la capital del reino subterráneo de Agharti ligado a la civilización antediluviana y a los míticos Señores de la Llama procedentes del cielo.

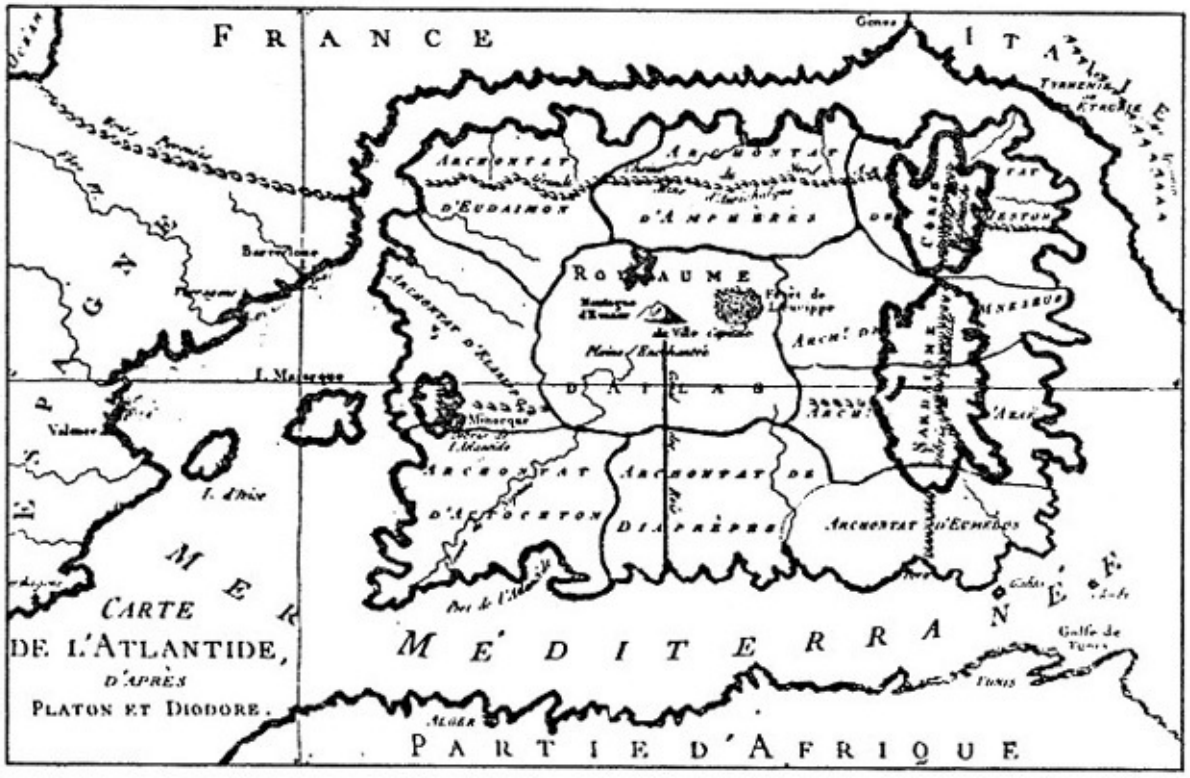



**Figura 22.** Este mapa de Heinrich-Julius von Klaproth, orientalista alemán (1783-1835), identifica la Atlántida con una perdida Tirrénide, cuyos restos todavía visibles estarían constituidos por Cerdeña, Córcega y las Baleares, y llegó a indicar los varios «arcontados» en los que habría estado dividida.

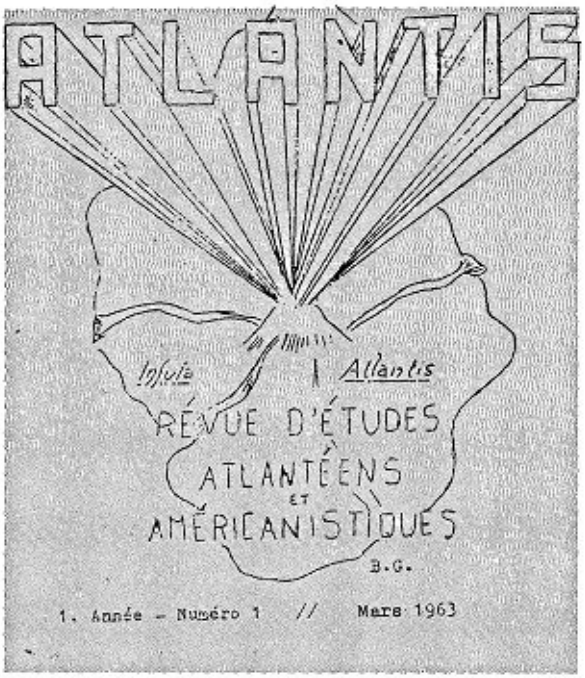


**Figura 23.** Portada de la última revista sobre la Atlántida de ámbito internacional publicada en Italia: *Atlantis*, dirigida en 1963 por Leonardo Bettini (con textos en francés, inglés e italiano)

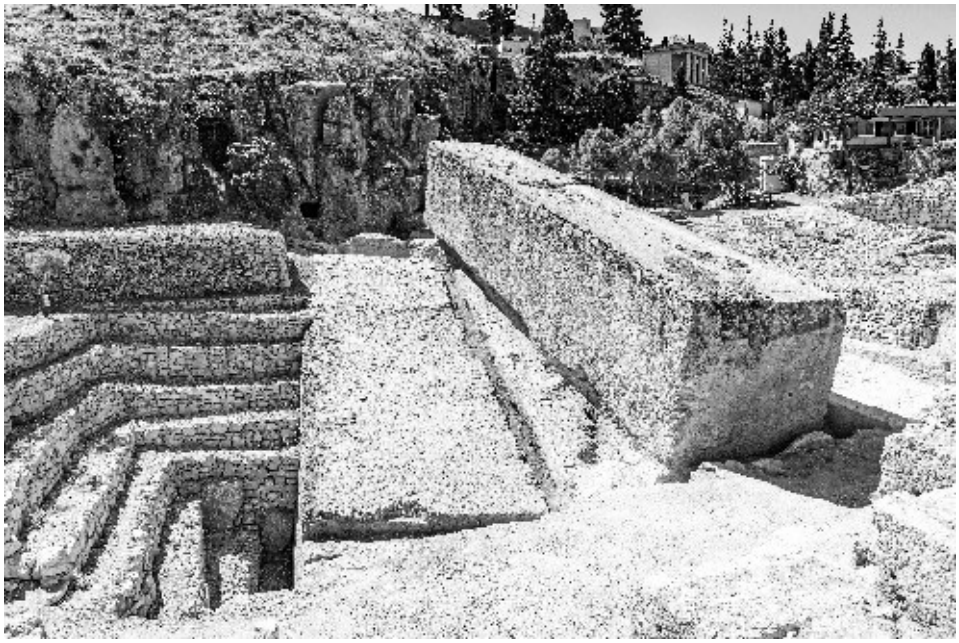


**Figura 24.** Antigua ciudad de Baalbek en Líbano.

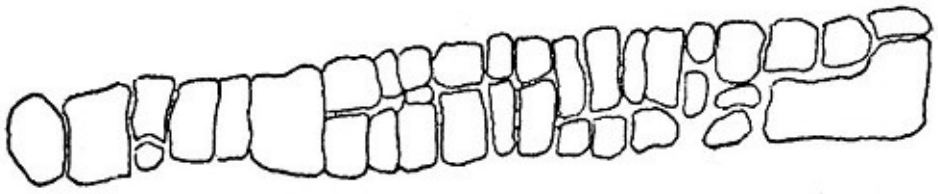


**Figura 25.** ¿Una arquitectura megalítica también en América en el fondo del mar? El trazado del «muro de Bimini» (aquí parcialmente reproducido) denota la construcción de estructuras ciclópeas por parte de arquitectos desconocidos: ¿venían de la Atlántida?



**Figura 26.** Decoración de piedra maya de la ciudad de Cobá. El bajorrelieve muestra en términos estilizados la huida de los antepasados de los pueblos mesoamericanos de una isla en el océano destruida por erupciones volcánicas, con relativa inmersión de estructuras monumentales (obsérvese el templo arriba a la izquierda, cerca del volcán): la mítica Aztlán, proyección precolombina de la Atlántida.

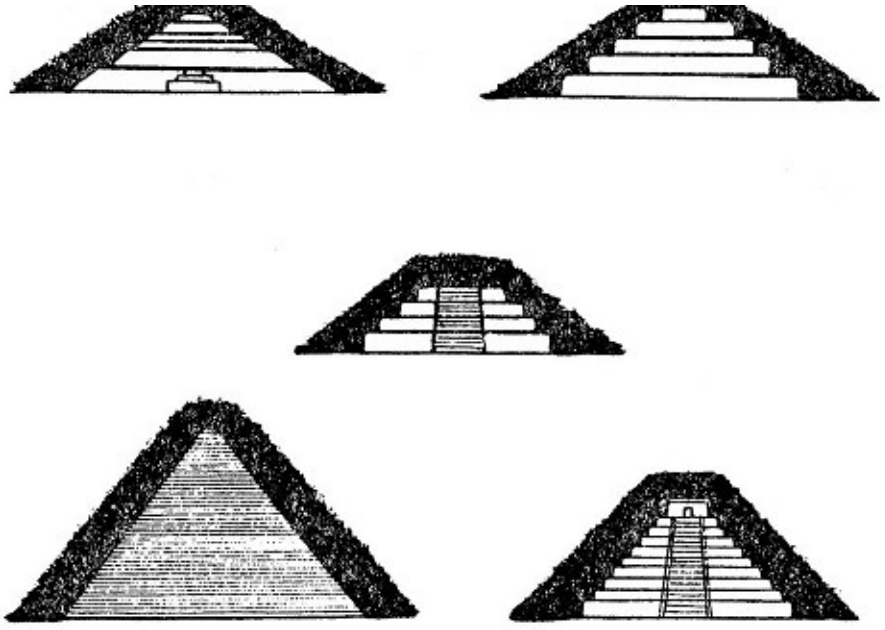


**Figura 27.** Pirámides a ambos lados del Atlántico: ¿recuerdo de una arquitectura común? 1. Pirámide de Teotihuacán, México; 2. Pirámide de Sakkara, Egipto; 3. Pirámide de las Canarias; 4. Pirámide de Keops en Guiza, Egipto; 5. Pirámide de Chichén Itzá, Yucatán.

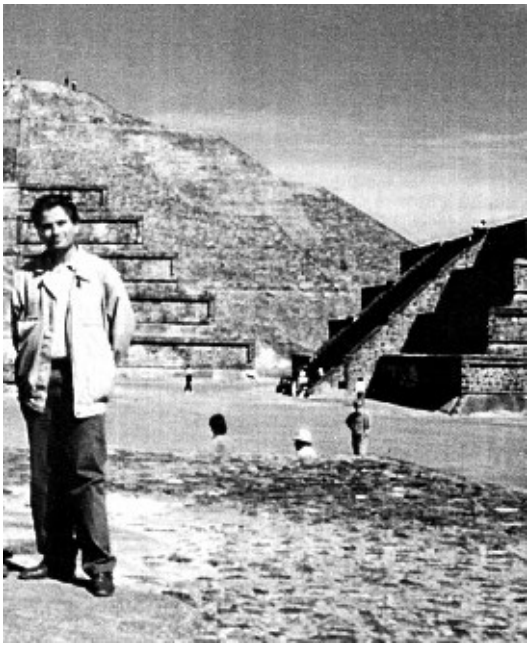


**Figura 28.** El autor en las pirámides de Teotihuacán en México.




**Figura 29.** Cuando en el océano Atlántico todavía había tierras emergidas, probablemente el Mediterráneo estaba unido al mar Caspio y al lago de Aral a través del mar Negro, las islas británicas formaban un todo con Europa, y el Sáhara, entonces fértil, estaba caracterizado por tener vastos mares interiores (el denominado lago Tritonis).



**Figura 30.** La cruz (o llave) de Atlántida. Símbolo presente en el área norteafricana, denominado así por muchos estudiosos en cuanto que parece corresponder a la síntesis planimétrica de la capital del continente perdido tal como la describe Platón, con sus laberínticas canalizaciones portuarias interiores. Tal vez sea un equivalente *ante litteram* de las barras y estrellas norteamericanas de hoy, el emblema del más poderoso imperio marítimo global del pasado antediluviano.

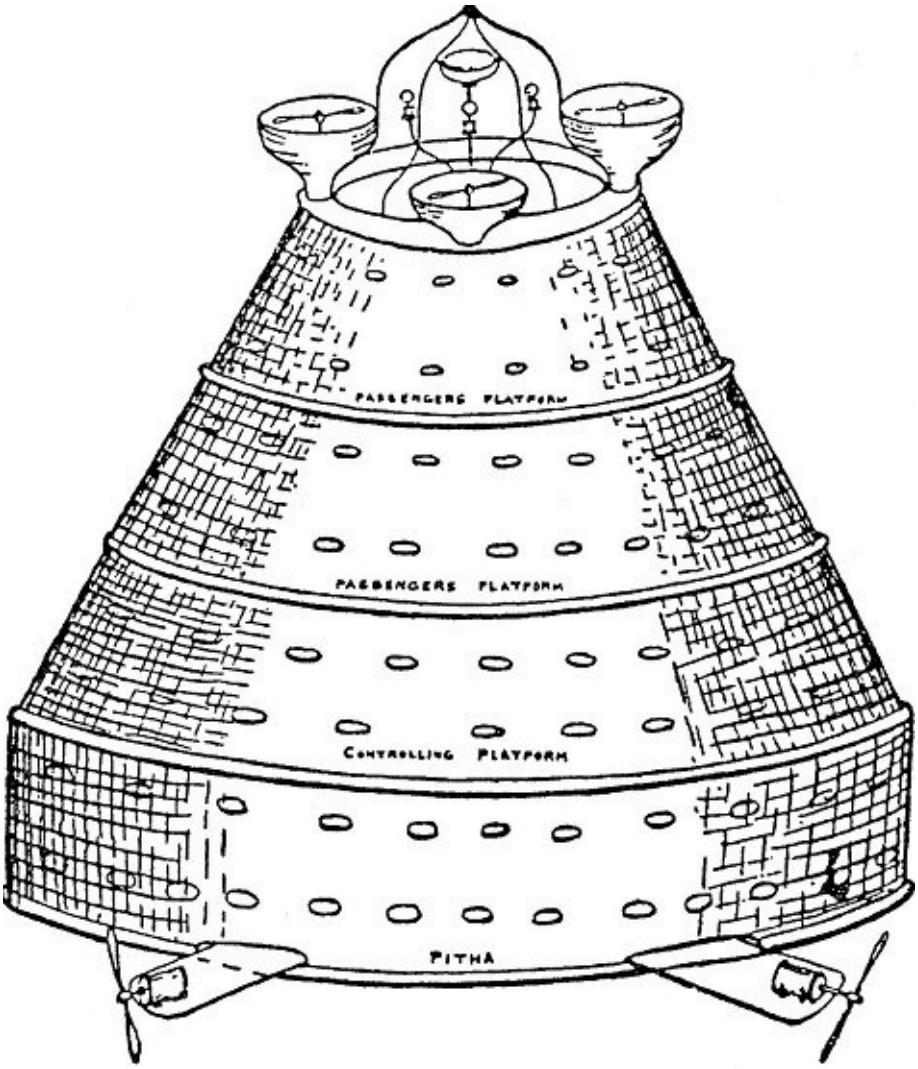



**Figura 31.** Moderna representación, extraída de las descripciones de la literatura hindú, de los míticos *vimanas*, los vehículos aéreos de la protohistoria indo-aria. Son fruto de la tecnología de los celestes que habría caracterizado la civilización avanzada de la Atlántida en las Siete Islas del Mar de Occidente (el Atlántico septentrional) en la Edad de Oro.

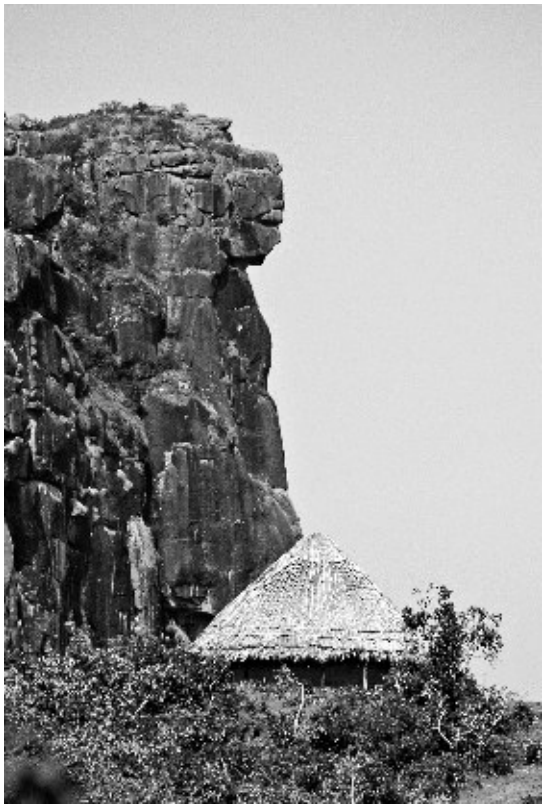


**Figura 32.** Boceto del perfil (claramente indoeuropeo y femenino) de la enorme «estatua rupestre» esculpida en la roca denominada la *Señora de piedra*, descubierta por Angelo Pitoni en Guinea Conakri en 1966: mide 160 m de altura y podría tener veinticinco mil años.

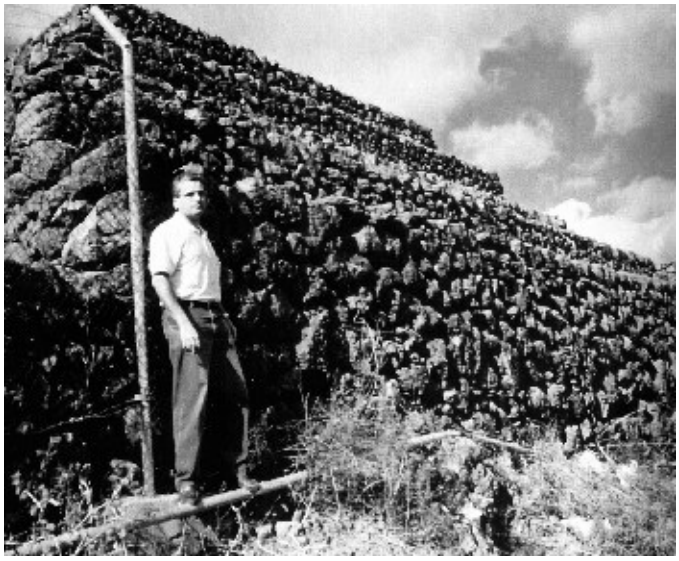


**Figura 33.** El autor en las pirámides de Guimar, en Tenerife.

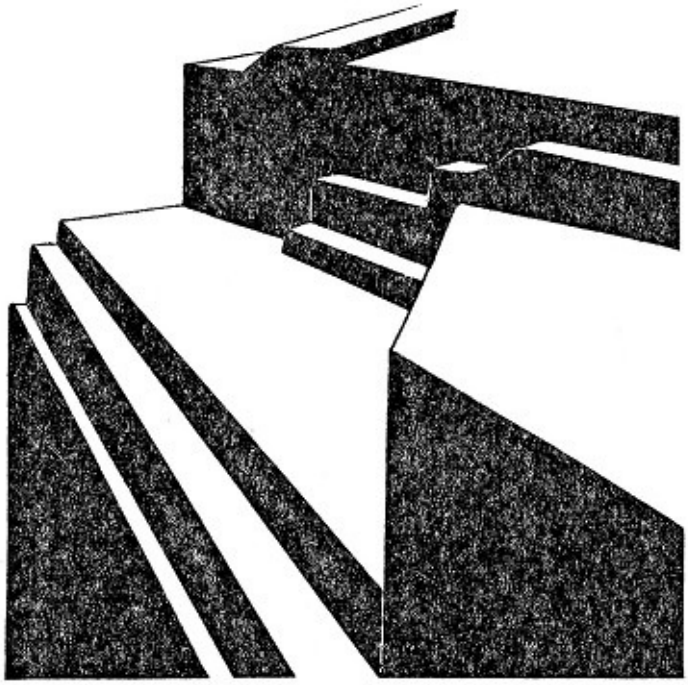


**Figura 34.** Así se presenta ante los buzos el complejo de Yonaguni en el océano Pacífico, a la altura de Okinawa. ¿Los escalones son naturales o artificiales?



**Figura 35.** El autor sumergiéndose en las aguas de Tenerife.

# Cronología*

## I. Fechas astronómicas

1. Fecha de inicio del calendario hindú (Bellamy) 11653 a. C.
2. Fecha de inicio de los calendarios egipcio y asirio (Donnelly) 11542 a. C.
3. Equinoccio de primavera en el primer signo del zodíaco (Leo) en el templo egipcio de Denderah (Bellamy) 11000 a. C.
4. Colisión del cometa Halley con la Tierra (Kamienski) 9541 a. C.
5. Fecha de inicio del calendario maya-olmeca (Henseling-Zajdler) 8498-8499 a. C.
6. Inicio de las primeras observaciones astronómicas por parte de los pueblos de América central (Henseling-Zajdler) 8000 a. C.
7. Llegada del dios Thoth a Egipto y equinoccio de primavera en el signo de Cáncer (Filippov) 7256 a. C.
8. Era del Toro (Kamienski) 4500-2350 a. C.

## II. Fechas geológicas y climáticas

9. Datación de las cristalizaciones basálticas en el Atlántico según Termier 13000 a. C.
10. El casquete polar empieza a retirarse de Europa (De Geer) 13000 a. C.
11. Fase interglaciar en Europa 11250-10500 a. C.
12. Situación subaérea en los fondos del Atlántico norte (Broecker y Kulp) 10000 a. C.
13. Grandes erupciones volcánicas en el Atlántico septentrional (Bramlette-Bradley-Klenova-Lavrov) 10000 a. C.
14. Fase interglaciar avanzada en Europa 10000-8500 a. C.
15. Penetración de las aguas templadas en la corriente del Golfo en el Ártico (Yermolayev) 10000-8000 a. C.
16. Fase interglaciar en América septentrional 9500 a. C.
17. Retirada gradual de los hielos alpinos 9400-9300 a. C.
18. Última erupción del volcán Eifel (Straka) 9350 a. C.

19. Rápido aumento de la temperatura en las aguas del Atlántico septentrional (Emiliani) 9000 a. C.
20. Inicio de la retirada de los hielos en Escandinavia (De Geer) 8515 a. C.
21. Primer cambio de hábitat de los foraminíferos en el Atlántico nororiental (Ericson y Wollin) 8000 a. C. ca
22. Última máxima climática en Europa 5000-2500 a. C.
23. Las aguas templadas del Atlántico llegan al mar de Kara (Yermolayev) 3000-1000 a. C.
24. Catástrofe climática en Europa (Brookes) 500-150 a. C.
25. Consolidación de las actuales condiciones climáticas en el Atlántico septentrional (Ericson y Wollin) Inicio de la era cristiana

## III. Fechas históricas

26. Paleolítico en América meridional: cultura Wiscachini (Ibarra Grasso) 50000 a. C.
27. Los asentamientos humanos más antiguos en América septentrional (Brennan, Broecker-Kulp, Lee) antes de 30000 a. C.
28. Últimos neandertales en Europa occidental (Tavernier y Heinzelin) 32000 a. C.
29. El hombre de cromañón aparece en Europa occidental (cultura de Aurignac) 24500-11500 a. C.
30. El Diluvio *(Códice Vaticano)* 13100 a. C.
31. Dinastías divinas en Egipto (Heródoto) 12000 a. C.
32. Cultura magdaleniense en Europa occidental 11000-7000 a. C.
33. Cultura masma en América meridional (Ruzo) 10000 a. C.
34. Dinastías divinas (papiro de Turín) 9850 a. C.
35. Destrucción de la Atlántida (Platón) antes de 9600 a. C. (Muck y Zajdler) antes de 8570 a. C.
36. Final del período de las erupciones volcánicas *(Códice Vaticano)* 8300 a. C.
37. Asentamiento de tipo urbano cubierto de masas de lava en Pedregal en México (Bellamy) 8100 a. C.
38. Asentamientos protourbanos en Palestina 8000 a. C.
39. Inicio del Neolítico en Creta (Evans) 8000 a. C.

40. Cultura caracterizada por la pintura sobre roca del búfalo en el Tassili sahariano (Lhote) 8000-6000 a. C.
41. Cultura Azil-Tardenhauz en Europa occidental 7500-5500 a. C.
42. Asentamientos urbanos en Palestina 6840 a. C.
43. Cultura de los palafitos (neolítica) en Suiza 6750 a. C.
44. Inicio del Neolítico en Creta (Pendlebury) 6700 a. C.
45. Crónicas turdetanas o de Tartessos (Estrabón) antes de 6000 a. C.
46. Protocultura de los megalitos en Malta 6000-5000 a. C.
47. Protocultura del cobre (calcolítica, o eneolítica) en Oconto (EE. UU.) 5500-5000 a. C.
48. Primera monarquía faraónica (Menes) en el Egipto unificado (Manetone) 4248 a. C.
49. Egipto predinástico 4000-3500 a. C.
50. Megalitos en Escandinavia (Montelius) 4000-2000 a. C.
51. Asentamientos de tipo urbano en Panamá con la cultura coclé (Verril) antes de 3000 a. C.
52. Reino Minoico Antiguo en Creta 3000-2000 a. C.
53. Existencia de los estratos más antiguos de Troya (Troya I-II) que indican una estructura urbana consolidada (Childe) 2750-2500 a. C.
54. Reino de Zóser, faraón egipcio de la III Dinastía y constructor de la homónima pirámide escalonada 2800 a. C.
55. Destrucción de *Aldland* en el Atlántico según la crónica *Oera Linda Boek* de los frisones 2193 a. C.
56. Reino Minoico Medio en Creta 1850-1550 a. C.
57. Invasión de Egipto por los pueblos del mar 1300-1150 a. C.
58. Grandes erupciones volcánicas en el Atlántico central (Hannón cartaginés) 525 a. C.

# Bibliografía

La más completa y válida bibliografía sobre la atlantología es y sigue siendo la contenida en el volumen de Jirov, Nikolaj F., *Atlantida* (traducción inglesa, *Atlantis*, Moscú, 1970), a la que remitimos. La siguiente lista comprende las obras principales publicadas entre 1970 y 2001.

## Obras en lengua extrajera


ABARTIAGUE, William d', *L'Atlantide et les Basques: Essai de Bibliographie*, Bayona, Courrier, 1937.

ABBASSI, Ali-Bey El, pseudónimo de Domingo Badia y Leyblich, *Voyages en Afrique et en Asie*, 3 vol., París, 1814 (el capítulo XIX es sobre la Atlántida).

—, *Travels in Morocco, Tripoli, etc*. (1803-1807), 2 vol., Londres, 1816.

ADAMS, Frank Dawson, *The Birth and Development of the Geological Sciences*, William & Wilkins, Baltimore, 1938.

ALFORD, Alan F., *Gods of the New Millennium*, Eridu Books, Walsall (Reino Unido) 1996 [*Los dioses del nuevo milenio*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1997].

—, *The Phoenix Solution: Secrets of a Lost Civilization*, Hodder and Stoughton, Londres, 1998.

—, *When the Gods Came Down*, Londres, 2000.

ALLAN, D. S. y DELAIR, J. B., *When the Earth Nearly Died: Compelling Evidence of a Catastrophic World Change in 9500 B.C.*, Gateway Books, Bath (Reino Unido), 1995.

ANDERSEN, Johannes C., *Myths and Legends of the Polynesians*, Farrar & Rinchart, Nueva York, 1928.

ANDERSON, Wing, *Seven Years that Change the World*, Kosmon, Los Ángeles 1940-1944 (libro de profecías).

ANDREWS, Charles M., *Ideal Empires and Republics (Rousseau's Social Contract, More's Utopia, Bacons New Atlantis, Campanella's City of the Sun)*, Dunne, Washington, 1901.

ASHE, Geoffrey, *Atlantis*, Thames & Hudson, Londres, 1992.

ATIENZA, Juan C., *Les survivants de l'Atlantide*, Ed. du Rocher, Múnich, 1982 [*Los supervivientes de la Atlántida*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1978].

AVEZAC-MACAYA, M. A. P. d', *Les Îles Africaines de l'Océan Atlantique*, París, 1848, tomo IV, parte II, cap. I.

BABCOCK, William H., *Legendary Islands of the Atlantic (A Study in Medieval Geography)*, American Geografic Society, Nueva York, 1922.

—, «Atlantis and Antiilia», en *The Geographical Review*, vol. III, n.º 5, mayo de 1947, pp. 392-395.

BAER, Frédéric-Charles, *Essai historique et critique sur l'Atlantique des anciens*, Seguin, Aviñón, 1835.

BAIKIE, James, A *History of Egypt (from the Earliest Times to the End of the XVIIIth Dynasty)*, Black, Londres, 1929.

BAILLY, J. S., *Lettres sur l'Atlantide de Platon*, París, 1778; Londres, 1779,[2] 2 vol.

BALCH, Edwin Swift, «Atlantis or Minoan Crete», en *The Geographical Review*, vol. III, n.º 5, mayo de 1947, pp. 388-392.

BALLARD, Guy Warren («Godfré Ray King»), *Unveiled Mysteries*, Saint Germain, Chicago, 1939 (la biblia del culto I am).

BALMONT, C., *Visions Solaires*, Bossar, 1923.

BANNING, Pierson Worral, *Maker, Man and Matter*, International Book Concern, Los Ángeles, 1924 (atlantismo oculto).

BARTOLI, *Essai sur l'explication historique donnée par Platon de sa République et de son Atlantide*, París, 1780.

BAUDELOT DE DAIRVAL, C.C., «Dissertation sur l'Atlantide», en *Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, tomo V, París, 1729.

BEAZLEY, C. Raymond, *The Dawn of Modem Geography (A History of Exploration and Geographical Science)*, 3 vol., Murray, Londres, 1897-1903.

BECHOFER-ROBERTS, Carl Eric, *The Mysterious Madame: Helena Petrovna Blavatsky*, Brewer & Warren, Nueva York, 1931.

BELLAMY, Hans Schindler, *Moons, Myths and Man (A Reinterpretation)*, Faber & Faber, Londres, 1936.

—, *Built Before the Food (The Problem of the Tiahuanaco Ruins)*, Faber & Faber, Londres, 1942.

—, *The Atlantis Myth*, Faber & Faber, Londres 1948 (teoría del hielo cósmico de Hörbiger).

BENOÎT, Pierre, *L'Atlantide*, Michel, París, 1920.

BÉRARD, Victor, «L'Atlantide de Platon», en *Annales de Géographie*, vol. XXXVIII, n.º 213, 15 mayo de 1920, pp. 193-205.

BERLIOUX, Étienne-Félix, *Les Atlantes: Histoire de l'Atlantis et de l'Atlas Primitif*, Leroux, París, 1883.

BENHELOT, S., *Antiquités Canariennes* (con mapa), París, 1879.

BESANT, Annie Wood, *The Ancient Wisdom (An Outline of Theosophical Teachings)*, Theosophical Publishing House, Adyar, 1897-1939.

BESSMERTNY, Alexandre, *L'Atlantide (Exposé des hypothèses relatives à l'énigme de l'Atlantide)*, Payot, París, 1935 (traducción del alemán de *Das Atlantis-Rätsel* de Bessmertny, con apéndice sobre las hipótesis de F. Gidon).

BETHENCOURT, Emiliano E., DE LUCA, Francisco P. y PERERA, Francisco E., *Las piramides de Canarias y el valle sagrado de Güímar*, Reyes, Tenerife, 1996.

BJÖRKMAN, Edwin, *The Search for Atlantis*, Knopf, Nueva York, 1927.

BLAVATSKY, Helena Petrovna (Yelena Petrovna Blavatskaya), *The Secret Doctrine (The Synthesis of Science, Religion and Philosophy)*, 6 vol., Theosophical Publishing House, Adya, 1888-1938 [*La doctrina secreta*, Buenos Aires, Ediciones Librería Argentina, 2012].

—, *The Mahatma Letters to A.P Simmet (from the Mahatmas M. and K.H., Transcribed, and with an Introduction by A.T. Barker)*, Rider, Londres, 1923-1933.

BLOM, Frans, *The Conquest of Yucatan*, Houghton Mifflin, Boston, 1936 (los maya).

BLOOMFIELD, Paul, *Imaginary Worlds (or the Evolution of Utopia)*, Hamilton, Londres, 1932.

BOAS, Franz, *Race, Language, and Culture*, Macmillan, Nueva York, 1940.

BOISTOLIN, J., *Les peuples de France, les Atlantes*, París, 1878.

BONNIER, Gaston, «L'Atlantide et les Continents Disparus», en *La Nouvelle Revue*, serie III, vol. I, 15 de enero de 1908, pp. 145-157.

BONSOR, George, *Tartesse*, Hispanic Society of America, Nueva York, 1922.

BORY DE SAINT-VINCENT, J. B. M., *Essai sur les Îles Fortunées de l'antique Atlantide, ou Précis de l'Histoire Générale de l'Archipel des Canaries* (con

mapa e ilustraciones), París, 1803.
BOUCHET, P., *Les Derniers Atlantes*, edición del autor, 1959.
BOULANGER, *L'Antiquité dévoilée par les usages*, 3 vol., Ámsterdam, 1766.
BRAGHIN, Alexander Pavlovitch (coronel), *The Shadow of Atlantis*, Dutton, Nueva York, 1940.
BRAMWELL, James Guy, *Lost Atlantis*, Harper, Nueva York, 1938.
BRANDENSTEIN, Wilhelm, *Atlantis*, Gerold & Co., Viena, 1951.
BRASSEUR DE BOURBOURG, E. C. (abad), *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale durant les siècles antérieurs à C. Colomb*, 4 vol., París, 1857-1859.
—, *Popol Vuh (le Livre Sacré et les Mythes de l'Antiquité Américaine, avec les Livres Héroïques des Quichés)*, Durand, París, 1861.
—, *S'il existe de sources de histoire primitive du Mexique dans les monuments Egyptiens*, París, 1864.
—, *Manuscript Troano (Études sur la Système et Langue des Mayas), 2* vol., Impériale, París, 1869.
BRENNAN, Herbie, *The Atlantis Enigma*, Judy Piatkus Ltd., Londres, 1999.
BRINTON, Daniel G., *The Books of Chilan Balam (The Prophetic and Historical Records of the Mayas of Yucatán)*, Stern, Filadelfia, 1882 (conferencia).
—, *The Maya Chronicles*, Brinton, Filadelfia, 1882 (texto y traducción de los *Libros de Chilan Balam)*.
BROERMAN, E., *Genèse Atlantide, 2* tomos, ed. La Renaissance du Livre, París, 1930.
BRYAN, Gerald B., *Psychic Dictatorship in America*, Truth Research, Los Ángeles, 1940 (descripción del culto I am).
BUELNA, E., *Mémoire sur l'Atlantide*, C.R. Congrès International des Américanistes, *La Atlantida y la Ultima Tulé*, México, 1895.
BUFFAULT, Pierre, «L'Atlantide de Platon», en *Revue Philomathique*, vol. XXXIX, n.º 2, abril-junio de 1936, pp. 49-63.
BUNBURY, Edward Herbert, *A History of Ancient Geography (Among the Greeks and Romans from the Earliest Ages till the Fall of the Roman Empire), 2* vol., Murray, Londres, 1883.
Burgos Stone, Héctor, *Amáraka, mundo sin tiempo*, Ediciones Hirana Padme, Guayaquil (Ecuador) s.f.
BURROWS, Russel y RYDHOLM, Fred, *The Mistery Cave of Many Faces*,

Superior Heartland, Marquette (Michigan), 1992.
BUTAVAND, F., *La Véritable Histoire de l'Atlantide*, Chiron, París, 1925.
BUTLER, Samuel, *The Authores of the Odyssey*, Jonathan Cape, Londres, 1897-1922.
CAILLEUX, T., *Pays Atlantiques déscrits par Homère*, París, 1879.
CALLEJA, «Notes diverses sur les relations entre les Phéniciens et l'Amérique du Sud», en *Bulletin de la Société Géographique*, Argel, 1899-1903.
CAMPANAKIS, P., *Communications des deux mers par l'Atlantis à l'époque préhistorique*, 1892 (obra manuscrita conservada por la Sociedad Geográfica de París).
CARLI, G. R. (conde), *Lettres Américaines, dans lesquelles on examine l'origine des anciens habitants de l'Amérique et la dernière révolution qui a fait disparaître l'Atlantide, pour faire suite aux «Mémoires» de D. Ulloa*, 2 vol., París, Boston, 1788.
CASGHA, Jean-Yves, *Les archives secrets de l'Atlantide*, Ed. du Rocher, Múnich, 1981.
CASSON, Stanley, *The Discovery of Man (The Story of the Inquiry into Human Origins)*, Harper, Nueva York, 1939.
CERVÉ, Wishar S., *Lemuria, the Lost Continent of the Pacific*, Rosicrucian Press, San José, 1931.
CHADWICK, Hector Munro, *The Heroic Age*, Cambridge University Press, Cambridge, 1912 (estudio sobre la poesía épica).
CHAMBERS, Edmund Kerchever, *The History and Motives of Literary Forgery*, Blackwell, Oxford, 1891.
CHANEY, Ralph W., «Tertiary Forests and Continental History», en *Bulletin of the National Geologic Society of America*, vol. LI, 1.° de marzo de 1940, pp. 469-488.
CHARPENTIER, Louis, *Les Geants et le mystere des origenes*, Laffont, París, 1969 [*Los gigantes y el misterio de los orígenes*, Barcelona, Plaza & Janés, 1976].
CHARROUX, Robert, *Le livre du mysterieux inconnu*, Laffont, París, 1969 [*El libro del pasado misterioso*, Barcelona, Plaza & Janés, 1980].
—, *Le livre des mondes oubliés*, Laffont, París, 1971 [*El libro de los mundos olvidados*, Barcelona, Plaza & Janés, 1976].
—, *L'enigme des Andes*, Laffont, París, 1977 [*El enigma de los Andes*, Barcelona, Plaza & Janés, 1976].

CHATWIN, C. P., «The Lost Atlantis», en *The South-Eastern Naturalist and Antiquary*, vol. XLIV, 1940, pp. 41-51.
CHILDRESS, D. H., *The Children of Mu*, Washburn, Nueva York, 1931-1945.
—, *The Sacred Symbols of Mu*, Washburn, Nueva York, 1933-1945.
—, *Ancient Micronesia and the Lost City of Nan Madol*,
—, *Ancient Tonga and the Lost City of Mu'a*;
—, *Lost Cities and Ancient Mysteries of Africa and Arabia*;
—, *Lost Cities and Ancient Mysteries of South America*;
—, *Lost Cities of Ancient Lemuria and the Pacific* [*Las ciudades perdidas de Lemuria*, Barcelona, Martínez Roca, 1991].
—, *Lost Cities of Atlantis, Ancient Europe and the Mediterranean*;
—, *Lost Cities of China, Central Asia and India*;
—, *Lost Cities of North and Central America*;
—, *Vimana Aircraft of Ancient India and Atlantis*; todos publicados por Adventures Unlimited Press, Kempton (Illinois), 1986-1999.
CHURCHWARD, James, *The Lost Continent of Mu*, Washburn, Nueva York, 1926-1933 [*El continente perdido de Mu*, Barcelona, ATE, 1978].
CLYMER, R. Swinburne, *The Philosophy of Fire*, Philos. Pub. Co., Quakertown, 1920.
CONCEPCIÓN, José Luis, *Los guanches que sobrevivieron y su descendencia*, ACIC (Asociación Cultural de Las Islas Canarias), Santa Cruz de Tenerife, 1982.
COOPER, Gordon, *Dead Cities and Forgotten Tribes*, Philosophical Library, Nueva York, 1952.
COUNTRYMAN, J., *Atlantis and the Seven Stars*, Hale, Londres, 1979.
CREMO, M. A., *Forbidden Archaeology's Impact*, Bhaktivedanta Book Publ., San Diego, 1998.
DACQUÉ, Edgar, *Grundlagen und Methoden der Paläogeographie*, Fischer, Jena, 1915.
—, «Paläogeographie», en *Enzyklopädie der Erdkunde*, Leipzig, 1926.
DALY, Reginald Aldworth, *Our Mobile Earth*, Scribner's, Nueva York, 1926.
—, *Architecture of the Earth*, Appleton-Century, Nueva York, 1938.
—, *The Floor of the Ocean (Nueva Ligh on Old Mysteries)*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1942.
DAUNT, Hew Dalrymple, *The Centre of Ancient Civilization (Discoveries in Ancient Geography and Mythologies)*, Bodley Head, Londres, 1926 (teoría

sobre el origen oriental de la civilización).
DAVIDSON, David-Aldersmith, Herbert, *The Great Pyramid: Its Divine Message*, Williams & Norgate, Londres, 1924.
DAWSON, Christopher, *The Age of the Gods (A Study in the Origins of Culture in Prehistoric Europe and The Ancient East)*, Murray, Londres, 1928.
DE CAMP, L. Sprague y LEY, Willy, *Lands Beyond*, Rinehart, Nueva York, 1952.
DECAUD, Diogenes, *Atlantida: estudio de la historia americana*, Spinelli, Buenos Aires, 1901.
DECAUX, A., *De l'Atlantide à Mayerling*, Lyon, 1954.
DELABARRE, Edmund Burke, *Dighton Rock (A Study of the Written Rocks of New England)*, Neale, Nueva York, 1928.
DELAFOSSE, Maurice, *The Negroes of Africa (History and Culture)*, Associated, Washington, 1931.
DELISLE DE SALES, C. I., *Histoire du Monde Primitif ou des Atlantes, 2* vol., París, 1780.
DERUELLE, Jean, *De la préhistoire à l'Atlantide des mégalithes*, Ed. France-Empire, París, 1990.
DÉVIGNE, Roger, *Un Continent Disparu (L'Atlantide, Sixième Partie du Monde)*, Crès, París, 1924.
DIDEROT, D., «Lettre sur l'Atlantide», en *Opere*, vol. IX, París, 1875.
DOMÍNGUEZ, Manuel Amábilis, *Los Atlantes en Yucatan*, Orión, México City, 1994.
DONNELLY, Ignatius T. T., *Atlantis: The Antediluvian World*, edición de Egerton Sykes, Harper, Nueva York, 1882, 1949.
—, *Ragnarok: The Age of Fire and Gravel*, Harper, Nueva York, 1883, 1970.
DOYLE, Sir Arthur Conan, *The Maracot Deep (and Other Stories)*, Doubleday, Garden City, 1928 (novela).
DURUELLE, J., *De la préhistoire à l'Atlantide des mégalithes*, París, 1990.
DUSAERT (coronel), *La Carie Américain, mère en civilisation de l'antique Egypte*, París, 1882.
DUVILLÉ, D., *L'Aethiopia Orientale ou Atlantide, Initiatrice des Peuples Anciens*, Societé Française d'Éditions Littéraires et Techniques, París, 1936.
EARLL, Tony, *Mu Revealed*, Paperback Library Editions, Nueva York, 1970.
ECKSTEIN d' (barone), *Sur les sources de la cosmogonie de Sanchoniaton*, París, 1860.

EFFLER, Louis R., *The Spirals of Mu-Land*, Toledo (Ohio) 1943 *(pamphlet)*.
ENOCK, C. Reginald, *The Secret of the Pacific*, Fisher Unwin, Londres, 1912.
ERAINES, J. d', *Le problème des origines et des migrations*, París, 1914.
*Euremius, Atlantica Orientalis*, Strengnaes, 1754.
EWING, Maurice, «Exploring the Mid-Atlantic Ridge», en *The National Geographic Magazine*, vol. XCIV, n.º 3, septiembre de 1948, pp. 275 y ss.
—, «New Discoveries on the Mid-Atlantic Ridge», en *The National Geographic Magazine*, vol. XCVI, n.º 5, noviembre de 1949, pp. 611-640.
FABER-KAISER, Andreas, *Sobre el secreto: la isla magica de Pohnpei y el secreto de Nan Matol*, Barcelona, Plaza & Janés, 1985.
FARQUHAR, John Nicol, *Modem Religious Movements in India*, Macmillan, Nueva York, 1915 (teosofía).
FASOLD, David, *The Ark of Noah*, Wyndwood, Nueva York, 1988.
FAWCETT, Percy Harrison (coronel), *Lost Trails, Lost Cities*, Funk & Wagnalls, Nueva York, 1953.
FERMOR, sir Lewis L., «Gondwanaland, a Former Southern Continent», en *Proceedings of the Bristol Naturalists' Society*, 1945, vol. IX, pp. 483-493.
FESSENDEN, Reginald Aubrey, *The Deluged Civilization of the Caucasus Isthmus*, Russell, Boston, 1923.
FISKE, John, *Myths and Myth-Makers (Old Tales and Superstitions Interpreted by Comparative Mythology)*, Houghton Mifflin, Boston, 1872, 1901.
FLERS, H. de, *Des Hypothèses, Gnose*. El capítulo VIII es sobre la Atlántida, I edición de 197 páginas, Clermont 1896. II edición, 1897, con 404 páginas. Otra edición en 1908, con 764 páginas.
FOLIN, L., (marqués), *Les Basques et l'Atlantide*, Biarritz, 1896.
FORREST, H. Edward, *The Atlantean Continent (Its Bearing upon the Great Ice Age and the Distribution of Specie)*, Witherby, Londres, 1933.
FORTIA D'URBAN, A. J. (marqués), *Mémoires pour servir à l'Histoire Ancienne du Globe Terrestre*, 3 vol., Gand 1806; París, 1805-1809, 10 vol. (el vol. IX está dedicado a la Atlántida).
FOURNIÉ, V., «L'Atlantide hyperboréenne au Pôle Nord», en *Bulletin de la Société des Ingénieurs Coloniaux*, octubre-diciembre de 1990.
FOURNIER, A., *Histoire de la vie et des voyages de l'Amiral C. Colomb*, París, 1894 (el cap. II está dedicado a la Atlántida).
FROBENIUS, L., *Mythologie de l'Atlantide*, París, 1949.
GAFFAREL, P., *Étude sur les rapports de l'Amérique et de l'Ancien Continent*

*avant C. Colomb*, París, 1869.
—, «L'Atlantide», en *Annales de la Faculté des Lettres d'Aix*, tomo VII, 1913.
GANN, Thomas y THOMPSON, J. Eric, *The History of the Maya (From the Earliest Times to the Present Day)*, Scribner's, Nueva York, 1931.
GASKELL, Jane, *The Serpent; Atlan; The City*, Hodder & Stoughton, Londres 1963-1966, Paperback Library, Nueva York, 1968-1969.
GATTEFOSSÉ, Jean-Roux, Claudius, *Bibliographie de l'Atlantide et des questions connexes*, Bosc & Riou, Lyon, 1926.
GATTEFOSSÉ, René-Maurice, *La Vérité sur l'Atlantide*, Legendre, Lyon, 1923.
GERMAIN, Louis, «Le Problème de l'Atlantide et la Zoologie», en *Annales de Géographie*, vol. XXII, n.º 123, 15 de mayo de 1913, pp. 209-226.
—, «L'Atlantide», en *Larousse mensuel*, n.º 84, febrero de 1914.
GLADWIN, Harold Sterling, *Men Out of Asia*, Whittlesey, Nueva York, 1947.
GODRON, D. A., *L'Atlantide et le Sahara*, Nancy, 1868.
GODWIN, William, *Lives of the Necromancers*, Chatto & Windus, Londres, 1876.
GOSSART, Jacques, *Les Atlantes hier et aujourd'hui*, Laffont, París, 1986.
GOULD, Charles, *Mythical Monsters*, Allen, Londres, 1886.
GRANT, M., «The Lost Atlantis», en *Journal and Proceedings of the Hamilton Association*, Londres, 1897.
GRAVE, C. J. de, *République des Champs-Elysées sont le nom d'une ancienne République située à l'extrémité septentrionale de la Gaule. Civilisation des Atlantes*.
GRIMM, F. M. (barón), «*Correspondance inédite de Grimm et de Diderot*», París, 1829.
GUERIN DU ROCHER, *Histoire véritable des temps fabuleux, avec suites par les Abbés Chapelle et Bonnaud*, París, 1776-1777.
HAGEN, Victor Wolfgang von, «Waldeck», en *Natural History*, vol. LVI, n.º 10, diciembre de 1946, pp. 450 y ss.
—, *Maya Explorer (John Lloyd Stephens & the Lost Cities of Central America and Yucatan)*, University of Oklahoma Press, Norman, 1947.
—, «Mr. Catherwood Also is Missing», en *Natural History*, vol. LVI, n.º 3, marzo de 1947, pp. 104 y ss.
HAMBRUCH, Paul, *Ponape*, 3 vol., Friedrichsen, de Gruyter & Co., Londres, 1932-1936.
HAPGOOD, Charles, *Maps of the Ancient Sea Kings: Evidence of Advanced*

*Civilization in the Ice Age*, Nueva York, 1966.
HARRIS, Thomas Lake, *Arcana of Christianity (An Unfolding of the Celestial Sense of the Divine World through T. L. Harris)*, New Church Publishing Company and Brotherhood of the New Life, Nueva York, 1858-1867.
HASSLER, Gerd von, *Noahs Weg zum Amazonas*, Gloss, Hamburgo, 1976.
—, *Lost survivors of the Deluge*, Signet Books, Nueva York, 1978.
HATFIELD, Richard, *Geyserldand (Empiricisism in Social Reform)*, edición privada, Washington, 1908 (novela).
HENNIG, P., «Das Ratsel der Atlantis», en *Meereskunde*, 1926.
HETZLER, Joyce Oramel, *The History of Utopian Thought*, Allen & Unwin, Londres, 1923.
HEYERDAHL, *Kon-Tiki*, Rand McNally, Nueva York, 1950 [*Kon-Tiki*, Barcelona, Juventud, 1955].
HEWETT, Edgar L., *Ancient Life in Mexico and Central America*, Bobbs-Merrill, Nueva York, 1936.
HIBBEN, Frank C., *The Lost Americans*, Crowell, Nueva York, 1946 (el origen de los amerindios).
HOLAND, Hjalmar R., *America, 1355-1364 (A New Chapter in Pre-Columbian History)*, Duell Sloane & Pearce, Nueva York, 1946 (viajes precolombinos de los noruegos).
HOLBROOK, Stewart, «A Congressman Rediscovers Atlantis», en *The New York Times Book Review*, 30 de julio de 1944, p. 2 (vida de I. Donnelly).
HONORÉ, Pierre, *Ich fand den weissen Gott*, Frankfurt, 1961 [*La leyenda de los dioses blancos*, Barcelona, Destino, 1965].
HORT, Gertrude M., INCE, Richard Basil y SWAINSON, William Perkes, *Three Famous Occultist (Dr. John Dee, Franz Anton Mesmer, and Thomas Lake Harris)*, McKay, Filadelfia.
HOSCA, L. M., «Atlantis: a Statement of the "Atlantic" Theory Respecting Aboriginal Civilization», en *The Cincinnati Quarterly Journal of Science*, vol. II, n.º 3, julio de 1875, pp. 193-211.
HOSPEL, Paul, «Histoire des idées géographiques relatives à l'Atlantide», en *Bulletin de la Société Royale Belge de Géographie*, 30 de septiembre de 1939, pp. 185-215.
HOWARD, Robert E., *King Kull* (con L. Sprague de Camp, Lin Carter e Björn Nyberg), *Conan; Conan of Cimmeria; Conan the Freebooter; Conan the Wanderer; Conan the Adventurer; Conan the Warrior; Conan the Usurper;*

*Conan the Conqueror; Conan the Avenger*, Lancer Books, Nueva York, s. f.
HOWELLS, W. W., RICKETSON, O.G. y LINTON, Jr. Ralph *et al.*, *Maya (The) and their Neighbours*, Appleton-Century, Nueva York, 1940 (congreso).
HUMBOLDT, A. de, *Cosmos*, 2 vol., París, 1846.
HYNE, Charles J. Cutcliffe, *The Lost Continent*, Harper, Nueva York, 1900 (novela).
IMBELLONI, J. y VIVANTE, A., *Libro de las Atlántidas*, Anexos, Buenos Aires, 1939.
JAGUARIBE, Domingos, *Brasil Antigo, Atlantide e Antiguidades Americanas*, Casa Garraux, São Paulo, 1910.
JAKEMAN, M. Wells, *The Origin & History of the Mayas (A General Reconstruction, in the Light of Basic Documentary Sources and Latest Archaelogical Discoveries)*, Research, Los Ángeles, 1945.
JAMES, Peter y THORPE, Nick, *Ancient Mysteries*, Random House, Nueva York, 1999.
JASTROW, Joseph (edición de), *The Story of Human Error*, Appleton-Century, Nueva York, 1936 *(Terra Australis)*.
JIROV, Nikolai F., *Atlandida*, Moscú, 1964, 1968; traducción inglesa, *Atlantis*, Moscú, 1970.
JOLEAUD, Léonce, *Atlas de Paléobiogéographie*, Lechevalier, París, 1939.
JOLIBOIS, J. F. (abate), *Dissertation sur l'Atlantide*, Trévoux, 1843.
JOSEPH, Frank, *The Lost Pyramids of Rock Lake*, Galde Press, St. Paul (Minnesota), 1992.
—, *Atlantis in Wisconsin*, Adventures Unlimited Press, Kempton (Illinois), 1999.
KAFTON-MINKEL, Walter, *Subterranean Worlds*, Loompanics, Port Townsend (Washington), 1989.
KHUN DE PROROK, Byron, *Mysterious Sahara (The Land of Gold, of Sand, and of Ruin)*, Reilly & Lee, Chicago, 1929.
KINGSBOROUGH, Lord (Edward King, tercer conde de Kingstone), *Antiquities of Mexico (Comprising Fac-Similes of Ancient Mexican Paintings and Hieroglyphics...)*, 9 vol., Bonn, Londres, 1848.
KNAPP, Philip Coombs, «Crete and Atlantis», en *The Geographical Review*, vol. VIII, n.º 2, agosto de 1919, pp. 126-129.
KNOTEL, A. F. R., *Atlantis und das Volk der Atlanten*, Leipzig, 1893.
KOWACS, Franz, *Le dossier secrete de l'Île de Paques*, J'ai lu, París, 1980.

LANDA, Diego de, *Landa's Relación de las Cosas de Yucatán*, Peabody Mus, Cambridge (Massachusetts), 1941 [entre otras ediciones, *Relación de las cosas del Yucatán. Información y Revistas (Historia 16)*, Madrid, 1992].
LAUNAY, Louis de, «Où était l'Atlantide?», en *La Revue de France*, vol. XVI, n.º 9, 1 de mayo de 1936, pp. 91-113.
LEAF, Walter, *Homer and History*, Macmillan, Londres, 1915.
LE COUR, P., *À la recherche d'un Monde Perdu*, Ed. Leymarie, París, 1931.
—, *Atlantide, origine des civilisations*, Ed. Dervy, París, 1950.
LEET, L. Don, *Causes of Catastrophe (Earthquake, Volcanoes, Tidal Waves and Hurricanes)*, McGraw-Hill, Nueva York, 1948.
*Lemuria the Incomparable - the Answer*, Lemurian Press, Milwaukee, 1939 *(pamphlet*).
LE PLONGEON, Augustus, *Sacred Mysteries among the Mayas and Quiches 11.500 Years Ago (Their Relation to the Sacred Mysteries of Egypt, Greece, Chaldea, and India...)*, Macoy, Nueva York, 1886.
—, *Queen Móo and the Egyptian Sphinx*, Kegan, Paul, Trench, Trübner, Londres, 1896.
LESLIE, J. Ben, *Submerged Atlantis Restored*, Austin, Rochester, 1911 (revelaciones mediánicas).
LEWY D'ABARTIAGUE, W., «Les Basques et l'Atlantide», en *Chroniques de la Société de Géographie de Paris*, 1896.
—, «Un continent disparu: l'Atlantide», en *Nouvelle Revue*, París, 1897.
—, *De l'origine des Basques*, París, 1914; Limoges, 1934[2].
LEY, Willy, «Ice Age Ahead?», en *Astounding Science Fiction*, vol. XXII, n.º 6, febrero de 1939, pp. 86 y ss.
—, *The Lungfish and the Unicom (An Excursion into Romantic Zoology)*, Modern Age, Nueva York, 1941.
—, «Scylla Was a Squid», en *Natural History*, vol. XLVII, n.º 1, junio de 1941, pp. 11 y ss. (la *Odisea*).
—, «Sed of Mystery», en *Astounding Science Fiction*, vol. XXXI, n.º 4, junio de 1943, pp. 97 y ss. (mar de los Sargazos).
—, «...Giants in Those Days», en *Astounding Science Fiction*, vol. XXXVI, n.º 3, noviembre de 1945, pp. 111 y ss. (polifemos y gigantes).
—, «Pseudoscience in Naziland», en *Astounding Science Fiction*, vol. XXXIX, n.º 3, mayo de 1947, pp. 90 y ss. (Hörbiger).
LILLIE, Arthur, *Madame Blavatsky and Her «Theosophy» (A Study)*,

Sonnenschein, Londres, 1895.
LIVINGSTON Lowes, John, *The Road to Xanadu (A Study in the Ways of the Imagination)*, Houghton Mifflin, Boston, 1927.
LOPEZ Herrera, Salvador, *Las Islas Canarias a través de la Historia*, Ed. Dosbe, Madrid, 1978.
MACBAIN, Alexander, *Celtic Mythology and Religion*, Dutton, Nueva York, 1917.
MACDOUGALL, Curtis D., *Hoaxes*, Macmillan, Nueva York, 1940.
MAHOUDEAU, P. G., «Les Traditions Relatives à l'Atlantide et la Grèce Préhistorique transmises par Platon», en *Revue Anthropologique*, 1913, pp. 102-108.
MALAISE, René, *Atlantis, en geologisk verklighet*, A-B Nordiska Bokhandeln, Estocolmo, 1951.
MANZI, Michel, *Le Livre de l'Atlantide*, Glomeau, París, 1922 (versión francesa de la doctrina teosófica sobre la Atlántida de Scott-Elliot).
MARINATOS, Spyridion, *Some Words about the Legend of Atlantis*, Dirección General de Antigüedades, Atenas, 1971.
MARQUE, Bernard, «L'Atlantide», en *Bulletin de la Société des Lettres, Sciences, and Arts de la Corrèze*, vol. L, enero-junio de 1933, pp. 5-26.
MARTIN, T. Henri, *Études sur le «Timée» de Platon*, 2 vol., Ladrange, París, 1841.
MASON, Gregory, *Columbus Came Late*, Appleton-Century, Nueva York, 1931.
MASSLER, G. von, *Noahs Weg zum Amazonas*, Verlagsgesellschaft R. Gloss & Co., Hamburgo, 1976.
MATTHEW, William Diller, «Plato's Atlantis in Paleogeography», en *Proceedings of the Natural Academy of Sciences*, vol. VI, 1920, pp. 17 y ss.
MAZEL, Jean, *Énigmes du Maroc*, Laffont, París, 1971.
MEANS, Philip Ainsworth, *Ancient Civilization of the Andes*, Scribner's, Nueva York, 1931-1936.
MENDES, Correa, A. A., «La Atlántida y los orígenes de Lisboa», en *Investigación y Progreso*, Madrid, año VIII, n.os 7-8, 1934, pp. 221-225.
MEREJKOVSKI, Dimitri, *Taina Zapada: Atlantida-Evropa*, Belgrado, 1930.
MÉTRAUX, Alfred, *Easter Island*, Oxford University Press, Oxford, 1957.
MICHEL, John, *The View over Atlantis*, Garnstone Press, Londres, 1969 [*Nueva visión sobre la Atlántida*, Barcelona, Martínez Roca, 1987].

MITCHELL, James Leslie, *The Conquest of the Maya*, Dutton, Nueva York, 1935 (obra difusionista).

MOREAU DE JONNES, A., *L'Océan des anciens et les peuples préhistoriques*, París, 1873.

—, *Les temps mythologiques. Essai de reconstitution historique*, París, 1876.

MOREUX, T. (abad), *L'Atlantide a-t-elle existé?*, Ed. Doin, París, 1949.

MORGAN, Arthur E., *Nowhere Was Somewhere (How History Markes Utopias & How Utopias Make History)*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1946 (interpretación de la *Utopía* de Tomás Moro).

MORISON, Samuel Eliot, *Portuguese Voyages to America in the Fifteenth Century*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts) 1940.

MORTILLET, Gabriel de, «L'Atlantide», en *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, serie IV, n.º 8, 1897, pp. 447-451.

MUCK, Otto H., *Atlantis-gefunden*, Victoria Verlag Martha Koerner, Stuttgart, 1954.

MUMFORD, Lewis, *The Story of Utopias*, Boni and Liveright, Nueva York, 1922.

MURRAY, Gilbert, «The Wanderings of Odysseus», en *Quarterly Review*, n.º 403, abril de 1905, pp. 344-370 (recensión de *Les Phéniciens et l'Odyssée* de Bérard).

—, *The Rise of the Greek Epic*, Clarendon Press, Oxford, 1924.

NADAILLAC, J. F. A. de (marqués), *L'Atlantide et les oscillations de l'écorce terrestre*, París, 1882.

NÉGRIS, Phocion, *Glaciers et Atlantes*, Sakellarios, Atenas, 1924.

NEWBROUGH, John Ballou, *Oahspe: A Kosmon Revelation in the Words of Jehovih and his Angel Ambassadors*, Kosmon, Los Ángeles, 1932.

NICKLES, J., «L'Atlantide de Platon expliquée scientifiquement», en *Mémoires de l'Académie Stanislas*, Nancy, 1864.

NOORBERGEN, René, *The Ark File*, New English Library, Londres, 1974.

NORDENSKIÖLD, Erland, «Origin of the Indian Civilizations in South America», en *Comparative Ethnographical Studies*, n.º 9, pp. 1-155; Elanders, Gotemburgo, 1931.

NOROFF, A. S. von, *Die Atlantis nach Griechischen und Arabischen Quellen*, vol. I, St. Petersburg, 1854.

NOVO Y COLSON, R, *Sobre los viajes apócrifos de Juan De Fuca*, Madrid, 1881.

NUTTAL, C., *The Fundamental Principles of Old and New Civilisations*, Cambridge, 1901.
OLIVER, Frederick Spencer, *A Dweller on Two Planets, by «Phylos»*, Borden, Los Ángeles, 1894-1940 (novela).
ONFFROY de Thoron, H. (vizconde), *Les Phéniciens à l'île de Haiti, les vaisseaux d'Hiram au fleuve des Amazones*, Lovanio, París, 1889.
OSBORN, Henry Fairfield, *The Age of Mammals (in Europe, Asia and North America)*, Macmillan, Nueva York, 1910-1921.
—, *Men of the Old Stone Age*, Scribners, Nueva York, 1915-1923.
—, *The Origin and Evolution of Life*, Scribner's, Nueva York, 1916-1921.
OSBORN, Henry Fairfield (edición de), *The Pacific World (its Vast Distances, its Lands & the Life upon Them, & its Peoples)*, Norton, Nueva York, 1944.
PASSARD, F. L., *De l'Atlantide et des Atlantes*, París, 1864.
PERRY, William James, *The Children of the Sun (A Study in the Early History of Civilization)*, Dutton, Nueva York, 1923 (difusionismo).
PHELON, William P., *Our Story of Atlantis*, Hermetic Book Concern, San Francisco, 1903; Philosoph. Pub. Co., Quakertown (Pensilvania), 1937 (revelaciones ocultas).
PITARD, J., «L'Atlantide», en *Annales médico-chirurgicales du Centre*, 17 de diciembre de 1905, y en *Gazette médicale du Centre*, 15 de enero de 1906.
PLOIX, C., «L'Atlantide», en *Revue d'anthropologie*, París, 1887.
POISSON, Georges, *L'Atlantide devant la science*, Payot, París, 1953.
POSNANSKY, Arthur, *¿Las Américas son un nuevo Mundo o un mundo mucho más antiguo que Europa y Asia?*, Editorial Trabajo, La Paz, 1943.
PRESCOTT, William H., *The Conquest of Mexico*, Blue Ribbon, Garden City, 1943.
RAGLAN, lord (Fitz Roy Richard Somerset, barón Raglan), *The Hero (A Study in Tradition, Myth and Drama)*, Methuen, Londres, 1936.
—, *How Came Civilization?*, Methuen, Londres, 1936.
RAVN, Clara Iza von, *Selestor's Men of Atlantis*, Christopher, Boston, 1937 (descripción mediánica de la Atlántida).
RAWLINSON, George, *History of Phoenicia*, Longmans, Green, Londres, 1889.
RECLUS, O., *L'Atlantide*, París, 1918.
REDSLOB, G. M., «Tartessos», en *Programm des Hamburger Gymnasium*, Hamburgo, 1849.
—, *Thulé, die phonizischen Handelswege nach dem Norden insbesondere*

*nach dem Bemsteinland*, Leipzig, 1855.
REQUENA, Rafael, *Vestigios de la Atlantida*, Tipografía Americana, Caracas, 1932.
RIBERA, Antonio, *Operación Rapa-Nui*, Ed. Pomaire, Barcelona, 1975.
RICHARD, A. de, *La Terre menacée, Plutonisme, les grandes catastrophes*, París, 1903.
RINN, L., *Les origines Berbères*, Argel, 1889.
RIVERS, William H. R., *Psychology and Politics (and Other Essays)*, Kegan, Paul, Trench, Trübner, Londres, 1923 (difusionismo).
ROBERTS, Anthony, *Atlantean Tradition in Ancient Britain*, Rider, Londres, 1977.
ROISEL, G., *Études antéhistoriques: les Atlantes*, París, 1874.
ROSI De Tariffi, N., *América cuarta dimensión*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1969.
ROSNY, L. de, *L'Atlantide historique*, París, 1902.
ROUSE, Irving, «Petroglyphs», en *Bulletin 143*, vol. V, Bureau of American Ethnology, Smithsonian Institute, pp. 493-502.
ROYER, C., «Migrations Atlantiques», en *Revue Ethnographique*, 1869.
—, *Origine de l'Homme et des Sociétés*, París, 1870.
—, «Atlantide et Amazones», en *Encyclopédie Générale*, s. f.
RUA, U., *L'Atlantide*, s. f.
RUDBECK, *Atlantica*, Upsalae 1675.
RUZO, Daniel, *La historia fantástica de un descubrimiento: los templos de piedra de una humanidad desaparecida*, Diana, México City, 1974.
SANTESSON, Hans Stephan, *Le dossier Mu*, Ed. J'ai Lu, París, 1976 (traducción francesa del original americano *Understanding Mu*).
SAVINE, A., *Les théories de l'Atlantide*, París, 1883-1884 (apéndice al poema catalán *La Atlántida*, de Jacint Verdaguer).
SCHERER, I. B., *Recherches historiques et géographiques sur le Nouveau Monde*, París, 1777.
SCHNABEL, Paul, *Berossos und die Babylonisch-Hellenistische Literatur*, Teubner, Leipzig, 1923.
SCHUCHERT, Charles, «Paleogeography of North America», en *Bulletin of the Geological Society of America*, vol. XX, 1908, pp. 427-606.
—, «Atlantis and the Permanency of the North Atlantic Ocean Bottom», en *Proceedings of the Natural Academy of Sciences*, vol. III, febrero de 1917,

pp. 65-72.
—, *Outlines of Historical Geology*, Wiley, Nueva York, 1931.
—, «Gondwana Land Bridges», en *Bulletin of the Geologic Society of America*, vol. XLIII, n.º 4, diciembre de 1932, pp. 876-915.
—, «The Periodicity of Ocean Spreading, Mountain-Making and Paleogeography», en *Bulletin of the National Research Council*, n.º 85, 1932, pp. 537-557.
SCHULTEN, A., *Tartessos: ein Betragzurdltesten Geschichtedes Westens*, Hamburgo, 1989 [*Tartesos: contribución a la historia más antigua de Occidente*, Córdoba, Almuzara, 2006].
SCHWARTZ, Jean-Michel, *Les mystères de l'île de Paques*, Laffont, París, 1973.
SCOTT-ELLIOT, W., *The Story of Atlantis and The Lost Lemuria*, Theosophical Publishing House, Londres, 1896-1925.
SCOTT, William Berryman, *A History of Land Mammals in the Western Hemisphere*, Macmillan, Nueva York, 1913-1937.
SCRUTTON, Robert, *The Other Atlantis*, Neville Spearman, Jersey, 1977.
—, *Secrets of Lost Atland*, Neville Spearman, Jersey, 1978 [*La otra Atlántida*, Madrid, Edaf, 1978].
SHEWAN, Alexander, *Homeric Essays*, Blackwell, Oxford, 1935.
SIBSON, Francis H., *The Stolen Continent*, Melrose, Londres, 1934 (novela).
SILBERMANN, Otto, *Un Continent Perdu: L'Atlantide*, Genet, París, 1930.
SIMAS ALVES, Ernani, *Atlantida, berço da civilizaçao*, Ler e Saber, Curitiba (Brasil) s. f.
SIMPSON, George Gaylord, «Mammals and the Nature of Continents», en *The American Journal of Science*, vol. CCXLI, n.º 1, enero de 1943, pp. 1-31.
—, «Holarctic Mammalian Faunas and Continental Relationships during the Cenozoic», en *Bulletin of the Geological Society of America*, vol. LVIII, julio de 1947, pp. 613-688.
SINNETT, Arnold Percy, *Esoteric Buddhism*, Houghton Mifflin, Boston, 1884-1896 (teosofía).
—, *The Growth of the Soul (A Sequel to «Esoteric Buddhism»)*, Theosophical Publishing Society, Nueva York, 1896.
SIRET, L., *Questions de chronologie et d'ethnographie Ibériques*, París, 1913, tomo I.
SMITH, Clark Ashton, *Poseidonis: Tales of Lost Atlantis*, a cargo de Lin Carter, Nueva York, 1973.

SMITH, sir Grafton Elliot, *The Ancient Egyptians (and the Origin of Civilization)*, Harper, Londres, 1923.
—, *Elephants and Ethnologists*, Kegan, Paul, Trench, Trübner, Londres, 1924.
—, *In the Beginning (The Origin of Civilization)*, Morrow, Nueva York, 1928.
—, *The Migrations of Early Culture (A Study of the Significance of the Distribution of the Practice of Mummification...)*, Manchester University Press, 1929.
SMITH, sir Grafton Elliot, MALINOWSKI, Bronislaw, SPINDEN, Herbert J. y GOLDENWEISER, Alexander, *Culture (The Diffusionist Controversy)*, Norton, Nueva York, 1927 (congreso).
SMITH, Warren, *The Myth and Mystery of Atlantis*, Nueva York, 1975.
SNIDER-PELLEGRINI, A., *La Creation et ses mystères dévoilés... L'orìgine de l'Amérique*, París, 1859 (con mapas).
SOLOVYOFF, Vsevolod Sergyeevich, *A Modem Priestess of Isis*, Longmans, Green, Londres, 1895 (Madame Blavatsky).
SPANUTH, Jürgen, *Atlantis of the North*, Van Nostrand, Nueva York, 1980 (traducción actualizada y ampliada del original alemán *Die Atlanter*).
SPEDICATO, Emilio, «Apollo Objects, Atlantis and the Deluge: a Catastrophical Scenario for the End of the Last Glaciation», en *Quaderni del Dipartimento di Matematica, Statistica, Informatica e Applicazioni*, n.º 22, Universidad de Bérgamo, 1990.
SPENCE, Lewis, *The Popol Vuh (The Mythic and Heroic Sagas of the Kichés of Central America)*, Nutt, Londres, 1908.
—, *The Myths of Mexico and Peru*, Crowell, Nueva York, 1913.
—, *Myths of the North American Indians*, Farrar & Rinehart, Nueva York, 1914.
—, *The Problem of Atlantis*, Brentano's, Nueva York, 1924.
—, *Atlantis in America*, Brentano's, Nueva York, 1925.
—, *The History of Atlantis*, Rider, Londres, 1926.
—, *The Problem of Lemuria (The Sunken Continent of the Pacific)*, McKay, Filadelfia, 1933.
—, *Will Europe Follow Atlantis?*, Rider, Londres, 1942.
—, *The Occult Sciences in Atlantis*, Rider, Londres, 1943.
SPINDEN, Herbert J., *Ancient Civilizations of Mexico Central America*, American Museum of Natural History, Nueva York, 1922.
STACY-JUDD y ROBERT B., *Atlantis, Mother of Empires*, Los Ángeles, 1939;

Adventures Unlimited Press, Kempton (Illinois), 1999.
STEIGER, Brad, *Atlantis Rising*, Dell Books, Nueva York, 1973.
STEINER, Rudolf, *Atlantis and Lemuria*, Anthroposophical Pub. Co., Londres, 1923.
STEWART, John Alexander, *The Myths of Plato*, Macmillan, Londres, 1905.
STIRLING, Matthew W., «Indian Tribes of Pueblo Land», en *National Geographic Magazine*, vol. LXXVIII, n.º 5, noviembre de 1940, pp. 549 y ss.
STOCKING, Hobart E., «Bombs from Interstellar Space», en *Natural History*, vol. LIII, n.º 1, enero de 1944, pp. 31 y ss.
SUGRUE, Thomas, *There is a River (The Story of Edgar Cayce)*, Holt, Nueva York, 1942.
SYKES, Ergeton (ed.), *Atlantis: The Antediluvian World*, Sidgwick & Jackson, Londres, 1950, 1960 (revisión del libro publicado en 1882 por Ignatius T. T. Donnelly, con textos de H. S. Bellamy y Lewis Spence).
TARN, William Woodthorpe, *Hellenistic Civilization*, Londres, 1927 (las primeras utopías).
TAYLOR-HANSEN, Lucille, *He walked the Americas*, Amherst Press, Amherst (Wisconsin), 1963.
—, *The Ancient Atlantic*, Amherst Press, Amherst (Wisconsin), 1969.
TERMIER, P, «L'Atlantide», en *Revue Scientifique*, 11 de enero de 1913; en *Bulletin de l'Institut Océanographique de Monaco*, 20 de enero de 1913, y en *Smithsonian Report Fort*, Washington, 1915.
—, «Atlantis», en *The Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institute*, 1915, pp. 219-234.
THÉVENIN, René, *Les Pays Légendaires (Devant la Science)*, Presses Universitaires, París, 1946.
THOMPSON, Edward Herbert, «Atlantis is not a Myth», en *Popular Science Monthly*, octubre de 1879, y en *Journal of Science*, noviembre de 1879.
—, *Studies in the Odyssey*, Clarendon Press, Oxford, 1914.
—, *People of the Serpent (Life and Adventure Among the Mayas)*, Houghton Mifflin, Boston, 1932.
THOUCHARD, M. C., *L'archéologie mystérieuse*, Ed. Denöel, París, 1972.
TOZER, Henry Fanshawe, *A History of Ancient Geography*, Cambridge University Press, Cambridge, 1897-1935.
TYLOR, Edward Burnett, *Primitive Culture (Researches into the Development*

*of Mythology, Philosophy, Religion, Language, Art, and Custom)*, 2 vol., Molt, Nueva York, 1889.

UNGER, F., *Die verschundene Insel Atlantis*, Wien 1860[2] [*La Sumergida Isla de Atlantis*, Estudio Geológico, Caracas, 1867].

VAILLANT, George C., *Aztecs of Mexico (Origin, Rise and Fall of the Aztec Nation)*, Doubleday, Doran, Garden City, 1941.

VELIKOVSKY, Immanuel, *Worlds in Collision*, Macmillan, Nueva York, 1950.

VERNEAU, R., «L'Atlantide et les Atlantes», en *Revue Scientifique*, vol. XXV, julio de 1888.

—, «À propos de l'Atlantide», en *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, serie IV, n.º 8, 1897, pp. 447-451.

VERRILL, A. Hyatt y VERRILL, Ruth, *America's Ancient Civilizations*, Putnam, Nueva York, 1953.

VIARDOT, L., *L'Atlantide*, en *Encyclopédie Nouvelle*, vol. II, París, 1836.

VIGERS, Daphne, *Atlantis Rising*, Dakers, Londres, 1944 (descripción astral de la Atlántida).

W. A. J. M., *Theory of Continental Drift (A Symposium on the Origin and Movement of Land Masses)*, American Association of Petrol Geologists, Tulsa, 1928.

WALLIS, Wilson D., *Messiahs: their Role in Civilization*, American Council of Public Affairs, Washington, 1943.

WARREN (dottor), *Le paradis retrouvé ou le berceau de la race humaine au Pôle Nord*, X edición, Boston, 1893.

WEGENER, Alfred Lothar, *The Origins of Continents and Oceans*, Dutton, Nueva York, 1924.

WELLS, Herbert George, *The Outline of History*, Garden City Pub. Co., Garden City, 1920-1931.

WHISHAW, Ellen Mary Addy-Williams, *Atlantis in Andalucia (A Study of Folk Memory)*, Rider, Londres, 1929.

WHORF, Benjamin Lee, «Science and Linguistics», en *Technology Review*, vol. XLII, n.º 6, abril de 1940, pp. 229 y ss.

—, «Decipherment of the Linguistic Portion of The Maya Hieroglyphics», en *Smithsonian Report*, 1941, pp. 479-502.

WILKINS, Harold T., *Mysteries of Ancient South America*, Rider, Londres, 1946 (autor influenciado por Spence, Braghine y Bellamy).

WILLIAMS, Gertrude Marvin, *The Passionate Pilgrim*, Coward McCann,

Nueva York (biografía de Annie Besant).
—, *Priestess of the Occult: Madame Blavatsky*, Knopf, Nueva York, 1946.
WILLIAMSON, George Hunt, *Road in the Sky*, Neville Spearman, Londres, 1959.
WILLIS, Bailey, «Isthmian Links», en *Bulletin of the Geological Society of America*, vol. XLIII, diciembre de 1932, pp. 917-952.
WILSON, sir Daniel, *The Lost Atlantis and Other Ethnographic Studies*, Douglas, Edinburgo, 1892.
WISSLER, Clark, *Indians of the United States (Four Centuries of Their History and Culture)*, Doubleday, Doran, Nueva York, 1940.
—, «Wheat and Civilization», en *Natural History*, vol. LII, n.º 4, noviembre de 1943, pp. 172 y ss.
ZAPP, Ivan y ERIKSON, George, *Atlantis in America*, Adventures Unlimited Press, Kempton (Illinois), 1999.
ZINK, David, *The stones of Atlantis*, Englewood Cliffs, 1978.
ZURCHER, F. y MARGOLLE, E., *Le monde sous-marin*, cap. X: «L'Atlantide», París, 1868.

**Obras en lengua italiana**

AA.VV., «I luoghi del Mistero», en *I Misteri dell'Ignoto*, Hobby & Work, Milán, 1995.
AA.VV., *Enigmi*, en *L'Ignoto*, Hobby & Work, Milán, 1992.
ALAIMO, G., *Atlantide, continente scomparso*, MEB, Turín, 1980; Padua, 1997.
ALBERTIS, E. d', (capitán), *Crociera del «Corsaro» alle Isole Madera e Canarie*, Turín 1912, cap. III: «L'Atlantide», y en Apéndice: «Le Atlantidi del Mediterraneo».
ALFORD, Alan F., *Il mistero della genesi delle antiche civiltà*, Newton & Compton, Roma, 2000.
—, *Dalle piramidi ad Atlantide: i segreti di una civiltà perduta*, Newton & Compton, Roma, 2000.
ALLEN, Charles, *Alla ricerca di Shangri-La*, Newton & Compton, Roma, 2000.
ALLEN, J. M., *Atlantide: l'ultima verità*, Sperling & Kupfer, Milán, 1998.
AMATO, G. d', *AUM, il principio fondamentale originario delle arti umane*, Spiotti, Génova, 1913.

—, *I documenti archeologici dell'Atlantide e le loro ripercussioni nel campo del sapere*, Treves, Génova, 1924.
—, *L'inizio del sapere e della civiltà*, Treves, Génova, 1925.
—, *Il Processo all'Atlantide di Platone*, Alpes, Milán, 1930.
AMBESI, Cesare, *Atlantide il continente perduto*, Xenia, Milán, 1995.
AMICO, Roberto d', *Le terre del mito*, MEB, Turín, 1979.
ANDREW, Shirley, *Nel cuore di Atlantide*, Polillo, Milán, 1997.
ANGEBERT, J. M., *Il libro della Tradizione*, Edizioni Mediterranee, Roma, 1980 [*Hitler y la tradición cátara*, Barcelona, Plaza & Janés, 1972].
ARGUELLES, José, *Il Fattore Maya: la via al di là della tecnologia*, Word & Image Processing, Bari, 1999 [entre otras ediciones, *El factor maya*, Ciudad de México, Hoja Casa Editorial, 1998].
BAHN, Paul y FLENLEY, John, *Ultimi giorni di Rapa Nui*, Piemme, Casale Monferrato, 2000.
BAIGENT, Michael, *Misteri antichi*, Tropea, Milán, 1999.
BALDACCI, Massimo, *Il Diluvio*, Mondadori, Milán, 1999.
BARBIERO, Flavio, *Una civiltà sotto ghiaccio. Alle soglie della scoperta del secolo*, Nord, Milán, 1974.
BARKER, S., «Atlantide, continente sommerso», en G. Ebers y A. Lefèvre, *Le meraviglie delle civiltà del passato*, 2 vol., Editrice Italiana di Cultura, Roma, 1965.
BAUVAL, Robert y GILBERT, Adrian, *Il mistero di Orione*, Corbaccio, Milán, 1997 [*El misterio de Orión*, Madrid, Edaf, 2007].
BAUVAL, Robert y HANCOCK, Graham, *Custode della Genesi*, Corbaccio, Milán, 1997 [*Guardián del Génesis*, Barcelona, Seix Barral, 1997].
BENOÎT, Pierre, *L'Atlantide*, Sonzogno, Milán, 1974.
BERLITZ, Charles, *Bermuda: il triangolo maledetto*, Sperling & Kupfer, Milán, 1976 [*El triángulo de las Bermudas*, Barcelona, Pomaire, 1975].
—, *Il mistero di Atlantide*, Sperling & Kupfer, Milán, 1976, 1997 [*El misterio de la Atlántida*, Barcelona, Pomaire, 1976].
—, *I misteri dei mondi perduti*, Sperling & Kupfer, Milán, 1977.
—, *Senza traccia*, Sperling & Kupfer, Milán, 1978 [*Sin rastro*, Barcelona, Pomaire, 1977].
—, *Atlantide, l'ottavo continente*, Edizioni Mediterranee, Roma, 1984 [*Atlántida, el octavo continente*, Barcelona, Planeta, 1984].
—, *La nave perduta di Noè*, Sperling & Kupfer, Milán, 1988 [*En busca del*

*Arca Perdida de Noé*, Barcelona, Plaza & Janés, 1988].

BERTARELLI, «Il Problema dell'Atlantide», en *Rivista d'Italia*, tomo XXIX, Roma, 15 de noviembre de 1926, pp. 265-276.

BERTINO, Serge, *Civiltà sommerse*, SugarCo, Milán, 1974.

BESANT, Annie y LEADBEATER, C. W., *L'Uomo: donde viene e dove va*, Bocca, Milán, 1949.

BLAVATSKY, Helena Petrovna (Yelena Petrovna Blavatskaya), *La dottrina segreta*, 4 vol., Napoleone, Roma, 1970-1971; la obra completa, en 8 vol., fue publicada en 1988 en Trieste por la Società Teosofica Italiana.

BONIFACIO, Antonio, *Egitto, Dono di Atlantide*, Agfa Press, Roma, 1999.

BORIOSI, Nino, *Il «Rongo Rongo»: rivelazione di un mito «Rapa Nui»* E.T. Editebro, Città di Castello, 1997.

BRENNAN, Herbie, *L'enigma di Atlantide*, Newton & Compton, Roma, 2001.

CALESTANI, V., «L'Atlantide di Platone e la Britannìa», en *Ateneo Veneto*, mayo-junio de 1938, pp. 207-220.

CAMP, L. Sprague de y LEY, Willy, *Le terre leggendarie*, Bompiani, Milán, 1962.

—, *Il mito di Atlantide e i continenti scomparsi*, Fanucci, Roma, 1980.

CANTÙ, *Storia Universale*, vol. I (un capítulo está dedicado a la Atlántida).

CAPORIACCO, L. di, «L'Atlantide, Tartesso, Spagna e Piccola Sirte», en *Universo*, n.º 9, 1928, pp. 131-137.

CAPPELLANO, Pippo, *Una vela nel mare del mistero*, Ed. Mondo Sommerso, Milán, 1985.

CARDILE, G., *Preistoria*, Florencia, 1932.

CARNAC, Pierre, *La storia inizia a Bimini*, Tedeschi, Florencia, 1975 [*La historia empieza en Bimini*, Barcelona, Plaza & Janés, 1977].

CARREY, Warren, *La Terra in espansione*, Laterza, Roma-Bari, 1986.

CASTELLANI, Vittorio, *Quando il mare sommerse l'Europa*, Ananke, Turín, 1999.

CASTLEDEN, Rodney, *Atlantide*, Piemme, Casale Monferrato, 1999.

CAVALLIN, P. Paolo, *L'Atlantide fu la Tirrenide*, Ed. HUS, Roma, 1969.

CAYCE, Schwatzer, Richards, *Misteri dell'Atlantide: storia e leggenda, ricerche archeologiche e geologiche, conferme e rivelazioni in trance di E. Cayce*, Edizioni Mediterranee, Roma, 1988.

CESCHI Piazza, Aide, *I figli di Atlantide: il dialogo delle razze noetiche nel mito di Heracle e Teseo*, Todariana Editrice, Milán.

CHARROUX, Robert, *Storia sconosciuta degli uomini*, Ceschina, Milán, 1967.
—, *Il libro dei segreti traditi*, Ceschina, Milán, 1969 [*El libro de los secretos descubiertos*, Barcelona, Plaza & Janés, 1976].
—, *Il libro dei maestri del mondo*, Ceschina, Milán, 1973 [*El libro de los dueños del mundo*, Barcelona, Plaza & Janés, 1976].
—, *Civiltà perdute e misteriose: i misteri del cielo*, Edizioni Mediterranee, Roma, 1982.
—, *Miti e misteri del passato: l'insolito terrestre*, Edizioni Mediterranee, Roma, 1982.
CHURCHWARD, James, *Mu, il continente perduto*, SugarCo, Milán, 1975 [*El continente perdido de Mu*, Barcelona, ATE, 1978].
—, *Le forze cosmiche di Mu*, SugarCo, Milán, 1976 [*Mu, fuerzas cósmicas*, Barcelona, ATE, 1980].
—, *La storia occulta di Mu*, SugarCo, Milán, 1978.
COLLINS, Andrew, *Gli ultimi dei*, Sperling & Kupfer, Milán, 1997
—, *Il sepolcro degli ultimi dei*, Sperling & Kupfer, Milán, 1999.
—, *Le porte di Atlantide*, Sperling & Kupfer, Milán, 2000.
COMPASSI, Valentino, *La colonna di fuoco*, Reverdito, Gardolo di Trento, 1990.
—, *Ai confini dell'universo*, Fanucci, Roma, 1991.
—, *Il luogo dei Grandi Sigilli*, Atanor, Roma, 1995.
—, *Luci su Shambala*, Atanor, Roma, 1995.
—, *Gli Dei Alieni*, Atanor, Roma, 1999.
CORBATO, C., «In margine alla questione atlantidea, Platone e Cartagine», en *Archeologia classica*, 1953, pp. 232-237.
COTTEREI, Maurice M., *I Superdei*, Corbaccio, Milán, 1999.
—, *Le profezie di Tutankhamon*, Corbaccio, Milán, 2000.
CREMO, M. A. y THOMPSON, R.L., *Archeologia proibita: la storia segreta della razza umana*, trad. it. parcial, Futura, Milán, 1997.
DÄNIKEN, Erich von, *Gli extraterrestri torneranno*, Ferro, Milán, 1970 [*Regreso a las estrellas*, Barcelona, Plaza & Janés, 1971].
—, *Noi extraterrestri*, Ferro, Milán, 1970 [*El oro de los dioses*, Barcelona, Martínez Roca, 1974].
—, *Il seme dell'universo*, Ferro, Milán, 1972 [*El mensaje de los dioses*, Barcelona, Martínez Roca, 1976].
—, *Gli extraterrestri hanno inventato l'uomo?*, Rizzoli, Milán, 1978 [*La respuesta de los dioses*, Barcelona, Martínez Roca, 1978].

—, *Enigmi dal passato*, SugarCo, Milán, 1978 [*Profeta del pasado*, Barcelona, Martínez Roca, 1979].
—, *Ricordi dal futuro*, SugarCo, Milán, 1986 [*Recuerdos del futuro*, Barcelona, Plaza & Janés, 1970].
DÉRIBÉRÉ, M. y DÉRIBÉRÉ, P., *Storia mondiale del Diluvio*, Mondadori, Milán, 1990.
DÉVIGNE, Roger, *Un continente scomparso: l'Atlantide, sesta parte del mondo*, Giovine, Milán, 1945.
DRAKE, W. R., *Gli dèi dello spazio*, Longanesi, Milán, 1978.
ELLIS, Richard, *Atlantide*, Corbaccio, Milán, 1999 [*En busca de la Atlántida*, Barcelona, Grijalbo, 2000].
FLEM-ATH, Rand y FLEM-ATH, Rose, *La fine di Atlantide*, Piemme, Casale Monferrato, 1997.
Foex, J. A., *Guida ai misteri del mondo sommerso*, SugarCo, Milán, 1969.
FROBENIUS, L., *I miti di Atlantide*, Xenia, Milán, 1993.
FURLONG, David, *Le chiavi del tempio*, Newton & Compton, Roma, 1999.
GIACOBBO, R. y LUNA, R., *Chi ha veramente costruito le Piramidi e la Sfinge*, Stampa Alternativa, Roma, 1997.
—, *Il segreto di Cheope*, Newton & Compton, Roma, 1998.
GIANNITRAPANI, L., «L'Atlantide», en *L'Universo*, 1927, pp. 1279-1320.
GILBERT, A. G. y COTTEREI, M.M., *Le profezie dei Maya*, Corbaccio, Milán, 1996 [*Las profecías mayas*, Ciudad de México, Grijalbo, 1996].
GRADILONE, A., «Alla ricerca di un mondo scomparso: l'Atlantide», en *La patria degli Italiani*, Buenos Aires, julio de 1924.
GUADALUPI, Gianni y MANGUEL, Alberto, *Manuale dei luoghi fantastici*, Rizzoli, Milán, 1982.
GUÉNON, R., *Il Re del Mondo*, Adelphi, Milán, 1977 [*El rey del mundo*, Palma de Mallorca, Luis Cárcamo, 1987].
HANCOCK, Graham, *Impronte degli Dei*, Corbaccio, Milán, 1995 [*Las huellas de los dioses*, Barcelona, Ediciones B, 1998].
HANCOCK, Graham y FAIIA, Santha, *Lo specchio del cielo*, Corbaccio, Milán, 1998 [*El espejo del paraíso*, Barcelona, Grijalbo, 2001].
HANCOCK, Graham, BAUVAI, Robert y GRISBY, John, *L'enigma di Marte*, Milán, 1999.
HARPUR, James y WESTWOOD, Jennifer, *Atlante dei luoghi leggendari*, De Agostini, Novara, 1990.

HEINDEL, Max, *La cosmogonia dei Rosacroce*, Bocca, Milán, 1953.
HENNIG, Richard, *Dov'era il Paradiso?*, Martello, Milán, 1959.
HEYERDAHL, Thor, *Aku-Aku*, Martello, Milán, 1976 [*Aku-Aku*, Barcelona, Juventud, Barcelona, 1958].
—, *Kon-Tiki*, Martello, Milán, 1976 [*Kon-Tiki*, Barcelona, Juventud, 1955].
HITCHING, Francis, *Atlante dei misteri*, De Agostini, Novara, 1982.
HOMET, Marcel, *I figli del Sole*, MEB, Turín, 1972 [*Los hijos del Sol*, Barcelona, Juventud, 1967].
—, *Alla ricerca degli dèi solari*, SugarCo, Milán, 1973 [*Tras las huellas de los dioses del sol*, Barcelona, Daimon, 1977].
HONORÉ, Pierre, *Ho trovato il dio bianco*, Garzanti, Milán, 1963 [*La leyenda de los dioses blancos*, Barcelona, Destino, 1965].
HOPE, M., *Il segreto di Sirio*, Corbaccio, Milán, 1997.
HUTIN, Serge, *Civiltà misteriose*, Edizioni Mediterranee, Roma, 1974.
IPPOLITO, F., *L'Atlantide nella leggenda e nella scienza*, Associazione Italo-Americana, Nápoles, 7 de febrero de 1947 (conferencia).
JAMES, Peter y THORPE, Nick, *Il libro degli Antichi Misteri*, Armenia, Milán, 2000.
JOHNSON, Donald S., *Isole fantasma*, Piemme, Casale Monferrato, 1997.
KOLOSIMO, Peter, *Terra senza tempo*, SugarCo, Milán, 1964 [*Tierra sin tiempo*, Barcelona, Plaza & Janés, 1978].
—, *Non è terrestre*, SugarCo, Milán, 1968 [*No es terrestre*, Barcelona, Plaza & Janés, 1972].
—, *Il pianeta sconosciuto*, SugarCo, Milán, 1969 [*El planeta incógnito*, Barcelona, Plaza & Janés, 1976].
—, *Astronavi sulla preistoria*, SugarCo, Milán, 1972 [*Astronaves en la prehistoria*, Barcelona, Plaza & Janés, 1975].
—, *Odissea stellare*, SugarCo, Milán, 1974 [*Odisea estelar*, Barcelona, Plaza & Janés, 1976].
—, *Italia, mistero cosmico*, SugarCo, Milán, 1977.
—, *Civiltà del silenzio*, Salani, Florencia, 1978 [*Civilizaciones del silencio*, Barcelona, Plaza & Janés, 1981].
—, *Fiori di Luna*, SugarCo, Milán, 1979 [*Flores de luna*, Barcelona, Plaza & Janés, 1982].
KUSHI, Michio (con E. Esko), *Mondi dimenticati*, Edizioni Mediterranee, Roma, 1993.

LA MALFA, E., *Viaggiando alla ricerca di civiltà perdute*, APS Divis. Edit., Módena, 1991.
LANDSBURG, Alan, *Alla ricerca delle civiltà perdute*, Mondadori, Milán, 1978 [*En busca de civilizaciones perdidas*, Barcelona, Plaza & Janés, 1982].
LAWTON, Ian y OGILVIE-HERALD, Chris, *It codice di Giza*, Newton & Compton, Roma, 2000.
LECCA, Luciano, «Atlantide: il Banco di Rockall?», en *Quaderni del Gruppo di Ricerca Argonauti*, n.os 33-34, 1987.
LEMESURIER, Peter, *Gli Dei dell'Alba*, Mondadori, Milán, 1999.
LEONARDI, Evelino, *Le Origini dell'uomo*, Corbaccio, Milán, 1937.
LE PAGE, Victoria, *Shambala, il paradiso perduto*, Armenia, Milán, 1999.
LEY, Willy, *Dall'unicorno al mostro di Loch Ness*, Bompiani, Milán.
LUCE, J. V., *La fine di Atlantide. Nuove scoperte su un'antica leggenda*, Newton & Compton, Roma, 1976.
MACLELLAN, Alec, *Agharti, il mondo sotterraneo*, Piemme, Casale Monferrato, 1998.
MAHIEU, J. de, *Il grande viaggio del Dio Sole*, Edizioni Mediterranee, Roma, 1979 [*El gran viaje del Dios-Sol*, Buenos Aires, Hachette, 1976].
MANGANARO, G., «Il mito dell'Atlantide e la logografia ionica (la visione geopolitica di Platone)», en *Giornale Italiano di Filologia*, vol. XII, 1959, pp. 309-313.
MARIANI, G. M. STELVIO, Bizzi, V. y FACCHIELLI, B., *La scienza di Atlantide*, Lunaris, Viareggio, 1996.
MARIANI, V., «L'Atlantide è realmente esistita», en *Illustrazione italiana*, n.º 32, 8 de agosto de 1943.
MARTINIS, B., *Continenti scomparsi*, Edizioni Mediterranee, Roma, 1994.
MAVOR, James (jr.), *Atlantide, il continente ritrovato*, Armenia, Milán, 1997.
MAZIÈRE, Francis, *La fantastica Isola di Pasqua*, Bompiani, Milán, 1967 [*Fantástica isla de Pascua*, Barcelona, Plaza & Janés, 1976].
Mazzarella, Salvatore, *Dell'Isola Ferdinandea e di altre cose*, Sellerio, Palermo, 1999.
MAZZOLDI, A., *Delle origini italiche*, Milán, 1840.
MERCURIO BENNICI, Elvira, *Atlantide: analisi storica di un mito*, Libr. Flaccovio Editrice, Palermo, 1982.
MEREZKOVSKI, Demetrio, *L'Atlantide*, Hoepli, Milán, 1937.
MÉTRAUX, Alfred, *Meravigliosa Isola di Pasqua*, SugarCo, Milán, 1967,

1993.
MORTON, Chris y THOMAS, Ceri Louise, *Il mistero delle 13 chiavi*, Sonzogno, Milán, 1999.
MUCK, Otto H., *I segreti di Atlantide*, SIAD, Milán, 1979.
MUMFORD, Lewis, *Storia dell'Utopia*, Calderini, Bolonia.
NOBILE, P., *UFO, Triangolo delle Bermude, Atlantide. Che cosa c'è di vero*, Mondadori, Milán, 1979.
NOONE, Richard, W., *La profezia delle civiltà perdute*, Sperling & Kupfer, Milán, 1998.
NOORBERGEN, René, *I segreti delle antiche razze*, SIAD, Milán, 1978.
O'NEILL, Terry (edición de), *Enigmi senza tempo*, Armenia, Milán, 2000.
OPPENHEIMER, Stephen, *L'Eden a Oriente*, Mondadori, Milán, 2000.
OSSENDOWSKI, F., *Bestie, uomini e dei*, Morreale, Milán, 1925 [*Bestias, hombres, dioses*, Madrid, Santiago Rueda, 1946].
PALEGO, Angelo, *Ho camminato sopra l'Arca di Noè*, Nuovi Autori, Milán, 1990.
—, *Come ho trovato l'Arca di Noè*, Edizioni Mediterranee, Roma, 1999.
PALLOTTINO, M., «Atlantide», en *Archeologia classica*, 1952, pp. 229-240.
PELLEGRINO, Charles, *Il ritrovamento della vera Atlantide*, Piemme, Casale Monferrato, 1998.
PÉREZ DE LA HIZ, Carmen, *Atlantide e altri continenti sommersi*, Hobby & Work, Milán, 1994 [*La Atlántida y otros continentes sumergidos*, Madrid, Espacio y Tiempo, 1992].
PERRONE, Giacinto, *L'Atlantide: leggende e testimonianze*, Bocca, Turín, 1928.
PETELLA, G., «Una escursione a Atlantide (da Platone a Schliemann)», en *Annali di Medicina Navale e Coloniale*, año XXX, n.º 2, 1924, pp. 332-350.
PINCHERLE, M., *La fine dell'Eden*, Faenza Editrice, Faenza, 1976.
PINCHERLE, M. y PALAZZINI FINETTI, L., *L'Atlantide, mistero svelato: non era un'isola*, Filelfo, Ancona, 1978.
PINOTTI, Roberto, *Angeli, Dei, Astronavi: Extraterrestri nel passato*, Mondadori, Milán, 1991, 1994.
PITONI, Angelo, *Il mistero della vita*, Accademia Magistrale DOM, Roma, 1998 [*El misterio de la raza perdida*, Madrid, Edaf, 1997].
PREGLIASCO, M., *Antilia*, Einaudi, Turín, 1992.
PRESCOTT, William H., *La conquista del Messico*, Einaudi, Turín.

RIFFAUD, C. - Le Pichon, X., *Dove la terra si spacca*, Nord, Milán, 1979.
RIPEL, F., *La stella infuocata*, APS Divis. Edit., Módena, 1990.
ROERICH, Nicholas, *Shambala la risplendente*, 2 vol., Amrita, Giaveno, 1997 [*Shambhala: la resplandeciente*, Córdoba, Nous, 2001].
ROMEO, R., *Le scoperte americane nella coscienza italiana del Cinquecento*, Ricciardi Editore, Milán-Nápoles, 1971.
ROPPER, Jon, *Il segreto dei teschi di cristallo*, Piemme, Casale Monferrato, 1998.
RUSSO, Nicola, «La questione atlantidea e la Tirrenia», en *Rassegna del Mediterraneo e dell'espansione italiana*, noviembre de 1929, pp. 1035-1038.
—, *L'Atlantide*, Laterza, Bari, 1951.
RYAN, William y PITMAN, Walter, *Il Diluvio*, Piemme, Casale Monferrato, 1999.
SALERNO, E., *Guida al Sahara*, SugarCo, Milán, 1974.
SANCTIS de e MANGELLI, *I Primitivi*, Roma, 1935.
SAURAT, Denis, *L'Atlantide e il regno dei giganti*, Le Nuove Edizioni d'Italia, Milán, 1957 [*La Atlántida*, Barcelona, Mateu, 1962].
—, *La civiltà degli insetti e la religione dei giganti*, Le Nuove Edizioni d'Italia, Milán, 1958.
SCHREIBER, H. y SCHREIBER, G., *Città scomparse*, Garzanti, Milán, 1971.
SCOTT-ELLIOT, W., *Storia dell'Atlantide e di Lemuria scomparsa*, Sirio, Trieste, s. f.
SELLIER, Charles y BALSIGER, David, *L'incredibile scoperta dell'Arca di Noè*, Piemme, Casale Monferrato, 2000 [*En busca del arca de Noé*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1978].
SENSI, A., *L'origine della civiltà atlantica: secondo la tradizione, i reperti archeologici, l'insegnamento biopsichico*, Stamp. Edit. Parenti, Florencia, 1982.
SIGNORELLI, Mario, *Atlantide*, Edizioni Mediterranee, Roma, 1973.
STAËL, H. R., *La nascita di Atlantide*, Edition Brista, Cannobio, 1980.
STEFANO, Sergio di, *Oltre Eden*, MIR, Montespertoli, 1999.
STELLA, L. A., «L'Atlantide di Platone e la preistoria egea», en *Rend. Ist. Lombardo*, LXV, 1932.
TERZOLI, Giorgio y TROMBETTA, Pier Luigi, *Intervista con gli Dei*, Press Club, Bolonia, 2000.

THÉVENIN, René, *I paesi leggendari dinanzi alla scienza*, Garzanti, Milán, 1950.
TOMAS, Andrew, *I segreti dell'Atlantide*, Mondadori, Milán, 1976 [*Los secretos de la Atlántida*, Barcelona, Plaza & Janés, 1971].
TONSO, A., *Osservazioni critiche e cosmologiche sull'inondazione dell'Atlantide in risposta al supplemento delle «Lettere Americane» di J.S. Bailly*, Tortona, 1787.
TREVISONNE, M., *L'Atlantide, terra dei nostri avi*, C. Catapano, Lucera, 1975.
TURONE, Mario, *Storia delle Origini*, Corbaccio, Milán, 1940.
VALERI, S., *Atlantide: la storica realtà di un tragico evento*, Editrice Italia Letteraria, Milán, 1989.
VECCHI, A. de, *L'Atlantide è una favola*, Salta, 1931.
VEBER, M., «Viaggio in Atlantide», en *Gli ultimi misteri della Terra*, Selezione dal Reader's Digest, Milán, 1977.
VELIKOVSKY, Immanuel, *Mondi in collisione*, Garzanti, Milán, 1955.
VERDAGUER, M. G., *L'Atlantide*, Carabba, Lanciano, 1916 [entre otras ediciones, *La Atlántida*, Barcelona, Planeta, 1992].
VERNI, P., *La dimora del Re del Mondo*, Moizzi, Milán, 1977.
VINCI, Felice, *Homericus Nuncius*, Solfanelli, Chieti, 1993.
—, *Omero nel Baltico*, Palombi, Roma, 1995, 1998.
WEST, Anthony, *Il serpente celeste*, Corbaccio, Milán, 1999 [*La serpiente celeste*, Barcelona, Grijalbo, 2000].
WESTWOOD, Jennifer, *Atlante dei luoghi misteriosi*, De Agostini, Novara, 1988.
WILSON, Colin, *Da Atlantide alla Sfinge*, Piemme, Casale Monferrato, 1997 [*El mensaje oculto de la Esfinge*, Barcelona, Martínez Roca, 1997].
ZANOT, M., *Dopo il Diluvio*, SugarCo, Milán, 1974 [*Después del diluvio*, Guayaquil, Ariel, 1976].
ZECCHINI, Valerio, *Atlantide e Mu*, Demetra, Colognola ai Colli, 1998.
ZICHICHI, Antonio, *Scienza ed emergenze planetarie*, Rizzoli, Milán, 1993, 1996.

**Revistas especializadas**

Entre otras, es obligado mencionar:

*Ancient American (The Voice of Alternative Viewpoints)*, dirigida por Frank Joseph Wayne N. May (PO. Box 370, Colfax, Wisconsin 54730, EE. UU.).

*Ancient Skies* (AAS-USA), 1921 St. John Ave., Highland Park, Illinois 60035-3178, EE. UU., 1974-1998.

*L'Atlantide in Italia* (1930), editada en Bari por Nicola Russo.

*Atlantis*, fundada por Paul Le Cour (30, Rue de la Marseillaise, 94300 Vincennes, Val-de-Marne, Francia), aparecida en 1928.

*Atlantis*, dirigida por Egerton Sykes (Markham House Press Ltd., 31 King's Road, Londres S.W. 3, Reino Unido), aparecida en 1948.

*Atlantis*, fundada por Leonardo Bettini en 1963 y de la que solo salieron dos números.

*Atlantis (Revue d'Études Atlantéens et Americanistique)*, fundada en Génova por Leonardo Bettini en 1963 y de la que solo salieron dos números.

*Atlantis (En busca de)*, dirigida por Duncan Alexander García y publicada en España en 1999 (Guzmán El Bueno n.º 63, 1.° D. C. P. 28015, Madrid, España).

*The Atlantis Quarterly*, editada en los años treinta en Edimburgo (Reino Unido) por Lewis Spence.

*Kadath* (cabecera inspirada en el nombre de la ciudad legendaria de los «Antiguos» ideada por H. P. Lovecraft), fundada en Bruselas en 1973 con periodicidad trimestral (6, Boulevard Saint-Michel, Boite 9, B-l 150 Bruselas, Bélgica).

*Sagenhafte Zeiten* (AAS), Stallikerstrasse 18, CH-8906, Bonstetten, Suiza, 1998 y ss.

*La Voce di Atlantide*, editada en Génova por G. Belli.

*Legendary Times* (AAS-IJSA), P. O. Box 818, Ithaca, Nueva York 14851, EE. UU., 1998 y ss.

**Librerías especializadas**

Arcturus Book Service, 1443 S.E. Port St. Lucie Blvd., Port St. Lucie, Florida 34952, EE. UU.

Librairie *Astres*, Association Internationale «Atlantis»/P. Le Cour (10, Rue de Crosson, Vincennes-París 95012, Francia).

**Organismos especializados**

En el año 2001 se creó el Comitato Interdisciplinare per le Ricerche Protostoriche e Tradizionali (CIRPET), cuya finalidad es el estudio del problema de los orígenes desconocidos de la civilización y los enigmas de la arqueología, de la tradición y de lo sagrado. El CIRPET edita la publicación peródica *I Quaderni di Atlantide - Rassegna di Archeomisteri*, dirigida por Roberto Pinotti, que recoge las intervenciones en los simposios mundiales organizados por él en San Marino. Anualmente (desde el 2000), bajo los auspicios y con la participación de aquella antigua República, Roberto Pinotti organiza y coordina en San Marino, en colaboración con el mencionado CIRPET, el «Simposio mundial sobre los orígenes desconocidos de la civilización y los anacronismos histórico-arqueológicos».

# Notas

## Introducción

1. *Cf.* J. Gattefossé y C. Roux, *Bibliographie de l'Atlantide et des questions connexes*, Bosc & Rion, Lyon, 1926.

2. *Cf*. E. Rohde, *Der griechische Roman und ihre vorläufer*, Leipzig, 1914.

3. *Cf*. J. Thomson, *History of Ancient Geography*, Cambridge, 1948.

4. *Cf*. R. Hennig, *Vor räselhaften Länder*, Múnich, 1925.

5. *Cf*. J. Bourcart, *Géographie du fond des mers*, París, 1949.

6. *Cf*. G. M. Lees, «Geological Evidence of the Ocean Floor», en *Proceedings of the Royal Society of London*, serie A, 222, 1954, pp. 400-402.

7. *Cf*. V. V. Belousov, «Razvitye zemnogo shara i tektogenez», en *Sovietskaya Geologya*, n.º 7, 1960, pp. 3-27.

8. *Cf*. Ph. H. Kuenen y C. I. Migliorini, «Turbidity Currents as a Cause of Graded Bedding», en *Journal of Geology*, n.º 56, 1950, pp. 91-126.

9. *Cf*. E. F. Khaghemeister, «Lednikovy period i Atlantida», en *Priroda*, nº 7, 1955, pp. 92-94, con postfacio de V. A. Obruciov.

10. *Cf*. D. I. Muscketov, *Regionalnaya Geotektonika*, Moscú, 1935.

11. *Cf*. B. C. Heezen, «Rift Valley on the Ocean Bottom», en *Scientific American*, 207, n.º 10, 1960, pp. 98-110.

# 1. La Atlántida de Platón

1. Las Apaturias eran una antiquísima fiesta nacional de los jonios. Los atenienses la celebraban en honor a Zeus Fratrios, a Atenea Fratria y, más tarde, a Dioniso. La fiesta duraba tres días, y el tercer día era llamado «cureotis», porque los jóvenes eran inscritos en los registros de las fratrias.

2. Eran, como dice el comentarista, llanuras áridas y pedregosas.

**2. Consideraciones sobre los textos platónicos**

1. E. Turolla (edición de), Platón, *L'Atlantide. Letture suelte dal Timeo e dal Crizia*, Milán, 1947.

2. *Cf*. D. Merejkowski, *Taina Zapada: Atlantida-Europa* [*Atlántida-Europa: el misterio de las dos humanidades*, Círculo Latino, Barcelona, 2005].

3. *Cf.* Th. Moreux, *La science mystérieuse des Pharaons*, París [*La ciencia misteriosa de los faraones*, Ediciones Safian, Buenos Aires 1968].

4. Llama la atención la profusión de oro; será casualidad, pero los edificios paleoamericanos, cuando llegaron los españoles, parecían brillar por la inaudita cantidad de oro.

5. Los cronistas de la conquista española describen Teotihuacán (o ‘ciudad de los dioses’), la capital de los aztecas, rodeada por canales y por ríos; así se observa en el dibujo de los planos de la ciudad conservado desde la época del último rey Moctezuma. El núcleo esencial, en estos planos, es una compleja trama de agua y de tierra en anillos concéntricos.

## 3. Atlántida: otras fuentes clásicas y coincidencias inquietantes

1. Pueblos de la región norteafricana del Atlas, citados en otros lugares (III, 54) por Diodoro Sículo. *Véase* «Atlántida hacia los datos históricos».

2. Las actuales islas Canarias.

3. La hipótesis avanzada por R. Hennig, que se encuentre frente al monte Camerún, no se adapta a las descripciones anteriores.

4. Platón, en el diálogo *Cármides*, 155a, alude a las relaciones de parentesco de Critias, su tío materno, con Solón.

5. R. Thévenin, *Les Pays Légendaires (Devant la Science)*, Presses Universitaires, París, 1946 [*Los países legendarios ante la ciencia*, Salvat, Barcelona, 1952].

6. Para otras correspondencias de este tipo, *cf*. J. de Mathieu, *Il grande viaggio del Dio Sole*, Edizione Mediterranee, Roma, 1979 [*El gran viaje del dios Sol*, Hachette, 1976].

7. V. Mariani, «L’Atlantide è realmente esistita», en *Illustrazione italiana*, n.º 32, (8 de agosto de 1943).

8. D. Merejkowski, *op. cit*.

9. *Cf*. M. Cappon, «Le piramidi di Thor», en *Focus*, n.º 11, septiembre de 1993.

## 4. Atlántida: datos geológicos y oceanográficos

1. N. F. Jirov, «L’Atlantide? È possibile», en *Scienza e Vita*, n.º 198, julio de 1965.

2. Charles Berlitz, *Atlantide, l'ottavo continente*, Roma, 1984 [*La Atlántida, el octavo continente*, Editorial Planeta, Barcelona, 1984].

3. G. de Turris, «Atlantide svelata», en *Test*, septiembre de 1981.

4. G. De Turris, «Quei gradini che scendono nel mare», en *Test*, octubre de 1981.

5. *Véase* S. López Herrera, *Las islas Canarias a través de la Historia*, Dosbe, Madrid 1978, y J. L. Concepción, *Los guanches que sobrevivieron y su descendencia*, Asociación Cultural de las Islas Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 1982.

6. *Véase* P. Cappellano, «È la Scala di Atlantide?», en *Mondo Sommerso*, n.º 250, octubre 1981 y *Una vela nel mare del mistero*, ed. Mondo Sommerso, Milán, 1985.

7. E. Bonatti y M. Ligi, «L’evoluzione geologica dell’Atlantico Equatoriale», en *Le Scienze/Scientific American*, n.º 305, enero de 1994.

## 5. Atlántida: datos biológicos y antropológicos

1. G. Perrone, *L’Atlantide: leggende e testimonianze*, Bocca, Turín, 1928.

2. L. Sprague de Camp, *Il mito di Atlantide e i continenti scomparsi*, Fanucci, Roma, 1980.

3. C. W. Ceram, *Civiltà al sole*, Mondadori, Milán, 1969.

4. R. Malaise, *Stlantis, en geologisk verklighet*, A-B Nordiska Bokhandeln, Estocolmo, 1951.

5. E. Portal, *La lengua basca*, Hoepli, Milán, 1926.

**6. Atlántida: hacia los datos históricos**

1. L. Lecca, «Atlantide: il Banco di Rockall?», en *Quaderni del Gruppo di Ricerca «Argonauti»*, n.º 33/34, 1987.

2. El faraón Menetaph (o, según la pronunciación, Menerphtah, Merneptaho, Merenptah), hijo de Ramsés II, combatió en Palestina (en la *estela de Israel* se encuentra la primera referencia a la tribu de Israel) y primero contra los «libios» aliados de los misteriosos «pueblos del mar», sobre cuya exacta identificación todavía se sigue discutiendo.

3. R. O. Faulkner, *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, Oxford, 1969.

4. F. Bilabel, *Geschichte Vorderasiens und Ägyptens vom 16/11. Jahrhundert*, Heildelberg, 1927.

5. Grapow, *Ausgwählte inschriftliche Quellen zur Geschichte, Sprache und Kunst der sogenannten Mittelmeervölker/Altägyptischen Quellen, s.d., s.l.*

6. Orgullosos de su herencia cultural micénica, a los atenientes les gustaba autodefinirse como «los autóctonos» de Grecia.

7. W. Hölscher, «Libyer und Ägypter», en *Beiträge zur Ethnologie und Geschichte libyscher Völkerschaften Altägyptischen Quellen*, 1937.

8. F. Barbiero, «Atlantide: mito e realtà del più grande impero marítimo di tutti i tempi», en *Rivista marítima*, n.º 11, noviembre de 1974.

9. Ch. Berlitz, *Atlantide, l'ottavo continente*, [*La Atlántida, el octavo continente*, Editorial Planeta, Barcelona, 1984].

10. O. Muck, *Alles über Atlantis*, Knaur Taschenbuch, Múnich, 1976.

11. R. Hennig, *Dov'era il Paradiso?*, Martello, Milán, 1959.

12. J. Deruelle, *De la préhistoire à l'Atlantide des mégalithes*, Ed. France-Empire, París, 1990.

13. Ch. H. Hapgood, *Maps of the Ancient Sea Kings: Evidence of Advanced Civilization in the Ice Age*, Nueva York, 1966.

14. En *Sobre la cara visible de la luna (De facie in orbe lunae)* XXX. Plutarco era miembro del colegio sacerdotal de Delfos.

15. *Cf*. Estrabón, *Geografía*.

16. *Geografía* II, 3, 6.

17. L. Suball, *Die Neuentdeckung der Erde*, Viena-Múnich, 1958.

**7. Atlántida: hacia su redescubrimiento**

1. M. Pincherle y L. lazzini Finetti, *Atlantide, mistero svelato: non era un'isola*, Filelfo, Ancona 1978.

2. L. Sprague de Camp, *Il mito di Atlantide e i continenti scomparsi*, cit.

3. *Quaderni del Gruppo di Ricerca «Argonauti»*, dirigido por el profesor Roberto Cappelli.

4. L. Lecca, «Atlantide: il Banco di Rockall?», en *Quaderni del Gruppo di Ricerca «Argonauti»*, n.º 33/34, 1987.

5. *Cf.* al respecto el interesante libro de R. Noorbergen, *Secrets of the Lost Races* [*Los secretos de las razas perdidas*, Roca, México, 1981].

6. *Cf*. M. L. Keith, «Ocean-Floor Convergence: a Contrary View of Global Tectonics», en *The Journal of Geology*, vol. LXXX, n.º 3, 1972; V. V. Belousov, «Against the Hypothesis of Ocean-Floor Spreading», en *Tectonophysics*, vol. IX, 1970; Id., «Basic Trens in the Evolution of Continents», en *Tectonophysics*, vol. XIII, n.os 1-4, 1972; A. Bosellini, *Tettonica delle placche e geologia*, Zanichelli, Bolonia 1979.

7. El paralelismo entre la interpretación lyelliana de los fenómenos geológicos y la darwiniana de los fenómenos biológicos es más que evidente. Darwin, por otra parte, consideraba a Lyell como uno de sus principales maestros y amigos.

8. Sirva un ejemplo como prueba, la aparición de la revista *Catastrophist Geology*, dirigida por Johan B. Kloosterman y publicada en Rio de Janeiro. Unos años antes un acontecimiento como este habría sido impensable.

9. *Cf.* el interesante artículo de A. Ducrocq, «I crateri lunari della Terra», en *Nuova Scienza*, vol. XXI, n.os 7-8, de julio-agosto de 1980.

10. Esta valoración del profesor Fondi está extraída de su Introducción a la edición italiana del citado *Lost Continents – The Atlantis Theme* de L. Sprague de Camp *(Il mito di Atlantide e i continenti somparsi*).

## 8. Las otras Atlántidas: de la tradición clásica sobre Merópide y Tirrénida a la oriental

1. I. Sordi, «Meròpide, continente perduto», en *Gli Arcani*, n.º 9, febrero de 1973.

2. En la actualidad, la estrella más cercana al polo Norte, a la que llamamos justamente estrella polar, está constituida por la última estrella de la cola de la Osa Menor. En el año 3000 a. C., la estrella Alfa Draconis era la estrella polar. En el 7500 d. C. la estrella polar será en cambio la estrella Alfa Cephei, en el 14000 la estrella Vega, en el 23000 de nuevo la estrella Alfa Draconis, y por último, tras un giro completo de 25.800 años, volverá a ser polar la actual estrella de la Osa Menor.

## 9. Las otras Atlántidas: de Lemuria a Mu

1. Para empezar del famoso *Libro de Dzyan* consultado por ella y fundamento del pensamiento teosófico.

2. Del *Times* de Los Ángeles del 22 mayo 1932, citado por L. Spence, en *The Problem of Lemuria*, pp. 104 y ss.

3. No hace falta decir que se trata de un nombre curiosamente coincidente con el del fundador del budismo.

4. Hoy dicha perspectiva, conocida como «Deep-Earth-Gas Hypothesis», es defendida con autoridad por el profesor Th. Gold de la Cornell University con argumentos concretos.

5. Dicho nombre, además de incluir la sílaba «mu», posee una curiosa asonancia con «Mururoa», el conocido atolón polinesio escenario de las explosiones atómicas francesas.

6. H. S. Santesson, *Understanding, Mu*, Nueva York, 1970; D. Hatcher Childress, *Lost Cities of Ancient Lemuria & the Pacific*, Adventures Unlimited Press, Kempton (Illinois) 1988.

## 10. El enigma del Pacífico: Hiva

1. Sobre la desconcertante similitud entre los símbolos pascuenses y los hallados en la ciudad protohistórica de Mohenjo-Daro, en el valle del Indo, *véase* J.-M. Schwartz, *Les mysteres de l'Île de Pâques*, Garancière, París, 1984.

2. F. Kowaks, *Le dossier secret de l'Île de Pâques*, Belfond, París, 1979.

3. F.Mazière, *Archipel du Tiki*, Robert Laffont, París, 1957.

## 11. Continentes perdidos y esoterismo: perspectivas tradicionales más allá del mito

1. 38. *Siete Zonas*.- Siete centros creativos que la doctrina oculta asigna al principio de cada raza, en el continente correspondiente a su época.

39. *Color de la luna.* O sea, blanco-amarillo.

*Los siete primeros vástagos*. Quiere decir, del principio.

*Los siete siguientes.* Se refiere a las subrazas.

40, 41, 42. Estos *shlokas* tratan de la degeneración de las razas de Lemuria y la Atlántida.

42. *Tercer Ojo*. En la India, Ojo de Shiva. La glándula pineal, órgano de visión astral en el cuerpo físico.

2. 43. *Ellos*. Los lemurianos.
*Fuegos vomitados*. Lava.
*Piedra blanca*. Mármol.
*Piedra negra*. Basalto.
Algunas estatuas de la isla de Pascua se refieren al origen de Lemuria.
44. Se refiere a los atlantes.
*Nueve yatis*. Equivalencia a 8 m.
*Padres*. Los lemurianos. El continente de Lemuria quedó destruido por la acción volcánica.
*El agua amenazaba a la Cuarta*. El continente atlante sucumbió sumergido por sucesivos diluvios.
45. *Siete grandes islas* (o *Dvîpas*) en el continente atlante, destruidas por una sucesión de catástrofes en largos intervalos de tiempo.

3. 48.- *La Quinta*. La Quinta Raza. *Véase* genealogía del Hombre.

49. *Serpientes que volvieron a descender*. Resultaron ser los reyesdivinos, sacerdotes y guías que figuran en las leyendas de tantos países.

4. W. Scott-Elliot, *The Story of Atlantis and the Lost Lemuria*, Theosophical Publishing House, Londres 1896-1925 [*La Atlántida, historia de los atlantes*, Ediciones Librería Argentina, 2010*; El continente perdido de Lemuria*, Humanitas, 2002].

5. Inventada por el novelista victoriano Bulwer-Lytton en la novela *The Coming Race* [*La raza futura*, Biblok Book Export, 2015], donde una raza de superhombres subterráneos utiliza esta energía invencible, dirigida mentalmente.

6. Variedad de mineral de estructura fibrosa cuyos filamentos son flexibles e incombustibles.

7. J. Churchward, «Intimate Hours with the Rishi», en *The Children of Mu*, Washburn, Nueva York, 1931-1945.

8. Sobre esto, *véase también* J. Bergier, *Gli extraterrestri*, Edizioni Mediterranee, Roma, 1972.

9. W. Kingsland, *The Great Pyramid in Fact and Theory*, Health Research Books, 1972.

10. «Divinidades kármicas» (potencias universales encargadas de la Justicia Cósmica) en la interpretación espiritualista de Helena Blavatsky.

11. Para Blavatsky, «bestias maravillosas creadas artificialmente, semejantes, en algunos aspectos, a la creación de un Frankestein, que hablaban y prevenían a sus amos de cualquier peligro inminente». Esta definición de 1888, tal vez, a la luz de la tecnología moderna, se podría traducir con la expresión «sensores automáticos» o «detectores electrónicos».

12. El texto está extraído de H. P. Blavatsky, *La Doctrina Secreta*, vol. IV, *Antropogénesis* (Sirio, Málaga, 2000), sobre la base de la versión original inglesa.

13. A. P. Braghin, *The Shadow of Atlantis*, Dutton, Nueva York, 1940.

14. A. Besant y C. W. Leadbeater, *El hombre, de dónde y cómo vino. ¿Adónde va?*, Luis Cárcamo Editor, 1996.

15. Entonces el actual desierto estaba ocupado por un vasto mar interior. Las tradiciones sobre la «Ciudad Blanca» que habría sido edificada allí describen la planta circular dividida por una cruz (como en la Atlántida) y la estructura en cúpula.

16. Según estas tradiciones, el trigo, las abejas y las hormigas habrían sido importados a la Tierra del cosmos por los Señores de la Llama; sucesivas hibridaciones habrían producido diversas clases de trigo, las avispas y las termitas. De los Señores de la Llama también se hace derivar el alfabeto sánscrito (divino o *devanagarico*) en su forma arcaica.

17. M. Heindel, *La cosmogonia dei Rosacroce, ovvero il Cristianesimo mistico*, Bocca, Milán, 1953.

18. *Véase* en la Biblia, Isaías, 14, 12-15.

19. R. D’Amico, *Le terre del mito*, Meb, Turín, 1979.

20. F. Ossendowski, *Bestie, uomini e dei*, Morreale, Milán, 1925 [*Bestias, hombres y dioses*, Aguilar, Madrid, 1955].

21. R, Guénon, *Il Re del Mondo*, Adelphi, Milán, 1977.

22. S. Huttin, *Civiltà misteriose*, Edizioni Mediterranee, Roma, 1974.

23. *Cf*. R. Pinotti, *Angeli, Dei, Astronavi: Extraterrestri nel passato*, Mondadori, Milán, 1991, 1994.

24. T. W. Rolleston, *I miti celtici*, Longanesi, Milán, 1994.

25. Es significativo que los mapas del mundo antiguo tradicionales (*cf*. ilustraciones 18 y 19) presentados por él no solo indiquen tierras sumergidas en el Atlántico septentrional, en el Caribe y en dos zonas del Pacífico (¿Mu e Hiva?), sino también el *Sundaland*, o plataforma de la Sonda, y territorios antes emergidos en el océano Índico, dato que ha cobrado actualidad a raíz del reciente e insospechado descubrimiento de la meseta submarina Kerguelen.

26. A los que deseen profundizar en este tema les recomendamos viva y encarecidamente la lectura de mi libro *Angeli, Dei, Astronavi: Extraterrestri nel passato*, Mondadori, Milán, 1991, 1994.

27. Identificada con la actual Hissarlik por Schliemann en el siglo pasado, hoy en su reciente volumen *Omero nel Baltico* (1955, 1998) el ingeniero italiano Felice Vinci propone situar Troya en el mar Báltico. Troya habría surgido cerca del pueblo actual de Toja (Finlandia meridional), y las distintas incongruencias y contradicciones geográficas que hacen problemática una ubicación mediterránea encontrarían en múltiples topónimos y nombres bálticos la clave correcta de identificación. Vinci considera que el mito surgido de la guerra de Troya, realmente combatida durante el *optimum* climático (que antiguamente mantuvo las regiones bálticas mucho más templadas que hoy) por los antepasados de los griegos, los aqueos, que más tarde descendieron hacia el Mediterráneo, luego fue trasladado a nivel tradicional al área mediterránea, donde rebautizó las nuevas regiones colonizadas con los nombres originales del área báltica de procedencia (como ocurrió con los colonizadores europeos en América). Sea como sea, es importante subrayar que el «mito» homérico se ve reflejado en la realidad, y el de la Atlántida no le va a la zaga. Porque en la base del mito, máscara de la realidad, siempre hay alguna verdad histórica.

* Cronología de los acontecimientos a partir de la última glaciación hasta la fecha más probable de la destrucción de la Atlántida según Nicolai F. Jirov.

*Atlántida*
Roberto Pinotti

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Atlantide. Il mistero dei continenti perduti*

© del texto: del texto: Roberto Pinotti, 2001
Primera edición en Oscar Nuovi Misteri, 2001

© de la traducción: Carmen Artal Rodríguez, 2018

© fotografía de la portada: Shutterstock.

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

Director de la colección Ocultura: Javier Sierra

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-17371-45-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com